



LA
VENDEDORA
DE DESEOS

ANDREW HESBER



LA VENDEDORA DE DESEOS

De Andrew Hesber



Colección Inter Mundos

2

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2019, Andrew Hesber

©2019, Ilustración de portada: Cecilia G.F

Corrección: Violeta Moreno Triviño

Colección Inter Mundos: 2

Instagram: @andrewhesber

Facebook: www.facebook.com/andrewhesberescritor

Twitter: @andrewhesber



Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*A mis padres, Alicia y Antonio,
por estar siempre ahí, en lo bueno y en lo malo.*

NOTA DEL AUTOR

Esta es, sin miedo a equivocarme, la historia a la que más tiempo le he dedicado. Seis años que han transformado mi vida por completo. Con reescrituras, hiatus y un sinfín de dificultades que casi me hicieron desistir. Ahora, sin embargo, me alegra poder echar la vista atrás y ver en lo que se ha convertido. Así que espero de todo corazón que disfrutes del trabajo realizado. Y recuerda, si te gusta, recomienda la novela. Comparte entradas sobre ella en tu Facebook, dala a conocer en Instagram, habla de ella en Twitter o regalala a tus seres queridos. La visibilidad para los autores es cada vez más difícil y solo así podré seguir creando mundos para ti. Gracias por decidir adentrarte en esta historia. Deseo de todo corazón que la disfrutes tanto como yo lo hice escribiendola.

-Andrew Hesber-

Prólogo

Esta historia empieza, paradójicamente, de igual manera que mi situación actual: con alguien a punto de contarle una historia a otra persona. Pero no te confundas, aparte de ese detalle, él y yo no tenemos nada que ver. Mientras que yo narro por capricho, él lo hace porque es un Buscador de Leyendas: alguien que se encarga de dar o quitar veracidad a las historias que navegan, erráticas, por las islas flotantes.

Como habrás notado, he nombrado un destino real. No voy a hablarte de lugares absurdos rodeados de grandes e imposibles concentraciones de agua conocidas como Océanos. Tampoco hay espacio para fuentes de energía de ciencia imposible como la Electricidad, o ese extraño combustible que las actuales novelas de fantasía llaman Gasolina. No. Aquí no hay espacio para cuentos tontos, solo para el éter, los aerobarcos, las futuristas aeronaves y la grandiosidad de la revolución industrial; es decir, las maravillas del mundo real. Suficiente tenemos con nuestros propios problemas como para inventarnos otros nuevos en mundos, a mi juicio, imaginarios, ¿no crees?

Pero estoy yéndome por las ramas, comencemos de una vez.

Todo empezó así...

Una historia que merece ser contada

El Buscador entró en la taberna deseoso de ahogar su frustración en una buena cerveza. A pesar de haber encontrado algo de información útil sobre un relato o dos, no había descubierto nada especialmente interesante, y por eso se lo llevaban los demonios.

—Una jarra de cerveza —voceó atravesando el salón principal y pasando cerca del grupo de mesas que se distribuían por el resto de la estancia. La mayoría estaban vacías, pero algunas ya habían encontrado a un dueño o dos. Un comerciante canoso con un sombrero de plumas, un par de jóvenes aventureros y una mujer que bebía de un vaso, sola, con aire lánguido y mirada muerta.

En cuanto atrapó un taburete libre, el Buscador se plantó ante la barra y esperó el ansiado brebaje con la vista clavada en el espejo. Este ocupaba la pared detrás de la barra, y en él se reflejaba todo un ejército de botellas y vasos.

Gracias a él, podía ver el establecimiento al completo a excepción de los baños, ocultos tras una puerta al fondo, y la propia cocina. No es que hubiera mucho que observar: fotografías color sepia enmarcadas, lámparas de aceite sobre sus soportes iluminando las esquinas, paredes enladrilladas, ventanales enrejados... Todo se veía excesivamente tosco y anticuado. Tan anticuado como el pueblo y la maldita isla flotante sobre la que estaba construido.

Sin duda, el Buscador estaba hecho para otra clase de vida. Él disfrutaba de las ciudades que vivían de noche y dormían de día, de los lugares atestados de gente de bien y de refinadas librerías, abarrotadas de cuentos e información útil sin necesidad de patearse grandes distancias. Amaba aquellas islas colmadas de tecnología basada en el maravilloso éter y no en el carbón y toda esa mugrienta maquinaria de la edad industrial que embadurnaba las Brisas de Céfiro. Sin duda tenía que ver el hecho de que se hubiera criado en un ambiente mucho más adelantado al de aquella zona; con cristales inteligentes que revelaban imágenes en movimiento a todo color, pequeñas cajas capaces de reproducir grabaciones con la fuerza de un león o luces que no dependían del aceite, sino que se nutrían automáticamente de la mística energía que

recorría las venosas tuberías de las ciudades para funcionar por sí mismas con una simple petición. Pero no siempre se podía tener lo que uno quería, y la historia que estaba persiguiendo se desarrollaba por aquellas lejanas y solitarias Brisas que, por imposición militar, no evolucionarían jamás. Por más que odiara aquello, no había más remedio que hacer de tripas corazón. Al menos, si quería seguir con ese nivel de vida y conservar su estatus social.

—*Oyes...* —escuchó que decía una vocecita aguda, tanto que le resultó desagradable, a su espalda.

En cuanto se volteó descubrió a un montón de niños observándole.

—¿Se puede saber de dónde habéis salido vosotros? —preguntó perplejo.

Pero no recibió respuesta. Los niños le miraban como si le tuvieran miedo. El más espabilado de todos, que casualmente era, además, el más menudo, habló al fin:

—Cuéntanos una historia.

El Buscador gruñó, dibujando una mueca desagradable en su rostro.

—Ya he tenido suficientes por hoy. Dejadme beber tranquilo. —Iba a darse la vuelta cuando se percató de un detalle—. ¿No deberíais estar durmiendo o algo así? —A través de las ventanas solo se vislumbraba oscuridad—. Venga, fuera.

El tono de su voz sonó rudo y sin compasión. De los Buscadores de Leyendas, se solía esperar cierta afabilidad, pero este no parecía muy sociable que digamos. Tampoco ayudaba su orondo cuerpo, su piel brillante, los cuatro pelos que se escapaban de su barbilla y las facciones redondas que definían su fisonomía. Más que un maestro de la información, parecía un cerdo al que hubieran vestido con una camisa de lino aplastada en el interior de una chaqueta de cuero color camel y unos pantalones apretados ennegrecidos.

—No seas así, Buscador. Hace mucho que no ven a uno de los tuyos desembarcando en el pueblo. —El barman, un hombre de edad avanzada pero gran vitalidad, se metió en la contienda. Llevaba puesto un chaleco acompañado por una tela que alguna vez fue camiseta. Ver a ambos hombres juntos resultaba chocante. A simple vista parecían provenir de épocas diferentes; y en cierto modo, así era—. No sé por qué, pero últimamente los Buscadores esquiváis las Brisas de Céfiro. —Al ver la cara de pocos amigos del Buscador, le guiñó un ojo amistosamente—: Vamos, hombre, cuéntales una leyenda... A cambio te serviré un par de jarras más, invita la casa. ¿Qué te parece?

Los ojos de su cliente brillaron de la emoción.

—¿Quiere saber lo que le digo?! —Sus cuerdas vocales se suavizaron—. Que nada me gustaría más que contentar a los chiquillos. —Agarró su preciada jarra espumosa por el asa y se giró por completo para poder dirigirse a los jóvenes sin perderles de vista.

Había niños de todas las edades, algunos ya casi adultos pero otros apenas contaban con nueve o diez años. Fuera como fuese, poco le importaba a él, pensaba contar la misma historia ya fuera adecuada para ellos o no. La que le interesaba, la que llevaba semanas investigando y la que le obsesionaba tanto que no pensaba en ninguna otra cosa.

—¿Por qué no os acercáis unas sillas? —les aconsejó, y aprovechó para dar otro trago bien largo.

—¿Cuenta una historia que sea real, ¿eh?! —advirtió el mismo niño contestón y bajito de antes.

Aquella petición era más seria de lo que parecía. Un Buscador de Leyendas, precisamente, descartaba las historias inventadas haciendo que se fueran olvidando con el tiempo para dar más importancia a los relatos fidedignos. De este modo, un viajero podía saber, por ejemplo, si era cierto que en la isla flotante de Gorgona las criaturas podían volverte de piedra con solo mirarte, o si existía la supuesta tormenta de cristal que soplabá al sur de la región de las tempestades; al borde de las Brisas de Euro. Es decir, pedirle a un Buscador que contara una historia real era como pedirle que hiciera bien su trabajo.

«Maldito enano...», maldijo en sus adentros.

Torció la boca disgustado y apartó la jarra a un lado.

—Mis historias *siempre* son reales. Suficientes embustes se relatan ya como para que llene aún más el saco. ¿No te parece?

Esta vez, el pequeñajo no respondió. Solo se limitó a contemplarlo.

—Tengo una perfecta para vosotros. No solo contiene lluvias de balas y luchas de espadas, también traiciones, sangre, peligro... Incluso amor. ¿Queréis oírla?! —Elevó la voz al final de la frase, como si fuera un militar alentando a su ejército.

Una ola de gritos emocionados resonó en el local, no solo proveniente de los jóvenes, sino también del resto de clientes; incluso algunas mujeres habían empezado a asomarse por el marco de la entrada, llevando taburetes consigo para poder oírle narrar cómodamente.

—Atentos. —Subió la mano para llamar la atención del dueño y pedir otra ronda, y volvió a dirigirse a su cada vez más creciente público—. Abrid bien los oídos, pues no voy a repetir nada de lo que relate esta noche. —Se aclaró

la garganta y empezó—. Todo comenzó a miles de kilómetros de distancia de aquí, en medio del cielo anaranjado y las estelas multicolor que pintan el infinito y misterioso lienzo que es nuestro mundo. Por lo general, no suele oírse nada en sus extensas brisas, pues el silencio es casi perpetuo. —Sorbió de la jarra e hizo un gesto de satisfacción antes de continuar—. Pero en raras ocasiones, se presenta un característico murmullo metálico que cambia la tónica habitual y que no cesa hasta mucho después. Mi historia comienza en una de esas ocasiones. El sonido provenía del motor del *Fiora*, el aerobarco pirata del capitán Giles. El navío cruzaba aquellos confines con la esperanza de alcanzar las Brisas Lejanas; una región desconocida, sin leyendas ni gente que pueda contarlas debido a su inmensidad y misterio. Allí, la Armada sería incapaz de encontrar a su tripulación.

Pero no voy a hablaros de las idas y venidas de este temerario pirata, sino que en su lugar voy a presentaros a alguien bien distinto...

Familia, amor... y muerte

Eric odiaba el *Fiora*, y no solo porque su vaivén le provocara insoportables mareos, sino porque su trabajo consistía, además, en lanzarse al vacío con la única salvaguarda de un cabo atado a su cintura para limpiar el fondo del dichoso transporte volador.

Al menos lo sobrellevaba mejor que al principio. Ya no gritaba cuando le lanzaban al abismo, no se agarraba a la cuerda como si no hubiera mañana cuando esta tiraba de él, ni permitía que el vértigo le hiciera perder la calma. Pero aun así, continuaba con los inevitables mareos y la horrible sensación en el estómago justo antes de bajar.

Cualquiera con dos dedos de frente se hubiera percatado ya de que no era la persona más adecuada para cubrir aquel vertiginoso puesto, pero estando en un barco pirata no podía esperar demasiadas facilidades laborales; y menos siendo un polizón al que habían indultado por su sorprendente habilidad natural para la mecánica industrial, cuando bien podrían haberlo atado al mástil más alto y usarlo como segunda bandera.

El muchacho tragó saliva al imaginarse a sí mismo coronando el aerobarco y pensó que al final tenía suerte y todo. Aunque tampoco demasiada, la verdad.

Se dejó de lamentaciones y continuó enroscando el tornillo de la abrazadera que mantenía sujeto uno de los innumerables tubos que discurrían por el exterior.

El fondo era robusto y complejo; con un esqueleto metálico y reforzado por placas de hierro que, a su vez, estaban cubiertas por una esbelta piel de madera de roble oscurecida. La cubierta, por su parte, contaba con una fila de cañones a cada lado, un camarote sobresaliendo en popa bajo el timón y dos altos mástiles con numerosas y fuertes velas de color marfil. Tan solo cambiaba repentinamente su estilo renacentista en el mascarón de proa, el cual sesgaba el horizonte con su diseño dentado y alargado: como si fuera la nariz de ese animal, para muchos mitológico, conocido como *pez espada*.

Abajo, en la zona de trabajo de Eric, se escondía el motor gravitacional, que impedía que el *Fiora* cayera en picado hasta el mismísimo infierno. Sin él, le esperaría a toda su tripulación un descenso sin fin nada agradable. Eso seguro.

Aquella era la parte más difícil y delicada de todas. Siempre estaba llena de hollín y con decenas de tubos intrincados rodeando la máquina. Además, como nunca se detenía, era fácil tocarla en un descuido y quemarse por las altas temperaturas que se veía obligada a soportar. Esta, sin duda, era una de las innumerables pegadas de una tecnología desfasada que luchaba por equipararse, a base de cabezazos inútiles, a la del éter. La tecnología del éter, reservada únicamente para la Armada y las élites políticas y militares, estaba para toda la tripulación al nivel de los cuentos de hadas. Ninguno, sin excepción, había visto de cerca una aeronave de la Armada, transportes cerrados, con enormes cañones y desprovistos de velas. Ni mucho menos podían soñar con subir a una de ellas.

El último detalle de interés con el que contaba el *Fiora* era la chimenea trasera que sobresalía por popa, serpenteando y acabando en horizontal. Por allí escapaba la mezcla de carbón y agua evaporada que quemaba el motor, dándole a la nave el aspecto de una enorme y complicada fábrica flotante.

A Eric no dejaba de llamarle la atención la estela oscura que el navío iba dejando atrás, como si subrayara su recorrido por el cielo para atestiguar su rumbo, aunque terminara evaporándose poco después entre los alegres colores arcoíris del firmamento.

—Ya está —sentenció cuando acabó de comprobar la última de las abrazaderas—. ¡Subidme! —gritó, meciéndose sobre la nada mientras esperaba a que el encargado de la cubierta utilizara la polea y lo elevara hasta una estructura más firme.

En cuanto llegó arriba y volvió a quedarse solo, suspiró.

—Al menos podré relajarme unas horas antes de volver abajo —susurró mientras recobraba la compostura y perdía el molesto cosquilleo que reinaba en sus entrañas.

—¿Qué tal ha ido? —escuchó no muy lejos de él, a pocos metros de su espalda.

No le hizo falta comprobar de quién se trataba, era la única mujer que había a bordo. Dadas las circunstancias, y estando rodeado de un montón de hombres de pelo en pecho, hubiera sido bien difícil no diferenciar una voz varonil de una que no lo era.

—Bien, Arlette. Como siempre. —La buscó con los ojos hasta encontrarla a su lado—. Algún tornillo flojo por la fricción, nada grave. Esa tartana aguantará otro mes más.

Arlette era la única hija del capitán Giles, el líder de la tripulación y

propietario del *Fiora*. Al mirarse, ella le mostró la dulce sonrisa que tanto le encantaba y Eric, arrastrando la mano por su corto pelo de color almendra, le devolvió el gesto, mostrándole la blanca y perfecta dentadura que le había dado la diosa. Al conocerle, Arlette había quedado maravillada por el hecho de que Eric tuviera todos los dientes; normal cuando la única referencia de la que uno dispone se reduce a un montón de sanguinarios forajidos de bocas plagadas de cicatrices y dientes mellados.

Arlette no sabía demasiado del mundo. Siempre lo había visto desde la cubierta del *Fiora*, y toda la información restante la conocía gracias a los comentarios de la tripulación, las sesgadas respuestas de su padre y, por supuesto, lo poco que le balbuceaban los supervivientes capturados en los distintos abordajes; aunque estos últimos no solían durar demasiado en el navío.

El capitán Giles se aseguraba de que no se viera influenciada por el exterior, le inculcaba valores refinados y honorables para que no creciera como una completa salvaje, pero por otro lado, le llenaba la cabeza de pájaros que piaban las supuestas bondades de la piratería y lo memorable de una vida huyendo de la ley un día sí y otro también.

Pero, ¿cómo no iba a parecerle maravilloso si lo único que sabía del mundo era esa forma de vida llena de relatos heroicos y privilegios dulcificados?

Así pues, fue imposible que Arlette creciera soñando con otra cosa que no fuera seguir los pasos de su venerado padre. Nada de casarse, de vestirse de princesa, ni de valerse de un hombre para que la protegiera. Ella era distinta. Era una pirata.

—Ayyyy... ¿Qué haríamos sin ti? —rió, revolviéndole el pelo a Eric entre disimulados y furtivos arrumacos.

Él tuvo que hacer grandes esfuerzos para no derretirse: allí estaba ella. La melena trenzada de intenso color rojo lucía un flequillo sesgado que le cubría un lado de la cara y terminaba en punta al llegar a su mejilla sonrosada. Sus ojos le recordaban al agua de los lagos, su cuerpo a un reloj de arena, fino y delicado, y su estilo... Bueno, su estilo era el típico de una pirata: botas delgadas y bajas, pantalón de cuero negro ajustado que apenas le ocultaba las espinillas y una camiseta fina, de rayas y mangas cortas con el cuello abierto.

—N-No es para tanto... —tosió al despegarse de ella y erguirse todo lo que pudo cuando uno de los hombres del capitán pasó junto a ellos—. El motor está viejo pero es bueno. Cualquiera podría mantenerlo como nuevo sin saber mucho de mecánica. —Llevaba la camisa llena de manchas de suciedad, con

un estupendo agujero a la altura del codo y un rasguño en uno de los bordes de la manga derecha. Al menos los pantalones estaban enteros, y la tela oscura ayudaba a disimular los restos de hollín.

—Bueno... entonces lo diré de otra manera. —Arlette sonrió, sus ojos brillaron intensamente al mirar a Eric—. ¿Qué haría yo sin ti?

Solo había que fijarse atentamente para ver que los dos jóvenes estaban profundamente enamorados. El capitán Giles se había preocupado tanto en proteger a su hija del mundo exterior que no vio la amenaza que llevaba escondida en la bodega de carga.

Al principio, cuando se conocieron, ni siquiera hablaban. Después, Arlette comenzó a preguntarle sobre las Brisas de Eolia, de las que él provenía, y al final acabaron reuniéndose a escondidas para que Eric le contara toda clase de historias acerca de las aeronaves, el éter, las puertas automáticas y las barreras de energía. Arlette, que nunca había escuchado nada como aquello, aprendió poco a poco la gran diferencia tecnológica que existía entre las distintas Brisas, el vasto y complejo imperio de islas flotantes que componían el autodenominado y único Imperio del Aire.

Casi podría decirse que el polizón se convirtió en su particular Buscador de Leyendas. Uno al que creía ciegamente y con el que acabó soñando todas las noches hasta comprender lo que realmente significaba.

Su relación desde entonces fue de novela, con encuentros apasionados bajo las estrellas y con besos fugaces ante el posible peligro de ser descubiertos. Pero, aunque para Arlette aquello era suficiente, pues a su modo de ver se trataba de otra emocionante aventura más, para Eric era el infierno. No solo le odiaban por más que trabajara y demostrara un don innato para la mecánica, sino que sufría siendo un prisionero sin cadenas. Los demás le amenazaban, le vigilaban y lo maltrataban cuando ella no estaba presente, y eso había hecho que la balanza entre el amor y la libertad estuviera constantemente desequilibrada. Lo único que lograba que sus ansias de libertad no le obligaran a huir a la menor oportunidad era Arlette, que fortalecía su paciencia a base de besos. Pero Eric no sabía hasta cuándo aquel bálsamo sería suficiente.

Inmerso en estos pensamientos, no percibió que su gesto se tornaba amargo. Arlette le miró con preocupación.

—¿Estás bien, Eric? ¿Aún estás mareado? —preguntó frotándole el brazo solícitamente.

—No... no se trata de eso. —La miró—. Dime, ¿alguna vez has pensado en

marcharte? —Nunca lo habían hablado hasta entonces, pero Eric tenía la secreta esperanza de que ella estuviera dispuesta a irse con él tarde o temprano.

—¿Yo? ¿Marcharme? —Ladeó la cabeza sin acabar de entenderle.

—Sí. Preparar un macuto con lo indispensable, esperar a que el barco escale en un puerto y bajar a escondidas para no volver jamás.

«Le acabo de explicar mi plan de arriba abajo», pensó Eric, algo inquieto. Arlette le miraba confusa.

—Pero... ¿Por qué iba a hacer esa tontería?

—No sé... ¿no te gustaría llevar otro tipo de vida? Tener un hogar en tierra, un trabajo honrado... no tener que estar siempre preocupados por si nos atacan, por si morimos en un abordaje... Una vida normal. Tranquila.

La expresión de Arlette era un poema. Al principio parecía totalmente perpleja. Eric empezó a ponerse nervioso ante su silencio, y cuando parecía que la cosa no podía empeorar más, ella rompió a reír.

Para el polizón aquello fue como si le hubiera caído a su balanza una enorme roca de hielo. «¿En qué demonios estaba pensando? Ella en ningún momento se ha planteado siquiera la posibilidad. Ni mucho menos, irse conmigo».

—Creo que has pasado demasiado tiempo allí abajo. ¿Una vida tranquila, dices? ¿En tierra? Eso es para los corderos, y nosotros no somos corderos, somos lobos —dijo repitiendo las palabras de su padre.

—Pero podrías tener tu propia tierra, quizá una granja... —insistió Eric a la desesperada.

—La tierra nos ata. —De nuevo era Giles quien hablaba a través de sus labios—. Solo en el aire somos libres.

Eric la miró, desolado. Arlette tenía tan idealizada aquella vida que no era capaz de discernir nada más. «Es una pirata —se repitió—. No puede ser otra cosa... no quiere ser otra cosa. No lo entenderá». ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había sido tan estúpido para tan siquiera plantárselo?

—¿Por qué me preguntas todo esto ahora, de repente? —preguntó Arlette, observándole con preocupación y sospecha—. ¿Acaso tú sí quieres algo así?

—Bueno, yo...

Antes de que pudiera encontrar una buena excusa, como un trueno salvaje resonó la voz grave y furiosa del temido contramaestre, Johan Asbin.

—¡Florezilla! ¡Mueve el culo! El capitán quiere verte ahora mismo en su camarote.

El perverso contramaestre era el tipo de villano con el que uno tiene pesadillas. Cuando escuchas la palabra pirata, en tu imaginación aparece él: torso ancho como una montaña, dientes mellados como los de una hiena, mirada salvaje, parche en un ojo, chaqueta larga y raída tras cientos de batallas... Solo le faltaba la pata de palo, el garfio, un loro y la inconfundible barba grasienta. Pero no nos sentimos decepcionados todavía, seguro que Johan cumpliría el resto de los requisitos tarde o temprano. Le faltaban tantos tornillos que, si en un abordaje alguien no le cercenaba una pierna o una mano, lo haría él mismo en su lecho de muerte para morir convertido en un verdadero bucanero. ¡Así de pirata era!

—¡Voy! —contestó Arlette tan rápido como un rayo, y de la misma manera desapareció al cruzar la puerta que llevaba al interior.

Eric creía que se quedaría allí solo, con la recién descubierta realidad atormentándole en silencio. Pero no, Johan consideró que era un buen momento para acercarse y reírse de él un rato.

—¿Qué estás pensando, cucaracha? —escupió con repulsión, torciendo la boca y clavando sus asesinos ojos en él.

Odiaba al chico ante todo, incluso por encima de la Armada. Para él un polizón era lo peor, y para nada aprobaba la decisión del capitán Giles de mantenerle con vida. Incluso se había planteado en más de una ocasión enterrarle una daga a traición cuando nadie mirara, pero sabía que eso le hubiera traído problemas por mucho que fuera el segundo al mando. Debía tener paciencia y esperar.

—Nada. —Eric le devolvió la mirada con decisión. Intentó mantenerse firme, aunque realmente le temblara hasta el alma.

La mandíbula de Johan crujió y soltó un escupitajo a los pies del polizón antes de acercársele con una mano descansando en el mango de su sable.

—¿Entonces por qué sigues mirándome así? —Su rostro se puso frente al del muchacho y su boca expulsó un hedor rancio—. ¿Quieres que te arranque los ojos? ¿Es eso?

Eric no podía ganar y por mucha valentía que le mostrara no conseguiría que ese hombre le respetara. No tenía más remedio que agachar la cabeza hoy para poder levantarla mañana.

—Lo siento, señor. —A pesar de que buscaba no meterse en problemas, la frase sonó cargada de odio. Después, se giró a un lado para marcharse.

Pero Johan tenía otros planes. Le atrapó de la camisa a la altura del pecho, rasgándola por culpa de sus enormes dedos, y atrajo al muchacho de nuevo

hacia él.

—Si crees que puedes salir ileso después de mirar así a un pirata, es que en todos estos meses no has prestado la suficiente atención. —Le soltó un puñetazo en la cara tan fuerte que el chico sintió como si le hubiera partido medio rostro, y cayó de bruces contra el suelo—. Quédate ahí, en el suelo, cucaracha. Donde perteneces. —Y soltando una carcajada, se alejó de Eric animado por una nube de risas que provenían del resto de la tripulación.

«No puedo más» pensó el pobre polizón.

Su paciencia acababa de morir, se la habían arrancado de un golpe. No tenía razones para seguir esperando a Arlette. Ella misma le había dejado todo bien claro. Por más que le describiera cómo era el resto del mundo, con rascacielos de cristal, estatuas de mármol por doquier y sin máquinas estorbando y ensuciando el aire, seguiría siendo un lugar lejano que la joven preferiría mantener como fantasía. No era un lugar que realmente deseara pisar, le bastaba con imaginárselo.

«No me necesita, solo soy un juguete raro» comprendió, con los ojos vidriosos. «Y eso no va a cambiar por mucho que lo intente...»

* * *

Cuando la hija del capitán Giles dejó atrás la cubierta y accedió al camarote, se encontró a su padre vestido con sus mejores galas, esperándola sentado en su viejo sillón; justo tras la inmensa mesa redonda que solía usar como centro de mando.

—Buenos días, papá. —Le saludó con su mejor sonrisa y se acercó—. Johan me ha dicho que querías verme.

El camarote no era demasiado grande ni estaba bien iluminado, pero sí lo suficiente como para resultar un espacio envidiable dentro del *Fiora*. El resto de habitaciones, sin tener en cuenta la de Arlette, apenas contaban con espacio para una hamaca y una diminuta mesilla de noche con cajón. Ni siquiera tenían un cofre donde dejar sus efectos personales, por lo que se contentaban con una red atada a una cuerda que solía colgar de una viga. Aunque, ciertamente, tampoco necesitaban más. Los miembros de la tripulación, sin un hogar más allá del aerobarco, no poseían demasiados objetos que desearan conservar dentro de sus pequeños y privados espacios.

Pero las vidas del capitán y su hija eran bien distintas. Solo había que echar un vistazo a la cama doble de madera tallada y techo de seda. Tampoco se

podía obviar el enorme baúl de al lado, donde él guardaba los trofeos, fruto del pillaje en los asaltos más memorables. Y ni qué decir del mobiliario señorial, el espejo de cuerpo entero, los portillos cilíndricos, tan grandes como el ojo de un gigante, y las decenas de espadas que vestían a modo de mosaico las paredes.

Pero por más que todo se viera ostentoso e intimidante, pues algunas de las armas dejaban adivinar cierto rastro de muerte en sus filos, su padre era un buen pirata; todo lo bueno que se podía ser, pues continuaba robando y atacando embarcaciones a pesar de todo. Nadie podría ser tan iluso como para pensar que jamás había matado a nadie que no se lo mereciera, pero sí era verdad que intentaba seguir un código. Solía hablar mucho de él, y su hija lo había aprendido de tal modo que se despertaba recitándolo y se acostaba rezándolo.

Aquel mantra consistía en tres principios bien sencillos: mata solo para defenderte o servir de ejemplo, trata bien a los prisioneros y, por encima de todo, honra a la familia; es decir, al resto de la tripulación.

Tal vez por eso chocara que tuviera a un segundo al mando con ideales tan opuestos a los suyos. Pero incluso el capitán sabía que necesitaba a alguien que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa en favor del navío. Incluso aunque fuera algo que no llevaría a cabo ni el peor de los monstruos. Si él podía mantener sus principios, era porque otros hacían el trabajo sucio.

—Sí, pequeña. Acércate. —Entrecerró los ojos para verla mejor—. Tenemos que hablar... —afirmó, posando sus manos arrugadas sobre un viejo y maltrecho mapa que estaba estirado y clavado con varios puñales sobre la tabla de la mesa—. Hoy es un día muy importante...

Se le veía cansado a pesar de su salud de hierro. Las canas habían ocupado por completo su barba, que se perfilaba cada mañana con la inestimable ayuda de su daga, y las manchas de la vejez empezaban a conquistar su piel. También se le notaba la edad en la coronilla, pues la calvicie le había ganado la batalla y tenía que ocultarla ayudándose del sombrero pirata; tan alargado en sus puntas que solía caérsele siempre que se movía demasiado para sacar su espada de la vaina.

Siendo justos, en el pasado había sido un hombre impresionante, y continuaba con las fuerzas suficientes como para seguir poniendo en jaque a los mercaderes y al ejército. Pero ya no era el de antes. Se había convertido en una reliquia. Un fósil.

Él era consciente. De momento aún le respetaban, pero eso terminaría por

cambiar. Y antes de que tuviera lugar ese cambio, había cosas que debían ser resueltas.

Arlette, desconocedora de sus intenciones, se acercó con curiosidad.

—¿Un día importante? ¿Qué pasa? Se te ve molesto.

—He decidido... —Giles removió los labios reseco y no supo encontrar una manera menos chocante de comunicárselo, así que lo soltó sin más—. He decidido entregarte mi puesto de capitán.

La joven abrió los ojos como platos. Al principio se quedó petrificada, pero después reaccionó golpeando la madera sin ningún cuidado.

—¿Qué?! ¿Vas a abandonar?! Pero... —No podía creérselo, era imposible—. ¿Por qué?! —Había oído cientos de historias sobre las honrosas muertes de muchos piratas; amigos de su padre, enemigos, incluso algunos valientes que habían intentado seguir sus pasos construyendo barcos propios. Todos, y él el primero, deseaban morir en combate, con su rango intacto, defendiendo su posición y su amada libertad. Lo que decía no tenía el menor sentido—. ¿Estás bromeando? ¿Por qué ibas a abandonar, papá? Siempre has dicho que tendrían que matarte para que dejaras de ser el capitán.

—Las cosas cambian.

—Un pirata siempre es un pirata —le replicó ella instantáneamente—. Tú me lo enseñaste.

Giles se levantó sin prisas. La silla crujió y el capitán aguantó un resoplido al estirar sus maltrechas piernas.

—Sí, te enseñé eso... También te enseñé a usar una espada, a interpretar mapas, a memorizar cartas de navegación... —Miró el atlas del Imperio del Aire y abrió los brazos hasta que sus dedos tocaron los dos extremos paralelos del pergamino—. Te enseñé todo lo que necesitabas saber para conquistar el mundo. Y eso es lo que estoy pidiéndote que hagas ahora. Que continúes con lo que yo empecé y me hagas sentir orgulloso. —Su voz sonó rota al final, tan triste como su mirada—. ¿Lo harás por mí?

—P-Pero... ¿Qué te pasa? —Arlette empezaba a asustarse, nunca había visto a su padre así, tan derrotado—. ¿Estás enfermo? ¿Es que hay algún problema? ¿Por qué esto, por qué ahora?

Con un suspiro, el capitán Giles tuvo que reconocer en voz alta la simple realidad, un hecho que se había negado durante tantos años.

—Arlette, lo que pasa es que estoy demasiado viejo. Eso es lo que me sucede —Abatido, volvió a sentarse.

La frase llegó hasta su hija como si fuera un proyectil. Bajó la mirada al

papiro arrugado y no quiso creerlo. Le resultaba imposible pensar que su padre quisiera abandonar la que había sido su vida solo por sentirse «demasiado viejo».

—No digas tonterías... —susurró antes de elevar la voz bien alto y golpear la madera con el puño cerrado—. ¡Eres el legendario capitán Giles! La Armada te teme y la gente te respeta. ¡Tú no te haces viejo!

Giles contempló a su hija con tristeza. La muchacha apretaba los dientes, furiosa e impotente. Arlette era su mayor tesoro, amaba a su hija y aquello le estaba partiendo el corazón, pero tenía que hacerle ver la realidad. Ya no era una niña a la que hubiera que proteger del exterior. Era hora de hacerla despertar.

—Todos nos hacemos viejos, solo que yo lo hice sin que te dieras cuenta. —Le hubiera gustado levantarse y acercarse a ella, pero estaba tan cansado... No solo agotado físicamente, sino en todos los sentidos. Quería descansar, sentir lo que era dormir sin tener que mantener un ojo abierto y poder levantarse sin más pretensiones que pasear bajo el cielo diurno disfrutando de una existencia tranquila. La necesitaba tanto... La deseaba tanto—. El tiempo es un enemigo al que no podemos combatir, Arlette. Él siempre gana, y hace tiempo que ya no soy el mismo: he empezado a olvidar cartas de navegación que he utilizado cientos de veces, en ocasiones se me pasan por alto detalles importantes, por no hablar del combate. Apenas puedo sostener una espada sin parecer un débil grumetillo...

—¡Bueno! ¡Pero eso tiene solución, papá! —Dio una zancada y rodeó la mesa hasta ponerse a su lado—. Johan puede aconsejarte siempre que lo necesites... —Por su cara parecía que había encontrado la solución al problema—. Y yo podría...

—Arlette...

—Y yo podría ocuparme de las cartas. Solo tendrías que dirigirnos, como siempre has hec...

—¡Arlette! —repitió dándole un manotazo a la mesa.

Arlette dio un respingo y guardó silencio inmediatamente. El capitán se pasó la mano por la cara, tomó aire profundamente, luego colocó su mano sobre la de la joven y respondió en un débil susurro.

—Cariño, ¿es que no entiendes que no puedo más? No tengo fuerzas para seguir con este sueño... Necesito que tú lo termines por mí. —Sonrió, pero la expresión se le hizo pedazos cuando siguió—. Ya no aguanto esta vida. Estoy cansado de ser un pirata.

* * *

Eric llevaba un buen rato observando el horizonte. Se había colocado junto a un cañón de la cubierta hincando los codos sobre los límites de la borda y estaba dándole vueltas a todo. Por un lado le entristecía saber que no volvería a ver a Arlette, pero por otro estaba deseando que el *Fiora* llegara a su destino.

Desvió su mirada de la lejanía y la internó en la cubierta para observar a los demás. Dentro de poco llegaría la hora de la comida, en ese momento podría irse a la bodega y coger un poco de todo para el viaje. Ni siquiera tendría que preocuparse de que le echaran de menos en la mesa, después del puñetazo de Johan todos creerían que se había escondido en cualquier parte por vergüenza. Sin duda era el mejor momento para marcharse, no iban a sospechar nada.

De improviso, como si fuera un tren, Arlette apareció por la puerta del camarote de su padre, dando un portazo al salir. El golpe fue tan brutal que varios rostros se giraron hacia allí para ver qué pasaba. La joven avanzaba con un caminar rápido y errático, como si quisiera alejarse cuanto antes.

—Algo va mal... —dedujo el polizón en cuanto clavó sus ojos en ella. Llevaba los puños cerrados y la cabeza gacha.

—¡Eh! ¡Arlette, ten cuidado! —le recriminó uno de los piratas en cuanto chocó con él y casi le hizo tirar una caja entera de material de reparación.

Pero ella no se disculpó, ni siquiera levantó la vista, solamente se echó a un lado y continuó avanzando hacia el frente, iracunda.

Eric no supo qué hacer entonces. Se iba a marchar, ¿tenía algún sentido preocuparse? ¿Debía olvidarse de ella, o en su lugar acercarse como hubiera hecho anteriormente?

Fuera como fuese, al final dio igual. La joven se paró en seco al lado del mástil mayor, y giró la cara hacia él. Esta vez sí pudo verle los ojos, parecían tan rojos como su cabello, llenos de furia y al mismo tiempo, inmensamente tristes.

De pronto, la muchacha corrió hasta él y se lanzó a sus brazos, sin importarle que todos estuvieran mirando.

—¡A-Arlette! —La apartó de su lado con tanta brusquedad, que él mismo se arrepintió al instante. Aun así dijo—: Van a descubrirnos si nos ven tan cer...

Ella apretó los labios con fuerza y se alejó un par de pasos. Estaba al borde del llanto, su expresión era amarga. Eric comprendió que estaba haciendo un

esfuerzo para contener sus emociones.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al final, llevándola consigo a un extremo del navío, donde nadie pudiera oírles hablar.

—Mi padre... —musitó—. Se va.

La noticia dejó a Eric sin palabras. ¿Cómo que se iba?

Arlette siguió hablando con la vista clavada en la madera rayada de la cubierta, no se atrevía a elevar el rostro y que el chico al que quería la viera así.

—Dice que ya está muy viejo para seguir luchando —Apretó los labios rabiosa—. Que no quiere que el mundo le recuerde como un patético capitán senil. Prefiere irse ahora que aún es una leyenda y vivir tranquilo en una isla cualquiera hasta que la diosa Nut se lo lleve.

Parecía que la suerte estaba de parte de Eric, o al menos así lo sentía. Era perfecto.

—¡Pero eso es bueno! ¡Podrás marcharte de aquí y ver mundo conmigo! —respondió nervioso y con una sonrisa que fue incapaz de disimular.

—¿Q-Qué? —Arlette quedó confundida—. ¿Irme? No, no. Yo no puedo marcharme.

—¿Cómo que no puedes marcharte? ¿Por qué no? Si tu padre se va, ya nada te atará al *Fiora*.

—Quiere que le sustituya. Que atraviese los límites del imperio y viaje más allá del cielo conocido; hacia las Brisas Lejanas —respondió—. Voy a seguir su legado y levantar su nombre y el mío hasta lo más alto. Descubriré mundos que nadie siquiera puede imaginar. Los Buscadores de Leyendas hablarán de nosotros y nos recordarán por toda la eternidad. —Lo dijo de carrerilla, como si fuera una lección recién aprendida.

—¿Me estás tomando el pelo?! —Eric no podía dar crédito a lo que oía. Ese viejo egoísta había conseguido que Arlette se creyera esa estupidez a pies juntillas. El muy cobarde tenía tanto miedo a perder lo que había conseguido, que prefería sacrificar el futuro de su propia hija antes que aceptar su triste destino—. No lo hagas... —suplicó entonces. Al oírla hablar así se la había imaginado muriendo en una pelea, en una batalla naval o, peor aún, en un fusilamiento. No podía dejar que alguien como ella, que aún era pura y estaba a tiempo de salvarse, se desintegrara de esa forma—. Ven conmigo —espetó decidido y agarrando con fuerza sus manos.

—No digas tonterías. ¿Que me vaya contigo? ¿Adónde?

—¡A cualquier lugar! ¡Donde podamos ser felices! Con una casa, un trabajo

honrado...

Ella le interrumpió:

—Y una vida aburrida. —Se zafó de él y lo miró con decepción—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que destroce el sueño de mi padre y me convierta en...? —Le dedicó una mirada de desprecio—. ¿En tu campesina?

—¡Él destroza su sueño al abandonarlo! ¡Tú no tienes ninguna responsabilidad! Ni siquiera has matado antes, no estás preparada, y nunca deberías estarlo. ¿No ves que te acabarán matando? ¡¿Es eso lo que quieres?! ¡Por favor, te lo suplico! ¡Lo que tu padre pretende es una locura! —Le tembló la voz—. N-Ni... ¡Ni siquiera es de verdad tu padre! ¡Únicamente te encontré varada en el firmamento! —Chasqueó la lengua indignado—. O eso dice él... Es un pirata, a saber si fue él quien te arrebató a tu verdadera familia.

Aquel fue un golpe bajo. Arlette palideció y sus ojos centellearon.

—¿Cómo te atreves? —siseó. Deseaba partírle la cara o lanzarle por la borda. Sin embargo, controló su rabia y se giró dándole la espalda para negarle su rostro—. Has sido bueno conmigo, Eric. —Trató de mantener un tono sereno, pese a la furia y la tristeza que bullían en su interior—. Y sé que a tu manera, me estás diciendo lo mucho que me quieres.... Por eso dejaré que te marches y seas libre. Pero no te equivoques, yo soy y siempre seré una pirata. El sueño que tienes no es más que eso. —Ella le daba la espalda, por eso Eric no pudo ver la lágrima furtiva que rodaba por su mejilla—. Tú nunca serás mi familia, lo son mi padre y la tripulación. —Y caminó, dejándole atrás—. No pienso traicionarles.

La discusión podría haber continuado si él hubiera ido tras ella, pero no tuvo la oportunidad. El capitán Giles hizo acto de presencia en cubierta gritando a todo el mundo.

—¡Acercaos! Hay algo que tengo que comunicaros. —Se detuvo entre el espacio de los dos mástiles y aguardó a que sus hombres fueran rodeándole formando un círculo.

Solo Eric se quedó al margen, observándolo todo desde la distancia y con la sensación de que ya no tenía nada que hacer allí.

—Hoy... —Hizo una pausa. No estaba seguro de cómo reaccionaría la tripulación, de modo que se esforzó en emplear su voz de mando más poderosa—. Hoy voy a nombrar a mi sucesor.

Los murmullos crecieron. El asombro se pintó en los rostros de cada uno de los hombres y el rumor creció hasta convertirse en un tumulto. Algunos dijeron nombres, proponiendo a un nuevo líder. Otros solo se preguntaban por qué iba

a ceder su merecido puesto.

Giles no respondió a nadie. Hizo un gesto a su hija, que atravesó la multitud y se colocó a su lado:

—Arlette será la que os dirija a partir de ahora.

En esta ocasión nadie se sorprendió, de hecho, algunos ni siquiera reaccionaron. La mayoría era consciente de que el capitán siempre había planeado entregarle a ella el mando algún día. Sin embargo, tampoco hubo vítores, aplausos ni gestos de aprobación.

Arlette permanecía junto a su padre, seria y altiva, y Giles iba a seguir hablando cuando, de pronto, la relativa calma se quebró.

—No, no lo será.

El contramaestre se abrió paso entre la tripulación y se detuvo frente al capitán. Giles no daba crédito. Apretó la mandíbula y se esforzó en mantener la calma.

—¿A qué viene esto, Johan? Ya lo habíamos hablado y estabas de acuerdo —dijo con peligrosa frialdad.

Al oírlo, Johan mugió:

—¿De verdad esperas que acepte que una florecilla nos dirija? —Hubo algunas quejas murmuradas, pero otras voces las acallaron. El semblante de Johan se volvió amenazante y su mirada tenebrosa—. No dejaré que acabes con nuestra reputación entregándole el *Fiora* a una niñata que juega a ser pirata. Navegar con nosotros, aprenderse las rutas y saber empuñar una espada no la hace uno de los nuestros. ¡Ni siquiera ha derramado sangre todavía! Te has empeñado en protegerla y mostrarle el lado bueno e inexistente de una vida que es cruel y salvaje, viejo. Solo te engañas a ti mismo. —Hizo una mueca, que sus camaradas siguieron con pequeñas risitas—. No tiene estómago para ser un pirata de verdad. Si permito que continúes con tus estupideces nos llevarás al infierno contigo.

Al acabar, un coro de gritos lo consensuó:

—¡Es cierto!

—¡No es una verdadera pirata!

—¡Una mujer dirigiéndonos traería mal fario!

Una marea de manos se elevó tras la ruda espalda de Johan, con los puños en alto y furiosos.

Pero eso no iba a conseguir que el pirata Giles se asustara. Había matado a más hombres que todos ellos juntos, y si era necesario, lo demostraría haciéndoles a todos pedazos con sus propias manos. Haría lo que fuera por

asegurar el futuro de su hija.

—Seguro que tú sí serías un buen capitán. ¿Eh, Johan? —Apretó los dientes amarillentos y mostró los colmillos como haría una bestia. Allí no quedaba nada del dulce padre que conocía Arlette—. ¡¿Crees que voy a permitir que enmascares un motín con supuesta justicia?! —Agarró la empuñadura de su sable y sacó el arma a toda velocidad produciendo un siseo—. ¡A mí los justos! ¡A mí mis hombres!

Y así fue. Quienes sentían que el viejo pirata era como un padre, un hombre al que había que respetar y que les había dotado de un propósito en este mundo, desenvainaron sus armas dispuestos a dar la vida por él.

En un parpadeo, la cubierta se había separado en dos bandos. Uno liderado por el legendario dueño del *Fiora*, y en el otro, los despiadados compinches de un traidor.

—Atrás, mi vida. —El padre de Arlette la arrastró a un lado con la mano, dedicándole una sonrisa tranquilizadora antes de que...

Antes de que la bola de acero que escupió el trabuco de Johan le estallara en plena frente y acabara con su vida en un nubarrón de pólvora.

Para Arlette fue como si el tiempo se hubiera ralentizado. Vio, con todo lujo de detalles, cómo el cuerpo de su padre se torcía a raíz del impacto y cómo el sombrero se desprendía de su cabeza lentamente. La espada que portaba también acabó descendiendo, aunque ni la muerte consiguió arrebatársela de los dedos, y al final, cuando ya era demasiado tarde, el tiempo volvió a su velocidad habitual. Los sonidos se mezclaron: el metal de la hoja afilada golpeando contra el suelo, el estallido de la pólvora y el cuerpo del propio Giles derrumbándose.

—¡Papá! —La voz de Arlette se desgarró en su garganta.

Después todos gritaron; aunque solo ella lo hizo de terror.

—¡Protejamos a nuestra capitana! —rugieron los que aún eran fieles a su padre abalanzándose contra los amotinados sin un ápice de duda.

Las espadas iniciaron su danza, chocando acero contra acero, desgarrando ropa, atravesando carne y desintegrando vida. Antiguos amigos y hermanos estaban ahora enterrando sus afiladas hojas entre sí, intentando sobrevivir a una batalla tan brutal y cercana que en pocos segundos ya nadie sabía a ciencia cierta de qué lado estaba cada quién. Lo único seguro era que cuando todo acabara, el aerobarco vestiría sangre y muerte.

—¡¡Arlette!! —Eric apareció a gran velocidad entre el gentío y llegó hasta ella—. ¡Escondámonos! —le dijo en cuanto la agarró de la muñeca.

Ella se resistió. No quería abandonar a su padre. Aún no había asimilado que estaba muerto.

—¡Suéltame! —Se zafó de él y se abalanzó al interior de la lucha hasta llegar al cuerpo inerte del capitán—. ¡Papá!

Lo zarandó como si así pudiera hacer que despertara, lo llamó una y otra vez. Y cuando por fin entendió que de verdad estaba pasando, que Giles se había ido, lloró. Lo hizo mientras toda la tripulación se mataba entre sí, bailando en una lucha a muerte alrededor de ella y Giles.

—No te pongas triste. —Se escuchó un chasquido inesperado.

Elevó la vista y volvió a ver a Johan ante ella, con la pistola otra vez cargada y lista para disparar.

—Volverás a verle enseguida —dijo. Y sonrió.

Arlette cerró los ojos para no ver de nuevo el destello y la nube de pólvora asesina. Si hubiera podido, también se habría tapado los oídos para no escuchar ese horripilante sonido. Y el estruendo resonó, sacudiéndole hasta los huesos. Pero no sucedió nada: la lucha seguía produciéndose a su alrededor, las espadas chocaban, los gritos se volvían cada vez más fuertes y ella aún respiraba.

Cuando abrió los párpados, confundida, no pudo creerlo. Eric estaba justo delante de ella, erguido y dándole la espalda para que Johan no fuera capaz de alcanzarla. No sabía cómo lo había hecho, pero la acababa de salvar de una muerte segura.

—¿E-Eric...? —parpadeó incapaz de creer que estuviera plantándole cara a ese monstruo gigantesco.

Sin embargo, la realidad volvió a golpear con su filo más amargo. Un punto primero, una enorme mancha púrpura después, se fue extendiendo en el pecho del chico a causa del disparo que había recibido a bocajarro para protegerla. Se tambaleó estoicamente. Siempre había sido valiente, Arlette lo sabía. El chico frunció el ceño, mirándola con tristeza, y se derrumbó sobre la cubierta.

—¡Eric! ¡Eric!

El cuerpo del muchacho yacía junto al de Giles. Respiraba con dificultad, aún consciente. Arlette se sentía como en una horrible pesadilla: había perdido a su padre, el único hombre que la había querido de verdad estaba agonizando a su lado, y frente a ella, el asesino que ya se lo había arrebatado todo estaba a punto de quitarle lo único que le quedaba: su vida.

Mientras el conrmaestre se preparaba para cargar su arma con una tranquilidad insultante y una sonrisa, ella no podía apartar la mirada de Eric.

—Arle... —escupió el chico entre bocanadas de sangre—. C-Corre... Tienes... Tienes que esconderte.

Pero Arlette no era capaz de mover un solo músculo. El miedo la tenía cogida de los tobillos, la rabia de las manos, y el dolor... El dolor comenzaba a atravesarle el pecho de tal forma que sentía que este le ardía. ¿Cómo podía pensar que lo dejaría allí para ocultarse? ¿Acaso serviría de algo? No, no lo haría...

Los recuerdos cruzaron por su mente a gran velocidad, igual que en un extraño carrusel. Vio de nuevo cómo su padre la enseñaba a usar una espada, el día en que le regaló su primer catalejo... El momento en que supo que estaba enamorada de Eric. Lo revivió todo, saboreando los pocos segundos que le quedaban de vida e ignoró el muro de cuerpos que se estaba formando a su alrededor; como una alfombra macabra en la que nadie sabía cuál de los dos bandos estaba ganando.

—Al final, la cucaracha sí que tenía agallas...

El mundo de Arlette se derrumbaba. Sus párpados temblaban, sus manos también, pero su corazón... su corazón parecía que cada vez latía menos. En un momento, todos sus sentimientos, sus sueños y sus deseos se desvanecieron de tal modo que incluso el brillo de sus ojos desapareció. Los recuerdos se enterraron profundamente y en su pecho se abrió un insondable vacío.

Aquel instante acabó con sus ganas de vivir, pero también hizo que naciera algo mucho más peligroso: sus ganas de matar.

En un segundo, apretó con furia los dientes, cogió el brillante sable de su padre, se levantó y cargó contra el traidor con toda su furia.

Johan ni siquiera pudo responder, y vaya si lo intentó. Soltó el arma descargada, sacó su espada y apuntó con ella a la cabeza de la chica para contrarrestar el ataque. Pero ya era tarde, Arlette fue demasiado rápida e inesperada. Esquivó el filo ladeando el rostro y este solo produjo un arañazo en su mejilla. Le dejaría cicatriz, pero el dolor no impediría que la pirata siguiera avanzando y cumpliera su venganza. Arlette hundió la mitad de la hoja en su estómago.

—¡Maldita, hija de...! —gritó Johan entre alaridos sanguinolentos.

En sus últimos instantes de vida, el cruel pirata alargó las manos y la agarró del cuello. Sus gordos dedos intentaron asfixiarla lo más rápidamente posible, y al ver que no lo lograría, trató de apartarla de él y salvarse de aquella desconocida bestia que había adoptado la forma de una inocente muchacha de cabellos rojizos.

Arlette no se inmutó, ni siquiera sufrió por la falta de aire o la presión sometida sobre su garganta. Se limitó a sacar su espada del vientre de Johan y, mirándole directamente a los ojos con una expresión fría y depredadora, arqueó la hoja levemente hacia arriba y volvió a hundirla en sus entrañas, esta vez hasta la guarda y acertándole en el corazón.

En cuanto lo hizo, lo demás dio igual. El contramaestre se desvaneció para siempre, como si nunca hubiera existido, produciendo una sacudida en la cubierta al caer al suelo.

Los segundos siguientes le resultaron irreales. No oía ruido alguno ni sentía dolor. Los colores de su alrededor se le hacían extraños, parecía como si su cuerpo hubiera perdido la sensación del tacto. Estaba en shock.

—G-Gracias a... —Las palabras de Eric la hicieron reaccionar—. E-Estás bien... ¿verdad? No te ha herido... —quiso saber.

Ella se agachó y sollozó. Las lágrimas brotaban de sus ojos en un torrente, pero su rostro permanecía inexpresivo, impassible. Se limpió con la manga.

—Sí, Eric... Gracias a ti. Me has salvado.

Él intentó sonreír, pero no pudo.

—Al final parece... —Estiró su mano con la esperanza de poder tocarle la cara, acababa de ver la herida que tatuaba su mejilla derecha— que sí estás hecha para esto... —Antes de llegar hasta ella, su mano se derrumbó y Eric se marchó para siempre.

La muchacha se quedó mirándole en silencio unos instantes. A su alrededor, la vorágine de violencia no cesaba. La cubierta estaba teñida de rojo y el olor metálico de la sangre inundaba el aire. Rodeó el cuerpo de Eric con sus brazos y lo estrechó contra su pecho.

—Cuando despiertes, nos iremos —dijo a media voz—. Me iré contigo. Seré tu campesina, tal y como deseas.

Pero él no respondió. Estaba muerto.

Arlette apretó bien fuerte los labios y volvió a limpiarse las lágrimas. Esperaba que alguno de los amotinados acabara con su vida en cualquier momento, pero nadie parecía darse cuenta de que ella estaba allí. Resultaba tan tentador, tan apetecible... Quería que el dolor se extinguiera, que le dejara de arder el alma.

Miró hacia su derecha. La salida más fácil era saltar por la borda y terminar con todo lo antes posible. Pero mientras valoraba la idea, un fuego desconocido creció en su interior. Su padre la había enseñado a no ser una cobarde, a no rendirse aunque el mundo entero estuviera en su contra. Su padre

estaba muerto, Eric también... ¿Iba a dejar que todo lo que habían significado para ella desapareciera por siempre? No. No podía permitir que el mundo continuara adelante como si nada hubiera pasado, como si ellos nunca hubieran estado en él... como si ella nunca les hubiera amado. Tenía que vivir, vivir para honrar su memoria, vivir para poder seguir recordándoles.

Dejó el cuerpo sobre la mancha de sangre que tintaba la madera, se hizo con el trabuco y, sin pensárselo dos veces, disparó a traición al primer hombre que reconoció como enemigo.

Nada más caer, los demás se quedaron en silencio y dejaron de pelear, sobresaltados por el estruendo.

—¡Miradme! ¡Ya he matado a alguien! —rugió ella, de pie, con la espada ensangrentada bien agarrada en la mano y un hilo de sangre deslizándose por su cara hasta la barbilla—. ¡He matado al traidor! —Su voz, dulce y femenina, había adquirido una nueva cualidad, más rasgada, fría y amenazante a pesar de todo. Ni siquiera el modo en el que se expresó parecía propio de una chica de su edad—. Ahora decidid. —Bajó el tono y miró a los hombres que quedaban con vida sobre el *Fiora*—. ¿Estáis conmigo...? —Y señaló con el arma el cadáver de Johan—. ¿O con él?

Hubo dudas, por supuesto. Pero solo había que mirar a Arlette para comprender que no sería una pobre niña indefensa nunca más. En ese momento se había convertido en una verdadera pirata, dispuesta a inmolarsse llevándose a los que pudiera por delante antes que rendirse y dejarse atrapar. Uno de los aliados de Johan dio un paso al frente, intentando alcanzarla con el sable. Arlette apretó el gatillo otra vez. No dudó. Ni siquiera se lo pensó. Cuando el cadáver del segundo hombre cayó sobre la tarima de madera, las dudas empezaron a despejarse.

Poco a poco, los amotinados se fueron rindiendo. Sus espadas comenzaron a caer como una cascada sobre sus pies. El *Fiora* tenía un nuevo capitán. Alguien a quien desde entonces, todos respetarían y temerían.

Y así, en aquella mañana, con un final tan inesperado como trágico, nació la leyenda de la despiadada Dama Sanguinaria.

La narración se interrumpió de repente. Una mujer, la misma que había visto el Buscador al entrar en la taberna, estaba aplaudiendo con golpes secos y lentos desde el fondo del lugar; parecía que lo hacía sin ganas y a modo de mofa.

Por supuesto, la multitud y el Buscador la observaron extrañados.

—Gracias, señora, pero aún no he terminado... —la reprendió utilizando un tono servicial, pero en el fondo estaba que echaba humo; odiaba que le interrumpieran. Encima lo había hecho cuando empezaba la mejor parte...

—Oh, perdona. —La mujer sonrió burlona y elevó el rostro mostrando un precioso corte de cabello rojizo que apenas superaba la nuca y que le tapaba medio rostro gracias a un enorme flequillo trasquilado—. Me he emocionado al oírte relatar con tanta veracidad y buen gusto. Casi parecía como si estuviera allí... otra vez. —De pronto se vio una fina pero alargada cicatriz recorriéndole la mejilla desnuda.

El Buscador de Leyendas se levantó de su asiento como un rayo y tembló. Aún no se habían dado cuenta los demás, pero frente a ellos se encontraba la Dama Sanguinaria.

Parecía como si se hubiera materializado a raíz de la historia, luciendo el mismo color de cabello que él había imaginado, con la misma mirada muerta y la misma marca horizontal. Solo variaban las facciones, algo más adultas y marcadas de lo esperado.

—¡Es ella! —La señaló como si fuera un fantasma, incluso tiró la silla atrás de los nervios.

—¿E-Ella? —Ninguno de los presentes se lo tomó en serio. ¿Cómo podían hacerlo?

La Dama Sanguinaria se puso de pie. Llevaba una capa que ocultaba su uniforme pero, gracias a que desabrochó varios botones, se pudo ver que vestía un corsé rojizo sobre una blusa oscura y semitransparente de volantes; además de unos guantes y unas botas del mismo color que el corpiño.

—Antes de que alguno use el cerebro y tenga la necesidad de salir corriendo... os advierto que si alguien intenta escapar o hacerse el valiente conmigo, tengo a mi barco esperando varios metros por encima del muelle.

—¡Es la Dama Sanguinaria! —gritó un iluminado.

—Sí, sí... —Lo aplaudió sin entusiasmo—. Felicidades, sois todos muy perspicaces.

En ese instante, varios de los hombres salieron decididos a darle una buena tunda. Pero un estallido verde brillante los detuvo justo después. La pirata acababa de sacar una pistola de éter que llevaba escondida en la parte trasera del ancho cinturón que abrazaba su ceñido pantalón de cuero negro, y había disparado hacia delante de sus pies. La madera del suelo se corroyó con el contacto de la mística energía y en su lugar quedó un pequeño e inquietante agujero amenazador.

—Como iba diciendo... —carraspeó, elevando el tono lo suficiente como para hacerse oír por todos con claridad—. Mi barco me espera encima de los muelles, listo para mostraros una bonita lluvia de barriles de pólvora cayendo sobre nosotros. Y cuando digo barriles de pólvora, me refiero a barriles de pólvora con mecha y llama encendida de regalo. ¿Lo captáis? —Al ver que nadie se movió, aunque algunos niños empezaron a sollozar, prosiguió alegremente con el tema que le interesaba—. Bien, me alegro de que hayamos llegado a un entendimiento. Si todo sigue así no habrá de qué preocuparse, solo he venido a por una cosa. —Y con el arma, forjada por líneas lisas e impersonales, señaló directamente al Buscador, que seguía al fondo del todo, tieso como un árbol.

—¿Y-Yo...?! ¿P-Por qué?

—¡Oh, venga! No me decepciones ahora. Si conoces mi relato tan bien como parece, tienes que saber el final... —Removió la pistola como si fuera una varita—. Y si sabes el final, por narices sabes por qué he venido a por ti. —Se rascó la frente con un lado del cañón y volvió a apuntarle—. Aunque puede que me equivoque y no sepas tanto. De hecho, has puesto demasiado énfasis a lo que sentí cuando mataron a mi padre. Muy contradictorio, si pensamos que nadie pudo leerme el pensamiento, pero reconozco que estuviste muy certero al imaginártelo. Eso sí, te saltaste el beso.

—¿El beso? —El buscador arrugó la frente.

—Sí, claro, el beso. Eric se estaba muriendo... y lo amaba. ¿Cómo no iba a hacerlo? —Hablabla indiferente, como un espectador distraído y ausente—. Lo quería, como bien has contado... Aunque bueno, supongo que no puedo esperar que relates todo como de verdad fue. Pero... —Alzó un dedo—. más te vale ser más exacto en la información que te voy a pedir ahora mismo si deseas seguir contando batallitas... además de respirar.

Él no podía creerlo. Estaba viviendo en sus carnes el broche final que no había tenido tiempo de explicar. Iba a contarle a toda esa gente que la Dama Sanguinaria fue bautizada como tal por el color sangriento de su pelo y porque había perdido totalmente el norte. Había empezado a desear lo imposible de tal manera que cuando atracaba en una isla la exploraba, y si no encontraba algo útil que la acercara a su obsesión, la hacía pedazos. Sin embargo, había un detalle que ni él ni el resto de Buscadores, contaba nunca. Era uno que le concernía directamente, y que si se supiera habría provocado un rechazo instantáneo de la gente hacia él y los suyos. Se convertiría en una señal de mala suerte, de peligro. Nadie los querría en sus tierras y, con el tiempo,

acabarían olvidados. Y ese detalle era que la Dama Sanguinaria no buscaba «algo» que le pudiera ser útil, sino que buscaba a alguien: a los Buscadores.

Quería cumplir su deseo tan fervientemente, que los cazaba y los obligaba a que le contaran todo lo que supieran sobre un relato muy concreto y antiguo que jamás había podido ser confirmado, pero tampoco desmentido.

—¿Sabes algo sobre la leyenda de la Vendedora de Deseos? —preguntó muy lentamente, asegurándose de pronunciarlo perfectamente para que la entendiera a la primera—. Piensa bien lo que vas a contestarme. Si me engañas con la información, no solo volveré y destruiré esta isla. —Se escuchó un lloriqueo generalizado al decirlo—. Sino que pondré todos mis esfuerzos y energías en atraparte y matarte de la manera más lenta y horrible que se me ocurra. Ni te imaginas lo que puede hacer un lento baño de éter en la piel de una persona.

—¿Y-Y si no sé nada? —quiso saber él, comenzando a sudar.

—Si no sabes nada te pegaré un tiro aquí mismo, pero la isla se salvara y, créeme, sufrirás mucho menos que si me engañas para ganar unos patéticos meses de vida. —La manera en que lo dijo fue horripilante, ni siquiera pestañeó o cambió el tono de sus palabras. Era como si no tuviera remordimientos.

La gente miró, preocupada, al hombre. Ya no había emoción, risas, ni alegría en sus caras. El dolor vivido por Arlette ya no les interesaba tanto ni les hacía tanta gracia, se habían atragantado con él.

—Yo...

—¿Síiiiiii? —Colocó el dedo en el gatillo del arma, por si acaso.

—¡No me mate! Sé... ¡Sé algo!

—Dispara. —Bajó la pistola y sonrió al darse cuenta de su irónica elección de palabras.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti y que no me matarás cuando te lo cuente?

—¿Qué opción te queda?

Apretó los labios, resignado.

—N-No sé gran cosa que sea al cien por cien veraz...

La pirata resopló y volvió a levantar el arma sintiendo que le estaba haciendo perder el tiempo.

—¡No, no! ¡Espera! —El Buscador se asustó poniendo ambas manos delante de su rostro, como si estuvieran hechas de un material especial antiéter—. ¡Aguarda! ¡¡Escúchame!! ¡No sé dónde está la vendedora de deseos! ¡Pero

sí sé dónde se encuentra alguien que podría ayudarte!

Arlette esbozó una sonrisa cruel y satisfecha.

—¡Eso está mejor! —Se volvió a sentar en la mesa guardando el arma—.
Dime... ¿Quién es esa persona y donde la puedo encontrar?

El Buscador habló con todo lujo de detalles, y Arlette por fin pudo sonreír sinceramente. Esta vez sentía que la pista era cierta. Esta vez presentía que podría encontrar a La vendedora de deseos y conseguir lo único que había querido durante todos estos años: resucitar a Eric.

2

Humo, metal... y sueños

En una isla flotante muy lejana, tan lejana que el mundo desconocía su existencia y ella la del mundo, vivía una muchacha llena de sueños. Se llamaba Isabel y, aunque no tiene nada que ver con nuestra peligrosa pirata, resulta ser una pieza esencial de esta compleja aventura que apenas se ha iniciado todavía. Por ello, permite que abandonemos el Imperio del Aire y nos desviemos del camino para trasladarnos a un lugar donde no existen los piratas, ni el éter ni tampoco los Buscadores de Leyendas o cualquier otro signo de civilización más allá de donde alcanza la vista.

Descubramos juntos cómo vive y cómo sueña con una vida mejor, y cómo esos sueños, tras lo que aún debo narrarte, cambiarán su futuro para siempre.

Todo comenzó así...

Isabel abrió los ojos justo cuando la radio de tubo comenzó a carraspear. El sonido provenía del tejado, donde, oculto entre el desván y las tejas, una sofisticada máquina expulsaba melodiosas canciones, haciendo que estas rebotaran y vibraran a través de intrincadas tuberías que atravesaban toda la estructura del edificio hasta alcanzar las habitaciones. La muchacha miró al agujero que escupía la música: en aquella ocasión era una agradable canción que solía oírse repetidamente en verano, justo al comienzo de la fiesta del carbón; sin embargo, en aquella época del año tan fría y gris, quedaba fuera de lugar. No tuvo más remedio que levantarse. Se incorporó aún soñolienta y llena de fantasías a medio olvidar. Había vuelto a imaginarse viviendo en la parte alta de La Ciudadela, zona que nunca había visto con sus propios ojos pero que por culpa de cientos de chismorreos ya tenía construida dentro de su mente.

Solía llenar sus recurrentes sueños con cientos de zepelines y globos

aerostáticos surcando las alturas como si fueran veleros en medio del inexistente mar; libres de polución, de chimeneas infinitas incrustadas en los tejados y de paredes atiborradas de tuberías. Le gustaba imaginarse aquellos fascinantes transportes una y otra vez, pues jamás había podido verlos de verdad; ni a ellos ni a los destellos titilantes del firmamento que muchos llamaban estrellas, ya que desde allí, por culpa de la polución entre otras cosas, no se veía el cielo.

Sin duda alguna, la parte alta de La Ciudadela era su obsesión. Cada vez que alguien que había tenido la suerte de trabajar allí arriba comentaba lo visto, ella se acercaba como un caballo desbocado y absorbía toda la información moldeándola instantáneamente en su mente. Era oír hablar sobre sus ropas y sus aparatos sin tantos engranajes ni plantillas perforadas, y querer morir para reencarnarse en una noble de las alturas. Pero en aquel momento no había tiempo para soñar despierta, nunca sería un Alto y tenía que trabajar.

Anduvo apenas un par de pasos hasta llegar a la puerta corredera del armario. Agarró la montaña de ropa que tenía derrotada en el interior, con todas las perchas desnudas balanceándose encima, y tiró el contenido sobre el desgastado colchón. El armazón de cobre de la cama se quejó, doblándose tímidamente, y soportó el peso con valor a la vez que los muelles internos reían.

—Os encontré... —Agarró el mono de trabajo color mar y una camiseta blanca de algodón, ambas llenas de manchas negruzcas que habían decidido tatuarse en la tela para siempre—. Vosotras también. —Alcanzó en el último momento las botas de trabajo y los únicos guantes que tenía tras tirar por los aires algunos vestidos y bufandas.

Ya con todo su equipo entre sus brazos, caminó hacia un lado para alejarse del diminuto pasillo que conformaba su habitación y se colocó frente a la puerta principal; el único lugar donde podía estirarse lo suficiente para vestirse sin acabar besando con los codos la pared.

Aquel edificio no era precisamente el mejor lugar donde vivir, pero al menos tenía un techo. Muchos otros no tenían tanta suerte. Una gran parte de la población Baja, como se la denominaba, sobrevivía entre cartones y pedazos de metal, y la mayoría de ellos no llegaban a los cuarenta, pues respiraban continuamente el aire sin filtrar de la urbe; uno de los más terroríficos males de toda la mecánica metrópolis.

—Buenos días, oyentes —inició la voz de un locutor, empeñado en engolar su voz de manera exagerada y estúpida.

Solía hacerlo siempre, tanto que Isabel se hubiera sentido incompleta si hubiera decidido no repetirlo en aquella ocasión.

—Hoy es el tricentésimo aniversario de la catástrofe —recordó sin expresar el menor sentimiento en sus palabras, estaba claro que le daba igual—. Por lo que hemos preparado una selección musical centrada en reinterpretaciones de la música que aún se recuerda del Viejo Reino.

La muchacha levantó una de las cejas sin dejar de vestirse. Odiaba aquel sobrenombre que todo el mundo utilizaba: Viejo Reino. Para ella no eran más que cuentos de viejas, fabulas sin probar realmente.

Su mente no guardaba ni una sola imagen sobre aquellas cosas que solían llamarse lagos, montañas u océanos. Su realidad, la constatada con hechos, y la de todos los que poblaban La Ciudadela consistía en un pedazo de tierra de unos veinte kilómetros de diámetro surcando en solitario un cielo rodeado de una perpetua estampa llena de colores galácticos y estelas brillantes. Ese era su mundo ahora: sin países, sin verdaderas estaciones del año, sin ciudades vecinas, sin tierra firme más que la que se ocultaba bajo la ciudad. Solo un abismo tan estremecedor como bello y desconocido al que todos llamaban Cielo Sin Fin.

¿Y qué si antes el firmamento era azul y ahora anaranjado? ¿Qué importaba si antes existían grandes concentraciones de agua rodeando la tierra? Ya no era así, y lo que importaba era ese ahora, no un pasado que jamás volvería. Al menos eso solía contestar ella siempre que le preguntaban, pues en realidad escondía para sí misma unas obsesivas ganas de saber y ver aquel cielo sin fin de colores desconocidos que no la dejaban dormir. Muchas veces había intentado vislumbrarlo a través de la polución, pero le resultaba imposible. Viviendo en la Ciudad Baja no podría conseguirlo nunca, su única oportunidad de disfrutar de él algún día sería escapando de allí... ¿Pero a dónde? No había nada más allá, nada. La Ciudadela siempre sería su refugio, y a la vez su cárcel. El mundo estaba vacío. Desde la catástrofe que se tragó el mar y la vida tal como se la conocía, habían vivido en solitario, y nada indicaba que la situación fuera a cambiar por más que se hubieran enviado transportes aéreos en busca de tierra firme. El resultado siempre fue el mismo, se dirigieran a donde se dirigieran.

En pocos minutos ya había terminado de vestirse. No solía pensar en ello pero, para tener apenas veintiún años, se trataba de una muchacha realmente guapa. Sus compañeros de trabajo no podían verlo, pues la mayor parte de su alargada melena rubia se escondía bajo un casco y unas gafas de seguridad

gigantescas. Los guantes, por otra parte, ocultaban sus delicadas manos, y las manchas de carbón y aceite de motor que terminaban saltando sobre su piel la mantenían bien sucia para que nadie descubriera lo interesantemente suave y blanca que era. Ni siquiera podían disfrutar de sus portentosos ojos verdosos, tan impresionantes que si los viejos cristales de las gafas lo permitieran todo el mundo se enamoraría de ella.

Se ajustó el mono enganchando los cierres de cada tira y guardó los abultados guantes en uno de los bolsillos de su cadera. Había tardado semanas en recoser el mono de trabajo, pero ahora había conseguido que no se rasgara al mínimo esfuerzo.

Una vez quedó conforme, giró la manilla de la puerta y salió al descansillo.

—¡Hola, Is! —canturreó su vecina, una muchacha agradable que siempre estaba sonriendo y saltando; incluso aunque llevara dos meses sin pagar el alquiler.

—Buenos días, Nerea —respondió sin detenerse ni un solo instante a charlar con ella.

—¿Otra vé tarde? —le comentó sin despegarse del marco de su puerta viendo como nuestra protagonista apretaba el paso.

Su acento era el normal por la Ciudad Baja. La gente de por allí no podía gastarse el poco dinero que ganaba en libros y educación. Se guardaba para cosas más importantes, comer principalmente, por lo que allí se hablaba una variación del idioma bastante «libre»; por así decirlo.

Sin embargo, Isbel era diferente:

—¡Qué va! —mintió con una dulce sonrisa y con una pronunciación perfecta.

Bajó las escaleras trotando, las cuales chirriaron avisando de que más pronto que tarde el hierro terminaría por ceder, y llegó hasta el ascensor de vapor del descansillo pulsando el grueso y sobresaliente botón de llamada.

El cerco del elevador era plateado, con una ristra de tornillos verticales subiendo desde el suelo hasta las esquinas superiores. Sobre la entrada había una pequeña estructura horizontal de mecanismos que giraban lentamente arrastrando una sencilla numeración; parecían el interior de un alargado reloj de cuerda.

—Venga, venga —murmuró Isbel inquieta, observando cómo el cinco iba tumbándose para dejar paso a la plancha grabada con el cuatro; su piso.

Se escuchó un sonoro *clic* y las puertas del ascensor comenzaron a abrirse muy lentamente, pues la hoja era tremendamente pesada.

Lo que más le gustaba del ascensor era su interior: acolchado, con pequeñas colinas vibrantes y marrones cubriendo horizontalmente las paredes y dejando apenas un espacio para el panel de botones; pulsó el cero, y este inició una reacción en cadena que puso en funcionamiento el motor a vapor que se escondía sobre la jaula de metal. No podía verlo, pero sabía que en el túnel vertical todo se estaba llenando de humo. Por suerte, el edificio, a pesar de su pésima composición, contaba con un buen filtrador de aire; a fin de cuentas, eso era lo más importante en un hogar, decidiendo muchas veces el precio del mismo por encima de la calidad y tamaño del inmueble.

La plataforma fue descendiendo gradualmente, con ligeros encontronazos con zonas oxidadas y desdentadas en sus rieles, pero siempre dentro de lo habitual. Ni siquiera el horripilante ruido del motor removiéndose encima incomodó a Isbel, estaba demasiado acostumbrada al ruido. Todos lo estaban.

No tardó mucho en llegar al vestíbulo. Las puertas se abrieron tan tranquilamente como la vez anterior y dejaron que la chica pudiera salir corriendo directa al portón; que empujó con fuerza, teniendo que tensar los brazos y valerse de sus piernas para alcanzar a duras penas la calle.

Una maraña de humo y ruido, acompañada por una triste paleta de colores marrones y grises la saludaron por todas partes. Sus ojos solo veían ladrillos y tuberías inundando las fachadas de los vertiginosos edificios vecinos, en su mayor parte recubiertos por trozos de chapa abollada a modo de parches.

Olía a ceniza y de alguna parte de las alturas se filtraba humedad. Si miraba hacia arriba podía vislumbrar, muy levemente y a más de quinientos metros, el techo de la Ciudad Baja sirviendo de metálico firmamento; el cual a su vez hacía de base para el lugar que tanto la obsesionaba: la Ciudad Alta. Se encontraba muy lejos y, a la vez, muy cerca.

—Y pensar que sobre esa colosal cúpula de hierro se levantan edificios y caminan personas sin tener que soportar todo esto —murmuró—. Maldita mi fortuna...

Pero por mucha razón que tuviera, nada iba a cambiar: los Bajos seguirían ahí, en tierra firme, rodeados de una polución que recorrería por siempre sus vidas, y los Altos allí, entre el dulce aire puro.

«No le des más vueltas, vas a llegar tarde» pensó para sí misma.

Y así, sin un segundo que perder, corrió directamente hacia la estación de tren.

A pesar de que su vida no era fácil, y de que parecía que sería tan corta como la del resto de sus conciudadanos, Isbel era, aún con todo, relativamente

feliz.

Pero esa noche, algo lo cambiaría todo...

* * *

Desechó el tornillo que tenía entre sus dedos y suspiró. Después volvió a internar ambas manos entre la montaña de piezas.

El trabajo de Isbel consistía, hoy, en separar el material reutilizable del dañado. Si encontraba alguno que pudiera repararse debía arrojarlo al interior de una vagoneta situada a su lado y preservarlo para su estudio; el restante iría directamente a una cinta transportadora, y de allí al horno fundidor: aparcado al final de la nave, con forma de gigantesca columna remachada y atestada de chimeneas serpentinas que expulsaban humo negro al atravesar las desconchadas paredes hacia el exterior.

—¿Cuándo *acabemo* te *vendrá* a tomar algo al Mecany? —le preguntó un compañero, tan delgado como una momia y cansado como un anciano. Llevaba descolgadas sobre su garganta las gafas de trabajo, y desdibujando su frente una enorme mancha degradada y arrastrada hacia la sien.

—Ruego que me excus... —Se mordió la lengua al darse cuenta del lenguaje que estaba utilizando. Isbel, a pesar de ser Baja, contaba con una retórica excelente. Tanto, que el hecho de utilizarla era razón de exclusión social entre los de su clase; recordaba demasiado a un Alto. Por ello luchaba por aligerar su lenguaje, adquirido misteriosamente en el orfanato en el que se crió—. H-Hoy no *pueo*. —Corrigió la pronunciación sintiendo que se le desgarraba el alma—. *Teno* que llenar aún *do* cajas *má* —lamentó la muchacha, recolocándose bien el casco e introduciendo su alargado flequillo en el interior, el cuál solía cruzar su frente de lado a lado haciendo una curva desigual y rozando con sus puntas las pestañas de su ojo derecho.

—¿*Do*?! Pero... Si aquí se trabaja *hata* el *ciere* y punto —insistió él, que empezó a rascarse la incipiente barba tirando hollín al suelo en el proceso.

—Eso dígaselo al jefe... —respondió la joven con la boca pequeña y volviendo a atender sus obligaciones; pues se acababa de percatar de que los estaban vigilando.

Cuando su compañero se dio también cuenta, se alejó sin decirle ni una sola palabra. Únicamente se colocó las gafas y murmuró maldiciones inconexas.

Justo sobre Isbel, a unos dos pisos de altura y sobre una plataforma de metal que se mantenía sujeta al techo del edificio gracias a una serie de pesados

cables retorcidos, avanzaba el jefe de la fábrica acompañado de un extraño.

El dueño de la recicladora era un hombre de pocas palabras que rara vez tenía un buen gesto con sus trabajadores, y que se las daba de importante por ser Medio.

Un Medio era, básicamente, un inquilino del Núcleo; una especie de rascacielos que se elevaba hasta alcanzar el techo, sirviendo así como puente y punto de apoyo entre la Ciudad Alta y la Baja. Vivir en la edificación no es que fuera ninguna maravilla, pero permitía ciertos lujos a pesar de todo. No solo daba derecho a abrir un negocio abajo, fuese cual fuese, sino que abría la posibilidad, con el dinero suficiente, de trabajar en el nivel superior y disfrutar de un aire más puro durante unas horas.

El jefe de la fábrica solía recordar a todos sus empleados la cantidad de gente Alta con la que hacía tratos. No paraba de repetir y repetir cómo fueron sus inicios en los negocios, consiguiendo el dinero suficiente para comprar un habitáculo de quince metros cuadrados, todo un lujo, en el Núcleo y trabajar de botones en un hotel de las alturas.

Según dijo, reunió las suficientes monedas para comprar aquella fábrica con las propinas que fue amontonando durante solo un año. Después, dejó el trabajo, compró aquel antro e inició su emporio como vendedor de piezas usadas y recicladas.

Isbel consideraba justo que rememorara sus éxitos, pero aun así no podía evitar odiarle. Era un mal hombre, uno que explotaba a los Bajos habiendo olvidado ya de dónde provenía. Se le descubría comprando los ropajes más caros y dando, a su vez, las pagas más bajas a sus empleados para ofrecer su material reciclado en las alturas a un precio mucho mayor.

—¡Isbel! ¡*Quea* media hora para el cierre! —voceó el jefe desde arriba, con los brazos cruzados y la mirada clavada en ella. Ocultaba bien su acento. Sin embargo, por más que lo perfilara, continuaba mostrando retazos de sus vergonzosas raíces—. Si pretendes dormir hoy, te aconsejo que espabiles —comentó, antes de echarse a caminar por la plataforma elevada en busca de más rezagados a los que exprimir junto al misterioso hombre que, desde el silencio, lo acompañaba con expresión hastiada.

Ella no dijo nada, solamente apretó los párpados detrás de sus ahumadas gafas de hierro y cuero viejo y observó ensimismada a aquel desconocido: a simple vista podía pensarse que era un Medio más, pues a pesar de que su atuendo contaba con parches e irregularidades, el material era de alta calidad. Pero a ella no lo engañaba. En realidad provenía de las alturas, pues portaba

una preciosa y limpia cabellera hasta los hombros de color avellana claro; imposible en un barrio donde el humo negro flota hasta dentro de los pulmones. Además su piel, pese a que el hombre aparentaba unos cuarenta años, irradiaba salud por los cuatro costados; una quimera para cualquier Bajo.

Tal vez aquel Alto sin nombre se estuviera esforzando por pasar desapercibido, y ahorrarse posibles intentos de robo ocultando su verdadero estatus. Sin embargo, era inútil, no engañaba a nadie. Por más que utilizara un chaleco Medio y un reloj de mano encadenado al bolsillo del pecho, su procedencia resultaba evidente. En cualquier caso, aquello poco le importaba a ella. Tenía cosas mucho más urgentes de las que preocuparse.

* * *

No podía ver el cielo nocturno, pero sabía que era muy tarde. Solo tenía que fijarse en la leve oscuridad ambiental y en que en la estación de tren las lámparas de aceite ya estaban siendo encendidas. Un hombre con uniforme color caqui y sombrero redondeado llevaba un rato desenroscando las pantallas y encendiendo cada llama. A Isabel le gustaba aquel momento, pues el color amarillento y cálido de las velas líquidas cambiaba la tónica gris y muerta que solía vestir toda la Ciudad Baja de La Ciudadela.

Mientras aguardaba sentada en el banco situado a pocos metros del andén sur, se preguntó si las cosas serían así el resto de su vida. No se imaginaba un futuro diferente, y aunque daba gracias al cielo por no haber dado con un peor destino, le resultaba imposible no soñar con lo que se percibía al levantar un poco la vista. Era superior a ella.

—Si al menos estuviera oculta... —murmuró para sí, observando cómo las nubes de polución acariciaban la estructura de las alturas, haciéndola misteriosa y aún más llamativa.

Fue bajando la mirada hasta centrarse directamente en el lejano pero gigantesco y fácilmente identificable Núcleo; construido en el centro exacto de la metrópolis. Desde cualquier punto de la ciudad podía verse el rascacielos, ascendiendo a modo de puntal hasta la zona superior. Llegado a ese punto, un montón de tuberías rígidas y más grandes que diez edificios juntos, se separaban del rascacielos hundiéndose en el techo metálico como tentáculos de un pulpo, aportando, puede, mayor estabilidad y reparto de peso. Pues, aunque pareciera imposible, aquel ancho y alto edificio era lo único que

impedía que el techo, con el que Isabel soñaba tanto, cayera estrepitosamente sobre ellos.

Notó un escalofrío cuando se planteó la posibilidad de que tal horror sucediera, y se espabiló del todo al escuchar el ensordecedor silbido del ferrocarril llegando.

—¡Atención, el tren con destino a Barrio de Verne va a hacer su entrada! ¡Manténganse alejados de las vías, por favor! ¡Atención...! —escupió un fonógrafo de latón que sobresalía curvado de la pared de ladrillo rojo, con voz impersonal y enlatada.

El transporte, con su constante traqueteo acompañado por la ola de aire y vapor escapando de entre las ruedas de hierro, la dio la bienvenida parándose tranquilamente en el lugar indicado y liberando una fina escalinata de metal reforzado; que fue desprendiendo sus escalones como la solapa de un libro.

El vehículo apenas arrastraba cuatro vagones, aunque de día aumentaba casi tres veces su carga remolcando incluso alguna vagoneta de mercancías.

Las cajas de acero situadas sobre los rodamientos tenían un acabado, ciertamente, exquisito; de un tono oscuro pero brillante, con bellas incorporaciones plateadas a modo de marcos artísticos, aunque estas últimas algo desgastadas y necesitadas de un buen repaso. Las ventanas en cambio parecían recién cambiadas, sin roturas o zonas oscurecidas.

La doble puerta se abrió por sí sola gracias a una serie de pistones que, imitando el trabajo de unas manos interiores, empujaron la hoja partida. Isabel entró de un salto y se acomodó en el asiento que encontró más cerca.

Dentro solo estaban cinco personas más: un matrimonio de Medios y tres Bajos. Saltaba a la vista quiénes eran los Medios, pues la ropa era infinitamente más limpia y perfecta que la de sus acompañantes de rango inferior; la mujer llevaba, incluso, unos guantes bordados a mano y un tocado.

Sin duda los Bajos eran guardaespaldas de los otros, pues a pesar de situarse a una distancia prudencial de estos, les daban la espalda observando todo lo que se moviese por la zona; incluida Isabel.

No era nada raro ver a un Medio acompañado por un ejército de Bajos, al fin y al cabo necesitaban seguridad; casi incluso más que un Alto, pues era menos arriesgado atracar a alguien del nivel inferior que a una celebridad; las posibilidades de acabar mal parado aumentaban exponencialmente.

Ella no lo oyó bien, pero, al parecer, el matrimonio hablaba, entre risas y gesticulaciones exageradas, sobre una cena de sociedad a la que habían acudido. Lo decían bien alto, para que tanto sus empleados como ella misma

lo escucharan y tuvieran la oportunidad de morirse de envidia. Insistían en hacerles ver que eran mejores que ellos, que eran diferentes. Pero sin embargo, al menos para la muchacha, sus vidas se encontraban igualmente enlatadas y encerradas en una rutina; una diferente, pero rutina al fin y al cabo. Se levantaban en sus pequeños habitáculos y dirigían sus negocios, o trabajaban en las alturas. Cuando terminaban, si tenían suerte, disfrutaban de sus pocas horas de libertad y... vuelta a empezar.

—No difiere mucho de mi vida... —asumió un poco menos deprimida.

Pero tan solo era una manera de verlo, pues había otra bien distinta. Existía la otra cara, la que le susurraba al oído que los Medios vivirían más que ella, que dormirían más horas y que disfrutarían de ciertos lujos que jamás podría imaginar. Comerían la comida de la Ciudad Baja que estuviera en mejores condiciones, vestirían las mejores telas y vivirían en mejores lugares; incluso podrían regar las plantas del paraíso y caminarían por las calles del cielo llevando las compras de los Altos. Isabel, sin embargo, solo podría buscar tuercas, tornillos y cadenas entre colinas de hierro o picar carbón hasta desfallecer en el subterráneo de la tierra que mantenía la ciudad suspendida sobre el abismo.

—¿Que no difiere mucho de la tuya? Curioso lenguaje viniendo de una Baja —escuchó con sorna de repente—. Ella lleva un precioso vestido de falda ancha a medida, y tú un harapiiento mono de trabajo.

Volteó a toda prisa la cara centrándola al frente, donde un caballero, al que no había advertido hasta ese instante, estaba sentado con media sonrisa dibujada en su perfecta cara. Se trataba del Alto que estuvo visitando la fábrica de reciclaje horas antes.

Él se rio.

—¿Qué le hace tanta gracia? —A la muchacha se le enrojeció el rostro.

—Oh, muchas cosas. Pero ahora mismo: tú.

Isabel sintió que los ojos le echaban chispas. ¿Qué se había creído?

—Más me hace usted si solo ha bajado al infierno para reírse de los menos afortunados —respondió, creyendo que aquello sería un buen indicativo de que no le tenía ningún miedo y de que haría bien en no meterse con ella y dejarla en paz.

—Curioso... —El hombre se cruzó de brazos—. Te acabo de faltar al respeto y continúas hablándome de usted; con una excelente oratoria además. Cualquiera otro me habría hecho tragar mis palabras enterrando su cuchillo en mis entrañas. Pero tú no... Tú eres distinta, ¿cierto?

Ella no respondió, solo le miró fijamente: sus zapatos refulgían con dos grandes hebillas, una sobre la parte exterior del tobillo y la otra cerca del principio de la espinilla, ajustando el pie; el señor no debía de llevar más de un día en el infierno, pues su calzado brillaba con el simple roce de la iluminación. La calidad del material la impresionó, tenía que reconocerlo. Su diseño era complicado dentro de su ingeniosa simplicidad, pues mostraba patrones cosidos a propósito para utilizarlos como adornos y dibujos. La chaqueta de terciopelo negro era algo más simple; casi todo el esfuerzo estaba en la solapa, con un corte triangular y recto que dejaba ver brevemente el chaleco y la camisa interior.

—Eres poco habladora, ¿no? Aunque bueno, aquí abajo tampoco os enseñan tanto como para que os podáis expresar en condiciones... ¿Tal vez me he adelantado al pensar que eras excepcionalmente buena con las palabras?

—Hablo perfectamente, y mucho; pero con usted no me apetece. —Torció la cara a un lado, los Bajos guardaespaldas llevaban un rato analizándolos con atención. Si la cosa seguía así no tendría que preocuparse de propinarle un bofetón, ya se encargarían ellos de enseñarle modales.

—Tutéame sin miedo e insúltame si quieres. Los modales excesivamente refinados guárdatelos para los ancianos.

Isbel se fijó en su cara: las arrugas la poblaban tímidamente. Sus ojos parecían cansados y tristes, su barba, incipiente pero arreglada, parecía gruesa y fuerte; era robusto, con facciones duras y cuadradas, pero a su vez propias de un adulto más que de un joven.

—Eso mismo hago —sonrió fusilando el orgullo del caballero.

El Alto se quedó, durante un suspiro, con la boca abierta antes de cerrarla sin dejar escapar sonido alguno; aunque ella juraría que llegó a murmurar algo parecido a una maldición.

De pronto, los frenos de la locomotora comenzaron a trabajar y el vagón pegó un brevísimo tirón. Ella tuvo que sujetarse a una de las barras verticales para no desplazarse de su asiento y caer de rodillas al suelo.

Una vez detenidos, Isbel fue a mirar por la ventanilla el cartel que indicaba la identidad de la estación, pero el hombre se la adelantó diciendo:

—Barrio de Verne.

Ella se levantó sin decir ni una sola palabra a la vez que tiraba de una cuerda, que ordenó al mecanismo de las puertas que se abrieran.

Nada más salir, y tras dar un buen número de pasos, la muchacha escuchó una voz que le llamaba.

—¡Espera! No tan deprisa, quiero hablar contigo. —El hombre surgió del vagón y pisó el andén iluminado, caminando tras ella.

—Sea lo que sea, no me interesa. No salgo con Altos, ni con hombres que me doblan la edad.

—No me interesas en ese sentido: no darías la talla.

—Cuanto mejor para ambos entonces —contestó tajante, volviendo a caminar y volviéndose roja como un tomate.

—Solamente quiero conversar —insistió el Alto.

—*Dizcupe*, caballero. —Un guardia Medio se acercó, con silbato y porra en mano, haciendo una suave reverencia con su gorra—. ¿Le *moleta* esa...? — La echó una ojeada de arriba abajo despreciando el mono maloliente que llevaba y no terminó la frase para ahorrar saliva.

El Alto sin nombre arqueó una ceja y se giró por completo hacia el trabajador con cara de pocos amigos.

—Aquí el único que me incordia eres tú. ¿Piensas detenerte a ti mismo y encerrarte en un calabozo para hacerme feliz? Porque si no es así, será mejor que te esfumes. —Y sin esperar una respuesta, volteó hacia la joven percatándose de que ella ya había desaparecido.

* * *

El Barrio de Verne poseía por la noche un ambiente claroscuro. Sus intrincados callejones, rodeando a las anchas calles, se envolvían en una espesura inquietante, casi nublosa, y se veían desbordados por finas tuberías subterráneas que salían a la superficie, como muertos vivientes regresando a la vida, abrazando descoordinadas los edificios colindantes.

Además, una maraña de tubos de vapor, gruesos y atestados de tornillos y válvulas, sobrevolaban el suelo sirviendo de apoyos para lámparas de aceite colgantes y toda clase de carteles publicitarios e informativos.

Isbel pisó el terreno de piedra natural notando cómo bajo sus botas se extendía la ligera película de grasa negruzca y arenosa que lo recubría; resultado de la unión de la humedad y la polución impregnada en el aire. Para alguien que no vivía allí podría resultar, hasta cierto punto, incómodo y desagradable, pero para la población Vernesca poco importaba. Estaban acostumbrados a eso y a mucho más; como por ejemplo, al incesante zumbido producido por la maquinaria de filtrado de aire instalada en cada una de las montañas de pisos que poblaban todo lo que alcanzaba a la vista.

Solo el rumor del agua deslizándose por el río Wells, que cruzaba toda Verne por en medio hasta morir en el interior de la mina, podía hacerle sombra al incesante temblor de la maquinaria.

Isbel se dirigió al río, que se deslizaba medio metro por debajo del nivel de la calle, y fue derecha hacia el puente en arco que lo cruzaba por encima. Mientras se acercaba, cansada pero feliz de estar llegando a casa, pudo ver las farolas de aceite iluminando sobre unas redondeadas columnas metálicas cada extremo del viaducto. La luz titilaba en su interior mostrando aquel característico tono amarillento que provocaba el efecto de una tranquila hoguera y que a la joven maravillaba. La llama interna bailaba entre el cristal sin preocupaciones, pues el suave viento de la calle no podía alcanzarla.

Llegó al puente y subió la ligera pendiente sin prestar atención ni al horizonte ni a las barandillas de forja que descansaban sobre un murete de apenas medio metro a cada lado.

—Isbel. —El viento susurró su nombre, o eso creyó ella.

Quedándose quieta justo en el medio de la pasarela, escuchando de fondo al agua deslizándose tranquilamente bajo sus pies, abrió bien los oídos con la esperanza de identificar qué o quién había pronunciado su nombre.

—Isbel... —volvió a oírse bien alto, dejando claro que no podía haber sido una ilusión sonora.

—¿Q-Q-Quién anda ahí? —tartamudeó consciente de que no recibiría respuesta y considerablemente preocupada.

Solo el silencioso zumbido de la maquinaria adyacente limpiando el aire le respondió, y ella, comenzando a perder la tranquilidad, echó a correr atravesando el puente.

Llegó rápidamente al otro lado y avanzó los pocos metros que la separaban del portal de su casa.

Justo cuando tocó el pomo, una voz familiar se presentó tras su espalda.

—¿Cómo corres! ¿Podrías ir más lento?!

Ella dirigió los ojos hacia atrás pegando un respingo y sintiendo un desagradable escalofrío recorriéndole la espalda e incrustándosele en el pecho; pero entonces se dio cuenta de quién la había abordado:

—¿Otra vez usted?!

El Alto del tren la saludó con una sonrisita y respondió acariciándose el cabello castaño:

—Ya te dije que necesitaba hablar contigo. Por cierto, increíble tu habilidad para mantener el decoro incluso al borde del infarto.

Isbel volvió a dirigirse a la puerta y la abrió enfurecida.

—Hágame el favor de no importunarme más, o... —Iba a decir que llamaría a alguien, pero bien sabía que nadie querría enemistarse con un Alto.

—¿No quieres vivir en las alturas?

La pregunta parecía un sortilegio. La cara de la muchacha quedó pálida, más de lo estrictamente natural, y su cuerpo se endureció como si fuera hormigón. No quería quedarse allí, pero parecía que él sabía mucho sobre ella; lo suficiente como para hacer que se detuviera en seco y lo escuchara.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que me tutees... y además, un favor. Estoy seguro de que te han contado lo bien que un Alto paga los favores.

—¿Quiere que trabaje en su casa? —Torció extrañada la cara. A pesar de su aspecto refinado, no le dio la impresión de que ese hombre se dejara cuidar por nadie, ya fuera Medio o Bajo. Más bien parecía ese tipo de gente que prefiere hacer las cosas por sí misma. Al fin y al cabo, allí estaba: solo y sin escolta a pesar del peligro.

—Quiero que trabajes para mí, pero no como criada o cocinera.

—No estará insinuando que desea mis servicios como...

—Repito: no darías la talla... Puedo gritarlo si quieres, pero no me parecen horas. Busco, sin lugar a dudas, otra cosa de ti. Pero no puedo hablarte de ello si no aceptas mi proposición antes.

—No suelo comprometerme a nada si no sé de qué se trata, y menos si tiene pinta de ser ilegal.

—¡Muchacha! —Casi soltó una carcajada, tuvo que taparse la boca durante un momento—. Todo lo que envuelve a un Alto es ilegal. Además... —Se encogió de hombros—. después de este trabajo poco importará si lo que te planteo está penado. La ley no puede tocar a un Alto y, una vez esté hecho... —La última parte la pronunció más lentamente, asegurándose de que sus palabras le resultaran a ella irresistibles—, tú lo serás.

—¿Se piensa que soy estúpida? —aseveró, negando con la cabeza—. Para ser Alto hay que nacer en la familia adecuada. Créame, lo sé muy bien.

—Puedo arreglar ese insignificante detalle —respondió tan rápido que pareció que sabía que diría algo así.

La recolectora de piezas parpadeó.

—¿Cómo? ¿Es que piensa sobornar al encargado de los registros?

—No esperarás que te dé detalles sin que me confirmes tu participación, ¿verdad?

Ella lo escrutó con calma y cierta turbación. ¿Cómo fiarse de un Alto, y más aún de uno del que no sabía ni su nombre?

Soñaba con vivir en las alturas, pero no quería que sus deseos la condenaran a muerte. A quienes se atrevían a acceder a las alturas sin permiso, o quebrantaban las leyes estipuladas, se les penaba al abismo; una caída libre sin fin nunca era agradable. Pero tampoco quería desechar la única oportunidad que se le presentaría de poder cumplir sus sueños.

Dudó durante un buen rato. Pensó en los zepelines, en los abrigo de tela de primera calidad, en los carruajes de vapor, en las casas de más de diez metros cuadrados... Se imaginó los vestidos de falda ancha, la repostería, las calles libres de humo... Visualizó todo aquello, y más, dentro de su cabeza. Así una y otra vez.

Hasta que, de repente, el Alto alargó una mano. De su palma cayó algo parecido a un reloj de bolsillo. Se desplomó hacia el suelo a toda velocidad, pero en mitad del trayecto pegó un tirón seco y quedó balanceándose en el aire.

El hombre lo sujetaba gracias a una cadena plateada con eslabones rectangulares unidos a un diminuto y casi oculto enganche. Su material parecía bronce, pero brillaba con una fuerza casi mística. Arrastraba por toda su perfecta circunferencia una serie de chapas rectangulares que lo cubrían como escamas, intercalándose estas en dos diferenciados colores: un gris plateado y un marrón ahumado.

—¿Qué es? ¿Un reloj de bolsillo con tapa?

—No. Podría decirse que es tu trabajo. Pero como ya he dicho... —Lo guardó con mimo en uno de sus bolsillos sin darle tiempo a verlo con mayor detalle—. No puedo hablarte de él si no aceptas primero.

—Pero...

Él la interrumpió resoplando.

—Mira. No tengo la menor intención de pasarme toda la noche discutiendo. No me convienen las miradas indiscretas ni los oídos interesados; además, es tarde. Hagamos una cosa. Mañana estaré en el Mecany, el bar al que suelen ir los tuyos. Si quieres que tus sueños se hagan realidad... ven a verme. Pero si prefieres pasarte el resto de tu vida respirando veneno solo tienes que coger el tren al Barrio Industrial, como haces cada día. —Y sin esperar a que ella pudiera responder, se alejó como si nunca hubieran estado hablando.

Aquella noche, Isabel volvió a soñar con las alturas... pero esta vez lo hizo con más intensidad que nunca.

* * *

El Barrio Industrial de La Ciudadela no dormía nunca. De hecho, por la noche era cuando estaba más vivo, convirtiendo los ventanales de las fábricas en socorridos faros que sustituían a las farolas, malogradas y abandonadas ya hacía mucho en las aceras de ladrillo quebradizo.

Aún con todo, por el día seguía siendo bullicioso y activo. Sus calles solían llenarse de los trabajadores del horario diurno, mientras que aquellos que terminaban recogían sus cosas para disfrutar de un merecido descanso.

La carretera contaba con dos extensos y gruesos carriles de vías. En un principio se mantuvo en su estado natural, dejando que la tierra y las piedras lisas hicieran el trabajo sucio, pero con el tiempo se demostró que el transporte del material funcionaba mejor sobre vagonetas provistas de raíles antes que sobre simples carretillas; por lo que el suelo se convirtió en paso exclusivo de maquinaria a vapor y el lugar en una especie de gigantesca estación de mercancías.

El resto del escenario estaba acompañado por altos muros de distintos materiales que delimitaban cada fábrica, pegadas unas a otras de tal modo que parecía que las siguientes tendrían que empezar a construirse sobre las anteriores.

Isbel llevaba casi media hora parada frente a la verja de espina de la recicladora. Miraba ensimismada cómo el edificio expulsaba ingentes cantidades de humo de sus tubos superiores mientras se escuchaba un incesante jaleo en el interior.

La melena de la muchacha se removía libre, acariciada por el sucio viento. Uno antinatural, pues era el resultado del escape de aire de la maquinaria que se deslizaba por todos lados, llevando consigo piezas y restos minerales de toda índole.

No podía dejar de pensar en la noche anterior. Estaba tan dubitativa que ni siquiera había cogido las gafas de trabajo ni el casco de seguridad. Tan solo llevaba su querido mono azul y un montón de dudas.

El gentío pasaba a su alrededor como un río, partido por la mitad ante la roca inamovible en la que Isbel se acababa de convertir. La miraban extrañados al adelantarla, como si ya no fuera uno de ellos. Algo en sus ojos era diferente.

De pronto, el molesto silbato de la recicladora ensordeció toda la calle haciendo que muchos de sus compañeros trotaran al interior del edificio. Pero

ella no se movió, ni siquiera pegó un respingo o parpadeó. Estaba en otro lugar, en uno que solo se encontraba en el interior de su mente. Allí luchaba ferozmente contra la tentación, preguntándose si debía dar el paso que la internaría en la monótona seguridad de su trabajo o darse la vuelta, alejándose de todo lo que conocía y lanzándose a ciegas a un abismo desconocido pero fascinante.

Ser un Alto, por improbable que le resultara conseguirlo, era un título demasiado jugoso como para ni siquiera dudar. Desde luego que acarreaba un riesgo mortal, pero las ventajas podían merecer cualquier peligro y, por suerte o por desgracia, no le quedaban amigos a los que echar de menos.

Soñaba con demasiadas cosas inalcanzables en su estado actual y serían tan fáciles de atrapar si se convirtiera en Alta, que dudaba tras cada nueva respiración.

Al final salió de sus pensamientos. Ante ella, la portezuela corredera de barrotes redondos comenzó a deslizarse entre chirridos y trompicones. El motor situado en la parte más alta de la estructura se había puesto en funcionamiento, y gracias a su mecanismo interior, comenzó a empujar la hoja a la vez que vomitaba más polución.

Si no se daba prisa quedaría fuera y, por lo tanto, el Medio la despediría sin vacilar ni un solo instante; había cientos, miles, de personas que ocuparían su puesto sin pensárselo dos veces. ¿De verdad iba a dejarlo todo así por las buenas? ¿Y si ese Alto solo se estaba riendo de ella y acababa perdiendo su único sustento? ¿Cómo pagaría el habitáculo? ¿De dónde sacaría el dinero para comer?

El borde del metal fue a tocar el cierre de la verja cuando, de repente, algo se interpuso en su recorrido deteniéndolo en seco: un pie.

—¿A qué esperas?! —El jefe estaba allí, con su mirada de superioridad y su voz ronca y seca.

—Y-Yo... —Las palabras de la joven salieron sin fuerza, casi desmenuzadas.

—¡Entra de una vez! Cada segundo que pierdes es una moneda más que descuento de tu salario.

Isbel elevó la cara, lo miró directamente a los ojos y se quedó muda.

Observó aquella nariz gruesa y desagradable. Las mejillas estaban enrojecidas y atestadas de alcohol recorriendo, como ríos subterráneos, el interior de su piel. Sus manos parecían exageradamente rosadas y brillantes, con dedos regordetes y peludos.

La muchacha comprendió que ese hombre no daba un palo al agua. Tal vez hubiera luchado mucho por abrir aquel negocio, tal vez hubiera derramado sangre aguantando un terrorífico año en las alturas... pero todos sus compañeros, y ella, lo hacían cada día. Llevaban derramando sudor y lágrimas muchas más décadas que él. ¿Acaso no se merecían lo mismo? ¿Por qué no podían hartarse de manjares también? ¿Por no poder pagarse un pase al cielo? ¿Por eso?

—Perdone... Ya me muevo —dijo al final la recolectora de piezas.

Él, dentro de un abrigo abotonado y a punto de reventar, se sorprendió.

—¡¡¿A dónde crees que vas?!! —rugió en cuanto observó cómo la joven se daba la vuelta y, en total y solemne silencio, se alejaba de allí con una amplia, dulce y atípica sonrisa.

* * *

El interior del Mecany simulaba el aspecto de un viejo camarote formado por tres paredes, una de ellas curvada y haciendo de larga esquina. Un montón de tablones a medio barnizar cubrían la totalidad de los muros y sujetaban con entereza los detalles que daban ambiente al lugar: un ancla, unos cuantos cuadros con dibujos sobre el mar extinto, una reproducción a tamaño natural de un pez espada y algún que otro timón; todos objetos del Viejo Reino recuperados por casualidad y conservados allí como si fueran tesoros.

—¿Decea algo má? —El camarero llevaba una jarra enorme de cerveza en la mano, pero su muñeca le temblaba de tal modo que de un momento a otro su contenido iba a derramarse por todas partes.

—No. Vete antes de que me des un buen baño y tengas un problema —respondió el Alto, haciendo un gesto con la mano, como si una mosca estuviera molestándole.

En cuanto volvió a quedarse solo estiró el cuello para relajarlo. Lo tenía tenso desde la noche anterior. No pudo dormir nada, y no solo porque las sábanas y la almohada del hostel de al lado fueran terribles, sino porque estuvo preguntándose si había conseguido convencer a la muchacha. Su plan necesitaba que ella respondiera, que apareciera ante él dispuesta a todo. Sin ella nada tendría sentido, no podía buscarse una sustituta.

Dirigió su cara al reloj que colgaba justo tras la barra, con sus cadenas deslizándose como lianas hacia abajo y con el péndulo agitándose hacia los lados. Aún quedaba algo de tiempo por delante hasta la hora acordada.

Sacó la foto arrugada de su abrigo y se puso a observarla un poco más. Cuando lo hacía todo avanzaba más rápido. Los bordes del papel estaban desdibujados y decolorados con líneas blanquecinas nacidas del desgaste.

Acarició sobre la fotografía el rostro de una joven de melena corta que sonreía junto a un lago. Había pasado mucho tiempo desde que estuvo con ella por última vez pero recordaba perfectamente la intensidad de sus cabellos cobrizos y el brillo de sus deseados ojos azules, tan claros como el fallecido mar.

—Pronto... —susurró en voz alta, casi como si el hacerlo en silencio le hubiera otorgado menos valor.

Se quedó un buen rato con la vista clavada en la imagen. A pesar del deterioro que había dañado la fotografía, desgastando el color real del retrato, recordaba perfectamente que la piel de su amada, tan impersonal en aquel viejo papel, era en realidad tan clara y tan brillante como la nieve; al igual que sus labios, fríos y casi grises en la imagen, permanecían rosados y calientes en sus recuerdos.

«Cuánto te echo de menos.»

Empezó a sentir un susurro ininteligible e incómodo dentro de su cabeza, producto de su sentida culpabilidad tal vez, solo él podía saberlo con certeza. En cualquier caso era desagradable y, unido al recuerdo de su amada, estaba empezando a intranquilizar a su corazón. Por ello decidido ocultar la foto y agarrar el vaso lleno que lo había estado esperando a su lado. Tal vez el olor a alcohol espantaría a los *fantasmas*.

El ambiente a su alrededor estaba tan sucio como el mobiliario, incluso notaba cierto regusto amargo cada vez que abría la boca; posiblemente del hollín que se filtraba por la rendija de la puerta principal, o la espesa humareda que iba agrandándose gracias a los cigarrillos del resto de clientes; y de la cafetera a vapor que funcionaba incansablemente sobre la lejana barra del barman. Si hubiera sabido antes cómo era el local se habría planteado quedar en otra parte más... sana; si es que existía un lugar así en la Ciudad Baja, claro.

—Buenos días —escuchó una suave voz tras su espalda.

Sonrió sin darse la vuelta, pues sabía de quién se trataba con solo escuchar su perfecto acento.

—Bienvenida... —La dueña del saludo apareció en su campo de visión—. Isabel. —Tosió justo después.

—¿Cómo sabe mi nombre? —No llegó a sentarse, en su lugar se quedó allí

parada; con ese cochambroso mono de trabajo descolorido que intentaba seguir siendo azul a pesar de todas las manchas.

—Si te sientas, te lo cuento.

La joven dudó, pero tras un par de segundos planteándose si estaba a tiempo de salir corriendo se dio cuenta de que ya había abandonado el trabajo y que, pasara lo que pasara, ya no podía retractarse.

Arrastró la silla situada a un lado y se acomodó con mirada seria.

—¿Y bien? —dijo antes de repetirlo de nuevo—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Te he estado siguiendo durante unos días. No iba a ofrecerle un trabajo tan delicado a alguien sin saber con quién trato.

Por un momento, ella se sintió amenazada; aunque no duró demasiado tiempo, con solo verle la cara uno podía darse cuenta de que no era ese tipo de persona. Aún sin conocerle realmente, sentía que podía confiar en él, al menos hasta cierto punto. Algo en sus ojos le despertaba una absurda complicidad que no debería existir y que la confundía, como si lo conociera de antes por mucho que supiera que no era así.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció el Alto.

—¿Cómo se llama?

—¿Esto? —Miró el interior del vaso—. Garrafón de garrafón, espero. Porque sabe más bien a hollín...

—No, no. Quería decir qué cómo se llama usted. —Vio que el Alto arrugaba la cara desconcertado, por lo que desarrolló su explicación—. Conoce mi nombre. Le agradecería que me permitiera estar en igualdad de condiciones para que pueda dirigirme a usted con propiedad.

—Oh. Patrick.

—Es bonito.

—Aunque no lo fuera seguiría siendo mi nombre. —Sorbió de la cerveza con una sonrisa dibujada en su cara—. Definitivamente, esto tiene hollín. —Y se removió disgustado—. ¿Quieres un poco?

—Es muy amable, Alto Patrick, pero no bebo.

Él la miró, luego al vaso y, finalmente, se encogió de hombros:

—No me extraña. —Adornó la frase alejando la cerveza de sí y arrastrándola con un dedo hasta el centro de la mesa.

Isbel esperó unos segundos a que él comenzara a hablar, pero no lo hizo. En su lugar, el Alto la observó en silencio cruzando los brazos y sujetando su barbilla con una de las manos. Casi parecía como si intentara decirle algo con la mente, o comérsela con los ojos.

—¿Tendría la bondad de dejar de mirarme así? Me incomoda.

Patrick sonrió.

—Desde que empecé a perseguirte... —Corrigió la expresión al darse cuenta de lo inquietante que sonaba—, es decir a... a investigarte... me he preguntado cómo es posible que puedas hablar así.

—¿Qué insinúa?

—Lo evidente. Eres una Baja, y solo hay que mirar a tus congéneres para entenderlo. No deberías de tener ese vocabulario tan extenso.

La chica observó el local utilizando el rabillo del ojo: tan solo el barman y el camarero estaban en condiciones de vocalizar un saludo, el resto dormitaban sobre sus respectivas mesas o bebían en los vasos mellados. En cualquier caso, ninguno tenía un aspecto medianamente decente; y menos aún contaban con los estudios suficientes para expresarse correctamente.

—Soy educada, eso es todo.

—¡Venga ya! ¿No se te ha ocurrido nada mejor? Es imposible que puedas expresarte de esa manera sin que alguien te haya enseñado.

—Leo mucho.

—¿Y de dónde has sacado un libro? Que yo sepa, son bastante caros y escasos por aquí. —Se acarició la barba—. Aunque dijeras la verdad y todo fuera gracias a la lectura, dudo que encuentres en vuestra escuálida biblioteca algún ejemplar con un lenguaje suficientemente amplio como para... —buscó la palabra perfecta—. acercarse a tu modo de hablar. Los tuyos prefieren vender a leer, no entienden todo el saber que están despedazando y aplastando. Ni siquiera los Medios se salvan, están tan obsesionados con imitarnos que se contentan con tapas huecas. —Le temblaron los labios—. Es trágico, no me extraña que hablen tan mal. —Esta vez no incluyó a Isbel en la ecuación—. Librerías falsas. Debería estar castigado con la muerte o algo por el estilo... ¿Sabes? Tal vez lo proponga.

—¿Se puede saber qué tiene que ver todo esto con su oferta?

Patrick se detuvo en seco.

—Más de lo que parece. —Se estiró en la silla y se cruzó después de brazos—. Te elegí precisamente por eso, por tu retórica. Necesito tus modales... tu, supuesta, *innata* educación.

A ella le dio la sensación de que la frase no estaba terminada, pero Patrick no la continuó. Era como si quisiera que Isbel se interesara por el tema, que preguntara, que luchara por sacarle cada una de sus palabras.

—¿Y bien? No pretendo ser descortés, pero me gustaría que...

Esta vez fue el Alto quien la interrumpió a ella, casi como si lo hubiera hecho a propósito como venganza.

—Iré al grano, deja que me explique. —Después se puso serio y sacó de su bolsillo el mismo objeto que le había mostrado la noche anterior—. Esto es tu trabajo, como te indiqué ayer.

—¿Quiere que lo arregle o algo así? —Iba a cogerlo con sus manos, pero Patrick lo alejó colocando en su lugar un documento escrito a máquina—. ¿Y esto? —La recolectora de piezas parpadeó al ver el folio lleno de texto.

—Tu billete hacia el cielo, y por lo tanto tu recompensa. Si aceptas, eso sí.

Dejó descansar sobre la hoja una estilográfica de gran calidad: su punta era de color oro, con leves rayas plateadas que iban agrandándose hasta unirse al armazón cilíndrico.

Isbel miró el papel con cierta incredulidad. ¿Cómo un documento mecanografiado podría convertirla en Alta?

Apartó con mucho cuidado la pluma, pues sabía que valía más que ella misma, agarró el folio por uno de los bordes y, con extremo cuidado, como si temiera que fuera a convertirse en arena, leyó.

Se trataba de un escrito ya firmado en el que un tal Patrick Ravenhold daba fe de que Isbel era su hija ilegítima, fruto de una tortuosa relación con una Baja hacía unos años. El nuevo título le otorgaría todas las posesiones de «su padre», entre las que estaban una mansión en el centro del Barrio de la Moneda, el control de una fábrica de motores de La Ciudadela y un sinfín de artículos que la muchacha obvió al sentirse mareada.

—Un momento... —Lo miró blanca como la nieve—. ¿Todo esto es cierto? ¿Es mi padre?!

—¿Eh? —Patrick también palideció—. ¡Por supuesto que no!

—¿Entonces...?

—Solo es tu recompensa. Tu nueva identidad, nada más. No pienses cosas raras. —Lo dijo acentuando la última parte para esquivar absurdos malentendidos—. Ni todo el oro del mundo puede hacer que tu estatus de Baja sea revocado si no te convierto en mi familiar más directo.

Ella no acababa de verlo claro. ¿Cómo iba a darle todas sus pertenencias así sin más? Aquí había gato encerrado.

—No hay trampa alguna. —Parecía que le había leído la mente, o tal vez bastó con fijarse en como ella lo estaba analizando—. No tienes padres, eres una huérfana que está sola en el mundo; por lo que nadie podrá negar tu procedencia. —Se aclaró la garganta una vez más, el humo lo estaba matando

—. Una vez hagas el trabajo que tengo que encomendarte, todas mis cosas serán oficialmente tuyas, pues nada de lo que se encuentra en La Ciudadela me hará falta para entonces.

—¿Que no le hará falta? ¿Cómo no iba a necesitar su casa y su sustento?

—No, no lo necesitaré. Cuando terminemos el trabajo ya no estaré para disfrutarlo...

Isbel presupuso que para entonces estaría muerto, por lo que respondió agitada:

—¡Dios mío! ¿En qué me he metido? —Se levantó apresurada al comprender que el Alto debía estar mortalmente enfermo; de ahí la tos anterior.

Sus piernas se movieron a toda prisa y estuvo a punto de marcharse. Pero la voz relajada de Patrick la detuvo, como ya hizo la noche anterior.

—¿Crees que ese Medio, seboso y esclavista, permitirá que te reincorpores al trabajo? Aunque sin duda disfrutaría viéndote suplicar, estoy seguro de que ya tiene a un sustituto. Además, ya sabías lo que hacías cuando decidiste venir a verme. No hay vuelta atrás.

La chica no se volteó, en su lugar se quedó mirando la salida; una puerta marrón oscuro con una pequeña ventanita redonda en la parte superior.

Tragó saliva y pensó qué hacer.

Él se cruzó de brazos, parecía impaciente.

—¿Vas a hacerte la interesante durante mucho tiempo? O vas a firmar el papel para que podamos zambullirnos en los detalles de mi plan.

—¿Cómo podría firmar algo sin saber qué es lo que estoy aceptando? —respondió inmóvil como una piedra.

—Eso no es lo que deberías decir...

Ella al final se giró con la cara arrugada e interrogante. ¿A qué se refería?

Patrick resolvió la incógnita:

—«¿Cómo podría no firmar cuando eso me entregaría lo que siempre he soñado?». Esa es la pregunta que deberías formularte.

Un montón de imágenes se agolparon en la mente de la joven, como una serie de diapositivas pasando a demasiada velocidad. La mayoría eran referentes a una niñez emborronada y salpicada por una fugaz y colosal biblioteca o unos impersonales, además de alargados, pasillos. Aunque también se personaron imágenes más claras. Como el orfanato en el cual se crió, su primer trabajo a los doce años o el día que conoció a su mejor amiga... Al principio eran recuerdos bonitos y felices, pero se fueron

transformando en desdicha cuando estos dieron paso a los que los seguían: un Medio tapándose la nariz al pasar a su lado, los sueños fugaces en las alturas convertidos en decepción al abrir los ojos, su hogar de menos de seis metros cuadrados, su aspecto al mirarse en el espejo y verse sucia y, definitivamente, la muerte de su querida amiga tras días acosada por una fiebre insalvable... Todo eso la abofeteó hasta que se armó del valor que necesitaba para tirarse al vacío.

Al final se acercó a la mesa, tomó la pluma, escribió con ella y, nada más firmar, la dejó en su sitio con un sonoro golpe seco.

—Dígame que al menos no será peligroso...

Él sonrió, solo sonrió.

Caminos inconexos

Cuando Benjamín despertó, se vio rodeado de una densa e impenetrable oscuridad. Al principio no tuvo muy claro qué estaba sucediendo, pero enseguida le vinieron a la mente los sucesos más inmediatos, recordándole que llevaba encerrado en una celda cerca de dos años.

La jaula tenía forma cuadrada, y era lo bastante amplia como para que pudiera andar en círculos fácilmente sin toparse con los muros de roca sucia y rasposa que lo asediaban por todas partes, excepto por la cara que daba a la salida. Esta estaba custodiada por delgados pero alargados barrotes oxidados que ensartaban el suelo de piedra gris.

El joven muchacho se revolvió en la pila de paja que hacía de cama y buscó el abrazo del sueño. Sin embargo, no pudo dormir por más que apretó con fuerza sus párpados. No dejaban de venirle a la mente retazos de un lugar mejor. Uno que seguía existiendo fuera de los muros, pero al que no podía acceder por más que lo deseara con todas sus fuerzas. Solo de pensar que su familia le estaba esperando más allá de aquella pequeña isla flotante en la que estaba emplazada la prisión, a cientos de kilómetros de su hogar y al otro lado de las Brisas de Bóreas, se le rompía el corazón.

«¿Estarán todos bien?», se preguntó, incorporándose al comprender que no conseguiría dormir más durante el resto de la noche.

Pensó en su padre, el cual ya empezaba a sentir los achaques de la edad cuando lo vio por última vez; en su madre, la mujer más fuerte que había conocido nunca; e imaginó el dulce rostro de su débil e inocente hermanita. Siempre que se acordaba de esta última terminaba llorando, pero se propuso no hacerlo esta vez. No estaba dispuesto a seguir lamentándose por su mala suerte. Tenía que pensar en positivo si no quería perder la poca cordura que le quedaba y convertirse en un cascarón vacío y sin alma. Iba a vencer el maltrato psicológico de la Torre Solitaria, no acabaría como el resto de prisioneros; no señor.

Se levantó, no sin antes luchar para que sus temblorosas y delgaduchas piernas consiguieran enderezarse, y apoyó su mortificada espalda contra una de las paredes. Al hacerlo sintió los rebordes de las piedras clavándosele

entre los músculos y los huesos, pero no le importó. Aquello era una buena señal, pues significaba algo muy importante: seguía vivo.

En la Torre Solitaria, la peor prisión que existía en todo el Imperio del Aire, se abogaba por una forma diferente de encarcelamiento. A simple vista, sus barrotes y sus muros resultaban como los de cualquiera otra, pero ahí terminaban las similitudes. Dentro de aquel torreón, que parecía sacado de una pesadilla, no se realizaba ningún tipo de maltrato físico: los guardias no increpaban, no insultaban y, ni mucho menos, torturaban hasta teñir las paredes de sangre.

Para cualquiera, aquello sonaba tranquilizador, pero era debido a que desconocían lo que realmente sucedía dentro. En las demás cárceles se torturaba, pegaba e, incluso, mataba a un preso de maneras inimaginables; pero solo allí sabían cómo desgarrar el alma. Y lo hacían estupendamente bien.

Benjamín decidió clavar la mirada en el círculo de luz que se dibujaba todas las noches en el suelo. Provenía del exterior, y llegaba hasta allí gracias a un diminuto hueco nacido en lo más alto del muro de su celda y que daba al exterior de la cárcel. Por él se introducía una estela de luz nocturna que se estrellaba como un rayo en el suelo y que para él significaba algo más que un simple reguero luminoso. Le gustaba pensar que se trataba de una especie de señal, proveniente de un lejano faro situado en una isla muy remota, que lo apuntaba con la esperanza de que alguien decidiera acudir en su ayuda. Por supuesto, era un pensamiento absurdo y lo sabía, pero aun así se aferraba a él en otro intento más por mantenerse entero.

Desde que lo lanzaron al interior de su particular jaula, no había vuelto a poder hablar con nadie. Ni siquiera, por más que lo intentó a base de gritos, consiguió escuchar ni una sola vez un triste «cállate» saliendo de la boca de los guardias y, ni mucho menos, un sonido similar del resto de los presos. Todos ellos llevaban más tiempo que él dentro de las fauces de la prisión, y habían acabado por perder completamente la noción de la realidad. Benjamín había intentado en más de una ocasión entablar contacto con alguno de sus vecinos aferrándose al límite de los barrotes y llamándoles en busca de una respuesta, pero ninguno respondió jamás; tal vez por miedo a ser recompensados con la muerte o a lo mejor por haber perdido el juicio. Sí que advirtió algo de movimiento entre la oscuridad, e incluso oyó a alguien arrastrándose o comiendo, pero nunca recibió el agradable tono que produce una respuesta.

De ahí el curioso sobrenombre de la cárcel, Torre Solitaria, pues basaba todo su sistema de tortura en la perpetua sensación de aislamiento y soledad.

El método consistía en mantenerles encerrados, sin hablarles, sin reaccionar antes sus gritos ni sus súplicas y, por supuesto, sin indicarles cuánto tiempo iban a mantenerlos allí. Les entregaban la comida abandonándola frente a los barrotes y llevaban cubos con jabón de vez en cuando, «olvidándolos» en medio del pasillo como si nunca hubieran cargado con ellos. En definitiva, actuaban como si la prisión estuviera completamente vacía, ocupada solo por insignificantes murmullos a los que no mereciera la pena prestar atención.

Con el tiempo, sin duda, muchos debieron sentirse así, como la propia nada. Probablemente, algunos llegaron a dudar de si realmente estaban vivos, como si aquello fuera el infierno y estuvieran soportando un castigo eterno. Era de locos, pero la vida dentro de la torre era tan lenta y extraña que no era difícil perder la noción de la realidad. De hecho, Benjamín la hubiera extraviado ya si no tuviera tanto que perder.

En la Torre Solitaria se entraba, se sufría y, cuando terminaba la condena, se moría. Pero no de una manera esperable y lenta, sino una repentina e inesperada. Simplemente te obligaban a subir las escaleras, como cada mes, y mientras disfrutabas de tu media hora de aire libre, eras lanzado por sorpresa al vacío. Así actuaban los funcionarios de la cárcel, tatuando en la mente de sus prisioneros la posibilidad de que la próxima vez que salieran al exterior podría ser la última para provocar que al final ninguno de ellos deseara hacerlo jamás. Los convertían en sombras que se sentían más seguras encerradas bajo el manto de la oscuridad, odiando la propia libertad y rezando para no volver a ver la luz del día nunca más.

De pronto, mientras acercaba sus manos al resquicio de luz que se entrometía por el hueco de su celda, se escuchó la puerta del fondo abriéndose como si esta tuviera vida propia. Sonó quejosa, casi como si quisiera indicar la enorme cantidad de años que llevaba ya a sus espaldas. Parecía que, de un momento a otro, la madera que la formaba fuera a partirse y a hacerse pedazos, pero terminó de deslizarse del todo sin mayores problemas.

Al momento siguiente, una manta de luz amarilla, que nacía en el interior de un candil, se presentó de golpe deslizándose y ocupando casi la totalidad del pasillo de la planta. Su iluminación llegó de sopetón y provocó, por supuesto, un sinfín de sonidos nerviosos en todas las celdas; pero de ninguna escapó grito alguno.

Todos estaban pensando, debatiendo consigo mismos dentro de sus mentes,

pues para ellos hablar carecía de sentido dadas las circunstancias. Incluso Benjamín había adoptado aquella costumbre.

A los pocos segundos, una figura borrosa apareció por debajo del arco de la entrada a la sala, caminando muy lentamente entre las celdas que discurrían a ambos lados y dirigiéndose decidida hacia la última; es decir, a la de Benjamín.

«¡No! No puede ser —temió en sus adentros al reconocer débilmente la indumentaria del misterioso visitante—. ¡¿Qué hace aquí?! ¡Aún no ha salido el sol!».

 Se trataba de uno de los funcionarios.

Un guardia solo bajaba hasta allí por dos razones: para dar de comer al prisionero o liberarle de su jaula y entregarlo a las alturas para que disfrutara de su temporal libertad. Sin embargo, ambas cosas solo sucedían de día. La noche siempre se mantenía tranquila y sin sobresaltos; como un subliminal mensaje que enseñaba a todos ellos que la oscuridad era vida, y la luz muerte.

Finalmente, cuando el hombre llegó hasta la jaula de Benjamín, la negrura que le hacía al muchacho sentirse tan seguro se retiró. La iluminación de la lámpara de aceite se posó sobre el suelo del interior de la celda, alrededor de sus barrotes y en el propio Benjamín; y a su vez, acarició al portador del objeto luminoso.

El guardia, delgado y de estatura media, tenía el mismo aspecto físico que los demás. No era de extrañar, todos llevaban idéntico uniforme; que consistía en ropajes grisáceos, botas de montaña pesadas y duras, guantes de cuero envejecido, una capucha ajustada y una terrorífica careta metálica cubriendo incluso sus cabellos. La careta, sin lugar a dudas, era el peor de los complementos. Tal vez llevaran en su cinturón un pequeño trabuco y una espada danzando con cada paso que daban, pero la máscara era lo que realmente les aterraba a los prisioneros. Eran sus facciones, casi inexistentes pero marcadas, con nariz gruesa, pómulos redondeados y labios finos, pero alargados en un arco exageradamente sonriente, quienes construían en las mentes de los presos toda clase de pesadillas inconfesables.

La utilidad de la misma era un completo misterio para Benjamín, pero en el fondo tenía cierta lógica. No solo infundían respeto y temor a los prisioneros, pues ni siquiera los ojos de sus dueños se asomaban bajo los parpados de hierro forjado, sino que, de ese modo, todos resultaban iguales; como monstruos sin identidad vagando por la prisión en busca de almas de las que alimentarse. Sin duda, al principio, los presos más valientes pensaron que no eran más que cobardes que preferían ocultar su rostro por miedo a represalias.

Pero con el paso de los años y la pérdida de la cordura, acababan imaginándose a entes fantasmagóricos ocultos tras las caretas.

«Diosa Nut. ¡No lo permitas! Por favor...», suplicó mentalmente. ¿Para qué gritarlo si nadie podía, o quería, oírle?

El guardia bajó levemente el candil y agarró con la mano libre un juego de llaves que había estado colgando de un lado del cinturón; junto a la funda de su pistola reglamentaria.

Lo que le siguió fue, para Benjamín, peor que una tortura: vio cómo dirigió la llave de latón hacia el cierre y como liberó todo los engranajes internos con un movimiento de muñeca; y empujando al poco la puerta de barrotes a un lado.

Después, el funcionario lo miró desde su inquietante máscara y se echó a un lado para indicarle que saliera; en ese tiempo volvió a esconder sus llaves y aprovechó para desenfundar el arma, preparado para cualquier posible contratiempo.

El semblante de Benjamín, bajo el titilar de la llama del candil, resultaba decepcionante. Verle ahí, en medio de la celda, luciendo un aspecto huesudo y lastimero, resultaba patético. Siempre fue un muchacho atlético, casi tan alto como un árbol, pero los años de cautiverio lo habían aniquilado: su espalda estaba encorvada como el tallo de una flor reseca y su rostro, anguloso y adornado por una poblada barba salvaje y una castaña melena apelmazada, ya no contaba con la tersa piel morena que recordaba; ahora estaba más pálida que la ceniza.

Cuando el chico se atrevió a salir, con bastante lentitud debido a que la ración diaria solo cubría sus necesidades más vitales, apoyó ambas manos en las barras que siempre lo habían estado acompañando. Fue entonces cuando pudo ver con todo lujo de detalles sus dedos, pues estos parecieron destacar cerca del candil. Las uñas estaban alargadas, pero partidas y un poco desconchadas. Benjamín nunca se imaginó que en realidad estuviera tan mal. Se esperaba delgado, pero no tan enfermo como para pasar por un cadáver.

¿Tanto tiempo había pasado desde la última vez?

El guardia lo empujó de improviso, dejándole con una aterrada cara de sorpresa. Nunca, en las cientos de ocasiones en las que lo sacaron afuera, lo habían tocado.

Le miró asustado y, cuando vio que el asunto no iba a más, marchó tan obedientemente como lo hubiera hecho el más fiel de los perros.

Mientras recorría, con paso lento pero continuado, la distancia que lo

alejaba de los límites de la estancia, no pudo dejar de pensar en una sola cosa. No fue en su familia, ni en lo sorprendentemente amenazante que se vio la tenebrosa escalera de caracol que asomaba tras la puerta del final. Lo que le inquietaba era la sensación de que allí había algo que no terminaba de encajar. No solo por lo excepcional que le resultaba que decidieran darle sus treinta minutos de libertad cuando aún era de noche, sino también por la actitud del propio guardia. Se suponía que tenían prohibido reaccionar ante los prisioneros de esa manera. Debería de haberse limitado a transmitirle sus órdenes con gestos cortos y en total silencio; nada de empujones ni prisas. Lo que estaba pasando no podía ser bueno, nada bueno.

Al llegar a los escalones curvados percibió cómo la temperatura del ambiente bajaba a causa de una ligera brisa que llegó de arriba y que le atravesó los huesos. O al menos así lo sintió Benjamín, pues al solo contar con un pedazo de tela, que presumía de considerarse camiseta, y un pantalón destrozado y hecho casi tiras para protegerse, no es que pudiera hacer demasiado en contra.

La puerta del pasillo se cerró tras el guardia, que siguió manteniendo ese semblante misterioso e imperturbable. Los detalles de acero de su mosquetón centelleaban bajo la luz de fuego mientras él avanzaba con el cañón oteando los riñones del prisionero. Tal vez si la mente de Benjamín no estuviera tan emponzoñada por el miedo y el dolor, se habría planteado enfrentarse al guardia y buscar que este cayera escaleras abajo hasta partirse convenientemente el cuello. Por desgracia lo estaba, la suya y la del resto de condenados. Sus cuerpos no podían enfrentarse a nadie... y sus mentes ni a ellos mismos.

Notó otro empujón cuando el guardia apoyó el arma de fuego en su espalda y le instó a que se diera prisa. Aquello obligó a Benjamín a continuar sin saber muy bien qué hacer. Deseaba golpearle con el codo, pero si fallaba le enterraría un balazo en la espalda y entonces iba a dar igual si sabía usar un transporte o no. Incluso aunque acertara, nada le garantizaba que reuniera la suficiente fuerza como para convertirse en algo más que una decepcionante sacudida. Era más grande que su captor, mucho más, pero estaba demasiado débil; puede que esta su codo se partiera al chocar contra la máscara.

«Es inútil» decidió, al comprender que solo estaba intentando escapar de la realidad imaginándose un mundo utópico en el que era capaz de todo. Si continuaba con sus imaginaciones acabaría como los suicidas que se tiraban enajenados al firmamento para no tener que soportar más la incertidumbre ni

la soledad.

Agachó, derrotado, la cabeza y terminó de avanzar los escalones que le quedaban por superar. En cuanto lo hizo, se vio bajo un arco desnudo, sin puerta dentro de sí, que presentaba a la conocida azotea que había visitado en tantas ocasiones; aunque nunca en horas tan intempestivas.

Acompañándola, le recibió un cielo estrellado, multicolor y brillante, con nubes pululando cerca de los bordes de la torre y con un guardia esperando junto al final de la temida estructura.

En ese momento no pudo evitarlo. Después de mucho tiempo sin hacerlo, hizo uso de sus cuerdas vocales y estas sonaron extrañas y erráticas, como un instrumento desafinado que necesitaba una puesta a punto.

—¿P-Por qué me sacan de noche? N-Normalmente me... me... traen de... —Al decirlo lo lamentó, pues él mismo encontró la respuesta. Aun así acabó por terminar la frase con voz queda por culpa del temor—: día.

El guardia que lo acompañó durante todo el ascenso volvió a colocarle la pistola en la espalda y lo empujó al frente, en dirección al otro hombre, que los esperaba con los brazos cruzados y la dichosa máscara bien sujeta.

—Bonita noche, ¿verdad? —le saludó el gemelo misterioso. Aspiró justo después. A diferencia del guardia de la pistola, este era mucho más grande y fornido. Le recordó a una montaña, era incluso más alto que él; y eso era decir mucho.

—S-Sí... —Los ojos de Benjamín temblaron en todas las direcciones sin saber qué hacer o decir. Sintió los labios cuarteados y la mente embotada, le estaban hablando... Iban a matarlo.

Era lo más lógico. Ahora lo entendía todo. Les hacían creer que la oscuridad era buena, que el día solo traía la muerte. Sin embargo, a la hora de la verdad los sacaban de sus celdas en plena noche, cuando se sentían a salvo, para acabar con su existencia. Deseaba estar equivocado, pero si lo pensaba fríamente, aquella era la forma en la que la Torre Solitaria actuaba.

—¿Te pasa algo? —La máscara se removió levemente cuando su dueño habló y dirigió su cara al rostro del pobre preso—. No se te ve muy contento. ¿Es que no te gusta la libertad?

—S... —Ni siquiera acabó la primera letra, los ojos empezaron a brillarle llenos de dolor y enseguida acabaron en cascadas saladas que conquistaron sus mejillas—. ¡¡N-No me mate!! ¡¡Por favor!! —estalló—. ¡¡Devuélvame a mi celda!! —Su voz parecía que iba a partirse por la mitad del esfuerzo—. ¡¡Quiero ir a mi celda!!

—Tormentas. —Sonó decepcionado—. ¿En serio? ¿Vas a suplicar? ¿Como todos? ¿Es que no hay ni uno solo que le eche valor? —Resopló removiendo la cabeza—. Qué aburrimento. Pensé que con tu edad mostrarías algo de dignidad y empaque. —Miró a su compañero, que se había mantenido al margen y a poca distancia, aunque con la mirada fija en ellos—. Hazme el favor, termina tú con esto. No quiero oír más berridos por esta noche. —Y le hizo un gesto.

Su compañero se acercó con paso tranquilo a Benjamín y le condujo hasta el borde de la prisión. Abajo, para él y a pesar de los colores perpetuos, solo aguardaba un manto negro igual que el que solía abrazarlo en su celda cada noche. El pobre muchacho no podía dejar de llorar, pero por alguna razón sus piernas siguieron rectas como rocas.

—Disfruta de tus últimos segundos... —se carcajeó el guardia hablador, que continuaba con los brazos cruzados a pocos pasos de él.

Y así hizo Benjamín. En un momento de sumisión total, alzó la vista a lo alto. Allí oteó la inmensidad del mundo al que no regresaría jamás. Se fijó en los puntos brillantes que discurrían por todas partes, y que no eran otra cosa que los innumerables faros que coronaban cada isla flotante del Imperio del Aire. Se imaginó que uno de esos intensos faros, el que él percibió como el más grande y brillante, era su hogar, y cerró los ojos repitiendo mentalmente los nombres de su familia. Después, en paz por saber que lo arriesgó todo por el bien de su hermana pequeña, se volteó en vez de lanzarse al vacío sin nada que lamentar.

Miró a la máscara de hierro que le apuntaba con su arma y le dedicó una de las expresiones más dignas y desafiantes que nunca había utilizado. Tal vez hubiera vivido dos años horribles, llenos de tristeza, soledad y arrepentimiento, pero no pensaba morir con ellas envenenándole. No les daría a sus captores esa satisfacción.

—¿No vas a saltar? Así que de repente te sientes valiente, ¿eh? ¿Prefieres que te ayudemos un poco? —preguntó el guardia gigante—. Como quieras. ¡Naym! Dale un empujoncito.

Y Naym, que debía ser el silencioso hombre que le apuntaba con el arma, tiró con su dedo gordo del percutor para... girar rápidamente el brazo y presionar violentamente el gatillo contra su compañero.

La bala se abalanzó tronando a toda velocidad hacia el guardia bocazas y este se vio impulsado contra el vacío mientras el hierro redondo le quemaba el pecho, además del interior de su ser. Antes de que hubiera podido comprender

lo que acababa de pasar, ya estaba cayendo y alejándose de la Torre Solitaria en completo silencio.

Benjamín, del susto, perdió el equilibrio y estuvo a un paso de seguirle. Pero el asesino del trabuco utilizó su otra mano para agarrarle de la camisa desecha y mantenerle en el mundo de los vivos. Le empujó hacia sí, y cuando estuvo seguro de que el preso no caería, le dejó libre.

—¿Q-Qué ha...? —El chico balbuceó. ¿Le acababa de salvar la vida? ¿Por qué?

—Te llamas Benjamín, Benjamín Ashford, ¿verdad? —preguntó, al otro lado del metal una voz suave y dulce.

La máscara cayó justo después, revelando la verdadera identidad del supuesto Naym, que no era otra que una preciosa mujer de pelo escarlata con una disimulada cicatriz surcando uno de los pómulos.

—S-Sí —respondió él, tras quedar perplejo por semejante sorpresa; y por qué no decirlo, también por su inesperada belleza.

De pronto, un aerobarco desconocido atravesó una nube que le había servido como escondite hasta entonces, despedazándola en el proceso, y se posó sobre la azotea. Una cuerda gruesa cayó justo después hasta tocar el suelo.

—Entonces... —sonrió Arlette triunfante—. Te vienes conmigo.

* * *

Entrar en el cuarto de un hombre ya le resultaba a Isbel la mar de incómodo, pero hacerlo en el más caro del hostel, y con un Alto, era aún peor.

Para ella, aquella habitación de ocho metros cuadrados era gigantesca y obscenamente costosa; contaba con una ventana, una preciosa alfombra aterciopelada, una cama casi nueva y una lámpara de aceite colgando del techo.

—Cierra la puerta. No querrás que nos oiga nadie, ¿no? —Patrick se acercó a la única mesilla y se sentó en el colchón para abrir un cajoncito.

Isbel, como buena trabajadora, siguió a rajatabla las órdenes que se le encomendaron: cerró la puerta silenciosamente y se quedó frente a ella, con su espalda rozando la hoja y el marco formado por una fila de tornillos.

—¿Qué pasa? —preguntó Patrick, al darse cuenta de que la joven parecía hecha de piedra—. ¿No vas a acercarte o qué?

—¿Es preciso que lo haga?

—Solo si quieres saber cuál es el trabajo por el que voy a pagarte.

Dudó, por supuesto que dudó. Llevaba haciéndolo antes de llegar al Mecany, después de firmar el contrato y mientras subía las escaleras del edificio hacia aquella habitación. Pero, como en todas aquellas ocasiones, al final, se dejó llevar.

—¿Y bien, caballero? ¿Cuál será mi cometido? —quiso saber colocándose a su lado, pero nunca sentándose en el lecho.

—Seguir hablando así, para empezar. —Sonrió—. Necesito a una persona capaz de hacerse pasar por una Alta. Alguien con el aspecto, la facilidad de palabra y la educación necesaria para que nadie ponga en duda su falsa procedencia y crea a pies juntillas toda la sarta de mentiras que ella les cuente.

Isbel no dijo nada, solo mantuvo las manos entrelazadas delante de sus muslos y siguió escuchándolo interesada.

—Esperaba que me preguntaras un poco e hicieras la explicación más interesante y misteriosa, pero está bien. Supongo que ya he dado demasiados rodeos. —Sacó de nuevo el artefacto que parecía un reloj de bolsillo y dejó que, por primera vez, ella lo cogiera—. Trátalo con delicadeza. Es una reproducción perfecta del original, y creo que me sería imposible volver a fabricarlo tan detalladamente.

—¿Reproducción? ¿Quiere decir que es...?

—Asquerosamente falso. Tan falso como que vale menos que ese mono descosido que llevas. Pero eso no quiere decir que puedas perderlo o romperlo, sin él nuestro plan no funcionaría. Y, querida amiga, nuestro plan no es otro que robar el original y colocar este en su lugar.

Esta vez sí que reaccionó como él esperaba. Isbel pegó un bote, puso el grito en el cielo y deseó salir de allí a toda velocidad.

Pero no podía.

—¡Eh, muchacha! Te recuerdo que eres una Baja, yo un Alto, que has dejado tu trabajo y que yo soy el único que podría hacer tu sueño de vivir en las alturas realidad. —Y añadió en voz baja—. Además, podría echarte la culpa de este plan alegando que yo no sabía nada si intentaras denunciarme.

—¿¿Qué?! ¿¿Me estás amenazando, pedazo de escoria?! —gritó hecha una furia y mostrando una parte de sí misma oculta hasta entonces.

—No, no, no. Mal, mal. No te salgas de tu dialecto refinado, no me sirve de nada una lluvia de insultos barriobajeros ahora. Y por cierto, yo no te he amenazado, solo he expuesto cómo están las cosas. Ni más, ni menos.

—¡Sabía que era algo ilegal!

—Y yo te lo avisé antes, nadie te ha obligado ni engañado... Has firmado porque tu anhelo por el cielo es más grande que tu conciencia. No te hagas la inocente, está de más a estas alturas.

Isbel, a medio camino entre la puerta y la cama, se cruzó de brazos giró la cara desconfiada y le hizo la pregunta del millón:

—Y-Y... ¿Y a quién vamos a robar exactamente?

—A Moisés Robres, Alto predilecto y miembro de la presidencia de La Ciudadela.

—Desconozco a qué puede referirse con Alto predilecto, ni tampoco qué puede ser un miembro de la presidencia de La Ciudadela. —Aunque sí que dio por hecho que debía ser parte del gobierno que la controlaba.

—En una semana celebrará una fiesta en honor a su hija, Cristina Robres. —Se rascó la barba y se levantó—. Cumple veintidós años por lo que planea presentarla en sociedad para que el resto de familias Altas oferten a sus hijos como futuros pretendientes. Si hubieras sido un chico habríamos aprovechado para hacerte pasar por otro participante más del entuerto, pero dado que eres claramente una mujer... —Se acercó a ella más de lo conveniente para que nadie que pudiera estar cuchicheando fuera los oyera—. Yo distraeré a su padre y tú te meterás en la biblioteca personal, donde guarda su preciado tesoro. Lo cambiarás sin que nadie se dé cuenta, nos marcharemos y... Todas mis pertenencias serán tuyas esa misma noche.

—¿Por qué le interesa tanto ese objeto? ¿Para qué lo quiere? ¿De verdad piensa que será así de fácil hacerse con él?

—No es asunto tuyo —respondió a lo primero, a lo segundo también, y a lo tercero dijo—: Y sí, así de fácil. Piénsalo fríamente, hasta te vendrá bien asistir. Te presentaré a todos antes de desaparecer, por lo que resultará más convincente hacerte pasar por mi hija.

—Disculpe, pero yo no lo veo tan claro...

—¿Por? —Puso cara de sorprendido. Estaba seguro de que nada se le escapaba, llevaba demasiados años preparando aquel plan.

—¿Es que a nadie le va a extrañar que de repente tenga usted una hija?

Patrick se rió como hizo la noche anterior en medio del Barrio de Verne:

—Soy bastante solitario, lo suficiente como para que la gente a la que saludo a diario no recuerde bien cuál es mi nombre. Nadie sabe nada de mí más allá de mis negocios, por lo que cuando te presente como mi hija legítima no pasará nada. Tal vez se sorprendan, pero dado que soy muy riguroso en

cuanto a lo que se refiere a mi vida privada, no creo que despiertes sospecha alguna. A los demás Altos solo les interesan mis motores. Y en caso de que me equivocara... —Sacó de uno de sus bolsillos el folio firmado—. Tenemos el documento que habla de tu linaje Bajo. Tal vez piensen que te escondía por vergüenza o cualquier otra barbaridad. Tampoco importará cuando controles todas mis propiedades, seguirán deseando hacer negocios contigo si les reportas algún beneficio.

—P-P-Pero... —La chica empezó a sentirse agobiada—. Me he criado en la Ciudad Baja... Es imposible que adquiriera las costumbres Altas tan rápido y crean que usted me ha criado en clausura.

—¿Pero te has oído hablar?! No te elegí porque soñaras con todas tus fuerzas vivir allí arriba, te elegí por eso: porque tienes los modales, la elegancia y la belleza requerida para ser un Alto. Por más que intentes ocultárselo a tus congéneres, tienes en tu mirada, en el modo en que te sientas y tu manera de caminar, un estilo y una gracia propia de allí arriba. Solo te falta un buen vestido, un título y una fortuna... Y todo eso te lo entregaré yo. Así que solo queda una cosa que aclarar. ¿Te ves capacitada?

Las dudas empezaron a asomar de nuevo, pero esta vez sin tanta fuerza. Aquel hombre parecía tan convencido, tan deseoso de que aceptara, que no sabía muy bien como tomárselo.

¿Era una señal de que aquel plan era infalible o tal vez solo el indicio de que Patrick estaba completamente loco?

Fuera como fuese, dio igual cuando ella dijo:

—De acuerdo... Lo haré. Pongo mi vida en sus manos, le ruego que la cuide.

* * *

El Núcleo era más grande de lo que ella se imaginó. Había esperado algo similar a la parada de tren que solía coger todos los días cuando trabajaba en la recicladora, pero aquella barbaridad superaba todas sus expectativas: el rascacielos que los conduciría hasta arriba presumía de una anchura extrema, incluso exagerada.

—¿Tienes miedo? —preguntó el Alto cuando bajaron del tren por la escalinata y se acercaron hacia el edificio, que estaba incrustado dentro de los andenes como si fuera parte del sistema ferroviario.

—No. Solo estoy... —Subió la vista y sus ojos se perdieron en las alturas

—. Impresionada.

La cara le resplandecía de felicidad. No es que fuera una imagen tan bella como podía suponerse. A fin de cuentas estaba rodeada por una paleta de colores grises y sucios; llena de cables, tuberías, humos y sistemas de ventilación expulsando vapores de toca clase. Sin embargo, para Isbel todo eso que podía repugnar a un habitante del cielo le transmitía calidez y una hermosa sensación de futuro. El Núcleo, el edificio donde vivían cientos de Medios, el lugar al que hubiera podido aspirar como mucho en una situación normal, iba a ser un mero intermediario que la acercaría a un destino más lejano. Mucho más.

—Entonces no perdamos el tiempo. Tengo bastantes cosas que preparar cuando lleguemos a casa.

—¿A casa?

—Claro, a mi... —Corrigió divertido a mitad de frase—. a *tu* mansión.

—¿Una mansión?!

—¿Esperabas vivir en un cuartucho de seis metros cuadrados como los que pululan por aquí abajo?

—No, no. —Soltó una leve y tímida risita antes de cambiar de tema—. Disculpe, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Cómo supo que deseaba tanto vivir en el cielo? Nunca se lo he dicho a nadie. —Aquello era algo que llevaba un buen rato preocupándole. Sabía demasiado de ella.

El Alto se paró y la miró fijamente con una mueca graciosa:

—Tranquila, no rebusqué en tu casa o espíe conversaciones. Verás... Hace muchos meses bajé en busca de un candidato adecuado para mi plan. Estuve mucho, mucho tiempo dando vueltas. No me avergüenza reconocer que me llegaron a robar, y casi secuestrar, un par de veces; tengo que romper una lanza en favor de los silenciosos guardias Medios por su eficiencia, me salvaron todas las veces. —Iba a irse por las ramas, pero se percató de ello antes de que ocurriera y resumió—. El caso es que terminé llegando al Barrio de Verne, y adivina a quién me encontré mirando embobada al horizonte desde su ventana.

—¿A mí?

—Está claro que a ti. Al principio no me llamaste la atención, la verdad, pero al poco me di cuenta de que estabas sonriendo, como si hubiera algo tan maravilloso que el hecho de vivir en la Ciudad Baja no importara. Me

pregunté: «¿Qué puede estar haciéndola sonreír así?». Conseguí la respuesta al seguir el recorrido de tu mirada. Resultaba que no mirabas a la envenenada ciudad que escalaba al frente, sino que observabas el techo de metal. En ese momento supe que te imaginabas allí arriba y que eras la persona adecuada. Cuando comencé a estudiarte más a fondo, y vi tu sorprendente oratoria, sentí que no estabas destinada a pasar tus días aquí. —Y señaló al techo—. Si no ahí.

Isbel sonrió al ver cómo hablaba. Parecía emocionado y sincero. Las dudas se disiparon como pronto lo haría el humo de su vida.

Atravesaron una pequeña rampa de escalones negruzcos y llenos de remaches hasta alcanzar una puerta obscenamente gigantesca, acorazada y provista de una abertura cuadrada en el centro. Desde ella, y siempre al otro lado de la pesada hoja de metal color bronce, el guardia de la entrada vigilaba quien se ponía delante para comprobar si debía o no permitirle el paso.

—¿Nombres? —preguntó con tono simplista y nada cuidado.

Isbel no dijo nada, pero si le hubieran preguntado habría asegurado que aquella persona, a la que no se le veían a través de la rendija más que los ojos y parte del tabique de la nariz, era, en realidad, una máquina. No es que hubiera algo en su mirada que confirmara o indicara que aquella estúpida hipótesis tuviera algo de sentido, pero su voz desangelada estaba tan carente de vida y nervio que a la muchacha le resultó inhumana. Pero claro, no sabía que aquel guardián era un Medio, el Medio más desgraciado de todos; pues su trabajo consistía en vivir en la Ciudad Baja impidiendo que ninguno de los habitantes de allí pudiera colarse en el Núcleo. ¿De qué servía ahorrar y pagar una subida de estatus social a Medio si luego te iba a tocar trabajar en la entrada a la columna tragándote todo el malsano aire que intentabas dejar atrás?

—Soy un Alto. —Patrick le enseñó un galón de metal, muy parecido al de un general, que acababa de sacarse de uno de sus, por lo que parecía, bolsillos sin fondo.

—D-Dículpe, Alto. —Los ojos inquisidores recibieron una descarga de vida al ver la condecoración militar y desaparecieron del hueco como un rayo. Segundos después, la puerta comenzó a chirriar: se estaba abriendo.

Isbel miró a Patrick a la cara, él ya estaba esperando a que preguntara:

—Sé que te mueres por decirme algo. Adelante.

—¿Tanto se me nota? —La chica removió la cabeza perpleja.

—¿Y bien? —Dirigió su rostro al frente haciendo como si no hablara con

ella.

—¿Es usted un Coronel o algo así?

El Alto se llevó una de las manos a la cara tapándosela con ella y removiendo el cuello:

—Por cosas como esta quiero empezar tu instrucción cuanto antes. Si alguien de arriba te oyera decir eso, sospecharía. No es un galón, es una identificación. Una especie de salvoconducto que me confirma como Alto, y con él no tengo por qué identificarme ante nadie que ostente un estatus social inferior al mío: es decir, a ningún Medio o Bajo.

La puerta, finalmente, se fue abriendo arrastrando a cada lado las dos mitades que formaban todo su ser. Mientras los componentes hidráulicos del interior las movían, Isbel continuó interesada en aquel hombre tan misterioso, pero a la vez cercano, que resultaba ser Patrick Ravenhold.

—¿Entonces no es militar?

—Como he dicho, no. Nadie lo es. ¿Cómo íbamos a serlo si no hay nación a la que enfrentarse? Estamos solos en este maldito cielo sin fin... —Mientras lo decía fue bajando el volumen de su voz gradualmente, como si sus palabras fueran desmigándose hasta volverse insignificantes.

El olor que se percibió saliendo del interior fue diferente al que se removía fuera. Parecía más suave y dulce, daba gusto respirarlo a pesar de notarse, aún, algo de malsana humareda en el ambiente. Desde allí afuera podía verse con todo detalle una estación como cualquier otra, de hecho contaba con la misma distribución que la de Verne o la zona industrial; pero con una seguridad mucho mayor y unos acabados arquitectónicos y mobiliarios más certeros.

—Ne... Necesito... —El guardia de la puerta les invitó a pasar temblando como una hoja—: Necesito el permiso de trabajo de la joven para apuntarla al... —Tragó saliva al encontrarse la mirada de Patrick—. registro.

—¿Permiso de trabajo? —Patrick resopló indignado—. Es mi hija, no una de vosotros, Medio. —Y sacó de alguna parte el escrito que lo atestiguaba para mostrárselo desde la distancia; lo que provocó que el pobre guardia tuviera que esforzarse en entornar los ojos para poder comprobarlo—. Si has acabado de hacernos perder el tiempo, nos gustaría continuar.

El hombre ni se molestó en replicarle, solo pegó un saltito y regresó a su puesto; como si aquel lugar junto a la abertura de la puerta lo protegiera de cualquier mal.

La Baja siguió a duras penas al Alto, que fue directo hacia el frente sin

pararse en ningún momento para explicarle a donde llevaban aquellos pasillos laterales, qué significaban los carteles con numeraciones y dibujos complicados que colgaban del techo o por qué comprobaban algunos Medios uniformados las maletas que descansaban apiladas sobre un carrito de metal con ruedecillas. En lugar de todo eso, la llevó hasta el final de la entrada, subiendo unas escaleras sin barandillas que contaban con una pareja de estatuas humanas colocadas a cada extremo y que soportaban, con sus rodillas flexionadas, una gigantesca llave inglesa.

Patrick e Isbel pasaron por debajo de la intimidante herramienta llegando a otro salón mucho más pequeño y cuadriculado que el primero. Medía apenas el doble de tamaño que la habitación de la Baja y estaba infinitamente menos sobrecargado y concurrido que el hall central de la columna.

—Dos. Nivel superior. —Le mostró el distintivo a otro Medio que montaba guardia frente a unos mandos, y que abrió el cierre de una barrera hecha con hierros redondeados de no más de un metro de alto.

En cuanto la cruzaron, Isbel se dio cuenta de la inmensidad que descansaba sobre su cabeza: un agujero gigantesco y que se perdía en las alturas formando un túnel vertical, subía y subía hasta llegar a quien sabe dónde.

—Al mismísimo cielo... —murmuró, como si estuviera respondiendo su propia pregunta.

—Y allí vamos. —Patrick hizo un gesto al Medio, que aguardaba atentamente su señal.

Un tirón de una palanca, tres liberaciones metálica en alguna parte y el trabajo de unos pistones desconocidos hicieron que el complicado mecanismo del Núcleo comenzara a demostrarle a la Baja de que pasta estaba hecho.

El suelo, o lo que ella pensaba que lo era, comenzó a elevarse y separarse del resto del lugar. Resultaba que estaban sobre una plataforma mecanizada: un ascensor de carga. Era muy pesado e iba ganando altura gracias a los gigantescos engranajes dentados que, a varios metros de distancia y a ambos lados de Isbel, giraban y subían incansablemente por la guía soportando todo el peso. El sonido que producían era similar al de un reloj, solo que el tic-tac no fue suave, sino más cercano a un escueto y sobrecogedor martilleo.

En cuestión de unos segundos dejaron abajo la entrada a la estación y se vieron engullidos por el cuadrado túnel que los llevaría a ese lugar que Isbel solo había visto en su imaginación.

—Bien... —Inició Patrick—. Tardaremos diez minutos en llegar arriba. Con un poco de suerte pasaremos las dependencias de los Medios sin que el

transporte se detenga. Aunque si alguno de ellos tiene que subir a trabajar para algún Alto, puede que el ascensor se pare y nos retrase un poco. De cualquier manera, ni se te ocurra hablar con ninguno.

—¿Compartimos la plataforma?

—¡Claro, muchacha! —Se rió—. Que tenga una mansión no me hace dueño y señor de este monstruo mecánico. ¿Sabes la de carbón y agua que se llega a gastar para conseguir elevarnos hasta el cielo? Hay que aprovechar el viaje si es necesario. No es que me haga especialmente gracia aguantar a los Medios durante un recorrido tan lento... Les encanta mirarme y hablar en voz alta sobre sus logros con ese acento forzado con el que intentan hacer olvidar que una vez fueron Bajos... —Simuló un bostezo que le quedó bastante convincente—. Cómo me aburren, ni que me importara que le limpien los zapatos a mi vecino o que le vendan la ropa al Alto que me ha pedido dinero decenas de veces.

La chica habría contestado, incluso tal vez los hubiera defendido alegando que tan solo querían llamar su atención para buscar, seguramente, un trabajo mejor para alimentar a sus familias, pero en ese momento estaba demasiado ocupada oteando todo lo que la rodeaba. Vigilaba con sus pupilas todas las paredes que los mantenían confinados sin huida posible; si ocurriera un accidente no habría un lugar al que escapar, a no ser que los constantes barrotes horizontales que sobresalían muy tímidamente en uno de los lados fueran unas socorridas escaleras de mano.

Siguió curioseando el resto del trayecto hasta que se fijó en que una estela luminosa atravesaba horizontalmente la pared más arriba. Se quedó un buen rato fijando sus ojos en ella para, al llegar a su altura, ver de dónde salía; pero desgraciadamente no le relevó mucho. Tan solo la certeza de que un portón grueso de doble hoja estaba incrustado justo debajo y que la luz saliente provenía de un foco redondeado.

—Veo que te diviertes... —comentó el Alto cruzándose de brazos y mirando como la chica se quedaba ciega al enfrentarse a la iluminación. Parecía una loca—. Eso era el nivel de los Medios.

—Oh... —Se tensó al verse ensimismada y se disculpó al darse cuenta de que aquellas no eran las formas—. Le ruego que me excuse, las alturas encierran demasiados secretos que no comprendo.

—Aún no hemos llegado... Todo esto no es más que un túnel sucio y maloliente que, te puedo asegurar, no hace justicia a lo que te espera arriba.

Y mientras lo decía, como si sus palabras hubieran sido una premeditada

presentación, el ascensor llegó a la altura donde la pared a la que Isabel le estaba dando la espalda cambiaba de material. La estructura dejó atrás el metal oxidado y se volvió traslúcida, aunque igualmente resistente y gruesa gracias al robusto cristal.

Un torrente de luz natural inundó la plataforma como si alguien hubiera subido una persiana obligando a que Patrick echara la vista a un lado. Pero Isabel no se protegió, en su lugar se acercó todo lo que pudo al cristal. Sabía qué era lo que aguardaba al otro lado: el Cielo Sin Fin.

Apareció al fondo, limpio y de un bellissimo color atardecer anaranjado, mientras el techo de metal seguía vigilándolo todo por encima. La capa de polución que siempre había estado sobrevolando su vida seguía allí, pero extendiéndose muy por debajo del ascensor; como si fuera una alfombra diminuta y a punto de desaparecer.

El firmamento era inmenso: a lo lejos, más allá de donde podría llegar cualquiera, se veían nubes blanquecinas flotando y alejándose aún más si cabía; y en el horizonte, algo similar a una mancha gigantesca o a una enorme estela luminosa arremolinada, brillaba con suavidad mostrando un sinfín de colores que recorrían todas las tonalidades conocidas, e incluso las superaban, presentando imágenes impresionantes y desconocidas para Isabel. Ella llegó a fantasear con la idea de que allí nacían los colores que luego vestían las ropas, los ojos, los cabellos, la piel... Todo. Y se maravilló aún más cuando observó puntos blancos y brillantes flotando entre los colores, como si fueran diminutas farolas de aceite.

—Ahí lo tienes... El Cielo Sin Fin... —dijo el Alto.

Al escuchar la última palabra le vino a Isabel a la mente algo que leyó una vez. No recordaba en donde ni cuando, solo que, antes de la catástrofe, cuando se hacía de noche, podían verse puntos brillantes llamados estrellas y que existían vehículos capaces de llevarte hasta ellas y mostrarte estampas de todos los colores y formas. Después, cuando todo se vino abajo, el cielo cambió para siempre fusionándose con el lugar donde vivían aquellas luces, dando como resultado una extraña combinación de ambos mundos que mezclaban el negro más absoluto con el rosa más dulce.

En cuanto lo recordó todo, pensó que aquel cielo tan sano y diferente que la rodeaba debía ser eso que los más estudiosos describían como «galaxia».

Sus ojos se humedecieron emocionados al darse cuenta de que aquellas historias eran ciertas y, entonces, pensó que no podía estar despierta.

—Esto es imposible... —espetó sorprendiendo a su acompañante.

—¿Por qué es imposible? —Frunció el ceño interesado.

—Tengo que estar soñando... —dijo mientras empezaba a explicarse dirigiendo su rostro hacia Patrick con una amplia sonrisa dibujada en la cara —. Porque si no estoy dormida, y esto es real... Significa que mis sueños se habían quedado cortos. —Miró otra vez al horizonte, mitad cielo mitad galaxia —. Muy cortos.

* * *

En el anfiteatro sonaba el himno de la Armada, el ejército que defendía el Imperio del Aire de los malvados piratas.

Los músicos, encajonados bajo el escenario, justo delante de un inmenso atril que presidía el escenario con la bandera oficial colgando de él, tocaban los instrumentos sin prestar atención a su alrededor.

El público lo formaban toda clase de militares navales, algunos de nivel más raso y otros de las altas esferas, pero todos fieles a la causa y, por tanto, al hombre que cruzó el escenario para atrapar entre sus dedos los rebordes del soporte abanderado.

—Y tras esta mención especial a nuestros valerosos héroes, es un honor para mí... —inició con una voz portentosa y fuerte, tanto, que aplastó las melodiosas notas de los violines y las trompetas— dar por terminada la entrega anual de medallas al valor.

El cristal inteligente que cubría por completo la pared que estaba a su espalda reprodujo fielmente cada uno de sus movimientos, mostrando un primer plano de su ser. Él dirigió las pupilas al fondo del gigantesco y altísimo salón.

—Les insto a todos ustedes, mis soldados, a seguir manteniendo todas las Brisas tan seguras como hasta ahora. —Se cuadró y alzó la mano hasta llevarla a su frente—. Que su valor les siga acompañando. Pueden retirarse. —Y giró ciento ochenta grados para despedirse de la fila de hombres que aguardaba al fondo del escenario; con medallas brillantes y sonrisas llenas de júbilo y orgullo.

La melodía terminó entonces, pues una lluvia de aplausos se materializó como un monzón dentro del teatro.

—¡Larga vida al Imperio! —bramó el hombre como última despedida.

Una voz al unísono le respondió:

—¡Larga vida al capitán general!

Después, los asistentes se levantaron de sus butacas y, cuando sintieron que ya habían demostrado suficiente apoyo a su querido líder, quién gobernaba con mano de hierro el Imperio del Aire, comenzaron a alejarse ordenadamente; como una fila de hormigas cruza un pedazo de tierra en el jardín.

El capitán general Eolo era un hombre bajito, pero a pesar de ello bastante delgado y fuerte tanto en músculos como en ideas. No daba la impresión de resultar enclenque ni tampoco sentirse amedrentado por sus problemas de altura. Todo el mundo le respetaba, y no porque tuviera un rostro duro e intransigente, sino por la leyenda escrita tras su figura. Ni un solo soldado desconocía sus hazañas: desde batallas navales al límite de sus energías hasta peleas a manos desnudas contra los peores piratas del firmamento.

—Un discurso magnífico, capitán general. —Su asistente, un hombre de pocas palabras y de modales finos, se acercó a él. Llamaba la atención porque era aún más bajo que su superior, el cual se veía así ampliamente beneficiado gracias a una falsa sensación de mayor estatura cada vez que se les veía juntos; algo que solía darse siempre.

—Un buen soldado debe demostrar humildad, Jordi —le indicó, observándole por el rabillo del ojo. No se molestó en girar para dirigirse a él, en su lugar colocó ambas manos tras su espalda.

—Le estaba alabando, capitán general —subió la barbilla cuadrada y se estiró como si fuera una flecha.

Su superior lo escrutó severo, reparando en sus gafas de pasta negra, y luego comenzó a caminar hacia las escaleras de la plataforma:

—Tú lo escribiste —le recordó—. No hay alabanza, solo una obsesión de sobra conocida por recalcar tus victorias. Un verdadero soldado no necesita recordarlo, lo hacen los demás por él. —Su descomunal ejército de medallas, que ocupaban casi todo su torso en uno de los lados, refulgió bajo la iluminación de éter brillante.

La luz salía con fiereza de una raya recta y ancha que rodeaba la sala, y que lo alumbraba todo justo donde se rozaban las paredes y el techo. El efecto de aquella energía era totalmente distinto al de las lámparas de aceite. Sin embargo, no era de extrañar. El capitán general se refugiaba en las Brisas de Eolias; el núcleo de su Imperio y, por tanto, el que contaba con la tecnología más avanzada y actual. Las Brisas de Céfito por el contrario, al oeste de Eolias, se debía contentar con las sobras heredadas de la revolución industrial y valerse del carbón y el vapor para sobrevivir; pues allí era donde se refugiaban los piratas. Las Brisas de Bóreas al norte, Euro al este y Noto al

sur, contaban, por otra parte, con leves mejoras que variaban según la Isla flotante y su aportación al imperio, pero jamás con ningunas capaces de ensombrecer a las de las Brisas de Eolia; pues la energía de éter, siendo tan cara y nueva, solo estaba permitida fuera de la región a las aeronaves de la Armada, que mantenían el orden por donde quiera que navegaran.

El capitán descendió por los escalones, cuyos rebordes se iluminaban cuando pisaba, y cruzó el pasillo abierto que partía en dos la marea de asientos que abarrotaban el teatro. Cada vez que andaba, exhalaba una respiración agitada; más por el número de pasos excesivos que debía dar en comparación con hombres más altos, que por la avanzada edad que intentaba hacerle mella.

—¿Desea que le lleve al centro de mando? O a casa. —Jordi lo alcanzó de una exagerada zancada colocándose justo detrás.

Llevaba el uniforme naval, de color azul oscuro, con medallas multicolor y de formas cuadradas en uno de los pechos y en el antebrazo izquierdo. La tela de su vestimenta era de alta calidad, y al tacto recordaba al terciopelo, aunque en realidad pertenecía a un tipo de seda de las Brisas de Noto; indudablemente cara y exclusiva de la zona. La indumentaria del resto de soldados navales era similar, pero, además de contar con algunas variaciones estéticas, estaban hechos de un material mucho más barato, y también bastante menos cómodo de llevar.

—Mi casa ES el centro de mando... —masculló el capitán general Eolo sintiéndose cansado, pero a la vez orgulloso de su perseverancia.

Disfrutaba con su cometido tanto como lo hizo el pirata Giles; el hombre al que persiguió durante años hasta serle negado un enfrentamiento directo por culpa de un estúpido y triste motín. Para él, la mejor manera de terminar con su carrera militar hubiera sido colgando personalmente a su escurridizo némesis. Y hubiera estado a punto de conseguirlo si la casualidad no se hubiera encargado de estropearle los planes hacía ya más de tres años. Pero ya daba igual, había encontrado otro objetivo. Uno que resultaba más relajado y apto para su edad: mantener la paz alcanzada por sus fuerzas y dirigir a los hombres más fieles y preparados hasta que le llegara la hora. Ya casi ni siquiera recordaba las batallas y la sangre. Estaba más pendiente del ataúd de oro que había mandado hacer y de los preparativos de su propio y, esperaba, lejano funeral; para el cual había dado precisas instrucciones: hombres a caballo seguirían el carruaje que portara su cuerpo, adornado con rosas azules y blancas; el himno que acababa de interpretarse en el teatro sonaría durante

todo el recorrido de la Isla Capital y no cesaría hasta que hubiera sido enterrado en el panteón militar.

—Capitán general. —Un hombre de mediana edad, con uniforme naval de igual calidad que el de Jordi, se presentó al fondo, junto a la salida de la estancia y manteniendo el adecuado saludo militar con sorprendente precisión —. Si me permite, me gustaría que me concediera unos minutos de su tiempo. —Era alto y atlético, con una mirada que mostraba perseverancia y seguridad.

El capitán general, sin detenerse, le indicó que solo le daría unos segundos. Después se abalanzó contra las cortinas rojizas de terciopelo, que servían de llamativas fronteras entre el interior y el pasillo principal del edificio.

—Soy el capitán Harold Reywich. —Apartó con gracia la tela que se interpuso en su camino—. Algunos miembros de mi fragata acaban de ser bendecidos con una medalla al valor por su parte; mi capitán general. —Se colocó junto a Jordi, siguiendo a su amado líder desde la distancia, para no romper el protocolo y terminar el día con un consejo disciplinario.

—Resuma, capitán de fragata, tengo un cielo que gestionar.

—Sí, mi capitán general. Disculpe, mi capitán general. —Tragó aire antes de soltarlo todo—. De sobra es conocido que usted se enfrentó al pirata Giles durante décadas, consiguiendo impedir que robara cientos de aerobarcos y masacrara a su tripulación y a los habitantes de las islas que asaltaba. Y gracias a su gran gestión, él acabó traicionado por sus propios hombres. Sin duda desesperados y asustados ante la presión que... —Se dio cuenta de que estaba a punto de irse por las ramas, así que corrigió el rumbo—. La hija de ese malnacido, apodada como la Dama Sanguinaria por sus horribles crímenes, ha asaltado la Torre Solitaria y se ha llevado a un prisionero. El recluso ni siquiera es importante, un don nadie, apenas un ladrón. Creo que busca llamar su atención para atraerle e intentar acabar lo que no pudo su padre.

El capitán general se detuvo y levantó una ceja, pero no habló. Su mirada se vio penetrante para Harold, el cual apretó los labios superado por la presión del momento.

—Sé que no soy quién para pedirle esto, mi capitán general; ni yo, ni nadie. Pero me sentiría muy honrado de que permitiera que mi aeronave se encargara personalmente de esa mujer. —Sonrió al final—. Nada me satisfaría más que agradecerle esta celebración ofreciéndole a cambio a esa insolente en una bandeja de plata. —Agachó la cabeza a modo de reverencia.

Este no pareció reaccionar en ningún momento, como si estuviera mirando a

la nada.

—Es cierto... —Se acarició la extensa barba—. Usted no es nadie para decirme qué debo hacer. —Hizo una pausa, claramente para hacer sufrir al atrevido Harold, pero luego suavizó la expresión de su cara—. Aunque me encantaría tener esa bandeja de la que habla. Dígame... —Intentó recordar su nombre, pero no pudo—. ¿Por qué desea tan fervientemente atrapar a esa pirata? No me diga que se trata de simple amor patriótico, no soy tan ingenuo.

—No, no se trata de simple amor patriótico. Se trata de ideales. ¡Del deber! —Puntualizó cuadrándose y tensándose como si fuera una estatua de piedra—. ¡Del honor a usted y a la bandera! ¡Capitán general!

Su superior tenía un don muy especial: reconocía a un oportunista al instante, y estaba seguro de que él era uno de ellos. Sin embargo, también estaba seguro de que sería una gran manera de ensalzar aún más su leyenda. Tal vez no pudo atrapar nunca al pirata Giles, pero sí podría exhibir el cuerpo de su hija a cambio. Zanjarse finalmente el asunto provocaría que los Buscadores de Leyendas hablaran de él durante generaciones.

«El gran capitán general Eolo I, el regulador de los vientos», dirían.

Era perfecto.

—Muy bien. —Continuó su recorrido—. Voy a contentarle. Parta enseguida con sus hombres. —Y cerró el tema con una última orden—: Cuando volvamos a vernos, confío en que traerá esa cabeza consigo, capitán.

¿Qué podría salir mal?

Cuando Isbel entró en la que sería su nueva habitación se sintió extraña. Parecía estar viendo el cuarto de una Alta y no el suyo.

Tuvo que obligarse a recordar la llegada al paraíso para dejar de creer que aún continuaba durmiendo en su piso de tres metros cuadrados y que todo aquello no era más que un cruel sueño.

Pensó en el Núcleo, en cómo el ascensor se detuvo con un estruendoso rugido metálico y en la manera en la que Patrick le sonrió orgulloso al señalarle la salida y darle la bienvenida a su nueva vida.

En ese momento, debió hacer grandes esfuerzos para no quedarse ensimismada ojeando la descomunal fila de Medios congregada justo ante el último control que separaba el Núcleo del «cielo». El acceso estaba protegido por una serie de rudimentarios detectores metálicos y un guardia de mirada imperturbable y malos modos. Sus maneras eran tan rudas y desangeladas que incluso Isbel adivinó que provenía, como la gente a la que miraba por encima del hombro, del mundo de los Medios; pues ningún Alto se hubiera comportado de esa manera por muy ruin que fuera. El modo en el que los Altos maltrataban al resto de La Ciudadela se basaba en cómo los miraban y hablaban, usando en su mayor parte palabras difíciles de entender y frases extremadamente largas para recordar. Ese vigilante Medio debía sentirse importante, mucho, para comportarse así con su propia gente. La verdad es que nadie podía negarle que poseía uno de los trabajos más envidiados de las alturas y que él era quien tenía la última palabra para permitir a sus iguales el acceso. Era probable que por eso los mirara con la barbilla levantada, y que, si algo de ellos no le gustaba, hiciera que enseñaran lo que llevaran consigo para cerciorarse de que no introducían nada ilegal en las alturas.

Ellos, claro está, no tuvieron que soportar la desconfianza del vigilante, pues el galón y los papeles que llevaba el Alto encima fueron suficientes como para romper la cola en su favor y ganarse la apertura automática de todas las verjas que hacían de último obstáculo.

El resto fue algo más caótico: al salir del Núcleo, Patrick le dijo muchas cosas, pero ninguna llegó hasta la recolectora de piezas. Estaba ocupada asimilando el paisaje urbano que acababa de presentarse ante ella, con colores

vivos y totalmente diferentes a los grises y tristes que habían pintado sus recuerdos hasta entonces. Ahora estaba viendo transportes mecánicos de alta gama deslizándose, sin railes de por medio, sobre carreteras empedradas y pulcras. Veía también edificios altos y finos, de metal, como los de la Ciudad Baja, pero sin las vastas chapas cubriéndolos, pues no había imperfecciones que solventar ni suciedad que esconder. Su arquitectura seguía basándose en elpreciado metal, aunque escondido tras obra vista, con pequeñas pinceladas de forja en balcones y molduras de escayola pálida en los puntiagudos y distinguidos tejados. Y todo ello bajo el impresionante Cielo Sin Fin colgando sobre las calles; con nubes tono algodón de azúcar y estrellas titilantes a partir de colores inimaginables que ni ella misma, a pesar de haber leído tanto, acababa de poder identificar.

Los transeúntes, desprendiendo un extraño olor dulzón que le agradó tanto como le desconcertó, iban en su mayor parte de etiqueta: las mujeres con vestidos recargados y claros, llenos de volantes en los límites de sus anchas y largas faldas, y los hombres portando sombreros de copa, un galón en el pecho, zapatos brillantes y bastones de plata que valían más de lo que un Bajo reuniría en toda su vida. Tan solo un minúsculo grupo de personas llevaba ropajes más reconocibles y cercanos a lo que ella conocía; basados en el cuero y los colores que mejor pudieran ocultar la suciedad. Medios, sin lugar a dudas. Pero no los que siempre reían y miraban por encima del hombro, sino unos exactos en comportamiento a los Bajos: caminaban con prisa, intentando no mirar a los ojos a ningún Alto que se les cruzara y, en dicho caso, esquivándolos hábilmente para no meterse en ningún tipo de problema. Parecía como si el paraíso fuera jerárquicamente idéntico a la Ciudad Baja, solo que allí el papel de los Medios había cambiado radicalmente; aunque a quién le importaba si el humo que pululaba y envenenaba toda la Ciudad Baja no pensaba hacer acto de presencia por allí jamás.

—¿Por qué solo los hombres llevan el distintivo? —preguntó entonces a su protector.

Él le indicó que era un galón familiar, una insignia que llevaba el «padre de familia»; por lo que tan solo las mujeres solteras o viudas ostentaban aquel objeto por la calle; una situación que no se consideraba, para nada, dichosa.

—La mayoría prefieren no utilizarlo en público y hacer pretender que no lo poseen antes que ser estigmatizadas de por vida —indicó como apunte final.

Isbel se guardó para sí misma la opinión que tenía respecto a aquello y, simplemente, comprendió que la Ciudad Alta no estaba siendo como se la

había imaginado. Los Medios hablaban en infinidad de ocasiones sobre aquella urbe pero, por más que se emborrachó con detalles de toda índole, ninguna de las supuestas maravillas resultaron ser ciertas. De hecho, Patrick le aseguró que no existían los zepelines, u otra clase de naves voladoras, de las que le habían hablado. Tan solo fueron máquinas abandonadas antes de llegar a estandarizarse por la imposibilidad de darles una verdadera utilidad. Él, como dueño de una fábrica de motores, sabía muy bien de lo que hablaba y, por la expresión de su cara al explicárselo, debía de haber sido uno de los que construyeron algunas antes de desistir.

Sus pupilas refulgieron de nostalgia al explicárselo.

—No queda nada más allá de La Ciudadela. ¿De qué nos serviría malgastar materia prima para surcar el cielo entonces? —aseveró, con bastante convicción, cuando ella se lo preguntó de camino a su nuevo hogar.

Por lo visto, con las mentiras, los Medios solo buscaban sentirse importantes ante los Bajos. Soñaban con equipararse a los Altos, incluso superarlos, y dirigir el nivel inferior y dárselas de importantes. Al no poder hacer lo propio con el superior, les aportaba una especie de premio de consolación. Era una lástima que aquella obsesión por escalar peldaños en la sociedad a su vez enterrara en lo más profundo a quienes solamente querían vivir en paz.

Pero en fin, ya todo daba igual. Por lo que respectaba a Isabel, podían seguir haciendo lo que les viniera en gana. No quería volver a oír hablar de los Medios del nivel inferior nunca más. Ahora estaba en la mansión de Patrick disfrutando de un ambiente magnifico y un futuro prometedor. La recicladora, el Mecany, la suciedad y la desesperación debían quedar atrás, enterradas bajo el metal sobre el que se asentaba su nueva casa.

Retornó de sus pensamientos y dio vueltas a su alrededor para no perderse las detalladas molduras de verdadera madera de arce y se maravilló al encontrarse con los preciosos muebles que cubrían el resto del cuarto; le encantó especialmente la cama con doseles y el tocador colocado a uno de sus lados, a rebosar de cajones pálidos por toda su alta superficie y de un cristal ovalado e impoluto rodeado de engranajes blanquecinos a modo de una estrafalaria moldura.

De repente, aún con el corazón palpitando de la emoción, alguien llamó a la puerta. Lo hizo muy suavemente, dejando pasar al silencio entre cada uno de los golpecitos que dio.

—¿Isbel? ¿Estás por algún casual desnuda? —Claramente era Patrick.

—¡N-No! ¡Claro que no! —Justo después se acordó de que había tenido que darse una ducha para eliminar el desagradable olor que, según el Alto, anegaba todo su cuerpo—. E-Estoy vestida. —A punto estuvo de recordar la sensación tan agradable de hundirse dentro de una bañera tan inmensa a rebosar de agua caliente y sales corporales cosquilleando su piel.

Patrick entró entonces y puso el grito en el cielo al descubrir que se había vuelto a vestir con el mono de trabajo.

—¿Qué haces con esa cosa otra vez puesta?! —exclamó indignado y casi asustado.

—¿Q-Qué?

—¿Acaso piensas que está limpio? ¡Ni siquiera deberías usarlo aunque lo estuviera! ¡¿Es que no notas el hedor?! —

—L-Lo siento. —Le hubiera gustado quitárselo en ese mismo instante por la vergüenza, pero no si él seguía dentro del cuarto—. En... En la Ciudad Baja no tenemos mucha ropa y a veces ten... —Agachó la cara intentando esconder los ojos entre sus cabellos dorados—. No volverá a pasar.

El Alto debió comprenderla o quizá se sintió enternecido por sus palabras, porque de inmediato relajó el porte.

—¿Te gusta tu habitación?

La chica no quería darle la satisfacción de reconocer que todo aquello era maravilloso, pero no podía evitarlo. Estaba deseando expresarle lo increíble y bello que le parecía la parte alta de La Ciudadela.

—Es un sueño hecho realidad. Su casa es preciosa. —Se guardó todo lo que tenía que decir respecto a la madera que forraba marcos y puertas en toda la ciudad. Nunca antes la había visto, solo esa burda imitación de papeles prensados, y no quería dar la imagen de un cavernícola sorprendido por el fuego; sabía que en el paraíso solo era un material más, por muy caro y difícil de conseguir que fuera.

—Ahora también es tu casa. Me alegro de que te guste —aseguró, apartándose de la entrada y señalándola con su mano abierta—. ¿Me acompañas abajo? Hay que empezar con los preparativos para tu papel.

—¿Mi papel? —Lo siguió arrugando la frente.

—Exacto. Tenemos que vestirte para la fiesta.

Caminaron por el alargado pasillo de la amplia mansión, tan grande como solitaria, y tan solitaria como esplendida. Cada una de las paredes metálicas estaba cubierta por listones blanquecinos y unos cuantos candiles que sobresalían separados varios metros entre sí. El toque final lo daba una

alfombra exageradamente alargada que cubría el centro del recorrido hasta el final.

—Señor Patrick. ¿Puedo...?

—¿Señor?! —Se aclaró la garganta—. Haz el favor de tutearme. Me entran escalofríos solo de oírte llamarme así.

Isbel no pudo evitar reírse. Y eso que lo intentó al taparse delicadamente la boca con la mano.

—¿Y bien? ¿Qué ibas a preguntarme?

Cuando consiguió dejar atrás la sonrisa y las mejillas le dejaron de arder respondió:

—¿Por qué vive solo? —continuó diciendo sin tutearle. Era superior a ella.

—¿Cómo que por qué?

—Es solo que me extraña verle en un lugar tan grandioso y vacío. ¿No desea tener a nadie ocupándose de los quehaceres diarios?

—No.

Isbel tuvo que respirar profundamente para no sonreír. Le costaba horrores creerse que un Alto trabajara para sí mismo.

—¿Entonces se preocupa usted mismo de limpiar, cocinar y de planchar su propio vestuario?! —Creyó que lo había dicho serena y relajada, pero no.

—¿Te parece mal? —Se cruzó de brazos y torció la ceja—. ¿Crees que sería mejor que contratara Medios para ello? ¿Es que no me ves capaz de cuidar de mí mismo? —Estaba visiblemente ofendido.

—¿No! No quiero decir eso. Discúlpeme, se lo ruego. Solamente me parece extraño que un Alto se tome tantas molestias. —Se removió nerviosa—. Es... inusual.

—Bueno. —Patrick se desinfló como un globo arrugado—. No te culpo. Los Altos no es que hayamos trabajado precisamente para forjarnos otra imagen... —Aspiró y luego soltó el aire—. La verdad es que no soy un Alto al uso, ¿sabes?

—¿No?

—Ajá. Lo fue quien me cuidó. Un hombre de los de antes: caballero, duro de roer, culto... tozudo como una mula...

—¿Quién le cuidó? Por cómo lo dice no parece que fuera sangre de su sangre.

Sin darse cuenta, los dos se habían quedado a medio camino del recorrido. Se miraban directamente a los ojos y hablaban tranquilamente como si se conocieran de toda la vida.

—Y no lo era. Nuestras vidas se encontraron súbitamente y... —Torció la cabeza y entrecerró los ojos un momento—. Digamos que me echó una mano. En cierto modo como hago yo contigo.

Parecía insinuar que él tampoco era un Alto de verdad. Como si el caballero del que hablaba entre sonrisas le hubiera dado la mansión y todo lo que ahora le pertenecía. ¿Tal vez por eso resultaba tan diferente a los de su clase a pesar de su porte y sus modales?

—¿Y qué me dices de ti, Isbel? ¿Cómo te las has arreglado todos estos años? Aún no me has contado tu secreto.

—¿Mi secreto? —Negó con la cabeza—. No tengo ningún secreto.

—Permite que lo dude. No digo que no seas un prodigio, a lo mejor lo eres. Pero me resulta difícil creer que una Baja pueda dirigirse a alguien de un modo tan elocuente después de haber visto el resto de... —buscó la palabra adecuada, y aunque consideró que la había encontrado, a ella no le pareció, para nada, la correcta— la fauna.

—Siempre he hablado así, en serio. Desde que era pequeña he leído cuando me ha resultado posible y he procurado aprender y enriquecer mi vocabulario cada día.

—¿Así sin más? ¿Porque sí?

Ella apretó los labios e hizo un mohín.

—A algunos se les da bien pintar, a mí memorizar y elegir las palabras. Supongo que tuve una buena cuidadora en el orfanato. No lo sé. De vez en cuando recuerdo haber leído algún libro, o cosas así. No sé mucho de mi infancia, fueron años duros a pesar de todo. ¿Usted sí recuerda la suya?

—Apenas. Ocho años hacia delante. —Luego reconoció—: Y cada día se hacen más borrosos.

—Pues lo mismo le respondo yo. —Le dedicó una sonrisa sincera.

De pronto, Patrick se quedó pensativo e inmóvil por un momento. Miró hacia un lado, donde no había nada ni nadie y, al momento siguiente, salió de sus pensamientos, o fuera lo que fuera que le hubiera absorbido de manera tan contundente, sobresaltándose igual que si le hubieran clavado una chincheta en el trasero:

—¡Vaya! —gritó—. ¡Me he olvidado por completo de lo importante! ¡Tu vestido! Vamos. —Y prosiguieron el paso hasta dejar atrás el pasillo y llegar directamente a la escalinata central.

Abajo, frente a la puerta doble y en el espacio que servía de recibidor, aguardaban dos personas. Isbel supo inmediatamente que eran Medios; pues en

cuanto la vieron aparecer por los escalones saludaron obedientemente.

—E-Es un... —La visión de una supuesta Alta llevando un mono de trabajo causó impresión en la voz desconocida—. Es un placer conocerla, Alta Ravenhold. —Una mujer de mediana edad agachó la cabeza sin desprender sus manos de delante, las cuales se sujetaban entre sí para conservar el protocolo requerido—. Me llamo Elanor y soy la costurera jefe de la prestigiosa tienda *Great Seamstress*, de la que nuestra amada Alta Melisa Idanis es dueña.

La señora arrastraba una falda tan larga que rozaba el suelo y una blusa rosada bastante ajustada; de hecho, si dobló la cabeza y no la espalda, fue por que esta le obligaba a mantenerla tan recta como una tabla.

A su lado esperaba otra mujer, de la misma edad que Isbel. A diferencia de la costurera, esta llevaba una vestimenta más habitual en la Ciudad Baja. Se presentó como la ayudante de Sofía, sin indicar su nombre, y acabó la frase refiriéndose a Isbel como señorita; algo que no le gustó nada a su jefa, pues le clavó la mirada y le dijo en voz baja que debía llamarla Alta. No fue difícil presuponer que era una aprendiz con poco tiempo en el paraíso, incluso le temblaban las piernas y se esforzaba por dirigir los ojos sobre cualquier objeto inanimado. El que fuera con tal de no mirar directamente a una Alta; o al menos a una que supuestamente lo era.

—B-Buenos días para ustedes también —respondió nuestra falsa Alta, sin saber si agachar la cabeza o no—. Y por favor, llámenme Isbel. —Al final acabó por remover nerviosa las manos, abrazando las palmas entre sí y terminando por ocultarlas tras la espalda por miedo a que descubrieran su verdadera identidad.

Ambas Medio se miraron de reojo, no todos los días una Alta las trataba como iguales; ni vestía de esa guisa.

Patrick le hizo un gesto para que terminara de recorrer los escalones, pues estaba petrificada sobre ellos, y le explicó que había contratado los servicios de la costurera para que diera los últimos toques a su vestido de fiesta.

—¿Mi vestido de fiesta?

—No se preocupe, Alta Ravenhold. —La mujer creyó que le preocupaba que destrozara su ropa, cuando en realidad no sabía hasta entonces que tenía—. Estará radiante. Me he encargado de hacer los retoques requeridos por el Alto Ravenhold para que el vestido haga justicia a su belleza. Una vez se lo pruebe y nos aseguremos de que está todo en orden, le garantizo que será la comidilla de la fiesta.

Isbel se quedó pensando, no estaba segura de querer ser la habladora de

nadie.

Fue entonces cuando el vestido apareció en escena. La ayudante lo liberó de su encierro plastificado y lo sacó con el máximo cuidado, dejando que este durmiera sobre sus brazos estirados.

—Aquí tiene, Señ... —La vocecilla de la joven sonó estremecida—. A-Alta Rav-Ravenhold—. Le costó decirlo, como si casi hubiera olvidado su nombre. Estaba claro que la temía, como si fuera alguna clase de monstruo o algo así.

Isbel se encontró con un admirable diseño azul cielo. Le recordó automáticamente al que llevaría una princesa en un distinguido baile de sociedad; y eso era precisamente lo que iba a hacer.

—Es precioso... —reconoció, al posar los dedos y comprobar como las costuras apenas se percibían.

—No sabe cuánto nos alegra, Alta. —La mujer volvió a hacer el mismo gesto con la cabeza—. ¿Nos da entonces su permiso para empezar? Estoy segura de que estará deseando quitarse esa... —Miró con repugnancia la prenda. Y no acabó la frase, el silencio fue suficientemente significativo.

—Por supuesto. —Patrick se adelantó indicando que lo siguieran—. Aquí podrán trabajar cómodamente, nadie les molestará. —Las llevó hasta una de las puertas más cercanas al recibidor, donde aguardaba una habitación llena de libros.

La joven Baja accedió la última al cuarto. Empezaba a sentirse mareada. Mucho ajeteo, muchos protocolos, muchas... muchas cosas que desconocía o que debía mantener en secreto.

En el centro había una lámpara de araña de cristal brillante, con alargadas velas encerradas en cárceles traslúcidas, y bajo su luz otra alfombra, esta vez aterciopelada y con un escudo que no identificó, cubriendo toda su superficie. Pero lo que más le llamó la atención a Isbel fueron las librerías. Siempre le encantaron los libros, era superior a ella. Los amaba, los deseaba, y rara vez había podido hacer uso de ellos en la Ciudad Baja debido a su escasez. Casi le dio un vuelco al corazón al comprender que a partir de ahora podría pasarse días y días leyéndolos, y que, al fin y al cabo, todos eran ya de su propiedad.

Un sonido seco, melodioso y similar al golpeteo de una diminuta campana, nació a lo lejos, junto a la puerta principal, y llegó inesperadamente hasta ellos produciendo un agradable eco; se trataba del timbre.

El Alto no esperaba a nadie. ¿Quién podía ser?

—Entonces... —Patrick agarró el pomo de la puerta y observó cómo las

Medios se preparaban para comenzar a trabajar. Luego fijó los ojos sobre Isabel y le recordó a un perro asustado y confundido—. Las dejo solas. —Y cerró guiñándole un ojo a su «hija».

Cruzó los pocos metros que separaban el recibidor de la puerta principal y abrió respirando hondo. No creía que fuera a encontrarse a nadie que pusiera en peligro sus planes, pero tampoco podía confiarse.

—¿Sí? —preguntó casi sin haber abierto.

En cuanto la hoja de la puerta se separó del todo del marco y descubrió la identidad del visitante, arrugó la frente.

—Buenos días, Alto Ravenhold.

Un hombre de edad similar a la suya se agachó mostrándole sus respetos. Llevaba un uniforme que reconoció rápidamente: bombín, pantalón negro de calidad pero simplificado hasta el extremo, guantes blancos, una «A» bordada en el pecho de una camisa nívea y rallada de manga larga.

«Trabaja para Moisés Robres» adivinó.

—Vengo en nombre del amado Alto Robres. Desea que le informe de que ha habido un inesperado cambio de fecha respecto a la fiesta a la que usted ha sido invitado. —Lo indicó servicialmente y agachando la vista a los pies de Patrick en todo momento. Sin embargo, en ningún momento pareció que se sintiera inferior a la persona que tenía ante él. Puede que fuera por la cantidad de años desempeñando aquel puesto, o simplemente porque llevaba todo el día repitiendo aquella frase sin parar.

Fuera como fuese, a Patrick poco le importaba. A él solo le interesaba una única cosa.

—¿Cuál es la nueva fecha? —Su voz se escuchó serena, pero en su mente se percibió como un relámpago furioso.

—La fiesta de presentación en sociedad de la bellísima Alta Cristina Robres será hoy, Alto Ravenhold.

—¡¡¿HOY?!! —Esta vez el trueno sonó a viva voz mostrando claramente su disconformidad.

—Entiendo su frustración. Lamentablemente no se le puede hacer nada, los negocios de mi querido Alto le obligan a adelantar el día para que estos no se vean transgredidos. Por ello, me ha encargado informarle de este cambio, como así mismo indicarle que aceptará su ausencia si así sus propios asuntos lo requieren. No desea que se sienta a disgusto y comprometido. —Y añadió a título personal—. Algunos Altos han tenido que denegar su asistencia esta noche por asuntos personales, no se preocupe.

—No, no... —Se apresuró como si al no decirlo rápidamente perdiera la oportunidad de llevar a cabo su plan—. No he dicho que no vaya a asistir, es solo que... —Sabía que Isbel era la persona indicada. Aunque de eso a que pudiera realizar el trabajo con tan solo una tarde, si llegaba, para aprender su papel, había un gran trecho—. ¡Maldita sea! —Lamentó—. Esto es muy desconsiderado. ¿Sabe lo poco serio que resulta el señor Robres con estos cambios de última hora?

—Lo sabe, por ello estoy aquí; su Medio personal y encargado de los asuntos sociales. Mi querido Alto le pide sus más sinceras disculpas. —Y se quedó callado esperando una respuesta.

¿Se arriesgaría a ir o lo dejaría para otra ocasión?

Apretó los dientes mirando nerviosamente al Medio y acabó por morderse el labio perdiendo la magnificencia con la que solía presentarse ante todo el mundo. Al final se decidió:

—Dígale que asistiré. —Y justo antes de que el Medio se alejara con un gesto educado y servicial, añadió—: Indíquele que vendrá conmigo una acompañante.

—Oh, ¿sí? —El Medio se sorprendió, seguramente conocía su fama solitaria; no por nada había abierto personalmente la puerta de su mansión en lugar de contratar a un Medio para tal fin—. ¿Y cómo deberé anunciarles, Alto Ravenhold? ¿Será amiga? ¿Compañera tal vez? —Puso una mirada pícara a pesar de que la disimuló todo lo que pudo—. ¿O quizá su prometida?

—Hija, Medio. —Cargó un rostro sombrío y serio—. Informe al señor Robres de que asistiré con mi hija.

El resto de la tarde fue una locura: las Medios trabajaron sin descanso para perfilar el vestido de Isbel y conseguir que la figura resaltara a tiempo bajo el tejido azulado. Hicieron falta muchos tijeretazos, remiendos y el curioso trabajo de una máquina de vapor plegable, aunque aparatosa, que recosió como un rayo y de manera autónoma toda la tela que la ayudante fue desplazando por la misma. Sin embargo, por más que Isbel se volviera loca con tantas miradas inquisitivas y tantas vueltas de un lado para otro en busca de imperfecciones o maneras de mejorar el vestido, al final, cuando pudo verse en un espejo de cuerpo entero, supo que mereció la pena, pues a quién veía era a una Alta en lugar de a sí misma. Tal vez tuviera la misma melena brillante, y los ojos verdes más intensos que alguien pudiera observar, pero el porte, lo que transmitía, lo que llevaba puesto... Sin duda alguna, Isbel no creyó que fuera posible, porque se pasó media hora maravillándose con cada

centímetro del género que la embellecía y convenciéndose de que quien estaba reflejada era ella. Al final, del tiempo que se tomó, incluso la costurera jefe tuvo que toser en busca de una decisión final por su parte.

Por supuesto, la muchacha quedó encantada. Les dio las gracias con una gran sonrisa, e incluso abrazó a las dos mujeres mientras estas, aterrorizadas, se miraban mutuamente con cara de circunstancias. Era la primera vez que una Alta las tocaba voluntariamente.

Una vez las costureras se marcharon aliviadas, Patrick accedió al cuarto con cuidado, mirando primero al suelo y elevando la vista poco después para asegurarse de que a la muchacha no le faltaba nada de ropa.

—Maravilloso —espetó, aunque no por lo mismo que tanto le fascinaba a Isabel. Él lo hizo porque sabía que vestida así los engañaría a todos.

—¿Le gusta? —Dio otra vuelta sonriendo, incluso se le escapó alguna que otra risita; se sentía como una princesa.

—Me encanta. —Abrió del todo y mostró a una Medio a la que Isabel no había visto antes. Llevaba consigo una regordeta maleta de cuero—. Te presento a la Medio Olivia Monterrey. Es estilista, y quien va a maquillarte, además de peinarte, para la fiesta de esta noche.

A pesar de que dijo de carrerilla cuándo sería finalmente la fiesta, a Isabel no se le pasó por alto. De hecho, su cara fue transformando la sonrisa en puro pánico poco a poco hasta terminar con una exaltada exclamación nerviosa:

—¿La fiesta de ESTA noche?! P-P-Pe... —Lo intentó de nuevo—. P-Pe...

—P-P-Pe... Qué.

—¡Pero usted dijo que iba a ser en una semana! —Se desatrancó y, por fin, consiguió acabar la frase.

—Cambio de planes. —Miró a la Medio, la cual parecía un robot al que le habían arrancado la batería y que no reaccionó hasta que él se dirigió a ella—. Comience cuanto antes. En una hora pasará un chofer a recogernos, y no nos gustaría llegar tarde.

Isbel abrió los ojos como platos. La Medio entró en el cuarto y saludándola, como ya hicieron las sastres, dejó la valija en el suelo. Mientras se encargaba de llevar un asiento junto al espejo de cuerpo entero y le pedía a la muchacha que se acomodara sobre él, Patrick cerró las puertas. Al hacerlo, le guiñó un ojo a su «socia», para no perder las buenas costumbres.

Entró a trompicones en el camarote, sintiéndose perdido y a un paso del desmayo. Sin embargo, pudo soportar la presión del momento y calmarse lo suficiente cuando vio sobre una enorme mesa redonda una montaña de comida.

—Adelante, es para ti —anunció su salvadora, cerrando la puerta tras su espalda.

El ambiente del lugar resultaba bastante agradable a pesar de tratarse del interior de un aerobarco pirata. La luz de las velas danzaba, reflejándose sobre el mobiliario de madera y podía olerse cierto aroma perfumado; clavellina sin duda.

Ni siquiera el hecho de encontrarse cientos de espadas colgando de las paredes fue suficiente para hacer que Benjamín se preocupara, pues en ese momento solo veía una cosa: comida.

Avanzó lentamente, doblando sus tobillos al principio, hasta que reunió la suficiente fuerza para soportar un poco más la angustiada hambre que llevaba conviviendo con él casi dos años.

Nada más sentarse en la silla, bastante destartalada pero mejor que una pila de paja, se abalanzó contra un muslo de pollo ya cortado y servido sobre un plato de metal redoblado.

Arrancó con los dientes un pedazo y lo engulló como si no hubiera mañana. Ni siquiera esperó a sentir el sabor, solo masticó y siguió devorando hasta notar un nudo en la garganta. Se dio unos golpes fuertes en el pecho y entonces, agarró el vaso de agua que descansaba a un lado, ya lleno de vino.

No era propenso a beber, pero, dadas las circunstancias, en ese momento se hubiera bebido el océano si este hubiera existido.

—Nadie va a llevarse la comida... —Arlette se acercó y cogió una silla que estaba en el extremo de la habitación. La llevó tranquilamente, arrastrándola como si fuera un cadáver, y la colocó junto a la mesa—. Disfruta, no me gustaría que murieras antes de que habláramos.

Por la elección de sus palabras, Benjamín se tensó.

«¿No le gustaría que muriera *antes* de que hablemos? ¿Está queriendo decir que me matará después?».

—¡Oh, venga! —Ella adivinó lo que estaba temiendo al verle la cara—. ¡No empieces a pensar cosas raras! Te he salvado, ¿no? Solo vamos a charlar...

Benjamín se dispuso a morder de nuevo el pedazo de carne, más calmado, pero la pirata le interrumpió puntualizando su frase justo antes.

—A no ser que me mientas. Si me mientas... malo. —Se llevó las manos

tras el cuello y se sentó, sonriendo como si hubiera contado el mejor de los chistes.

El prisionero ya no sabía qué hacer, si dar fin al hambre y comer hasta reventar, o seguir en guardia. Teniendo en cuenta que estaba sobrevolando el infinito vacío dentro de un transporte flotante del que no podía escapar, no es que las opciones fueran demasiadas.

—Soy una gran aficionada a las historias. Bien podrías agradecer mi hospitalidad contándome una. Así que, dime...—Arlette pareció ansiosa. Por más que mantuviera un semblante relajado, casi aburrido, y un tono de voz agradable, sus ojos sin brillo vibraban mostrando su verdadero estado interior—. ¿Por qué te encerraron en la Torre Solitaria?

El chico comió para ganar un poco de tiempo, y hacer callar a su sonoro estómago. La pregunta le resultó extraña, pues era obvio que conocía su nombre, e incluso su apellido. Lo sacó de la prisión por algo, a la fuerza debía saber la respuesta.

—Robé una reliquia familiar a un noble de las Brisas de Euro, a cuatro días de la Torre —contestó con total sinceridad. Seguro que estaba intentando comprobar si era un mentiroso.

—Ajá... —Ella ladeó los ojos y bajó las manos—. ¿Solo por eso acabaste allí? Resulta un poco excesivo. Para conseguir una celda en aquel «bonito» lugar tienes que matar primero, y no a pocos precisamente.

—El noble era familiar directo del alcaide de la prisión. —Se sintió estúpido al decirlo. Clavó la mirada en el plato para no tener que ver cómo la chica sonreía divertida—. Digamos que, técnicamente, les robé a ambos.

Arlette soltó una risotada y agradeció su sinceridad.

—Veo que lo que me contaron era cierto; y que tú no eres una sucia rata mentirosa. Nos entenderemos bien. Solo me queda preguntarte una última cosa. —Se levantó del asiento y se acercó, colocando una de sus palmas junto a la mano derecha de Benjamín y acercando su rostro al suyo más de lo estrictamente normal—. ¿Qué reliquia era esa?

Benjamín apretó los labios.

«Sabe sobre la leyenda», pensó.

Soltó la carne, bebió, mientras ella seguía examinándolo a escasos centímetros de él, y respondió una vez notó la garganta satisfecha:

—Un mapa astral labrado sobre una placa de metal.

La respuesta no tardó en llegar. Los ojos de la chica relampaguearon y exclamó, en una tormenta de exaltación e impaciencia:

—¿Dónde está?! ¿Aún lo escondes?!

—¿Q-Qué? —parpadeó el muchacho, que se había quedado congelado en la silla ante el estallido de la pirata.

Las manos de Arlette agarraron lo poco que quedaba intacto de la camiseta del prisionero y tiraron del cuello hacia arriba.

—¡Responde! —Los buenos modos habían desaparecido. Ahora la mirada de la joven, aún sin ganas de vivir parecía expulsar fuego de sus pupilas.

—E-En... —El chico no supo cómo decirlo, ni tampoco si debía hacerlo.

¿Qué le garantizaba que una vez le respondiera no fuera a asesinarle allí mismo? A lo mejor los manjares de la mesa eran su última cena.

No, debía ser inteligente. Si le estaba preguntando dónde lo escondía, era porque no conocía toda la historia sobre él; al menos no los detalles importantes.

—Te lo diré... Pero con una condición.

Recibió un puñetazo en plena cara antes de que pudiera siquiera explicarse. Un fuerte ardor se extendió por su mejilla y comenzó a pitarle el oído. Aquella mujer sabía golpear.

—¡Habla! —La pirata sacó un puñal del cinturón y le amenazó, apuntándole con él en uno de los ojos—. Habla o te lo arranco.

—¿Pero qué...?! ¿Por qué?! —balbuceó Benjamin. Aún estaba recuperándose del puñetazo y no entendía nada. ¿A qué venía eso?

—No necesitas ojos para hablar.

—¡Pero sí estar vivo para responder! —Gritó, desesperado y furioso. No había salido de la Torre Solitaria para que le torturaran en otro lugar. Quería vivir, pero no pensaba seguir soportando más penas. Estaba cansado de ellas, mucho—. ¡Te ayudaré! ¡Pero más te vale apartar esa cosa lejos de mí! ¡O juro por Nut que te quedarás con las ganas!

—Tú... —Arlette torció el labio quedando con una expresión que mezclaba sorpresa con furia. Parecía como si estuviera planteándose si acercar la hoja al globo ocular o alejarla y pedirle disculpas. Al parecer no esperaba aquella reacción por parte del joven. El propio Benjamín estaba sorprendido de su repentino valor.

Al final, la mujer le soltó y dio un paso atrás.

—Ahora habla.

—Llévame a mi casa.

—¡¿QUÉ?! ¿Dónde demonios te crees que estás, maldito saco de huesos?!
¿En un condenado aerobarco mercante?!

—¿Quieres el mapa?! —Los dientes le repiquetearon dentro de la mandíbula al contener la tensión, el miedo y la ira que le dominaban—. ¡Pues tenemos que ir a casa de mis padres! —Levantó un dedo antes de terminar para asegurarse de que no fuera a cortarle el cuello allí mismo—. ¡Pero te lo advierto! Solo yo sé dónde está escondido, y no pienso decírtelo hasta que haya visto a mi familia.

El semblante de la pirata cambió. De pronto volvió a ser la perfecta anfitriona del principio.

—Oh... En ese caso, disfruta del viaje. —Le sonrió—. Descansa, come y bebe... Yo me encargaré de todo; incluso te conseguiré ropa. Y un barbero. —Y añadió clavando el puñal brillante en la mesa—. Pero como me estés engañando, sabrás de primera mano por qué todos me llaman Dama Sanguinaria.

* * *

Cuando llegó la hora señalada, Isabel tembló como un flan: frente al acceso de la mansión se acababa de detener un tipo de carruaje que no había visto nunca. A simple vista podría considerarse un simple bicicleta pero, además de contar con un complejo y robusto motor de vapor sirviendo de cuerpo central, tenía equipado una esbelta caja aerodinámica, con puertas labradas de color oscuro, que se mantenía estabilizada gracias a una serie de hierros y contrapesos ocultos y distribuidos a lo largo y ancho de su esqueleto metálico. Para ayudar a tal fin, las ruedas resultaban grandiosas y anchas, llegando a medir lo mismo que la caja del transporte y alcanzando, en altura, el pecho del conductor.

—¿Es una broma? —cuchicheó al ver al chófer sentado en un sillín acoplado delante de la caja y situado sobre el portentoso motor alargado del cual sobresalían curvados tubos de escape a modo de un horizontal órgano musical.

El Medio, bien vestido y con gafas de aviador aplastando su bombín, bajó de su asiento hacia delante y se clavó sobre la acera, inclinando la cabeza en cuanto se le acercaron:

—Es un placer convertirme en su chófer esta noche. Por favor, Altos Ravenhold. —Parecía que su espalda iba a partirse de tanto como la encorvó—. ¿Me harían el gran honor de permitirme llevarles hasta la fiesta del amado Alto Robres?

Isbel dudó, claro que lo hizo. En cualquier caso poco importó, allí estaba Patrick para arrastrarla disimuladamente hacia la escueta escalinata que el vehículo escupió de golpe.

—¡Por fin! —Él saltó al interior del «carromato» sin la menor ayuda. No le preocupó que se pudiera vencer por el peso repentino. Podría decirse que disfrutaba con la situación, parecía un niño pequeño a pesar de que se hubiera vestido de gala.

Lástima que Isbel no se lo estuviera pasando tan bien.

«¿Por qué acepté? ¿Es que soy idiota? ¿Y si me pillan? ¿Qué diré? ¿Qué haré?».

Subió, ayudada de la gentil mano del chófer, por la delgada escalinata de lo que fuera aquello y accedió al interior con cara de querer vomitar.

—Todo irá bien, relájate. —Patrick intentó tranquilizarla mientras se acomodaba en el respaldo acolchado del transporte y estiraba su chaqueta entallada de color negro sobre la que brillaba el galón familiar.

Dentro solo había espacio para dos personas, pero dada la naturaleza de la «moto-carruaje» resultaba bastante impresionante.

—Ya... Sí... —Intentó sonreír. Desgraciadamente no pudo, tuvo que asomarse al hueco de la puerta para tomar un poco de aire e intentar relajar los nervios.

Por suerte, cuando el motor se removió y el vehículo los alejó de la mansión escupiendo vapor por sus chimeneas, empezó a sentirse mejor. Seguramente fue gracias al suave traqueteo del transporte y al largo recorrido entre las calles del paraíso. Estas presentaban una estampa agradable y relajada, sin recargados tubos ni nada que le recordara a Isbel una vida estresante y llena de tristeza; solo el mismo escenario con el que llevaba maravillada todo el día. Ni siquiera la oscuridad de la noche lo volvió menos colorido e impresionante. Puede que los tonos del Cielo Sin Fin llegaran menos enérgicos, obligándole a La Ciudadela a hacer uso de toda clase de artilugios para mantener alumbradas las calles, pero jamás, ni por asomo, dejaron de verse flotando en las alturas.

En cuestión de unos minutos, la joven consiguió olvidarse de la máquina que los contenía y pudo pedirle a su acompañante que le explicara lo que tendría que hacer.

—Así me gusta. —Y le entregó, sin más, la imitación que con tantos desvelos había protegido anteriormente—. Guárdalo donde nadie pueda encontrarlo.

El vestido que llevaba no tenía bolsillos por ningún lado, por lo que el lugar elegido fue más que evidente: el escote.

Patrick sonrió, aunque deslizó la vista a un lado para no mirar más de lo estrictamente necesario.

—¿Q-Qué le hace tanta gracia? ¿He hecho algo mal?

—Para nada. —Lo siguiente lo dijo para sí—. Es un buen lugar. —Y tosió—. Hablemos de mi plan. —Aunque indicó que lo hicieran bajito, pues a pesar del estruendo producido por la máquina que removía los engranajes y los pistones ocultos bajo la caja, el conductor podría oírles si no eran cautelosos.

—¿Qué debo hacer con esta cosa?

El Alto arrugó la frente.

—¿Acaso has olvidado nuestra conversación en la Ciudad Baja? Vas a sustituirlo por el original.

—Ya, ya. Pero... —Se aseguró de bajar el volumen de la voz—: ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Y la seguridad? ¿Cómo la superaremos?

Patrick sonrió:

—Si la tuviera no te habría ofrecido el trabajo tan fácilmente. Sé que suena absurdo, pero es tal como te cuento: vamos a robar algo que para su dueño tiene un valor tan ínfimo que no se molesta en ponerlo a buen recaudo. Prefiere abandonarlo a la vista de cualquiera, cogiendo polvo en un trozo de pared. No merece tenerlo.

—¿Y por qué no se lo compra y fin del problema? ¿Para qué montar este numerito y entregarme a mí todo su legado?

El rostro de su acompañante se ennegreció:

—Ese idiota no piensa vendérmelo, ni a mí ni a nadie. Créeme, he intentado convencerle en más de una ocasión; incluso mediante un intermediario y usando un seudónimo. Pero nada, según él es su amuleto de la suerte, no hay dinero en La Ciudadela que pueda pagarlo. O eso es lo que dice. ¿No vale tanto como para guardarlo con el resto de sus tesoros pero sí como para deshacerse de él? ¡Eso ni siquiera tiene sentido! —Cerró la mano y la apretó con rabia recordando el momento—. ¡Maldito egoísta descerebrado! ¡Es como el perro del hortelano!

—¿Perdón? ¿El perro de quién, dice?

—Da igual, no lo entenderías. Quería decir que ese hombre es, como ya he dicho, un egoísta.

—Así que en lugar de resignarse y aceptar su derrota prefiere robarlo. ¿Esa

cosa merece tantas molestias? No lo entiendo.

—*Vamos* a robarlo —puntualizó—. Y no importa si no lo entiendes, tú haz tu parte. —Luego le explicó lo que tenía pensado—. El servicio de la mansión, un montón de Medios estirados pero demasiado asustados como para decirte una vocal, nos acompañarán hasta el salón. Moisés Robres se asegurará de que los Altos estemos con las copas bien servidas y el hall a reventar, por lo que tras el saludo inicial no te costará escabullirte y acceder al pasillo derecho sin llamar la atención. Al final del mismo tendrás que girar a la izquierda y, justo en frente, encontrarás una solitaria puerta al fondo; la reconocerás enseguida. Solamente tendrás que cruzarla y buscar el «artefacto» original dentro. —Aflojó la fuerza del puño—. Que por cierto, estará colgando de la pared y dentro de un marco acristalado. No te preocupes, tiene un cierre trasero muy sencillo que podrás abrir al bajarlo al suelo. Intercambias los objetos y vuelves. Se acabó.

Había que reconocerlo. Lo que Isabel tenía que hacer era simple.

—¿Y si hay algún Medio vigilando y no puedo acceder al pasillo o a la biblioteca?

—¿El día en que su Alto va a presentar a la niña mimada de sus ojos en sociedad? Noooo. Todos trabajarán en el salón bien cerca de los invitados. Estarán corriendo de un lado para otro intentando que a nadie se le seque la garganta, créeme.

—Le veo... No sé... Muy seguro de esto para haber tenido que adelantar el plan. —Volvió a ponerse nerviosa al recordar que no sabía nada de protocolo—. ¿Y si descubren quién soy? ¡No he tenido tiempo de practicar ni aprender! ¡No sé nada de nada! Solo hay que mirarme para ver que no soy una Alta. Por más que vista como una princesa yo... yo... —Aguantó los sollozos, hecha un manojo de nervios, sintiendo que le costaba respirar.

Patrick la miró temiendo que echara todo a perder antes de empezar, pero al hacerlo lo que vio no fue a la mugrienta joven que sonreía mirando al techo metálico desde su diminuto cuarto y que olía a chimenea. Estaba viendo a una hermosa mujer con vestido azulado y una trenza color arena enredada por un lazo que serpenteaba sobre su pecho. Apenas llevaba pintura, pero sus labios brillaban tímidamente y resultaban más rojos que de costumbre. ¿Cómo alguien iba a dudar de su procedencia? Era el doble de hermosa y recatada que la mayoría de Altas del Barrio de la Moneda y él había dispuesto para ella el mejor de los perfumes. Daba igual que hubiera tenido que explicarle lo que era y a qué olían las rosas, ninguno de esos superficiales e hipócritas se

plantearía la posibilidad de que un ángel como aquel pudiera haber emergido del infierno.

—¿Piensas que esto para mí es un juego? Todo lo que me importa depende de esta noche —le aseguró sincero—. Si he aceptado no es porque esté ansioso, sino porque... —Afirmó con la cabeza—. confío plenamente en ti. — Luego sonrió—. Lo mínimo que podrías hacer es devolverme el gesto confiando tú en mí.

Ante aquello, la muchacha se quedó de piedra. Se olvidó de las preocupaciones, de la falta de aire y de sus lágrimas ahogadas. Al menos hasta que algo la sacó de su ensimismamiento: habían llegado.

El recorrido a pie desde el vehículo hasta el interior de la mansión resultó extraño. En un suspiro, Isbel se vio rodeada de toda clase de Altos, cada cual más ostentoso y variopinto que el anterior; incluso alguno adornado con un galón familiar rodeado de metales para hacerlo aún más visible. Sin embargo, no se sintió intimidada, ni siquiera preocupada. El escenario de candiles engalanando, desde el suelo, el camino de piedra bajo la noche multicolor y el murmullo de los árboles, a los que acababa de ver por primera vez, fueron demasiado imponentes como para que el miedo pudiera encontrar un resquicio en el que quedarse. La Baja se detuvo a mitad del camino de grava, obligando a Patrick a hacer lo mismo, y sonrió observando las ramas y las hojas de un pino meneándose al compás del viento. Podía oír como bailoteaban felices, incluso aunque la música de un tropel de violines escapara por las ventanas y puertas del blanquecino edificio que presidía la fiesta justo al final de la ruta.

«Y pensar que debajo de la tierra lo que hay es puro metal...»

—Venga —Le susurró el Alto—. Si sigues embobada llamarás demasiado la atención. —Y la llevó consigo de tal modo que la joven se sintió como si la hubieran arrancado de un agradable y placentero sueño.

Atravesaron lo que quedaba enseguida, sin abrir la boca, ni saludar a ninguno del resto de invitados que caminaron animosos a su alrededor. Patrick no mintió cuando dijo que casi nadie le conocía, por más Altos que se fueron entrelazando entre saludos constantes, ninguno llegó a interrumpirles el avance; casi pareció como si fueran invisibles. Tampoco es que fuera algo malo, al menos no para ella.

El interior de la mansión les dañó la vista. En cuanto dejaron atrás los jardines y se introdujeron en el hall principal se vieron superados por una brillantez exagerada, casi como si una formidable bola de fuego viviera dentro. Incluso la escalinata, que presidía la sala y subía hasta partirse en dos

pasillos superiores, mostraba un tono nuclear; a excepción de su tapizado color grana.

El resto del lugar tampoco se salvaba: los Medios vestían uniformes de sirvientes de una paleta de colores claros que iban desde el amarillo pálido al blanco azulado, y las paredes que lo cubrían todo estaban aún más aclaradas gracias a los candelabros que colgaban en cada lado y que parecían hacer rebotar su luz para provocar un efecto aún más pulcro.

—Veo que han podido asistir al evento. —El Medio que se personó en casa de Patrick aquella misma mañana se acercó con rostro imperturbable; no hacía falta ser muy listo para ver que era el mayordomo jefe—. Sin duda una alegría, sí. Por favor, si son tan amables... —Se agachó un poco y alargó la mano izquierda para invitarles a caminar hacia el enorme salón de al lado.

Isbel iba a darle las gracias, pero Patrick le pegó un tirón del brazo con astucia y se la llevó bien lejos.

—No seas amable —masculló sin perder la sonrisa. Después le ofreció su codo doblado para que se apoyara en él—. Sé una Alta.

—V-Vale... —Tragó saliva y subió la barbilla como si con ello fuera suficiente.

A la estancia a la que accedieron, de estética similar al espacio anterior, aunque con el ambiente más recargado a causa de un contingente de violinistas y un ejército de camareros pululando en todas direcciones, fueron llegando más invitados. La mayoría ya estaban enzarzados en conversaciones sobre política o de detalles sin importancia, y los pocos que no, terminaron por parapetarse al fondo a toda máquina; donde se había montado una alargada mesa de madera rugosa sobre la que descansaba una tela bordada, blanca por supuesto, atiborrada de manjares. Isbel mentiría si dijera que no deseaba poder hacer lo mismo. Jamás había visto comida tan vistosa como apetecible; aunque sintió lastima por el Medio que se estaba encargando de repartir los aperitivos en las bandejas para su posterior distribución: en sus ojos podía adivinarse que deseaba hincarles el diente.

—¡Ravenhold! —Un hombre gordo, de aspecto afable y mirada traviesa, cruzó el suelo de mármol pálido y estrechó la mano de Patrick como si tuviera la intención de arrancársela—. ¡Tú en un acto social! Creía que moriría antes de ver tal maravilla. ¡No me digas que también piensas hacerle a Moisés una oferta por su hija! ¡Picarón! —Y rió tanto que mostró la campanilla.

Patrick estuvo a punto de responder, pero no pudo. Su voz quedó aplastada por el grito de ese robusto Alto, embutido en un chaleco elástico y

acompañado por los pantalones, tono vainilla, más tensos que nunca habían existido:

—¡¿Y está hermosura?!! —Fue a repetir el saludo con la joven, solo que en vez de estrecharle la mano pensaba besársela violentamente. Por suerte para ella, no alcanzó a conseguirlo; la repulsión que le provocó a Isabel hizo que sus reflejos funcionaran tan perfectos como los de un leopardo.

La mano de la chica escapó a la espalda y su voz tomó el lugar:

—Saludos, caballero. —Las palabras salieron perfectas a pesar de que le temblaba una ceja.

El Alto desconocido abrió los ojos como platos ante la negación de su mano y observó a Patrick esperando un gesto que le indicara qué hacer. No pudo sonsacar nada de su rostro, el cual se mantuvo tan imperturbable como el de una estatua.

Seguramente por eso mismo optó por reír, para pasar el mal trago, y soltar una de sus, por lo visto, afiladas y comunes ocurrencias.

—¡Pero si es toda una valquiria! —Obtuvo del bolsillo de su chaleco un pequeño monóculo encadenado y lo ajustó en su rostro. Luego tragó aire de tal modo que se pudo escuchar cómo, en alguna parte, la costura de su traje cedía; sin mayores consecuencias, por suerte—. ¡¿De dónde has sacado a esta revoltosa?! ¡No me digas que la has engañado para que sea tu pareja! —Le guiñó a la chica un ojo.

Aquel señor, si es que se le podía tildar de serlo, no era precisamente el arquetipo de Alto que había conocido hasta ahora. Su cuerpo parecía enfermo, pero no por la aspiración de veneno gaseoso, sino por el exceso de una vida acomodada. Isabel pensó en lo injusto que resultaba que algunos tuvieran tanto y otros tan poco, y entonces, de repente, le vino la imagen de su antiguo jefe. Recordó sus grasientos y rechonchos dedos y comprendió que había muchos como él. Gente que no movía un dedo, que se aprovechaba del esfuerzo de personas con menos suerte para prosperar y engrandecerse; esto último en todos los sentidos posibles.

Aquello la enfureció y le hizo recordar una de las razones por las que estaba allí: cambiar su suerte y no ser una de sus víctimas.

—No, señor Armand. —Patrick la miró y le acarició momentáneamente la mejilla—. Es mi hija.

—¡¿Hija?!! —El monóculo se desprendió de su cara y pareció que iba a darle un ataque al corazón, pero no se obró tal milagro—. ¡¿Tú?! ¡No tenía ni idea! Espera, espera... ¿Pero estás casado? ¡Nunca has dicho que tuvieras

familia! Tanta privacidad no es buena para los negocios, amigo mío. —Rió otra vez.

—Así es, caballero, soy su primogénita. Me llamo Isbel Ravenhold. —Flexionó las rodillas agarrándose con los dedos el vestido y bajó tímidamente la cabeza antes de regresar a su posición original—. Es un inmenso placer conocerle. Mi padre me ha hablado mucho de usted... —Se había animado tanto que empezaba a meterse en terreno pantanoso. Aun así consiguió salir airosa—. Señor Armand. —Pronunció con cierto grado seductor, aunque para nada fue su intención. Lo cierto es que para aquel hombre cualquier voz femenina que pronunciara su nombre resultaba sensual.

—¡Oh! —El hombre se repeinó con sus torpes manos, terminó de poner a buen recaudo el monóculo y, automáticamente, le pidió la mano—. ¡Cásate conmigo! —Incluso miró a Patrick para pedirle su bendición—. Te concederé todos los contratos que me pidas, Ravenhold. Solo pide y se te dará. No le pondré más pegos a tus experimentos. Únicamente... —Volvió a observar a la muchacha, y no dijo nada más.

—Lo siento. —Patrick empezó a ver demasiada atención a su alrededor—. Pero hoy es un día muy especial para el señor Robres y su hija. ¿No le parece de mal gusto estropearlo con esta clase de cosas? Esta noche no es mi hija la que es negociable. Mantengamos el protocolo.

El «caballero» rechoncho asintió poco después, sonriendo nerviosamente.

—Señor Armand. —Un Alto de mirada nerviosa se acercó y le comentó de soslayo algo.

Isbel no pudo oírlo bien, aunque por lo que entendió hablaron sobre alguna clase de impuesto que deseaban aprobar en la Ciudad Baja; algo sobre exceso de natalidad y una necesidad imperiosa de instaurar tasas para su control.

—¡Por supuesto, por supuesto! No queremos que las hormigas aumenten demasiado y todo se desmadre. La Ciudadela es grande, pero no infinita. —El señor Armand pareció olvidarse de Patrick y de Isbel. Se enzarzó en un molesto monólogo en el que detallaba sus planes más próximos—. ¿Qué le parecería un informe detallado sobre posibles riesgos sanitarios? Cualquier excusa que asuste nos valdrá para aprobarla ante la presidencia. Incluso podríamos acompañar el documento de otras propuestas. ¿No me habló de intensificar los controles a pie de calle? Más guardias Medios nunca vienen mal.

En ese momento, la Baja comprendió que el hombre orondo formaba parte de la dirección que controlaba la isla flotante. Seguramente Moisés Robres

también; de ahí el título que Patrick le adjudicó al referirse por primera vez a él: «Alto Predilecto» había dicho en su momento.

Al final, Armand terminó por alejarse entre la multitud mientras conversaba con el desconocido. Aunque primero le recordó a Patrick su oferta y se despidió lascivamente de ella con una mirada que pareció querer atravesar el vestido de princesa. Después, gracias al cielo, se esfumó.

—¿Qué acaba de pasar? —Patrick seguía manteniéndose formal y perfecto—. ¿Es que quieres que ese ignorante se enamore de ti y se fastidie todo?

—N-No... Yo... Perdón, creía que debía ser sociable y actuar así.

—Actúa así. Pero no con él.

—¿Qué? —Tuvo ganas de darle una bofetada. ¿Cómo iba a saber qué hacer con cada quién?—. Ni siquiera he tenido unos días para aprender nada de protocolo. —Aunque lo susurró, gritó con la mirada. Los modales quedaron en ese instante relegados por culpa de la ira.

—Da igual, da igual. —Patrick vio las orejas al lobo, por lo que reculó antes de que todo se viniera abajo—. Está claro que necesitabas un poco de información. La culpa no es enteramente tuya. —Y con un carraspeo añadió—: Olvídalo. Solo mantente algo menos extrovertida. ¿De acuerdo? Déjame hablar a mí. Asiente y usa monosílabos siempre que puedas.

Y eso mismo hizo: asentir.

—Genial. —Afirmó el hombre a la vez que ojeaba a su alrededor. En cuanto comprobó que nadie parecía interesado en ellos, continuó—: Ha llegado el momento.

—¿El...? —Casi tartamudeó.

—Sal tranquilamente, como si fueras al baño o algo por el estilo.

—¿Y si...? —Las dudas comenzaron a apuñalarle el corazón—. Tengo mie... No sé si ha sido buena idea. ¿Qué será de mí si me pillan?

—Para. Solo camina. Recuerda: eres una Alta, ellos unos Medios. No pueden tocarte. Son inferiores. Tú eres mejor. Recuérдалo y haz que ellos también lo hagan cuando pases por su lado. ¿Entendido?

Isbel se quedó callada y al percibir su determinación sintió como si un poco se le hubiera pegado a ella.

—De acuerdo. —Y se alejó ignorando el temblor de sus propias piernas.

Pasó entre los invitados manteniéndose gallarda, aunque rezando en lo más profundo de su mente. Esquivó a un Medio que sujetaba una bandeja de plata llena de copas, y llegó hasta la entrada principal.

Fue allí donde encontró el pasillo al que debía acudir, y que se le presentó

casi sin tener que buscarlo. Como si un sexto sentido le susurrara donde estaba.

Avanzó hacia él alejándose de la visión inquisitiva del Medio jefe, que continuaba saludando al resto de Altos que iban entrando entre risas a la casa. Una vez consiguió su objetivo, alcanzó el deseado pasillo sin mayores contratiempos.

En cuanto escapó del bullicio de la fiesta, se percató de que Patrick había tenido razón. Ni un alma, aparte de la suya, recorría la zona. El silencio era tal que sus pasos se percibieron fuertes y la respiración tan intensa como la de un gigante.

Continuó avanzando lentamente y se fijó en los cuadros que colgaban en cada lado de las paredes. Todos con rostros serios y altivos, casi inquietantes e incluso maléficos; ninguna sonrisa se adivinaba en la comisura de las pinturas.

«Que hogar más acogedor». Incluso la solitaria mansión del Alto Ravenhold, sin detalles ni sirvientes, le pareció más afable.

Pero todo dio igual cuando se encontró de bruces con la puerta que buscaba. Resultó tan blanca que apenas se hubiera distinguido si no fuera por la madera que cubría el pomo, la cerradura, los detalles labrados de las hojas y el marco que rodeaba su forma rectangular de principio a fin.

Anduvo con cuidado, invadida por una preocupación más que justificada, y tiró de la puerta rezando por no encontrarse miradas indiscretas en el interior.

Nada más otear la sala abarrotada de libros en sus límites y varias vitrinas ocupando espacio en el centro, suspiró:

—No hay nadie. Gracias, gracias, gracias —agradeció sintiéndose afortunada.

Lamentablemente, cuando entró del todo y se puso a buscar, descubrió algo más. Algo que no tenía nada de afortunado.

* * *

Los violines se detuvieron de golpe mientras Patrick cogía una copa de uno de los camareros y se disponía a aparentar. Justo cuando sucedió, el resto de Altos enmudecieron como los instrumentos y únicamente se escuchó una portentosa voz accediendo como una lejana brisa a la sala de fiestas.

Reconoció al dueño de esta al instante:

—Moisés —musitó buscándolo.

Las palabras provenían de la entrada, el lugar al que comenzaron a acudir

todos los invitados animados entre cuchicheos.

Patrick decidió imitarles, aunque con bastante más tranquilidad. Aquello era perfecto para sus planes. Mientras diera su discurso, todo el mundo estaría reunido en un mismo lugar y las posibilidades de que Isabel se encontrara con alguien descenderían estrepitosamente.

—Todo saldrá a pedir de boca —se convenció justo antes de dar un sorbo a la copa secuestrada.

Desgraciadamente, al llegar a la entrada y observar la escalinata se atragantó. El líquido dulce salió de su boca como un cohete y chocó contra el vidrio con tanta fuerza que estuvo a un paso de ahogarse.

—¡Maldita sea! —Masculló, limpiándose los labios con la yema de los dedos—. Tiene que ser una broma.

Al momento llegó la Baja, con una expresión aterrada pero con la suficiente elegancia como para no resultar sospechosa ni llamar lo más mínimo la atención entre todos los que la ignoraban mirando hacia las alturas.

—Señor Patrick. —Tragó saliva—. Hay un problema. Uno gigantesco.

Él la respondió señalando disimuladamente hacia las escaleras.

—Déjame adivinar. ¿Te refieres a ese problema?

La chica abrió los ojos como platos en cuanto se encontró a Moisés Robres, vestido de gala y hasta arriba de galones militares, presentando a su hija, Cristina, subida en la parte más alta de la escalinata... con el artefacto colgándole del cuello.

Se le acabó la suerte

El capitán Harold entró en el puente de la fragata con tranquilidad. Llevaba las manos ancladas a la espalda y cruzadas entre sí, con los ojos perdidos y la mente concentrada en sus más íntimos pensamientos.

A su alrededor desfilaban soldados de un lado a otro, concentrados en sus obligaciones y trabajando al doscientos por ciento, sabedores de que no se les perdonaría el más mínimo error. La aeronave estaba escudriñando las Brisas de Bóreas en busca del *Fiora* y no habría descanso para nadie hasta que apareciera.

La sala del transporte volador contaba con un enorme techo abombado de metal oscuro con unas gruesas vigas atravesándolo de lado a lado. A diferencia de los aerobarcos, los transportes voladores de éter tenían una estructura completamente cerrada, sin una cubierta clásica ni mástiles que facilitaran la intrusión del viento. Sin duda le quitaba cierto encanto y nostalgia al diseño, volviéndolo poco más que una caja flotante, pero todo guardaba cierta lógica, pues no necesitaba velas para ganar velocidad. La tecnología gravitacional de estas armas móviles era bastante más avanzada gracias al éter, por lo que se bastaban con los reactores para mover las ingentes toneladas de metal que los formaban. Las velas y demás detalles solo servían para afectar negativamente a su capacidad de maniobrabilidad; además de elevar inútilmente su coste.

Muchos delincuentes, sobre todo piratas del firmamento, intentaban constantemente hacerse con las aeronaves de la Armada para apropiarse de sus motores de última generación, pero rara vez conseguían su objetivo. Las corazas de estos transportes impedían que pudieran abordarlos de ninguna de las maneras; resultaba más sencillo hundirlos a cañonazos que secuestrarlos, y aun así contaban con escudos energéticos para ponérselo aún más difícil.

El capitán llegó a su asiento, anclado con tornillos enormes en el centro del lugar, y se recostó en él con aire regio. A pesar de llevar días sin dormir, no mostraría un semblante cansado, y ni mucho menos preocupado. Necesitaba transmitir seguridad y compromiso a sus hombres para que, inspirados, llevaran la misión a buen puerto. Debían percibir el mismo esfuerzo en él. Era su líder, no un simple jefe que se sirve de la energía de los demás para

alcanzar sus objetivos.

Deslizó la vista a su derecha y se fijó en la enorme maquina cuadrada que cubría todo el alto de una de las paredes de los lados. Se trataba del sistema de comunicaciones de la fragata, un complejo aparato al que bombeaban litros y litros de éter desde unas cuantas tuberías procedentes de la sala de máquinas; oculta en el nivel inferior, bajo el suelo de hierro reforzado. La pantalla brillaba produciendo un molesto destello que no cesaba nunca, pero gracias a él podían comunicarse con el ejército central si era necesario; además de que sin la maquina no hubieran sido capaces de poner en funcionamiento el particular plan que culminaría en la detención de la sanguinaria pirata.

Ignoró los colores que se reflejaban en la cara del hombre encargado de manipularla y le habló con autoridad.

—Comunicación. Informe —espetó, interrumpiendo las mediciones que el soldado estaba llevando a cabo sobre el espejo táctil.

—Aún nada, mi capitán. He comprobado todos los canales de recepción y sigo sin captar nada —notificó, recolocándose el cuello de la camisa y adoptando una posición excesivamente recta; casi pareció como si hubiera dado un pequeño saltito para poder erguirse como lo hizo. Estaba de pie, cerca del enorme ventanal que lo presidía todo y que le mostraba el horizonte al timonel; el cual no dejaba de otear la lejanía con las manos aferradas a las palancas de mando.

El capitán Harold apretó los labios, disgustado, e hincó uno de los codos en el reposabrazos. Aquello no le gustaba nada. Debería de haber recibido ya alguna notificación del hombre que tenía dentro del *Fiora*. Le doró la píldora lo suficiente como para que esa rata estuviera deseando ayudarles: incluso le prometió títulos y una cuantiosa recompensa a cambio de información. Aunque, por supuesto, no pensaba cumplir su parte; el traidor era un pirata, y acabaría igual que el resto.

—Siga a la espera e informe de cualquier cambio —ordenó al soldado.

Este le respondió con un fuerte «sí, mi capitán» seguido de un movimiento rápido de dedos, los cuales terminaron enzarzándose furiosamente contra la botonera del sistema de comunicaciones.

Mientras esperaba a que llegaran buenas noticias, el capitán intentó descansar un poco la cabeza. Sin embargo, siempre que buscaba el descanso acababa dándose de morros con el martirio. Su mente funcionaba de tal modo que, cuando no tenía nada en qué pensar, esta se preocupaba de recordarle que

su idílica vida ya no volvería jamás. Se molestaba en hacerle recordar tiempos mejores y recordarle por qué estaba haciendo todo aquello. Y en esa ocasión no fue diferente.

Le obligó a ver al amor de su vida abrazándole en el porche de su modesta casa y, luego, le hizo revivir lo que sintió cuando recibió la carta oficial que le relató la repentina muerte de esta. Pasó mientras estaba de viaje, en mitad de la inauguración del *Odiseo*, la fragata sobre la que descansaba su espalda ahora. Había estado trabajando duro durante semanas, entrevistándose con posibles candidatos, los más aventajados y prometedores que pudo encontrar, para formar parte de la tripulación. Y cuando ya estaba a punto de terminar su trabajo, el mundo se fue a pique por culpa de un horripilante acto sin sentido. Pero por más detalladas que fueran las noticias, no se las creyó. Lo abandonó todo: su puesto, sus deberes, la realidad; y navegó en su aerobarco privado hasta que, a los dos días, descubrió su hogar reducido a un islote lleno de maderos quemados, hierbas muertas, cadáveres y recuerdos rotos donde, una vez, creció prosperidad y felicidad.

—¡Capitán! ¡Una transmisión! —El soldado hizo un gesto con la mano, alzándola en línea recta hacia el techo.

Su superior escapó de su pesadilla, saltó del asiento y llegó hasta él como si fuera un rayo.

La máquina absorbió más éter y mostró un mensaje cifrado en el cristal. Las líneas y puntos que le daban sentido eran pequeños y espaciados entre sí, escondiendo toda clase de datos que solo podían interpretarse conociendo el morse.

—Acaban de marcharse de la isla de abastecimiento veintitrés... —El soldado apretó los ojos y acercó la cara—. Se dirigen hacia la cuarenta y uno: isla de Cecias. Llegarán en medio día. Al atardecer, mi capitán.

—¡Contacta con las autoridades locales y ponles en situación! Quiero hablar con quién esté al mando inmediatamente. —Después se giró y, desde la distancia, gritó al encargado del rumbo—. ¿Está muy lejos de aquí, navegante?

El hombre removió los brazos dentro de unos finos haces de luz que provenían de un proyector alojado en el techo y, estos, comenzaron a dibujar, como una tejedora, un enorme mapa holográfico que flotó por arte de magia a media altura.

Tras realizar los cálculos pertinentes, respondió:

—A tres horas yendo a toda máquina, mi capitán —aseguró, esperando a que le diera permiso para trasladarle al timonel las coordenadas del nuevo

rumbo.

—¡Ya ha oído, timonel! —gritó, ansioso el capitán. Notó cómo le ardía el pecho, pero no le importó. Le resultó incluso agradable—. ¡Vire a Cecias! ¡Quiero estar allí en menos de un parpadeo! ¡A toda máquina! ¡Vamos a cazar piratas! —Y volvió a dirigirse al hombre de comunicaciones mientras sentía como la nave empezaba a removerse—. Bien hecho, soldado. Manténgase en el canal e infórmeme de cualquier posible novedad.

Cuando se alejó del puesto y regresó a su querido trono militar, sonrió descansando la vista momentáneamente. Esta vez parecía que iba a conseguirlo, iba a cumplir su deseo: matar a la pirata que destruyó su querido hogar y le arrebató a quien más amaba.

* * *

La luz del cielo hizo sentir a Benjamín inquieto. No sabía si temerla o dejarse abrigar por ella con una sonrisa, pues se presentó ante él como una llamarada de colores que al principio fue incapaz de soportar. Su visión estaba tan acostumbrada a la oscuridad que le preocupaba quedarse ciego ante tal explosión luminosa y sentía como sus pupilas le escocían dentro de los parpados.

Por suerte, tampoco tuvo mucho tiempo para pensar en ello: uno de los piratas, el más viejo y arrugado de ellos, colocó una caja alta, pero vacía, junto a sus consumidos pies y le indicó con semblante aburrido que se sentará.

—Vamos a deshacernos de esa maraña que tienes por barba, grumete. —La voz del hombre resultó muy agradable, muy parecida a la que hubiera esperado de un afable pirata de cuento.

Benjamín aceptó sin siquiera responder y se dejó, finalmente y tras varios intentos, perder entre las vistas que le otorgaba la borda del *Fiora*.

La luz alumbraba todo como un enorme foco, amaneciendo desde la parte más lejana del firmamento y despejando las sombras que aún cubrían los recovecos de las nubes y el transporte volador.

—Atiende —expuso el «barbero», mostrándole una pequeña daga curvada—. Esta es Joselyn, y es una dama muy delicada. —Entornó los ojos—. Si te atreves a mancillarla incrustándole tu grasienta piel, te cortará el pescuezo. No le gustan los sobones. ¿Entendido?

—S-Sí. —El muchacho abrió todo lo que pudo los ojos y se propuso convertirse en una estatua hasta que el arma se hubiera alejado de su cuello.

Durante un buen rato nadie dijo nada. La tripulación estaba demasiado ocupada reordenando el exterior del barco como para siquiera pararse a hablar entre ellos, y la Dama Sanguinaria los vigilaba junto al timonel, oteando el recorrido con una insistencia casi enfermiza.

Al final, el chico no pudo soportar tanto silencio. Después de aguantar años de intensa soledad ahora solo quería recuperar el tiempo perdido y oírlo todo. Deseaba preguntarle a cualquiera lo que fuera, por ínfimo que resultara, y escuchar cómo respondía, reía o gritaba. Cualquiera de ellas le valía. Solamente necesitaba seguir sintiendo esa sensación que olvidó por un tiempo y que ahora bombeaba de nuevo su cansado corazón. Solo así sería capaz de creer que todo aquello no era un sueño y que el barco no acabaría evaporándose para volver a convertirse en su terrorífica celda.

—¿Cómo te llamas? —curioseó, aprovechando que el pirata había alejado a Joselyn un momento para limpiarla.

—¿Por qué? —gruñó el «barbero» acariciando el arma con un trapo—. ¿Vas a invitarme a cenar?

—No, solo quería... —Tuvo que callarse en cuanto la hoja de la daga volvió a besarle la cara, esta vez junto al mentón.

Parecía que ahí quedaría la conversación, pero el pirata acabó arrepintiéndose al ver su expresión abatida.

—Hay que ver, cuánta cantidad de pelo —comentó como si nada—. Estas hecho un desastre. En todos los sentidos. —Benjamín solo pudo apretar con más fuerza los labios como respuesta—. Alegra esa cara, grumete. Pronto verás a tu familia.

Y así lo hizo, pues automáticamente le vinieron a la mente los rostros de sus padres y de su hermana. Tal vez no los recordara tal como eran, pues después de tanto sufrimiento sus imágenes resultaban borrosas y poco detalladas, pero le dio igual. Cuando los tuviera delante y entre sus brazos ya tendría tiempo de redescubrirlas de nuevo.

El barbero limpió la daga una vez más, momento que Benjamín aprovechó bien:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Como desconocía su nombre ahogó el final de la frase.

—Mientras Jocelyn no esté trabajando, puedes bailar si quieres.

—¿Cumplirá el trato? —preguntó.

El hombre se lo quedó mirando, aunque no tardó mucho en sonreír con aquella dentadura que parecía haber sufrido una lluvia de puñetazos.

—¿Le preguntas a un pirata si otro pirata es de fiar? Mira que eres ingenuo. ¿Por qué razón ibas a confiar en mi palabra? Que no te atravesase la nuez con mi Joselyn no quiere decir que no vaya a hacerlo si la capitana me lo pide. Solo asegúrate de no enfadarla. No la llaman Dama Sanguinaria por nada, grumete. —Volvió a acercarse con la daga.

—¿Por qué ese nombre? ¿Por qué Dama Sanguinaria? —Benjamín detuvo el avance de la hoja interponiendo su palma abierta en el camino.

—No puedo creerlo —rió, con una pizca de tos incluida, y removió, divertido, la cabeza antes de apartar la mano del chico y proseguir—. ¿Ni siquiera sabes con quién haces tratos? Esa es una actitud peligrosa.

El rostro del chico fue suficiente respuesta.

—Bueno... —Acabó con la barbilla—. Dado que tengo que dar cuenta de tu asquerosa melena, voy a contarte una historia de piratas...

* * *

Todo el mundo volvió al salón después del discurso de su anfitrión: los músicos siguieron tocando con efusividad, deteniéndose a recuperar aliento apenas un par de minutos entre canción y canción, los camareros volvieron a realizar sus programadas rutas entre los Altos y, estos en particular, comenzaron a formar grupos en los que conversar o zonas en las que invitar a bailar a las hermosas, y no tan hermosas mujeres que aún no estaban comprometidas. Sin embargo, la mayoría de los pretendientes estaban embelesados por Cristina Robres. La chica había formado un corrillo inmenso en el que el tema de conversación no era otro que ella misma.

A pesar de que su padre tenía el cabello negro, aunque canoso, y la piel morena, ella había crecido esforzándose por mostrarse totalmente opuesta a su progenitor. No solo era delicada y pálida como las paredes de la casa — aunque esto último tenía que agradecerse en parte al uso de polvo de arroz — sino que su melena serpenteaba sobre sus hombros en ondulados bucles azabache, resaltando su intensa mirada color primavera. También era más baja que él y a simple vista no tenían nada en común.

Solo al hablar y mostrar ese aire soberbio al expresarse y al mirar, uno podía jurar que, efectivamente, eran familia.

—Esto es vomitivo. —Patrick no estaba nada contento. Miraba hacia el grupo de Altos que la atosigaba expulsando fuego por los ojos cada vez que Moisés Robres carcajeaba satisfecho—. Mira cómo intentan ganarse su

confianza. Falsos... —Dio un sorbo bien largo a la copa, que ya había llenado otras tres veces—. ¿De verdad esperan meterse bajo las faldas de su hija con chistes malos y ocurrencias de tres al cuarto? Son patéticos. —Dirigió su visión hacia Cristina, situada junto a su padre, y la descubrió más feliz que una perdiz—. Y encima ella está encantada. —Si hubiera podido habría escupido allí mismo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Isbel no dejaba de pensar en ello una y otra vez—. No podemos quitárselo si lo lleva puesto.

—Ya lo sé. —Las palabras salieron pesadas.

—¿Entonces?

—Estoy pensando.

La chica entonces enmudeció. Por como vio a su compañero, no tenía ni un solo plan que les sacara del aprieto. Parecía que su extrema planificación y seguridad habían naufragado dejándole en un punto muerto. Aunque también a ella, pues si no cumplía con lo acordado terminaría volviendo a la Ciudad Baja.

Se entristeció al percatarse de ello. ¿Qué haría si tenía que volver? ¿Cómo podría soportarlo sabiendo cómo vivían allí arriba? Es más, ¿volvería a encontrar trabajo después de cómo se marchó de la recicladora?

No quiso encontrar respuesta a las preguntas que ella misma se empeñó en realizarse. Prefirió ignorarlas y continuar vigilando a su objetivo con malsana obsesión.

Apenas había podido verla en la escalinata por la que accedió a la fiesta, y tampoco es que pudiera descubrirse mucho al intentar introducir la mirada entre los hombros de los Altos que buscaban convertirse en su marido, pero Isbel consiguió verla lo suficiente como para hacerse una idea de ella.

Cristina Robres, a simple vista, le resultó una Alta temible. No por su mirada asesina, que la tenía y mucho, sino por cómo levantaba la barbilla, cómo un ejército de Altas de baja cuna la seguían como envidiosas amigas arrastradas, y, sobre todo, por cómo sonreía; arqueando el labio de tal modo que se mostraba bella pero superior a sus interlocutores. Aunque lo peor fue el vestido. Muy parecido al que ella llevaba, solo que los límites del escote y la falda estaban velados por placas metálicas muy finas que brillaban bajo la luminosidad del ambiente. Casi pareció como si la imbuyeran de magia. ¡Estaba radiante! Y además en el sentido más literal de la palabra. Para colmo, su atuendo resultaba terriblemente más sensual que el de la Baja. Gracias a que llevaba la espalda descubierta, podía adivinarse su perfecta figura

escondiéndose bajo el resto de la exquisita y entallada tela.

—Creo que la odio —reconoció Isbel asqueada, moviendo la cabeza y mordiéndose el labio a la vez que agarraba una galletita con queso Pule y mermelada de frutas del bosque.

Patrick la miró fijamente y, como si hubiera sufrido un cortocircuito, sonrió a la vez que le espetaba:

—Entonces lo que se me acaba de ocurrir te va a encantar.

Se alejó con paso tranquilo y bailoteando el cuello de la copa de un lado para otro. El vino fue chocando dentro del cristal y, justo en el momento en que alcanzó al corrillo de Moisés, hizo un ademán extraño que imitó un tropiezo.

La copa se trastrabilló sin remedio contra la espalda desnuda de Cristina y entonces llegó el infierno. El líquido frío besó su piel a la vez que ella pegaba un respingo y se deshacía de toda su exquisitez.

Isbel casi se atragantó con el canapé.

—¡Ay mi madre! —exclamó entre toses que mezclaron pavor y extremo júbilo a partes iguales.

—¡Mire por dónde va! —dijo uno de los pretendientes aprovechando la oportunidad de lucirse ante Cristina y su padre.

—¡Qué vergüenza! ¡¿Qué se ha creído?! —Otro, con un bastón plateado en mano, espabiló e intentó hacer el gesto suyo.

La hija de Moisés giró lentamente sobre sí, casi pareció como si esperara que al hacerlo de ese modo el líquido fuera a dejar de deslizarse por el interior de su ropa.

—¡¿Qué le ha hecho a mi precioso vestido?! —La Alta sonó abatida, como si su madre hubiera muerto.

—Oh. —Patrick se hizo el distraído. Intentaba hacer parecer que acababa de percatarse de lo que había pasado—. Mil perdones.

Moisés Robres entrecerró sus viejos ojos sin decir ni una sola palabra. Pareció que intentaba ponerle nombre a su cara. Sabía que le conocía de algo, pero no exactamente de qué.

—¡Eso no arreglará lo que ha hecho! —Una de las cejas de Cristina tembló furibunda.

—Vaya. —Patrick sonrió mereciéndose la más fuerte de las bofetadas—. En ese caso... —Bajó levemente la mirada hacia sus tacones—. creo que debería cambiarse lo antes posible. El vino tinto empieza a gotear sobre el mármol desde los rebordes de su falda... Corre el riesgo de que se malinterprete y

avergüence a su padre. —Y rehízo tranquilamente el camino hasta la Baja.

El tropel de seguidores sacó pañuelos bordados de los sitios más insospechados y se ofreció a limpiar a la afligida Alta aprovechando que el brebaje manchaba su deliciosa espalda.

—¡Basta! —Espetó cuando el murmullo de voces comenzó a decir su nombre lleno de emoción.

—Cristina. —No hizo falta que su padre dijera nada más. Con tan solo fijar en ella su rostro duro y envejecido captó el mensaje.

La Alta tosió entonces recuperando toda su delicadeza y se disculpó ante sus pretendientes.

—Lo lamento, caballeros. Vuelvo enseguida, debo adecentarme. —Después se marchó hecha una furia seguida por su batallón de admiradoras.

Mientras huía, su espalda fue revelando lentamente su verdadero tono moreno mientras por ella descendían chorretones de polvo blanquecino mezclados con vino.

Aún no había llegado a Isbel cuando Patrick comenzó a hacer un gesto raro con el cuello, como si tuviera calambres o algo así.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —La falsa Alta no entendía ni jota.

Él repitió el tic, pero no consiguió que ella lo comprendiera. Hizo falta que se le acercara y murmurara como una metralleta la orden para que se moviera.

—Síguela, síguela. ¡Vamos!

—¿Yo? ¿Ahora? Pero si se va a cambiar.

—Tú lo has dicho. —Se llevó la copa, vacía, a la boca—. Se va a cambiar. Lo que significa que para eso tendrá que quitárselo todo.

Y sin más, Isbel salió disparada como si de repente su vida dependiera de ello.

De hecho, así era.

* * *

La rampa de desembarque del *Fiora* se extendió gracias a un mecanismo hidráulico escondido en el casco. Este complejo circuito, atiborrado de piezas diminutas, tiró de unas cadenas metálicas que recorrían todo el interior del borde de la cubierta y permitió a la tripulación bajar sin mayores contratiempos.

A Benjamín le llamó especialmente la atención, pues a pesar de haberlo visto en otros transportes voladores, en este, la tabla retráctil llegó a su

destino de un modo bastante inusual: abriéndose una y otra vez sobre sí misma y provocando que cada uno de los tablones se fueran colocando ante el anterior a modo de alfombra mágica. Muchos de los miembros de la tripulación ni siquiera reaccionaron ante el estruendoso chirrido que fue produciendo, estaban demasiado ocupados continuando con sus propias tareas; tan solo uno llegó a bajar de la embarcación además del propio Benjamín y de la inquietante Dama Sanguinaria.

—Volveré enseguida. Subid el *Fiora* a una plataforma de reposo, apagad el motor gravitacional y dadle una ducha de agua helada. Le vendrá bien un descanso antes de proseguir con el viaje —ordenó la capitana, sin molestarse en mirar al pirata que se paró a su lado cuando descendieron al embarcadero de ladrillos.

Benjamín no sabía gran cosa del arte de navegar, pero sí que conocía perfectamente lo que era una plataforma de reposo; de hecho, durante un tiempo trabajó en ese mismo puerto y tuvo la oportunidad de realizar el mantenimiento de una de las enormes y pesadas bases. Aunque apenas duró una semana en el cargo, lo despidieron en cuanto destrozó una intentando limpiarla. Sin duda eran más delicadas y caras de lo que parecían a simple vista. Todos los aerobarcos que atracaban e iban a quedarse más de una hora suspendidos en él acababan pagando un plus para utilizar dichos apoyos de hierro macizo y llenos de brazos mecánicos bajo sus estructuras. Gracias a estos, podían darle algo de tregua al motor que los mantenía en el aire sin miedo a que la embarcación cayera en picado al vacío.

—Tú... —La Dama Sanguinaria se esforzó por recordar el nombre de Benjamín mientras ambos se alejaban—. Um... Delgaducho. Vamos a hacer esto a mi manera. ¿Entendido?

—Sí, sí... —El chico le respondió sin devolverle la mirada y arrastrando las palabras como si algo le hubiera poseído.

Le interesaban más los altos edificios que se asomaban tras el muelle, a lo lejos. No recordaba que hubieran estado nunca allí, y estaba seguro de que su memoria no le fallaba. El ambiente continuaba siendo cálido y tranquilo, con su gente paseando y trabajando sin prisas, sin los gritos histéricos típicos de las grandes ciudades ni tampoco sus «modales» desagradables. Pero por lo demás, parecía un lugar completamente diferente. El ladrillo de adobe que adornaba las casas lejanas resaltaba negrura de lo sucio que estaba, las chimeneas parecían fábricas de nubes grasientas y la buena gente, que a pesar de todo seguía sonriendo, vestía ropas mucho menos alegres y sencillas que

antes; los volantes en los cuellos, los chalecos puntiagudos y los sombreros, altos y fríos en su estética, gobernaban a la mayoría de los transeúntes.

«¿Qué ha pasado en estos dos años para que todo sea tan diferente?» pensó mientras dirigía su atención al enorme faro central que presidía el terreno justo en medio.

Se trataba del orgullo de Cecias, un enorme monumento que ayudaba a todos los navegantes del cielo a llegar a tierra por más que arreciara una tormenta. Su diseño era calcado al de cualquier otro, pero sus dimensiones parecían sacadas de un mundo de gigantes; y por dentro rebosaban engranajes y pistones que ayudaban a alimentar el edificio para que este pudiera iluminar el firmamento sin descanso. Ya solo por él merecía visitar la isla al menos una vez en la vida.

—Creo que necesitas que te deje las cosas claras. —Arlette lo detuvo a medio camino, entre una marabunta de gente desconocida, y le colocó una de las manos en su hombro de tal modo que las uñas, a través de los guantes, parecieron agujas ardientes. Le mostró el rostro duro y amenazante; incluso aunque su cara resultara preciosa, daba miedo cuando miraba de ese modo—. Tal vez haya aceptado tus condiciones hasta ahora, pero ni se te ocurra creerte que me tienes en la palma de tu mano. Si es preciso, te destriparé a ti y a toda tu familia con tal de conseguir lo que quiero. Así que... —sonrió al terminar—. nada de estupideces. ¿Ha quedado claro?

—S-Sí... —balbuceó el chico, zafándose de la dolorosa sensación que le empezaba a envenenar el hombro—. No causaré problemas.

—Entonces más te vale hacer lo que te diga cuando te lo diga. —Y le indicó con un movimiento de cabeza que prosiguiera.

Así fue. Ambos dieron unas cuantas zancadas hasta salir de la zona de ataque y se internaron en un área mucho más amplia y concurrida. Por más que el atracadero anterior hubiera estado lleno de trabajadores y navegantes caminando de un lado a otro, resultaba una minucia en comparación con el caos desatado allí: los carruajes motorizados pasaban por en medio, con maletas coronando sus techos y perdiéndose entre traqueteos; la ola humana cuchicheaba un sonido ambiental ininteligible y los silbidos de sirenas avisando de la salida de algún aerobarco transportista reventaban oídos. Y todo ello mientras Benjamín sentía, con cada vez más fuerza, que tal vez el recuerdo que conservaba de su hogar había sido idealizado tras tanto tiempo en cautiverio. Según se acercaba más a la salida del puerto, escapando finalmente de él sin encontrarse vallas de ninguna clase, y entraba en las

callejuelas con casas delimitándolas, fue notando con más fuerza esa diferencia abismal; casi como si estuviera en una dimensión paralela o en una reproducción equivocada de lo que era la isla de su infancia. Todo era menos afable, más triste y recargado de lo que debería. ¿Dónde quedaban las calles coloridas? ¿Adónde habían ido los vecinos de Cecias que caminaban saludando a todo el que se cruzaban con una sonrisa y un gesto agradecido?

—Qué extraño... —susurró, acariciándose la barbilla desnuda y sintiéndola envidiablemente suave.

Joselyn y el pirata hicieron un buen trabajo, sin duda. Ya no parecía un... bueno, lo que era, un fugitivo desnutrido. Solo hizo falta un buen baño para deshacerse de ese horrible olor y vestir algo mucho más digno para terminar de convertirse en alguien bien distinto. No en un maleante, ni tampoco en un pirata; sino en un reducto de lo que una vez fue cuando su vida era normal. El Ser abandonado y asustado ya no existía, y esperaba que no volviera a hacerlo jamás por más delgado y demacrado que aún estuviera.

En cierto modo tenía que agradecersele a la Dama Sanguinaria. Incluso aunque le hubiera alimentado y cuidado solo para sacar provecho de él, le debía la vida; y eso no pensaba olvidarlo.

—No te detengas. —Arlette le reprendió manteniendo un semblante tenso. Parecía como si siempre estuviera preparada para un contratiempo; incluso mantenía una de las manos sobre la empuñadura de su espada.

Benjamín no pudo evitar recordar lo que le contó el «barbero» mientras pasaba la cuchilla por su garganta; situación que, por otra parte, fue bastante inquietante y que vivió con tanta fuerza que llegó a sentirla como la última. El hombre le narró la leyenda de la Dama Sanguinaria, el por qué la llamaban de ese modo tan desagradable y la razón de su cruzada personal. Incluso le explicó, con cambios de voz incluidos, el momento en que se hizo con el poder del barco y el instante en que el capitán Giles pereció de un traicionero disparo. Imaginó lo terrible que debió de ser y lo triste y sola que se sintió. En cierto modo, Arlette era digna de lástima.

La miró con media sonrisa, intentando ganarse su aprecio para que aquella «colaboración» resultara menos tensa. No consiguió nada con ello, solo estaba interesada en la reliquia que escondía en alguna parte de su casa, y cuando lo consiguiera se marcharía para no volver. Por más que su apariencia fuera la de una preciosidad de media altura, con curvas emocionantes, cabello de tono intenso y labios dulces, dentro se escondía un monstruo; o eso narraban los Buscadores de Leyendas con insistencia.

Ni aunque llevara un corpiño sensual y una blusa roja sobresaliendo de este a la altura de la cintura y extendiéndose más allá de los hombros en mangas voleadas resultaba menos amenazante. Solo habría que fijarse en su espada, colgando del cinturón de la cadera y centelleando dentro de una vaina amenazada por agujeros cuadrados y alineados en vertical, para percatarse de ello: no era una chica normal. Incluso las botas negras y puntiagudas, con una ristra de hebillas color sangre escalando las espinillas por un lado, podían utilizarse como armas y dejar a un hombre encamado durante días; o algo peor. Los pantalones terminaban con el estilo de su indumentaria pegándose a sus fuertes muslos y rodillas. Eran elásticos y estaban perfectamente preparados para protagonizar saltos, escaladas y fintas imposibles.

—¿Qué pasa? —Arlette frunció el ceño—. No me irás a decir ahora que no recuerdas dónde está tu casa.

Lo cierto es que hubiera sido lo más normal dadas las circunstancias, Cecias no parecía la misma de hacía dos años. Pero, por suerte, Benjamín sabía perfectamente dónde estaba y cómo encontrarla.

—No, tranquila. —Llegó a adelantarla y señaló con otro intento de sonrisa la dirección adecuada.

Ella solo le miró de soslayo y resopló. Le irritaba cómo se esforzaba por parecer feliz. Había visto el lugar donde estuvo encerrado durante todos estos años y no comprendía cómo podía comportarse así.

En el fondo no es que odiara su actitud. Lo que no soportaba eran sus intenciones de hacer borrón y cuenta nueva. No estaba interesado en la venganza, solo en regresar con los suyos; y no lo entendía. Ni por asomo. ¿Acaso ya daban igual los años de injusto maltrato? ¿Tan rápido se había olvidado de la Torre Solitaria y sus horrores?

Los ojos de Benjamín brillaban según avanzaba, y su boca se abría y cerraba sorprendida con cada cambio descubierto y con cada recuerdo al llegar a la siguiente esquina conocida.

Arlette le descubrió murmurando algo al llegar a la plaza central desde la que se podía entrar al faro, cambiada por el modo en que el chico volteó en todas direcciones para no perderse detalle alguno.

Lo mismo sucedió al adelantar el muro oeste del parque donde unos niños jugaban, que sin duda reavivó la infancia de Benjamín en su cabeza, pues susurró el nombre de una chica. Por cómo sonrió al pronunciarlo ella supuso que debía ser una hermana o madre.

—¡Hemos llegado! —Clavó su dedo índice en el aire apuntando un cruce

insignificante.

Se encontraba junto a un par de puestos de fruta, al límite de un mercadillo abarrotado que escondía su acceso por culpa del mar de personas que pululaban por los bordes desechos de las aceras.

Arlette ignoró la felicidad que se desbordó por todo el muchacho y caminó en total silencio a su lado.

Una recta de adoquines, inesperadamente perfecta y desértica, se presentó ante ellos en forma de ligera rampa ascendente. No disponía de salida, pues fallecía sin remedio al chocar de bruces con un murete de piedras, desgastadas y pálidas, por el que subía una enredadera; y tras el que asomaba un precioso olivo arrugado.

Sin embargo, aunque la vegetación alegrara ese Cecias triste y desconocido para Benjamín, a él no le provocó el menor interés. Giró automáticamente la vista hacia el lateral; directo a la izquierda, donde se erigían casas pegadas unas a otras.

Por desgracia, al buscar con sus ojos el destino que tanto tiempo anheló volver a alcanzar, sintió como una parte de sí mismo moría.

Se acababa de topar con la trágica e insoportable realidad; además de con un espacio vacío en donde debería de estar su casa. Allí no quedaba nada, solo un grupo de montículos hechos de cascotes sucios.

—¿Qué ha...? —No se atrevió a terminar la pregunta.

Su acompañante tampoco habló. Solo se quedó atrás, a una distancia prudencial que le permitiera analizar el paisaje sin verse afectada de ninguna manera.

Al final, el chico se derrumbó clavando sus rodillas en el inicio de la parcela y preguntándose a sí mismo la única cosa que seguía sonando con fuerza dentro de su cabeza:

—¿Dónde están? —soltó, como si el propio viento pudiera responderle, entre lagrimones—. ¿Y mi familia?

Arlette no contestó, pues no sabía a ciencia cierta la respuesta, aunque solo tuvo que ver el resto de casas, intactas a los lados, para imaginárselo.

Pasara lo que hubiera pasado, hacía mucho que el hogar de Benjamín ya no existía. Al mirar el agujero daba la sensación de que alguien había arrancado el edificio de cuajo, dejando las demás casas intactas.

En definitiva, alguien se había encargado de borrar su hogar del mapa para siempre.

—¿Puedo ayudarles en algo? —Una mujer se asomó por el balcón de su

casa, al otro lado de la callejuela.

La pirata simplemente la analizó, sin abrir la boca y dejando que Benjamín tomara el total control de la escena.

—¡Sí! —El chico saltó y sonrió golpeándose las rodillas para limpiar la tierra impregnada en la tela—. ¿S-Sabe que ha pasado? —Señaló la parcela entre temblores, intentaba esforzarse en no parecer afectado sin ningún éxito.

La vecina era relativamente joven, un poco más mayor que ellos y, por lo que parecía, debía llevar poco allí, pues no reconoció a Benjamín; y él a ella tampoco.

—¿Que qué ha pasado? —Le costó un poco razonar, casi como si fuera una vieja máquina escacharrada. Al final encogió los hombros y dijo que eso siempre había estado así—. Aunque he oído historias...

—¿Historias? —La Dama Sanguinaria entró en la conversación tan rápido como salió del ella al considerar que no era asunto suyo.

—No sé si son ciertas, ¿sabéis? No soy ninguna Buscadora ni tampoco una chismosa, solo una ama de casa... —Por como habló estaba deseando atiborrarles de habladurías. Únicamente se lo impedía un falso velo de decencia; que se desprendió cuando Benjamín le insistió.

—Se lo ruego, cuente. No nos importa, solo queremos saber.

—Pues veréis. —Se pegó al borde de la barandilla de forja y habló removiendo los ojos en ambas direcciones para asegurarse de que nadie la escuchaba—. Cuando me mudé aquí me contaron que antes había habido ahí una casa en la que vivía una pareja y sus dos hijos. El mayor se debió meter en algún lío, las autoridades vinieron un día y se lo llevaron a rastras para siempre. Nunca regresó. No sé qué pasó con él pero debió ser terrible porque las vecinas me explicaron que al poco vino un hombre muy bien vestido con una orden de desahucio y derrumbe. Desde entonces a su familia se le acabó la suerte.

—¿Qué quiere decir con «se le acabó la suerte»?

—Según oí, no pudieron levantar cabeza, o más bien, no les dejaron. Un conde les hizo responsables de los trapicheos del hijo o algo así. Está claro que se metió con la persona equivocada porque desde entonces se empeñó en hacerle la vida imposible a su familia por venganza... —Se detuvo, pero podía notarse en como hablaba que aún quedaba la peor parte.

Le daba miedo preguntar. Tardó en atreverse a hacerlo:

—¿Y...?

—Nadie quiso darle trabajo al padre después, por no sé qué amenazas por

parte del señor antes mencionado. Acabaron viviendo en la calle y casi nadie se atrevía a hablarles o mirarles cuando se cruzaban con ellos. Simulaban no verles, como si fueran invisibles. Si uno decidía ayudarles, aunque fuera con un trozo de pan o unas monedillas, acababan sufriendo una desgracia: un robo, una agresión... Cosas de esas. —El alma de Benjamín se fue deshilachando según la mujer proseguía con su relato—. Lo peor llegó al mes. La niña estaba tan enferma que no lo pudo soportar más y murió un día que llovió a cantaros. —El sonido se había desintegrado para el muchacho y los colores se habían vuelto apagados y casi inexistentes—. La madre la siguió poco después: saltó el borde del puerto y se desvaneció más allá del vacío. Terrible, sin duda una desgracia. Cuando me lo contaron no podía creérmelo. Decían que era una mujer muy agradable. —Por más que les dedicara palabras bonitas a los protagonistas de su historia, en su manera de hablar podía notarse el completo vacío e indiferencia que realmente sentía hacia ellos. El mismo con el que el Buscador de Leyendas había relatado el pasado de Arlette, que en silencio miraba fijamente a su acompañante—. Del padre no sé mucho, creo que lo mataron... en una pelea de borrachos tiempo después o al intentar robar en no sé dónde. ¡Ay! No me acuerdo. Pero sí que se abandonó y acabó sus últimos días autodestruyéndose en algún rincón hasta que le llegó la hora. De eso estoy segura. —Las rodillas del antiguo prisionero no lo soportaron más y le hicieron volver a besar el suelo enladrillado. Benjamín lloró hasta ahogarse, pues acababa de descubrir que quien había sufrido la peor parte no había sido él... sino su familia.

Ya nada volverá a ser igual

El pasillo de la segunda planta de la mansión estaba tan iluminado como el de la primera. Por el contrario, era mucho más alto y contaba con unas curiosas lámparas colgando cada varios metros; imitaban una esfera diáfana envuelta en una red fina de oro y dentro tendía boca abajo una llama de aceite.

Para llegar hasta allí, Isbel tuvo que sortear la mirada vigilante del Medio que los había recibido al llegar, cosa que solo consiguió gracias a que Patrick se cercioró de mantenerle ocupado el tiempo suficiente como para que ella subiera por la escalinata y siguiera la veloz marcha de Cristina y sus amigas desde la distancia.

Ahora que estaba en zona peligrosa, no tenía muy claro lo que estaba haciendo. De hecho, ahora que se paraba a pensar sentía que llevaba todo el día sin saber lo que hacía. Había abandonado su trabajo, aceptado perpetrar un delito e introducirse en el paraíso ilegalmente; por no hablar de la suplantación de identidad. ¿Cuándo se había vuelto así? Siempre fue una buena chica. Solía ser trabajadora, cuidadosa y amigable. ¿Tanto deseaba ser una Alta como para arriesgarse de ese modo y mostrarle al mundo su peor cara?

Cualquier posible remordimiento se disipó cuando la voz de Cristina Robres se escuchó tronando al fondo del recorrido. Sus tacones aplastaban sonoramente el mármol brillante mientras acogía los envenenados ánimos de sus amigas, que ya habían agotado todos los insultos habidos y por haber del diccionario. A Patrick, estuviera donde estuviera en ese momento, debían de estar pitándole los oídos, sin duda.

Isbel se pegó a la esquina que daba acceso al camino en cuestión y desde allí vigiló pacientemente a las Altas. Se detuvieron al final, frente a una puerta parecida a la que vio en la biblioteca de la parte inferior. Cristina entró entre bufidos y la cerró delante de las narices de sus amigas. El portazo fue tan fuerte que algunos cabellos de las muchachas flotaron de la impresión.

—¡Llamad a Esmeralda! —rugió, desde el otro lado de la hoja—. ¡Quiero que venga mi sirvienta con un vestido que esté a la altura! ¡Ya!

La ristra de Altas salió al trote entre cuchicheos y, tras una larga caminata, pasó por delante de Isbel sin reparar en ella.

Al cruzar, la Baja pudo oír como esta vez los insultos no iban hacia Patrick,

sino hacia Cristina, la persona a la que idolatraban.

—Él tenía razón. —Se despegó de la pared y comenzó a avanzar sin perder de vista el pasillo por el que habían girado las arpías—. Todos son unos embusteros.

Recorrió la distancia que la separaba de la puerta del cuarto bastante más rápido de lo esperado. El miedo a ser descubierta, a ser lanzada al Cielo Sin Fin por sus crímenes, la obligó a ello.

«¿Ahora qué?» pensó al encontrarse de narices con la entrada y caer en la cuenta. «No tengo ni idea de qué hacer».

Dentro estaba la Alta. Si abría sería descubierta instantáneamente y no habría modo alguno de salir de esta. Podía asegurar que se trataba de un error, que iba buscando el baño o cualquier estupidez similar. Sin embargo, conociendo cómo se las gastaba la hija de Moisés Robres, lo más probable es que terminara expulsada de la mansión. Y eso significaría perder su derecho a convertirse en una verdadera Alta. Aunque... Empezaba a no desear tan fervientemente serlo. Al menos no en ese instante en el que el pecho le dolía y la respiración sonaba tan fuerte como un terremoto. Bien habría anhelado estar soñando y despertar de nuevo rodeada de malsana polución, un muro al que apenas podía llamar casa y un sinfín de horas por delante que quemar a base de trabajo. Sin embargo, no iba a abrir los ojos en la zona Baja. No señor. Iba a seguir ahí, delante del cuarto de la Alta con la cara de haber visto un fantasma y las manos temblando como si nunca las hubiera usado antes.

«Tengo que hacer algo» decidió a la vez que tragaba saliva y agarraba la manilla de la puerta con suavidad.

El tacto frío del metal la hizo replantearse la situación y soltarla, pero al final volvió a cogerla y, muy lentamente, la giró con la esperanza de que el chasquido del cierre no se escuchara en el interior.

Isbel vigiló la puerta mientras se abría. Se deslizaba con una delicadeza pasmosa, casi tan silenciosamente como cuando una hoja cae de una rama hasta alcanzar el suelo. Los ojos de la Baja se clavaron entonces en las bisagras, que parecieron estar a punto de chirriar en cuanto hubiera abierto un poco más. Sin embargo, no dijeron nada.

La entrada quedó descubierta lo suficiente como para ver el interior y comprobar, sin peligro, que Cristina estaba al otro lado de un alargado biombo, el cual tapaba por completo la visión de la Alta. Su sombra se perfilaba débilmente en la tela rallada que forraba la estructura del mismo, esperando sentada en lo que parecía, por su figura, un taburete. Las manos

estaban ocupadas acicalando su cabello mientras que una de sus piernas desnudas tamborileaba sobre el suelo por culpa de la rabia contenida. Aún no se había olvidado de la ocurrencia de Patrick.

«Más vale que no me vea», se recordó Isabel cuando, sorprendiéndose a sí misma, entró del todo en el cuarto y dejó la puerta entreabierta para facilitar el escape en caso de que fuera necesario.

La habitación era inmensa, lo suficiente al menos como para asegurar que ocupaba el tamaño total de un piso de un edificio de la Ciudad Baja. Las paredes estaban revestidas de tablones níveos, para variar, aunque contaban con tornillos gigantes de color oro en la parte más alta e inferior de estos. Un achatado candil, de esqueleto dorado, hacía de lámpara en el techo. Por lo demás, había en la estancia una cama el doble de grande que la que Isabel disfrutó aquella mañana y un armario empotrado en una de las grandiosas paredes rodeándolo todo.

En cuanto salió de su estado de admiración, la Baja se puso a trabajar. Buscó con la mirada el objeto sin despegarse del todo de la salida y no paró hasta que lo encontró. El artefacto que tanto deseaba Patrick pareció gritar su posición con un brillo momentáneo.

«El destino me odia».

Estaba colgando del mismísimo biombo. Su cuadrada cadena lo mantenía en el aire aferrándose a uno de los picos mientras la tenebrosa sombra de Cristina aguardaba sentada de espaldas justo detrás. Incluso podía verse tímidamente el vestido que había llevado puesto sobresaliendo por un lado de la estructura, a modo de cadáver, junto a una alfombra aterciopelada que cubría el espacio vacío hasta la cama.

La compañera de Patrick dio un paso lento y perfecto. No sé escuchó nada. Continuó. Solo el leve siseo del peine de concha de carey surcando cabellos oscuros. Isabel avanzó más aún. Ya casi podía estirar el brazo y alcanzar la meta. Se atrevió a hacer un último esfuerzo y, entonces, agarró el artefacto entre sus dedos sin problemas, aunque provocando un leve y audible tintineo. Después aspiró y quedó en silencio. Esperó alguna reacción sin mover un centímetro de su cuerpo y, gracias al cielo, Cristina no se inmutó; estaba demasiado ocupada empolvándose el cuerpo con obsesión. Todo iba bien.

La Baja comenzó entonces a deshacer los pasos que había realizado hasta el biombo. Se movió tan lentamente que en alguna ocasión estuvo a punto de perder el equilibrio, aunque finalmente consiguió llegar hasta la puerta y ver como esta se abría de par en par revelando a una Media sorprendida, con

vestido en mano, seguida de Moisés Robres y de uno de sus hombres.

—¿Quién es usted? —espetó confuso el Alto Predilecto. Desgraciadamente, justo después observó el colgante entre sus manos, lo que provocó que rugiera —. ¡Simón! ¡Apresa a la ladrona!

Se formó un griterío que comenzó cuando Cristina miró desde los límites del biombo y descubrió a todo el mundo dentro, luego a ella se le unió la propia Baja, aterrada en cuanto el hombre, tan grande como un árbol, pasó por debajo del hueco de la puerta estirando sus enormes brazos para hacerle todo el daño que su jefe le ordenara.

Isbel dio varios pasos atrás retrasando lo inevitable y cuando su espalda se topó con el biombo escuchó a Cristina gritarle que se alejara de ella.

—¡Fuera!! ¡Largo!!

—¡No soy una ladrona! —exclamó Isbel intentando que no le temblara la voz—. Solo tenía curiosidad. Lo dejaré donde estaba y me iré...

Lamentablemente no iba a ser tan fácil. La voz de Moisés Robres sonó decidida:

—¡Estás muy equivocada si piensas que te vas a ir como si nada! ¡Prefiero quitártelo de tus frías y repugnantes manos! Así aprenderán quienes piensen que pueden venir a mi casa a robarme.

Aquella última frase se convirtió en una orden directa. El guardaespaldas del Alto predilecto se abalanzó definitivamente contra la pobre Baja y a ella no se le ocurrió mejor idea que atizarle con el colgante blandiéndolo desde la cadena. Apenas consiguió nada cuando golpeó al atacante en el pecho. Encima, el hombre demostró grandes reflejos cuando detuvo la segunda acometida del colgante y lo zarandeó hasta arrancárselo de las manos.

La cadena se separó del medallón en ese instante y este saltó por los aires hasta estrellarse contra el suelo y descascarillar su armazón en mil pedazos. Una pieza esférica, similar a una enorme moneda de plata, salió disparada y calló cerca de la entrada a la habitación.

—¡Vamos! ¡Cógela de una vez! —insistió el padre de Cristina mientras ella se tapaba tras el biombo sin dejar de gritar como una histérica.

Y así fue. El Medio fortachón consiguió aplastar sus dedos sobre la delgada muñeca de la chica y tirar de ella contra él. En un instante había abrazado a Isbel, ignorando sus continuos pataleos, elevándola sobre el suelo haciendo que cualquiera de sus esfuerzos resultara fútil.

Entonces, con el ambiente levemente más calmado y con solo los forcejeos de Isbel quebrantando la recuperada tranquilidad, Moisés se acercó a ella

mostrándole un rostro salvaje.

—Pienso clavar un poste en la entrada, anclarte a él con unos grilletes y deshacerte a latigazos —sonrió.

Una voz los sobresaltó de repente:

—Qué vergüenza. —Patrick apareció detrás de todos, junto a la Media que se había quedado anclada entre el pasillo y la habitación. Habló mientras se agachaba a recoger los restos del artefacto que tanto deseaba—. Así no es como debe comportarse un miembro de la Presidencia. —Abrió la palma donde descansaban las piezas destrozadas y comenzó a desechar las que le resultaron inútiles.

—¿Qué? —El Alto Predilecto torció la cara intentando identificar definitivamente al intruso—. ¿Es que no sabe que esta zona es privada? Más le valdría volverse por donde ha venido o...

—¿O qué? —Tiró otro trozo al suelo—. ¿Amenazará a un Respetable? —En ningún momento subió la mirada hacia los demás, siguió escarbando hasta que encontró la pieza central del objeto. Era redonda y contaba con una serie de engranajes, dos manillas planas y un anillo sobre su superficie—. Aunque, bueno. Si es capaz de amenazar a sangre de su sangre, qué se puede esperar de usted... —Soltó la bomba imitando la media sonrisa de Cristina.

—¿Cómo? —Incluso Moisés se quedó sorprendido. No tenía la menor idea de lo que hablaba.

Isbel no pudo hacer nada más que parpadear creyendo que había oído mal.

—¿Sorprendido? No puedo culparle. Es lógico que no la reconozca después de tantos años. Aunque apostaría lo que fuera a que ahora mismo ya empieza a hacerse una idea de lo que le estoy hablando. ¿No es así?

—Deje que le aplaste la cabeza, jefe. —El guardaespaldas, sin liberar a la Baja, mostró los dientes igual que un animal salvaje.

—Eso no es buena idea. A no ser que quiera que todo el mundo se entere de su visita a cierto orfanato de la zona Baja.

Como una bala, el brazo del padre de Cristina se estiró y denegó el deseo de su subordinado.

—Deja que hable.

—Mejor, sin duda. —Escondió la pieza en su puño y prosiguió—: No le aburriré con detalles que no desea que escuchen terceras personas. En su lugar le ofrezco un intercambio.

El Alto le interrumpió alzando la voz:

—¡Ya me acuerdo de usted! Hace un par de años intentó patéticamente

comprarme el colgante a base de engaños y trucos —resolvió el enigma rápidamente—. Por lo que supongo que está detrás de este pequeño intento de robo. ¿Me equivoco?

—En primer lugar, el primer ladrón fue usted; aunque ya no importa. En su momento le ofrecí un trato justo que osó despreciar. Ahora, como castigo, solo le brindo mi silencio a cambio de dejarnos marchar indemnes. —Levantó un dedo como apunte especial—. Llevándonos lo que queda del colgante, claro está.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? ¿En serio piensa que puede asustarme con supuestos mensajes póstumos? Lo que tenga escrito en un panfleto y a quien se lo mande me importa lo mismo que el cuello de su amiguita. —Hizo un gesto para que su sirviente apretara un poco a Isbel, la cual soltó un chillido corto de la impresión.

Sorprendió que Patrick no se sobresaltara. Conservó la calma en todo momento, puede que porque no era su cuello el que corría el riesgo de partirse.

—Pues debería importarle. Lo niegue o no, la muchacha a la que piensa asesinar es su verdadera hija.

—¿Q-Qué? —Isbel se sintió traicionada. La cabeza le daba vueltas—. ¿Se puede saber que está diciendo? —Empezaba a pensar que para él solo era una marioneta. Hablaba de ella como si no estuviera allí mismo y se comportaba como si el hecho de que estuvieran pensando matarla no le ocasionara ninguna clase de sentimiento.

Él siguió sin hacerla el menor caso:

—Puede negarlo todo lo que quiera, Moisés. Tengo pruebas, dudas razonables y una familia poderosa a la que le gustaría recuperar a su verdadera descendiente. Y le puedo asegurar que si se interpone en su camino lo pagará. Los Robres no son los únicos que saben romper cuellos. Así que, dígame. ¿Qué decide? ¿Piensa razonar y aceptar a su hija legítima? ¿O en su lugar va a abrir una fosa para seguir viviendo una mentira?

La frente de Moisés se arrugó más de lo habitual mientras él pensaba. El Medio esperó sus órdenes en silencio y, gracias al cielo, Cristina ya había dejado de gritar; se había asegurado de coger el vestido del suelo sin que se viera ninguna parte íntima de su cuerpo.

—¿P-Papá? ¿Es cierto? —Cristina tembló desde la seguridad de su «fortaleza» —. Esa ladrona es tu... —Sollozó dolida—. No soy... ¿No soy tu hij...?

—Tranquila, Princesa. —La interrumpió sin siquiera voltearse y manteniendo la atención en Patrick—. Diga lo que diga este indeseable, eres mi hija. Te lo demostraré. —El hombre sonrió y se llevó las manos tranquilamente a la espalda—. Pártele el cuello.

—¡¡No!! —gritó Isbel desesperadamente, forcejeando entre las manos de su captor, intentando que su voz sonara con fuerza pese a la presión de los dedos en su garganta—. ¡¡No es el colgante de verdad!! Es una imitación, es... ¡El auténtico está escondido!

—¿Estás segura de lo que dices? —Moisés hizo un gesto con la mano para que su guardaespaldas esperara—. Porque si descubro que tan solo se trata de una treta me aseguraré de que tu muerte sea mucho peor que una simple rotura cervical.

—¡L-Lo prometo!

—¿Estás loca?! ¡No puedes confiar en él! —Patrick intentó que se callara, pero no lo consiguió.

—¿Y qué quieres que haga?! —La Isbel educada desapareció—. ¡No pienso morir por culpa de tu estúpido ego! —Miró de nuevo al padre de Cristina y le aseguró que le entregaría el de verdad a cambio de su vida—. Le juro que no sé nada de líneas de sangre. Y me dan igual. Yo solo quiero irme.

—Está bien. —Se mostró tenebroso—. Siempre que sea cierto lo que dices dejaré que te vayas.

La Baja suplicó que el forzado la soltara para poder mostrarle donde estaba y, en cuanto volvió a sentir el suelo bajo sus pies, sacó la imitación de su escondite; el Medio curvó una ceja al verla meter la mano en el canalillo.

—¿Ve? Está aquí. —Le mintió enseñándole con manos temblorosas el colgante falso que Patrick había tenido la intención de hacer pasar por el real.

Nada más verlo, Moisés lo rozó con los dedos. Después lo agarró y empujó hacia atrás a Isbel haciendo que se cayera de bruces al suelo.

Patrick demostró la suficiente humanidad como para acercarse y ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

—No gracias a ti. —Se incorporó zafándose de sus manos y quedó a su lado esperando la decisión del terrorífico Alto.

Isbel siempre supo que los Altos eran poderosos y orgullosos, pero lo que estaba viendo ahora era mucho más. Aquel hombre se movía en un mundo oscuro que ella no sabía que fuera posible. Si bien era cierto que en la Ciudad Baja existían robos, secuestros y asesinatos de toda clase, siempre nacían por

la necesidad de comer; de sobrevivir. A Moisés, por el contrario, no le movía ninguna necesidad, a él no le importaba la vida de los demás con tal de conseguir lo que quería y parecía estar bastante habituado a dar órdenes sangrientas a sus secuaces por simple capricho. Para colmo, su hombre se mostraba agradecido con el trabajo. Estaba segura que dejaría de parpadear durante un día si su jefe se lo ordenara.

El Alto predilecto elevó el colgante sobre sí observando la carcasa de escamas a doble color. La cadena cuadrada se arremolinó por culpa del contrapeso y el metal brilló bajo la luz de la habitación. Sin duda parecía real. Quien hubiera creado la réplica había hecho un gran trabajo, eso seguro.

—Cristina. —Se acercó a su hija, que los observaba desde el borde de su biombo—. ¿Es el collar que te regalé?

—¿Ese hombre dice que no soy tu hija y lo único que te importa es el collar? —bufó.

—Cristina... —aseveró la mirada.

—Sí. Supongo que sí. Brilla y no parece chatarra. —Encogió los hombros—. Supongo.

—Bien. —Giró hacia Patrick e Isabel añadiendo cierta, e inquietante, revelación—. Porque quería estar seguro de que lo es antes de mandar a estos desgraciados al otro barrio.

El guardaespaldas sacó un revólver plateado. Se veía bastante caro, como si Moisés Robres se lo hubiera entregado a modo de trofeo; por sus servicios tal vez.

—¿¿Q-Qué?! ¡Pero usted lo prometió!

—¡Si nos mata todo el mundo sabrá la verdad! ¡Lo juro!

—¿Y de qué verdad me habla? ¿La que dice que esa desconocida es mi verdadera hija? Su verdad resulta no ser la mía. Ni tampoco la realidad, que es mucho más importante. Porque puedo apostar toda mi fortuna, sin miedo a perderla, que yo jamás abandonaría a mi hija en un orfanato.

—¡Mentira! —Patrick rugió apretando los puños—. ¡Sé que miente! Su esposa murió en mitad del parto y dio a luz a una chiquilla prematura y enferma. He leído ciertos registros: pagó una suma incalculable a decenas de médicos para buscar una cura. —Su rostro se convirtió en pura seriedad y odio—. Por desgracia no había nada que hacer, le aseguraron que la niña no llegaría a adulta. ¿Y qué hizo usted? Se valió de la suerte que le brindó una oportuna casualidad y se quedó con una niña desvalida que no era suya. ¿¿Y para qué?! ¡Solo para que sustituyera a la enferma cuando esta falleciera y así

la imagen de los Robres siguiera fuerte e intachable! ¡¿De verdad quiere que todo eso se sepa, eh?! ¡¿Qué crió a ambas como si fueran la misma persona?! ¡¿Qué les enseñó a leer y las preparó para el futuro inculcándoles desde tan temprana edad protocolos y modales?!

Aquella última parte le puso a Isabel la piel de gallina. Como un flashback encerrado a cal y canto durante años, al oírle, vio la imagen de la biblioteca de su infancia durante un parpadeo y reconoció en lo más profundo de su ser que no podía ser de la zona Baja. Siempre lo había creído, pero esa enorme sala de libros era pálida como las paredes de aquella mansión, alta como el pasillo que ya había superado e impoluto como solo puede serlo el paraíso. ¿Por eso siempre había amado los libros? ¿Aquella era la razón por la que tendiera a hablar de un modo refinado y más propio de los Altos? ¿Se debía a todo lo que Patrick gritaba? Se odió al intentar recordar y solo encontrar imágenes desdibujadas que no pudieron resolver ninguna de sus preguntas.

Patrick seguía gritando:

—¿En serio está dispuesto a que todo el mundo le rechace cuando descubra que decidió abandonar a la más débil, a la que es sangre de su sangre, en un oscuro orfanato cuando vio que no podía seguir escondiéndolas del mundo sin descubrirse usted?! ¡¿Eso es lo que quiere?! ¡¿Matar a su verdadera hija?!

—No abandoné a mi hija.

—¿Eh? ¡¿Qué?!

—Lo que oye. No lo hice. Ese ha sido su error y es por ello por lo que no voy a caer en sus tristes manipulaciones. Soy un hombre de negocios y carezco de ciertos... valores. No lo negaré. Pero de ahí a que sea capaz de abandonar al mayor tesoro que me ha dado mi difunta esposa, la mujer a la que amé lo suficiente como para no volver a querer casarme ni tener más hijos, hay un abismo. —Elevó la barbilla—. Mi hija estaba enferma, sí. —Reconoció—. Y pensé en criar a la otra en su lugar si moría, cierto. Pero, gracias al cielo, no murió. La sangre de los Robres es fuerte, y mi hija Cristina lo demostró venciendo estoicamente su mal. A quien deseché fue a la impostora. —Miró a Isabel—. A la criatura que jamás debí acoger.

Patrick se quedó helado. Su mirada pareció perdida un instante mientras Moisés sonreía vencedor. Justo después, el compañero de la Baja giró la cabeza lentamente y la miró como si hubiera visto un fantasma:

—Entonces... T-Tú eres la dueña del colgante... Eres tú... —Luego murmuró desviando los ojos a Cristina—. No ella... He estado equivocado todo este tiempo.

—Y por eso mismo no me importa lo que usted diga. Porque es mentira. — Moisés miró al Medio que había aguardado pacientemente en silencio a su lado—. Máталos y arrójalos al vacío.

El guardaespaldas tiró del percutor provocando un chasquido sin que Patrick le prestara la más mínima atención. Se encontraba en su propio mundo, recorriendo su mente y reordenando todas sus ideas.

—¡Tú eres a quien he buscado desde el principio! —gritó a Isbel agarrándole la palma y colocando violentamente sobre ella lo que quedaba del colgante—. ¡Cierra los ojos! —espetó un instante antes de que el metal besara la piel de la joven.

La Baja, instintivamente, más por terror que por la orden en sí, cerró los párpados con el tiempo justo para salvar sus ojos de una extraña e intensa luz azulada que lo envolvió todo de golpe y cegando a quien no se hubiera protegido de ella. Ni siquiera necesitó mirar para saber que la fantasmagórica anomalía provenía del artefacto que descansaba sobre su propia mano; antes de que sucediera había sentido un cosquilleo escapando del metal redondo.

Al abrir los parpados se encontró a Moisés rabiando de rodillas, a Cristina sollozando y gritando que se había quedado ciega y al Medio apuntando en todas direcciones mientras sus ojos ardían.

—¡Corre! —Patrick la había quitado el objeto de la mano y en su lugar la acababa de agarrar de la muñeca.

En cuanto su voz se extendió por el cuarto, el cañón se dirigió hacia donde estaban y el Medio apretó el gatillo provocando un trueno.

La bala escapó, entre raspones, del revólver y voló hacia la cabeza de Isbel. Gracias a que su compañero tiró de ella, el proyectil no terminó incrustado en su cráneo. En su lugar, continuó girando hasta clavarse en la pared de detrás; lanzando astillas por los aires en el proceso.

—¡Nos ha disparado! —dijo Isbel sorprendida.

Corrieron con todas sus energías al exterior, donde al parecer había estado esperando la Media del traje todo el tiempo, y huyeron por el pasillo mientras la sirvienta se desmayaba.

—¡¿En serio?!! ¡¡No me digas!! —ironizó espantado—. ¡¡No me había dado cuenta!!

—¡¿Y qué demonios ha sido ese fogonazo?! —quiso saber ella justo después, al mismo tiempo que el Medio y Moisés salían a duras penas, y ciegos, por el umbral de la puerta.

—¡¡Calla y corre!!

El calzado de Isabel y Patrick resonó fuerte, tanto que para ella se asemejó al tiro que acababa de pasarle junto a la oreja. Pero aun así, no tuvo tiempo de agobiarse y perder el control. El Alto tenía razón, había que correr y salir de allí cuanto antes. Sobre todo cuando ya no eran solo sus pasos los que cubrían el pasillo; ahora unos nuevos y más potentes, aunque bastante lentos, habían empezado a seguirles.

—¿Son ellos?! ¿Nos persiguen?!

Pensó en darse la vuelta. Sin embargo, su compañero se lo impidió tirándole del brazo.

—¡¡He dicho que corras!!

Alcanzaron la escalinata enseguida; y por tanto al bullicio de la fiesta: con sus Altos parloteando y sus Medios sirviendo.

Patrick detuvo en seco a su compañera y miró atrás. No vio a nadie.

—Sígueme. —Le susurró—. Despacio y sonriente. —La voz apenas se escuchó, los violinistas se habían trasladado junto a la escalera y tocaban muy cerca de ellos.

Isbel sonrió automáticamente con amplitud, aunque sus manos siguieron temblorosas.

—¿No deberíamos marcharnos cuanto antes? —expuso sin mover casi la boca, solo dejando un espacio para que las palabras salieran.

—Pero sin montar un espectáculo. —Le cogió la mano, por fin, con delicadeza—. Podría haber guardias fuera, no debemos llamar la atención—. Hizo como que la ayudaba a bajar los escalones con gallardía.

No sabían si sus perseguidores estaban cerca o lejos, pues el ruido impedía seguir oyendo aquellos inquietantes pasos. La sensación de que en cualquier momento iban a aparecer rabiando y disparando empujaba a Isabel a avanzar con mayor premura. Lamentablemente, él continuaba deteniéndola con susurros a la vez que soltaba fugaces sonrisas a cualquier invitado que se percatara de su presencia.

En cuanto superaron el último escalón y llegaron al recibidor se les acercó un Medio tan alto como el guardaespaldas que había estado a punto de estrangular a Isabel. Por suerte, este vestía de camarero y llevaba una inofensiva bandeja cargada de vasos cortos.

—¿Gustan de un refrigerio mientras aguardan, Altos? Pronto se iniciará la puja por la mano de la Alta Robres —quiso saber, agachando los ojos y doblando uno de los brazos en señal de respeto.

—No, gracias —se apresuró Isabel a responder.

La educación desmedida provocó en el Medio un instante de dudas, una mirada perpleja y la extraña sensación de haber oído mal: un Alto no podía haberle dado las gracias. Sin duda había confundido sus palabras.

—Disculpe mi torpeza, Alta, no le he oído bien. ¿Ha dicho que deseaba una copa?

—¿Quieres apartarse de una vez? —Patrick lo quitó de en medio sin demasiada resistencia.

Desgraciadamente los obstáculos no terminaron y la salida, a pocos metros de ellos, continuó haciéndose cada vez más difícil de alcanzar. El mayordomo jefe apareció con una reverencia cortándoles el paso y, sin moverse un centímetro, se dirigió a su súbdito:

—No estarás molestando a los Altos, ¿verdad? —Volteó el rostro a Patrick—. ¿Algún problema, Alto Ravenhold?

El gentío continuaba caminando y conversando alrededor. Aquello parecía un enjambre.

—No. Ha sido una fiesta esplendida y... —Estaba tan histérico que no le quedaban energías para más protocolo—. Blablabla. Estoy cansado. Nos vamos ya. —Fue a avanzar, pero se vio obligado a detenerse cuando el jefe Medio le replicó.

—¡Oh, no diga eso! Tenga la bondad de quedarse un poco más, se lo ruego. —Estaba empeñado en detenerle, incluso parecía soportar una expresión extraña y había extendido sus brazos a modo de muro sin que nadie se diera cuenta—. En breves momentos comenzará la puja por la petición de mano. —Pasaba algo raro, el tono de su voz no resultaba tan gentil; más bien autoritario.

—No estoy interesado en la señorita Robres. —Quería marcharse, sus piernas tiraban de él y su voz sonaba cada vez más amarga—. Solo vine por educación, de la que tu parece que careces. Déjame pasar. —Lo intentó de nuevo, pero ni Isbel ni él lo consiguieron.

Su obstáculo humano suplicó:

—Al menos tómese una copa, Alto. Estoy seguro de que...

—¡Apártete o te apartaré yo con mis...!

Moisés y su gigante gritaron desde lo alto de la escalinata, asomándose furiosos y con la vista aun nublada.

—¡Ladrones! —rugió el Alto con los ojos enrojecidos—. ¡Detenedlos!

—¡Están aquí! —El mayordomo jefe elevó las manos a toda prisa entre aspavientos—. ¡Sabía qu...!

No hubo más remedio. Patrick le quitó la bandeja al desconcertado camarero y, dándole educadamente las gracias se la estampó al traidor en plena cara antes de que este pudiera, siquiera, acabar de hablar.

Se generó un griterío generalizado que separó el mar de invitados por la mitad, construyendo convenientemente un pasillo libre hacia la salida. Isabel y Patrick aprovecharon la oportunidad. Mientras el Medio caía hecho un guiñapo, ellos le pasaron por encima de un saltito y prosiguieron la huida como si no hubiera mañana; y de hecho, si Moisés Robres los alcanzaba, no lo habría.

En ese momento no les importaba si los invitados farfullaban y los señalaban desde la distancia, ni tampoco si le hicieron daño al espontáneo que se interpuso en su camino.

—¡¡Aparta!! —El compañero de Isabel lo empujó violentamente aprovechando la carrera—. ¡¡Vamos!!

Incluso ignoraron el tiro que reventó parte del marco de la salida justo cuando lo cruzaban, pues una vez superado ya habían conseguido salir a la intemperie. Solo tenían que superar el jardín exterior.

—¡¡Dijiste «sin montar un espectáculo»!! —le recriminó Isabel, con los pulmones ardiendo y oyendo cómo Moisés exigía desde el interior que les apresaran.

Lo que sí que les trastornó fue el riesgo de ser atrapados. Les inquietaba desfallecer, no ser suficientemente rápidos, no poder correr como era debido por culpa de la ropa y el calzado y acabar torturados y lanzados al vacío infinito.

Sin embargo, en cuanto rebasaron milagrosamente la verja que hacía de límite de la parcela y giraron por la primera intersección que encontraron, los abrigó la negrura que la noche posó dulcemente sobre ellos.

Después, en cuanto estuvieron al cien por cien seguros de que no los seguían y de que habían salido indemnes, se detuvieron en una zona apartada y recuperaron como pudieron aire. Luego llegó lo más importante: las explicaciones.

Isabel elevó la cabeza mientras apoyaba las manos en sus rodillas y doblaba la espalda haciendo trabajar a sus pulmones al doscientos por ciento. Observó a Patrick frente a ella, hincando uno de sus codos sobre un muro que daba a un silencioso callejón mientras luchaba, también, por mantenerse entero y no caer agotado.

—Creo que estamos a salvo —soltó él como si nada.

La respuesta de la joven no se hizo esperar. Llegó violentamente y tan rápida como un rayo: una bofetada golpeó la mejilla del hombre haciéndole perder momentáneamente el equilibrio y quedándose con la boca abierta. También se escuchó como el sonido de la mano rebotaba y se perdía por el fondo.

—¿A qué ha venido eso?! —Se acarició la cara.

—¿Que a qué ha venido eso?! ¡¡Maldito seas!! —El insulto sonó en Isbel extraño, como antinatural e imposible—. ¿Eso es lo que debería preguntarte yo a ti! ¿Orfanato? ¿Sangre de su sangre? ¿Su hija? ¡¡Eres un embustero!! ¡Sabías que ese hombre era peligroso y aun así me convenciste para robarle! ¡Va con un asesino a sueldo por ahí, por todos los...! —Se llevó las manos a la cabeza, desesperada, y le dieron ganas de echarse a gritar—. ¡¿Cómo he sido tan tonta?! ¡¿Por qué confié en ti? Ah, sí... —Imitó una voz varonil como buenamente supo—: «Te vi sonriendo por la ventana y así supe que merecías vivir aquí arriba». ¡Qué ciega he estado! —Le dieron ganas de lanzarse contra él y arrancarle los ojos. Las maldiciones brotaban de sus labios como un torrente descontrolado, perdido ya el decoro. Estaba tan furiosa que ni se dio cuenta de que llevaba parte del borde inferior de la falda rasgada y a rastras. Se lo había pisado mientras huía entre gritos.

Patrick se encogió de hombros:

—Tampoco es que fuera mentira lo que te dije. Sí que te vi sonriendo desde la ventana... Que te eligiera por ser la, pensaba, verdadera hija del hombre que tenía el medallón es otro tema.

—¿Que te den! ¡Me han disparado! ¡¡ME-HAN-DISPARADO!! ¡¡DOS VECES!! —Había empezado a dar vueltas sobre sí misma sin saber hacia dónde ir. Quería marcharse, pero mientras más pensaba en alejarse de él más sabía que no podía hacerlo. ¿Cómo volvería a la Ciudad Baja sin dar explicaciones en el ascensor del Núcleo? Para empezar, ¿cómo iba a llegar hasta él si no sabía ni dónde estaba?— Madre mía... ¿Qué voy a hacer? ¡Ha visto nuestras caras! ¡Irá a por nosotros! ¡T-Tengo que volver a Verne! ¡Sí! —Se giró hacia él—. ¡Usa el salvoconducto de esta mañana y ayúdame a regresar! ¡Llévame de vuelta a la Ciudad Baja!

—Ni lo sueñes. —Arrugó las cejas—. Todo ha salido bien, sigamos con lo acordado.

—¿Qué?! ¿Estás bromeando?! ¡¡Ese Alto demente nos va a matar!! —La dulzura y retórica de la joven se habían esfumado por culpa de la tensión. El lado más «bajo» de Isbel emergía imparable como la lava de un volcán y

salpicaba en todas direcciones—. ¡Sabe quiénes somos, joder!

—¿Quieres bajar la voz? —le cuchicheó, vigilando los flancos de la calle—. Ni siquiera sabe nuestros nombres. Que recordara que estuve años intentando comprarle un colgante no quiere decir que sepa mi identidad. Casi nadie de la fiesta me conocía y... —Esto último lo dijo menos alegre— por más que tenga una fábrica de motores, para sus amistades solo soy un Alto de segunda. Créeme, estamos a salvo.

—¿Y si te equivocas? No sería la primera vez...

—No lo hago. —Fruunció el ceño al percatarse de la pulla—. Que simpática... ¿Sabes lo descomunal que es el Barrio de la Moneda? Por lo menos triplica al tuyo. Ese individuo ve a diario a cientos de Altos. Cuando se despierte mañana ni siquiera le importará lo de esta noche.

—Creo que voy a vomitar. —A pesar de ello, Isbel se llevó las manos al pecho a un paso de un ataque de ansiedad—. No quiero seguir aquí. Quiero irme. T-Tengo que volver a mi lugar.

—¿Ahora es «tu lugar»? ¡Con qué premura cambias de opinión! Creía que querías vivir en las alturas.

—Esto para ti es un juego, ¿no? —espetó Isbel amargamente—. Te lo has pasado genial engañándome y destrozando mi vida. ¿Verdad que sí?

—¿Engañándote? Mira, niñata —Patrick también perdió los buenos modos—, Te prometí que si nos hacíamos con su colgante heredarías todos mis bienes y arreglaría los papeles que te harían ser Alta. Y eso pienso hacer. Pero en nuestro trato no había ninguna cláusula que incluyera el contarte por qué te elegí realmente. No tenía ninguna obligación de explicarte tu propio pasado. ¡Ninguna! Si no la hubieras cagado, ahora estaríamos en casa y tú más feliz que una perdiz. Así que no vayas de mártir ahora.

Ella negó con la cabeza.

—No tienes honor ni palabra. Me voy. —Se giró y decidió arriesgarse—. Tendré más posibilidades sola y a la intemperie que confiando en un embustero al que le importó un comino que amenazaran con partirme el cuello.

«Mejor sola que mal acompañada», añadió para sí misma.

Pero Patrick no tenía la menor intención de permitir que se fuera. Tenía sus razones para haber hecho todo lo que había hecho.

—¿No quieres saber quiénes son tus padres? —lanzó entonces Patrick al vuelo, como si comentara el tiempo.

La chica se detuvo, como ya hizo en su momento cuando le ofreció ser Alta en mitad del Barrio de Verne.

—No bromees... —Pero la curiosidad era demasiado fuerte—. ¿Los conoces? —preguntó desconfiada.

—Sé mucho sobre ellos. Y sobre esto. —Patrick mostró su mano abierta y señaló con un gesto el medallón que minutos antes había iluminado una habitación entera por arte de magia—. Moisés Robres te lo arrebató el día que te encontró. Si me das la oportunidad, te lo explicaré todo. Sin engaños. Pero no pienso hablar de ello en mitad de la calle, hagámoslo en casa. ¿Sí?

Isbel no supo qué creer. Ya no tenía claro si entre sus palabras escondía más mentiras o en su lugar solo había sinceridad. Fuera como fuese, no iba a poder saberlo.

—Pero el señor Moisés...

—Olvídate de él. No nos va a encontrar. —Sonrió—. Te lo prometo.

La antigua recolectora apretó los labios, removiéndolos dubitativa los ojos y, con un suspiro, respondió.

* * *

El tiempo en Cecias se había ensombrecido. Las nubes cubrían las alturas y la luz apenas podía plantarles cara, pues eran terriblemente densas y venían acompañadas por una triste llovizna.

Pero a Benjamín le daba igual, su vida ya estaba siendo suficientemente horrible como para que un par de gotas pudieran afectarle. En ese momento, arrodillado ante lo que quedaba de su infancia, se sintió como si hubiera vuelto a su celda. La oscuridad empezaba a acosarlo otra vez y no se escuchaba nada a su alrededor. La vecina ya hacía rato que se había metido en casa y la Dama Sanguinaria aguardaba en silencio desde entonces.

El espacio derruido ya no se percibía como un segmento de parcela abandonada, sino como una tumba familiar. Resultaba inquietante que un lugar que le había dado tanta felicidad ahora personificara la sensación de destrucción y muerte más terrible que había sentido nunca; pues cada vez que miraba hacía allí, se hostigaba con una simple y demoledora verdad:

«Es gracias a ti».

Y bien que lo sabía. Si en vez de hacer caso a una leyenda, oída una mañana cualquiera en el puerto, hubiera seguido trabajando duro para darle a su hermana un final digno, su familia continuaría ahora viva. Puede que su hermana no, puede que hubiera sucumbido igual de pronto a la afección cardíaca que padecía de nacimiento, pero al menos lo habría hecho en un entorno feliz y familiar y no en un callejón o una esquina, calada de pies a

cabeza sin un techo bajo el que resguardarse.

Resultaba tan irónico... la cárcel le había salvado la vida. Su familia fue quien realmente pagó el mayor precio. El conde incluso se aseguró de que sintieran la misma soledad e indiferencia que él sufrió dentro de la prisión, solo que impuesta por sus propios vecinos y amigos. Había cogido su hogar, redoblándolo y deformándolo, hasta convertirlo en su particular cárcel; en otra Torre Solitaria mucho peor.

«No es justo» lamentó, sin mover los labios.

—Delgaducho. —La Dama Sanguinaria se alzó ante el silencio y lo apartó a bofetadas, sin alejarse de su posición para no quitarle al chico el espacio que tanto necesitaba para respirar.

Benjamín no respondió. Nada de lo que le dijera podría interesarle ya. Por lo que a él respectaba, podía enterrarle la espada entre pecho y espalda si era necesario, le traía sin cuidado. Ya jamás volvería a ver a sus seres queridos. ¿Para qué seguir viviendo? Le resultaba mucho más atractivo desaparecer y así librarse de esa horripilante sensación de culpa que le estaba envenenando el corazón.

—Sabes perfectamente cómo me llamo. —La rabia salió descontrolada, aunque conservando ese regusto abatido y deprimente—. ¿Por qué demonios no dejas de ponerme motes?

Sin embargo, Arlette no se enfadó por la repentina actitud brusca del muchacho. Él no podía verla, estaba ahí, agachado, asediado por fragmentos de sus recuerdos rotos, pero la expresión de ella mostraba una tensión contenida. Sabía que no podía ceder a la debilidad, pero lo cierto era que le comprendía. Al mirar a Benjamín le parecía estar viendo en tercera persona su propio pasado, lo que experimentó hacía años, cuando el *Fiora* se llenó de sangre y pólvora. Reconocía ese llanto, ese vacío, esa certeza de que todo se había perdido y nada importaba ya. Ahora Benjamín estaba solo en el mundo, no le quedaba nada ni nadie. Los dos eran, a su manera, iguales.

—Únete a mí —le dijo tranquilamente, como si comentara el tiempo.

—¿Q-Qué? —Él creyó haber oído mal, aunque al mirarla a los ojos ella lo repitió.

—Únete a mí. Hazlo. Acompáñame. Surca el cielo conmigo.

—¿A qué viene esto? —Benjamín se limpió las lágrimas. Las gotas de las nubes se desprendieron de su pelo—. Claro... —Volvió su expresión, de nuevo, vacía—. Te daré lo que viniste a buscar, un trato es un trato. Solo dame un momento. Deja que les lllore, no hace falta que me propongas mentiras para

conseguir lo que quieres. Ya no me importa.

En ese momento la pirata podría haberse quedado callada y esperar a que él le entregara el mapa astral que tanto ansiaba. Solo tenía que hacer eso y marcharse por donde había venido. Sin embargo, no le era posible. Ahora no veía a ese muchacho como una molestia ni tampoco como un obstáculo. Muy a su pesar, por mucho que quisiera mantener sus debilidades lejos, lo que veía en él era a un camarada, a alguien a quien compadecer.

—¿Prefieres llorarles o abrazarles de nuevo? —se decidió, sabiendo que si no lo decía se arrepentiría toda la vida—. Porque eso es lo que te ofrezco si te unes a mi tripulación.

—¿Cómo? —El chico quedó tan sorprendido que hasta se olvidó del sentimiento de culpa durante un instante.

La pirata se le acercó entonces, con ese aire seguro e intimidante, y se arrodilló a su lado; aunque impidiendo que su pantalón ajustado rozara los charcos que discurrían por la calle.

—No te prometo riquezas si decides venir, ni tampoco abordajes. Tampoco fama; eso no es lo que busco en mis viajes. Pero si me entregas el mapa y me prestas tus manos, tendrás la oportunidad de arreglar tus errores. Algún día verás a la Vendedora de Deseos. Podrás mirarla a los ojos y pedirle lo que tanto anhelas. —Le sonrió, una vez, solo una vez, antes de incorporarse de nuevo y volver a ser la de siempre—. Ella hará que vuelvan. —Alargó la mano hacia él para cerrar el trato y ayudarle a incorporarse—. Solo debes colaborar conmigo para encontrarla y subir al *Fiora* sin mirar atrás.

Las dudas ni siquiera tuvieron tiempo de presentarse en la cabeza del chico. Benjamín estaba tan desesperado y hundido que hubiera aceptado cualquier cosa con tal de salvar a su familia.

No le dio ninguna respuesta. Solo le estrechó la mano. Con todas sus fuerzas.

* * *

Llegaron a la mansión Ravenhold cerca de una hora después. Tuvieron que andar mucho, sirviéndose de la oscuridad y de los callejones para mantenerse invisibles y así no tentar a la suerte. ¿Quién sabía realmente si Moisés Robres continuaba buscándolos o no? Mejor no arriesgarse.

En cuanto accedieron al interior, Isabel se sintió más tranquila. No solo porque ya no tendría que seguir andando entre temblores, sino porque el

ambiente allí dentro le transmitía mucha paz y sosiego.

—¿Por qué no vas a tu cuarto y te pones algo más cómodo? —le sugirió él, cerrando la entrada principal y observando distraído las inmediaciones. No lo dijo, pero la Baja no era tonta. Estaba comprobando que nadie hubiera entrado dentro y los estuviera acechando en las sombras. Para estar seguro de que no iban a encontrarles, se le veía muy cauto.

—Creía que íbamos a hablar sobre mi familia. —Le dio vergüenza decir la palabra final. Era extraño, pues desde que tenía uso de razón había carecido de ella. Siendo pequeña, intentó que los demás niños del orfanato fueran la suya, pero con el paso de los años había aprendido que lo que los unía no era tan fuerte; y más cuando la gente se ve necesitada a robar, engañar y matar para sobrevivir. Las amistades se rompen, las caras se olvidan y la gente desaparece con extrema facilidad en la Ciudad Baja.

—Descuida, te hablaré de ellos. —Se acercó a una puerta de metal alejada del recibidor, más allá incluso de la habitación en la que Isbel sirvió de maniquí para las costureras—. Es solo que necesito preparar algunas cosas en mi sótano. —Tiró al suelo, como si nada, la chaqueta—. Dentro está todo sucio; lleno de polvo y mugre. Aunque si no te quita el sueño ensuciar el vestido eres libre de acompañarme—. Y tras agarrar un farolillo que colgaba de la pared empujó el metal produciendo un chirrido incómodo.

—En ese caso voy contigo. Total, la falda ya está hecha un desastre —soltó, cuando ya el Alto se disponía a cerrar.

Por cómo la miró, daba la impresión de no estar del todo contento con la respuesta, aunque le hizo un gesto gentil para que se acercara.

Nada más abrir se escapó un fuerte olor extrañamente conocido para la Baja.

—Presta atención a tu alrededor. —Patrick desapareció al otro lado, aunque su voz resonó igualmente—. Los escalones son un poco resbaladizos y no se ve muy bien.

—¿Qué demon...? —Isbel entró reconociendo el aroma: era el mismo que imperaba por todo el Barrio de Verne.

De estar en una mansión solitaria de altos techos y aspecto pulcro había pasado a un estrecho pasillo que descendía sirviéndose de una fila de escalones de piedra desgastada. Apenas podía ver. Tan solo el farolillo que se balanceaba bajo la mano del Alto dotaba de algo de luz a tan tenebroso lugar. Incluso creyó oír, equivocadamente, el murmullo del viento entrando entre las rugosas paredes de mineral que limitaban ambos extremos.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a su compañero, luchando por no pisarse su propia falda.

—Ya te lo he dicho...

—Ya, a tu sótano. ¿Pero por qué?

No respondió, solo siguió descendiendo. No demasiado, solo unos cuantos escalones más antes de que se toparan con otra puerta más robusta aunque envejecida.

Patrick agarró con fuerza el pomo rectangular y lo empujó sirviéndose del contrapeso de todo su cuerpo.

Al hacerlo, una explosión de sensaciones abordó a Isabel. Todo lo que se presentaba ante sus ojos era, sin lugar a dudas, imposible. Al principio el interior resultaba tan normal como debía serlo un sótano, pero se trataba de una burda ilusión, un truco, pues avanzaba hasta ampliarse lentamente y convertirse en un inmenso hangar. Uno repleto de hollín, polvo, luces titilantes y con tuberías que escapaban de debajo del suelo hasta aferrarse a los extremos de un imprevisto motor de afiladas aspas, incrustado a su vez en el casco de uno de los transportes más antiguos del Viejo Reino.

—¿Te gusta mi barco? —preguntó Patrick, abandonando el candil allí mismo, en el suelo, y remangándose la camisa hasta los codos.

El fondo del transporte estaba elevado varios metros sobre el suelo y suspendido en el aire gracias a una serie de brazos mecánicos anclados a cada lado de los muros.

—¿Un...?! —La chica avanzó hacia el interior del sótano y accedió al hangar, adelantando al Alto—. ¡¡¿Has dicho barco?!!

—Sí —respondió alcanzándola de nuevo—. Me gusta considerarlo más bien una goleta; por el tamaño del casco y por el aspecto de la borda. Pero los de verdad eran mucho más grandes, estaban hechos de madera en su mayor parte y precisaban de una tripulación más numerosa, ¿sabes? Este por el contrario es puro metal y puede ser navegado por un único ocupante. —Se acercó a la proa, que era a donde miraba Isabel y silbó. El sonido hizo que un cabo se extendiera automáticamente gracias a un brazo mecanizado que estaba aferrado a la baranda de la borda.

—¿Un barco de verdad! —Se quedó con la boca abierta y lo acarició de arriba abajo con la mirada—. Nunca creí que acabaría viendo uno.

—Normal. —Patrick se colocó junto a ella mostrándose orgulloso—. Me ha costado mucho tiempo reconstruirlo. Aunque si tengo que serte sincero... No es una reproducción fiel precisamente, he hecho lo que he podido con el

material del que disponía —se disculpó—. No obstante, esconde ciertas mejoras. —Señaló el motor que cubría casi la totalidad de la popa—. Empezando por el reactor, que estéticamente rompe la exquisita belleza que sí mantenía el mecanismo original. Pero cuando algo aporta mayor velocidad y fiabilidad que varios mástiles y unas pocas velas... Bueno, uno aprende a hacer sacrificios.

La chica no dijo nada, la fusión de elementos la tenía hipnotizada por completo: el casco de la nave estaba alargado y formado por una infinidad de pedazos de metal que, juntos, recordaban a la piel de una enorme serpiente; apenas podían verse los tornillos que se ocultaban entre los numerosos bordes puntiagudos.

—¿Quieres subir a ver el resto? —El Alto sonrió.

—S-Sí. ¡Claro! —Se estaba olvidando de su discusión en el callejón, aquello era lo más cercano a sus sueños que había visto nunca.

Patrick atrapó la cuerda con cierta prisa y se ató un grueso cinturón que colgaba de ella. Después le indicó a Isbel que se agarrara bien.

—No te preocupes por el ascenso. Notarás un fuerte tirón, pero gracias a él la grúa de arriba apenas tendrá que soportar nuestro peso antes de que alcancemos la cubierta. —La tranquilizó en cuanto se percató de su cara de preocupación y le pidió que hiciera los honores tirando de la polea.

—¿Así? —Mantuvo el cable de metal bien agarrada entre las palmas.

—Sí. Ahora suelta.

—¿Seguro? —Puso cara de espanto—. ¿No hay peligro?

—Tranquila. Solamente abre las manos y deja que ella haga su trabajo.

No mintió. En cuanto hizo lo que le mandó, ambos subieron como si la gravedad se hubiera evaporado y alcanzaron su destino sin problemas; de hecho, casi no tuvieron que preocuparse de sortear la borda ya que la máquina los dejó sobre seguro en un pestaño.

El reinado del metal proseguía allí arriba incluso aunque la mayor parte del espacio estuviera constituido por la madera: el mascarón apuntaba como una espada al final, envuelta en puro acero, y de las tablas que hacían de suelo sobresalían setas de tornillos aquí y allá. Además de eso, la cubierta no era demasiado grande, aunque sí lo suficiente como para poder realizar un cómodo paseo por su superficie. Isbel descubrió un timón, unas cuantas palancas y un par de pedales sobresaliendo de ella junto a la proa. Y un conglomerado de redes y escaleras de cuerda entrelazadas que, bien atadas a cada esquina de las balaustradas laterales, se elevaban hasta atrapar con sus

fibras un apeginado globo de color marfil; era tan inmenso que ensombrecía con su presencia toda la nave al completo, y un poco más.

—¿Es un zepelín?! —exclamó observándolo todo hasta descubrir cerca de popa unos abollados escalones que se hundían en el interior. Isabel supuso que allí debía aguardar el camarote, la sala de máquinas y una pequeña bodega—. ¡Creía que era un barco!

—Y lo es. Pero ya te lo he dicho: tiene ciertas mejoras. El globo tan solo es una de ellas.

—¿Y para qué sirve el globo? —Por un momento dudó, pues no tenía ni idea de cómo funcionaban los materiales sólidos sobre el agua—. Quiero decir, si no hubiera desaparecido el mar. ¿Crees que con el globo la embarcación se mantendría mejor a flote?

Le respondió sin utilizar palabras. Simplemente se acercó a la familia de palancas que acompañaban al timón y aplastó con el pie uno de los pedales.

Algo sonó por todas partes. Un quejido metálico que resultó extrañamente vivo. Casi pareció como el rugido de un monstruo, solo que no lo siguió la sangre y la muerte, sino el desenganche de los brazos hidráulicos que habían estado sujetando la embarcación. Isabel abrió los ojos todo lo que pudo temiéndose lo peor. Sin embargo, ni el barco ni ellos descendieron estrepitosamente contra el suelo. En su lugar se mantuvieron dónde estaban, acompañados por el repentino retumbar del extraño motor y por la imperturbable oscilación que provocó el globo sobre la nave; la cual pareció mecerse para tranquilizar a la muchacha.

—¡¡¿F-F-Flota de verdad?!! ¡¡¿Y sobre el aire?!! —Se trabó de los nervios y reformulo la frase—. ¡¡Dijiste que era imposible!!

—No. Dije que para qué construir maquinas voladoras si estábamos solos en el Cielo Sin Fin.

—¿Entonces por qué tienes uno flotando bajo la casa?

Sin alejarse de los mandos, Patrick presionó otro pedal que provocó un fuerte silbido. El humo rodeó el suelo del hangar y las tuberías que habían estado pegadas al misterioso motor del barco se desprendieron. Después, la pared a la que apuntaba el mascarón se abrió horizontalmente por la mitad y sus dos partes comenzaron a apartarse sobre unos raíles que ayudaron a revelar el exterior. Al otro lado pudo percibirse una leve pendiente que daba a los tejados de las demás mansiones y, sobre estos, el Cielo Sin Fin girando y brillando sobre todo lo demás.

—Ahí está la cuestión, Isabel. No lo estamos. —Y empujó una de las

palancas.

La nave, de repente, dio un incómodo tirón y, en cuanto el motor cogió velocidad, comenzó a desplazarse cada vez más rápido hacia el frente. Directo a la salida.

Isbel cayó al suelo torpemente y vio desde él cómo, sobre su cabeza, el techo de la mansión iba quedando atrás presentándose en su lugar las cientos de estrellas y colores del cielo. Tuvo que pensárselo dos veces antes de atreverse a rodar y conseguir levantarse cuidadosamente, pues el viento le golpeaba la cara a la vez que el globo lo partía bruscamente. Cuando quiso darse cuenta de dónde estaban, La Ciudadela ya había quedado casi atrás.

—¿Qué narices haces?! ¡Vuelve ahora mismo! ¡No tiene gracia! —Los tubos que unían la popa de la nave con el motor vibraron furiosos—. ¡¡Nos vas a matar!!

—¿Matar?! —Patrick tiró de la misma palanca un poco y la velocidad del transporte decreció; ya podían caminar sin miedo por la cubierta—. Te estoy rescatando.

—¿R-Rescatando?! —Tembló al ver que cada vez estaban más lejos—. ¡A eso te referías con que no volverías a necesitar tus pertenencias después de esta noche! ¡Verdad?! ¡No es que te estuvieras muriendo o algo así! ¡Te marchabas! ¡Ahora lo entiendo! —Le enfrentó, hecha una furia—: ¡¡Da la vuelta ahora mismo!!

—¿Es que te crees que volver es una opción?! ¿Aún no entiendes que Moisés Robres nos matará? ¿No comprendes que peinará toda La Ciudadela con tal de vengarse?

—¡¡Dijiste que no nos encontraría!!

—¡Por supuesto que lo hará! ¡No seas ingenua! ¡Te colaste en el cuarto de su hija! ¡Estuviste a dos centímetros de ella y le robaste! Es un maldito Alto Predilecto, miembro de la Presidencia, hará lo que sea para encontrarnos. Ni siquiera le costará descubrir mi nombre, solo tiene que preguntar a su entrometido criado. Por no mencionar a Armand, que seguro que estará encantado de ayudarle.

A la muchacha le entraron unas ganas terribles de aprender a partir cuellos.

—¿Es que eres incapaz de decir una sola verdad?! ¡Si quieres suicidarte en este trasto es cosa tuya! ¡Pero no me arrastres contigo al infierno! —sollozó al final, sobrepasada por la situación.

Él no respondió, quedó mudo.

—¡Prometiste convertirme en Alta! ¡Dijiste que la mansión y tus cosas

serían mías! —Le empezaba a costar respirar debido a los nervios—. M-Me aseguraste que... ¡Que me hablarías de mis padres! —Se le rompió la voz—. C... Con-Confíé. Confíé en ti... ¡Confíé a pesar de tus asquerosas y constantes mentiras!

—Lo siento. —Por primera vez pareció que lo decía en serio—. Me hubiera gustado cumplir mi parte del trato, de verdad. Lamentablemente no puedo, no tras descubrir que no eres la verdadera hija de Moisés Robres sino la persona a la que he buscado tanto. Habría preferido llevarme a Cristina, como planeé, y no hacerte venir a ti. —Pareció estar avergonzado de lo que hacía—. Pero te necesito a mi lado si quiero atravesar el Cielo Sin Fin. No tengo elección.

Los cabellos claros de Isbel flotaban apuntando a La Ciudadela, ya lejos, mientras él se excusaba.

—¿Atravesar el Cielo Sin Fin? ¡¿Esta interminable nada?! —La muchacha tenía la cara desencajada—. ¡Estás loco! —Iban a morir, estaba segura. El globo reventaría y acabarían cayendo al vacío infinito en cualquier momento.

—¡¿Loco?! No, ni hablar. Sé muchas cosas que desconoces, como que esto... —Se acercó furiosamente, sacó de su bolsillo el medallón que tanto les costó conseguir y lo colocó en la mano de la joven a marchas forzadas.

Nada más sentir la piel de Isbel, el medallón vibró de nuevo. Solo que en aquella ocasión, la joven Baja descubrió el anillo de su superficie girando sobre sí y deslizándose por la base circular del objeto provocando que algo mecánico y oculto se desplazara al compás de un tic tac interno.. Al instante, la misma luz azulada que ya los salvó en una ocasión, escapó del metal refulgiendo. Al principio causó en la muchacha un sobresalto y unos segundos de ceguera. Cuando se atrevió a mirar, descubrió una inquietante realidad: del medallón, de ese objeto que aún descansaba sobre su mano, acababa de salir un extraño y fantasmagórico globo terráqueo, de cuerpo traslúcido y tonalidad azulada, que comenzó, enseguida, a flotar como una nube sobre su recipiente. De sus bordes curvados escapaban polvos azulados que se fundían con el aire y en el interior de su superficie podían adivinarse puntos, iguales a las estrellas, colocándose aleatoriamente por todas partes.

—Es tuyo. —Por fin soltó su mano dándole la potestad del artefacto—. Y lo sé porque solo una persona es capaz de hacerlo funcionar: su dueña legítima.

—N-No lo entiendo. ¿Qué es? —Sus iris fulguraron ante el brillo que ahora pintaba también el suelo y su propia ropa.

—Un don... —Patrick la miró, y ella comprendió que se encontraba ante

una revelación—: Isabel, el mundo es mucho más grande y complejo de lo que piensas. Lo que crees que sabes de él, no es real. La Ciudadela no es la única superviviente de una catástrofe que engulló agua, peces y tierra. Hay mucho más: detalles importantes ocultados y borrados de la historia por personas que no pudieron, o no quisieron, aceptar la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad que encierra el hecho de que la vida no funciona como dictan la ciencia o la religión. No nacemos en un mundo y morimos sin más, como tampoco vamos al Edén. —A Isabel no le gustó lo que insinuaba—. La verdad, por inverosímil que te parezca, es que el Viejo Reino no es más que un lugar donde aprendemos a valorar nuestras vidas... Donde aprendemos a amar, a odiar, a sufrir... A perdonar. —Removió la cabeza—. Una vez nuestro tiempo llega a su fin allí... Despertamos y empezamos a vivir de verdad, con las lecciones aprendidas, en un lugar más justo, más eterno.

—No querrás decir que...

—Exactamente lo que parece. Este mundo, el Cielo Sin Fin al completo, es literalmente, el cielo; lo que en el Viejo Reino llaman el Más Allá. Da igual si se parece al cielo cristiano, al paraíso musulmán o al final de cualquier otra creencia; o incluso a ninguna. La cuestión es que existe, y que estamos en él.

—Ahora sí que tengo claro que estás loco... —farfulló ella, incapaz de aceptar lo que acababa de decirle. Después de una infancia tan miserable llena de penurias, mugre y muerte nadando en ceniza, no iba a creer semejante disparate así como así. No solo porque le pareciera un sin sentido, sino porque aceptar que la muerte llevaba a un lugar tan injusto hubiera acabado con toda su esperanza.

—Recuerdo haber vivido en un país llamado España, niña —aseguró—. Recuerdo enamorarme de una preciosa chica de ojos azules y cabello cobrizo en un bar y también recuerdo perfectamente envejecer a su lado. —El rostro de Patrick se descompuso—. Lo recuerdo como si fuera ayer, al igual que puedo relatar con todo detalle el día en que un accidente de tráfico nos separó. —Se quedó callado pero la revelación había hecho que Isabel perdiera la capacidad de hablar—. Y tras eso, recuerdo despertar en un mundo distinto, lleno de colores mezclados en el cielo, con gente de distintas épocas y países viviendo en perfecta armonía y comprendiéndose sin las antiguas trabas de los idiomas; como también recuerdo el momento en que me reencontré con mi esposa allí... Aunque... —Apretó la mandíbula y los puños—. también recuerdo cómo, con el tiempo, el cielo y la tierra de este nuevo universo se

partieron de golpe separándonos por segunda vez. —Sacó una fotografía de color, algo que Isabel jamás había visto en toda su vida, pues las de La Ciudadela eran de tonos sepia, y se la mostró—. Recuerdo los valles desmoronándose y ver las montañas desaparecer súbitamente ante mis ojos, como si el Más Allá hubiera llegado a su final. Pero también recuerdo lo que sucedió después: recuerdo cómo las incontables almas que bañábamos ese mundo quedamos separadas y cada vez más alejadas unas de las otras, confinadas en pequeñas, y a la vez grandes, concentraciones de islas flotantes que con el tiempo fueron apartándose entre sí más y más hasta terminar pareciendo, apenas, el brillo inconstante de... una estrella. Como también recuerdo armarme de valor, conseguir un transporte aéreo, lanzarme en busca de mi amada más allá de la eternidad y acabar teniendo que lidiar con la fiereza de un Cielo Sin Fin roto, indomable y desconocido que... —Su semblante se debilitó—, castigó mi osadía lanzándome contra ese pedazo de tierra flotante repleto de edificios de metal al que llamas hogar. Lo recuerdo todo, y sé que no fue un sueño ni una alucinación, porque duele... duele mucho —. Le ofreció la fotografía—. No estoy loco, Isabel. No somos lo que queda del Viejo Reino, somos lo que queda del Más Allá; de lo que hay después de la muerte de ese lejano mundo que te dijeron que ya no existía. Y no estamos solos aquí: existen otras islas flotantes con su propia historia, con imperios reuniéndolas y gobernándolas, con lugares alejados llenos de criaturas de cuento o forajidos escondiéndose de la ley. —Le acercó aún más la fotografía e insistió—. Esto es la prueba, la prueba de que no te miento y de que vengo de otro lugar más adelantado al tuyo.

A pesar de las reservas, de lo terriblemente imposible que a Isabel le parecía su relato y su supuesta verdad, no podía negar que la mujer de la fotografía estaba sacada de otro mundo: llevaba un extraño reloj sin manillas en una de las muñecas y vestía ropa colorida y sencilla ajena a La Ciudadela.

—No puedo creerte... no puedo, aunque quiera hacerlo —confesó—. Compréndeme, lo que dices es una completa locura. No solo aseguras que estamos todos muertos y que vivimos en el cielo... ¡También dices que este fue quien sufrió la catástrofe y que existen más lugares como La Ciudadela! ¿Cómo voy a creer algo así? ¡Es una completa locura! Por favor. —Intentó sonar agradable y calmada—. Llévame de vuel...

—¿De vuelta a casa? Eso es lo que quieres, ¿no?

—Sí, solo eso.

—Isbel, esto no es solo un medallón, es una brújula. Un objeto que analiza

el Cielo Sin Fin y que nos permite viajar a través de él sin perder la orientación ni el rumbo. —Le hizo ver cómo la representación tridimensional mostraba la embarcación en el medio, sin moverse, mientras que a un extremo iba desapareciendo y alejándose una reproducción diminuta de La Ciudadela —. Si te he obligado a venir ha sido por necesidad: solo tú puedes indicarme el camino a casa. Aunque no solo lo hago por mí, también es por ti. Sé para qué funciona el artefacto y cómo se utiliza porque procede del lugar del que vengo. ¿No lo entiendes? —La chica elevó la vista y le miró directamente a los ojos con el tiempo justo para escucharle decir—: Este objeto solo reacciona contigo, te pertenece. Por lo tanto, no puedes ser natural de La Ciudadela. No sé cómo ni por qué acabaste en ese amasijo de hierros. Pero lo que sí sé es que si mantenemos el rumbo y nos marchamos, aquí y ahora, no sería el único que estaría regresando a casa. Tú también.

Por mera casualidad

En medio de la lóbreguez de la sala de máquinas, se encontraba Patrick. Estaba agachado, con las manos revolviendo las entrañas de una vieja caja de metal.

Mientras cientos de engranajes y pistones cuchicheaban entre las paredes interiores del casco de la «goleta», él siguió removiendo trastos hasta que encontró lo que había estado buscando. Nada más atraparlo lo elevó en el aire y lo observó mientras este intentaba cegarle a base de pequeños destellos entrecortados.

Se trataba de un simple acelerante, o al menos eso era lo que a Patrick le parecía al mirar aquella delgada cápsula de cristal y hierro fundido. Para alguien profano en el arte de la navegación aérea era mucho más: un extraño recipiente que contenía un insólito gas verdoso, tan denso como las nubes, que se removía por su interior buscando una salida que no existía.

Pero él no veía nada inusual en aquello, solo acelerante. ¿Y qué se hacía con el acelerante?

Se acercó a la caldera situada al final, abrió la puertecilla liberando momentáneamente un mar de llamas furiosas que intentaron atraparle y...

—Que aproveche. —Lanzó a su interior la cápsula antes de volver a cerrar la compuerta. No esperó a que las altas temperaturas la resquebrajaran, y ni muchos menos a que la nube liberada se fundiera por completo con el fuego. A él solo le importaba lo que vendría después, y vaya si lo hizo.

Las llamas se fortalecieron en un soplo y empezaron a bullir desde su cárcel con mayor intensidad, evaporando los litros y litros de agua que se necesitaban para que el motor consiguiera mover todo el barco volador.

—Hola —saludó alguien.

Cuando Patrick se incorporó descubrió a Isabel observándole desde la escalerita que descendía a la sala por la escotilla. Ni siquiera había entrado del todo, tenía un pie justo en el último escalón mientras mantenía ambas manos aún agarradas a los bordes ásperos de la salida. Por su pose, parecía que le había costado mucho trabajo convencerse a bajar hasta allí a pesar de estar acostumbrada a la suciedad, a la oscuridad y al ruido constante de las máquinas chirriando y removiéndose por todos lados.

—Vaya —dijo él, bien alto para que su voz no se viera ahogada por el ambiente—. Dichosos los ojos. —Avanzó esquivando un grupo de tuberías ladeadas—. Creí que te pasarías otros tres días más encerrada en tu cuarto.

—Un saco y un cofre a modo de armario no es un cuarto.

—Dudo que el piso en el que vivías en La Ciudadela fuera mucho más grande... y que estuviera mucho mejor amueblado —apuntó.

Ella no respondió, solo lo acuchilló con la mirada.

—¿Y bien? —preguntó sin más al ver que ella seguía sin hablar.

—¿Y bien, qué? —Isbel arrugó impertinente la nariz. Parecía que su sola presencia le irritaba.

—Has bajado para algo. No soy adivino, aunque permíteme que lo intente. —Imitó bastante mal el gesto de estar usando telepatía o alguna estupidez similar—. ¡Lo veo! Quieres preguntarme algo. —Normalizó el porte—. ¿A que sí?

—Sí... —reconoció, muy a su pesar, y reprimió el ansía de abofetearle.

—Pues tú dirás. —Se quedó en medio, con el fuego chisporroteando a través de las diminutas rendijas y salpicando la sala de hilos de luz amarillenta.

—Quiero respuestas.

—¿Acerca de qué?

—¿Cómo que «acerca de qué»?! —Se mostró como una fiera—. ¡Sobre todo lo que me dijiste! ¡Sobre nuestra propia existencia! ¿Estamos vivos o solo somos muertos que creemos estarlo?

—Has sonado muy metafísica. ¿Lo sabías? —Sonrió burlón.

—Y tú muy imbécil. —Ella no sonrió.

Patrick rió un instante y aceptó enterrar el hacha de guerra removiendo la cabeza:

—Vale, vale. No te pongas así... Hablemos. —Se acercó y le indicó que subiera—. Pero en un lugar más iluminado. Tengo que corregir el rumbo.

En cuanto ascendieron a través de la escotilla y cruzaron el pasillo central hasta salir al exterior, todo cambió. La negrura se volvió claridad y el aire sucio y pesado se desintegró dejando paso a una brisa pura e invisible. Más allá de los límites de la embarcación brillaban un sin fin de colores que se mezclaban y morían mientras otros nacían poco después. Incluso podían percibirse destellos explotando en alguna parte del horizonte y provocando truenos guturales que resultaban tan bellos como estremecedores.

Isbel ya había visto momentáneamente ese paisaje en la parte alta de La

Ciudadela, pero ni siquiera desde allí imaginó que el Cielo Sin Fin fuera en realidad tan indomable y peligroso. Podía notarlo en como la corriente se suavizaba y se enfurecía sin explicación aparente. O en como al llegar la noche, los colores se oscurecían un poco y las nubes de algodón se volvían más densas a la vez que el ambiente se enfriaba. No se quería imaginar cómo sería eso a lo que Patrick llamó tormenta. Había leído sobre ella en infinidad de libros y sabía en qué consistía, pero nunca jamás la había experimentado; la placa de metal que sobrevoló su vida hasta entonces siempre lo había impedido. El tacto de las gotas resbalando por la cara y hombros era solo para los Altos; y para los Medios que los seguían, como todo lo bueno de la vida. De hecho, el agua que bebían los Bajos provenía de ese fenómeno; atrapado, destilado y reutilizado varias veces en las alturas antes de llegar hasta ellos.

Ahora que estaba ahí, en medio de la inmensidad de una infinita nada, su fanatismo por el Cielo Sin Fin se había evaporado, sin duda. Ya no lo veneraba ni deseaba como antes. Ahora lo temía. Lo odiaba.

—Pregunta y responderé. —Su acompañante se dirigió hacia el timón, que había empezado a moverse por sí mismo intentando cambiar el rumbo del barco sin que sus ocupantes se dieran cuenta.

Al alcanzar las palancas y los pedales, agarró el volante y suspiró clavando su mirada al frente. Justo delante no había nada, excepto la infinita paleta de colores que los perseguía por todas partes. Si no fuera por el conjunto de nubes enganchadas entre sí que flotaban a un lado no hubiera sabido si el rumbo había variado. Por suerte, no lo hizo demasiado. Cuando bajó antes para enfurecer la caldera esas mismas nubes habían estado allí, tal vez más a la derecha que a la izquierda, pero delante al fin y al cabo.

Ese sería el método de viaje por ahora: centrarse en nubes determinadas hasta dejarlas atrás y buscar otras nuevas hasta encontrar tierra firme; lo que esperaba que no tardara demasiado en llegar con la ayuda de la brújula.

—Vale... —De repente, Isbel se encontró sin las palabras adecuadas para preguntar—. Si estamos muertos... ¿Cómo es que la gente sigue enfermando y muriéndose en La Ciudadela? ¿No deberíamos ser eternos? Por no mencionar que no llegan más... —decirlo le resultó absurdo, pero lo hizo— muertos. —La chica se cruzó de brazos y expresó dudas en su rostro. Empezaba a sentirse tonta, como si él solo hubiera soltado lo primero que se le hubiera ocurrido para confundirla y ella hubiera acabado creyéndoselo. ¿Y si se estaba riendo de ella a pesar de mantenerse tan sereno como se le veía? Entendía que era probable que hubiera otros fragmentos de tierra flotando en alguna parte, pero

que aquello fuera el cielo y que este se hubiera hecho pedazos... Eso era demasiado inverosímil. Aunque ahí estaba ella, buscándole el sentido y planteándose aceptar aquella estúpida posibilidad.

Patrick respondió sin darle importancia:

—Antes de que el Más Allá se rompiera, por decirlo así, la gente ni enfermaba, ni envejecía, ni moría por una herida. Pero después de que todo quedara... como ahora, las cosas cambiaron. En algunas partes la gente envejece lentamente, en otras incluso más rápido. En determinados puntos uno no padece enfermedades, pero incluso un simple corte con un folio puede matarlo. Además, según en qué lugar del Cielo Sin Fin estés, el tiempo puede pasar más rápido que en otro. Simplemente todo ha quedado desbaratado. No solo el terreno, incluso las leyes que regían este extraño y misterioso mundo. —Suspiró al darse cuenta de que empezaba a liarse—. Simplificando: todo está hecho un desastre y nada tiene sentido.

—Bonita forma de no decir absolutamente nada.

—No pretendo aclararte las dudas, me limito a responder con la verdad. Me da igual si la crees o no. En cuanto encontremos tierra podrás verlo con tus propios ojos. —Giró la cara al frente para no seguir sintiéndose analizado por Isbel—. Con algo de suerte no tardaremos mucho y dejarás de molestar con el temita de una vez.

—¿Y cómo explicas que no recuerde otra vida antes de mi supuesta muerte? Él suspiró.

—Pensaba que habías terminado con las preguntas...

—Aún tengo guardado un buen repertorio. —Sonrió imitando el tono burlesco de Patrick, que suspiró cansado. Otra vez.

—Nunca dije que estuviéramos muertos.

—¿Qué?! ¡Pero si insististe en que esto es el Más Allá!

—Sí, pero no dije que estuviéramos muertos. No es que lo sepa a ciencia cierta, pero pienso que al fallecer allí revivimos aquí. Creo que renacemos con el aspecto con el que más felices o cómodos nos sentimos para vivir una segunda oportunidad. Antes de que todo se estropeará, en el Más Allá, una muerte súbita seguía siendo definitiva por más que estuviéramos a salvo de cualquier enfermedad o accidente menor; pues nos curábamos antes de que fuera a mayores. Ese hecho me parece suficiente indicativo de que no estamos muertos al uso, ¿no te parece? Solo puede morir lo que no lo está ya. Otra señal de ello sería el hecho de que podemos tener descendencia. —La señaló, elevando las cejas—. Que es lo que eres tú, una descendiente; y por

descontado todos los de La Ciudadela. Eso unido a estar tan incomunicados del resto del Más Allá ha ayudado a que desconocierais la verdad.

Isbel parpadeó silenciosa.

—¿Alguna pregunta más? ¿O puedo navegar tranquilo por fin?

—T-Tengo una.

El hombre no la miró, solo esperó a que ella la pronunciara vigilando las nubes.

—¿Me estás diciendo la verdad? ¿En serio? ¿Sin trucos ni mentiras? Porque ya estoy aquí, viajando contigo. Da igual si es mentira, no puedo irme aunque quiera. Así que, respóndeme. ¿Todo lo que me estás diciendo es cierto? ¿Al cien por cien?

Patrick soltó el timón y la miró colocando los brazos en jarra. Pensó, pensó un rato y al final, muy, muy serio aseguró:

—Digo la verdad. Te lo prometo. —Clavó sus ojos en ella—. Lo juro por mi mujer.

* * *

—¿Y bien? ¿Dónde lo escondiste? —deseó saber Arlette, en cuanto consideró que Benjamín estaba mejor.

—No lo guardaba en casa, si es lo que te preocupa —aseguró, aún a medio camino entre la determinación y la depresión—. Lo tengo en otra parte...

—¿Más viajes?

La pirata aguantó las ganas de resoplar, exasperada. Tal vez la idea de ofrecerle unirse a su tripulación había sido demasiado precipitada.

—No exactamente. Está en...

Un clamor lo interrumpió repentinamente. En la entrada a la callejuela, dos guardias de Cecias se habían parapetado con rostro decidido.

Él más valiente de los vigilantes bramó:

—¡Quietos donde estáis! —Le acompañaba media sonrisa y su alargado rifle apuntándoles ansiosamente—. ¡Quedáis detenidos por orden del capitán general! Dama Sanguinaria, abandonad toda resistencia y no sufriréis ningún daño. —No añadió nada más, pero tampoco era difícil adivinar que fantaseaba con la idea de agujerearla el rostro: le temblaba el dedo en el gatillo. Seguro que deseaba convertirse en un héroe, en ser el hombre que pusiera fin a las aventuras de aquella peligrosa pirata de cabello violento.

Arlette miró a Benjamín y no dijo nada más, solo se volteó hacia los

guardias alzando las manos. Sin embargo, por más que se hubiera mantenido en silencio, su compañero sintió algo, como si sus ojos le hubieran susurrado: «tranquilo». Benjamin, aún con un semblante tan derruido como la casa abandonada a su lado, la imitó subiendo las extremidades muy lentamente; incluso tuvo que ahogar un quejido al sentir los hombros doloridos por el gesto. No estaba para muchos trotes, eso estaba claro. Aún le quedaba para superar su época en la Torre Solitaria, si es que no se quedaba bajo su alma alguna señal de esta para siempre.

El centinela que había hablado movió la barbilla a un lado de la larga culata y ordenó a su compañero que lo siguiera. Los dos, claramente temerosos, se acercaron con armas en ristre y sin despegar el ojo de su preciada presa. Incluso parecieron ignorar a Benjamín, que estaba a su lado como un insignificante insecto al que no merecía la pena prestar atención. ¿Pero quién podía culparles? Ante ellos estaba la que había escapado de un sinfín de ataques furtivos, la que era capaz de derrocar a un ejército de hombres en combates de espada, la misma que contaba con una puntería excelente y la misma que había sobrevivido a tres motines antes de irrumpir por sí sola en la Torre Solitaria y salir de ella en menos de lo que se tarda en decir «pirata». ¿Quién iba a osar infravalorarla por más que estuvieran apuntándola con rifles de pólvora?

Se personaron ante la pirata y la encañonaron de ojo a ojo.

—¡Date la vuelta, escoria! —Los modales se evaporaron tan pronto lo hizo el peligro. Ya tenían el trabajo hecho.

La pirata siguió la orden sin mediar palabra y fijó su vista en el árbol que daba por terminada la calle. Después, simplemente, esperó. Esperó a oír como ese mismo hombre rebuscaba en su cinturón las esposas de latón mientras soportaba con la otra mano libre el pesado rifle. Cuando los eslabones resonaron al chocarse entre sí, Arlette pasó a la acción. Giró como un torbellino hacia su desprevenido captor y, con una de las manos, despejó su rifle desviando el estruendo que troceó parte de una fachada. Con la otra, liberó la espada de su cárcel de un modo inesperado: la vaina resultó no solo estar agujereada, sino que también provista de un sistema mecánico que la abría en dos a la mínima presión. De este modo el filo no escapó por encima, lo hizo atravesando el interior y elevándose como una ola ascendente hasta besar, y morder después, el cuello desnudo del hombre que, si no hubiera tenido tan mala suerte, tal vez podría haber matado a Arlette.

Benjamín cayó tras sus propios pies en cuanto la sangre saltó contra la

lluvia y se expandió por todas partes. Segundos después le siguió el soldado, precipitándose sobre el terreno y rendido a la muerte.

—Mueve un solo músculo si deseas morir —avisó Arlette, tras atrapar el fusil del que quedaba con vida usando su mano libre y desviando su cañón al cielo—. Hazlo y, antes de que te hagas con el mosquetón del cinturón, tu sangre terminará de decorar la calle. —Luego sonrió exagerando su actitud y señalándole con la espada empapada—. Exactamente igual que la de tu compañero.

Así fue como, en medio segundo, las tornas de la situación habían cambiado quedando todo en un instante tenso y difícil de solventar por vías pacíficas.

Benjamin se levantó como si tuviera sesenta años y se apartó de ellos con cuidado. Le preocupaba mancharse con el reguero de sangre que empezaba a rodear las piedras del suelo.

«¡Lo ha matado! » pensó sin atreverse a abrir la boca.

—Delgadocho.

Él, por una vez, no se molestó:

—¡¿S-Sí?! —exclamó consternado.

—Hazme un favor, ¿quieres? —respondió sin apartar la vista del rehén mientras giraba la espada y apuntaba con ella el estómago de su enemigo—. Acércate y desabróchale el cinturón. —En ningún momento el guardia de Cecias o ella abandonaron la potestad del rifle.

El chico dudó antes de cumplir la orden.

—¿Y ahora? —Mostró la pistola a medio descolgar alojada en el accesorio de cuero.

—Un pirata solo es un pirata si lleva algo que no es suyo. Considérala tu primer botín.

—N...N-No... —suplicó el hombre a duras penas. Se mostraba terriblemente arrepentido. Ya no deseaba ser un héroe, solo llegar al siguiente amanecer.

—¿No qué? —La cara de la pirata volvía a ser tan monstruosa como cuando amenazó a Benjamín con arrancarle un ojo. Parecía que había dos personas dentro de su cuerpo y estas se intercambiaban según la situación.

—¡No me mates! —Reconoció su derrota soltando finalmente el arma de fuego y dejando que ella le apuntara con él. A su vez, la pirata envainó su querida espada sin dar tiempo a que nadie pudiera pillarla desprevenida y, una vez tuvo ambas manos disponibles, le instigó con el cañón para que no volviera a hablar tan alto.

—¿Cómo me habéis encontrado? Habla.

—C-Casualidad —se escuchó desde el otro lado del rifle.

—¿Casualidad? Vuelve a mentirme y veremos que le hace la bola de acero a tu piel. Ni siquiera quedará de ti un rostro que besar y llorar. Solo un agujero y un ataúd cerrado a cal y canto.

El soldado miró a Benjamín buscando a alguien con un mínimo de compasión que intercediera, y aunque el chico se mostró horrorizado con la idea de que ella lo matara en ese preciso momento, no se atrevió a decir ni media palabra.

La Dama Sanguinaria pegó la boca del arma sobre la frente del hombre:

—Te lo pondré fácil: si fuera como dices, simple casualidad, no habríais sabido quién era y por lo tanto no me hubierais llamado por mi nombre. —Rió—. Maldita sea, ni siquiera me habríais intentado detener. No, claro que no. Por qué ibais a hacerlo, ¿qué tienen de malo un par de personas hablando en mitad de una calle? Vamos, confiesa antes de que se me acabe la paciencia: ¿quién me ha delatado?

El guardia sudaba como un cochino.

—No lo sé. —Tragó saliva cuando escuchó como Arlette estiraba el percutor del arma dispuesta a acabar con su vida—. ¡Por el amor de la Diosa! ¡N-No sé cómo ni quién sabía que estaría usted en la isla! —Bajó el tono cuando notó que las cejas de la mujer se arqueaban enfadadas—. Lo juro. N-No sé gran cosa. Por favor. —Se vio claramente como ella presionaba levemente el gatillo y este se quejaba—. Una fragata ha venido a por usted. ¡No sé más! S-Solo que se puso en contacto con el cuartel y nos ordenó a todos vigilar los alrededores del faro. Debíamos alejarnos del puerto para asegurar su ataque y centrarnos en la zona interior sin interferir con su aerobarco.

—Dame el nombre del capitán de esa fragata.

—¡No lo sé!

—¿Se puso en contacto con vosotros sin identificarse? ¿Y simplemente le creísteis? —Soltó una mueca aplastando el cañón aún más contra su frente—. No me lo trago.

—¡Y-Yo solo recibo ordenes! ¡N-No conozco los detalles! ¡Por la diosa Nut que no miento!

La mujer separó el arma de fuego entonces.

—Está bien... De todos modos no tenía pensado dispararte.

Él suspiró aliviado y ella despegó cuidadosamente el percutor para que este

no se disparara solo y tiró el arma junto a los pies.

Pero entonces, el tono de la pirata se ensombreció más de lo normal:

—A fin de cuentas, hay maneras más discretas de silenciarte. —Después la vaina volvió a abrirse y la espada ahogó para siempre la voz del agente...

Benjamín casi gritó cuando descubrió, horrorizado, cómo ella mataba a sangre fría a un hombre desarmado. No se lo podía creer, incluso tardó un par de segundos en reaccionar. Apenas podía verse sangre, pero estaba claramente muerto.

—¿Cómo has podido?! ¡Lo has matado! —le recriminó horrorizado y al borde del pánico—. ¡Se había rendido, te había suplicado! Y... ¡Y aun así lo mataste!

De pronto, como si se tratara de una ola gigantesca, la Dama Sanguinaria se abalanzó sobre él y le aplastó contra la pared apretando muy fuertemente los dientes; tanto que parecía que estos iban a agrietarse y partirse en mil pedazos. En ese momento solo había ante él una fiera salvaje, una que estaba dispuesta a todo.

—¿Crees que él no hubiera hecho lo mismo en nuestro lugar?! ¿Que no hubiera dado la alarma si le hubiera perdonado la vida? ¿Que no nos habrían colgado o torturado hasta aburrirse? ¡Despierta de una vez!! ¿Es que no aprendiste nada en la Torre Solitaria?! ¿No has sufrido suficiente como para darte cuenta de cómo funciona de verdad esta vida?! El mundo es un lugar roto, cruel y despiadado. No existe ningún dios que pueda protegernos, ni tampoco que quiera hacerlo. Solo una muerte constante flotando por todas partes e impregnándolo todo de sangre. —Miró fijamente a su acompañante con semblante despiadado, aunque lo liberó de sus garras—. Mejor derramar la suya antes que la nuestra. Y si llegara el momento... mejor la tuya antes que la mía.

* * *

Llevaba un buen rato admirando el plato de sopa caliente. No sabía si coger la cuchara o seguir perdiéndose en él, pues había estado tanto tiempo sin comer que ni recordaba cuando fue la última vez que saboreó algo con tan buena pinta.

—¿Le ocurre algo a tu caldo, muchacho? —Un hombre de avanzada edad, con rostro picudo y ojos hundidos, le sonrió desde el otro extremo de la larga mesa—. ¿Demasiado caliente? —Al oírlo, un tropel de mayordomos se

personó en el comedor arrastrando expresión áspera y aguardando alrededor de su señor.

Que aquel hombre tildara de muchacho a su invitado resultó extraño, pues este rondaba la treintena y contaba con una pobladísima barba asalvajada. Sin embargo, no podía negarse que al lado de su anfitrión lo parecía.

—No, no. —Parpadeó incomodo antes de atreverse a degustar, tanta gente vigilando sus movimientos le abrumaba—. Tiene un aspecto estupendo.

Los labios fríos del anciano se volvieron una sonrisa antes de separarse:

—Dime... ¿De dónde has salido? —Llevaba un rato analizando a su invitado con especial interés. Parecía estar viendo algo extraño, casi como si fuera una especie de fantasma; o incluso un ser mitológico.

Esperó paciente, pero su hambriento acompañante no dejó de sorber deseoso de que ese momento se volviera eterno.

—Discúlpame, joven. —Rió al darse cuenta—. Mi curiosidad es maleducadamente impaciente, lo admito. Por como das cuenta del caldo, debes de haber estado mucho tiempo sin llevarte algo al gaznate. Hablaremos cuando termines. —A pesar de sus palabras, expuso algo más—. Es solo que... —Apoyó la barbilla sobre sus manos escuálidas, con los codos clavados cuidadosamente sobre la madera robusta—. No todos los días se estrella alguien contra mi jardín. Y menos dentro de esa... maravilla.

—Perdón por eso. —Su invitado se detuvo al percatarse de su propia ausencia de modales y luchó por adormecer el hambre que, a modo de posesión demoniaca, le instaba a seguir comiendo—. He estado viajando sin víveres los últimos cinco días. Creí que moriría de hambre.

—Bueno, eso no pasará. —Con un gesto de muñeca le invitó a que terminara la sopa mientras él hablaba—. Si cuando acabes deseas algo más, solo tienes que pedírmelo. Le ordenaré a mis Medios que te hagan lo que quieras.

Entre sorbo y sorbo, e ignorando lo que fuera que significara «Medio», el hombre desconocido soltó un «gracias» sin saber cómo referirse a su salvador.

—Alto Eldric Ravenhold —completó entonces el señor—. ¿Y tú? —Suavizó la voz para resultar aún más agradable de por sí—. ¿Cuál es tu nombre?

—Patrick. —Sonrió agradecido—. Me llamo Patrick.

—¿Otra vez fustigándote con el pasado? —Una voz diferente cubrió la totalidad del comedor imitando la omnisciencia de los dioses—. Eres patético. Despierta, ya es la hora. Tienes que cumplir tu parte de nuestro trato.

—A pesar de sonar fuerte y contundente, se escuchó cargada de una contradictoria dulzura; en cierto modo le resultó familiar.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Despertarme? —respondió Patrick, al mismo tiempo que todo quedaba envuelto en una repentina y terrorífica oscuridad.

Justo después, al darse cuenta de que el anciano, junto a sus sirvientes, la mesa y a la propia sopa, se había esfumado, la misteriosa voz respondió:

—¿Acaso ya no quieres recuperarla? —rió tornándose tenebrosa y antinatural.

Y de repente, Patrick abrió los ojos volviendo a la realidad.

Estaba con la cabeza y la espalda apoyadas contra los límites de la borda y bajo la agradable sombra que el globo proyectaba en ella. El viento del Cielo Sin Fin canturreaba a su alrededor e Isbel esperaba allí, arrodillada frente a él y mirándole con caras raras.

—Era un... —Patrick no acabó la frase, pero se dio cuenta de que la sopa y Eldric Ravenhold solo habían sido parte de un sueño; o un recuerdo más bien. Exactamente de la noche en la que llegó a La Ciudadela, hace ya más de quince años.

—¿Era un qué? —Se incorporó a la vez que el Alto.

—Nada. —Se fijó de repente en que estaba atardeciendo—. ¿Cuántas horas he estado dormido? Deberías haberme despertado a primera hora de la tarde.

Ella se encogió de hombros.

—¿Ni siquiera te has molestado en fijarte?!

—Has estado cerca de dos días sin moverte de tu puesto, y apenas has comido. —Se mostró sorprendentemente severa—. No creo que le venga nada bien a tu cuerpo, ni a tu mente, dirigir un trasto tan enorme mientras das cabezadas. Podrías provocar un accidente. Además, por cómo roncabas parecías contento con la idea. —Suavizó la expresión de su rostro y sonrió intentando hacerle ver que era por su bien—. Te merecías descansar un poquito más.

—¡Da igual lo que te parezca! —contradijo furioso—. ¡Solo debo descansar lo justo y necesario! ¡Cuanto antes llegemos a tierra firme, mejor! ¡¿Es que esa cabeza de Baja que tienes no es capaz de seguir una simple orden?!

Isbel arrugó la frente y se dio la vuelta, chasqueando la lengua. Aquel sonido por sí solo fue suficiente respuesta.

Ya había pasado una semana desde que huyeron de La Ciudadela. La

convivencia no era sencilla, pero tampoco tan terrible como habían esperado. Incluso Isabel se esforzó en perdonar a Patrick, decidiendo ayudarlo en los quehaceres diarios e intentando sonreírle siempre que él mostrara algún gesto amable; aunque lo último sucediera muy de tarde en tarde.

De este modo, la chica terminó ocupándose por completo de la limpieza de la embarcación y de la administración de los víveres. Su compañero del resto: mantenimiento de máquinas, alimentación de la caldera y, por supuesto, control del timón y, por tanto, del destino de ambos.

Precisamente Patrick se estaba dirigiendo a él en ese momento y, en cuanto lo alcanzó, lo sujetó entre sus dedos mientras aspiraba aire. Luego exhaló y cerró los ojos, viniéndole a la mente los cabellos intensos de su querida esposa.

—Vamos allá —Y arrastró una de las palancas hacia sí.

El motor de popa se quejó al momento, tosiendo ronco antes de hacer vibrar toda la estructura. Ya estaban de nuevo de camino, podía notarse en como las nubes se esparcían a su alrededor ganando cada vez más velocidad. La sensación al moverse por el Cielo Sin Fin era extraña, pues aunque los colores infinitos y las manchas gaseosas permitían percatarse del movimiento del transporte, parecía que era el horizonte el cual viajaba, y no ellos.

El, ya nunca más, Alto sacó de su bolsillo un cuaderno, que ojeó. Cada vez que iniciaba la marcha y controlaba la dirección solía abrirlo y cerrarlo más veces incluso de las que parpadeaba. Pero todo tenía un por qué, pues aquel grupo de papeles pegados resultaba vital. Dentro de sus misteriosas páginas se escondían toda clase de secretos, secretos de los que ahora dependía su supervivencia.

Tal vez fue por soñar con Eldric, no lo supo. Fuera como fuese, las notas le hicieron revivir otro momento del pasado. No de un modo tan vivo e intenso como el del sueño, pero sin duda sí con la misma sensación de apenada nostalgia.

En ese pensamiento no era él quien sujetaba el cuaderno con interés, sino Eldric Ravenhold. Se había sentado en su sillón favorito, dentro de la biblioteca que tiempo después utilizaría la costurera para adecentar a Isabel. Le encantaba aquella sala, la utilizaba para leer, para pensar, para lamentarse... Fue alguien muy complicado: malvado a veces, bueno a menudo y egoísta la mayor parte. Aunque para Patrick siempre sería el hombre que le dio una segunda oportunidad.

—¿Todas estas anotaciones las escribiste mientras volabas allá arriba? —

El anciano ojeó las páginas, avanzando lentamente por cada una de ellas y deteniéndose en muchas ocasiones para disfrutar de cada detalle. Sobre sus rodillas descansaba una manta gruesa de colores chillones y encima de su nariz se deslizaban unos pequeños anteojos que se aferraban, extenuados, a la punta.

Más que anotaciones, la información de la agenda detallaba una especie de ruta que iba avanzando hoja por hoja, con pequeños puntos para representar cada isla encontrada. Los espacios vacíos alrededor de los círculos personificaban al propio cielo y era en estos donde estaban escritos comentarios sobre cada localización; que iban desde las coordenadas o el nombre, hasta detalles de una relevancia más personal. A menudo podían verse garabateadas pequeñas flechas entre cada punto, casi a modo de una enorme telaraña de tinta, que especificaban la distancia en días que había que recorrer para llegar de una isla a otra. Incluso a veces había alguna advertencia básica en medio de ninguna parte, con leyendas imposibles de traducir si no se volvía al índice para identificar su significado; que solía avisar de lluvias perpetuas, temperaturas insoportables o corrientes extremas.

—Sí, así es. Es difícil orientarse allá arriba, por lo que un diario de ruta es necesario si se pretende llegar a alguna parte. —El aspecto de Patrick distaba mucho de aquel misterioso invitado al que sorprendía incluso una simple sopa caliente. Ahora vestía como todo un conde y contaba con un porte mucho más digno: nada de barbas andrajosas ni ropajes desechos.

—Maravilloso —afirmó el anciano, más para sí que para su ahora amigo—. Ojalá algún día pudiera ver por mí mismo todo eso. —No despegó ni un ojo del cuaderno—. Patrick, debes de haber conocido mundos impresionantes. —Hizo memoria manteniendo la sonrisa de un niño pequeño—. Como ese del que me hablaste en el que las plantas eran de cristal, o aquel en el que llovía desde la tierra y ascendía hacia el cielo. —Suspiró muy feliz—. Aún me cuesta creer que estemos en el Más Allá. —Aunque por la expresión de su cara podría decirse lo contrario, resultaba evidente que estaba encantado con la idea.

—No siempre fue bonito, Alto Eldric. —Recordó momentos dolorosos—. También he visto mucha muerte.

—¿Muerte? No digas tonterías, Patrick. Tú eres la prueba de que tal cosa no existe. La muerte no es más que una puerta... —Pareció como si una idea hubiera tomado forma en su cabeza—. ¡Sí, eso es! Una puerta a un lugar diferente, no mejor o peor, sino simplemente distinto.

—Lamentablemente, no todos pensamos igual. Algunos creemos que esta segunda oportunidad es la última, y que luego no hay más que... oscuridad. Aunque no le negaré que desearía que usted tuviera razón.

—¡Claro que la tengo! —le respondió, convencido—. Moriste en ese mundo en el que te enamoraste y aun así te reencontraste en otro distinto con tu amada. ¿Por qué no iba a haber otro Más Allá cuando mueras de nuevo? ¿Qué sentido tendría que todo acabara justo ahora? Imagínatelo. Una infinidad de Cielos esperando a que los visitemos cada vez que muramos. Todos diferentes. Hermosos. Infinitos. Con nuevas oportunidades.

—No se moleste, por más que lo repita no me convencerá. —Patrick sonrió a pesar de cruzarse de brazos—. Respeto su punto de vista, de verdad. Pero ambos sabemos que por más que se esfuerce no nos pondremos de acuerdo nunca.

—¡Cierto! —Carcajeó y volvió a centrarse en el cuadernillo—. Háblame más sobre tu diario de ruta. ¿Qué quiere decir esta anotación al pie de esas rayas discontinuas?

Patrick se acercó a Eldric y le comentó que las rectas discontinuas delimitaban las zonas de las islas.

—Si se fija, la frase colocada justo debajo se repite cada varios centímetros pero es diferente según el lugar. Avisa de una característica que no se da en otra parte.

El anciano asintió divertido. Parecía un niño pequeño.

—«Agua respirable». ¡¡¿Significa que en toda la zona...?!!

Su «profesor» le robó el turno de palabra terminando la frase de manera afirmativa:

—Se puede respirar bajo el agua.

—¡¡Maravilloso!!

La voz rebotó como un eco dentro de los recuerdos de Patrick haciéndole sonreír con melancolía y centrarse nuevamente en la dirección del timón; el cual viró para corregirla.

No era propio de él empaparse del pasado. Llevaba mucho tiempo ahogándolo en lo más profundo para ser capaz de mantener la mente fría. Sabía que para volver a casa iba a tener que ser egoísta, autoritario y cruel, por lo que no podía permitirse perder el tiempo acordándose de personas que ya no estaban allí. Esos pensamientos no harían más que mellar su estudiada y fuerte coraza.

«Vamos, espabila» se pidió así mismo. «Hay que encontrar tierra firme».

No quiso decírselo a su compañera, pero temía que La Ciudadela hubiera estado demasiado alejada de cualquier formación sólida. Había considerado esa posibilidad y por ello la bodega contaba con víveres para un mes y combustible para casi dos. Pero... ¿Y sí no eran suficientes? ¿Qué harían si el artefacto de Isabel no daba con ningún destino donde reabastecerse?

Se rascó la cabeza al darse cuenta de que las dudas no le servirían de nada y acabó por, simplemente, actuar: ya iba siendo hora de hacer otro «barrido», como él llamaba al gesto de usar la brújula.

—¿Has acabado con tus tareas? —curioseó a viva voz antes de atreverse a pedirle a la chica que se acercara. A fin de cuentas, ese «¡tsk!» no indicaba nada alentador; por no mencionar que desde la huida de la fiesta se mostraba de todo menos educada y respetuosa; ni siquiera mantenía ese tono cortés que había utilizado siempre con él.

La chica alzó la cabeza desde el fondo. Llevaba una fregona vieja en la mano y lucía una pose desafiante que recordaba a una jarra.

—Sí. —Emanaba rebeldía por cada poro de su piel.

Patrick se arrepintió de cómo la había tratado al instante. Sí quería sacar algo de ella tendría que calmar a la bestia que se adivinaba en sus pupilas.

—Perdonaaaaaaa —arrastró, junto a su dignidad.

Isabel no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil, y por ello volvió a sus quehaceres mientras se hacía la sorda y silbaba.

Aun así, en el fondo, ella le comprendía. Solo con verle sonreír al quedarse profundamente dormido uno sabía qué soñaba. Sin duda, en su imaginación se reencontraba con su mujer, o al menos con los recuerdos que anhelaba recuperar algún día. Por eso se levantaba después con tanta prisa y volvía al timón lleno de optimismo. Seguro que pensaba que ya había sido suficientemente paciente en La Ciudadela. Cualquiera en su situación pensaría que ya iba siendo hora de actuar y atravesar el Cielo Sin Fin lo antes posible.

Pero ella era mucho más realista. Le había visto darse golpecitos en los morros para mantenerse vigilante y había atendido a cómo le temblaban las piernas cuando pasaba demasiado tiempo sin descansar. Rondaba los cuarenta y muchos, no podía seguir ese ritmo por muy sano que estuviera. ¿Y si caía enfermo? ¿Entonces qué? ¿Quién se ocuparía del barco?

—¡Oh, venga! ¡Así no es como debe comportarse una dama! —comentó él, sin soltar los mandos de la goleta—. Me gustaba más la Isabel recatada incapaz de tutearme. —La última parte la susurró, pero era evidente que esperaba que le oyera; y así fue.

—¿Y de quién es la culpa de que no sea así?! ¿Eh?! —Acabó por explotar; incluso le tiró la fregona, aunque no recorrió ni la mitad del camino hasta su objetivo—. ¡El respeto hay que ganárselo!

—Ya era hora de que me hicieras caso. —Sonrió como un niño; que, por cómo se comportaba, más que parecerlo lo era—. Venga, vamos a dar un barrido al Cielo. —Alzó la mano y removi6 en el aire su diario de ruta—. No deberíamos tardar mucho más en encontrar un destino. Con suerte descubriremos una coincidencia entre mis notas y nos será más fácil trazar una ruta segura a casa. —Le indic6 con una mano que se le acercara.

A ella le entraron ganas de arrancarle los dedos de un mordisco, pero tenía que reconocerlo... Le envidiaba. Tal vez fuera un idiota, un mentiroso y un manipulador. Pero al menos tenía determinación; además de un objetivo en la vida. Ella no. Para ella la vida era como ese diario de ruta, solo que desdibujado y demasiado borroso para ser interpretado. Con algunas pistas, sí, solo que insuficientes para atreverse a dar, siquiera, el primer paso.

Puede que ahora supiera que en alguna parte tenía familia, y por lo que Patrick había asegurado estaban en lo que él llamaba «hogar», pero no por ello conseguía sentirse más tranquila. En su lugar no dejaba de darle vueltas a una simple aunque importante pregunta: ¿Por qué razón se separó de sus padres?

Le resultaba extraño imaginar una situación justificable. ¿Un secuestro? ¿O un accidente fatal viajando entre islas, tal vez? Quién sabe. El problema estaba en que también había otra posibilidad mucho más oscura: ¿Y si la abandonaron?

Las dudas la asaltaban constantemente cuando pensaba en ello y le daban ganas de suplicar a su acompañante que diera media vuelta para regresar a La Ciudadela. Por suerte, acababa calmándose al recordar a Moisés Robres y a su inseparable rompe cuellos. Prefería aceptar su nueva vida, enfrentarse a lo desconocido y aprender a no pensar antes que volver a verles. Debía afrontar todo lo que se presentara a partir de entonces sin echar la vista al pasado nunca más.

—¡Uff! ¡Eres insoportable! ¡No te aguanto! —La chica camin6 a su encuentro pisando muy fuerte, tanto que parecía que iba a reventar alguna de las tablas del suelo de un momento a otro.

—Más razón para localizar una isla: más espacio para perdernos de vista.

La joven no tuvo más remedio que tragarse sus palabras si no quería seguir recibiendo, una y otra vez, respuestas jocosas, o no tanto, de su «capitán». Era

de esos que no podían estar sin poner el punto y final a las discusiones.

Isbel respiró hondo calmando su espíritu, cosa que no le resultó nada fácil, y se dispuso a agarrar la brújula; que desde hacía unos días colgaba de su cuello gracias a una cadena que, extrañamente, él le había construido y que combinaba plata y cobre aleatoriamente. Lástima que gestos como ese no fueran habituales.

En cuanto la agarró se acordó de la primera vez en que se había molestado en observar la brújula al detalle. Fue un par de días antes y se había llevado un susto de muerte, pues nada más cogerla esta refulgió como mil luciérnagas. Al final, tras otros tantos intentos fallidos de no activarla con el tacto de su piel, se las ingenió para posarla sobre su falda, estirada a modo de bandeja, y, durante largas horas, la miró de arriba abajo, arrodillada sobre los tablones y en solemne silencio dentro de su «habitación».

Si tenía que ser sincera, le encantaba la fusión delicada y robusta que el artefacto presentaba: su pieza principal, la que ocultaba los engranajes internos y que parecía a simple vista un medallón, estaba atestada de líneas curvas que se unían y atravesaban constantemente por la superficie. Pero el medallón no era lo único interesante, también las agujas y el pequeño anillo que descansaban engarzados encima y que, por lo planos y finos que eran, parecían adornos inmóviles que con su activación empezaban a trabajar. Tiempo después, Isbel descubriría que las agujas indicaban el norte y la latitud, respectivamente, y que el anillo que giraba como una rueda perezosa sobre sí mismo, con curiosos símbolos desconocidos adornando su metal, servía para algo muy específico y de vital importancia. Sin embargo, por el momento, los detalles y usos del artefacto seguirían siendo un misterio para ella, igual que su propio origen.

Nada más rozar el metal, la luz escondida en su interior salió al exterior por las líneas. Lo hizo como las otras veces: expulsando pequeños haces de luz hasta convertirse, todos juntos, en un globo terráqueo fantasmal y traslucido que mostraba, aparte del inmenso vacío, una miniatura de la goleta. Nada más. Ni terrenos ocultos muy lejos de ellos, ni tampoco otros posibles transportes.

—Nada —informó decepcionada.

—No la sueltes todavía, tal vez si avanzamos un poco... —Ni él creyó sus propias palabras, aunque se aferró a ellas como si fueran lo único que le quedaba. Desconocían cuánta distancia era capaz de analizar el aparato, por lo que quién sabía si estaban a un segundo, a diez, o incluso a un minuto de encontrar tierra firme en su holográfica representación.

Estuvieron un largo tiempo así, sin decirse nada el uno al otro. Simplemente aguardaban una señal, una oportunidad de ser felices. Él pareció impasible, observando el horizonte y pensando quién sabe qué, ella solamente sintió que se le cansaban las manos mientras la luz le molestaba la vista y le cosquilleaba la cara.

—Patrick...

—Solo espera. —En su voz se notó la preocupación y las ganas de llorar.

Se quedó callada de nuevo y pensó en cómo debía sentirse. Su salvador había puesto todas sus esperanzas en aquella brújula y ahora resultaba que no servía de nada, aparte de recordarle que sus sueños no iban a cumplirse. Si las cosas seguían así tendrían que volver a La Ciudadela, o morir en medio del vacío.

La esfera seguía describiendo lo mismo. Aparecían pequeños puntos brillantes pero no pasaban de simples nubes y colores indeterminados. Nada que indicara una isla flotante o siquiera un pedazo diminuto. El Cielo Sin Fin continuaba por todos los lados tan solitario como siempre creyó que era.

—P-Patrick... —Soltó entonces con un tono totalmente distinto; justo a la vez que la primera tormenta de su vida comenzaba a chisporrotear sobre ella.

—¡Solo espera! —le suplicó sin atreverse a mirarla, sus ojos se estaban humedeciendo por culpa de la desesperanza.

—Pero... —Si no estuviera presenciando lo imposible se habría quedado ensimismada viendo cómo el cielo lloraba.

No pudo más, Patrick soltó los mandos y dándose la vuelta fue a gritarle. Solo que la voz se le apagó, acababa de ver...

—¿Tierra?! —Se abalanzó a la imagen. Justo delante, a bastante distancia todavía, había aparecido un punto enorme que brillaba más que todo lo demás —. No puede... ¡No, no! ¡Tiene que ser una isla! —Corrió al timón y lo adelantó de tal manera que pareció que iba a escalar el mascarón y tirarse por él—. ¡Sin duda!

Al llegar a los límites de su barco afinó la vista y solo descubrió un conjunto de nubes por todas partes, adelantando prudentemente una distante lluvia de infinitos colores que destellaban impidiendo descubrir nada concreto entre ellos.

Siguió esperando mientras la embarcación avanzaba por sí misma. No se oía nada más que las constantes preguntas de Isabel, que no sabía si soltar la brújula y acercarse o aguardar una respuesta desde su posición.

Entonces, convenientemente, los colores de la lejanía perdieron su fiereza

como si algo, o alguien, se lo hubieran ordenado, y Patrick pudo ver una figura destacando al final.

Observó primero un terreno flotante, diminuto en comparación a La Ciudadela, pero inmenso ante la goleta. Sin embargo, después vio algo más: descubrió un pueblo alzándose sobre la tierra y expulsando humo de las chimeneas y ruido desde sus calles. En uno de los bordes, incluso, parecía haber un extraño puerto en el que atracaban una considerable cantidad de barcos voladores; mucho menos destartados que el suyo, claro está, y flotando sobre sí mismos sin la ayuda de globo alguno.

—Ahí está... —Le entraron escalofríos—. ¡Ahí está! —Y saltó hacia atrás para aminorar la velocidad a toda prisa.

El motor chirrió perdiendo fuerza y acabó adormecido al momento, con pequeños trompicones.

—¿Qué sucede? —Ella aún no entendía que pasaba.

—Tierra, Isabel. —La abrazó y dejó que una lágrima se escapara hacia su mejilla—. ¡Tierra!

La muchacha entonces dejó que la joya volviera a colgar libre junto a su pecho y, cuando se libró de Patrick, caminó lenta pero nerviosamente hacia la proa del barco. Mientras se acercaba fue viendo lo mismo que él, aunque para ella resultó como un extraño e incomprensible sueño. Estaba acostumbrada a ver altos edificios enrejados y atiborrados de metales y chimeneas, con el gris vistiendo el suelo, el cielo, e incluso la ropa de su gente. Lo que había frente a sus ojos distaba mucho de todo aquello. Las casas apenas se veían desde aquella distancia, pero era evidente que superaban los tres pisos, y las calles se le antojaban vacías y limpias gracias a la ausencia de mugre, cableados y tuberías oxidadas. Hasta el color, que variaba de apagado y triste a claro y esperanzador, infundía paz.

Para colmo, el terreno flotante estaba presidido por un enorme edificio que brillaba en su punta y que más tarde conocería como un faro.

—Decía la verdad... no estamos solos —le contó al aire al tiempo que escuchaba algo tronar peligrosamente cerca.

* * *

Llegar al puerto y alcanzar el *Fiora* no les resultó nada fácil. Tuvieron que escabullirse de una considerable cantidad de guardias que buscaban incansablemente entre las callejuelas, la llovizna y los establecimientos abarrotados. De ropajes grises pasaron a encontrarse uniformes azules y rifles

brillando en cada calle por la que pretendían cruzar.

Sin embargo, Arlette llevaba demasiado tiempo huyendo del ejército como para que fueran a atraparla ahora. Solo tenía que actuar con naturalidad, otear desde cada esquina con un rápido movimiento que no llamara la atención y dirigir a Benjamín tras ella sin levantar ni una sola sospecha. Por poco probable que pudiera parecer, lo consiguieron. Se mezclaron con las personas del mercadillo, con la vegetación del parque y con los lugares más saturados que pudieron encontrar; siempre sin dudar, sin hacer ruido, sin pasar un segundo de miedo. Bueno, Benjamín sí que tembló. Incluso temió que ella fuera a abandonarle al comprobar cómo su respiración se hacía molesta para la pirata: suspiraba cada poco y removía negativamente la cabeza pensando quién sabe qué. Le preocupaba terriblemente que lo dejara tirado después de la discusión en el callejón. Ese «y si llegara el momento, mejor la tuya antes que la mía» tampoco le hacía las cosas más fáciles. ¿Y si todo era un engaño y solo buscaba ganarse su confianza para hacerse con el mapa astral? Pero, si así fuera, ¿por qué tratarle de ese modo cuando asesinó a los guardias? Hubiera sido mejor disculparse y ganarse su confianza, no incrustarle contra una pared. No acababa de comprender la forma de proceder de aquella mujer, aunque tenía que reconocer algo: si le llevaba hasta la Vendedora de Deseos le daba igual. Ahora compartían una meta, o más bien un deseo. Ambos ansiaban revivir a sus seres queridos y él debía agarrarse a ello si quería conseguirlo. La otra opción que le quedaba era huir cuanto antes. ¿Pero qué le reportaría aquello? Nada bueno, solo la eterna sensación de haberle fallado a su familia. Alejarse de la Dama Sanguinaria sería lo mismo que pegarse un tiro a sí mismo, pues la única razón que tenía ahora para seguir viviendo era precisamente acompañarla hasta el final de su viaje.

Al llegar al muelle la situación continuaba tan caótica como cuando abandonaron el *Fiora*. La gente seguía dirigiéndose hacia todas partes, aunque ocultos en su mayoría por paraguas o capuchas, y los aerobarcos salían de sus puestos y se elevaban bien lejos a la vez que otros esperaban turno para atracar y dar un merecido descanso a sus motores. Sin embargo, Arlette no anduvo con la misma seguridad que lo hizo la primera vez.

—Esto no me gusta —espetó, como si algo llevara rondándole entre sus pensamientos desde hacía rato, mientras se rascaba la cicatriz de la mejilla.

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Q-Qué ocurre? —Benjamín se estiró nervioso desde su posición.

Mientras avanzaban a través de la marea de viajeros, algunos de ellos

dedicándoles miradas molestas y otros demasiado apresurados como para hacerlo, la Dama Sanguinaria y Benjamín hablaron sobre lo peligroso que era acercarse al *Fiora* sin más.

—El guardia dijo que tenían que buscar alrededor del faro para asegurar que nuestro aerobarco descendiera y atracara sin sospechar. Pero eso no quiere decir que la Armada en persona no tuviera pensado ocuparse de abordar el *Fiora* una vez sucediera. No me gusta, me preocupa que nos estén esperando. Eso de limitarse a buscarnos por las inmediaciones no me parece coherente: suena a trampa. Están esperando a que hagamos algo... —Removió afirmativamente la cabeza, como si hubiera negociado consigo misma mentalmente y acabara de llegar a un acuerdo—. Creo que aguardan a que volvamos al barco confiados de nuestra victoria para pillarnos desprevenidos. —Y añadió de pronto—. No les sería difícil capturarnos, cuentan con armas mucho más avanzadas.

—Creía que habías vencido a un ejército entero con tan solo tu espada — dijo recordando las historias que narró el dueño de Joselyn.

La respuesta de Arlette fue tajante, y seca, muy seca:

—No creas todas las leyendas que se cuentan sobre mí.

Benjamín entendió que no era el momento.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —No le gustaba la idea de acompañarla en sus viajes después de haber visto como mataba a un hombre desarmado, pero tampoco quería alejarse de ella; pues significaría volver a la Torre Solitaria. El conde y su hermano, el alcaide, ganarían definitivamente y su historia terminaría con un final aún más amargo que el de su familia.

Se le ocurrió una idea:

—¿Y si robas un transporte pequeño? Uno que no llame la atención. Para alguien como... —La miró de arriba abajo y no encontró definición alguna que pudiera utilizar sin miedo a que ella la tomara como un insulto—. Seguro que serías capaz de... —La ceja de Arlette se elevó lentamente—. ¡No pretendo insultarte! Solo... B-Bueno... Tú tienes experiencia en... en... —Y sentenció con la boca chica—. cosas.

—No pienso abandonar el *Fiora*.

—¡P-Però es solo un aerobarco! —gritó, aunque por la tormenta de sonidos que los rodeaban apenas pareció una frase tímida—. Ya comprarás otro.

—No me importa el transporte, delgaducho. —Empapada por la lluvia, miró a su hogar flotante, que se dejaba ver al fondo mientras sus velas se mantenían plegadas—. Me importa la carga que lleva dentro...

—Tengo que recuperar a mi familia. —Insistió—. No quiero que me detengan ahora... Si lo hacen nunca podré volver a verles. —Por primera vez pronunció su nombre—. Arlette, necesito arreglar lo que pasó. Debo salvarles —finalizó, apretando, impotente, los puños.

—Entonces será mejor que vayas aprendiendo a usar ese mosquetón, muchacho. —El apodo, aunque mejor que el anterior, sonó extraño, pues tenían prácticamente la misma edad; si bien el porte de cada uno era bastante diferente: el de ella fuerte y curtido, mientras que el de Benjamín acongojado y tímido.

Tocó el arma nerviosamente, acordándose de que pertenecía a un hombre que ahora bañaba con su sangre el suelo en el que jugó cuando fue pequeño.

—No te preocupes. —Arlette analizó el *Fiora*—. No permitiré que te detengan; al fin y al cabo solo tú sabes dónde está el mapa. Te necesito. Y yo también tengo asuntos que arreglar.

Luego, una vez estuvo segura de lo que haría si se encontraba guardias pululando por la cubierta, avanzó apartando a la gente que intentó esquivarla y alcanzó el atracadero adecuado en un par de segundos; él la siguió a cierta distancia, torpe por culpa de sus pies cansados.

Alrededor de la nave no parecía haber nada extraño, pues al ocupar prácticamente la totalidad de aquella sección del muelle, ningún marinero o viajero tendría por qué deambular por allí. Pero también podía resultar que aquella tranquilidad fuera fingida. Por lo que Arlette presionó el mango de su espada haciendo que la vaina volviera a abrirse como una boca vertical.

—Espera aquí —ordenó con un gesto de su mano libre mientras mantenía el arma sin sacar pero preparada para blandir al menor problema.

Benjamín tragó saliva al quedarse pegado donde estaba y observó, calado hasta los huesos, cómo la mujer avanzaba muy lentamente hasta la rampa de desembarco. La pisó muy despacio aunque, por culpa del metal de la suela de sus botas, sonó al hacerlo. Gracias al cielo no sucedió nada: ni gritos, ni sorpresas.

La Dama Sanguinaria prosiguió el ascenso echando vaho por la boca y apretando la mandíbula por culpa de la tensión. Después, tras lo que pareció una eternidad, alcanzó a ver el interior de la borda.

Al momento se destensó.

—Capitana. —Uno de sus hombres, ocupado con unas cuerdas muy cerca de los límites del aerobarco, se asomó con un saludo—. ¿Alguna nueva? —Al igual que a ella, a aquel pirata le importaba un comino cuánto lloviera.

Arlette ojeó el alrededor y comprobó que el resto de la tripulación estaba tan entretenida en sus ocupaciones como siempre.

—No... —Temiéndose que la Armada los hubiera capturado y sus soldados estuvieran ocultos en cualquier rincón, desconfió—. ¿Y por aquí? ¿Alguna nueva? —preguntó lentamente, preparada para detectar cualquier palabra clave o gesto que la pusiera en preaviso.

—Ninguna —añadió sonriente. Hizo una pausa y luego añadió, sin perder el gesto—: Excepto por los guardias que han subido hace quince minutos con la excusa de hacer un control rutinario de las bodegas.

Arlette levantó las cejas de golpe:

—¿Y dónde están?! —La espada asesina raspó su escondite y casi salió del todo afuera.

—Querían ver la carga. Por lo que les hemos atado a ella para que tengan tiempo suficiente de admirarla.

De pronto, todo el barco carcajeó. Los piratas se acercaron orgullosos y bromearon sobre la cara que llevaba su capitana. Incluso hincharon el pecho hablando de la de espadas, trabucos y rifles que habían conseguido de esos idiotas.

—Malditos... —Se relajó como un fuelle y aguantó la sonrisa—. Un día me dará un ataque por vuestra culpa.

Otra tormenta de risas lo cubrió todo.

El arma de Arlette volvió a esconderse en su vaina, la cual se cerró como un cepo tras su veloz gesto. Al momento siguiente, ella se acercó a la rampa y le indicó al muchacho que subiera.

—Nada de qué preocuparse. Sube, delgaducho.

—¿Dónde ha quedado lo de muchacho...? —lamentó para sí mientras iniciaba el paso.

En poco tiempo la plataforma de reposo liberó la estructura de sus garras y el motor gravitacional estuvo listo y a pleno rendimiento. Una leve sacudida siguió dejando bien claro que el *Fiora* flotaba sobre la nada.

—¿Destino, capitana? —El conrmaestre, nada más y nada menos que quien la había informado de lo sucedido con anterioridad, volvió a acercarse para recibir nuevas órdenes.

Su cabeza estaba afeitada, con una poderosa barba cayendo a modo de cascada por la mandíbula y una expresión dura dibujada en su rostro.

—Ya habrá tiempo de eso después. Lo primero es marcharse, esta isla me inquieta. —Seguía sintiendo que había algo que no acababa de encajar.

Cuando su ayudante fue a irse ella le detuvo a viva voz:

—Dile a Moham que baje a la sala de máquinas y espere órdenes. Por si acaso. —Mientras lo decía se encaminó al timón, abrió una tapadera atornillada al suelo y estiró de su interior un tubo retráctil que se comunicaba con, precisamente, dicha sala.

Al minuto, una voz se asomó rebotando por el agujero.

—En posición, mi capitana. —Un suave eco acompañó la frase.

—Es solo por si acaso, Moham. Aun así estate atento. Tal vez necesitemos usar el Repeledor o el Espejo.

El dueño de la voz, enlatada y lejana, rugió en señal de conformidad.

Benjamín se acercó esquivando a la tripulación:

—¿Es que esperas problemas? —Superó la fila de escalones que daban a la zona del timonel—. Creí que habías dicho que fue una falsa alarma.

—Todo listo para partir —se escuchó por la borda en cuanto soltaron velas.

—Ha sido demasiado chapucero, y la Armada nunca lo es. Simplemente.

La pirata ojeó al frente, viendo el fondo del cielo encapotado por la suave capa gris creada por las nubes. Entonces se le ocurrió algo.

Comenzó a bramar órdenes bajo la atenta mirada del muchacho.

—¡Soltad trinquete!

En un suspiro el *Fiora* había ascendido y girado en dirección contraria: directos a la ciudad que habían tenido hasta entonces en popa.

—¡Atención, perros! ¡Esto no ha acabado! ¡Quiero que estéis atentos a cualquier imprevisto! —ordenó dando brazadas al timón provocando que este pareciera la rueda de un veloz carruaje.

El aerobarco no tardó nada en superar el muelle e internarse en Cecias apuntando con su mascarón al faro. Lo que no era para nada buena idea, pues sobrevolar el interior de una isla estaba prohibido. Sin duda llamarían la atención de todo el que estuviera en ese momento en tierra. Si había un fallo de motores se estrellarían en alguna calle, y eso sería una verdadera tragedia; por no mencionar los ataques de corazón que iba a provocar ver a un transporte aéreo internándose en la zona y pasando de refilón junto a las chimeneas.

—¿Q-Qué haces?! —Benjamín se agarró a lo que pudo.

Lamentablemente para él, ella no tenía la menor intención de responderle. Estaba demasiado ocupada ganando algo de tiempo. Todo parecía tranquilo, fácil, y eso era lo que más le hacía creer que era precisamente lo contrario. Con la Armada las cosas jamás eran sencillas. Funcionaban como una perfecta

maquina sin emociones que estudiaba a conciencia cada uno de sus movimientos. Si de verdad los habían perseguido hasta Cecias, significaba que estaban en alguna parte. En la ciudad estaba claro que no, pues habrían abordado el barco o dado con Arlette y el muchacho antes de siquiera alcanzar el muelle a su vuelta. Solo quedaban, por tanto, dos posibilidades: aún no habían llegado a la isla o lo habían hecho después del *Fiora*, por lo que sobrevolaban la zona a la espera. ¿Pero entonces por qué no había signo alguno de la Armada flotando en el horizonte? Disponían de transportes mucho más avanzados que los preciosos pero anticuados aerobarcos, eso era cierto. Sin embargo, eso no los hacía tan adelantados como para hacerse invisibles al ojo humano. La Dama Sanguinaria se veía incapaz de entrever la verdad, por lo que decidió avanzar en dirección contraria a la debida e internarse en espacio aéreo vetado para rascar algo de tiempo. Si el plan de su enemigo consistía en derribarles o abordarles al levar anclas, aquella jugarreta les haría desistir mientras sobrevolaran la isla por miedo a que el *Fiora* se estrellara. Al menos eso les daría unos segundos para prepararse; si es que no se equivocaba y realmente habían conseguido burlarles de verdad.

«Lo dudo» lamentó, continuando inmersa en sus complejos y locos planes estratégicos.

De pronto, incluso antes de que hubieran adelantado por completo la isla, el conjunto de nubes del oeste se vio despedazado por una fuerza desconocida. En cuanto sucedió, surgió de allí una enorme aeronave que superaba a todas luces las pesadillas de los piratas más valientes. Su tamaño rebasaba en decenas de veces el del *Fiora*. Estaba formada por líneas aerodinámicas y de ella sobresalía, tanto por debajo de sí misma como en popa, propulsores de éter que quemaban incluso los colores del cielo. Para colmo, nada más hacer su aparición, roncó metálicamente y abrió una familia de compuertas en la cara lateral haciendo que al exterior asomara una fila de cañones cuadrados dispuestos a hacer trizas lo que se les pusiera por delante.

Sin duda alguna, era la Armada.

En cuanto se hizo plenamente visible, la Dama Sanguinaria salió de su asombro:

—¡Lo sabía! ¡¡Liberad la mayor!! —Señaló las velas y, removiendo el timón como si no hubiera mañana, continuó soltando terminología marítima imitando a una metralleta—. ¡No! ¡¡También la mesana y todas las demás!! ¡¡Quiero hasta el último trapo al viento!! ¡¡Si queremos salir de esta necesitamos aprovechar el temporal al máximo!! —Acercó la boca al tubo

comunicador—. ¡Moham!

La voz de la sala de máquinas atendió al instante.

—¡Escucha! ¡Una fragata de quinientas yardas de largo nos ha tendido una emboscada! ¡Espera a mi orden y activa el Repeledor! ¡¿De acuerdo?!

El hombre misterioso golpeó el tubo en señal afirmativa mientras se oían cacharreos y silbidos mecánicos. Por cómo se percibió, se había puesto manos a la obra para preparar fuera lo que fuera aquello de lo que hablaban.

—¡Y por lo que más quieras, ni se te ocurra adelantarte a mi aviso o esta será nuestra tumba!

Un estruendo sonó durante un instante envolviendo el ambiente de un ligero tono verdoso: uno de los cañones de la portentosa aeronave había disparado su carga; y esta se acercaba peligrosamente, silbando con un monstruoso y explosivo obsequio, directamente hacía ellos.

—¡¡Tripulación!! ¡¡A vuestros puestos!! ¡¡Más os vale agarraros a algo!! — Luego se acercó al metal que le permitía comunicarse con Moham y clavó sus ojos en el rayo de éter que retumbaba veloz hacía ellos.

Cada vez estaba más cerca, pero aun así ella no dio orden ninguna. Simplemente parecía como si se hubiera convertido en piedra, esperando a que aquel disparo energético les llevara directamente al infierno.

—¡¿Es que no piensas hacer nada?!! —Benjamín la agarró de un hombro para espabilarla—. ¡¡N-Nos va a dar!!

—¡Aparta! —Lo alejó de ella con un leve empujón y volvió a tomar posiciones—. Sé lo que hago... —cuchicheó al final.

La luz ya empezaba a entrometerse por los rebordes del casco, llegando a introducirse en la borda como una sombra fantasmagórica. Incluso algunos tuvieron que apartar la vista para no quedarse ciegos. Sin embargo, unos pocos, entre los que estaba la Dama Sanguinaria, aguantaron hasta un instante antes de ser engullidos.

—¡AHORA! —La pirata gritó como nunca lo había hecho en toda su vida.

Un temblor revolvió entonces el aerobarco a la vez que una extraña tela cristalina lo rodeaba, formando una perla protectora. El impacto llegó justo entonces, resquebrajando aquel extraño fenómeno y haciéndolo añicos momentos después. Aunque lo mismo le sucedió al proyectil de la Armada, que se desvaneció como si apenas hubiera sido polvo.

La tripulación al completo cayó derrotada por la sacudida, pero estaban bien. Arlette se incorporó, ayudándose del timón y volvió a atrapar la tubería:

—¡Activa el Espejo, Moham!

Dicho y hecho. Algo, similar en aspecto a aquel «escudo» salvador, cubrió el *Fiora*; aunque su textura resultaba más densa e inestable. Daba leves parpadeos y los colores del alrededor se volvían monocromáticos y sepías según cada vaivén.

—¡Bien! ¡A toda máquina! ¡Haz que el motor se derrita si hace falta, pero sácanos de aquí!

Si seguían así lo conseguirían. Solo tenían que continuar ocultos bajo el efecto óptico del Espejo.

Aquella maravilla resultaba ser uno de los botines conseguidos en el abordaje a un carguero de la Armada, al igual que el Repeledor. Mientras este funcionara serían totalmente invisibles para los sistemas de apuntado automatizado de la Armada, y con un poco de suerte conseguirían alejarse lo suficiente de ella antes de que la energía del artefacto se desintegrara. Tal vez hasta al escudo le diera tiempo suficiente para recargarse. Sí continuaban ganándole terreno a la pesada fragata tendrían una oportunidad.

Aunque claro, su plan no contaba con que un aerobarco destartado e inesperadamente enano fuera a cruzarse en su camino al adelantar una nube. Ni siquiera le dio tiempo a la pirata de avisar a los suyos. Ante sus ojos, el inocente transporte se partió en dos contra el mascarón como si fuera de mantequilla, lanzando los pedazos metálicos de su ser a la cubierta como flechas antes de que sus partes más grandes golpearan violentamente los lados del *Fiora* y, por culpa de la gravedad, desaparecieran dando tumbos en el vacío infinito; y todo sin que la nave pirata sufriera el más mínimo daño.

El caos gobernó la cubierta de repente. Los gritos llegaron justo después, con varios piratas malheridos por el suelo entre los hierros cortantes.

Arlette lo vio todo desde el timón y no pudo hacer nada.

—¡Tengo que asegurarme de que salgamos de aquí! —Miró a Benjamín y le suplicó con los ojos que ayudara a la tripulación.

Y así hizo. Intentando no caerse por la balastrada al bajar por los escalones, soportó los bandazos que se vio obligada a provocar la Dama Sanguinaria para recuperar el control del *Fiora* y llegó hasta el primero de los cuerpos.

«No respira...».

Abandonó al pirata ensangrentado y oteó al frente en busca de algún otro herido. Vio a varios levantándose entre dolores, con compañeros sirviéndoles de apoyo y, de repente, se percató de algo extraño: entre los cuerpos, junto al palo de la mesana, había el de una chica desconocida.

No se paró a pensar, solo corrió. Esquivó los pedazos puntiagudos que se habían clavado contra el suelo y, raspándose las rodillas, se agachó ante ella:

—¿H-Hola?! —Tenía su edad, de cabello dorado y melena lisa. Tardó un poco en reaccionar, pero al final abrió los ojos entre gestos de dolor—. ¿Me oyes?! —Benjamín insistió al borde del pánico, los alaridos de los piratas retumbaban por todos lados—. ¿Estás bien?!

—¿D-Don...? ¿Qué ha pa... pasado? —Desorientada, intentó incorporarse sin éxito. Le dolían las costillas, e igualmente Benjamín se lo impidió por miedo a que tuviera algo mucho más grave.

—¡No te muevas! Has sufrido un accidente pero estás a salvo... —Luego echó la vista a otro herido cercano, un hombre inconsciente entrado en años que tenía bastante peor pinta—. Hay gente que necesita ayuda, ¿vale? —Al decirlo, ella se puso histérica e intentó por todos los medios ponerse de pie—. ¡No, no, no! T-Tú... Tú no te muevas. ¿Harás eso por mí? Aquí estás a salvo. Si notas algo raro grita mi nombre y volveré, no te preocupes. —Mientras lo decía temió lo peor: él hombre parecía estar muerto—. ¡Ah! Soy Benjamín. — Sonrió fútilmente mientras se preparaba para alejarse.

La joven parpadeó agotada y al borde del desmayo:

—I-Isbel. Yo me llamo Isbel.

Unidos por el destino

El cuarto del Alto Eldric Ravenhold estaba en penumbra. Por regla general solía contar con alguna lámpara de aceite alumbrándolo todo, pero aquel momento no tenía nada de habitual. Era una noche excepcionalmente triste, una que quedaría para siempre grabada en la mente del, por aquel entonces, joven Patrick.

La culpa era de uno de los mayordomos Medios, que había tenido la osadía de intentar robar a su señor a escondidas. La desgracia le llegó cuando el Alto lo encontró revolviendo los cajones de ese mismo cuarto, aunque el infortunio le salpicó también a Eldric, pues el ladrón respondió apuñalándolo entre las costillas.

—¿Q...? ¿Q-Quién...? —La voz del moribundo Ravenhold bailoteó entre la oscuridad al sentir la puerta.

Patrick se apresuró a hablar para que su amigo pudiera descansar tranquilo dentro de su cama, que desgraciadamente se había convertido en su lecho de muerte; momento que no tardaría demasiado en llegar según las averiguaciones del doctor que lo atendió de urgencia.

Se suponía que Patrick tendría ahora que decírselo a Eldric, e incluso avisarle de que tenía un sinfín de contratos sin firmar de la empresa de motores, pero prefirió ignorarlo. ¿A quién podían importarle ya?

—Oh, P-Patr... —No pudo acabar el nombre, la vida se le escapaba con cada palabra—. M... Me alegro de verte... —aseguró el anciano con total sinceridad. Luego corrigió—. O... más bien oírte. —Intentó sonreír, pero sus fuerzas habían abandonado su cuerpo—. Te... Teng... Tengo que hablarte... —Al acabar la frase suspiró agotado. Le resultaba increíblemente difícil mantenerse lúcido, y más aún mover los labios. Incluso los párpados le pesaban y querían cerrarse a toda costa.

—Ahora no es el momento. Debe descansar. —Se acercó a su regazo e hincó las rodillas en el suelo.

—Si no lo es, ¿cuándo lo será? —Sudaba a causa de la fiebre, aunque se sentía helado; mucho. Se mojó los labios cuarteados en mitad de un quejido sordo—. S... Si duermo ahora... Me... Me marcharé sin... Tengo qu...

—No diga eso. No se va a ninguna par... —Pero no pudo acabar. Era como

si algo le impidiera mentir.

—Dejaré este mundo muy pronto. Lo siento... en... los huesos.

—Alto Eldric...

—Ningún Alto llama a un igual de ese modo. Hace mucho que... que te ganaste ese derecho. —Tragó saliva y apretó los dientes a causa del dolor que se extendía entre sus entrañas a base de ardientes punzadas, ahogando un quejido—. No lo olvides... nunca. Ahora eres el Alto Patrick Ravenhold, señor y dueño de esta casa y de mi empresa de motores. —Cada vez hablaba con mayor fluidez, y aunque aquello hubiera parecido un claro indicativo de su mejoría; en realidad auguraba todo lo contrario.

—No pienso robarle sus cosas. —Arrugó el ceño, no le gustaba que la conversación estuviera dirigiéndose a algo tan mundano.

—Así consta en mi último testamento. Y no vas a robarme nada, no necesitaré ninguna de mis riquezas allá donde voy. —Por cómo pronunció la frase debería haberse percibido con pesar, pero no fue para nada así. En su lugar había llegado acompañada por una amplísima sonrisa sincera—. Pronto veremos quién de los dos estaba en lo cierto. —El gesto se cargó de melancolía, una extraña mezcla entre felicidad y tristeza.

Patrick no quiso responder, no podía hacerlo sin echarse a llorar. Aquel hombre le había protegido, le había acogido como un hijo y le había enseñado a sobrevivir en aquel extraño y diminuto mundo que era La Ciudadela. Verlo apagarse lentamente como una vela no era, ni por asomo, lo que había esperado del futuro.

—Patrick...

—¿Sí? —Tensó la mandíbula.

—En mi sótano... —Se esforzó por hacer que su voz sonara alta y clara—. encontrarás un barco.

—¿Un barco? ¿C-Cómo que un barco?

—Un barco volador. —Aclaró muy lentamente—. Reutilicé las piezas que pude salvar de tu anterior transporte y las añadí a un viejo proyecto. Me temo que no pude salvar demasiadas, apenas el motor y algu... —Se agotó a media frase—. Escapa de esta isla y... —Tosió. Sangre.

Su protegido no supo que decir, ni siquiera tenía claro si en realidad estaba delirando.

El anciano prosiguió entre temblores:

—No vayas a pensar que lo he hecho por ti. —Consiguió soltar una mueca divertida tras mucho esfuerzo—. Pensé que podría acompañarte llegado el

momento. Desde que vimos ese medallón en la fiesta del señor Robres y me contaste para qué servía no he pensado en otra cosa. Quería tanto visitar esos mundos de los que me hablaste... Aunque por lo visto, el destino me guardaba un camino más corto hacia mi deseo... hacia... —La visión se le nubló—. la siguiente parada. —Y la voz se le apagó como si una maquina hubiera robado el sonido directamente de su garganta.

Esta vez Patrick no quiso contradecirle. No deseaba discutir sobre si había un nuevo Cielo Sin Fin más allá de la muerte, prefería que se fuera en paz y que creyera lo que quisiera. Tampoco resultaba tan descabellado. Muchos otros, en las islas que Patrick visitó antes de llegar a aquella, compartían esa misma convicción.

—Eso parece.

—Gracias. Por contarme la verdad... por hacer que este momento me resulte más... fácil. Por conseguir que no sienta miedo. —Giró tímidamente la cabeza hacia la cómoda—. Dentro tienes todo lo que necesitas saber sobre la dueña del medallón, y sobre cómo terminar de montar el condenado barco. Sé que no querías que me inmiscuyera en tus asuntos, pero me moría por saber de quién se trataba. Pensé... Pensé que... —Tosió lastimosamente—. Que cuanto antes lo descubriéramos antes podríamos marcharnos...

—Aún puede acompañarme... —Pero a mitad de camino estalló al ser incapaz de mantener por más tiempo la máscara—. ¡Esto no es justo! No lo es. —Se lamentó echándose a llorar.

—No... llores. —Sus labios, más pálidos y fríos que de costumbre, le dedicaron una derrotada sonrisa—. No temo a la muerte... Porque no existe. Tan solo es una parte del camino, ¿recuerdas?

—Alto Eldr... —No pudo seguir. La garganta le ardía; y el alma también.

En ese instante lo único que quería era estar equivocado. Pensar que las locas teorías de su moribundo amigo eran ciertas: que en algún momento volverían a encontrarse, que la vida no era siempre injusta y que guardaba algo realmente hermoso y bueno para quienes se lo merecían. Suplicó sin palabras que así fuera, convencido de que si alguien se merecía ser recompensado, era quien ahora susurraba su último adiós.

—Seguro que volveremos a vernos...

La muerte del pobre anciano no le llegaría de golpe ni tranquilamente. Aun así, no estaría solo. Patrick se quedaría toda la noche a su lado. Sufriría con él y se aseguraría de que nunca, durante ni un solo segundo, tuviera miedo. Le tranquilizaría hablándole de cientos de mundos reales, y otros inventados, que

poblaban el Cielo Sin Fin. Lo haría hasta que Eldric Ravenhold hubiera exhalado su último estertor. Y una vez hubiera sucedido, saldría del cuarto, reuniría a todos los Medios que desde ese momento estarían a su servicio y les diría con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas:

—Salid de esta casa... Y no volváis jamás.

* * *

En el puente de la aeronave del capitán Harold se respiraba tensión por cada recoveco. Nadie se atrevía a hablar ni a mirar a su superior. Solo trabajaban y se preguntaban cómo había podido un aerobarco escaparse de ellos. Su fragata era de las más potentes, ni siquiera precisaba apuntar para disparar y su coraza soportaría una lluvia de balas durante toda una semana sin descanso si fuera preciso.

¿Entonces cómo pudo el *Fiora* repelerles?

—Capitán... —El responsable de comunicaciones arrastraba una expresión abatida y avergonzada, igual que todos los miembros de su, hasta entonces, perfecto equipo—. El capitán general está a la espera.

Todas las cabezas apuntaron hacia su líder, sabedoras de que la comunicación directa con el mandatario nunca precedía nada alentador.

—Bien. —Se levantó de su asiento y enlazó las manos tras la espalda dando unos pocos pasos al frente—. Proceda.

La máquina «tejemapas» sobrevoló el techo entre intrincados raíles y se acercó a Harold. Luego empezó a formar un rostro azulado desde la parte superior del cráneo hasta terminar en la barbilla.

—Capitán general. —Se cuadró en cuanto el dibujo tornó su expresión pesada.

—¿Dónde está esa cabeza que me prometió, capitán de fragata? —La voz retumbaba en los altavoces dispuestos en cada esquina; y no sonaba contenta precisamente.

—Lamentó este contratiempo, capitán general.

—No debería hacer promesas que sea incapaz de cumplir —Su frente de luz se arrugó más de lo estrictamente normal y echó su etéreo rostro hacia su subordinado—. Y menos si me las hace a mí.

—La Dama Sanguinaria contaba con tecnología de éter. No sé de donde la sac...

—¿Quiere decir que con un poco de contrabando tuvo suficiente para

vencer a una de las aeronaves mejor equipadas y más costosas de la Armada? ¿Eso es lo que intenta decirme, capitán?

Ante aquello, Harold no supo qué responder. Solo se le ocurría agachar la cabeza y aceptar su castigo. Dijera lo que dijera no haría cambiar de parecer a Eolo e igualmente sabía que se merecía lo que fuera que le tuviera preparado. A fin de cuentas, había fallado a su nación, a sus hombres e, incluso, a su esposa.

—He leído el informe que mandó a la central. ¿Puede explicarme por qué razón no disparó a esa hija del demonio en cuanto la tuvo a tiro aprovechando que desconocía su presencia?

—Mi capitán general... S-Sobrevolaba Cecias.

—¿Y qué?

Abrió fuertemente los ojos y respondió a la pregunta como si estuviera diciendo lo más obvio e innecesario del mundo:

—Los restos habrían caído sobre la población..

—Repito. —La cara del capitán general Eolo se volvió inexpresiva—. ¿Y qué?

—Yo...

—No puede vacilar a la hora de tomar decisiones impopulares. No si desea seguir siéndo capitán. El haber reventado ese maldito aerobarco cuando tuvo la ocasión habría acabado con el problema de un tajo. Le ha dado la oportunidad de seguir matando. Las bajas que se hubieran sucedido al disparar en ese momento habrían sido perfectamente asumibles, y probablemente ínfimas en comparación a las que esa mujer provocará.

Harold bajó la vista incómodo. Por nada del mundo podía justificar el sacrificio de civiles con tal de atrapar a una pirata, ni aunque fuera la que había acabado con la vida de su mujer. No, especialmente por eso: ella no hubiera estado de acuerdo.

—Mate, secuestre, torture y haga lo que tenga que hacer para acabar con ella.

—Sí. —Se olvidó por un momento del protocolo antes de añadirlo a toda prisa al final—. Sí, capitán general.

—No regrese a las Brisas de Eolia hasta que haya conseguido ese cráneo pelirrojo... —Se tomó su tiempo para saborear la reprimenda, incluso su representación se engrandeció del tal manera que pareció que iba a absorber a Harold—. o me ocuparé de adornar la bandeja con el suyo. ¿Ha quedado claro?!

—Sí —repitió, esta vez clavándole la mirada con secreto desprecio.

* * *

Al despertar, Patrick creyó que seguía estando dormido, pues la oscuridad, similar a la del cuarto del Alto Eldric, lo cubría junto a una risa fantasmal forjada a partir de mil tonos. El sonido era tan intenso, tan constante, que no podía escuchar ni sus propios pensamientos.

Sin embargo, en cuanto la memoria y los ojos se le aclararon, el inquietante carcajeo se esfumó junto a la negrura, permitiendo que fuera plenamente consciente de dónde se encontraba: por el vaivén incesante era evidente que dentro de un barco volador. Y por el aspecto de aquellos tablones, además del de las cuerdas abandonadas sobre el suelo y las cajas pegadas a los límites de la estancia, en la bodega.

No le importó el hecho de haber despertado en un lugar que jamás había visto antes, ni tampoco el descubrirse ligeramente amnésico. Lo que le preocupaba era estar de espaldas a una columna y con las manos aferradas a ella; sin olvidar la gruesa cuerda que atrapaba sus muñecas sin compasión.

«¿Qué ha pasado?» pensó, buscando en sus recuerdos fragmentados alguna respuesta.

Pero no hizo falta recordar.

—¡Patrick! ¡Estás despierto! —La voz de su compañera rebotó muy cerca.

Con apenas un breve giro de cuello vio a Isabel a su lado. Estaba atada a la columna, como él, y su silueta era perfectamente visible gracias al azulado vestido que aún llevaba; muchísimo más oscuro debido a la suciedad y con tantos agujeros que parecía haber recibido una salva de pólvora.

—¡Isbel! ¡¿Q-Qué...?! ¿Qué pasa? —La cabeza le dolía horrores y las articulaciones de las manos le ardían por culpa del roce de la cuerda—. ¿Por qué estamos atados? ¿Y nuestro barco? —Intentó incorporarse al sentirse incómodo.

—¡No, no, no! ¡Quédate senta...!

Sintió como si una bestia le hubiera clavado todos los dientes en la pierna y cayó sobre sí mismo.

—do... —terminó ella, apretando los labios resignada.

En cuanto tocó el suelo, Patrick soltó un grito ahogado y miró con sorpresa su extremidad: la descubrió entablillada y hecha un desastre.

—¿¿Qué demonios le ha pasado a mi pierna?! —Tenía la pernera del

pantalón rasgada y una horrible inflamación cubriendo su rodilla.

—Te la rompiste en el accidente.

—¿¿Accidente?! ¡¡¿Qué accidente?!!

—¿No te acuerdas? —Debatí conmigo misma brevemente y aceptó sin más—. Tampoco es de extrañar, te diste un buen golpe. Cuando acabábamos de encontrar tierra nos arrolló un barco volador inmenso. —Señaló con la barbilla el alrededor—. Este.

Solo hubo que reparar en la cara de él para entender que no se acordaba de nada en absoluto, y que no acababa de creerse que hubieran podido sobrevivir a tal golpe.

—¿Tú estás bien? —preguntó, tras darse un segundo para recuperarse del punzante dolor.

No sonrió por puro orgullo, pero Isbel se sintió feliz al notar su preocupación; incluso aunque fuera un imbécil mentiroso.

—Estoy bien. Solo algún moratón. Tuve mucha suerte.

—Menos mal... —suspiró.

—No se alegre tan rápido, caballero. —Otra voz, varonil y profunda, apareció en escena—. Pronto deseará haber muerto. —A pesar del significado de su mensaje, sonó afable.

Al oírla, Patrick pegó un respingo y sintió como si le hubiera caído una cascada de agua fría.

—¿Q-Quién ha dicho eso? —Buscó hasta donde le alcanzaba la vista, y el cuello, pero no encontró a nadie; las ataduras, y la propia Isbel, le impedían girar alrededor de la columna para ganar visión.

Tuvo que aclarárselo ella, pues a diferencia de su compañero, podía distinguir la totalidad del lugar gracias a que disponía de una posición privilegiada:

—No somos los únicos que estamos encerrados aquí abajo.

Efectivamente. Repartidos en el resto de los pilares había hombres uniformados; algunos apretujados a modo de abanico por la falta de espacio y llegando a compartir cuerda a marchas forzadas.

—Encerr... —El falso Alto se mordió la lengua al acordarse de que estaban atrapados. La sorpresa del accidente y su pierna rota le habían hecho olvidarse de lo verdaderamente importante—. ¿Y por qué lo estamos? —preguntó poco después.

—Vaya, le han dado bien fuerte. —La voz autoritaria volvió a alzarse, dejando bien claro que pertenecía al líder del misterioso grupo allí presente

—. ¿Dónde se piensa que está? Lo acoge un aerobarco y en vez de llevarle a un hospital lo encierra en su mugrosa bodega y dejándolo a su suerte. ¿Qué le dice eso?

A Patrick le llamó la atención el nombre con el que se había referido a los barcos voladores, aunque lo obvió al centrarse en lo realmente importante.

—No insinuaré que hemos sido secuestrados por...

—Piratas, sí. Y no por un grupo de aficionados precisamente. Ustedes han tenido la mala suerte de toparse con la infame Dama Sanguinaria. —Por lo bajo añadió—: Y nosotros la deshonra de ser atrapados como simples novatos por su despreciable tripulación.

—¿Dama Sanguinaria? —La chica arrugó las cejas con preocupación—. Eso no suena bien.

Otro de los hombres secuestrados, algo regordete y con mirada simpática, bufó:

—Seguro que esa era la idea.

Patrick volvió al tema que le parecía más urgente: su pellejo.

—¿Y qué puede querer esa dama de nosotros dos?

—Ante todo, no tenga la desfachatez de considerarla una dama de verdad: es todo lo contrario. Tampoco busque entender su proceder, caballero, se dice que asesina y secuestra por simple capricho. Sus acciones no guardan ningún sentido más allá de matar por matar. Se lo aseguro. Mis hombres y yo hemos salvaguardado la isla flotante de Cecias durante años, y no hemos oído más que cosas terribles de esa bestia.

—Yo escuché una vez que en lugar de vino bebe sangre de recién nacido —soltó alguien, muy a lo lejos por lo débil que se le escuchó.

—Y yo que destruye toda isla que se le pone por delante —añadió entonces el hombre regordete, animando a que la bodega se pareciera más a una taberna que a una improvisada celda.

Las voces de los distintos prisioneros comenzaron a alzarse en el ambiente y se interpusieron cada una sobre la otra impidiendo que se entendiera lo más mínimo.

«¿Pero cuánta gente hay aquí?» pensó Patrick dirigiendo su confundido rostro a Isabel, que cada vez estaba más nerviosa.

De pronto, un chico joven, al que apenas podría considerársele un hombre, perdió la calma y comenzó a pegar gritos.

—¡¡Ay, Diosa!! ¡¡Sálvame!!

—¿Queréis dejar de contar chismes?! —El hombre que estaba a su lado

hizo una mueca molesta, pues lo estaba dejando sordo—. ¡Estáis poniendo nervioso a Sherman!

—¡No estoy listo todavía! ¡No quiero morir! —Le castañearon los dientes antes de balbucear algo sobre una tal Melisa y lo mucho que deseaba abrazarla o algo así, pues se puso a llorar tanto que no se entendió ni media palabra.

—Genial... —Se escuchó en alguna parte—. Ahora no solo estamos encerrados como idiotas en el barco pirata más siniestro del imperio, sino que tenemos que aguantar los lamentos de un cobarde.

Una tormenta de discusiones iba a explotar en ese instante, solo que, antes de que sucediera, Patrick lo impidió con una simple y contundente afirmación que provocó un silencio sepulcral por todas partes:

—No creo que vaya a matarnos.

Incluso el muchacho tembloroso quedó en mutis.

—Jovencita... —El jefe fue el primero en atreverse a hablar tras la pausa—. ¿Seguro que su padre no se ha quedado lelo del golpe?

El compañero de Isbel ignoró el comentario y detalló su suposición aclarando que no tenía sentido que le curaran la pierna si pensaban matarlo:

—De hecho, si tan sanguinaria es, ¿por qué no lo ha hecho todavía? Le hubiera resultado más sencillo tirarnos por la borda y ahorrar cuerda.

—¡No lo digas tan alto o te oirá! —Los lamentos volvieron.

Y como si así fuera, la compuerta que daba a la sala se abrió de golpe y por ella bajaron dos pies inesperados a los que luego acompañaron otros tantos, además de una brillante luz exterior. En menos tiempo de lo que Sherman hubiera tardado en echarse a llorar, se reunieron en el interior más de siete piratas con los rifles que les habían robado en las manos.

—Ha llegado el momento, valientes. —El primero en bajar, y que dirigía la comitiva de bandidos, señaló desganado con el suyo hacia los guardias de Cecias—. Arriba todo el mundo.

Inconscientemente, Isbel fue a levantarse. Menos mal que Patrick se lo impidió chistándola y ordenándola por lo bajo que se quedara donde estaba.

—¿Tantas prisa tienes por morir, idiota? —le murmuró.

Poco a poco, los malvados secuestradores fueron liberando a cada uno de los presos con experto cuidado mientras iban llevándoselos en pequeñas tandas.

—¿A-A dónde vamos? —Sherman casi tartamudeó.

—A tomar el fresco. ¡Calla y camina!

Las miradas tensas de unos fulminaban a las de otros y en muchas ocasiones

se sucedieron insultos, golpes e, incluso, intentos desesperados de cambiar las tornas de la situación con empujones. Lamentablemente no hubo nada que hacer. Los rifles apuntaban con profesionalidad a los guardias, imposibilitando su salvación.

—Les deseo la mejor de las suertes —soltó el líder de los guardias como despedida hacia Isbel y Patrick, que no supieron qué decir cuando este les sonrió apenado.

En cuanto los piratas desaparecieron, la oscuridad y el incómodo silencio volvieron a poner cada cosa en su sitio.

—Espero que no les pase nada malo.

—Quien sabe... —La miró y, de pronto, se percató de algo en lo que no había caído hasta ahora—. ¡¡Isbel!!

—¿Q-Qué?! ¿Qué pasa?! ¿Qué te duele?!

A Patrick no le dolía nada, aunque sí que se había quedado blanco como si hubiera visto un fantasma.

—¿Y la brújula?! —Tenía la vista clavada en su cuello desnudo—. ¿Por qué no la llevas contigo?!

* * *

La brújula cayó de la palma de la Dama Sanguinaria y quedó suspendida de la cadena que estaba enredada entre sus enguantados dedos. Se pasó un buen rato examinándola, con el rostro muy cerca de ella y permitiendo que los rayos de colores que atacaban la borda rebotaran en su brillante material. Aquel efecto hacía al tesoro aún más especial y valioso, cosa que le encantaba.

Al principio se perdió en las diminutas marcas que rascaban la base, tan pequeñas que a simple vista resultaban indistinguibles y, al final, simplemente admiró todo en su conjunto. Le maravillaba aquella preciosidad, y no solía ocurrir a menudo. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, como una verdadera pirata. Se había obligado a enterrar su lado curioso, ahogar su necesidad de poseer tesoros y a centrarse únicamente en los susurros referentes a La Vendedora de Deseos.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —Benjamín no estaba contento. Lo gritó a los cuatro vientos subiendo a la zona del timón en el que ella estaba e interponiéndose adrede entre los ríos luminosos y la brújula.

—Me quitas luz.

—No irás a hacerles daño, ¿verdad? Porque lo que ocurrió fue culpa tuya.

Tú les arrollaste.

—¿En serio quieres hacerme enfadar tan temprano? Al menos espera al desayuno. —La brújula regresó al interior del bolsillo de su ajustadísimo pantalón.

—Deberían disponer de una cama y comida, no de un oscuro agujero y cuerdas para las manos.

—Yo soy quien da las órdenes en este barco. —La voz de Arlette se volvió tajante y amenazadora, aunque el efecto se estropeó enseguida por culpa de la total indiferencia de la pirata y por la levísima sonrisa que intentaba ocultar con excesivo esfuerzo.

—Solamente... —Benjamín suavizó el tono y aceptó su lugar al optar por palabras más suplicantes que exigentes—. Solamente te estoy pidiendo un poco de sentido común. Libéralos, por favor. No puedes ir por ahí matando a todo el mundo.

—Hombre, por poder, puedo.

—¡Pero no debes! —Se enfadó y gritó tanto que parte de la tripulación lo miró con ojos de asesino. Nunca nadie había levantado la voz de esa manera a su capitana.

Arlette ojeó durante medio segundo el *Fiora* y sonrió quitándole importancia, incluso se cruzó de brazos y torció la cara para dejar aún más claro que no se tomaba en serio a aquel enclenque; no se supo si lo hizo para avergonzarlo aún más, o si en realidad era su manera de salvarle el pellejo. El caso es que así sucedió.

—¿No debo? —Alzó las cejas divertida—. ¿Y eso donde lo pone?

El chico se quedó con rostro preocupado, muy similar al de un cachorrito triste al que llevan días sin dar de comer. Veía a una mujer implacable y sin corazón. Sin embargo, aquello debía ser un disfraz, sin duda, pues no podía creer que alguien así hubiera hecho tanto por él cuando más lo necesitó. No solo le hizo sentir mejor cuando descubrió que estaba solo en el mundo, sino que le dio una razón para seguir viviendo. Daba igual si en ese momento aún le necesitaba para cumplir con sus planes, aquella mirada no podía ser fingida. Cuando ella le ofreció unirse a su causa no pudo deberse a simple estrategia. En sus ojos, en sus palabras, incluso en sus labios, él sintió que lo decía de corazón. Y si lo decía de corazón, era porque tenía que tener uno. La Dama Sanguinaria no existía en realidad, se negaba a creerlo.

—¡Por la Diosa! ¿Por qué te comportas así? ¿No podrías ser menos sanguinaria? —Volvió a pensar en la chica compasiva que le tendió la mano en

Cecias.

—Me debo a mi reputación, si dejo de ser sanguinaria, mi nombre dejaría de tener sentido.

—Ni siquiera tú puedes creer que la reputación sea más importante que la vida de los demás.

Arlette resopló:

—¿A qué viene esta conversación, delgaducho? ¿Apenas llevas un día formando parte de la tripulación y ya te crees con derecho a sermonearme? Ni siquiera los conoces.

—Son gente honrada.

Al escucharlo, la capitana del *Fiora* soltó una risotada casi salvaje.

—¡Ja! ¡¿Qué sabrás tú lo que son?! —Se aclaró la garganta intentando no volver a reírse y, por lo tanto, formándosele hoyuelos del esfuerzo—. Podrían ser asesinos. O ladrones... —Estaba a un paso de volver a echarse a reír, y en cierto modo no entendía por qué aquel chico le hacía tanta gracia—. O... ¡Yo que sé! Cualquier cosa mala que se te ocurra. Podrían ser todo eso y no lo sabrías. A lo mejor su muerte salva cientos de vidas futuras. Piénsalo, en el fondo sería una heroína.

—Por favor, Arlette...

La inminente aparición de una sonrisa en la Dama Sanguinaria se desintegró. Sus ojos volvieron a expresar la inmensa nada y su semblante se sintió realmente amenazador, como cuando mató a los dos guardias de Cecias o disparó al hombre de la Torre Solitaria.

—Capitana. Para ti soy capitana. —Dio un paso hacia él, obligando al muchacho a ceder espacio y a vigilar lo que tenía justo detrás para no caer por los escalones de la plataforma—. Te he aceptado en mi tripulación, cosa de la que empiezo a arrepentirme, pero no te he convertido en mi amigo, ni siquiera en mi hombre de confianza. Así que no me hables como si fuéramos cercanos. —Le amenazó con el puño—. Deja de cuestionar mis decisiones y de ponerte a mi nivel o sufrirás un peor destino que el que padeció tu familia. —Lo hizo a propósito, esperaba que recordarle su dolor le hiriera lo suficiente como para desear no hablarle en una semana.

Pero no funcionó:

—Entonces... ¿qué vas a hacer con ellos?

La insistencia de Benjamín sorprendía a la pirata. Desde luego, había más coraje en aquel chico de lo que él mismo era consciente. Chasqueó la lengua, pero no dio ninguna respuesta.

Un pequeño grupo de piratas surgió entonces del interior del aerobarco con una fila de maltrechos hombres. Si bien la tripulación arrastraba sonrisas alargadas, los presos lo que llevaban consigo era más bien desesperación; y odio, mucho odio.

—Aquí están, Capitana.

Se escucharon risas, vítores y frases que daban ideas de qué hacer con ellos. Estaban encantados, como si se hubiera construido un diminuto coliseo romano en aquel transporte flotante.

Arlette se alejó de Benjamín, en parte para librarse de su atosigante súplica, y caminó hacia los prisioneros con paso seguro y rostro desenfadado.

—¡Qué alegría veros despiertos tan temprano! Sois gente madrugadora — les dijo.

—¡Púdrete! —soltó alguien, en alguna parte de la hilera de tristes desgraciados.

Uno de los piratas golpeó al azar y el «afortunado» sollozó de puro terror. Estaba a un paso de echarse a llorar y suplicaba entre tartamudeos por su vida alegando que tenía que volver con una tal Melisa. Arlette prefirió ahorrarse la bochornosa escena y solicitó audiencia con el cautivo de mayor rango.

—No tenemos nada que decirte —respondió otro anónimo.

—¿Por qué? ¿Tanto miedo os doy?

—No. —Un guardia, de aspecto digno a pesar de los moratones de su cara y la vejez de sus arrugas, estiró la espalda y se mantuvo tenso como un tronco—. Porque no eres digna de nosotros. Ni de nadie. —Y recitó una frase pronunciada por todo creyente de la diosa; ente al que le atribuían, entre muchas otras maravillas, los llamados «renaceres»—: «Podemos morir, pero de un modo u otro volveremos. En este lugar o en otro... —sonrió con superioridad—, pero lo haremos».

El mismo pirata al que le gustaba pegar a la gente se preparó para reventarle la cara con la culata del fusil robado, sin embargo, ella se lo impidió con un gesto.

—Valientes palabras, aunque vacías en la boca de un hombre al que no le inquieta morir. —Se quedó pensando un rato, pues quedó patente que se trataba de alguien que ya había experimentado la muerte. Probablemente era uno de esos «renacidos» que provenían del Otro Lado y que, al fallecer, aparecían con sus recuerdos intactos en este. Nada de lo que le hiciera a su cuerpo le perturbaría ni le doblegaría. Aquel valiente sabía, o más bien creía, que cuando le abrazara de nuevo la muerte volvería a empezar de cero. Por lo

que, ya estuviera él en lo cierto o no, la pirata tendría que redirigir la situación hacia otros derroteros—. Está bien... —Por suerte, encontró el método perfecto para conseguirlo—. Pero serás el último. Tal vez no temas morir, pero... ¿Y los hombres bajo tu mando? Veamos si sigues entero después de oírles gritar y verles desaparecer más allá de la borda... Uno a uno. —Sonrió—. ¡Preparad la tabla!

Una marabunta de ruido, alegría y expectación golpeó el lugar avivando las ganas que tenía la tripulación de asistir a aquel acto.

—¡Sí!

—¡Por fin!

—¡Cuánto tiempo sin asistir a un buen paseo por la tabla!

Los gritos de entusiasmo resonaron por cada rincón del *Fiora*.

—¿Qué es la tabla? —preguntó Benjamín tras sortear la barrera de piratas que empezaba a formarse alrededor de Arlette.

Las dudas quedaron resueltas en cuanto apareció un tablón robusto y alargado. Entre unos cuantos lo estaban tendiendo sobre una de las balaustradas de la embarcación.

—No irás a...

La Dama Sanguinaria le miró de reojo.

—No te sorprendas tanto. Como te he dicho hace un momento, me gusta mi nombre. No quiero desmerecerlo.

—¡Pero son inofensivos! Arle... —Corrigió antes de que pudiera ser reprendido—. Capitana. Están desarmados y ya no son una amenaza. Ni siquiera hay ninguna razón para hacerlo.

—No necesito excusa alguna. E igualmente, no son como esos viajeros con mala suerte que defendías hace un minuto. Estos son el enemigo. Intentaron capturarnos sin ofrecernos una pelea justa y subieron a mi aerobarco con mentiras y siendo plenamente conscientes del peligro. Han fallado. Deben pagar. Te lo advertí una vez y te lo repito hoy: ¿crees que ellos hubieran tenido piedad de nosotros si se hubieran cambiado las tornas? No, por supuesto que no. —Hablaba más seria de lo habitual, recordando poderosamente a la mujer que le estampó contra una pared tras matar a dos personas—. Va siendo hora de que te entre en la cabeza, o acabaras muriendo a manos de uno de esos hombres inofensivos de los que hablas tanto.

—¡Esto es horrible! —exclamó Benjamín desesperado—. ¿Cómo puedes dormir por las noches?

Ella tenía que reconocerlo, el muchacho era de ideas fijas y parecía

dispuesto a seguir sus convicciones a pesar de todo. Le resultaba admirable, valiente dadas las circunstancias... y desacertado.

—Está bien, los liberaré —aseguró de sopetón.

—¿D-De verdad?! —El chico temió que estuviera riéndose a su costa.

—Sí.

—¡Gracias! ¡Sabía que en el fon...!

—Pero con una condición. Ellos viven y a cambio tú dejas este barco. Me dirás lo que necesito saber, sin trampas, y luego renunciarás a la única oportunidad que te queda de volver a ver tu familia. Hazlo y perdonaré la vida a estos hombres.

Benjamín parpadeó y se quedó inanimado.

—¿Qué ocurre? ¿No te parece bien? —insistió. Estaba harta de su estúpida moralidad de cuento de hadas.

Como no recibió respuesta, acercó su rostro mientras la tabla terminaba de anclarse y los prisioneros comenzaban a ser colocados frente a ella.

—Yo... —Benjamín, intimidado por su cercanía, intentó hablar pero no le salían las palabras. Una parte de sí le decía que aceptara y otra luchaba por mantenerle la boca cerrada.

—¿Vas a aceptar mi trato o no? No voy a esperar eternamente.

El nuevo miembro del *Fiora* bajó la cabeza y no se atrevió a decir nada más: quería salvar a esos hombres, sin embargo, más quería volver a ver a su familia.

—Eso pensaba. Esta será la última vez que cuestiones mis órdenes, delgaducho. Si vuelve a ocurrir, serás tú el que cruce la tabla —dijo ella, apuntándole con el dedo. Luego, dándose la vuelta, se marchó para presidir la ejecución.

Aturdido, Benjamín se dejó hundir por la marea de piratas y desapareció.

* * *

Aquella noche, por más que Arlette cerrara los ojos e intentara mantener la mente despejada, no podía dormir. La voz decepcionada de Benjamín resonaba en sus adentros repitiendo la misma lapidadora cantinela una y otra, y otra, vez:

«¿Cómo puedes dormir por las noches?».

—¿Que cómo puedo? —La brújula se deslizó por su cuello y, aferrada a los eslabones, golpeó el colchón.

Resopló arrebuajándose en la sabana y, con los cabellos de sangre revueltos sobre su cara, se dejó abrigar por la tranquilizadora soledad de su camarote; el único lugar donde realmente podía ser ella misma.

—Simplemente no lo hago.

Se dio media vuelta entre resoplidos y abrazó la esponjosa y agradable almohada que coronaba la señorial cama.

A pesar de que el *Fiora* fuera el hogar de rudos asesinos y ladrones, el espacio privado de su capitana ostentaba pulcritud y feminidad; aunque tan solo en lo que respectaba a su lecho y al armario donde guardaba sus efectos más personales, como un precioso vestido blanco que jamás había podido ponerse o unos sencillos pendientes de plata que robó a un mercante hacía dos años; el tiempo exacto que llevaban dentro de su coqueta cajita aterciopelada.

Más allá de ese diminuto mundo de inocencia estaban las espadas de las paredes, la mesa en donde planeaba cada incursión, las velas de los candelabros titilando y el enorme cofre donde aún descansaban los tesoros conseguidos por su difunto padre. Casi como si su única función fuera la de ocultar la realidad a cualquiera que obtuviera permiso para entrar en las dependencias.

Intentó volver a dormir a la vez que el *Fiora* se quejaba por enésima vez. Entonces lo que escuchó no fue al pobre Benjamín: percibió un grito desgarrado. Provenía de su memoria y se había incrustado en ella aquella misma mañana, cuando los presos abandonaron el barco precipitadamente. Solo su líder y un par de valientes más se marcharon en un silencio sepulcral, el resto reprodujo aquel aterrador sonido al verse precipitados de la tabla hacia la muerte entre risas y vejaciones.

No le hizo nada feliz acordarse de cómo sonaba el miedo a morir. Por más que lo pareciera, no disfrutaba matando ni amenazando. ¿Pero qué podía hacer? Si era débil, la tripulación dejaría de respetarla, o mejor dicho, temerla, y comenzarían a maquinarse a sus espaldas.

Tras el motín que terminó con las aventuras del capitán Giles, Arlette había sufrido dos posteriores sediciones, y hasta que no se vio obligada a deshacerse de toda la tripulación a la que había considerado su familia y contrató una nueva, no comprendió que el único modo de seguir dirigiendo el *Fiora* sería adoptando el papel del indeseable Johan... y no el de su padre. Por más que le doliera, los piratas no se regían por los códigos de honor ni la piedad. Por regla general solo querían divertirse, coger lo que no es suyo, matar y disfrutar de todos los placeres que les aportaba su primera, o segunda,

vida. ¿Ser recordados para siempre como valientes aventureros y exploradores? ¿Surcar el vasto cielo para saborear la libertad? Tal vez unos pocos lo quisieran, pero eran los que menos. Al fin y al cabo, el contramaestre Johan no sufrió traición alguna, mientras que el *capitán* Giles... Bueno, ya sabemos de sobra lo que pasó con él.

Tal vez fuera por el recuerdo de su padre o porque una parte de ella misma se resitía a condenar a todos aquellos hombres a una muerte segura, ni siquiera ella misma lo sabía. El hecho es que utilizando toda clase de argucias, se había forzado a sí misma a reconducir el rumbo de su aerobarco para que flotara sobre una pequeña isla antes de que «la tabla» estuviera lista.

—Será divertido, creedme —aseguró cuando sus hombres la exigieron una gratificación tras discutir qué hacer con los prisioneros.

Sin embargo, por más que les insistió en que no había nada más satisfactorio que oír cómo sus huesos se partían al chocar contra la tierra en lugar de verles desaparecer entre las nubes, su verdadera intención siempre fue la de salvarlos; pues desde el principio tuvo la intención de encontrar una buena concentración de agua a la que arrojarles.

Así fue como un pequeño lago cristalino se convirtió en el destino final de la Dama Sanguinaria. Puede que no lo suficiente profundo como le hubiera gustado, y tampoco a una altura prudencial como para saltar sin peligro a la muerte, pero sí un lugar en el que tener la oportunidad de salir de esta. Era todo lo que podía hacer por ellos.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de apartar aquellos recuerdos, pero no podía. Cuanto más intentaba olvidar, con más fuerza se repetían las imágenes. Finalmente, no lo soportó más. Se incorporó con disgusto en la cama, con la tela que le cubría la figura resbalándose y entre maldiciones reconoció su derrota. Acababa de venirle a la mente el instante en que tuvo que asesinar a sangre fría al hombre que intentó prenderlos en Cecias.

«No tuve elección. Hubiera alertado a la guardia en cuanto hubiéramos girado la esquina», se dijo.

Las manos le temblaban, sentía una losa en el pecho. Hubiera querido echarse a llorar, pero siempre se negaba aquel alivio a toda costa. En cada parpadeo veía demasiadas caras, asesinatos y cientos de pesadillas acaparando sus pocos momentos de calma. No obstante, tenía que ser fuerte si quería cumplir sus deseos, no podía rendirse al llanto. Solo si estaba dispuesta a lo que fuera, por más que su propia naturaleza se partiera al hacerlo, recuperaría a lo único realmente hermoso que le había pasado en su vida.

Eric merecía volver a vivir. A cualquier precio.

Se acercó a la mesa redonda que marcaba el centro del camarote y agarró un pequeño taburete mientras hacía cabriolas para no enredarse demasiado en la sábana y caer redonda al suelo. En cuanto se sentó y se notó arropada por la tela se relajó. La mente enseguida la siguió. Los mapas la distrajerón lo suficiente como para dejar atrás sus recuerdos y nadar en la información que contenían: rutas olvidadas que bordeaban los límites del Imperio del Aire, leyendas similares a la de la Vendedora de Deseos que compartían un mismo patrón, identidades de Buscadores de Leyendas que viajaban por la zona, símbolos que se presuponían letras de una lengua perdida de una civilización ya olvidada...

Y a pesar de todo, nada nuevo que ojear, solo texto ya consultado en infinidad de ocasiones anteriores. No quedaba entre la tinta ni una sola palabra que no hubiera memorizado ya.

Pensó en intentar dormir de nuevo cuando se descubrió a sí misma con la mente en blanco y la mirada perdida. Entre todo ese caos organizado encontró una «pieza» nueva. No una revelación sino un divertimento que podría volver su existencia un poco más llevadera por, al menos, unos minutos más. Se trataba de un pequeño cuadernillo. A simple vista ni siquiera parecía importante.

—¿De quién es esto? —susurró abriéndolo por el final y haciendo memoria.

«Oh, es verdad. Del viejo del accidente». Se había hecho con él cuando tomó «prestado» el tesoro.

Las páginas resultaban estar muy viejas. Parecían haber soportado una década, tal vez más, y estaban llenas de garabatos, direcciones, mapas incompletos y... Los ojos de la pirata se abrieron como si acabaran de encontrar la solución a todas sus preocupaciones. Por un instante el color azul de sus iris recuperó la vitalidad, haciéndola levantarse a toda prisa, directa a su armario. Mientras volvía a vestirse tiró la agenda sobre la colcha, vigilándola con la mirada en todo momento, y empezó a maldecir. Después se abalanzó contra la puerta, escapó al exterior siendo golpeada por una gélida noche y se encaminó al primer subalterno que encontró:

—Trae al cojo a mi camarote. —Y gritó con apremio al verle ahí pasmado—. AHORA.

* * *

La bodega se había convertido en un lugar tenebroso y desangelado. Y no porque la noche hubiera eliminado los escuetos resquicios de luz que hasta entonces entraban aleatoriamente por donde buenamente podían, fue porque el silencio ahora lo cubría todo. Ningún paso sobre Patrick e Isbel, ningún signo de vida en la habitación y, por desgracia, ningún indicio de que los prisioneros que se llevaron esa misma mañana fueran a regresar.

Isbel se ponía a llorar cada vez que pensaba en esa pobre gente, cada vez que recordaba los gritos. Ni ella ni su acompañante estaban seguros, pero por cómo rieron los piratas desde la borda y por cómo dejaron de dar señales de vida los otros, temían que los hubieran matado.

La compuerta del techo que daba a los escalones se abrió de golpe profiriendo un sonoro porrazo seco. Ella respingó en la viga y a punto estuvo de desprender un grito sordo y aterrado.

—¿Q-Qué hacemos? —Sus labios se removían tan temerosos como sus manos, sus piernas y los latidos de su joven corazón.

Miró a Patrick como si este fuera un ente superior que pudiera cambiar las tornas de la mismísima existencia y esperó sus indicaciones.

«¿Qué pretende que le diga?» pensó este. Pero algo tenía que decir:

—Mantente en silencio.

Luego echó un vistazo por el rabillo del ojo al pirata que surgió justo después.

No le seguía una fila de embravecidos compatriotas. Estaba solo, y Patrick no estaba seguro de que fueran buenas noticias. ¿Y si su intención era precisamente esa? Descender entre sombras para aprovecharse de la dulce y bella Isbel sin ser descubierto.

La posibilidad le aterró e, inconscientemente, se levantó con las manos tras la espalda buscando llamar la atención del hombre. Poco podía decirse del extraño, la negrura no ayudaba demasiado a distinguir su rostro. Podía dibujarse de él una figura robusta y alta, igual que la de un árbol centenario. Sin embargo, las facciones de su cara estaban ocultas, al igual que lo que llevaba en una mano; que bien podría ser un palo, una cuchara o... un arma.

—Tú. —El pirata le señaló con un cuchillo afilado, que brilló al superar la oscuridad e introducirse en el débil reguero de luz nocturna que llegaba de arriba—. Ven conmigo.

Patrick sintió cierto alivio. Al menos eso significaba que Isbel iba a estar bien. Lástima que ella no estuviera dispuesta a que le ocurriera lo mismo que a los otros presos.

—¡¡¿A-A dónde lo llevas?!! —gritó la chica.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar?! —El marinero se envalentonó con la intención de pegarla una patada, pero Patrick interpuso parte de su cuerpo entre ambos, dejándola oculta tras su figura.

—Iré donde me digas —replicó como un rayo—. Tranquilo, tranquilo.

Al final quien recibió la patada fue él, un golpe seco y rotundo en la pierna buena.

Gritó, y vino otra de nuevo.

Y luego más.

Su agresor siguió hasta que la suela de su bota le hizo creer a Patrick que en realidad era un martillo.

—Vaya *zi* vendrás donde diga. —Le golpeó una vez más antes de terminar—. ¡¡Yo tengo el puto cuchillo!!

Después, cuando acabó de reírse como un demente, cortó sus cuerdas y le incorporó agarrándolo de sus estropeados ropajes.

Patrick se sintió extraño al mover los codos, los sintió como si no fueran suyos después del maltrato. Las muñecas le dolían tanto que parecía que le hubieran clavado mil agujas.

—Venga. —El pirata indicó la dirección con la punta del arma

Patrick echó a andar. Lento, pero lo hizo. Dio pasos cortos, o más bien saltitos, a la pata coja. Arrastrando la pierna rota, avanzó por la penumbrosa bodega y recorrió gran parte del camino hasta que al pirata se le acabó la paciencia.

—¡Tira! La capitana no va a esperar *pa* siempre, ¿sabes?

—Iría más rápido con alguna clase de apoyo. —Ignoró el creciente dolor que le escalaba por la espalda.

—¡Sí, hombre! *Pa* que puedas cogerme por sorpresa y escapar, ¿no?

—¿Escapar? —Siguió su camino—. ¿Y a dónde iba a ir? —Murmuró el resto—. Ni que pudiera volar.

—¡Yo le asistiré! —Isbel se puso de pie como un cohete—. Puede apoyarse en mí. Así no tendrá que preocuparse usted de nada.

El pirata la miró y luego a él, que puso cara de espanto. ¿Es que no se daba cuenta que podía estar caminando hacia su muerte? Acompañarle no le traería nada bueno.

El hombre del puñal sonrió:

—Bien *pensao*, ricura. —La desató y salieron al exterior en un santiamén.

Una vez allí fuera, se vieron sacudidos por algo más que el frío del Cielo

Sin Fin. Los brazos del pirata se aseguraron de meterles prisa, llegando incluso a hacer que Patrick perdiera el equilibrio y se cayera contra la puerta que precedía al camarote.

—Rapidito. —Fue toda la «disculpa» que recibieron por parte del extraño.

Siguieron la orden preguntándose qué iba a pasar a continuación y se quedaron atónitos al hallar a la dueña del aerobarco sentada tras su mesa redonda, con los pies apoyados sobre la hoja, las manos cruzadas entre sí y una sonrisa agradable en plena cara.

—¡Bienvenidos! —A Arlette le trajo sin cuidado que en vez de solo Patrick hubieran aparecido los dos, entendió al instante por qué la joven lo acompañaba—. Por favor, no seáis tímidos. —Bajó las piernas y se levantó, pidiendo que se sentaran mientras le acercaba un taburete a Isbel.

Según avanzaban, tragando saliva al sentir la atmósfera opresiva del cuarto, escucharon cómo la Dama Sanguinaria daba órdenes a su subordinado:

—Dile al nuevo que traiga algo de comida para nuestros invitados.

«Invitados» no era precisamente como se sentían, pero no se atrevieron a decir nada. Solamente alcanzaron sus respectivos asientos y descansaron el cuerpo sobre ellos.

Isbel observó de reojo a la pirata y enseguida miró a otra parte con la intención de perderse en cualquier cosa. Le daba igual en qué mientras la mujer no se interesara en ella. Había oído demasiadas cosas horribles de ella como para creer que eran cuentos de viejas, pues a pesar de su edad, muy cercana a la suya propia, podía distinguir un rostro frío y calculador más allá de la cicatriz extendida a un lado.

—Bien. —Arlette volvió a sentarse y les habló como si fuera la recepcionista de un hotel—. ¿Os han tratado bien?

—Estamos bien —afirmó Patrick con presteza. Arrastraba un semblante serio y seguro, ocultando el miedo en alguna parte de su estudiado disfraz; pues Isbel podía notar cómo sus piernas temblaban por debajo de la mesa.

—No es una respuesta. Pero me vale. —La pirata sacó un librito que a ambos les resultó muy familiar y lo tiró sobre el mueble entregándole el total protagonismo de la escena—. Esto es tuyo, ¿no?

Patrick no respondió. Se limitó a contemplarlo intensamente y luego a dirigir su mirada a los ojos de la pirata. Sus labios en ningún momento se movieron, siguieron estáticos; como el propio cuaderno.

Su compañera, por su parte, se había perdido en la brújula que colgaba del cuello de la pirata. No brillaba demasiado por culpa de la iluminación

debilitada de los candelabros, pero destacaba sobre el rojo y negro que vestían el cuerpo escultural de su captora.

—¿Te gusta mi medallón? ¡Oh! Qué despiste —rió Arlette—. Si es tuyo. — Se lo quitó del cuello y lo sostuvo sobre la mano—. ¿Lo quieres de vuelta?

Patrick cortó cualquier posible respuesta.

—¿Podría ir al grano?

Sonó atrevido, algo que no resultaba nada aconsejable dado con quien estaban tratando. Sin embargo, él, a pesar de dudarlo durante un momento, volvía a creer que si no los habían matado ya, y además estaban a punto de compartir una charla entre bebidas y manjares, era porque necesitaba algo de ambos. Y cuando alguien necesita algo de alguien, no lo mata por un poco de insubordinación.

—Le quitas gracia al asunto. —La pirata lanzó la brújula hacia la joven—. Supon...

Un fogonazo azul fantasmal restalló el cuarto en cuanto Isabel agarró su preciado tesoro y los engranajes giraron. El efecto sorprendió de tal manera a la Dama Sanguinaria que, cuando la muchacha dejó de palpar su brújula, apareció de pie y con la espada desenvainada.

Tardó un poco en percatarse de que aquel efecto no había sido más que un juego de luces.

—¿Qué ha pasado? —La espada los apuntó.

Patrick miraba la punta del arma con desafiante tranquilidad, mientras que Isabel se debatía entre seguir dejando a la brújula descansar sobre su regazo, pues allí no reaccionaría al tacto de sus dedos, o arriesgarse a atarse la cadena de nuevo al cuello.

Arlette insistió a pleno pulmón.

—¡He hecho una pregunta!

—Nada de qué preocuparse, señorita —alegó fresco como una lechuga.

La espada siseó al volver a su vaina y la pirata, al ver que nada más sucedía, se fue tranquilizando.

—Ya veo. —Tomó asiento de nuevo, dibujando una sonrisa—. No esperaba que esa joya fuera tan interesante como vuestro cuaderno. ¿Del librito también salen fuegos artificiales? ¿O es una capacidad exclusiva del medallón?

—No sea absurda, es solo un cuaderno.

Isabel lo miró como si acabara de insultar a la madre de la Dama Sanguinaria y de paso se hubiera metido con toda su línea de sangre. Se

acordó de Moisés Robres y se preguntó por qué maldita razón su compañero disfrutaba ofendiendo a quienes podían matarles con tan solo desearlo.

—¿No me tienes miedo? —Arlette torció la ceja. Empezaba a pensar que la osadía de Benjamín era contagiosa—. ¿Acaso desconocéis quién soy y lo que puedo hacerlos?

—Algo hemos oído. De todos modos, no se entristezca por nuestra pasividad, no somos de por aquí, por lo que no conocemos su trayectoria. Seguro que es de sobra conocida y temida en todo el país. Lo que ocurre es que acostumbro a no temer a quien me ofrece un plato y buenas palabras. Cuando pasa suelo pensar que me necesitan. —Se acomodó en su asiento—. Digamos que la gente que me necesita no suele empalarme ni cosas por el estilo.

Arlette respondió a su alegato con media sonrisa.

—Como has dicho... —comenzó a rodear la mesa— no sois de por aquí. ¿Y de dónde sois entonces?

—¿Eso importa?

—Lo suficiente como para que vuestra vida dependa de ello. —Se dejó de tonterías y lo fulminó con sus ojos asesinos. Sus modales y el tono de su voz chocaron de golpe con lo que estos describieron, confundiendo a Patrick y haciéndole dudar sobre si debía mantenerse fuerte o volverse sumiso y colaborador.

Arlette sonrió al percatarse de ello, alargó la mano hacia el librito y, situándose a su lado como una profesora particular, avanzó las páginas hasta llegar a una parte ajena al extenso mapa de ruta que Patrick había estado completando durante su viaje—. Aquí. —El dedo índice se clavó sobre los bocetos sucios de unos símbolos a medio definir—. Estas runas... ¿Qué significan? Responde.

Patrick no lo hizo.

—Estás acabando con mi paciencia, vejstorio. Te lo pido por favor. He estado ojeándolo, sé que habéis viajado mucho. No sé de donde provenís, pero no pertenecéis al Imperio del Aire. Todas estas islas que describís están fuera de las Brisas. Probablemente en una parte del cielo que jamás ha sido explorado por mi gente. Sois unos extraños muy afortunados por no morir en el accidente y por haber despertado mi curiosidad. Pero no os equivoquéis, soy muy voluble... y a mi espada le encanta vestir el rojo. —Abandonó el roce del papel y en su lugar tocó la empuñadora que colgaba de su cadera—. Lo diré una vez más antes de ponerme violenta. ¿Quiénes sois y qué significan estos

simb...?

—Solo somos simples viajeros de una isla muy lejana y esto no son más que lo que parecen: garabatos.

Durante los siguientes minutos, Patrick le habló sobre La Ciudadela. Lo hizo sin olvidarse de ni un solo detalle, esperando que tanta información la convenciera, detallando incluso el modo en que Isbel y él se conocieron y explicándole que la brújula servía para deslizarse por el cielo atravesando mundos inexplorados. Ni siquiera obvió el detalle que aclaraba su intención de volver a ver a su mujer.

No hubo un resquicio de la historia que le hubiera contado a Isbel que la Dama Sanguinaria no supiera después de su larga narración.

Arlette le dejó hablar todo el tiempo que él quiso, aunque ni con esas cambió su expresión. Se mantuvo en silencio, apoyada sobre la mesa y con la cara a pocos centímetros de la del hombre. Isbel estaba al lado, con la vaina de la espada pinchando su espinilla de vez en cuando y mostrándole la pistola de éter colgando del cinturón. Ni por un momento se le ocurrió arrebatársela y hacer de heroína por más que la luz verde que latía en su interior la tentara.

Cuando Patrick concluyó, la pirata removió la cabeza afirmativamente y apretó los labios.

—Te creo... O sea, no es que te crea. Quiero hacerlo. Me gusta tu historia. —Se alejó de nuevo y volvió a su asiento. El arma de éter ahora estaba en su mano y apuntaba a Patrick con decisión—. El problema es que sé que mientes.

—No lo hago.

—Ya. Sinceramente, me apetecería mucho dispararte al oído para demostrar mi teoría con un poco de dramatismo. Lo que pasa es que estamos en mi habitación y no quiero agujerearla. ¿Qué tal si pasamos directamente al momento en que te das cuenta de que eres imbécil por intentar engañarme? — Un manuscrito desecho por los extremos y lleno de venosas arrugas se deslizó como una bailarina por encima del cuaderno—. Tienes ante ti un pedazo de una vieja enciclopedia de idiomas antiguos. A simple vista puede resultar inútil, por todo eso de que hablamos el mismo y la gente que renace o nace aquí lo habla sin tener que aprenderlo. Ya sabes, ¿para qué estudiar un idioma distinto cuando todos hablamos el mismo? Absurdo, ¿eh? Pero es que este tiene cierta particularidad: forma parte de una leyenda muy concreta en la que estoy excepcionalmente interesada. ¿Adivinas a qué leyenda me refiero?

—Ni siquiera entiendo lo que dices.

—Pues deberías. Echa un vistazo. —Le instó.

Incluso Isabel acercó los ojos al pedazo de papel. Sobre él se encontraban toda clase de anotaciones perfectamente legibles que detallaban afirmaciones e hipótesis sobre una serie de runas extrañas. O eso pensó al principio: los símbolos no eran otros que los garabatos esbozados en la agenda de su acompañante.

—¿Qué?! —La antigua recolectora de piezas miró a Patrick totalmente confundida.

—¿Y ahora qué? —La pirata se sintió triunfante—. Dime que no vas a malgastar nuestro tiempo negando la verdad. Tus dibujos y las runas son exactamente idénticos. Venga, pónmelo un poco fácil. Prometo no haceros daño, en su lugar os alimentaré y os llevaré a un lugar seguro para que podáis seguir vuestro camino. Si como pago me decís lo que necesito saber, claro. Un pirata no da cosas a cambio de nada.

Lo normal en ese momento hubiera sido que él insistiera en que todo era parte de una extraña casualidad. No lo hizo.

—¿Qué quieres de la Vendedora de Deseos?

Arlette rió al oírle:

—¡Ahora nos entendemos!

Isbel, por el contrario, no comprendía nada en absoluto. De pronto Patrick estaba hablando de no sé qué Vendedora y ella no podía hacer otra cosa que hacer gestos raros; pues era incapaz de seguir el hilo de la conversación sin perderse.

La puerta se echó a un lado y por ella apareció Benjamín cargando una bandeja llena de comida.

—No es buen momento. —La pirata hizo un gesto con la mano para que se marchara.

—P-Pero... —El chico delgaducho dudó, removiéndose de un lado para otro totalmente confundido—. Me han dicho que trajera comida. —Al ver a los presos allí se quedó petrificado—. No irás a matarles, ¿verdad?

Arlette hizo muecas:

—¿Ya estamos con eso otra vez?! Son mis invitados. —Extendió los brazos con una alegría inusitadamente sincera—. Vete tranquilo.

—En realidad... —Patrick aprovechó el cambio de humor de su captora—. Nos gustaría comer ahora. No creo que haya problema para conversar mientras lo hacemos, ¿no?

Definitivamente había nacido para aquello. Estaba hecho todo un charlatán, un verdadero liante que se llevaba demasiado bien con la mujer que había

amenazado con atravesarle con la espada no hacía ni quince minutos. A Isabel le entraron ganas de gritar, ese idiota estaba en su salsa.

—¿Qué hago? —Benjamín parecía un árbol, ahí de pie como un pasmarote.

—Pasa, anda —le gruñó.

Así lo hizo. Cerró la puerta como pudo, caminó saludando como si fuera un camarero, algo que quedó extraño dadas las circunstancias, y después permaneció ahí al lado; casi pareció como si...

—¿Esperas una propina o qué? —La pirata le hizo un mohín.

El chico parpadeó nervioso y fue a marcharse, solo que al final no lo hizo.

—Quédate. —Arlette le señaló un taburete—. Creo que te interesa esta conversación tanto como a mí.

Patrick prosiguió.

—Es cierto, los dibujos de mi agenda forman parte de un alfabeto rúnico ya desaparecido y que crearon los Antiguos hace... —Se detuvo para hincarle el diente a un alita de pollo—. Quien sabe cuánto. —Masticó con parsimonia y tragó—. Antes de que yo muriera y viniera a parar aquí, antes de que la tierra se separara... y sin duda, mucho antes de... de cualquier cosa.

—Sí, sí, vale. Los Antiguos son... muy antiguos. Muy bien, eso me da igual. ¿Por qué estas runas aparecen en todo lo que tiene que ver con ella?

—Obviamente porque pertenecen a su época, la Vendedora es un Antiguo. —Bebió un poco—. Los símbolos rúnicos hacen referencia a ella.

Benjamín se quedó anonadado. ¿Cómo es que ese hombre con el que se habían topado por casualidad estaba hablando de la Vendedora de Deseos? Es más, ¿cómo demonios sabía tanto sobre el tema?

—¿Qué me he perdido? —dijo confundido.

—Cierra la boca, ya te pondré al corriente luego. —Ella siguió con el tema—. ¡¿Y qué dicen?! ¿Indican dónde está?

—No.

La mujer se desinfló. Tanto, que Benjamín cogió las riendas en su lugar echando un vistazo a los dibujos de los que hablaban.

—Dices que estos símbolos no revelan dónde está ella. Eso quiere decir que sabes interpretarlos, ¿no es así? Sabes traducir el lenguaje de estas... runas.

Patrick lo ojeó, preguntándose si merecía la pena sincerarse, pues si no tenía cuidado podrían acabar con ellos nada más contarle todo.

—Sí, sé leer el idioma de los Antiguos. —Verdad—. Aunque no puedo enseñaros cómo. —Mentira—. Pasé décadas estudiando el lenguaje de los

Antiguos y tuve que viajar por los confines del cielo para reunir el suficiente texto rúnico como para hacerme una idea aproximada sobre quién era la Vendedora de Deseos. Aun así, me temo que no encontré nada sobre su localización en este texto, solo sobre su origen. Páginas y páginas de historia, pero nada que especificara un lugar.

—Arlette. —Benjamín estaba más serio de lo normal, que ya de por sí solía ser bastante—. Haz un trato con él.

—¿Qué estás diciendo? —repuso Arlette fulminándole con la mirada.

—Qué le ofrezcas toda tu fortuna si hace falta con tal de que se una a tu tripulación.

—¿Y por qué iba yo a querer unirme a vosotros después de que nos hayáis tratado como animales?

La pirata le hubiera amenazado, de hecho iba a hacerlo, pero Benjamín se le adelantó para no complicar más las cosas.

—Tienes un deseo, ¿verdad? —dijo a la vez que se desabrochaba los cordones que cerraban su camisa—. Nadie aprendería un idioma tan complejo por simple decisión. Necesitabas traducirlo. Necesitas encontrar a la Vendedora de Deseos tanto como nosotros. Hay algo que solo ella puede darte.

—En caso de que así fuera, ¿por qué iba a tener más posibilidades de encontrarla con vosotros que por mi cuenta?

—Porque... —La prenda cayó y se abrió al tocar el suelo a modo de alfombra. Benjamín había quedado desnudo de cintura para arriba y se había dado la vuelta para que todos pudieran verle la espalda. El misterio que había estado ocultándole a Arlette quedó de golpe revelado: su piel se había deformado, adoptando una horrible y enorme cicatriz que detallaba una ruta descrita con las runas que Patrick sabía leer, y que le habían tatuado a modo de castigo, al rojo vivo, utilizando la misma reliquia que había intentado robar —: Porque soy el mapa que os llevará hasta ella.

Sangre fría

La relación entre aquellos cuatro resultó mucho más complicada que provechosa. A pesar de que su alianza empezó a dar frutos a los tres días, a su vez hizo arder una pira de descontento que fue extendiéndose entre la tripulación del *Fiora* tan rápido como Arlette había liberado a Isbel y Patrick. Para colmo, los mantenía con Benjamín dentro de su camarote, al que nadie podía acceder bajo ninguna circunstancia.

Ni siquiera una explicación al respecto salió de la boca de la capitana cuando sus hombres se la pidieron. Ni una. Solo la escueta orden de virar el rumbo directamente a Nueva Nasáu; una isla flotante escondida y ajena al control de la Armada que servía de asentamiento para piratas con afán de risas, historias, provisiones e información.

Arlette se dirigía allí a por lo tercero: desde su huida no había detenido la marcha por miedo a que fueran nuevamente interceptados, e incluso había tomado la peligrosa decisión de ocultarse en el inicio de las Brisas Lejanas para asegurarse de repeler a la fragata. Pero ahora que hallar la localización de la Vendedora de Deseos era cuestión de tiempo, quería volver a adentrarse en el Imperio del Aire y atiborrar la bodega de víveres y combustible. Era consciente de que, una vez tuvieran una ruta hacia la Vendedora de Deseos, el viaje sería largo, extenuante de hecho, y que atravesarían más allá de lo conocido, donde el firmamento era puro caos y misterio. Bien podrían pasar días, tal vez semanas, sin toparse con tierra o descubrir una tormenta de rocas amenazando con hacer trizas la embarcación; puede que incluso algo peor. Quién sabía qué tipo de criaturas y fenómenos aguardaban allí afuera. Demasiados cuentos de Buscadores le habían puesto en preaviso sobre atravesar en exceso los límites del imperio como para confiarse ahora que estaba tan cerca de cumplir con su deseo. Tenía que estar preparada para cualquier contratiempo, la vida de su amado Eric dependía de ello.

—Han pasado tres días desde que te pusiste con la traducción. ¿Cuánto más va a demorar? —La pirata dio vueltas por el camarote ante la atenta mirada de Isbel, que no tenía demasiado que hacer desde que todo empezó; aunque tampoco es que la importara, ya no estaba atada a una columna y además le daban de comer alimentos con los que hasta entonces solo había soñado.

Incluso una triste manzana, tan roja como el atardecer, le resultó extraordinaria. De hecho, dio las gracias creyendo que era alguna clase de exquisitez reservada especialmente para ella. ¡Ay, si hubiera sabido que un barril del piso inferior estaba a reventar de aquellos frutos!

—Ya te advertí que tardé años en aprender a leer el alfabeto rúnico. — Patrick se defendió y levantó las cejas castañas por encima del océano de papeles pintarrajeados que atestaban la mesa redonda.

Benjamín resopló a un lado; desde que la pirata supo que él era el mapa que había estado buscando no le dejaba salir de allí. Le preocupaba que alguien más descubriera su secreto y diera cuentas de él, así que ahora lo sobreprotegía tanto que incluso lo vigilaba mientras dormía. No estaba precisamente contento con ello, ni siquiera aunque ahora las noches, tan oscuras como siempre, resultaran extrañamente multitudinarias; Patrick se recostaba sobre la mesa, Isbel descansaba en la cama de la mismísima pirata y él... bueno, él estaba tan acostumbrado a dormir sobre la nada que apenas se sintió incómodo cuando solamente contó con una tela para cubrirse y el suelo como severo apoyo.

«Debería preocuparle más su pellejo que el mío» pensó cuando le informó de su encarcelamiento.

A pesar de sus quejas, Benjamín no se sintió traicionado ni agobiado por volver a perder su libertad. ¿Cómo iba a molestarle cuando estaba tan acompañado? La soledad, la sensación de no existir y verse rodeado de fantasmas era imposible cuando una muchacha dulce, guapa y amable no hacía más que hablar y pelearse con su compañero; que por otra parte era mucho menos dulce, guapo y amable. Había más esperanza allí dentro que en el exterior, donde se intuía a través del resquicio de la puerta un ambiente tan tenso que le daban escalofríos.

La Dama Sanguinaria le recriminó a Patrick su inutilidad y le advirtió que pronto llegarían a Nueva Nasáu:

—En cuanto el aerobarco esté cargado de provisiones quiero tener un rumbo que seguir. —Aferró el pomo de la puerta—. ¿Entendido?

—Como el agua —respondió tajante.

Luego, ella, salió sin olvidarse de ordenarles echar el doble y pesado cierre.

Patrick no dijo nada, pero se sentía más como un esclavo que como un socio.

—¿Qué creéis que comeremos hoy? —soltó Isbel hundiéndose en la cama y

levantando los pies en el aire con una sonrisa que últimamente parecía perpetua.

Estaba claro que de los dos él era el único que se sentía así.

Fuera, el contraestre surgió atropellando a Arlette y cargando sus palabras de decepción:

—No está bien, capitana.

—¿Qué no lo está? —Se aseguró de haber cerrado bien y se encaminó a las escaleras, en dirección al timón. Cuando lo hizo, todos sus hombres la observaron en sepulcral silencio.

—Lo que está haciendo: tratar a los prisioneros como ricachones, mantenernos al margen de sus pesquisas... Nos está ignorando como si fuéramos simples peones... No está bien. Ni siquiera ha tenido en cuenta nuestros consejos sobre esta extraña ruta.

—Os tengo muy en cuenta, pero si queremos asegurarnos de que la Armada no nos persigue debemos volver a Nueva Nasáu por lugares inhóspitos. ¿O te gustaría atraer a esos cabrones hasta la isla? Y sobre esa gente, la necesito. No voy a arriesgarme a perderlos, punto. —Subió las escaleras a toda prisa, no quería mantener aquella conversación.

—Los demás no piensan igual, creen que a usted no le importamos. Están intranquilos. —Su voz superó en fuerza al chasquido de las velas, que daban constantes latigazos que solo las cuerdas amarradas a los extremos podían soportar.

Arlette se detuvo en seco:

—¿Lo piensan solo ellos? ¿Seguro? ¿Por qué me da que tú eres el principal instigador de dicho descontento?

Capitana y marinero cruzaron sus miradas, tensos.

—Tal vez no sería así si no actuara como si fuéramos el enemigo. ¿Qué es eso de impedirnos el contacto con el delgadicho y los otros prisioneros? ¿Tan poco confía en sus hombres para sellar de esa manera su camarote? ¿Acaso ha olvidado cuántas veces hemos acordado viajes y estrategias allí?

—Puede que lo seáis. —Al fijarse en la expresión de su cara puntualizó—: O al menos, alguien lo es. Durante mi incursión en Cecias descubrí que uno de vosotros avisó a la Armada. Por su culpa casi no lo contamos, y por esa misma razón no pienso volver a contar con la tripulación hasta descubrir quién lo hizo.

—Al enrolarnos en el *Fiora* aceptamos seguir a una mujer. —La Dama

Sanguinaria levantó una ceja—. Nos pareció estúpido no abordar más que lo estrictamente necesario y liberar a los Buscadores a cambio de que contaran terribles cuentos sobre usted, pero lo aceptamos de buen grado. Hasta consentimos seguirla a donde nos llevaran sus fantasías... Pero esto... Culpar a un compadre para no reconocer su...

—¡Ya basta! No te atrevas a tomarme por estúpida —espetó con firmeza. Su paciencia se arrojó por la borda para no volver—. No seguís a una mujer, sino a los tesoros incautados por mi padre que reparto cada semana. Lo hacéis por la promesa de un deseo y por la fama y el poder que este aerobarco os proporciona. No apostáis vuestras cartas a una sola mano: cada mes sois más ricos y yo más pobre, no lo olvidéis. Ni siquiera sois realmente piratas, solo un atajo de maleantes y borrachos que viven una ilusión hasta que esta deje de resultaros beneficiosa. El *Fiora* no es vuestro, y tampoco lo que yo me traiga entre manos en él.

El rostro del hombre se crispó ante la reprimenda, pero no cejó en su empeño. Su expresión se tornó peligrosa.

—Por última vez, capitana, decidme qué planeáis con esa gente —insistió.

—¿O qué? —replicó Arlette sin echarse atrás. No podía hacerlo, ahora que había comenzado. Eso demostraría debilidad. Y además... algo en aquella clara hostilidad le hacía pensar que él podría ser el traidor—. ¿Un motín? ¿Sabes a cuántos he sobrevivido? He perdido la cuenta de los hombres que lo han intentado, aunque recuerdo a la perfección cuántos murieron en el proceso. —Lo miró desafiante y atrapó el mango de la espada—. Todos.

Otro silencio, más tenso, los envolvió. No por mucho. Él, a pesar de parecer una montaña, estaba intimidado; sus ojos estaban clavados sobre el arma de la Dama Sanguinaria y temía que esta acabara dando cuenta de él si elegía mal sus próximas palabras. Puede que Arlette no fuera tan mala como las historias relataban, pero siempre estaba dispuesta a hacer lo necesario si no había más remedio. Y quien sabe qué pasaba por su enfurecida cabeza en ese instante.

—No deseo su aerobarco ni su fortuna, capitana. —Siguió al ver que los dedos de la mujer se relajaban—. Ninguno de nosotros la quiere.

—Oh, ahora lo entiendo. —Se cruzó de brazos y removi6 la cabeza indignada—. Toda esta discusión no era más que una estúpida farsa para mantener tu hombría intacta. Vienes a informarme sobre una decisión, no a intentar que me ponga de vuestra parte. Te trae sin cuidado qué esté planeando, solo querías provocar esta bronca para mantener la cabeza bien alta. ¡Pues

olvídate! Lo leo en tus ojos, tenéis miedo, la Armada os ha robado el valor. ¿No es cierto? Os aterra la muerte. —Añadió—. Cobardes de mierda...

—Precavidos, capitana. —Apretó los labios—. En cuanto lleguemos a Nueva Nasáu queremos nuestra parte de la semana. —Se alejó, esta vez era él quien no deseaba proseguir con la conversación—. Abandonamos. Todos. Ninguno quiere seguir sus órdenes por más tiempo. Se dirige a la muerte, y no queremos acompañarla a su encuentro.

* * *

Las noches del Cielo Sin Fin podían llegar a ser complicadas: no era habitual, pero en algunos lugares ni siquiera había ciclo de día y noche. Los colores podían mantenerse como pinturas en un lienzo, brillantes e inamovibles y otras tan oscuros que nada podía atravesar su espesura, ni siquiera el tiempo. Por suerte, en el Imperio del Aire no sucedía, y tampoco por las Brisas Lejanas que había elegido Arlette.

Aquella noche el Cielo Sin Fin parecía calmado. Sus colores se habían apagado, el viento soplaba con más fuerza y apenas se veía algo más que el débil titilar de los innumerables faros lejanos, estrellas falsas aunque hermosas igualmente. Arlette solía preguntarse si no habría alguna que fuera real, o si habría destellos que pertenecieran a un origen aún más místico: tal vez el lugar donde nacían los colores, o del cual provenían el viento y los sueños. Era cierto que la pirata solía ser una persona muy resolutiva, pero en algunos temas era más flexible al respecto. En el fondo sabía que su inconfesable fe provenía de mucho antes: de la primera noche que Eric la había contado historias sobre el resto del Imperio del Aire. Habían compartido largas jornadas a solas, ya fuera en la bodega, arrebujados bajo una manta, riendo como chiquillos y contándose mutuamente historias que ninguno de los dos sabía si eran ciertas o no. El juego era simple: ella empezaba narrando alguna que hubiera oído de otra persona, y luego él intentaba superarla. Si bien la joven Arlette demostró ser una gran oradora, quién ganaba era Eric. Sus relatos siempre la atrapaban y sorprendían.

La Dama Sanguinaria sonrió visualizando recuerdos que jamás volverían a repetirse, instantes de una vida que parecía tan diferente que sentía como si solo hubieran sido fragmentos de una mente que no era la suya o retazos de un sueño muy, muy largo.

La borda estaba en calma. Había permitido que la tripulación al completo

descendiera hasta la sala que utilizaban como comedor y apostaran algo entre bebidas y risas. Podría parecer que lo hacía porque necesitaba estar a solas allí arriba y dejar que la noche se llevara sus preocupaciones, y en cierto modo era verdad, sin embargo, todo se reducía a un desesperado intento de templar los ánimos de la tripulación. Era orgullosa, y por eso mismo no iba a reconocer nunca sus errores ni suplicar, aunque eso no impedía que el temor a quedarse sin hombres con los que domar el enorme y complejo monstruo que era el *Fiora* siguiera presente

Oteó el horizonte y entornó los ojos sobre el haz de luz sucia que se proyectaba desde el enorme faro anclado bajo el mascarón. Navegar por la noche era una temeridad, pero los piratas del firmamento eran expertos en aprovechar la oscuridad del Cielo Sin Fin para escapar de la Armada.

«No eres un buen pirata si no eres uno con la noche, hija», le había dicho en una ocasión su padre, el capitán Giles.

Un suspiro y una corrección de la ruta hacia el oeste. El *Fiora* llegaría a Nueva Nasau en dos días si seguían en línea recta y a sotavento. Las velas ondeaban hinchadas y con las cuerdas tan tensas que crujían como el crepitar de la madera partiéndose entre cenizas.

Cerró los ojos y huyó de sus fantasmas. Simplemente se concentró en su propia respiración, solo en eso.

—¿Qué haces aquí sola?

La voz de Benjamín llegó a ella desde la escalinata que ascendía hasta la plataforma del timonel. Ella dio un respingo sin soltar los mandos y le dedicó una expresión adusta.

Apenas podía ver al muchacho, los farolillos instalados a cada lado de la rueda apenas iluminaban algo más que un metro a la redonda. Aun así, las líneas de su rostro recortadas, sus ojos apenas bosquejados, tristes pero cargados de una extraña esperanza, aparecieron entre la noche; solo un poco.

Arlette le dedicó un bufido:

—No soy yo quien no está donde debe.

—Necesitaba estirar las piernas.

—Vuelve al camarote antes de que alguien te vea. No pienso arriesgarme a que te pase algo y...

—A tu gente le doy igual. Además... —Pensó si tal vez decirlo sería un problema. No había olvidado cómo era la pirata a veces, como un animal herido, desvalido en apariencia pero lo suficientemente peligroso para despedazarte en un descuido—. El tal Patrick ya ha transcrito toda mi espalda.

Deberías ver cómo ha dejado tu escritorio, es un desastre.

—Me da igual lo que haya dibujado, ese hombre podría estar engañándonos. Nada nos garantiza que no haga uno diferente para tomarnos el pelo. Prefiero tener cerca el modelo original.

Benjamín empezó a definirse según se acercaba a ella. Seguía tan esquelético como siempre. Su piel había adquirido mejor color y la incipiente barba de su mentón era inesperadamente favorecedora.

—¿Y para qué iba a hacer eso? Desconfías demasiado de los demás.

La Dama Sanguinaria puso los ojos en blanco y apartó el rostro.

—Has tenido suficiente tiempo como para saber cómo soy.

—Sé cómo quieres que crea que eres. Pero a mí no me engañas. Te esfuerzas mucho pero a veces puedo ver lo que escondes detrás de esa máscara tan elaborada. No disfrutas con esto, lo sé.

Arlette sintió cómo se tensaba. Apretó los dientes y fingió desdén, soltando una risa burlona.

—¡Oh, por favor! Dime que no vamos a tener esa conversación otra vez. ¿Es que eres el guardián de las causas perdidas o algo así? Seguro que cada noche rezas a Nut por mi alma pecadora.

—No soy religioso. Es imposible serlo cuando ves cómo el mundo daña a la personita más amable y buena que pudieras conocer... Pero sí que creo en la gente, en que por naturaleza somos buenos, y eso te incluye a ti.

—Te has propuesto convencerme de que sería buena idea hacerte caminar a ti también por la tabla, ¿es eso? —espetó ella.

—Solo quería hacerte compañía. —Se encogió de hombros y se apoyó en la balaustrada que delimitaba la plataforma elevada.

—No la necesito. Ni tampoco conversación.

El viento cambió levemente de dirección y ángulo, lo suficiente para que velas como la mesana y el foque dejaran de estar tan tensas como debían. Si no corregía el rumbo les costaría un par de horas más llegar a la isla flotante.

La pirata se lo pensó un momento y al fin volvió a dirigirse al chico con un resoplido.

—Acércate a las escotas y haz la corrección, vamos. Si no vas a largarte, al menos haz algo útil.

—¿El qué? Te entendería mejor si hablaras cristiano.

—¿Cristiano? ¿Ahora me vas a venir con palabrejas de Renacido? —Había arrugado el ceño sin darse cuenta.

Ella no había conocido muchos. Una vez coincidió con un marinero que

había vivido una vida anterior; en la época de las colonias y el nuevo mundo, fuera lo que fuera que significara eso. Se había enrolado en el *Fiora* gracias a su padre y enseguida demostró ser una gran ayuda. Muchas de las rutas que ahora utilizaba habían sido diseñadas por ese hombre. Nunca le gustó. La gente como él solía considerarse mejor que el resto. Vivir una vida anterior les aportaba desde el inicio de esta conocimiento previo, además de saber idiomas desconocidos para el resto e incluso había visto cosas que en el Imperio del Aire no existían. Pero, ¿y qué? Sus idiomas no eran necesarios en el Más Allá, se deformaban al pronunciarse hasta dejar de tener sentido para cualquier mortal y por regla general no eran más que charlatanes, sus historias solo servían para llenar libros de ficción. Probablemente por eso tampoco le agradaba Patrick. Veía como los miraba por encima del hombro.

—Vale, vale. —Benjamín levanto las manos en son de paz—. Indícame a donde narices tengo que ir, porque no sé ni por dónde empezar.

La pirata bufó y señaló molesta unas piezas de hierro abrazadas a unas gruesas cuerdas que iban hasta los mástiles. Serpenteaban junto a la balaustrada, detrás de la capitana y servían para regular los ángulos de las velas.

—¿Y ahora qué hago? —Benjamín sonreía divertido.

—¡Por las Brisas! ¡¿Es que no has navegado en tu vida?! Tira hasta situar las velas a sotavento... O sea, hacia donde sopla el viento. Más te vale aprendértelo, no pienso repetírtelo otra vez.

A Arlette le parecía un completo imbécil, uno de esos por los que sientes simpatía pero, igualmente, un imbécil. Le recordaba en cierto modo a Eric, y por esa misma razón lo había aceptado en su tripulación, además de porque lo necesitaba, por supuesto. Sin embargo, ahora que lo miraba oculto entre las sombras, con solo la penumbra para marcar su rostro y su famélico cuerpo, notó algo. Vio a un hombre compasivo, ingenuo como solo puede serlo un niño, aunque también fuerte a su manera. Sus brazos de esqueleto tiraban de la cuerda por más que esta pareciera pesar el triple de su cuerpo. Incluso podía oír cómo el chico se quejaba en voz baja del roce de los hilos en sus palmas desnudas. Pero ahí seguía, tirando con una sonrisa dibujando su cara. De alguna manera aquello le pareció hermoso.

—¿Qué te hace tanta gracia? —La voz de Benjamín la sacó de su ensimismamiento.

—¿Eh? ¿Qué?

—Hace un segundo. Sonreías.

Ella no contestó. En su lugar se fijó en un hilo rojo que marcaba una de sus muñecas. Torció el cuello confundida y entonces se percató de que había sido el efecto provocado por la luz de los farolillos y las sombras de las cuerdas tensándose sobre él.

—¿Sabes? —dijo el chico al terminar—. A mi hermana Ivy le hubiera gustado subirse a tu aerobarco y ayudarte.

Arlette sabía que solo estaba hablando para no quedar atrapado en un silencio incómodo. No le importó.

—¿Le gustaban?

Benjamín negó.

—Le gustabais vosotros.

—¿Los piratas? ¿En serio?

—Se pasaba las mañanas jugando con sus muñecas diciendo que eran piratas feroces que asaltaban a mercaderes. Era extraño ver a muñecas de trapo, rubias como el centeno y delicadas como sus costuras, haciendo de sanguinarios maleantes, pero de alguna manera se veía muy gracioso. —Su cara se apagó—. A veces decía que quería ser una Pirata del Firmamento de mayor. Ya sabes, para navegar y vivir grandes aventuras. Le hubieras encantado. Pero claro, también le gustaban los caballos, el no madrugar, el adornar su melena con las flores del jardín trasero y vestirse de princesa en las fiestas del solsticio para luego corretear calle abajo en busca de vasallos a los que mandar. —Rió sin ganas—. En el fondo probablemente lo que le gustaba era mandar.

La pirata sonrió con una ceja enarcada:

—No puedo reprochárselo. Sienta bastante bien. —Sus brazos cruzados, su mirada divertida.

—Ni yo tampoco. —Empezó a bajar los escalones y dirigirse de nuevo al camarote.

—¿Te marchas?

—Sí. Y tú deberías hacer lo mismo. No me gustaría que mañana mi capitana se fuera durmiendo por las esquinas. —E hizo un gesto con la mano como despedida—. Ya seguiré intentando salvar tu alma mañana.

La chica no supo por qué, pero aquello le hizo sentir bien. La había llamado capitana, y sentía que por primera vez en mucho tiempo alguien lo decía con el corazón, incluso aunque quien lo hubiera hecho no supiera qué era un triste cabestrante.

Quiso recompensarle con un «siento lo de tu hermana» pero en su lugar

dijo:

—Buenas noches. —Su personalidad se dobló. Había estado tanto tiempo alejada de los demás que cuando quería ser amable era incapaz. Sabía las palabras, conocía los gestos, pero el simple hecho de unir ambas cosas y realizarlas provocaba que su cuerpo y su mente se descoordinaran—. Oye...

—¿Sí?

—Lo de tu hermana... Lo de que le gustaran los piratas. —Solo él se dio cuenta. Arlette lo miraba como lo había hecho aquel día frente a las ruinas de su hogar. Su mirada había recuperado un tono amable, diminuto, pero suficiente para que con el reflejo de los farolillos destacara como estrellas en la noche—. En realidad le daban miedo, ¿no? Lo has dicho para animarme. ¿Me equivoco?

Él simplemente sonrió... y se fue.

* * *

La mañana no tardó en llegar. Los primeros regueros de luz entraron entre las rendijas del armazón del *Fiora* y pronto el camarote de Arlette estuvo completamente iluminado. Benjamín fue el primero en despertarse. Había estado tanto tiempo encerrado que sus ojos seguían respondiendo con excesiva sensibilidad al amanecer.

Al levantarse del suelo vio a Patrick aún entretenido con sus garabatos.

«Ese hombre es igualito que Arlette. Cuando algo se les mete en la cabeza...».

Isbel bostezó al poco. Estaba envuelta entre sábanas de raso y la almohada era la mejor y más grande que había disfrutado nunca. Se sentía como una Alta. No. Mejor.

Benjamín no había hablado demasiado con ella, apenas se miraban. No es que se llevaran mal ni nada parecido, más bien se debía a una timidez compartida. Por regla general, él apartaba la vista cuando sus ojos se cruzaban y ella procuraba quedarse quieta y distraída cuando le hablaba. Al final Isbel acababa soltando monosílabos como respuesta, algo que dificultaba que sus conversaciones duraran más de diez segundos.

Al menos tenían a Patrick, el cual se había convertido en el comodín de ambos; ya fuera con la excusa de curiosear respecto a sus averiguaciones o por una nimiedad, si querían hablar con alguien más deberían hacerlo con él; y eso le ponía furioso.

Isbel se levantó y arrastró las sábanas hasta quedar abandonadas a medio camino del escritorio. Seguía llevando el vestido de hacía días, y parecía que iba a tener que seguir así hasta que encontraran en Nueva Nasau algo de su talla.

—¿Has descubierto algo? —Isbel se asomó por detrás del hombro de su compañero y entrecerró los ojos al no entender ni jota.

Él desinfló el cuerpo, agotado:

—No... Y tampoco lo conseguiré si sigues interrumpiéndome cada cinco minutos.

—Eras más amable cuando solo me tenías a mí para guiarte por el Cielo Sin Fin —dijo ella con una mueca.

—Y tú menos pesada.

La chica, para variar, se ofendió:

—¡Al menos en mí se puede confiar!

Ahí estaba, el momento que Patrick había esperado durante aquellos tres últimos días. Ya le extrañaba que no le hubiera echado todavía en cara que no le hablara sobre la Vendedora de Deseos antes.

—Si no lo sacabas explotabas, ¿eh?

Benjamín se asomó por uno de los ojos de buey acristalado para dejarles a su aire y se perdió en el paisaje descubierto al fondo: una salvaje isla flotante se erigía boscosa y con cierto aire extraño, pues aunque la estampa describía el típico paisaje a rebosar de altos pinos, también irradiaba un aura misteriosa; incluso intimidante. El aire parecía más enrabiado según se acercaban a ella, las nubes se habían quedado clavadas sobre el lugar perdiendo todo su movimiento y una densa nieve cubría el paisaje, plagado de desniveles, peñascos, colinas e, incluso...

—Ruinas. Ahí hay ruinas —comentó el chico a la vez que el cristal se veía anegado de golpe por una repentina capa de hielo.

—Dime una cosa. —Patrick y la joven seguían a lo suyo—. ¿Si te hubiera dicho que íbamos a salir en busca de una mujer capaz de conceder cualquier deseo me hubieras creído y seguido sin rechistar?

Isbel parpadeó y contestó con la boca chica:

—Sí...

—¡¿Después de decirte que esto es el Más Allá?! ¿Tras llamarme loco? ¡JA! —Casi escupió de la indignación—. Ni siquiera entiendo por qué estás molesta. No es que te hubiera mentado. Sí que busco a mi mujer. —Volvió a prestar atención a los papeles y sus ojos perdieron el brillo un momento—. Lo

que pasa es que La Vendedora es la única capaz de conseguir que algún día la vuelva a ver...

Hubo unos segundos de incómodo silencio. Después, Patrick miró a su compañera de soslayo y añadió:

—Dime una cosa. ¿Cómo esperabas que encontráramos el camino a tu hogar? ¿Y a tu familia? Gracias a la brújula sabemos de dónde procedes y podemos analizar las cercanías por las que viajemos, pero no nos indicará cómo llegar hasta nuestro objetivo. Estamos perdidos en un desierto de estrellas, Isbel. Mi cuaderno de ruta no es... suficiente. Únicamente un deseo podría solucionarlo. Obvié una parte de mi plan y te dije lo que necesitabas saber, sí, pero no por ello dejé de contarte la verdad. Cumpliré mi promesa: te llevaré a casa. Lo prometo.

Isbel no supo qué contestarle. Tampoco es que importara mucho, pues de pronto un retumbar sacudió el cuarto haciendo que Benjamín y ella cayeran al suelo por sorpresa. Los papeles de Patrick se deslizaron a un lado y enseguida los siguió la mesa, que fue arrastrada por una fuerza invisible contra una pared del cuarto junto a las sillas, el cofre y parte del mobiliario.

Patrick, estupefacto al verse también en el suelo, comprendió que el *Fiora* no estaba navegando en línea recta... sino descendiendo peligrosamente rápido.

* * *

La Dama Sanguinaria controlaba el timón con ligeros giros y dando órdenes precisas a sus hombres: una vela que se izaba, otra que se plegaba... Rutina que pronto acabaría según su contramaestre. Y aun con todo, la tripulación seguía las ordenes de Arlette tan a rajatabla y sin queja alguna que por un momento creyó que lo que él le había anunciado no era más que una broma de mal gusto.

La voz del vigía ocupó toda la atención durante un momento:

—¡Tierra a estribor!

—¡Oído, vigía! —Arlette no le prestó ni un segundo de su tiempo a la isla voladora que empezaba a aparecer entre las nubes. Su destino estaba claro. Tenían suficiente combustible como para llegar desde allí a Nueva Nasáu de una sentada y pararse a curiosear era totalmente innecesario; incluso aunque fuera una isla inexplorada al borde de la frontera y pudiera guardar toda clase de maravillas. Lo único que quería ahora era reabastecerse y que Patrick

tradujera el mapa. Lo demás le importaba menos que cero.

De pronto escuchó un extraño crujido. Era seco, suave pero totalmente audible y similar a cuando un cristal se resquebraja lentamente. Fue entonces cuando tropezó con el origen de tan raro sonido: la balaustrada que rodeaba el área del timonel se estaba helando por un lado, exactamente donde la sombra de una nube se había posado tranquilamente.

—¿Qué...? —Alcanzó a decir antes de que el resto del hielo avanzara como un rayo por la madera y congelara toda la parte del *Fiora* que ya estaba oculta bajo más sombras nubosas.

En menos de lo que alguien podría haber gritado, las velas se convirtieron en muros de hielo curvo, la mitad de la borda en un glaciar y los miembros de la tripulación que la pisaban en perfectas estatuas heladas que apenas se movieron unos centímetros antes de quebrarse o unirse a la superficie congelada.

Arlette, que gracias a la casualidad había estado todo ese tiempo bajo la protección de la iluminación del firmamento y alejada de cualquier sombra junto al timón, tuvo el tiempo justo para avisar al resto de sus hombres y sentir una poderosa sacudida.

No vio qué había sido, pero por el ruido, y la reacción del *Fiora*, sabía que el motor gravitacional del casco ya no funcionaba. Probablemente aguardaba congelado bajo la nave, o puede que hecho mil pedazos incapaz de soportar las altas y bajas temperaturas al mismo tiempo. Los fragmentos de hierro debían estar desperdigándose sobre el vacío como una lluvia gris.

Pero ese no era el problema más grave. Lo era el hecho de que la nave hubiera perdido el control sobre sí misma y estuviera cayendo irremediamente hacia abajo. Por más que Arlette sujetara el timón con fuerza no iba a conseguir que ese enorme trasto levantara el vuelo sin el motor, por lo que estrellarse era inevitable.

El viento empezó a silbar según iban ganando velocidad. Algunos marineros se vieron elevados en el aire y salieron disparados por los lados, o incluso cayendo tan lentamente en comparación al *Fiora* que quedaron atrás y por encima. Arlette no tuvo más remedio que agarrarse a la rueda de madera y rezar para que aquel momento no fuera a ser el último.

Miró al frente y observó a unos pocos piratas agarrados a cuerdas, mástiles y a todo lo que se encontraron. Y al final, más allá de los límites y delante del mascarón... la isla desconocida. Llena de árboles picudos y helados. Acercándose cada vez más a ellos. O mejor dicho, ellos acercándose cada vez

más a ella. Tan rápido que la Dama Sanguinaria ya no sabía si el hielo avanzaba por la borda congelándolo todo debido a la brisa fría que golpeaba la embarcación o por las zonas ensombrecidas a las que no llegaba la luz. Fuera como fuera, cuando atravesaron los pinos, con las ramas raspando esculturas y golpeando hombres, y estuvieron a un segundo de estrellarse...

Ella, simplemente, cerró los ojos.

* * *

Despertó a causa de las mil agujas que le estaban atravesando los huesos del cuerpo. Aunque bueno, no es que fueran realmente agujas, más bien el frío extremo internándose en su alma, pero lo sintió así.

No había aire, ni tampoco gravedad. Su cuerpo flotaba sobre un vacío negro e imposible de quebrantar en donde no entraba la luz ni el sonido. En realidad sí que había luz; sobre los cabellos revueltos de Arlette, que bailaban hacia arriba, se podía vislumbrar una resplandeciente, aunque también opaca, manta hecha de un brillo blanquecino. Se removía al son del silencio, arrugándose como una enorme vela al viento.

Fue entonces cuando comprendió que se estaba ahogando bajo el agua y que la claridad era la superficie. Removió las manos y las piernas con premura y sintió un chasquido horroroso que se transformó en una quemazón insoportable alojada en el hombro derecho. Aun así se las arregló para subir, por más que nadara terriblemente mal, y salir del fondo de lo que fuera aquella gélida concentración de agua.

Una enorme bocanada escapó de su boca al sacar la cabeza del fondo. A su alrededor todo era una incógnita: cientos de árboles se elevaban por los extremos y seguían más allá de a donde le alcanzaba la vista, con solo el cada vez más oscuro cielo acompañándolos.

El frío era tan insoportable que el cabello se le acartonó en cuestión de segundos. Los ojos le escocían y notaba punzadas en las sienes y la mandíbula.

«Es un lago» comprendió. La orilla estaba lejos mirara a donde mirara, pero al menos aquel oportuno lugar al que había ido a parar no era muy grande; sí profundo.

En cuanto vio tierra firme cerca, o más bien una capa de agua congelada, se dirigió a ella. Su torso cayó como un bloque de hormigón sobre su salvación y esta se quebró un poco, pero decidió dejarla vivir unos minutos más: no iba a romperse y hundirse. No por el momento.

La pirata, con la cintura y las piernas aún dentro del agua helada, hizo memoria y recordó que la nave se había estrellado. Buscó subirse por completo a la plataforma de hielo entre torpes espasmos, pero al asirse con los brazos, el dolor del hombro regresó: lo tenía desencajado. O roto, tal vez. El latigazo fue tan intenso que perdió la compostura y a punto estuvo de hundirse de nuevo en el líquido gélido. Fue una bendición que consiguiera agarrarse a uno de los bordes del trozo helado, porque estaba segura de que si caía sería lo último que haría. Estaba tan agotada que apenas podía sostenerse, menos aún volver a echarse a nadar.

No se atrevió a moverse durante un buen rato; incluso aunque se sintiera cada vez más entumecida de pies a cintura debido a las bajas temperaturas. El ambiente extremo le chupaba la energía a cada segundo, ya se moviera o no. Los dedos le ardían, la respiración también. Solo mantener los ojos cerrados e intentar no temblar tan fuertemente parecía aliviarle un poco; aunque aquello solo retrasara una muerte silenciosa pero igualmente definitiva.

Por suerte, se espabiló cuando, mientras su respiración exhalaba vaho cada vez más espeso, escuchó voces de supervivientes a lo lejos.

Los ojos se le abrieron con más fuerza, como si por alguna extraña razón fueran los responsables de mantener su consciencia despierta, y empezó a gritar:

—¡Socorro! —Exclamó. Una palabra que había oído en cientos de ocasiones, pero que ella pronunció por primera vez—. ¡Estoy aquí! ¡E-Estoy! ¡Estoy...!—La fuerza de su garganta se fue apagando y los parpados empezaron a descender otra vez—. ¡Aquí! *A-Aqu...* Estoy...

Sus palabras titilaron imitando a su cuerpo, que temblaba cada vez con más intensidad. Incluso los cabellos pegados a su rostro a causa de la humedad parecían menos rojos. El frío se estaba llevando su calidez, su fuerza y viveza. Y junto a estos, también la esperanza de vida de su dueña, qué empezaba a notar cómo se le trababa la lengua al hablar, y algo peor... cómo empezaba a no importarle. Solo quería dormir, echarse a soñar un poco. A pensar en otra vida, a preguntarse cómo habría sido su futuro si nunca hubiera seguido los pasos de su padre. O mejor aún, a imaginarse qué clase de padres tenía en realidad. Cómo eran esos que una vez la concibieron y que jamás conoció. El gélido ambiente era tan fiero que hasta pensaba en cosas que jamás le habían importado. Para ella el capitán Giles siempre había sido su verdadero padre, por más que la hubiera encontrado por casualidad en una de esas islas inexploradas que ahora iban a convertirse en su tumba.

«¡Ni siquiera es de verdad tu padre!», escuchó en lo más recóndito de su mente. Lo había pronunciado Eric el día en que murió.

Ya no quiso gritar más. No la escucharían, si no lo hicieron la primera vez no lo harían la siguiente. Tal vez lo mejor que podía hacer era soltarse y cerrar los ojos mientras el agua congelaba su existencia. Sí. Unir su destino al fondo del lugar y quedar ahí, para siempre, convertida en una perfecta estatua.

«No suena tan mal».

Tal vez incluso se reuniría con su amado. Puede que fuera verdad lo que había dicho el guardia de Cecias al que tiró del aerobarco hacía unos días. ¿Quién podía asegurar que no había otra vida después? Si los renacidos tenían una segunda oportunidad allí... ¿Qué le aseguraba a ella que el capitán Giles y Eric no la estaban esperando en un lugar mejor?

—Eso sería... estupendo. —Sus labios amoratados se curvaron en una sonrisa. Relajó sus dedos y su cuerpo se deslizó hacia el agua sin prisa.

Y de pronto, una mano la atrapó de la muñeca y tiró de ella en dirección contraria.

La sensación, lejos de ser placentera, la despertó de golpe: acababa de agarrarla por el brazo que tenía el hombro dislocado.

Arlette sollozó, y luego gritó como nunca antes había hecho. El dolor era mil veces peor que un tiro a bocajarro, un puñal en la espalda o el fuego sobre la piel. Sentir cómo los músculos se desgarran y el hueso se fragmenta no era precisamente bonito. Y aunque no estaba segura de que eso estuviera sucediendo, sí que tenía claro que dolía una barbaridad.

—¡Mi brazo! ¡Mi brazo! —avisó mientras crujía aún más; al menos gracias al ardor se había despedido y vuelto a la vida.

Benjamín estaba ahí, con la expresión pálida y la frente sangrando abundantemente.

—¡Dame la otra mano! —la instó abriendo la palma libre. Siguió diciéndolo hasta que la Dama Sanguinaria reunió las fuerzas necesarias para hacerlo, y luego soltó el brazo dañado para sacarla del peligro tirando del sano; cosa que, dada su poca fuerza, costó más de lo que esperaba.

Los dos cayeron sobre la plataforma abrazados e hiperventilando.

—E-st... Estás vivo... —Los pensamientos desesperanzados de la chica se disiparon lentamente mientras se abrazaba aún más a él. Fuera del agua hacía casi tanto frío como dentro, y el viento unido al dolor no ayudaba a que la cosa tuviera la perspectiva de mejorar. Solo el débil calor que su salvador desprendía la tranquilizaba.

—Lo dices como si estuvieras decepcionada —aspiró él notando como los pulmones, lejos de agradecerle el oxígeno, se le enfriaron.

—N-No... —Se guardó la gratitud para sí, y el comentarle que se alegraba porque necesitaba el mapa descrito en su espalda también—. ¿S-Solo...? ¿Solo tú? ¿N-No hay nadie más?—Empezaba a volver a adormilarse, así que lo soltó y se levantó agarrándose el hombro desencajado con la mano contraria. Al hacerlo descubrió que estaban en un camino de hielo deformado que conducía a la orilla; tras la que había una explanada nevada en la que aguardaba un grupo amplio de supervivientes. Si es que cinco puede considerarse amplio.

En dirección contraria estaba lo que quedaba del *Fiora*, aplastado junto a la orilla del otro extremo y con el resto de sus partes hundiéndose entre el hielo y el agua. Tuvo ganas de echarse a llorar al verlo descuartizado en mil pedazos. Había tablones de madera troceados entre las ramas de los árboles cercanos, con troncos arrancados de raíz y flotando por el lago. Las velas continuaban congeladas y habían aplastado cuerpos en la nieve llevándose por el camino, incluso, grandes surcos de tierra y piedra. Sin duda una escena horrible que preferiría no haber visto. Para colmo, la sangre destacaba en aquella estampa blanquecina que apenas permitía ligeros tonos verdes.

—Reunámonos con los demás. Alguien tiene que verte ese hombro —le comentó Benjamín al percatarse de que Arlette parecía afectada.

—Solo... está dislocado. No es grave.

La pirata se volteó y lo siguió hacia el resto del grupo intentando controlar los estremecimientos que el frío le provocaba, sin éxito. Mientras caminaba, sin prisa y estudiando la presión que sus pies ejercían sobre el terreno, pensó en el golpe. No recordó nada, ni siquiera el salto que dio desde la borda hasta caer sobre el lago y, así frenar el descenso, y probablemente salvar su vida. Aunque eso no había impedido que se hiciera daño, por supuesto. De hecho se preguntaba cómo seguía viva. Por más que el agua frenara la caída, se habían estrellado a una velocidad horripilante. Solo había que fijarse en cómo quedaron las inmediaciones para comprender que el hecho de haber supervivientes era un milagro.

«He tenido tanta suerte que no me lo creo».

—Has tenido mucha suerte —comentó el chico leyéndole el pensamiento sin proponérselo—. Pensé que habrías... Eso. Cuando me mandaron buscar supervivientes no esperaba encontrarte. Me tenías taquicárdico... —No se había parado a pensarlo, pero aparte de la herida en la cabeza, él estaba

perfectamente. Había tenido incluso más suerte que ella.

Tanto la pirata como él se sintieron más tranquilos cuando dejaron atrás el lago. La tierra no solo era más agradable de pisar, sino que no había riesgo alguno de que esta les engullera a primera de cambio; o eso querían pensar.

Nadie dudaba de que la isla flotante era extraña y que había alguna especie de ley que helaba ciertas cosas. Solo había que haber sido testigo de cómo se congeló el *Fiora* para saberlo.

Sin embargo, poco iban a poder sacar en claro cuando tenían que preocuparse de encontrar un lugar donde resguardarse.

—¿Lo dije o no lo dije? —espetó el contramaestre, que se había salvado de la muerte junto a otros dos marineros más; Isbel y Patrick también estaban allí, sorprendentemente intactos—. Se dirigía hacia la muerte, y así lo ha hecho.

—Todavía no —contradijo al llegar y sorprender a sus hombres.

—Tú lo has dicho: todavía. —El hombre se cruzó de brazos. El accidente había avivado sus ganas de discusión. Ya no le preocupaba la espada de la pirata y parecía que le daba lo mismo que la sacara en ese mismo momento; ya fuera por verla tan malherida o porque estaban abandonados a su suerte en un lugar salvaje y alejado de los límites del Imperio del Aire—. Dale a la muerte un poco de tiempo para que lo arregle.

—Y si no ya estás tú ahí para echarle una mano. ¿En qué pensabas al enviar a Benjamín a buscar supervivientes sin ayuda? —suspiró quitando importancia a la presencia del contramaestre e hizo grandes esfuerzos por no temblar lastimosamente.

Benjamín no pudo evitar sonreír. ¿Cómo podría? Era la primera vez que la pirata lo llamaba por su nombre. Pensó que debía salvarle la vida más a menudo, antes de sentirse horrible consigo mismo por desearlo, claro.

—Si no queremos acabar muertos será mejor que entremos en calor. —Arlette se dirigió a uno de los piratas, nada más ni nada menos que al viejo que adecentó a Benjamín con una daga a la que llamaba cariñosamente Joselyn—. Reúne ramas, o tablones del *Fiora*, que puedas trasportar y que no estén húmedas. Esas no arderán.

Pero él no se movió, solo miró al contramaestre dubitativo. Al hacerlo, se vieron en un lado de su cara delgados pero profundos cortes que no tenían precisamente buen aspecto.

—¿A qué estás esperando? —refunfuñó Arlette.

—A mi orden. Ya no eres su capitana. —El contramaestre había abandonado incluso las formas a la hora de dirigirse a ella—. No tienes

aerobarco, no tienes mando. —Ya no quedaba claro si estaba enfadado por cómo había acabado todo o contento. A fin de cuentas, ahora los pocos marineros que quedaban le seguían a él.

La Dama Sanguinaria dio un respingo más exagerado que los temblores ya habituales en ella:

—Estoy calada hasta los huesos, he salido disparada de mi nave y aterrizado en un lago helado. —Rechinó los dientes—. Casi me ahogo. Se me ha salido el hombro y lo poco que me quedaba de mi padre se está hundiendo en una nevera gigante... —La mirada desafiante de la que solía hacer gala regresó. Lástima que el fuego que brillaba en sus ojos azules no pudiera calentar de verdad porque, en el caso de no secar su ropa pronto, moriría en torno a la media hora siguiente—. ¡Y me estoy congelando poco a poco! ¡Todos lo haremos! ¡No es el puto momento de discutir estupideces!

—¡Te lanzaré de nuevo al agua, mujer! —se exasperó el contramaestre.

—La señorita tiene razón. —Patrick alzó la voz—. Todos moriremos de hipotermia en unas tres horas, en el mejor de los casos, si no elevamos nuestras temperaturas. —Se enzarzó en una larga explicación de los síntomas con la esperanza de que dejaran de pelearse—: La piel se pondrá morada, no seremos capaces ni de cerrar el puño o agarrar una espada. Tendremos cada vez más sueño, la respiración irá decreciendo, empezaremos a ver cosas...

—¡Tú a callar, viejales! —exclamó el contramaestre—. ¡Dilbert!

El otro pirata superviviente, de mediana edad con la cabeza rapada y la barba y el bigote cubiertos de escarcha, se irguió como buenamente pudo; cojeaba un poco, aunque no quedaba claro por qué.

—Ya has oído a la mujer: id a buscar ramas para encender un fuego. ¡Y que no estén mojadas! —Los dos piratas siguieron sus indicaciones marcialmente.

—¿No creen que alguien debería echar una ojeada en busca de una cueva o algo así donde pasar la noche? La velocidad del viento influirá en la sensación térmica y a cubierto será un problema menos. —Isbel sorprendió a todos. Por más que fuera una muchacha dulce que se embobara con una simple manzana, no dejaba de ser una superviviente de la zona baja de La Ciudadela. El vestido de princesa que aún llevaba no desmerecía a la valiente chica que estaba dentro; aunque en circunstancias normales se hubiera pasado cinco minutos tocando la nieve con curiosidad y admirando las blancas copas de los árboles. Hasta el lago era nuevo para ella. Si la orilla no vistiera de rojo probablemente hubiera intentado meter la mano dentro.

El grupo la miró en silencio, como si no se creyera que algo así hubiera

salido de su boca.

—¿Qué? —Se frotó las palmas desviando la mirada—. ¿He dicho algo inadecuado?

—Para nada. —Benjamín parpadeó.

—Una gran idea, sobre todo viniendo de una Baja —reconoció Patrick. Sonrió al fijar los ojos en ella, volvía a hablar de ese modo dulce y educado que tanto le gustaba. Lástima que para él solo hubiera gestos ariscos y palabras sin una gota de respeto. ¿Cuándo le perdonaría y volvería a tratarle como al principio? Lo añoraba, extrañamente.

—No está del todo mal... —El contraamaestre la miró de arriba abajo. Acababa de reparar en que ya no estaba encerrada en ningún cuarto y que ahora, en medio de la intemperie, solo un cojo, un enclenque y una pirata al borde de la muerte se interponían entre ambos—. Tú. —Miró a Arlette—. Busca algún sitio de esos que dice.

—No soy tu criada.

Las mejillas rosadas de Isabel lo animaron a insistir. Hacía mucho que no estaba ante una señorita de alta cuna. Si bien su manera de expresarse era suficiente como para hacer creer a cualquiera que provenía de las Brisas de Eolia, su vestido rasgado era el que realmente enfatizaba dicha afirmación. Nadie, excepto quienes sabían la verdad, pondría en duda su origen por más que se la viera cómoda entre suciedad y cachivaches. Resultaba irónico teniendo en cuenta que era Isabel quien había crecido en las peores condiciones.

En cualquier caso, aun si el contraamaestre hubiera sabido la verdad, no le habría importado. La quería para él:

—¿Es que quieres congelarte? —Hinchó el pecho y se regodeó al ver a Arlette con gotas solidas pegadas en su ropa—. ¡Busca un puto refugio! ¡YA! —Retorció los labios—. O conviértete en un témpano, me da lo mismo.

—Tengo el hombro salido de su sitio. Vete a pasear tú si quieres. Estarás tan muerto como yo en unas horas.

El hombre voluminoso entrecerró los ojos y, considerando la situación de la mujer, se planteó si era el momento de abalanzarse sobre ella y partirla el cuello como a un pajarito. La verdad es que no podría sacar la espada si continuaba con el hueso desencajado, sin duda no habría otra oportunidad de mandarla al infierno; si es que no estaban ya allí.

—¡Capitán! —El viejo, con Joselyn en la mano, voceó al contraamaestre desde la lejanía. Se había parado con Dilbert al lado del ejército de pinos de

más adelante.

La Dama Sanguinaria no pudo evitar hacer un ruidito al oír cómo le había robado su título.

«¡¿Capitán?! Ja. De dos marineros sin aerobarco». Apretó los morros sin decir media palabra.

—¿Qué pasa?

Desgraciadamente, la respuesta no pudo llegar. El sonido seco y crujiente que había congelado en su momento al *Fiora* regresó de repente y heló la pierna del anciano en cuanto las sombras de los árboles lo rozaron. Al momento siguiente, tras trastabillarse dentro de la oscuridad entre gritos e interrogantes, se convirtió en una estatua de hielo perfecta; la sangre de su cara se congeló también, adoptando un color brillante y similar al rubí. Joselyn refulgía aún en sus dedos, ahora rígidos.

—¡Diosa! —gritó Dilbert, que tras tropezarse y levantar nieve con las extremidades, regresó como alma que lleva el diablo hacia la explanada; no cojeó ni una sola vez—. ¡Las sombras! —exclamó al llegar—. ¡Fueron ellas! ¡Lo maldijeron al arroparlo!

—¡No digas memeces, Dilbert! —El contramaestre había sacado la espada casi sin darse cuenta y le temblaba en la mano.

—No creo que haya dicho ninguna. —Patrick era el único que había comprendido lo que pasaba allí.

No era de extrañar si se tenía en cuenta que ya había visitado cientos de islas antes de aquella: desde las que permitían respirar bajo el agua hasta en las que las plantas eran de cristal.

Supuso que por esa «característica especial» el *Fiora* había quedado para el desguace.

—Estamos atrapados —lamentó Patrick—. Si nos acercamos al bosque moriremos antes de siquiera pisarlo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Benjamín, odiaba no enterarse de nada.

El cojo sonrió al sentirse especial. No duró mucho:

—Habla, viejo. —El sable curvado del contramaestre le acarició la mejilla, estaba tan frío que quemaba.

—En todas partes... —Con los ojos le pidió que le apartara la hoja brillante de la cara. Cuando lo hizo continuó—. En todas partes, incluso en el otro lado, el frío arrecia a la sombra. Parece que aquí lo hace descontroladamente.

Tenía razón. Las sombras de los pinos proyectaban un surco picudo hacia la

explanada desde el nacimiento del tronco y, aunque no podía verse a simple vista, la nieve alojada bajo ellas se había solidificado tanto que más que nieve eran una roca blanca que iba ablandándose según se alejaba de la oscuridad.

—Por suerte, solo debemos quedarnos aquí, lejos de las sombras, y esperar a que amanezca —sentenció tras su explicación.

—¿Y cómo vamos a calentarnos mientras tanto? A la intemperie, y con este viento, nos convertiremos en cubitos de hielo antes. —El chico escuálido temió ser el primero. Ya tenía mal color de por sí y empezaban a hormiguarle los dedos.

—No es eso lo que debería preocuparos. —Arlette dio un paso hacia atrás antes de chocar con Isbel, la cual pegó un respingo y un chillido cuando se fijó en a qué se refería la pirata.

Las sombras del fondo que escarpaban los bordes de la explanada, y que llegaban de lo más profundo del bosque, estaban extendiéndose hacia ellos. A pesar de que se debía al descenso escalonado de luz natural, estas dieron la impresión de estar vivas. Se arrastraban por el suelo sin prisa, congelándolo a su paso.

—Oh... Genial. —Benjamín se limpió con el puño de la camisa la frente—. Está anocheciendo, ¿verdad? —Miró los colores del cielo y no encontró más que leves tintineos vivos en medio de un oscuro e inmenso manto infinito.

—Verdad —ratificó Arlette sin saber muy bien qué hacer.

El contraamaestre se adelantó demostrando que estaba mal de la sesera y apuntó con su sable aquí y allá, dispuesto a cortar lo que se le pusiera en medio.

Por suerte, los demás usaron la cabeza: cuanto más lejos mejor, por lo que se pegaron los unos a los otros formando un corrillo de espaldas. Aún quedaba tiempo hasta que las sombras, cada vez más cercanas, llegaran y los atraparan. Tenían tiempo. Si encontraban algún modo de producir luz, o algún camino al que la oscuridad no hubiera clavado sus garras, tendrían una posibilidad.

Lastimosamente, ni podían alcanzar la madera para prenderla ni tampoco había espacio alguno fuera de la explanada sin cubrir por la noche.

—¡Quieto donde estás! ¡Criatura del demonio! —Los músculos del contraamaestre se tensaron y parecieron montañas.

Sin duda el frío, en caso de disponer de conciencia, se habría achantado. La valentía del pirata era encomiable y la fiereza con la que amenazaba haría temblar al más pintado. Pero claro, las sombras no tenían conciencia alguna, y menos aún un cuerpo que cortar.

—¡Deja de hacer el idiota! —le recriminó la pirata—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

No le hizo caso. Llevaba desde que se habían quedado sin aerobarco ignorándola. ¿Por qué iba a escuchar nada de lo que saliera por la boca de esa mujer? Solo una buena razón movería esa mole de su posición. Por ejemplo: que su espada empezara a helarse, primero por la punta y después hacia el mango.

Y al trote que regresó con los demás cuando sucedió. Solo con ver como el hielo daba pasitos sobre la hoja y se alargaba ansiosamente hacia sus dedos fue suficiente como para quitarle las ganas de hacerse el valiente.

—¿Q-Qué hacemos capitana? —quiso saber al escapar de la muerte por los pelos y tropezarse con el corrillo.

—¿Ahora *sí* soy tu capitana?!

—¡No es el momento! —Benjamín se entrometió, hecho un manojito de nervios. Ya se estaba imaginando congelado, y no le hacía la menor gracia.

—¿V-Veis?! —El contramaestre se echó las manos a la cabeza y se arrodilló con semblante abatido. La espada, todavía congelada por la punta, sonó al golpear el suelo—. ¡Dije que nos llevaría a la muerte! ¡Y eso mismo ha hecho! ¡¡Maldita seas, mujer!!

La Dama Sanguinaria sintió el deseo de pegarle una patada para que cayera congelado sobre la oscuridad:

—¿Ya estamos otra vez?!

Antes de eso, Isabel había estado intentando mantener la compostura. Agarrada a la camisa rasgada de Patrick, temblaba silenciosamente. Entre sus adentros había suplicado por su vida y la de la gente que la acompañaba. Por supuesto, sus súplicas no tenían destinatario claro, pues de donde venía no se veneraba a la diosa Nut; de hecho, ni siquiera se tenía constancia de que hubiera una. Así que, todos los «sálvanos», «no dejes que pase» y los «no puedo morir aquí» se marchitaron al tocar el cielo.

Seguramente por eso la chica perdió los papeles y se enfadó cuando tuvo que aguantar los gimoteos y berridos que el contramaestre y Arlette estaban lanzándose sin contemplación:

—¡Cerrad la boca, maldita sea! ¡¿Es que ni estando a punto de morir vais a dejar vuestras rencillas a un lado?!

—Les fulminó con la mirada y mostró su peor cara—. ¡Hacednos un favor a todos y corred a la muerte! ¡Tal vez así podamos morir en paz los demás!

Dicho y hecho.

Dilbert, que llevaba un rato temblando mientras el intercambio de gritos lo ponían cada vez más nervioso, no soportó la presión y, tomando nota de la propuesta de Isbel, salió como una exhalación hacia los árboles. No quedó muy claro si esperaba ir tan rápido que el frío no fuera capaz de congelarle las piernas y detener su avance, de lo que no hubo duda es que apenas consiguió dar unas pocas zancadas: a los cinco metros ya se había vuelto una roca helada y caído sobre la nieve sin producir sonido alguno.

La chica de La Ciudadela ni siquiera consiguió chillar cuando se llevó las manos a la boca. Solo se echó hacia atrás hasta dar con el pecho de Patrick; el cual se había apoyado en los cuerpos de los demás para mantenerse de pie.

Las sombras no se detuvieron. Y según iban avanzando, los nervios del grupo fueron creciendo. Al igual que lo hizo el frío. Las bocanadas de aire salían tan densas de ellos como las nubes, los pulmones les dolían, las cejas estaban acartonadas y la piel empezaba a arderles. Solo podían pegarse los unos a los otros rezando por que las sombras desistieran en su empeño. Pero no iban a hacerlo. Ya estaban casi allí; congelando la hierba que sobresalía de entre la nieve y convirtiéndola en cuchillas gélidas y cristalinas; volviendo el polvo blanco en montículos de piedra tan dura como la más fuerte de las rocas; transformando el aire que cubrían en una trampa mortal en la que nada podía sobrevivir.

A la oscuridad le quedaba tan poco para atraparlos que se escuchaba el crujir del frío que producía su presencia como un murmullo. Tan solo era una reacción natural al cambio de temperatura, pero para ellos se asemejó más bien a lo que sería la risa de la muerte. Sin duda así debía sonar el fin: constante, sosegado, inevitable...

La explanada se había vuelto un campo de cristal. Brillaba a pesar de las sombras, refulgiendo pedazos de su ser por culpa de los pocos colores que aún sobrevivían en el firmamento. Si la situación no fuera tan delicada, probablemente Isbel, la más curiosa e impresionable de todos, se hubiera quedado embobada con una amplia sonrisa. Lamentablemente, no era el momento. Su muerte y la de los demás, se acercaba vestida de noche y entre crepitares fríos.

—Esto no es justo. —Apretó los labios al presuponer su final—. Se suponía que iba a conocer a mis padres... —Sus lágrimas, escasas a pesar de la situación, salieron convertidas en polvo seco.

La oscuridad siguió su camino. La piel de los supervivientes ya era tan blanca como la del suelo; y la de Benjamín y Arlette empezaba a tener un

color azulado.

—Yo iba a salvar a la mía. —El chico escuálido lloriqueó. No por él. Por los suyos, a los que ya pensaba que no conseguiría recuperar jamás.

La oscuridad se comió otro metro más y lo añadió a su reino de hielo. Los dedos ya no se les doblaban.

—¡Este sería el momento perfecto para que sucediera algo y nos salváramos! —suplicó Patrick al firmamento, si no tuviera una pierna entablillada hubiera incluso saltado de la impotencia. Resultaba triste que con una inteligencia como la suya no se le hubiera ocurrido nada mejor para salir de esta.

Evidentemente no pasó nada. Era de esperar. La oscuridad dio otro paso, y esta vez atrapó la punta de los pies de la joven Isbel. Iba a ser la primera.

—¡¡Ay!! —Intentó pegarse al resto del corrillo, pero ninguno cedió; si lo hubieran hecho habrían acabado engullidos por la misma muerte que los sitiaba por todos los flancos—. ¡¡Ayúdenme!! —Quemaba, quemaba mucho—. ¡¡MIS PIERNAS!!

Inevitablemente, el hielo escaló los tobillos de la chica mientras esta gritaba de pánico e intentaba espantarlo a manotazos. Ni siquiera Patrick, que se había puesto a pedir ayuda con aún más desesperación, supo qué otra cosa hacer.

Estaba perdida, en cuanto se tocó las espinillas con los dedos de las manos estas también se vieron atrapadas. El frío subió por sus muñecas y velozmente le atravesó el alma.

Y de pronto, en el momento exacto en el que Isbel dejó de existir, se presentó un punto anaranjado entre los árboles. Titilaba y avanzaba como una diminuta luciérnaga que a cada batida iba agrandándose más y más. Pero no era ningún círculo naranja, ni tampoco ningún insecto luminoso: era una llama. Una que expulsaba luz a su alrededor, eliminando y asustando sombras y oscuridad a su paso. Daba pequeños tumbos arriba y abajo, a veces más rápidos, otras veces más lentos, pero siempre hacia adelante, derecho al grupo, esquivando troncos y superando montañas de nieve.

Al final, con la suerte del grupo prácticamente agotada, consiguió adelantar los últimos pinos e internarse en la explanada, iluminándola como si fuera una pequeña pero potentísima bola de fuego incandescente.

Casi pudo oírse el lamento de las sombras al desaparecer ante los pies de los supervivientes. Después, la siguió el hielo, pues el misterioso fuego desterró todo mal al que alcanzó su brillo. Deshizo incluso el aferrado a Isbel,

haciendo que su cuerpo cayera sin vida sobre la nieve caliente y a medio derretir.

Benjamín hincó las rodillas sobre la hierba verde a punto de tener un síncope. La superficie que alumbraba ese misterioso brillo había quedado libre de blancura alguna y de ella había empezado a emerger hierba y plantas de colores. Pareció como si la luz imbuyera vida a la tierra.

El contramaestre, por el contrario, se levantó lleno de júbilo y clamó:

—¡MILAGRO!

Los milagros no tenían nada que ver. Le debían la vida a un hombre que llevaba un farolillo meciéndose en una cadena de hierro cerrada alrededor de su cintura. Aunque... Tal vez, si se hubieran fijado en que la llama salvadora no era normal, sino que poseía alguna clase de extraña magia, pues no proyectaba sombra alguna y flotaba dentro del armazón de metal, ardiendo sin la ayuda de ninguna clase de combustible, se habrían pensado mejor si de verdad no había sido cosa de la diosa. Para colmo, apenas llevaba ropa que pudiera considerarse adecuada contra el frío: ningún rastro de capucha, abrigo o guantes; solo unas botas gruesas envolviendo sus espinillas, un pantalón cosido por varias telas grises y albas y una camisa arremangada a la altura de los codos de idéntica confección. La razón de una vestimenta tan fina era simple: dentro del rango del farolillo era primavera.

Patrick fue el único que no aguardó explicación alguna, salió de la que había sido su zona de seguridad y se arrojó junto al cuerpo abatido de Isbel; rodeado ahora por amapolas multicolores.

—¡Isbel! —La agitó por los hombros—. ¡¡Despierta, Isbel!! —Siguió haciéndolo por más que sus ojos no se abrieron.

—Lo siento buen hombre, se la han llevado. —La voz del extraño salvador murmuró agotada. Había corrido mucho para llegar a tiempo—. Una vez la noche te atrapa, no hay nada que pueda hacerse. Ya no está entre nosotros.

Cuidado con lo que sueñas

Patrick no escuchó al hombre, o no quiso hacerlo. Siguió intentando despertarla mientras la hierba se hacía fuerte bajo la calidez del brillo mágico. Más allá de él se oía cómo el hielo continuaba crepitando en la oscuridad, casi como susurrando promesas de muerte.

—Déjala... —Arlette no soportaba ver al cojo arrodillado y quejumbroso. La forma en que sujetaba a la inerte muchacha le recordaba en exceso a Eric. Aunque no era de extrañar, prácticamente toda muerte lo hacía. Incluso cuando asesinaba, veía sus ojos en lugar de los de sus víctimas.

—Su amiga tiene razón, buen hombre. —El hombre del farolillo era casi tan grande como el contramaestre, de facciones duras y con una extensa barba que cubría de negro su mandíbula hasta las orejas. Hablaba con voz pesada, aunque afable—. Llórela si lo desea. Dispongo de un santuario en donde puede rezar por su alma si le place. Pero lejos del peligro. En cuanto anochezca del todo nos será aún más difícil permanecer con vida. Sé moverme en este entorno, pero llevar a un grupo tan numeroso no será tarea sencilla. No podemos perder más tiempo, recuérdela junto a una lumbre, lamente su ausencia toda la noche si así lo desea, en una cama cómoda y arropado por la luz —insistió, apremiante. Vio que sus intentos resultaban tan inútiles como los de Patrick de despertar a Isabel. Aun así siguió hablando, si lo siguiente no funcionaba amenazaría con abandonarle—. El refugio no está lejos... Si nos marchamos ya, llegaremos en unos diez minut...

—Cuando se despierte nos iremos.

Patrick no cedió. Jamás lo haría.

—Señor... —Benjamín se quedó mudo a mitad de frase. Sabía que cualquier cosa que le dijera no podría hacerle sentir mejor, y menos aún convencerle de dejar a la pobre chica allí. En cierto modo, le entendía. Él hubiera hecho lo mismo si fuera su hermana la que estuviera muerta en sus brazos. Al pensar en ello, entristeció y perdió totalmente el habla.

Los demás se miraron entre sí y dirigieron una expresión incómoda al misterioso hombre, que parecía no tener la menor intención de presentarse ni de explicar nada en absoluto por el momento.

—No hay tiempo que perder. Decidan, pero háganlo rápido. —Los cabellos de su melena caían por detrás de sus hombros, descuidados por la cantidad de años, probablemente, que llevaba sin cortárselos—. El frío no es lo peor que surge de noche. En la oscuridad aguardan peligros más horribles y letales de lo que puedan imaginar. Créanme, no quieren saber más. Solo acompáñenme. —Hizo un gesto a Arlette, por alguna razón adivinó que era quien mandaba, y se dio media vuelta, con tan solo un par de pasos separándolos para que debatiera con los suyos.

—Cojo. —Arlette se impacientó. Ya no temblaba, el frío había desaparecido gracias al fuego. Empezaba a notar cómo la ropa se le secaba. Los labios habían recuperado el color y se sentía muchísimo menos adormecida. Sin embargo, aparte de continuar con el hombro dislocado, había algo que no la dejaba relajarse, y no eran los susurros amenazantes, sino las advertencias del salvador. Si insistía en que era de vital importancia marcharse ya, sin duda debía ser cierto. No quería pensar en el porqué, solo seguir respirando. Llorar la muerte de la muchacha por más tiempo no la devolvería a la vida y probablemente sentenciaría la de los demás.

—¿Podremos regresar al amanecer? —La pirata se sujetó el brazo y miró al hombre de la llama mágica.

Este lo confirmó con la cabeza e indicó que de día el peligro dormía.

—Ya lo has oído. —Arlette se acercó a Patrick, solo un poco—. Déjala. Regresaremos por la mañana y le daremos un entierro digno. —Suspiró—. Igualmente tengo que volver a por la carga del aerobarco. Hay mucha que debemos recuperar.

—No.

Tenía suerte de que ella lo necesitara para traducir el mapa de Benjamín, en caso contrario ya lo habría dejado a su suerte.

—No pienso irme hasta que despierte —repitió, más para él que para los demás.

—¿Qué hacemos intentando convencer a este llorica?! —El contramaestre escupió y vigiló la reacción de su capitana, aunque lo fuera solo a ratos.

Ella negó con la cabeza revelándole del modo más disimulado que pudo el hecho de que no iba a largarse de allí sin Patrick.

—¡Por los vientos! —El contramaestre se encabritó y obligó al falso Alto a soltar a la Baja—. ¡Sé un hombre! ¡Está muerta, necio!

Pareció que iba a arrancarle la cabeza pero al final tan solo lo atrapó del cuello de la camisa. La tela se rasgó aún más de lo que ya estaba y a punto

estuvo de derrumbarse por el hombro de Patrick. Al final la montaña de músculos lo zarandó, elevándolo sobre la nada como si pesara lo mismo que una pluma y obligándole después a hincar las rodillas violentamente sobre la hierba; no le fracturó aún más la pierna mala de puro milagro. Luego le obligó a mirar de cerca el rostro de la chica muerta.

—¡¡¿Ves?!! —Lo acercó tanto que, de estar respirando, Patrick lo habría notado—. ¡¿Te *convence* ya?! ¡Está muerta!

El pobre Patrick podía ver todos los poros del rostro de Isabel, más rosado y saludable de lo que hubiera esperado. Ciertamente, no se percibía ni una sola gota de vida arraigada allí. Ni en el pecho, inmóvil como una piedra, ni en el resto. Sus dedos, sus labios, sus párpados, todos inmóviles.

Lo que gritaba el contramaestre era horrible, y cierto. Aun así, él no quería creerle por más que sus propios ojos estuvieran de acuerdo. Podrían pasar días o meses, él seguiría intentando despertarla.

No se quitaba de la cabeza cómo ella había suplicado ayuda y cómo él apenas intentó siquiera salvarla. Tuvo tanto miedo de sucumbir a la oscuridad que incluso se alejó al oírla gritar. Únicamente había hecho una cosa por ella, solo una: rogar al cielo que hiciera algo.

—No está muerta. No puede ser. —Tuvo ganas de llorar—. ¡Es imposible! Tiene que... —Parecía confundido—. Así no debería... Se supone que es eso no es lo que tenía que... —La voz se le quebró y el contramaestre lo soltó, pues incluso un cabeza hueca como él entendía que la fuerza ya no era necesaria.

—Estamos listos —indicó Arlette al señor de la llama.

Pero, cuando este se dio la vuelta, listo para recitar una serie de necesarias advertencias, abrió los ojos como platos y se puso tan blanco que pareció que por un momento el frío había conseguido atravesar el calor y atraparle a traición. Nada más lejos de la realidad, simplemente no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué? —Benjamín fue el primero en reaccionar—. ¡Diosa de mi vida! —Y el primero en gritar de la impresión.

Patrick aún estaba junto al rostro de Isabel cuando esta abrió los ojos verdes y aspiró aire como si el no hacerlo fuera a impedir su despertar. La sensación debió ser terrible, pues la chica retorció los dedos de sus manos y a simple vista se vio cómo tensaba su cuerpo antes de volver a la normalidad y levantar la espalda del suelo. Por un momento creyó que había tenido una terrible pesadilla, una en la que se ahogaba o caía de una altura extrema.

El contraamaestre blasfemó del susto y caminó hacia atrás tanto que tuvo que recordarse que cerca aguardaba la muerte.

—¿Qué ha pasado? —Isbel miró a los lados y observó cómo el hielo de las inmediaciones se deshacía y se volvía a formar raspando la luz que los alumbraba. Se fijó en cómo fulguraba una llama en la cintura de un extraño y curioso hombre, y, al pensar durante un segundo, lo entendió todo. De pronto recordó lo que había ocurrido justo antes de convertirse en una estatua inanimada. Y al suceder, se fijó en las lágrimas que empañaban los ojos temblorosos de Patrick; lo que provocó que al instante siguiente le diera un buen manotazo en plena cara para que llorara con razón—. ¡Tú! ¡Maldito hijo de puta! —Ahora le dolía la palma, cosa que le fastidió más todavía—. ¡Dejaste que me congelara!! ¡¿No es cierto?! —Revivió la imagen de cómo se le escarchaban los pies y cómo Patrick no movió ni un solo dedo por ella—. ¡Con que «te llevaré a casa»! ¡¿Eh?! ¡«Lo prometo»! ¡¿No?! —La garganta le ardió de lo que llegó a gritar—. ¡¿De qué me sirve ir a casa si lo hago muerta?! —Fue a pegarle otra vez—. ¡El día en que digas la verdad te morirás del disgusto! —Pero detuvo la mano a medio camino cuando vio que él se había echado a llorar de felicidad. Aquello la trastocó tanto que se sintió inmediatamente culpable por lo que había hecho; aunque seguía furiosa.

Arlette no se había atrevido a abrir la boca, estaba demasiado sorprendida y extrañada. ¿Fue el hombre misterioso demasiado fatalista en su afirmación anterior?

—¡In-Inco...! ¡Inconcebible! —La llama continuaba flotando en su cintura mientras balbuceaba a un paso del colapso—. ¡¿Cómo puede ser?!

Empezó a negar con la cabeza, como si estuviera viendo algo irracional y alejado de lógica alguna.

—Parece que eso de que una vez atrapado por la oscuridad no hay vuelta atrás es menos definitivo de lo esperado. —Aunque sonó crítica, la pirata se alegró.

—Esto es inaudito. —No sabía si acercarse o alejarse de Isbel—. He perdido a amigos en situaciones similares, incluso habiendo estado menos tiempo atrapados en el hielo, y ninguno ha vuelto.

—Os dije que no estaba muerta. —Patrick, con dificultad debido al agotamiento y al hueso roto, tuvo problemas para ponerse de pie, pero lo hizo. Estaba tan contento que ni siquiera se quejó cuando apoyó de más la pierna entablillada sobre el terreno. La marca del manotazo de Isbel destacaba en su mejilla.

—No me toques —le respondió ella cuando le ofreció su mano para que se levantara. Con un empujón, que casi le hizo caer al suelo, se alejó de su presencia y se encaminó al fuego y a los demás—. Usted debe habernos salvado.

Isbel parecía una princesa, aunque la falda empezaba a ser cualquier cosa menos elegante: las rodillas se le veían desnudas entre los agujeros y los bordes de la tela estaban arrancados, algunos colgaban como una rama partida rozando sus piernas.

—Así es, señorita. —Estaba claro que el extraño tenía modales: se encorvó en señal de reverencia y sonrió olvidándose del milagro que acababa de presenciar. Casi ya no recordaba que Isbel había vencido a la muerte cuando, según su experiencia personal, era imposible. Ahora tan solo veía a una princesa y a su escolta personal; una historia muy bonita que ganó peso en su mente, pero que no podía resultar más absurda—. Mi nombre es Rolo, y me encantaría conducirla a un lugar mucho más adecuado para una señorita de su categoría.

—¿Eh? —soltó el grupo en distintos tiempos, con diferentes velocidades y tonos, todos igual de confundidos.

—Le agradezco su amabilidad. —Ella juntó las manos y se hizo la Alta.

—Por aquí. —Iba a echarse a un lado para que pasara, pero salió de su atolondramiento y volvió a la realidad. Él iría el primero en la marcha, desintegrando el peligro climático y poniendo en antecedentes a tan variopinto y extraño grupo.

En cuanto todos caminaron, dejando al final a Benjamín y Patrick, pues el primero tuvo que hacer de apoyo para el segundo, comenzaron una tranquila caminata hacia los mismos árboles de los que había surgido el peligro. Según se fueron acercando a ellos, estos crujieron ante el cambio de temperatura y pareció que iban a partirse de lo que llegaron a rechinar. La nieve se volvía agua y chorreaba por la tierra, aunque acababa fundida y provocando pequeñas nubecillas antes de volverse invisible. Al momento aparecían hierbajos, flores, verdina... toda clase de vegetación que, una vez se hubieran alejado lo suficiente, se marchitaría ante el frío y volvería a quedar cubierta por la nieve.

«La vida entera en un parpadeo», pensó Benjamín al echar la vista atrás y ser testigo de cómo los pétalos se enroscaban, por culpa del hielo, convertidos en cuchillas cristalinas.

De pronto se toparon con el cuerpo del pirata Dilbert, descongelado por el

calor al igual que había sucedido con Isbel. Lamentablemente, aquel hombre no tuvo tanta suerte como ella: su piel estaba pintada de púrpura y sus labios se habían oscurecido tanto que estos destacaban exageradamente. No respiraba, y tampoco parecía que fuera a hacerlo por más que aguardaran.

—La oscuridad lo ha reclamado. —Miró a la jovencita—. Suerte que se olvidara de usted, quién sabe lo que habría hecho con su dulce alma. —Y viendo que ninguno de los presentes pensaba montar ninguna escenita, abrió de nuevo la marcha.

Los árboles quedaron a cada lado enseguida, tras subir una pequeña colina de tierra y flores. Las piedras asomaban la cabeza en el terreno, pero lo que más podía verse por todas partes era madera y verde. Al menos hasta donde alcanzaba la iluminación, pues el resto parecía cubierto por una sábana blanca e infinita.

—Bien... —Rolo se fijó en el tono del cielo e informó de las buenas noticias—. Llegaremos enseguida a casa. La oscuridad aún tardará un poco en ser completa. Ha sido doblemente bendecida esta noche.

Isbel no contestó a pesar de que se lo estaba diciendo a ella en particular, se encontraba demasiado afectada por lo que acababa de experimentar hacía unos minutos; ahora que el enfado comenzaba a disiparse estaba ganando fuerza el horror. No quería sentir algo así nunca más.

Fue Arlette la que dio conversación al explorador, más por necesidad de respuestas que por ganas de hablar. Intentó no resbalarse, pues pudiendo utilizar una sola mano le era más difícil subir cuevas y apoyarse en las ramas para no perder el equilibrio.

—¿Llevas mucho tiempo perdido? —Obvió la posibilidad de que fuera natural de la isla. Le resultaba imposible imaginar a alguien eligiendo a propósito aquel lugar para vivir.

—Lo suficiente como para olvidar cuánto. —La resignación se dibujó en sus labios gruesos—. Y créame, tengo buena memoria.

Bajaron un poco y se internaron en un camino llano por el que, a un lado, empezó a descongelarse un río. Lo hizo como si fuera una fuente termal alargada: expulsando vapor silenciosamente. En cuanto el hielo desapareció, el agua fluyó por su natural recorrido sorprendiendo al grupo, pues la corriente no descendió por el trecho, como hubiera sido lo normal, sino que lo escaló luchando contra toda lógica.

—En cualquier caso... —Arlette ocultó su sorpresa y siguió con el tema en cuestión—, gracias por la ayuda. Si no hubieras aparecido cuando lo hiciste,

ahora seríamos figuritas... —Se quejó del hombro. A cada paso le dolía un poquito más; el terreno estaba lleno de bacheitos y objetos que la obligaban a dar pasos erráticos, algunos lentos, otros largos...

—No se merecen. Soy el primero que se alegra de que su grupo esté bien. Demasiadas personas han sido atrapadas ya en la oscuridad por mi culpa...

—¿Por tu culpa? —El contramaestre creyó haber oído mal, pues desde que había iniciado la marcha se había quedado mirando el trasero de Isbel. Estaba muy contento a pesar de que su cara estuviera tan seria: ahora tenía una nueva oportunidad de hacerla suya. La diosa parecía quererle; o eso pensó.

—Sí... —Hizo una pausa—. Ya lo hablaremos en el refugio. Por el momento simplemente tengan en cuenta que esta isla no es como las demás: los árboles pueden ser peligrosos, las hojas revolverse y formar entre todas una enorme mandíbula de cuchillas afiladas ávidas de carne, los ríos engañosos, las sombras... Estas son las peores. Criaturas sedientas de almas a las que arrastrar hasta sus dominios. La última vez que se llevaron a alguien estuvimos escuchando sus lamentos toda la noche.

—¿L-Lo dice en serio? —Isbel dejó de pensar en cómo casi había muerto y cayó de bruces en el miedo más absoluto.

Benjamín había preguntado, a raíz de la respuesta del hombre, si había más personas con él, pero este no lo escuchó al estar tan a la distancia.

—¡Oh! Lo lamento, señorita. No era mi intención asustarla. Tal vez he sido demasiado exacto a la hora de describir el bosque. —A pesar de ello, se reafirmó—. Es mejor que sepan lo que puede suceder si no prestan atención a su alrededor.

—¿Por qué dices que demasiada gente ha muerto por tu culpa? —Arlette volvió a lo importante. Llevaba demasiados años esquivando la muerte como para saber que había ciertos detalles que no podían dejar para luego. Las personas a menudo escondían demasiadas cosas que podían costarle a uno la vida. Y ese hombre estaba repleto de misterios.

—Como he dicho... —Advirtió a las chicas de una rama retorcida que se interponía en el camino.

—Sé lo que has dicho, pero no tengo paciencia. —Partió la rama al seguirle—. Al fin y al cabo, aún queda camino, ¿no? Hablar nos vendrá bien a todos. Así no pensaremos en los monstruos que nos acechan en la oscuridad. —Esbozó una sonrisa cínica.

Isbel y el contramaestre, los únicos lo suficientemente cerca para oír bien la conversación, pues Benjamín y Patrick iban algo más lentos atrás, empezaron a

mirar nerviosamente a los lados con un gesto casi cómico: temblaban como si el suelo se estuviera revolviendo debajo de ellos y atendían con exageración al rumor más insignificante.

La llama titiló mientras su dueño pensaba, con el paso más lento, aunque jamás detenido del todo.

—De acuerdo, si tanto les interesa... Eso sí, pueden creerlo si lo desean o echarse a reír. Me da igual. Mi único objetivo es ponerlos a salvo, luego pueden hacer y pensar lo que deseen. —Su semblante se volvió terco y refunfuñón. No parecía contento con la idea de explicar nada—. En esta isla al clima no le sucede nada.

—¡Esa sí que es buena! —El contramaestre casi se echó a reír; un poco por lo absurdo de la afirmación y otro poquito por lo asustado que en realidad estaba.

—No siempre ha sido tan salvaje, señor. Antes la oscuridad era tan normal como la de cualquier otro lugar, y este bosque un descanso agradable y un paseo precioso para los enamorados. Lamentablemente, una noche cometí el error de soñar.

—¿Perdón? No entiendo. —Arlette se paró en seco, no soportaba más el pinchazo del hombro.

Él no lo hizo, por lo que la pirata tuvo que recuperar la distancia perdida al trote, apretando fuertemente la mandíbula para no echarse a gritar de dolor.

—Señora... —Resultaba curioso cómo todo el mundo la trataba como una mujer mayor cuando tenía la misma edad que Isbel—. En esta isla no se debe dormir de noche, solo de día. Si se hace al abrigo de la oscuridad... —Se entristeció—, tus sueños se harán realidad.

—¡Ja! —Ahí estaba el contramaestre otra vez.

—Ya dije que era mejor esperar a llegar al refugio. Allí habrá más tiempo y personas más adecuadas para explicarles la situación.

Llegó la confirmación que Benjamín había estado buscando: el hombre del fuego no estaba solo.

—¿Qué tiene...? —Arlette se esforzó en ignorar la molesta quemazón—. ¿Qué tiene de malo que los sueños se hagan realidad? —Tenía la mente abierta. ¿Cómo no iba a tenerla? Creía en una vendedora de deseos que vivía en un lugar alejado de cualquier otra parte. Además, el hielo y el fuego mágico le habían dejado muy claro el cariz de la situación.

Él suspiró, no se iba a librar del tema por más que diera rodeos.

—Cuando se cumplen, lo hacen de manera retorcida. Esta isla es demasiado

irónica, me temo. Si sueñas que te casas con el amor de tu vida, lo harás... y durante la ceremonia, morirá. Si sueñas con árboles que pueden moverse, estos alargarán sus ramas y te atraparán para siempre. Y si sueñas con ver algún día la nieve... —Agachó la cabeza avergonzado—. La verás... en un reino de hielo nocturno que le arrebatará la vida a quien ose recorrerlo.

—¡Eso es horrible! —comentó Isabel, que arrugó el ceño con pena.

—Sí, señorita. —La miró de reojo—. Pero a veces ocurren milagros. —Tocó con cuidado la estructura que mantenía cautiva a la llama mágica—. En raras ocasiones nuestra fe nos recompensa con maravillas que ayudan a no desfallecer. Como la que nos ha otorgado nuestra alabada Diosa. —Observó el cielo, visible entre las ramas de los pinos—. Sucumbir al frío y aun así despertar. Qué maravilla. —Sonrió, y luego no habló más por mucho que la pirata intentó sonsacarle.

En el fondo no había nada más que decir. La cosa era realmente simple: el cielo infinito estaba hecho un desastre y en muchas islas la lógica había dejado de existir. En aquella el mundo de los sueños se confundía con el real al desfallecer la luz. Punto. Tan simple como maravilloso, y tan maravilloso como terrible.

El viaje apenas se prolongó un par de minutos. Atravesaron los peligros de la noche sirviéndose de la protección de la luz y escalaron una cuesta resbaladiza y atiborrada de verdina.

Según subían por ella, la senda pedregosa se fue cambiando de vestido: las piedrecillas que sacaban la cabeza de la tierra fueron ocultándose para que unas delicadas baldosas de arcilla ocuparan su lugar. Y así, de golpe y sin esperárselo, los supervivientes se encontraron de bruces con un refugio iluminado. Casi pareció que hubiera crecido de repente entre la maleza y la oscuridad, pues un instante antes nadie hubiera dicho que algo aguardaba más adelante. Para colmo, ninguno esperó que este fuera a ser de tales dimensiones. Cuando alguien escucha la palabra «refugio» se espera algo similar a una cabaña, con su porche y su chimenea, o una cueva protegida por tablones mal cortados y unidos a una cuerda a modo de barrera o socorrida puerta. Lo que tenían ante sus ojos para nada se ajustaba a alguna de aquellas posibilidades.

—¡Por las tetas de Nut! —Al contramaestre casi se le salieron los ojos de la sorpresa.

Al fondo, justo delante de otro muro de árboles, podía verse construido entre la frondosa vegetación un alto y maltratado faro de mármol con forma

octogonal. Alumbraba el alrededor con la luz de una admirable hoguera que se asomaba por su balcón y que, por desgracia, perdía la mayor parte de su intensidad al chocar contra las ramas que se retorcían junto a la estructura.

Patrick entornó los ojos y no dijo nada, solo observó la edificación. Frente a ella los ladrillos rojizos del suelo estaban un poco levantados y hundidos a conveniencia hasta llegar al portón.

Los alrededores parecían abandonados, desechos incluso: las enredaderas y las malas hierbas lo poblaban todo a medio metro. Si no fuera porque varios candiles enrejados bailoteaban luminosos al son de la gravedad, aferrados a unos apoyos que perfilaban el camino con su presencia, el grupo no se hubiera creído que alguien vivía allí.

Benjamín recordó la borrosa ruina que vislumbró desde el camarote del *Fiora* antes de estrellarse y comprendió que sus ojos habían dado con el refugio de Rolo; o el Faro de este más bien.

—¿Esta luz es mágica también? —Isbel acercó el rostro a uno de los palos y sonrió al sentir un dulce cosquilleo en la mejilla.

—En esta tierra, ninguna llama que no lo fuera resistiría la noche. Incluso su brillo sucumbiría. —Señaló las alturas sin detenerse, pues tenía prisa por llegar al interior del faro—. Las que pueden, provienen de una flama mucho más grande que crepita sin descanso en la cúspide de nuestra morada. —Y antes de que cualquiera pudiera preguntárselo, dijo—: Si alguna vez esta decidiera apagarse... Bueno, que nuestra amada Diosa nos abrace con benevolencia si llegara a suceder. —Separó el candil engarzado a la cadena que rodeaba su cintura y lo alzó sobre su cabeza—. Sea como fuere, debemos cuidarla religiosamente y devolverle cada pedazo de su ser que le hayamos arrebatado. Mi farolillo, por ejemplo, una vez haya cumplido su función, insuflará de viveza la hoguera hasta que deba ser utilizado de nuevo. Es la regla más importante: el fuego jamás debe apagarse, ni siquiera el más diminuto. —Se paró ante la entrada y la alumbró para indicar el acceso, después la golpeó sirviéndose de un enorme llamador oxidado y esperó.

La temperatura junto a la pared frontal del faro era completamente normal. Por más que en la lejanía se perfilara la nieve, esta estaba bastante alejada de ellos. Ya no solo porque la llama de Rolo impidiera que los alcanzara, sino porque el fuego que sostenían los palos también hacía parte del trabajo; y siempre sin tener en cuenta el origen de tan mágico y agradecido regalo, pues sin duda por sí solo debía ser capaz de mantener el refugio, tanto por dentro como por fuera, a salvo de la oscuridad y sus enigmáticos peligros.

No tardó en aparecer alguien del interior. Empujó el portón lo suficiente como para abrir un resquicio del tamaño de una persona y miró a Rolo con una expresión de alivio.

—¡Creí que esta vez no volverías! —Empujó un poco más y se echó a un lado para que entrara. Pareció como si no viera al grupo que traía consigo—. ¡Si sigues saliendo al exterior en horas intempestivas acabarás quedándote en él, insensato! —Su vestimenta también estaba hecha de remiendos, con colores, sin embargo, más agradables y alegres.

Costaba encontrar algún rostro humano bajo una pelambreira tan larga y una barba tan asalvajada. Aunque las pupilas, tan pálidas como los cabellos que se empeñaban en rodearlas por los lados, y el temblor de su voz y manos, delataban que bajo todo aquello se escondía un hombre realmente viejo.

—Tenía que hacerlo, Harvar. —Rolo hizo espacio y todos entraron en la sala mientras él se aseguraba de cerrar correctamente—. No podía dejarles a su suerte, a la Diosa no le hubiera gustado que sus almas se perdieran en la nada.

Por primera vez, el anciano, con la espalda encorvada a pesar de ser igual de grande y ancho que el contramaestre, reaccionó ante ellos:

—¡Oh! Ella ha obrado y nos ha bendecido con nueva compañía. —Las pestañas grises se removieron entre la maraña de pelo descolorido. Tenía una enorme barba que bajaba en pico hasta el pecho, y removía los brazos, gesticulando. Uno de ellos parecía tener una articulación dañada—. Y yo aquí, sermoneando a un verdadero devoto por seguir los designios del destino.

Al final dejó de pelearse con las manos e invitó a todos a avanzar.

—Pasad, pasad, estaréis agotados. —Los viajeros ya estaban dentro, pero él hizo como si hubieran aguardado su permiso bajo el marco de la entrada—. ¡Menudo aterrizaje que tuvisteis! ¡Desde allí arriba no tenía pinta de que fuerais a contarlo!

El grupo no parecía capaz de pronunciar palabra, o más bien, cada vez que iban a hacerlo, él les interrumpía. Al ver a la Dama Sanguinaria sosteniendo su hombro dislocado mientras apretaba los labios, se acercó a ella.

—¿Puedo? —Más que una petición, fue un aviso ineficaz. Nada más acabar la frase hundió sus palmas en el hueso dislocado y extendió el brazo torciéndolo con un golpe seco e inesperado.

Sonó como si algo se hubiera partido dentro de la pirata, aunque a pesar de que ella se asustó y gritó de dolor, la sensación se esfumó tan rápido como había llegado.

—¡Joder! —maldijo parpadeando de asombro.

En cuanto fue consciente de lo ocurrido lo miró con ganas de destriparle allí mismo. ¿Y si le hubiera desgarrado el hombro? ¿Qué hubiera sido de ella entonces? Lo cierto es que poco importó cuando se vio de nuevo disfrutando de su articulación a pleno rendimiento; aunque el hombre la advirtió de que le molestaría durante unos días y que incluso podría inflamarse si lo movía demasiado.

El anciano se quitó la careta de matasanos y volvió a dirigirse al grupo al completo:

—Seguro que la experiencia os ha dejado exhaustos. —Tosió ante su propia ocurrencia; por lo visto intentaba sonar como una carcajada divertida.

Sin duda resultaba demasiado excéntrico, pero aun así tenía razón: se morían de sueño. Excepto Patrick. Él estaba más empeñado en recorrer con su mirada cada recoveco de la estancia. Lo que no le llevó demasiado tiempo, pues además de ser pequeña, estaba vacía: ni camas, ni armarios, ni otra clase de aparato o utensilio; solo escombros y la escalera esculpida en los muros.

Pero Patrick era terco, por lo que siguió explorándolo todo mientras obligaba a Benjamín a detenerse varias veces para no perderse ni un solo detalle ignorando el avance ansioso de los demás. Disfrutó con cada rendija de las paredes y se emocionó con los antiquísimos bloques de mármol que componían cada sección del apretado faro. Incluso tuvo ganas de reír cuando se descubrió dando vueltas sobre sí mismo a pata coja para conseguir seguir con los ojos el recorrido que hacían los escalones que ascendían hacia el fuego.

—Esto es maravilloso —aseguró en voz alta.

Acababa de descubrir un hilo de luz que descendía de lo más alto gracias a un complejo mecanismo de cristales engarzados estratégicamente en la piedra, y que, al alcanzar el suelo, se precipitaba más allá de un diminuto hueco para reconducir su luminosidad.

Sin duda alguna, el brillo secuestrado iba directamente a donde solían pernoctar los supervivientes. Lo que significaba que...

—¿Hay algo más abajo? —le preguntó Patrick a Rolo en cuanto lo entendió.

—Así es.

—¿Y qué es? —Si no llevara dos accidentes aéreos a cuestas, una pierna rota y la terrible experiencia de haber estado a punto de morir, habría sonreído. De hecho, él pensó que lo estaba haciendo a pesar de que sus labios no se movían. Su cuerpo estaba demasiado cansado para actuar, pero su mente

y su alma se sentían renovadas dentro de aquella maravilla arquitectónica. Incluso aunque solo él viera algo en ella que ninguno de los presentes era capaz de siquiera imaginar.

—¿Qué preguntas hace, buen hombre! Nuestro querido faro no deja de ser solo eso. —Sonrió divertido—. No es suficiente para todos nosotros. Y somos muchos más de los que ve. —Reveló el secreto con orgullo—. El verdadero refugio aguarda bajo nuestros pies.

Y al momento de decirlo, Harvar arrastró, torpe y lento, un tablón de madera que había estado tirado en el suelo ocultando un hueco.

Benjamín no quiso creerlo.

—¿V-Vivís allí abajo? —Se fijó en que una escalinata se asomaba por el agujero—. ¿En serio?!

—¿Preferirías que nos apretujáramos en esta salita? —El anciano se masajeó los labios el uno con el otro.

—No, no. Eso no era lo que quería decir...

—¡Pues bajad! La noche pronto será tan densa como los muros de este viejo faro.

Siguieron a Rolo y su luz, no sin mostrar recelo, pues a la mayoría les preocupaba ser tragados en un inoportuno derrumbe. A Arlette, incluso, le resultó imposible no considerar aquel pasadizo el equivalente a una trampa mortal. Los peldaños, llenos de polvo, parecían estar llevándoles al mismísimo centro de la tierra, y eso no le gustaba un pelo.

«Pero, ¿qué otra opción nos queda? ¿Congelarnos arriba?» se recordó.

Al final decidió dejar que la suerte controlara su destino y abandonó cualquier cautela. Ciertamente, por más que odiara los espacios cerrados, Rolo les había salvado la vida. La gente por regla general era falsa y traicionera, pero también quedaban algunos con bondad y principios; como Benjamín... Tal vez su salvador fuera igual, quien sabe. La gente, para bien o para mal, suele sorprender.

Bajo el subsuelo no se escuchaba el vendaval que mordía la ruina exterior, y ni falta que hacía. Isabel estaba deseando olvidar la tormenta de nieve y el frío insoportable. Le gustaban los ambientes mucho más calurosos, como los que solía soportar en La Ciudadela, tal vez más sucia, pero infinitamente menos peligrosa.

Su compañero Patrick tampoco estaba contento, pues se sentía profundamente traicionado: había esperado tras las escaleras una floreciente ciudad subterránea en lo más profundo de una cueva gigantesca, y sin embargo

el lugar se asemejaba más a un laberinto de túneles mal excavados y poco más altos que sus cabezas. En el fondo entendía que allí se escondían los supervivientes de, imaginaba, muchos otros accidentes aéreos y que por lo tanto no podía pretender que hubieran levantado una metrópolis bajo tierra. Aunque la verdad era que el faro de fuera le había hecho pensar en aquella posibilidad por un instante.

«Qué lástima...».

Al menos agradeció que el recorrido estuviera iluminado por la ya familiar llama de Rolo.

—Odio los pasillos estrechos. —Al contraamaestre le temblaba el labio superior.

—¿Tiene claustrofobia, señor? —le preguntó Isbel.

—No, no tengo bichos —respondió, haciendo gala de su completa ignorancia. Isbel tuvo que reprimir una risa—. Prefiero los lugares en donde puedo desenvainar la espada sin rasparme los codos.

Por su parte, Arlette estaba más pendiente del recorrido que de lo que se comentaba en él. Quería asegurarse de memorizar la ruta para huir arriba si fuera necesario. Hasta ahora habían descendido por treintaicinco... no, treintaseis, peldaños ignorando un desvío hacia la derecha y cuatro a la izquierda, por lo que parecía que iba a ser difícil perderse. Pero nunca había que dar las cosas por sentado, en cualquier momento podían adentrarse en un mar de pasillos y perderse para siempre en sus «aguas». A fin de cuentas, el refugio se asemejaba más a una granja de hormigas que a un laberinto propiamente dicho: ni siquiera podían estar seguros de a qué distancia del exterior estaban. Lo mismo eso es lo que era el lugar: una antigua red subterránea creada por un enjambre de hormigas gigantes.

«Mejor no pensar en ello». Arlette, el terror de los cielos, tembló como una adolescente cualquiera al imaginárselo.

—¿Descenderemos mucho más? —Benjamín estaba harto de cargar a Patrick, aunque si se quejaba no era precisamente por ello, sino porque necesitaba comer y dormir.

Harvar refunfuñó.

—Si fueras tan rápido como impaciente, ya habríamos llegado... —Iba a llamarle «joven» pero al verlo tan escuálido y enfermo dudó de si en realidad lo era. Si hubiera llevado barba lo habría confundido con alguien de su quinta.

Isbel apretó los morros, no le gustaba ese viejo cascarrabias. Si fuera por ella, le habría mandado a paseo; pero debía seguir actuando como una

princesa, o más bien, quería seguir sintiéndose una. Así que solamente lo insultó desde la seguridad de sus pensamientos.

De pronto algo la alertó. Justo antes de terminar de descender por la cascada de escalones de piedra, el contramaestre se detuvo provocando que ella se estrellara contra su espalda.

—¡Ay! ¡Bruto! —exclamó entre cansada e indignada.

Sin embargo, se le olvidó al fijar la vista más allá del gigante y descubrir, impresionada, la enorme estatua de una mujer en el centro de una no menos pequeña sala.

—¡¡La madre que me parió!! —Ahí estaba su lado Bajo, aflorando a pesar de su aspecto de señorita recatada—. ¡¿Q-Q-Q-Qué es eso?! —tartamudeó viendo que la figura estaba desnuda y sentada sobre un enorme tronco muerto y deformado a modo de complicado trono.

Harvar, que paseó por la sala como el guía de un museo, se agachó frente a la imagen y rezó en silencio.

—¡¿Qué vientos hace el viejo?! —apuntó el pirata asustadizo.

El hombre que los había salvado de una muerte segura, el mismo que les puso en situación y que les llevó hasta allí, llegó con la respuesta justo tras ellos, quedando encajonado en el grupo de escalones tras Isbel y el resto de la comitiva que les acompañaba más atrás.

—¿No han oído hablar de nuestra amada diosa Cosmos? —Asomó la cabeza y alumbró como pudo.

—¿C-Cosmos? —Patrick se hubiera caído por las escaleras y llevado a todos consigo si no hubiera sido por Benjamín.

—Nut, Cosmos... ¿A quién le importa cómo la llamen? Para el caso es lo mismo —El contramaestre destaponó las escaleras y accedió a la sala para disfrutar de las vistas que le proporcionaba la bella y desnuda estatua.

La mujer parecía hecha de alquitrán, pues era enteramente negra, con unos cabellos que luchaban contra la gravedad al subir en lugar de descender y unos ojos penetrantes y amenazantes, sin pupilas.

—No creo que sea la misma diosa que nosotros conocemos... —consideró Benjamín al recordar que las representaciones de Nut eran lo opuesto de la allí presente.

Ninguno se atrevió a decir nada más al respecto. Incluso Rolo se había acercado a la representación de la diosa y se había agachado a rezar. Sin lugar a dudas el lugar era importante para ellos: había flores, pequeños muñecos rudimentarios y palos alrededor de la estatua, buscando, de algún modo,

contentarla.

Rolo y Harvar se incorporaron poco después.

—Tenemos su bendición. Podemos entrar. —El anciano se quejó de la espalda y apuntó a una puerta incrustada al final del cuarto—. Sed bienvenidos.

Era una puerta cualquiera, sin detalles, sin pomos complicados ni tampoco con una especial robustez. Simple y llanamente, una puerta interior que debían atravesar.

Ni siquiera la abrió, solo se echó a un lado y esperó a que alguno de ellos fuera lo suficientemente valiente como para cruzarla.

¿Y quién fue el atrevido? ¿Arlette, la Dama Sanguinaria? ¿Tal vez «la princesa de los Bajos», o puede que fuera el mentiroso patológico de Patrick?

No, ninguno de ellos se acercó a la entrada. Quien se aproximó a su encuentro no fue otro que, por extraño que resulte, Benjamín. Estaba harto de soportar los murmullos emocionados de Patrick, por lo que había decidido arrastrarlo a la fuerza. Si el cojo quería saciar su curiosidad tendría que esperar a que él saciara su estómago.

Sin embargo, al cruzar al otro lado y descubrir lo que se escondía allí, Patrick gritó extasiado.

Benjamín lo soltó al no poder soportar más sus berridos.

—¡Lo sabía! ¡¡Lo sabía!!

Allí estaban los dos, en lo alto de una inmensa cueva y sobre un mirador natural cincelado en la roca. El hilo de luz del faro surgía al fondo, desde el techo, y atravesaba la cavidad hasta despedazarse contra un enorme diamante que vivía en la punta de una escaladora estalagmita. El choque era constante y brutal, partiendo en miles de pequeños segmentos su esencia para así dotar a todo el lugar de su preciosa y cálida luz. Era como ver una segunda hoguera repartiendo luz y vida por todas partes; solo que esta resultaba incluso más grande y parecía el mismísimo origen de todo lo bueno. Tal vez solo fuera el reflejo de un milagro abandonado en lo alto de un ruinoso faro, pero era suficiente como para ser, con facilidad, lo más bello y mágico que cualquiera de los allí presentes había visto nunca.

—¡Una ciudad! —Patrick se apoyó en los bordes picudos de la plataforma y se echó a reír—. ¡Una maldita ciudad subterránea! ¡Bajo el faro hay una maldita ciudad subterránea! —Continuó riendo hasta que se hartó.

No se había vuelto demente. A cientos de metros por debajo de donde estaban se podían atisbar brillos de vida. Manchas que paseaban por calles

construidas sobre el terreno de la cueva. Hogares nacidos en los recovecos de minerales altos como torres, acaracolados en ocasiones, piramidales en otras, y, en raras ocasiones, tan redondos y llanos como una suave colina. La vida de los supervivientes se había amoldado al terreno natural de aquella cueva que valía millones, y aunque pareciera imposible dada su inmensa magnitud, el lugar era real. Podía palparse, sentirse en cada risa y vocerío que el eco extendía constantemente y notarse en el intenso olor a humedad que acariciaba los rincones.

—Nunca he visto nada igual —expresó el cojo al reconocer menas de piritita y dudar si el bosque de piedras picudas del fondo era de malaquita—. Parece un sueño. —Contempló las casas escarbadas en ámbar. A pesar de contar con puertas y espacios por donde huía el humo de la lumbre, no dejaban de ser diminutas guaridas en comparación a los inmensos tesoros pétreos que reflectaban luz hacia donde les venía en gana; a veces verticalmente desde una de las paredes de la cueva, otras desde lo alto del techo y, en ocasiones, a modo de farolas preciosas surgidas de lo más profundo del lugar.

—Eso es porque una vez lo fue. —Rolo apareció acompañando al resto—. Alguien soñó con un lugar que nos protegiera de nuestras pesadillas y de su imaginación creció lo que usted ve hoy.

—¡Increíble! —Por primera vez desde el accidente, Patrick consiguió sonreír extasiado. Le temblaba todo el cuerpo, y no se debía a que estuviera soportando el equilibrio con una sola pierna.

Rolo lo dejó para que pudiera seguir con su emocionado ensimismamiento, pues era incapaz de decir otra cosa que no fuera «increíble» o «maravilloso» y se encaminó hacia Isabel.

—Lamento no poder ofrecerle un sitio mejor donde pasar la noche. Estoy seguro de que está acostumbrada a lugares mucho menos rudimentarios y limpios, pero créame cuando le digo que aquí estará segura. Las sombras de nuestro refugio son inofensivas y tanto el frío como el mal que se esconde en la oscuridad no podrán atraparla mientras permanezca en la ciudad.

—Has dicho que alguien soñó con este lugar... —La pirata asesinó la conversación que pretendía mantener con la muchacha y buscó acaparar toda su atención.

—Así es. —Retorció el rostro claramente molesto. No le gustaba aquella mujer.

—¿Y cuál fue la pega?

—¿Cómo dice?

—La pega. Dijiste que cuando sueñas algo se vuelve real, pero también se retuerce y acaba poniéndose en tu contra.

—Desconozco cuál fue —informó.

El anciano Harvar acabó con las preguntas aclarando que nadie que viviera actualmente en la ciudad sabía quién había creado el lugar. Ninguno de ellos era anterior al refugio, simplemente siempre había estado allí.

—¿Entonces cómo sabéis que lo creó un sueño? —La Dama Sanguinaria tenía ganas de fastidiar.

—¿Y cómo si no iba a haber algo así en un lugar tan remoto y de tan difícil acceso? —Harvar se indignó—. ¡Por el amor de nuestra Amada! ¡Basta de tantas preguntitas! ¡¿No?! —Dio un zapatazo sobre la base del mirador y este, extrañamente, empezó a descender como si fuera un ascensor. Pero no uno incrustado en railes y con un sistema locomotor. No. Simplemente descendió por la roca, como si esta tuviera la capacidad de deformarse y amoldarse a su movimiento, sin partir ni raspar su superficie.

El ascensor de piedra mágica se posó rápidamente sobre tierra firme. Frente a este había un camino de piedra flanqueado por rocas picudas que apuntaban al techo como si fueran las espadas de un ejército de soldados en plena ceremonia de coronación.

—Oh, antes de que se me olvide. ¡Qué cabeza la mía! —Harvar se rascó el cráneo y se intuyó, pues la barba impedía ver nada más, que sonreía avergonzado—. Os aguarda cerca de la plaza uno de los vuestros.

—¿En serio?! —El contramaestre había estado embobado preguntándose qué piedra preciosa poseía mayor valor. Su mente ya se había puesto a trabajar y pensaba hacerse con un enorme saco, fuera como fuera, para empezar a esconder minerales en cuanto tuviera la ocasión. Así habría seguido, imaginando maldades, si el anciano no hubiera abierto la boca y despertado su lado humano—. ¡¿Ha sobrevivido alguien más?! —Sí, a pesar de ser un pirata al que le encantaba tirar guardias por la borda y pensaba con hacer suya a la «inocente» Isabel, le quedaba un espacio en su negro corazón para la compasión.

—¡Eso he dicho! ¡¿Es que estás sordo?! Apareció al poco de que Rolo saliera en vuestra ayuda. Probablemente cayó de vuestra nave y sobrevivió gracias al colchón que le otorgaron las ramas cercanas. Disfruta de una envidiable salud, por cierto. Nada roto. Alabada sea nuestra Diosa, que así lo ha querido. —Se adelantó un metro del grupo y les metió prisa ofreciéndose a llevarles ante él para que se reunieran.

—¡Por supuesto! ¡Eso sería magnífico! —Era un pirata horrible pero, había que reconocerlo, quería a sus hombres. O lo mismo se alegraba de tener otro par de manos que le ayudaran a cavar y trasportar las piedras preciosas con mayor velocidad.

Por desgracia, tendremos que esperar un poco más para resolver el enigma.

En cuanto salvaron el pasillo que servía de entrada, un mundo de riquezas naturales se abrió como si hubiera explotado una fábrica de piedras preciosas. Las casas nacían entre riscos que valían más que Cecias y La Ciudadela juntas. Todas eran distintas, adaptadas a la forma natural de donde se habían escarbado, y recordaban excesivamente al hogar de un cavernícola; con la salvedad, claro está, de que los que vivían en la ciudad de diamantes tenían ventanales, puertas con cierres, chimeneas, barandillas que delimitaban terracitas nacidas de agujeros y toda clase de comodidades que, ni por asomo, podrían haberse visto en la más absoluta antigüedad. Bueno, en realidad en la mayoría de ninguna parte, puesto que incluso tenían dibujadas en sus entradas rostros animados que vigilaban de manera profesional a cualquiera que se atreviera a andar cerca de la puerta. Apretaban el morro cada vez que alguien se acercaba y fruncían el ceño como si no se fiaran ni de su sombra. Si es que tuvieran una, quiero decir. Ya me entiendes.

—No se asuste. —Rolo se dio cuenta de que Isabel intentó colocarse en medio del grupo para que los ojos inquisitivos de aquellas «cosas» no pudieran verla—. Solo miran a todo lo que se mueve. Son inofensivos.

—¿Otro sueño hecho realidad? —La vocecilla nerviosa de la chica se oyó por encima del hombro del pirata/recolector de diamantes y la cintura de la Dama Sanguinaria, que eran los únicos que seguían el ritmo de sus salvadores. Como era de esperar, Benjamín seguía luchando para que Patrick dejara de entorpecer el avance con su condenada curiosidad.

—Sí. Alguien soñó sin querer con puertas guardianas que se aseguraban de que nadie entrara sin permiso en las casas. —Supuso que Arlette iba a preguntar cuál era el truco, por lo que explicó que por desgracia les encantaba revelar secretitos a quien tuviera tiempo de escucharles. En pocas palabras, no se podían robar cosas, pero sí lo único intangible que se ocultaba dentro: la privacidad de quienes vivían allí—. Esa es una de las razones por las que ya la gente no duerme al caer la luz exterior. La mente humana puede crear cosas tan bellas como el fuego mágico o nuestro hogar, pero también peligros terribles como el frío mortal o estupideces como esas...

Una puerta cercana les chistó como si estuviera intentando venderles algo

ilegal.

—Oye, oye, oye. Tsch. Tú. —Ojeó a los lados buscando no ser descubierto por el dueño de la casa—. Tú. ¿Quieres oír un secreto? ¿Eh? —Su voz sonaba tan desagradable como el chirriar de un armario viejo.

Rolo invitó al grupo a ignorarlo, pues empezó a hablar de las infidelidades de un tal Hideo, y los condujo directamente hacia la plaza, punto en el que una muchedumbre se había arrodillado de cara a un hombre que boceaba en el epicentro. Tras este extraño espectáculo había más casas de minerales y roca. Las caras de sus entradas vigilaban la extraña procesión entre bostezos y chismorreos, negociando con las puertas vecinas para intercambiar información incómoda.

—Pues mi dueña se ha jactado de robar tres veces las manzanas de la señora McLabin a la hora de la merienda.

El contramaestre se rió de los devotos por lo bajo. Le parecía triste que se vistieran con remiendos de telas desechas viviendo entre riquezas del tamaño de un barco.

—Hemos llegado a tiempo a la vigilia. Nuestra señora es misericordiosa. —Harvar se agachó complacido allí mismo, alejado de la multitud, para rezar una vez más.

Al momento le siguió Rolo, dejando claro que la comunidad que sobrevivía bajo la isla veneraba hasta la extenuación a su deidad.

—¡La oscuridad ha llegado una noche más! —gritó el gurú alzando las manos hacia el techo de la cueva—. ¡Pero nuestra fe nos protege! No tememos a la muerte, pues la muerte siempre llega. No la enfrentamos, la aguardamos. Pues nuestro destino es desaparecer. —Se dirigió hacia su diosa como si estuviera junto a él—. ¡Anhelamos el desenlace que has escrito en las estrellas y lo abrazaremos con alegría cuando nos atrape!

Todo el mundo repitió cada sección del rezo, menos nuestros protagonistas, evidentemente, adornándolo con inidentificables gestos con las manos a la altura del corazón. Una vez terminaron, Rolo y Harvar acercaron al grupo a la plaza al tiempo que la población se disgregaba distraída en sus propios quehaceres.

—¡Vaya, menudo espectáculo! Y eso que solo es un trozo de piedra...

Rolo, entre sorprendido y enfadado, empujó a la Dama Sanguinaria disimuladamente hacia un lugar apartado, donde Harvar ni nadie más pudiera oírles y le susurró:

—No hables así de ella... —Echó un rápido vistazo y continuó—. ¡¿Es que

quieres que te oiga y descargue su ira sobre ti?! E-Está en todas partes. —El tono de su voz continuó severo a pesar de la disminución de su fuerza—. Es la oscuridad del cielo, es quien arrebató la luz de las estrellas, quien hace llorar a los niños al nacer y quien se traga nuestra alma al morir. Antes de que siquiera hayamos nacido prepara nuestro destino... —Su rostro se desencajó completamente, seguro de lo que decía. Creía en aquella diosa o ente, o lo que fuera, con todas sus fuerzas—. Y cuando llegue el momento de exhalar nuestro último estertor, será ella quien se nos aparezca para arrancarnos la vida y castigarnos por nuestros pecados. Pues ella es el fin. Es la muerte... —Lo siguiente lo recitó, como ya habían hecho los fanáticos de la plaza—, y «la muerte siempre llega».

Pero Arlette no podía tomárselo en serio. Ahora que había escuchado su exposición, le parecía una versión barata y maligna de la diosa de la vida, Nut. Y aun así, tampoco es que creyera en la más benévola de ambas opciones. Muchos, en el Imperio del Aire, creían en dicha deidad, incluido Benjamín por lo mucho que la nombraba cada vez que algo le sorprendía, pero ella había llegado a una conclusión diferente tras tantos años como pirata.

«El destino no lo decide ningún ente inmortal, sino uno mismo», consideraba.

Incluso aunque estuviera viendo cómo le temblaban a Rolo las piernas, para ella la enorme estatua que personificaba a la supuesta diosa Cosmos no era más que eso mismo: una estatua. Ya podía describirla como una silueta fantasmagórica, de cabello vaporoso más negro que la noche y piel de petróleo más pegajosa y densa que la sangre, Arlette jamás le tendría miedo. Pues, a fin de cuentas, para ella, Cosmos solo era un mito; y los mitos no podían hacer más daño que las palabras.

—Está bien, está bien. He captado la idea —aseguró para no tener que soportar más frases hechas, y le animó a regresar con el grupo. Odiaba los fanatismos, pero agradecía que les hubiera salvado la vida, por lo que creyó conveniente obviar tanto sermón y no rebatir sus creencias. Y tampoco es que fuera a ganar nada entrando en una pelea ideológica—. ¿Dónde vamos a alojarnos? —preguntó con la esperanza de que todo lo anterior se perdiera en el tiempo.

—Hay una casa en la que ya no vive nadie que sería perfecta. —Harvar los había esperado con los brazos en jarra y un pie tamborileando la piedra que pisaba—. Allí os recibirá la persona que encontré junto al faro. Se alegrará de ver que alguien más ha sobrevivido a la tragedia.

—¿A qué estamos esperando entonces? —A Benjamín se le cerraban los ojos, quería comer y dormir cuanto antes.

El anciano les indicó con el dedo el lugar: era una especie de extraña cueva a la que se accedía por una escalerita de roca mal picada. La estructura estaba pegada a un muro de oro sin perfilar que hizo que al contramaestre le faltara el aire. También había una fuente cerca, una que extrañamente no dejaba de regalar agua cristalina sin que esta llegara a inundar, jamás, los alrededores. Más sueños, supusieron.

—Acabemos con esto rápido, Rolo. Pronto te tocará subir al faro y vigilar la hoguera. —Le entregó a su compañero una llave de latón exageradamente grande que parecía más apropiada para abrir un cofre que una simple entrada.

—Sí, Harvar.

Lo que más le gustó a Isbel de la ciudad fue que no había cableado ni mugre por ningún lado. Sí, el suelo era levemente arenoso, le dolían los pies al caminar, el aire era húmedo y no quería ni imaginarse las heridas que se haría en las rodillas si se cayera de bruces al suelo. Pero por lo demás era un ambiente muy agradable. Era cierto que tanto en la zona Baja de su antiguo hogar como allí el cielo no era perceptible, sin embargo, el resto era como la noche y el día: los colores lo cubrían todo y la gente parecía feliz.

—¡Hola, hola! ¡¿Sabíais que el anterior dueño de esto se comía los mocos? —La cara de la puerta hizo de las suyas en cuanto se acercaron. No por mucho tiempo, pues Rolo impidió que acabara la siguiente frase metiéndole la llave en su boca; apenas se entendió algo sobre escupir a la gente desde la ventana a escondidas, o algo así.

Esperaron a que la cara se decidiera a morder el latón como si fuera una piruleta; solo entonces el cierre se abriría.

—¡No tengo todo el día, estúpida puerta del demonio! —Harvar, cómo no, le pegó un puntapié—. ¡Muerde de una condenada vez!

El chasquido sonó con fuerza y la hoja de la puerta de madera se movió. La cara no parecía nada contenta con eso de que hubiera tantos invitados, pero como la llave seguía aferrada a sus dientes no pudo decir nada al respecto.

Resultó que el interior no era tan grande como parecía, apenas se conformaba por un salón con mobiliario tosco, cosa que iba a juego con las paredes de roca y el techo de minerales, y unas escaleras esculpidas que daban a un piso superior, donde debían estar los cuartos y, por tanto, las deseadas camas.

—Gracias —le dijo Patrick a Rolo dejando estupefacta a la distraída Isbel;

no sabía que conociera dicha palabra.

Una escueta jaula de hierro, con más llama mágica en sus entrañas, colgaba de una cadena que había clavada donde asomaba una piedrecilla de oro; la cual pensaba llevarse el contramaestre sí o sí en cuanto tuviera la oportunidad.

—No hay de qué, buen hombre. Me alegro de haber sido de utilidad. — Rolo se colocó junto a la puerta y la cara entrometida tuvo que cerrar los ojos para que su inseparable farolillo no la dejara ciega—. Volveré a echaros un vistazo. Vivo bastante cerca, si precisáis de alguna cosa, no dudéis en hacérmelo saber. Y recordad, aunque tengáis sueño, debéis aguantar hasta la llegada de la luz. No seguir mi advertencia podría sentenciaros a una muerte horrible incluso dentro de vuestros sueños.

—Y yo me encargaría de echaros a patadas de la ciudad en caso de que sobrevivierais —añadió el anciano con cara de estar deseándolo.

—Nada de dormir, entendido. —Patrick se alejó a pata coja para descansar en un sofá que encontró cerca.

—Por fin. —Benjamín se dejó caer en un sillón acolchado—. Descanso...

Iba a cerrar los ojos, pero Arlette le dio un manotazo en el hombro según pasaba por su lado. La cara de tristeza del muchacho fue un poema.

De pronto, antes de que Isbel y los dos piratas pudieran hacerse con su propio asiento, se asomaron un par de piernas por las escaleras que precedieron a un chico envuelto en misterio.

—¡Ah! Aquí viene el otro superviviente —anunció Harvar haciendo de absurdo telonero.

—Hola —soltó Isbel mostrando su mejor sonrisa, además de una reverencia que al resto le pareció estúpida. Sus juegos de Alta comenzaban a molestarle incluso a Patrick. Había creado a un monstruo.

Arlette, por el contrario, solo pudo amagar un saludo. No pudo terminar, el aire había escapado súbitamente de su garganta y la voz había olvidado lo que era el sonido. Su cuerpo tan solo pudo quedarse ahí, temblando y rígido como si una fuerza invisible lo controlara. Solo sus ojos parecieron mantenerse a pleno rendimiento, abiertos como nunca, y tan brillantes y llenos de vida como jamás lo habían estado antes; o al menos no tanto como ninguno de los presentes había visto con anterioridad.

Pero era normal, era algo lógico. La imagen de aquel extraño, a medio camino entre el piso superior e inferior, resultaba inaudita, estimulante y horripilante al mismo tiempo. Su cabello color cereal, revuelto como si un torbellino hubiera nacido sobre él, acariciaba un rostro agradable y tan joven

como una vez lo fue ella.

Las piernas de la pirata fallaron, doblándose como si se le hubieran partido los huesos. Sin embargo, el dolor que siguió no venía de ningún otro lugar más que de su propia alma, dañada y reparada tantas veces que ya había creído que jamás volvería a dolerle. Pero vaya si lo hacía, tanto que incluso Arlette temió que se le escapara del pecho. Tuvo que agarrar su alma llevándose las manos al torso y apretándolo con fuerza. Incluso una bocanada escapó de sus labios rosados mientras se abandonaba a la gravedad, cansada de soportar la carga que causaban sus infinitos pecados.

—N-No... —Una lágrima se le escapó y huyó hacia su mejilla.

—¡¡¿Capitana?!! —El contramaestre demostró que era mucho más que puro músculo cuando fue el primero en darse cuenta de que algo no iba bien. De un rápido movimiento se colocó tras ella y la sostuvo cuando perdió el control de sus pies.

Los demás también se asustaron, pero tan solo Benjamín e Isbel hicieron el esfuerzo de acercarse a ellos y preguntar qué pasaba.

¿Pero qué, aparte de incertidumbre, iban a sonsacarle a una Arlette trastornada? Pues las palabras se partían en el aire sin significado alguno. Lo único que ella conseguía hacer era llorar, llorar entre una infinita alegría y el puro dolor. Pero llorar al fin y al cabo.

¿Qué otra cosa podía hacer más que derramar toda clase de sentimientos descontroladamente? ¿Qué más si ya se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo? ¿Cómo responder ante algo que deseas con toda tu alma y que llega de un modo inesperado, súbito e imposible?

Por un momento, Arlette no notó los brazos fuertes del contramaestre. En su lugar se sentía de nuevo en las profundidades del lago helado, que a punto había estado de convertirse en su tumba.

Allí, viéndose descender de nuevo cada vez más, escuchó, a modo de eco, los pensamientos que había dedicado a su amado. Su deseo de volver a verle, la añoranza por abrazarle, besarle al fin y pedirle que le contara mil historias cada noche. Y entonces llegó el sueño gélido. Vino tan súbitamente que a su otro yo no le había importado. Solo deseaba descansar para siempre; morir con la esperanza de que hubiera un lugar mejor donde su polizón la estuviera esperando. Un reino de islas o mares, de criaturas fantásticas o mundos aburridos. No le importaba. Solo suplicaba por una existencia, la que fuera, a su lado, viéndole sonreír.

Pero allí estaba Benjamín para impedirselo, para salvarle la vida y

arrancarla de las garras de una muerte segura justo en el preciso instante en que la Dama Sanguinaria ya se había rendido al destino.

Y por eso, en cuanto regresó a la realidad que le brindaba la ciudad subterránea, ella continuó llorando como una niña y se abrazó al contramaestre como si este fuera su padre, repitiendo en voz alta una y otra vez que era imposible, que no podía ser verdad...

Porque, al fin y al cabo, Arlette se había dado cuenta de que tras el accidente había estado soñando en las profundidades del lago y había reconocido al chico que ahora la observaba desde los escalones. ¿Cómo no iba a reconocerle? ¿Cómo podría olvidar el rostro de Eric? La única persona que podía ocupar sus sueños.

Pinceladas de historia

Cuando Isbel abrió la puerta, accedió a una habitación más amplia de lo que esperaba. El techo y las paredes de roca abovedada aguardaban, y de ellos asomaban minerales y deformaciones de toda índole. Pero a la antigua recolectora de piezas le traía sin cuidado la arquitectura de «la ciudad de los sueños», como había decidido llamarla. Lo que quería era encontrar a Patrick.

Horas antes no le habría importado su destino, pero las cosas se desmadraron tanto en cuanto se supo la identidad del «superviviente», que Isbel tuvo que cambiar radicalmente de parecer y tragarse su amado orgullo.

Arlette había quedado para el arrastre. Ni siquiera se parecía a la pirata valiente e insensible que se suponía que era. Había caminado balanceándose como una rama medio partida, obligando a su contraмаestre a llevársela de la casa para que tomara aire y, por lo tanto, adoptando irónicamente el papel de su caballero de blanca armadura. Patrick se marchó poco después. Antes que quedarse ante el hombre resucitado, o sueño, o lo que fuera, prefirió subir las escaleras y ser tragado por el solitario segundo piso. Además del presunto Eric, el único del grupo que se quedó fue Benjamín, que no se movió del salón por miedo a que Isbel se quedara sola y asustada por la inquietante presencia del «fantasma». Lamentablemente, a pesar de su buen gesto, resultó que su compañía no era de su agrado.

No vayamos a entenderla mal, sabía que era un chico bondadoso, de buen corazón, pero su aspecto demacrado la intimidaba. Cada vez que lo tenía delante se acordaba de su espalda achicharrada, y sus ojos, circundados por marcas negruzcas y hundidas, similares a las cuencas huesudas de una calavera, hacían que se le helara la sangre. Ya conocía su historia, por lo que comprendía que todo se debía a su cautiverio, pero eso no impedía que prefiriera no tenerle tan cerca. Se sentía la peor persona del mundo, todo sea dicho, aunque seguía sin poder pasar ni un segundo más a su lado; y menos si el «sueño» de la Dama Sanguinaria los observaba, sin decir nada, desde la lejanía y recapacitando quién sabía qué.

Así que, en cuanto ella se descubrió a solas con un hombre que parecía estar muerto y, por lo visto, con un muerto que parecía un hombre, prefirió al falso Alto sin lugar a dudas.

Por eso acababa de ascender los escalones y, tras cruzar un estrecho pasillo que más bien era un túnel, abrir la puerta que revelaba un cuarto bien amueblado; con unas tres camas excelentemente distribuidas para aprovechar cada preciado centímetro y unas repisas aquí y allá con no pocos libros sobre ellas.

—¿Patrick? —dijo cuando no lo encontró con la vista.

Arrugó la frente al preguntarse si tal vez habría vuelto a bajar, aunque no ver a un cojo salir de la casa le costaba horrores de creer dadas las circunstancias.

De pronto se percató de que algo se ocultaba entre las mantas de una de las camas. Hubiera pegado un bote si Patrick no le hubiera respondido con uno de sus inconfundibles resoplidos.

—¿Qué haces dentro de una cama? —quiso saber ella mientras entraba del todo y cerraba con delicadeza.

La iluminación era tenue allí, defendida tan solo por tres velas en una lámpara de techo que creaba chispas de mineral brillante en las paredes, haciéndolas parecer, aunque fuera por un instante, mágicas.

—¿A ti qué te parece? —Patrick asomó la frente y después le siguieron las pestañas y la nariz—. Dormir. ¿Qué si no?

Isbel lo observó confundida:

—Aún no es de día.

—Razón de más. —Dio la espalda a la muchacha pretendiendo que la conversación se estancara ahí.

No lo hizo.

—Pero... —Parpadeó sintiéndose idiota—. No puedes. Es decir, ¿es que no recuerdas que...?

La sábana que ocultaba a Patrick se desplazó de un empujón y el hombre quedó incorporado sobre el colchón. Al principio solo la miró, exasperado, pero luego negó con la cabeza y se llevó los dedos a los ojos, apretándolos como si le ardieran:

—Sé perfectamente que pasará. ¿Qué tal si tú te callas y...?

La joven «princesa» lo interrumpió sin miramientos:

—¿Entonces por qué tú...?

Y él imitó la faena elevando la voz hasta el infinito:

—¡¡¿Por qué estás aquí, eh?! ¡¿No me odiabas?! ¡¿No dijiste que no querías saber nada de mí?! —Se tumbó de nuevo y se ocultó bajo la tela igual que un niño pequeño—. Cierra al salir. Hace fresco.

Como era de esperar, a ella no le hizo ninguna gracia su actitud:

—Eres un completo gilipollas. —Y se dirigió a la puerta dando zapatazos.

Y ahí habría terminado todo... si no fuera porque Patrick sorprendió a su compañera al hablar de nuevo.

—¿Por qué me odias tanto?

La chica se volteó y se lo quedó mirando atónita.

—Con los demás eres amable, pero conmigo siempre estás enfadada. Me odias, piensas lo peor de mí y me tratas mal a la mínima.

—No eres de fiar. —Se arrepintió nada más decirlo, incluso a ella le había sonado demasiado duro, pero no pudo desdecirse; en el fondo así lo pensaba.

—¿Que no soy...? —Aquella fue una de las pocas veces en las que Patrick no supo qué decir—. ¿Cómo puedes...? —Tuvo que atrapar letras y ordenarlas con tranquilidad para no perder la compostura—. ¿Solo porque perdí la calma allí fuera y creí que íbamos a morir? ¿Me estás diciendo que en mi lugar te habrías sacrificado para salvarme?

—No es solo por eso... —Hizo un gesto con la cabeza afirmativamente, tal vez ella hubiera actuado igual en dicha situación—. Puede que tengas razón en eso, pero me has utilizado y mentido demasiadas veces.

—¡No te he mentido!

—¿Y qué hay de lo que me prometiste en la Ciudadela? Me aseguraste una vida en la zona Alta. ¡Pero luego me la arrebataste al secuestrarme y sacarme de allí en un maldito trasto volador que se caía a pedazos! ¡Maldita sea! ¡Si hasta planeaste utilizarme como moneda de cambio ante Moisés Robres y me ocultaste que sospechabas que pudiera ser mi padre! —Se intentó tranquilizar al percibir cómo su propia garganta rugía y prosiguió, ahora que había empezado no podría parar hasta acabar—. También dijiste que con la brújula encontraríamos mi hogar... —Notó el objeto frío sobre su pecho—. Pero se te olvidó comentarme que en realidad buscaríamos con él a una bruja, o leyenda, o lo que demonios sea, en vez del camino a casa. Decir medias verdades, ya sea por el bien de uno o no, sigue siendo mentir. No se puede confiar en ti, Patrick. No cuentas con los demás, prefieres utilizarlos como peones hasta que estás tan atrapado que no tienes más remedio que ser sincero. —Esperó a que se defendiera pero él no se molestó—. Estás hecho de una amalgama de excusas y mentiras. No debería haber subido, será mejor que vuelva abajo y te deje a solas.

Sin embargo, cuando el silencio lo ocupaba todo y parecía que ni un suspiro podría acabar con él, Patrick dijo algo. Lo hizo cuando Isabel casi había

terminado de cerrar la puerta y volver al pasillo.

—Estaba intentando dormir para soñar con mi mujer.

La hoja de la entrada se quedó clavada por la contundencia de sus palabras.

Él siguió, como si estuviera diciéndoselo a sí mismo, pues no se atrevía a mirar a la joven, solo a clavar las pupilas en la tela gris que vestía la cama.

—Deseaba que me ocurriera lo mismo que a la pirata: ver a la persona que más amo.

En cuanto lo dijo, el hombre sabelotodo del que nadie podía fiarse se esfumó y dio paso a alguien diferente: a una persona tan herida que se veía pequeña incluso ante Isabel. Sus manos parecían más viejas de lo que realmente eran, temblando y doblándose de tanto soportar el dolor recorriendo su piel. La mirada parecía tan vacía de golpe que rivalizó con la de Arlette, como si compartieran los mismos ojos moribundos. En definitiva, Patrick parecía otro Patrick; uno que a su compañera le gustaba aún menos que el anterior, y ya era difícil.

«¿Está llorando?». Isabel no supo qué hacer. Podía ser otra escenita, o podía ser verdad. Fuera como fuera ya había caído demasiadas veces en sus embustes como para tomárselo en serio... ¿Pero cómo iba a estar mintiendo? ¿Cómo iba a ser capaz de llorar sin sentirlo de verdad?

Al final volvió a entrar, caminó unos pasos con las manos entrelazadas por la inseguridad y acabó deteniéndose en medio del cuarto, lo suficientemente cerca para oírle pero también lo bastante lejos para marcharse en cuanto considerara que la estaba volviendo a engatusar.

—¿Por qué me confiesas esto? —preguntó tras meditarlo unos segundos.

—Para que vuelvas a confiar en mí —le respondió al momento—. Lo que te acabo de contar no guarda ni una gota de falsedad. Sin otras interpretaciones... Sin medias verdades. —Apoyó las piernas en el suelo y se quedó sentado al borde de la cama—. Quería soñar para volver a acariciarle la cara y decirle cuánto la he echado de menos. —Tragó saliva y se limpió las lágrimas que brillaban bajo las velas—. Y como quiero demostrarte que soy totalmente franco... te diré algo que no sabe nadie. En mis viajes, he contado a innumerables personas la razón de mi búsqueda... pero es falsa: no quiero encontrar a mi mujer. Bueno, sí que quiero, es la pura verdad. Pero es justo reconocer que «buscarla» no es el término adecuado. Debería haber dicho... revivirla. —La miró fijamente para que viera que no la engañaba y dejó de marear la perdiz—. Mi mujer murió antes de que el Cielo se hubiera partido en mil pedazos... Mi viaje nunca ha sido para encontrarla. No acabé en la

Ciudadela porque estuviera intentando alcanzar ningún pedazo de tierra en el que hubiera quedado atrapada. Lo cierto es que empecé a viajar por el cielo infinito para llegar hasta la Vendedora de Deseos y pedirle que arrancara a mi mujer de la mismísima muerte... Qué ingenuo fui... —resumió viendo que Isbel se había quedado sin palabras—. Igualito que la pirata, me temo. —Soltó una risa irónica, corta y lamentable—. Como dos malditas gotas de agua: perdimos lo que más nos importaba y estuvimos dispuestos a destruir lo que hiciera falta para recuperarlos. Por eso estoy aquí arriba intentando dormir cueste lo que cueste. Porque envidio a la pelirroja... N-No dejo de pensar que... —Suspiró avergonzado—. Que si ella ha conseguido cumplir su deseo con tan solo dormir... Yo también debería.

Tuvo que esforzarse bastante para no volver a dejarse llevar por sus sentimientos. Acabó por apretarse las manos entrelazadas y, con ellas, sellar sus labios; y por tanto el llanto que silenciosamente suplicaba salir al exterior.

Sin embargo, no podría retenerlo durante mucho más. Estaba demasiado cansado. Tantas décadas viajando por los confines de la inmensidad suplicando arreglar algo que en teoría era imposible de solucionar, siguiendo una leyenda, un murmullo que podía ser tan falso como que el mundo es justo o tan cierto como que las lágrimas son saladas... Estaba cansado. Ya no sabía ni qué edad tenía en realidad. A causa del desastre, había dejado de envejecer durante años, y al llegar a determinadas islas, lo había hecho a pasos agigantados en cuestión de horas. La oscuridad y el brillo del Cielo Sin Fin habían pervertido su comprensión de su alrededor hasta el punto de que ya no era capaz de recordar cuándo había empezado su viaje.

—No quieres dormir —le aseguró Isbel sentándose a su lado y sonriéndole tan dulcemente que quedó claro que lo había perdonado una vez más.

—¿Por qué dices esa estupidez? Sí que quiero. —Las lágrimas desaparecieron al tocar su barba.

—¿En serio? ¿Te las das de inteligente y no ves algo tan obvio? ¿Acaso no comprendiste por qué la pirata se derrumbó al ver su deseo cumplido tan de repente?

Patrick solo pudo fruncir el ceño y pensar en silencio.

—¡Menuda mente superior que tienes! Ahora resultará que en realidad eres normal y no tienes todas las respuestas. —Se rió, aunque en realidad lo exageró para intentar sacar a su compañero del agujero negro en el que se estaba hundiendo—. Haz memoria. ¿Qué dijo Rolo cuando nos salvó?

—Dijo muchas cosas.

—Pero solo una que realmente fuera importante. —Hasta levantó el dedo índice en señal de superioridad. Se sentía, por una vez, la profesora y no la alumna ignorante—. *En esta isla, los sueños se cumplen.* —Él cambió la cara al, por fin, ordenar las piezas; eso sí, ella siguió hablando y no le dio el gusto de interrumpirla—. *Pero al hacerlo se retuercen.* Suceden cosas malas, Patrick. Ella lo comprendió en cuanto lo tuvo delante.

—Memeces. ¿Qué importa que los sueños se materialicen convertidos en pesadillas? Estoy dispuesto a enfrentarme a ellas mil veces con tal de... —Se entristeció aún más al pensar en algo que prefirió mantener muy dentro de sí mismo.

—Lo dices porque aún no ha sucedido. Pero... ¿Acaso serías capaz de disfrutar de su compañía? ¿No te pasarías el resto del tiempo mirándola y preguntándote como se estropeará tu deseo? ¿Si volverá a morir? ¿Si acabará haciéndole daño a alguien? ¿Si te lo hará a ti? O, más importante aún, ¿si de verdad es ella?

Patrick agachó la cabeza y dudó.

Su compañera posó su mano delgada y clara sobre su hombro y le animó con una simple frase:

—No te conformes con una copia de su recuerdo, abraza a la de verdad. —Y después de levantarse y estirarse la falda agujereada, le invitó a que bajara con ella—. ¿Qué tal si dejas de autocompadecerte y traduces el mapa de Benjamín? Ya has completado la parte difícil de tu largo viaje. Solo falta un pasito más. —Caminó hacia la puerta, la abrió del todo y, dándole la espalda, aguardó una respuesta.

Él sonrió entre lágrimas.

—Ahora mismo bajo, ¿está bien? Solo deja... deja que me tranquilice un poco. No quiero que nadie más me vea desmoralizado. —Se limpió las mejillas.

Isbel no dijo nada, tan solo salió cerrando la puerta a su paso.

Fuera, en la soledad del pasillo, la chica se sintió bien consigo misma al conocer la verdad sobre Patrick. Estaba segura de que esta vez le había abierto su corazón. Lo había notado en sus ojos, en las lágrimas que cayeron como cascadas por su rostro y en el temblor de su voz. Sentía que ambos estaban un poquito más unidos, y, por lo tanto, más en paz consigo misma. No quería estar a malas con el hombre que le había brindado la oportunidad de algún día conocer a su familia. Siempre había estado buscando una respuesta a su existencia mirando al paraíso y creyendo que allí era donde realmente la

esperaban, pues sentía una extraña conexión con las alturas. Sin embargo ahora comprendía, tras haber viajado por la infinidad del cielo infinito junto a él, que nunca estuvo realmente unida al piso superior de la Ciudadela. No sentía curiosidad por ese micromundo lleno de oxígeno puro, sino por lo que había más arriba. Su corazón le había estado avisando de que ella no pertenecía a la Ciudadela, sino a un mundo lejano. Uno donde un colgante, con el simple contacto de su dueño, podía describir en segundos una distancia extensísima, reduciéndola a un compendio de luces brillantes propias de la más alocada de las historias de ciencia-ficción. Deseaba ver ese lugar con tanto ahínco que, en el fondo, por más que las mentiras hubieran estropeado su relación con Patrick, no podía estar en realidad más agradecida. Y para ella, aquel momento en el que le había ayudado y perdonado al mismo tiempo, era el pago perfecto para tan ocultado agradecimiento. A fin de cuentas, aunque siempre le guardara un reducto de rencor por tantas mentiras acumuladas, él ya había sufrido bastante.

—No me hables más —escuchó ella de repente, cuando había descendido el primer escalón. La voz provenía de arriba y salía por debajo de la puerta del cuarto de Patrick.

Ella se giró desconcertada. ¿Qué había sido eso?

—¿Podríamos haber muerto! —La voz era masculina. No, era más que eso. Era Patrick.

La antigua recicladora volvió por el túnel de roca y alcanzó de nuevo el cuarto cuidando cada pisada.

—¡No puedes moldear sus destinos como si fuera un simple juego! —Su compañero sonaba triste, y aunque se notaba furia en cada palabra, no elevó la voz por encima del susurro.

Apenas uno de los ojos de Isbel consiguió ver el interior del cuarto al abrir un par de centímetros la entrada y ser testigo de cómo Patrick discutía con... el aire.

Estaba hablándole a algo invisible, o más bien, a algo inexistente. Removía los brazos sentado en la cama y siempre miraba hacia el mismo lugar.

Isbel dirigió su atención a esa posición y no encontró nada que indicara que allí había algo o alguien, y menos aún escuchó alguna voz cuando su compañero aguardaba una respuesta que, por supuesto, no llegaba. Sin embargo, parecía que para él sí que lo hacía. A los pocos segundos, el silencio se marchaba y el proseguía la conversación unilateral como si nada.

Entonces Isbel se asustó, cerró la puerta y se alejó rápidamente de allí

preguntándose algo que solo permitía dos inquietantes posibilidades: podía ser que hubiera dormido lo suficiente como para que algún extraño sueño estuviera confundiendo su percepción de la realidad o, en el peor de los casos..., no.

* * *

A simple vista, nadie podía negar que Eric fuera una persona. De hecho, Benjamín pondría la mano en el fuego porque así era. Sí, había nacido a partir del sueño de Arlette, estaba claro, no había otra explicación posible a su repentina resurrección. Sin embargo, ¿acaso aquello podía negar la certeza de que el muchacho era realmente él?

«A lo mejor La Vendedora de Deseos tiene el mismo don que esta isla —se planteó—. Puede que ella se sirva de alguna clase de característica similar para conceder deseos...».

Ahí estaba Eric, sentado en el sillón que había ocupado él antes de que la pirata perdiera los papeles.

No descubrió nada extraño. Si de verdad ocultaba algún siniestro secreto, como Rolo aseguró que sucedía con los sueños, estaba bien escondido entre cabello, piel, músculo y un aura triste con la que era imposible no empatizar.

Había que comprenderle: acababa de volver a la vida y se había encontrado con la mujer a la que quería. ¿Y cuál había sido su reacción al verle? El más absoluto de los horrores.

En el fondo, a Benjamín le molestó. Si hubiera sido su familia nada le habría impedido abrazarles y convencerse de que superarían cualquier clase de obstáculo que fuera a aparecer. Marcharse como había hecho ella no era una opción.

¿De verdad lo quería tanto como se decía? Por lo que le contaron en la extinta *Fiora*, la Dama Sanguinaria había hecho lo peor de lo peor para encontrar el modo de devolverle la vida. ¿Cómo podía darle la espalda una vez conseguido? Nada tenía sentido.

—¿Piensas dejar de mirarme algún día? —soltó Eric por sorpresa.

Benjamín se sobresaltó a la vez que luchó por disimular, aunque terminó abandonando su burdo intento enseguida:

—Perdona...

Eric bajó el rostro al suelo y se tapó la cara con las manos.

—Joder... No entiendo nada. ¿Qué está pasando? —Se sentía mareado,

confuso porque los últimos recuerdos que conservaba antes de despertar pertenecían a un motín que había pasado a la historia hacía varios años.

A Benjamín le dieron ganas de acercarse y ayudarlo a entender. Sabía que debía estar viendo una y otra vez a la chica a la que tanto quería temblando, alejándose de él, pidiendo auxilio y sollozando desconsolada contra el pecho del contramaestre.

«Realmente triste», clarificó para sí mismo.

Sin embargo, no se movió. A pesar de que comprendía el dolor del joven, no era a él a quien quería ayudar en realidad. Le tenía lastima, pero lo que en el fondo deseaba era salir al exterior, encontrarse bajo los destellos de la enorme cueva de minerales y encontrar cuanto antes a Arlette y al contramaestre. Su corazón le decía que tenía que saber que ella estaba bien. La pirata estuvo a su lado cuando se percató de que su familia había sido aniquilada. Le debía lo mismo. O, más bien, quería convencerse de que así era; pues en el fondo sabía que intentaba excusarse. Al fin y al cabo... él también veía el rostro de Arlette llorando una y otra vez. Y eso le estaba partiendo emocionalmente por la mitad.

De pronto, como si un vendaval hubiera conseguido atravesar el laberinto de túneles que llevaban del faro a la ciudad subterránea, se abrió la puerta parlante quejándose y vociferando insultos. La atravesó el contramaestre, solo, con mirada odiosa y con un más que evidente deseo de asesinar lo primero que se le pusiera por delante; de hecho, la tomó con la puerta al oírla faltarle al respeto. Gracias a las diosas, o más bien por desgracia de estas, la puerta parecía ser indestructible; aunque chilló como una condenada cada una de las veces que recibió patadas y puñetazos.

—¡Contram...! —Benjamín se dio cuenta de que no sabía el nombre de aquel mastodóntico y peludo pirata—. ¡¿Dónde está Arlette? —Optó por variar la frase y resolver el misterio en un momento más adecuado.

No le gustó la mirada que le echó el gigante. Parecía enfadado.

—Ni idea...

—¡¿Cómo que no lo sabes?! ¡Pero si te la llevaste en brazos!

—¡No soy su puta niñera, delgaducho! En cuanto recuperó el aliento y no le quedaron más lágrimas que derramar, la muy necia me empujó, me mandó *pa* casa y dijo que no quería compañía. —Se notaba dolor en sus palabras. Un hombre realmente extraño. En ocasiones transmitía odio hacia Arlette y en otras parecía preocuparse terriblemente por ella. Sin lugar a dudas, los piratas estaban como una cabra. Esa camaradería mezclada con rivalidad era

incomprensible.

—¿Y aceptaste?!

—¿Estás sordo?! —A Benjamín le dio la sensación de que el contraamaestre crecía según se iba acercando a él—. ¡NO SOY SU PUTA NIÑERA!

Eric se levantó entonces y se acercó deprisa. Necesitaba respuestas, lo último que recordaba antes de morir era a Arlette llorando, y lo primero que vio al despertar fue... a Arlette llorando.

—¿Qué me ha pasado? ¿Por qué Arlette reaccionó así al verme? Y... —Miró alrededor—. ¿Qué es este lugar? ¿Y quienes sois vosotros?

Benjamín se mordió la lengua: había estado a punto de contárselo todo, pero se había dado cuenta de que no era quién para hacerlo. ¿Qué iba a decirle? ¿Hablarle de sueños que se hacen realidad? ¿De la chica a la que quería, quien ahora era la más vil pirata del firmamento? ¿Decirle que él había muerto hacía años y que acababa de resucitar? ¿Que a lo mejor no era real y solo se trataba de una mala broma? No, ni hablar.

—¿Es que no es evidente... «cosa»? —El contraamaestre había buscado un calificativo para Eric y al final había optado por el peor.

A la «cosa» no le gustó ni un pelo su elección:

—¿Qué coño te pasa a ti, mole? —La fanfarronería de Eric salió de improviso y chocó con la del contraamaestre, parecían niños pequeños.

Benjamín continuó sin decir nada en absoluto, y no era porque no quisiera. En ese momento deseaba mandar al mismísimo infierno, si es que existía, a aquellos dos idiotas; estaban más pendientes de pelearse que de encontrar a Arlette. Si hubiera tenido fuerza en sus puños, les habría dado una paliza y salido en busca de Arlette sin dilación. Lamentablemente, no la tenía. Actualmente seguía siendo un esqueleto viviente, un cadáver agarrado a la vida por tan solo un hilo que se deshilachaba poco a poco. El cuerpo le dolía y no le quedaban energías más que para dormir. Si hubiera salido fuera, probablemente se hubiera perdido y hubiera tenido que ser rescatado. No, no quería seguir sintiéndose una maldita carga. Esperaría. Igualmente no era su asunto. No, no lo era.

«No lo es, ya es mayorcita» se repitió, apretando los párpados hasta que le dolieron.

—Me pasas tú, engendro. —Ahí estaba el contraamaestre de nuevo, siempre dispuesto a hacer amistades—. Si no hubieras aparecido no tendría a mi capitana al borde de la locura. A esa bruja no le aterraba nada, no le importaban las consecuencias y no huía ni lloriqueaba ante una aparición.

Llegas tú, y la pirata a la que conocía se parte en mil cachos. Tu sola presencia me molesta. ¡Lárgate, engendro! —Lo apartó a un lado y se dejó caer, como si hubiera recibido un mazazo, en el famoso sillón—. Era una imbécil, pero por los vientos que también era una jodida leyenda. —Siguió lamentándose—. Gobernaba el *Fiora* con furia... Sabía reírse de la propia muerte, maldita sea. Mataba todo lo que se le ponía por delante con una sonrisa si eso la acercaba a sus objetivos. La envidiaba. Era mi meta ser como ella. ¡Mejor que ella! —Y se derrumbó—. Y ahora resulta que es una llorona...

—¡No hables así de Arlette! —Eric se enfadó—. Ella no es así. —Negó con la cabeza—. L-La conozco bien, no dices más que tonterías. Ella jamás... —Pero su cara reflejaba su confusión—. Esto es demasiado raro. —Se acababa de dar cuenta de que ella se veía más mayor—. ¿Estoy dormido? —Y distinta, mucho—. ¿Es eso?

La risa del contraamaestre fue peor que un puñetazo:

—Mira al fantasma este. Ni siquiera la conoce. —Luego puso cara de asco—. No eres más que una puta sombra patética que busca a alguien que ya no existe. Normal que no quiera verte ni en pintura. —Volvió a reírse—. Seguro que está esperando a que te esfumes como... —Otra carcajada—. ¡Joder! ¡Eso es! No eres *má* que un mal sueño.

—¿Se puede saber que te he hecho para que la tomes conmigo?! —Saltaba a la vista que Eric tenía ganas de liarse a mamporros.

Puede que fuera la frustración de ver que la leyenda a la que sirvió durante años resultaba ser más humana de lo que parecía, o a lo mejor no, puede que simplemente disfrutara haciendo sufrir a Eric, el caso es que el contraamaestre soltó todo lo que guardaba por la boca.

—Mira cómo se indigna... Se cree con algún derecho a pedir explicaciones. ¿Sabes que desde que palmaste tu novieta se pasó la vida buscando un modo de traerte a la vida? La muy loca del demonio se puso a perseguir Buscadores de Leyendas sin descanso y no se libró de pocos amotinamientos en el proceso precisamente. —Lo miró con odio—. Ha enfadado a tanta gente que nadie navegaría con ella si no se dedicara a pagarnos cada semana con alguno de los tesoros de su viejo. Y todo por un amorío adolescente, un... —Le dio un repaso silencioso—. Una copia de un tirillas que no se merecía compartir el mismo aire que mi capitana, y que estaría mejor si siguiera muerto. Porque no te confundas, tal vez ella se esté comportando como una cría, pero que me lleven los vientos si no empezará a

cortar cabezas en cuanto reflexione y se dé cuenta que solo eres una estúpida ilusión que terminará por convertirse en pesadilla.

Benjamín se sintió en la obligación de intervenir:

—Para. Vas a empeorarlo.

Pero el contraamaestre lo ignoró:

—Parece que no tendré que aguantar tu careto mucho tiempo. Ya se sabe lo que pasa cuando uno sueña: tarde o temprano hay que despertar.

Como si el destino lo hubiera querido así, Isbel bajó en ese momento. Al hacerlo, el malvado pirata perdió la concentración y se la prestó a la «princesa», haciendo que Eric viera el momento de salir a toda velocidad de allí y escapar de la casa, y de la verdad, como si no hubiera mañana.

—¡Espera! —gritó Benjamín.

La puerta acompañó su grito con insultos en cuanto el «sueño» dio un portazo al salir.

—¿Qué pasa? —Isbel se quedó a medio camino de la escalera.

—¡Estupendo! —Benjamín regañó al contraamaestre—. De verdad, ¿eh? Lo has hecho de maravilla.

El pirata le regaló una mueca disgustada, desechando al chico como si fuera una mosca a la que no mereciera la pena prestar atención.

Isbel se acarició las manos y los miró en silencio. Esperaba que alguno de los dos se dignara a ponerla en antecedentes. Ninguno lo hizo. Solamente pudo ver cómo el contraamaestre se estiraba en el sillón y Benjamín dudaba sobre algo, pues le veía nervioso, mirando a la puerta constantemente.

Al final no pudo más y volvió a preguntarlo:

—¿Pasa algo?

Pero Patrick, que hizo su entrada descendiendo a la pata coja, no tenía ganas de perder el tiempo con nimiedades:

—¿A quién le importa? Tenemos mucho que hacer. —La adelantó y se sentó cerca del contraamaestre, en un sofá polvoriento aunque en buen estado que había a su lado—. Ven, ven. —Le hizo un gesto a Benjamín con la mano.

—¿Yo?

—¿Acaso miro a alguien más? ¡Vamos! Tenemos que traducir el mapa de tu espalda.

El contraamaestre espabiló de repente. La mosca ahora sí parecía interesante.

—¿Mapa? ¿Qué mapa? —dijo con curiosidad.

—No tenemos tiempo para resúmenes idiotas. Sé un buen pirata y piérdet...

Si no fuera porque Isbel tenía una bondad infinita, que sin duda cruzaba nubes e islas flotantes hasta llegar a donde no había llegado nadie, el contraataca le habría cruzado la cara al bueno de Patrick. Por suerte, ella intervino al interrumpir a su compañero y explicar, con pelos y señales, toda la historia.

Así fue como el pirata descubrió la razón por la que Benjamín seguía junto a su capitana, entendiéndolo al instante por qué lo había incluido en la tripulación, y de paso, comprendiendo su extraña actuación al encerrar a Patrick, Isbel y al muchacho en el camarote tras adoptar un aire hermético y desconfiado hacia el resto de miembros del aerobarco.

—¿E-Entonces...? —El pirata se puso nervioso con solo pensar en la posibilidad de que la Vendedora de Deseos no fuera un cuento para viejas—. ¿No son chaladuras? ¿Existe?

—Sí. —Patrick fue tan rotundo que pareció que controlara la verdad absoluta del universo—. Delgaducho, ya te estás quitando la camisa.

—¿Por supuesto que no! Tenemos problemas más importantes. Necesitamos un transporte y hay que encontrar a Arlette. —Explicó lo que le relató el contraataca—. ¡Y me llamo Benjamín! Estaría genial que alguien lo usara, es mi maldito nombre.

—Hasta que amanezca no podremos hacer nada al respecto. Y sobre la pelirroja: sabe cuidarse solita.

—Me da igual, yo me voy a buscarla.

—¿De eso nada! Tú no te mueves de donde estás. ¿Vas a colaborar o tengo que pedirle a este señor que te convenza?

Era curioso como el pirata había pasado de estar a punto de partirle en dos a convertirse en su ayudante más fiel; incluso sonrió al oírlo. Lo más probable es que estuviera planteándose qué deseo pedir en vez de pensar en hacerle daño a Benjamín. No había que ser muy listo para imaginar que no dejaría pasar la oportunidad de acompañarles y hacerse con, probablemente, una recompensa suculenta; dinero, barcos, mujeres... puede que todo a la vez, quién sabe.

Finalmente las discusiones terminaron: Benjamín hizo de tripas corazón y se quitó la camisa, siendo más que suficiente como para que se vieran las runas tatuadas en su espalda; y hacer que Isbel desviara la mirada y el contraataca la clavara.

—*Tas* hecho un cromo, chaval —rió el gigantón.

Él no dijo nada, solamente se acercó a Patrick para que no tuviera que

levantarse y se volteó. Así al menos no tendría que mirar a nadie; para él aquel momento era demasiado humillante. Podía sentir la mofa y la repulsión flotando a su alrededor.

«No pienses» se repitió durante un rato.

Mientras el falso Alto volvía a bosquejar los símbolos en su cuaderno de notas, pues los avances anteriores aguardaban congelados entre los restos del Fiora, nadie habló. El pirata miraba cómo trabajaba, simulando entender los trazos; pero en realidad solo veía garabatos y heridas escalando la espalda huesuda del pobre joven.

«¿Cómo puede soportarlo?» se preguntó Isbel al descubrir la cara de Benjamín irradiando fortaleza. Saltaba a la vista que había sufrido mucho y aun así seguía de una pieza. ¿Cómo podía?

Fue entonces cuando recordó la extraña actitud de Patrick. Siempre le había parecido una persona insoportable, pero inmensamente fuerte. Ahora que sabía que en el fondo estaba hecho pedazos y que veía cosas que no existían, se preguntaba si Benjamín estaba tan roto como él.

—Parece... —murmuró Patrick, que seguía nadando entre quemaduras—. ¿Un rombo? —Giró el cuello para asegurarse de que el símbolo no se mezclaba con irregularidades de la piel dañada, hasta el punto que pareció que iba a dislocárselo—. ¿Lo es? —Tocó la espalda con cuidado, como si esta fuera a transmitirle la respuesta simplemente por hacerlo—. Sí, un rombo... Pero... —Se alejó y miró la quemadura al completo—. No geométrico, no. No puede serlo. El resto de runas no son... —Ojeó sus apuntes—. No siguen un patrón poligonal. Hay líneas sueltas, figuras sin cerrar... Por lo que... Runas que contengan rombos... —Al minuto de decirlo se le encendió la bombilla—. ¡Son runas nórdicas! —Y tradujo en voz alta a partir de sus notas desordenadas—. El rombo es... Ingwaz.

—¿Qué chismorreas? —Al contramaestre le sonó como si se hubiera inventado la palabra.

—He dicho Ingwaz. Es el nombre de esta runa, del nórdico antiguo. Su transliteración se asemeja a la letra «eng» del alfabeto fonético internacional. Que viene a ser una mezcla entre la N y la G de nuestro lenguaje.

—Lo que tú digas.

Patrick prosiguió como un rayo, trasladando los símbolos que identificaba en las quemaduras y agrupándolos ordenadamente al papel. Justo debajo fue indicando a qué letra del lenguaje actual pertenecía cada una. La tarea le llevó cerca de una hora.

Una vez consiguió identificarlas todas, respiró hondo, se tomó un tiempo para repasarlo mentalmente y, tras estar seguro de no haber cometido ningún error, leyó el texto adaptado a la lengua común:

—«Al rozar la flecha del arquero de cuatro pies, el carro mayor apareció. Y un destello, más vivaz que el resto, indicó el fin del camino».

—Muy bonito... ¿Qué mierda se supone que significa? —Al pirata empezaba a sonarle todo ese asunto a cuento de hadas.

—Es un acertijo. O una parte de alguna clase de relato, tal vez. Pero es extraño..., Estas runas provienen del nórdico antiguo, una cultura afianzada a la creencia de que otro mundo aguardaba más allá de la muerte, en donde vivirían eternamente junto a sus dioses. Es decir, el Valhalla.

—¿Y qué tiene eso de raro? Dieron en el clavo —opinó Benjamín a modo de curiosidad, sin moverse.

El contramaestre intervino rascándose la barba y adoptando un aire bromista:

—No sé vosotros, pero yo no veo dioses yendo a comprar el pan por ninguna parte.

Patrick ignoró a ambos:

—El problema es que no existe ningún «arquero de cuatro pies» dentro de la mitología nórdica, ni un... —releyó la traducción— carro mayor. Ni siquiera entiendo que... ¿Qué quiere decir mayor? ¿Se refiere a grande o a viejo? ¿Y hace referencia a un carro literal? ¿U otra clase de transporte? Odín, el rey de todos los dioses nórdicos entregó carros empujados por caballos para que sus hijos pudieran sobrevolar el cielo a conveniencia... ¿Se refiere a eso? ¿A una especie de nave, tal vez?

Benjamín resopló y ayudó al falso Alto:

—Sagitario.

—¿Eh? —parpadeó Patrick—. ¿Disculpa?

—No sé nada sobre ningún carro mayor ni esos nórdicos de los que balbuceas, pero el arquero de cuatro pies es Sagitario. Cualquiera de las Brisas te dirá lo mismo.

—El delgaducho tiene razón. Es cultura general, viejo —apuntó el contramaestre.

A Patrick casi le dio un ataque al corazón.

—¿Os referís al signo zodiacal?! —Con la mano hizo un gesto para que nadie hablara—. Sagitario. N-No puede ser... ¿Simbología griega oculta dentro de runas nórdicas?

Isbel se sorprendió al oírle hablar de ese modo tan técnico:

—¿Cómo es que pareces saber tanto de mitología? O solo intentas hacerte el entendido...

Él la respondió sin apartar de su vista el cuaderno; no dejaba de releer una y otra vez la enigmática frase:

—Fui profesor de historia antigua en la Universidad de Santiago de Compostela; ya sabes, en el Viejo Reino.

—Ni sé qué es Universidad de Santiago de *copistila* ni tampoco qué tiene que ver eso con el arquero ese.

—Compostela, niña, Compostela. —Tuvo la tentación de abandonarla con un palmo de narices y dejar que se ahogara en su infinita ignorancia. Estaba claro que por más que tuviera el don de la palabra seguía siendo una Baja. Pero su «deformación» profesional se lo hizo imposible, necesitaba explicárselo; enseñarla—. En la cultura griega, los signos zodiacales se representaban en el espacio celeste a partir de constelaciones, que no son otra cosa que estrellas agrupadas por líneas invisibles. —Sonrió—. Debería haberme dado cuenta... ¡Qué idiota! La dificultad del enigma rúnico reside en el hecho de que rebosan de él toda clase de retazos multiculturales heredados del Viejo Reino. ¡De hecho es lo más lógico! El Más Allá está lleno de almas renacidas provenientes de un mar de civilizaciones pasadas. Al fin y al cabo, no podemos olvidar lo que somos, ni lo que nos define, tan fácilmente. Tal vez nuestro pasado se desdibuje al llegar aquí, pero nuestra historia, nuestra educación, es una parte imborrable de nosotros. No podemos dejar de ser lo que somos aunque queramos. —Al verles tan perdidos quiso explicarse—. Es como... como con esa... —Chasqueó los dedos—. ¿Cómo se llama esa isla a la que la pirata pelirroja quería llevarnos? Nasáu, ¿no? —Apuntó al contramaestre; que ya empezaba a perderse.

—Nueva Nasáu —masticó.

—Pues bien. En el Viejo Reino, durante el auge colonial de las Américas, los piratas del Caribe se hicieron con varias islas que utilizaron como asentamiento y escondite. Nadie gobernaba dichas colonias, era un punto neutral al que acudir para resguardarse, aprovisionarse y vender en el mercado negro; y la más famosa de todas era... ¿Lo adivináis? La isla de Nasáu. —Señaló al pirata—. ¿Me equivoco al aventurarme a asegurar que Nueva Nasáu cumplía la misma función?

—P-Pues... N-No. —El contramaestre miró a Isbel blanco como el papel.

—¡Lo sabía! Algún pirata de la época colonial tomó la idea de su vida

pasada. —Él parecía muy feliz—. Todo el Más Allá rebosa historia, ¿veis? — Empezó a divagar—. ¡Como el faro por el que hemos accedido al subterráneo! —Su voz retumbaba por todas partes de lo extasiado que se sentía—. S-Su diseño es... es CALCADO a una de las siete maravillas del Viejo Reino: el Faro de Alejandría. Alguien que lo admiraba, o vivió en su época, probablemente, debió soñar con él y... «ZAS», apareció como todo lo que se sueña aquí. Puede que incluso haya romanos, o templarios, o... puede... puede que gente que viera la crucifixión de Jesucristo esté viviendo dentro de esta roca. ¡La de cosas que podríamos descubrir a partir de sus relatos!

Ante tal exposición, Isbel empezó a preocuparse realmente por Patrick: ahora se mostraba abiertamente como un loco. Sonreía, gritaba y hacía aspavientos diciendo cosas que solo él comprendía. Sin embargo, por el modo en el que se expresaba, parecía que había sido sincero respecto a su vida anterior:

—¿De verdad eres profesor de historia?! ¡¿Tú?!—retorcó la cara asqueada, aunque en el fondo no era algo que le costara creer, sí que se hizo la sorprendida para intentar que dejara de divagar y parecer un loco.

Patrick se desinfló de golpe, como si le hubieran sacado de un sueño maravilloso:

—No lo soy, lo fui. En mi otra vida —masculló. Por un momento se había sentido en una de sus clases.

—¡Pero si no tienes paciencia con la gente! Debías ser horrible. Seguro que tus alumnos te tenían tirria.

Patrick rugió, aunque sonó como el quejido de un anciano: molesto y cansado.

—Tengo perseverancia y disciplina. Dos cosas que intento aprovechar para terminar de descifrar este documento. Mucho más de lo que puede decirse de vosotros, que ni siquiera prestáis atención a lo realmente importante. Así que... —Su voz sonó relajada, pero el hecho de golpear su cuaderno de notas con su dedo índice una y otra, y otra, vez dejó bien claro que se estaba enfadando—. si no vais a prestar atención a mi exposición, haríais bien en cerrar el pico y dejarme discernir el significado de este misterio.

Isbel apretó los labios en señal de obediencia y se dirigió hacia una ventanita que recordaba a una rueda mientras el silencio los rodeaba.

Fuera de allí todo parecía pintado sin ninguna consonancia. La piedra gris formaba caminos rugosos cercando las cuevas, vestidas a su vez por primitivos pedazos de minerales coloreados aquí y allá. El verde jade

adornaba las alturas y las estalactitas saludaban a las calles, y a sus habitantes, con farolillos anclados en sus puntas a modo de lámparas colgantes; más por gusto que por necesidad, pues la iluminación allí era, incluso de noche, clara gracias a la hoguera que descendía del Faro de *Alejaría*, o como dijera Patrick que se llamaba esa cosa en realidad.

«Ojalá mi hogar sea así de bonito». Si no fuera porque sabía que a Patrick le hubiera molestado, Isabel habría suspirado entonces.

—¡Eso es! —tronó varios metros tras su espalda.

Benjamín respondió tan rápido como ella. Ciertamente, para no mediar palabra compartieron una sincronización sorprendente.

—¿Q-Qué?! ¿Q-qué pasa?! ¿Qué sucede? —El contramaestre se les unió en su compenetración al segundo.

Patrick se había levantado de su asiento y mantenía ambos brazos apuntando victoriosos al techo:

—¡Sé qué es el carro mayor! ¡Y no solo eso! —A un paso estuvo de caerse para atrás—. ¡Sé dónde está ELLA!

* * *

El hangar 32-B no era el más indicado para contener aeronaves monoplaza ni material delicado: las tuberías atornilladas a su techo y los vapores húmedos que se escurrían de las microfisuras mantenían el ambiente demasiado humedecido y predispuesto a goteras. Sin embargo, gracias a ello, siempre solía estar vacío, lo que lo hacía excelente para las horas de esgrima solitaria que el capitán Harold precisaba para desentumecerse tras tanto tiempo lejos de tierra.

En aquel momento se encontraba allí, manteniendo su cuerpo despierto a base de «guardias», «marchas» y vertiginosas «líneas». Por regla general practicaba con una réplica de punta redonda que simulaba el peso y tamaño de los estoques reglamentarios del ejército de la Armada, pero en aquella ocasión precisaba de un entrenamiento más intenso. No dejaba de pensar en lo que el Capitán General le había insinuado, y aunque estaba dispuesto a lo que fuera con tal de ajusticiar a la asesina de su mujer, no podía evitar darse cuenta de que su esposa no hubiera aprobado ninguna muerte colateral de estar viva. De ahí que llevara tres horas ininterrumpidas mejorando sus movimientos de esgrima con su estoque personalizado; único en su especie, mucho más ligero, con la guarnición protegiendo su mano en lazo y contando

con un filo más ancho de lo habitual para soportar acometidas de sable sin resquebrajarse.

Normalmente, utilizar un arma blanca ajena a las reglamentarias no hubiera dado buena impresión entre los suyos. Podía parecer que se consideraba superior. Pero su tripulación no pensaba así, al menos ya no. Le habían visto luchar, enfrentarse a piratas, abatir una ola de bandidos con ella sin arrugarse el uniforme y superar en maestría a excelentes espadachines de renombre. Si alguien merecía un arma hecha a medida era él. Y, en cualquier caso, rara vez se topaban cara a cara con el enemigo como para necesitarlas. Si los cañones de la fragata no destruían el armazón del aerobarco adversario, sus fusiles de éter hacían lo propio sobre la tripulación enemiga al conquistar la borda contraria.

Sin duda si el capitán Harold entrenaba con tanto ahínco, hasta el borde de la extenuación y haciendo que su porte perdiera durante un parpadeo su estilo marcial y regio, era por su secreto deseo de vérselas mano a mano con la Dama Sanguinaria. No había nada que quisiera más en el mundo que ensartarla con su fiel filo y ver como se desangraba. Además, así podría ahorrar muertes innecesarias por el fragor de la batalla; de la clase que fuera.

—Capitán. —Una mujer, con gafas metálicas tan relucientes como el estoque de su superior y provista del uniforme femenino reglamentario, que consistía en una falda azulada de media rodilla, una casaca a juego de botones plateados y una gorra de cuartel, se cuadró al acceder al área—. Hemos terminado de interrogar a la unidad superviviente que recogimos en la isla salvaje, mi capitán. —Llevaba su pelo rubio recortado por encima de los hombros, con leves ondulaciones, y un suave pintalabios de tono rosado.

Él no contestó, siguió con su ceremonia. No es que estuviera absorto, escuchaba cada palabra de su segundo oficial, simplemente podía proseguir el entrenamiento a su vez.

Ella, más que acostumbrada a su aire reservado e intransigente, reveló sus averiguaciones prestando especial atención a sus movimientos. No pretendía aprender a empuñar un estoque, y menos así, pero consideraba a su capitán el mejor superior de todos a los que había servido hasta ahora; y sabía que merecía la pena retener lo máximo posible de cuanto viera o aprendiera bajo sus órdenes.

—Desgraciadamente no pudimos salvarlos a todos. Al parecer un par de ellos murieron cuando fueron obligados a saltar del aerobarco pirata desde una rampa. El primero no sabía nadar y el otro se partió el cuello al chocar

con el agua del lago. El resto padece lesiones de distinta índole y leve hipotermia. Si no fuera porque consiguieron esconder un localizador en la bodega del transporte pirata, no los habríamos encontrado al perseguir la señal.

El capitán se detuvo entonces y aguardó. Como su subordinada no prosiguió, enfundó el arma en su delgada vaina con elegancia:

—Es de sobra conocido que esa bruja no tiene sentimientos. No habrá bajado hasta aquí, e interrumpido mi hora de recreo para repetirme algo que ya sabía. ¿Verdad, segundo oficial?

—¡N-No, mi capitán! ¡Por supuesto que no, mi capitán! —Abrió un informe que llevaba consigo y buscó entre las páginas hasta llegar a los datos que a él le interesaban—. La señal del localizador ha transmitido una ruta bastante detallada del aerobarco enemigo, pero la misma dejó de emitir hace cinco horas—. Señaló con la mano una zona de un mapa impreso en el informe—. Aquí. —El dibujo mostró un lugar totalmente vacío—. Huelga decir que la zona forma parte de las Brisas Lejanas, por lo que es un total misterio lo que puede, o no, haber allí.

—¿A cuánto está de nuestra posición? —Se ajustó las mangas del uniforme y ancló sus brazos tras la espalda.

—A doscientas millas de la posición actual. —Instantáneamente hizo una conversión en tiempo—. Tres horas a toda máquina, con suerte.

—A toda pues.

—¡Pero...! —Si hubiera podido habría borrado su reacción. Ya era tarde—. Capitán...

—¿Sí, segundo oficial Bartolomé? —El hecho de haber añadido su apellido a su título no auguraba nada bueno.

El rostro de su superior no describía molestia alguna, pero rara vez algo solía hacerlo. No debía confiarse.

—Le ruego que disculpe mi falta, capitán. No crea que pretendo contradecir su buen juicio. Solo deseo prevenirle. El destino al que nos dirigiríamos excede por mucho los límites de navegación permitidos. Desconocemos qué puede haber más allá. Si seguimos avanzando no dispondremos de apoyo alguno, ni comunicación.

—Dígame... —Empezó a caminar por el hangar haciendo que sus pasos parecieran los de un titán gracias al eco—. ¿Conoce el nombre de nuestra fragata, Bartolomé?

—Odiseo, mi capitán. —Se cuadró después.

—¿Sabe la razón?

—Es el nombre del héroe de un poema griego del Viejo Reino, capitán.

—No le he preguntado la procedencia, sino la razón de que nuestra aeronave tenga su enorme nombre escrito sobre el lateral del casco.

Ella tuvo que admitirlo:

—Lo desconozco.

—Se llama Odiseo porque a pesar de haber dejado atrás el Viejo Reino, y haber comenzado un nuevo imperio mucho más próspero que el anterior, nuestro Capitán General no olvida el pasado. Lo valora, lo tiene siempre presente. Odiseo no es un simple nombre, ni parte de un poema de épica griega. Es el recordatorio de que nuestra nación nunca olvida, incluso tras la muerte. —La cara se le enrojeció, rabiosa, a pesar de que no movió ni un solo musculo—. Esa pirata malnacida ha cometido demasiados ultrajes. Como buen servidor del reino, no pienso olvidarlo. —Se acercó a su segundo oficial—. Además, por si lo desconoce, en el poema griego, Odiseo volvió a la isla de Eolia buscando la ayuda del dios Eolo, al que había decepcionado previamente. ¿Sabe lo que ocurrió?

—N-No, capitán.

—Que perdió todo favor. No consentiré que seamos un reflejo de aquel hecho, con nuestro particular Odiseo como protagonista. Volver con las manos vacías ante el Capitán General Eolo I no es una opción. Por lo que, al igual que nosotros no olvidamos, tampoco abandonamos. ¿He sido lo suficientemente claro?

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—A toda pues.

* * *

—¡¿Y bien?!

—¡¿A dónde hay que ir?!

Se abalanzaron los tres hacia Patrick y por poco volcaron el sillón.

—¡Calma! —Agarró su querido cuaderno e indicó que antes habría que consultar un mapa astral. Habló sobre cómo en la antigüedad usaban las constelaciones para orientarse y cómo el acertijo utilizaba ese método para marcar la ruta hasta la Vendedora de Deseos. Explicó que todo estaba ahí, codificado y aunado en mitología griega, astrología y runología nórdica—. Cuando dice: «rozar la flecha del arquero de cuatro pies» se refiere a rodear

la constelación de Sagitario, literalmente. Hace referencia a la astronomía como método de navegación. Solo tenemos que ir hasta allí y después aterrizar en el susodicho «carro mayor».

—¿Y cómo espera el señor hacer eso? —respondió la voz experta del contraamaestre, ese era su campo—. He sobrevolado por todo el Imperio del Aire y que me arranquen la barba si alguna vez he visto u oído hablar algo sobre esas *consteloquesean*.

—El mundo se expande mucho más allá que vuestras tierras. Este lugar es la prueba de que aún se esconden toda clase de secretos. No sabemos lo que puede haber a dos millas, como tampoco a mil. Alguna de las constelaciones podría estar ante nuestras narices, flotando sobre una isla sin que nosotros lo supiéramos.

—No tan deprisa, cerebritito. Antes has dicho que una constelación es un revoltijo de estrellas, ¿No?

—Así es.

—¿Y con estrellas te refieres a los puntitos blancos que se ven a miles de leguas de distancia?

—Claro.

—Esos puntitos a los que si te acercas se convierten en islas flotantes porque su brillo suele venir de un faro...

—Ajá... —Patrick empezó a arrugar la frente. ¿Qué se suponía que quería decirle?

El pirata, con su escaso vocabulario intento explicarse:

—Islas flotantes... que flotan. —Bueno, he dicho que lo intentó... no que se le diera bien.

—¿Y qué pasa con eso?

—Pues precisamente eso: que flotan.

—¿Tengo que volver a preguntar qué tiene eso de especial?

—Mucho leer pero poco usar la cocorota. FLOTAN. —Hizo gestos con las manos—. YA SABES: SE MUEVEN. ¿Cómo esperas que formen tus figuritas si llevan años alejándose unas de otras? Ya no están en el mismo sitio.

—Oh —Lo que dijo el contraamaestre había tenido tanto sentido y era tan lógico que se sintió por un momento tan inteligente como una piedra.

—Tú lo has dicho. —Se cruzó de brazos y levantó la barbilla como si le hubieran nombrado genio supremo—. Oh.

—Bueno... Está claro que tenemos que usar un método que no nos deje vendidos al primer imprevisto, algo certero e incuestionable que pueda

solventar cualquier cambio que se haya sucedido tras el paso de una eternidad.
—Pensó un momento, pero enseguida regresó su seguridad junto a una sonrisa—. Y eso solo nos deja con dos posibilidades: valernos de mi diario de navegación, rezando para que nos encontremos con algún cuadrante que ya haya explorado con anterioridad y jugar a unir con líneas las islas hasta encontrar el grupo adecuado, que nos llevaría demasiado tiempo... O aprovechar cierto artefacto que posee nuestra princesa particular.

—¿C-cómo? —Isbel intervino atropellada—. ¿Y yo qué pinto en todo esto?

—¿Lo has olvidado? Te dije que de donde venimos se utiliza tu brújula para viajar gracias a su capacidad para representar visualmente todo lo que la rodea a varias millas a la redonda.

—¿Y?

—Y dale. Vaya grupo más puñetero me ha tocado... Qué podemos utilizar la brújula para observar el cielo y así encontrar las islas adecuadas. Solo tenemos que ampliar la distancia que la imagen holográfica ha mostrado hasta ahora un «poquito».

—¿Dé qué mierda habla este ahora?! —El pirata sentía como si le hubieran tirado dentro de un barril y este hubiera rodado ladera abajo—. Si no fuera porque sé que no puede, pensaría que está hablando en otro puto idioma.

Los detalles sobre la brújula de la muchacha habrían llegado si la puerta parlante no se hubiera abierto y golpeado el tope violentamente.

—¡Mil demonios te coman! —espetó la entrada mágica a viva voz tras recibir el porrazo.

Había entrado Rolo como una exhalación. Los pulmones le ardían y tuvo que parar un momento a recuperar el aliento, pues las palabras salían sin voz de su boca.

—¿Qué sucede, señor? —Isbel se acercó y le ayudó a tranquilizarse.

—¡V-Vuestra amiga!

El contramaestre y Benjamín se sobresaltaron:

—¿Arlette?!

El hombre asintió:

—Se ha vuelto... l-loca. Esa chica... ¡Me ha amenazado! ¡¿Se lo pueden creer?!

El enclenque Benjamín tomó el control de la conversación.

—¿Cómo? N-No entendemos nada. ¿Qué ha pasado?

—El otro superviviente... Vi cómo salía al exterior a toda prisa desde mi puesto en el faro. Ni siquiera me escuchó cuando le grité que era peligroso. Se

internó en la noche sin dudar. —Se tocó el pecho y estiró la espalda con cara quejosa—. Venía de camino para avisaros cuando me encontré con vuestra amiga, así que se lo conté. ¡Al hacerlo se puso como un basilisco! Sacó una pistola de su cinturón y me encañonó. —Señaló su cintura—. ¡Me robó mi farolillo y luego subió sin mediar palabra!

—¿Ella sola?!

—¡Le supliqué que lo reconsiderara! Pero sus oídos estaban tan sordos como los de vuestro otro compañero. —Tragó saliva—. Él seguramente esté ya muerto, no llevaba fuego alguno para protegerse. Pero la chica... Si no vuelve cuanto antes compartirá de un modo u otro su destino. La oscuridad es demasiado densa y... ni siquiera nuestro fuego puede mantener a raya los horrores que pasean a estas horas por el bosque.

En el ataúd

El bosque ya no era el mismo: el frío se había encargado de convertir los árboles en estatuas puntiagudas, y sus copas en bloques de hormigón desgastado. No es que Arlette pudiera verlos, pero sí que adivinaba ligeras formas descompuestas y picudas sobresaliendo de la oscuridad cada vez que el fuego mágico del candil los alcanzaba y derretía.

Caminó un poco, vigilando muy bien dónde pisaba, y se aseguró de que no se salía de la ruta conocida. Apenas recordaba realmente cual había sido el camino que recorrieron desde el lago semicongelado hasta la torre, por lo que un simple despiste podía llevarla en la dirección equivocada y terminar sucumbiendo a una muerte inevitable. Daba igual que el fuego alejara las sombras y el frío de ella, era consciente de que con el paso de las horas, la fuerza de la noche se acrecentaría tan rápido como su oscuridad y, una vez esta fuera tan densa como un muro, ni un milagro impediría que la cazara. Solo tenía que prestar atención a los alaridos desagradables que surgían en la distancia para comprenderlo; cada vez eran más cercanos y violentos.

Tal vez cualquier otra persona se hubiera pensado dos veces seguir, pero ella no. Estaba segura de que si permitía que el miedo la controlara un solo segundo sería su fin.

El viento debió intuir que no podría engañarla fácilmente, pues al minuto intentó asustarla lanzando sus garras etéreas, que se desintegraron nada más besar los bordes del calor, en un desesperado intento de agarrarla de los tobillos para arrastrarla a una muerte instantánea.

No funcionó. Sus pasos continuaron tan seguros como si la maldad que la perseguía no existiera. Las ramas retorcidas se movían y crujían al partir el hielo que las cubría, pero Arlette las ignoró. La corriente hablaba, intentaba golpearla, partirla en mil pedazos, pero no pestañeó. Su serenidad resultaba tan contundente que cualquiera que la hubiera visto caminar en medio de aquel paraje gélido y tenebroso, con tan solo una espada y un candil para protegerse, habría llegado a la conclusión de que estaba loca.

Sin embargo, por más que lo pareciera, no estaba allí afuera por gusto.

Ya casi había alcanzado el lago en el que descansaban los restos de su

querida *Fiora* y a donde estaba segura que se había dirigido Eric. Solo tenía que recordar el río de corriente invertida, las ramas partidas, las flores aplastadas y los paisajes que resultaban más acordes a lo que sus ojos habían grabado en su mente cuando Rolo los llevó hasta el refugio. Únicamente debía rehacer la ruta, nada más, y todo saldría bien. Aunque le costó más de lo esperado, pues a pesar de su templanza, sentía una inquietud arañándole el corazón e instándola a echar a correr. Si fue capaz de mantener el tipo y no dejar que las prisas la gobernaran, fue por lo que estaba en juego.

Antes de que todo se enredara y ella huyera apresuradamente del refugio sin explicación alguna, había estado lamentando su mala suerte mientras se ocultaba en el único lugar donde suponía que nadie iría a su encuentro: el altar de la diosa Cosmos. Creía, equivocadamente, que allí, con tan solo la compañía de la silenciosa estatua, podría pensar y llorar tranquila.

Sin embargo, Eric surgió al poco por la puerta que daba a la ciudad subterránea asegurando haber estado buscándola desbordado por la preocupación.

Arlette debía reconocerlo, al verlo dudó durante un segundo si tal vez estaba equivocada y realmente era él. Por supuesto, enseguida recordó la verdad, pues tenía la certeza consigo.

—¿Por qué huyes de mí? —preguntó él tras cerrar la puerta y quedarse junto a la misma con rostro abatido.

A Arlette parecía que se le iba a partir el corazón: la voz, sus gestos, su mirada... Todo era igual. Pero aun así ella no dejaba de repetirse una y otra vez que no era él, por lo que respiró hondo y luchó contra el dolor para no darle a la criatura el gusto de mostrarle su sufrimiento. Ya no contaba con el factor sorpresa.

—Vete.

—No hasta que me digas por qué. —El chico dio un paso justo antes de que la pirata le ordenara con un grito que no se le acercara más—. No lo entiendo... —Dejó escapar en cuanto vio a su amada levantarse y alejarse lo máximo posible de él.

—Claro que no lo entiendes —comenzó ella con un gesto de repulsa—. Seguro que esa es la idea. Que ni tú mismo sepas lo que realmente eres y hagas que dude para que caiga en tus redes y confíe en ti. Esta isla es experta en ese tipo de cosas. Sabe dar donde más duele, no lo dudo.

—¿Acaso te oyes? ¡Lo que dices es de locos! Mira, tus amigos me han explicado lo que creéis que soy, pero...

—No son mis amigos, y me da igual lo que pienses o las pruebas que creas tener a tu favor. Yo sé que no eres Eric. No puedes serlo, aunque yo misma lo deseara y lo creyera con toda mi alma.

—Arllette...

La espada de la Dama Sanguinaria siseó y los separó aún más.

—¡No pronuncies mi nombre! N-No con esa cara, ni esa voz... —La punta del arma pareció un dedo acusador—. ¡No tienes derecho!

—¡¿Ni siquiera me vas a dar el beneficio de la duda?! ¡¿Y qué hay de un poco de gratitud?! —El chico se encolerizó—. ¡Morí por ti! ¡Recibí un balazo! ¡Sabes lo que sufrí? ¡¿Lo mucho que me ardió el pecho?!

Esta vez, la pirata no gritó, ni siquiera se molestó. Soltó una mueca socarrona y ladeó la cabeza:

—¿Morir? Ni siquiera has vivido todavía. —Había encerrado sus sentimientos hacia él en un cajón y había tirado la llave—. Eres una imagen a la que le hacen decir cosas que no entiende, una marioneta recién sacada de la caja. Tal vez tu creador posea mil respuestas que podrían haberme hecho flaquear y convencerme. Pero su esfuerzo es inútil, no cuenta con que el verdadero Eric, incluso ahora, continúa a mi lado. Y por eso sé que tú jamás has sido, ni serás, él.

El «impostor» tembló y parpadeó como si la frase hubiera sonado dentro de un chirrido insoportable:

—¿Cómo? —Sintió un escalofrío—. ¿Qué quieres decir?

* * *

—Tienes que estar de broma. —Benjamín respondió a Rolo a viva voz. Allí afuera, en el bosque, con semejante ventisca, no se podía oír bien. Había que hablar muy alto para que las palabras no se despedazaran a medio camino.

—Ya me gustaría, muchacho. Pero esas sombras están ahí, aguardando para robarnos el alma. Que la Diosa me lleve ahora mismo si miento —insistió el explorador mientras dirigía la marcha enfocado en hallar cuanto antes al farolillo mágico y a su ladrona.

El contramaestre estiró su antorcha y se detuvo a otear el horizonte, había oído algo repugnante deslizándose cerca de ellos, dentro del manto negruzco:

—T-Tú *mimo* has visto puertas parlantes y crees en una mujer que concede deseos. —Llevaba un trabuco de cañón corto en la mano libre y no dejaba de apuntar a cualquier lado a cada rato—. ¿Por qué te cuesta tanto creer en

monstruos, delgaducho?

Benjamín lo alcanzó al poco, portaba otra antorcha, aunque necesitaba las dos manos para que esta no cayera torpemente sobre la nieve. Los tres las habían tomado prestadas del grupo que custodiaba la entrada al faro. El radio que cubría el brillo de estas lumbres no era tan extenso como el del candil que se había apropiado la pirata, pero sí el suficiente como para caminar sin preocuparse de que la punta de sus pies cayera en terreno gélido.

—He oído muchas historias y los Buscadores siempre... —El muchacho tragó oxígeno helado al intentar recuperar energías—. Siempre las han desmentido.

—¡Ja! ¡Díselo al bicho que corretea a nuestro alrededor desde que bajamos la cuesta del faro! ¿También van a venir tus Buscadores a *dedicirlo*? —Se rió intentando sonar tranquilo; no lo consiguió, le temblaba la mano que agarraba el arma—. El cielo es demasiado tocho. Cuando se resuelve un misterio aparecen dos más en otra parte. No todos pueden ser trolas. —Algo chasqueó repentinamente a su derecha, lo que le obligó a girarse con tanta celeridad que a punto estuvo de resbalar y darse de morros contra una piedra del suelo—. ¡Vientos infernales! —Se calmó al ver que no surgió nada de entre los troncos—. D-Da igual cuanto lo intenten tus «cuentamierdas» finolis, no se le puede dar explicación a todo. ¿Qué tendría sino de divertida la vida?

—Silencio. Ambos. —Rolo arrugó la frente y los avisó de que harían bien en mantenerse callados—. Están llamando la atención con tanto bramido. ¿Quieren tentar a que la Diosa cambié sus destinos y los corte de un plumazo? Debemos recorrer el paraje en completo silencio.

—El de los grititos de miedo es él... —murmuró el joven levantando la antorcha con esfuerzo y apoyándola en su hombro para repartir mejor el peso; los músculos de los brazos le ardían.

Prosiguieron la marcha como les fue posible: no había ningún rastro de huellas de la pirata por lo que tenían que valerse de la orientación del explorador para seguir el camino que consideraban más lógico dadas las circunstancias; que no era otro que los restos del *Fiora*.

Al superar un árbol seco y sin ramas, el pirata «valiente» empezó a divagar sobre las almas. Benjamín supuso que estaba tan hablador para acallar una realidad que ambos habían ignorado deliberadamente: estaban muertos de miedo. Si no fuera por el tema en cuestión, el chico hubiera agradecido la distracción...

El gigantón consideraba que todo lo extraño en el mundo, incluso la

Vendedora de Deseos, no eran personas, sino fantasmas que no habían conseguido renacer. Estaba seguro de que, con el paso de las décadas, la soledad y la tristeza los deformaban hasta hacerlos malignos.

Al chico no le hizo ni pizca de gracia, las supersticiones del pirata solo estaban consiguiendo ponerle más nervioso. Sin embargo, no quería parecer un cobarde ante ese gigante tembloroso y armado. Ya suficiente le había costado convencerle para que lo ayudara a encontrar a Arlette, poniendo en duda su valentía para persuadirlo, como para mostrar ahora falta de ella y así darle la oportunidad de dar media vuelta. Al menos con Rolo fue mucho más fácil: si Harvar se enteraba de que le habían robado el candil mágico le esperaba el destierro y el desprecio no solo de su gente, sino también de la diosa a la que seguía con extenuante devoción. Aunque, claro, no solo él acabaría durmiendo en el bosque si no ponía solución al problema; también ellos. A fin de cuentas, era su compañera quien había cometido el crimen.

De pronto algo rivalizó con el incesante murmullo. Era un rumor suave y uniforme que sonaba cerca, con débiles borboteos.

—El río —reveló Rolo; desde su posición podía verlo evaporando el hielo si se esforzaba.

—Entonces vamos bien... —Benjamín se guardó el suspiro para sus adentros.

—La capitana nos lleva una *jartá* de ventaja. Sea lo que sea que vaya a hacer, lo hará antes de que la pillemos.

El chico no dijo nada, solo se quedó pensando. El contramaestre no había querido entrar en detalles con anterioridad, sin embargo sí que había dejado caer alguna que otra insinuación sobre por qué debía estar volviendo a toda prisa al aerobarco.

—Me arrancarían la lengua si se lo contara a alguien —expuso las dos veces que Benjamín preguntó antes de salir al exterior.

El chico escuálido avanzó con mayor presteza, estaba muy preocupado por Arlette.

Fue entonces, al dejar atrás el río y escuchar como volvía a congelarse entre crujidos cristalizados, cuando oyeron el disparo.

* * *

En la casa de piedra no había nada interesante que hacer. Patrick repasaba el significado de las runas ya traducidas e Isabel se limitaba a matar los

minutos perdiéndose en los detalles de la brújula.

—Me pregunto cómo se habrá creado una maravilla así —reconoció en voz alta, dándola tantas vueltas que si hubiera estado viva la habría mareado.

—¿El qué? —El profesor de Compostela, que no *Copistila*, subió los ojos a pesar de que la cabeza continuó apuntando a los papeles e hizo un ruido que se asemejó al de un oso adormilado.

—He dicho que cómo se habrá montado la brújula.

—Ah...

Ella esperó a que arrancara con la batería de explicaciones aburridas y cargadas de datos innecesarios sobre su concepción.

Por raro que pareciera, no lo hizo, se quedó embobado con sus quehaceres y, por primera vez desde que le conocía, a ella no le agradó.

—¿Quieres dejar los garabatos y hacerme caso?!

—No soy tu niñera... —Esta vez sí que levantó la cara—. Y estoy muy ocupado con esto.

Isbel se derrumbó sobre el sillón que miraba directamente al sofá de Patrick y resopló:

—¿Cuántas veces piensas repasarlo? Empiezas a parecer un loco...

—Las que haga falta con tal de no equivocarnos de rumbo. Si te molesta, ¿por qué no te das una vuelta por la ciudad y curioseas un poco?

—Me da miedo.

—Dijo la que vivía en el barrio de Verne.

—Al menos nadie adoraba a una diosa de la muerte desnuda.

Resultó extraño que no le replicara más, se limitó a decirle que si le parecía bien podía ayudarle buscando con la brújula la dirección a la que aguardaba la constelación de Sagitario:

—Solo si le parece bien, Alteza. —Sonó rudo y cargado de mala leche; parecía que no había pasado por alto las equivocadas ideas que se habían hecho Rolo y el contramaestre de Isbel.

La chica demostró su inteligencia haciendo oídos sordos y posando la brújula sobre sus dos manos. Esta empezó a vibrar cada vez más y más hasta expulsar de entre sus rendijas la energía azulada. Esta, girando como un remolino, se elevó esparciendo color por la sala hasta que se unificó en el ya más que conocido globo terráqueo. Las estrellas y nubes del cielo se dibujaron rápidamente dentro de la representación holográfica y, una vez hecho, el «mapa» quedó terminado.

Después de comprobar que no había nada destacable rodeando la isla,

Patrick pidió a Isabel que alejara la imagen.

—Haz que la isla se vea aún más pequeña para que entre en el radio de la imagen más terreno.

Ella lo miró como si más que hablar hubiera graznado:

—¿Y cómo quieres que haga eso? ¿Me invento un hechizo y muevo la mano como si hiciera magia?

—La brújula es tuya. —Volvió a sus papeles—. Si te sirve hacer todo eso por mí bien, mientras funcione... Avísame si pasa algo. —Y se olvidó completamente de ella.

La pobre Baja no tenía la menor idea de qué hacer. ¿Ampliar la distancia? Sonaba muy fácil dicho por él, pero la verdad es que por más que intentaba que sucediera algo no sabía cómo hacer que el globo holográfico mostrara algo diferente. Empezó a mirar tan intensamente la ilusión azulada que los ojos le escocieron: las nubes se alejaban poco a poco recordando a pompas de jabón y la isla se mantenía en el núcleo, solitaria y apenas detallada por una maraña de bosques y montañas. No hubo nada más que destacar. Solo puntos brillantes en los bordes de la ilusión, estrellas claramente, y un infinito vacío que rivalizaba con el aburrimiento que la chica estaba sintiendo desde hacía ya una hora.

—Nada, por más que intento hacer entrar a las estrellas, no se mueven —informó frustrada—. No hay manera —refunfuñó—. Y encima me estoy quedando ciega, me escuecen los ojos.

El idiota de Patrick ni se molestó en mirarla, solo soltó un desvalido «ajá» mientras proseguía con su repaso.

Isbel bajó las extremidades como si hubieran perdido fuerza y murmuró algo a lo que le acompañó un mohín bastante desagradable.

—¿Y sí no vuelven? —soltó así, de repente.

Él apenas levantó una ceja:

—Los acompaña un explorador. —Parecía que la prestaba más atención de la que parecía—. Ya viste lo bien que se desenvuelve en el terreno. Y si les pasa algo se lo habrán buscado ellos. Mira que salir a salvar a la pelirroja. No es más que una lunática que busca que la maten.

—Pues a mí me parecen muy valientes...

—A mí muy estúpidos.

El silencio se hizo de nuevo. Costaba que Patrick se detuviera aunque fuera un momento a mantener una conversación con el resto del universo. Para él esos papeles eran lo único que importaba.

—Háblame de mi casa —Isbel volvió a intentarlo poco después.

Resopló con tanto hastío que más que un quejido recordó a un grito de auxilio.

—¡Venga, no seas así! Cuéntame algo de ella. Dices que los medallones estos... —Pensó el nombre real—. Las brújulas, proceden de donde tú eres... —Y le recordó cómo la había convencido para iniciar ese loco viaje en el que estaban embarcados—. Ya sabes. Las brújulas solo las pueden usar sus dueños legítimos y vienen de tu hogar, por lo que también es mi casa.

—Y-Ya, ya. —Se rascó la cabeza manteniendo un fajo de papeles arrugados en la otra mano—. Eh... bueno. Es un lugar flotante... Y... —Le costaba tanto arañar palabras a sus pensamientos que pareció que le iba a dar un patatús—. Hay mucha gente que... Um, vive allí y...

—Eres terrible contando historias, ¿lo sabías? Me sorprende que sepas mentir tan bien.

—No haberme preguntado. —Aplastó las manos contra los apuntes.

Iba a seguir con lo suyo, pero Isbel volvió a las andadas.

—¿Cómo era ella?

—¿Ella?

—Sí... —Se acababa de darse cuenta que tal vez estaba entrando en terreno pantanoso. Si hubiera podido cambiar sus palabras lo habría hecho—. Tu... mujer. —Ya no podía.

El rostro de Patrick palideció un poco, y la expresión de su cara se entristeció.

—Oh... Bríd...

—¿Así se llamaba?

—Sí.

—Es muy bonito.

—A ella no le gustaba. —Estaba ocurriendo algo inaudito en aquel salón de roca: Patrick se estaba abriendo al mundo—. En su tierra natal, Escocia, es un nombre bastante común; por ser de una santa celta y todo eso.

—¿Qué es Escocia? ¿Allí está *Compost...*? —Ni se molestó en intentar acabar de adivinar el nombre.

—No. Escocia era un... Es un país a miles de kilómetros de... —Lo siguiente lo dijo lentamente—. Compostela. —Y volvió a la velocidad habitual—. España es el país donde está Compostela, en la región gallega. Fue por estudios.

Mientras continuaba hablando de su esposa, más luz azulada fue

arrastrándose por su cara, como también por el asiento, las paredes y el resto del mobiliario. Isabel estaba tan atenta que mantuvo la brújula atrapada entre sus manos, ignorando cualquier cambio de lo interesada que estaba.

La dificultad para expresarse que había caracterizado a Patrick minutos antes se había evaporado. Le costaba hablar de su hogar, pero de su mujer era distinto. Incluso a veces sonreía, aunque solía durar poco tiempo.

Bríd y él se habían conocido en un viejo bar de la ciudad, mientras puntuaba unos exámenes; y seguramente poniendo muchos suspensos. Ella iba en calidad de turista, por lo visto estaba estudiando su procedencia a través de su árbol genealógico, pues quería ampliarlo para conocer más del legado familiar; y esa investigación la había llevado hasta un antepasado que se afincó siglos atrás en Compostela.

Isabel no entendió la parte en la que Patrick le habló de las líneas de sangre, lo que sí que comprendió fue la parte de los coqueteos tontos que vinieron antes de que el amor aflorara y Bríd decidiera quedarse junto a él para siempre. Con solo verle hablar de ella uno suponía que debió ser realmente encantadora.

Pero el relato dejó la parte dulce y se acercó peligrosamente a un punto deprimente que Patrick no permitió que saliera a la luz, por lo que, simplemente, cambió de tema.

—O-Oye... ¿Si tanto te preocupan por qué no intentas ver cómo les va a tus valientes con la brújula?

—¿Perdón? —La chica parpadeó confundida—. ¿Cómo esperas que distinga algo en una imagen tan diminuta?

—Tal vez puedas verles avanzar entre los árboles, o incluso encontrar a la pelirroja. Como haciendo un *zoom* o algo.

Ella siguió con la cara desconfiada:

—¿No soy capaz de alejar la imagen y ahora me pides que la acerque?

—Tal vez solo necesitas un incentivo. Venga... He saciado tu curiosidad, haz el favor de contentarme, ¿quieres?

La chica suspiró y se fijó en la visión flotante. Luego entrecerró los ojos buscando algún pequeño detalle, pero ni las ramas, ni mucho menos las figuras, fueron visibles: la isla estaba tan empequeñecida que ni la grandiosa torre era visible.

—Es demasiado pequeño, no voy a poder.

Patrick le aclaró que lo había visto hacer antes. Simplemente era difícil de conseguir, exigía concentración y un conocimiento amplió del aparato: dos

cosas de las que la chica no disponía.

—Ni siquiera sé por dónde empezar, no entiendo cómo va este *cacharr*...

Él la interrumpió:

—Con «peros» no conseguirás nada. Concéntrate. No sé... Piensa en lo que quieres que suceda, a ver qué pasa. Cierra los ojos si eso te ayuda. Olvida que es imposible. No te preguntes cómo aumentar la imagen, solamente hazlo.

Ella aceptó el consejo, y lo siguió a rajatabla a pesar de que lo consideraba una pérdida de tiempo y una soberana estupidez. Mientras se trasladaba a la oscuridad, con tan solo su propia respiración como punto de realidad, se sintió como si fuera una extraña aprendiz que intentara realizar un truco milenario. Tuvo que quitarse la idea de la cabeza para no echarse a reír irremediabilmente y que Patrick terminara dándole un capón.

Tardó un poco, pero comenzó a imaginarse a ella misma estirando con sus manos la isla, agrandando con sus dedos los árboles, la tierra, el horizonte. Lo hizo mientras el cosquilleo de la brújula sobre sus manos iba subiendo de intensidad.

Y entonces:

—¡Joder! ¡Lo has conseguido! —el profesor gritó de pronto.

Isbel abrió los ojos en un sobresalto y tuvo el tiempo suficiente para descubrir la isla en una escala mucho mayor; solo que apenas duró un parpadeo. En cuanto abrió los ojos el dibujo flotante se alejó rápidamente hasta volver a su estatura habitual.

—¡No esperaba que fuera tan fácil! ¡Vuelve a intentarlo!

—¡Si no gritaras tanto tal vez podría! ¡¿Es que no ves que me has descentrado?!

Pero dio igual. Enseguida clavó su atención en algo que acababa de aparecer en la imagen por sorpresa, flotando a varios metros de la isla.

—P-Patrick... —La chica estiró la mano y señaló con su dedo índice al cielo del globo imaginario— ¿Qué narices es *eso*?

Cuando el profesor también lo vio el resto dejó de importar.

* * *

Para Arlette la explanada surgió de repente, como si una cortina de vegetación la hubiera estado escondiendo hasta entonces. Vestía recuerdos amargos, pues los restos del *Fiora* estaban desperdigados al fondo, con su estructura principal cubierta por una película de hielo y estalactitas, además

de un compendio de cadáveres congelados a lo lejos. La insólita presencia de Eric junto a la orilla, arrodillado ante una especie de arca rectangular, era el punto y final a tan macabra escena.

El contenedor, que debía haber sido arrastrado hasta allí a razón de las marcas aun presentes en el suelo, era tan largo y ancho como una persona. Sus lados estaban forrados de metal y ataviados con toda clase de mecanismos complejos que, unido a que la tecnología de éter fluía sin equívoco posible por sus conductos brillantes, con su característico color verdoso contrastando con la oscuridad, hacían aquel objeto sumamente misterioso y valioso.

La pirata olvidó finalmente el cuidado y la serenidad que había caracterizado su viaje hasta allí y se lanzó a la carrera con el farolillo como fiel protector. El hielo del césped fue revelando de nuevo las flores de colores, y cuando estas quedaron atrás, la orilla se mostró.

—E-Eri... —Se contuvo, había estado a punto de llamarle Eric.

Su voz actuó como un resorte: la cabeza del chico de identidad incierta se elevó sin que sus manos dejaran de acariciar la tapa superior del baúl metálico.

—Estás aquí —soltó sereno—. Mejor, así te convencerás. —Volvió a fijar sus ojos en el contenedor.

—¡A-Aléjate de él! —Le temblaban los labios. Y no por el frío precisamente.

El chico la ignoró y agarró el trozo sesgado y astillado de una traviesa de madera que había encontrado cerca.

—¡Quieto! —La pirata sacó su pistola de éter—. ¡¡Suelta eso!!

—Tienes miedo... —El chico sonrió melancólico—. Tranquila, solo voy a demostrarte que no estoy ahí dentro. Así verás que soy realmente yo. —Elevó el madero por encima suyo y se preparó para arremeter con él.

Arlette apretó los dientes y cerró un momento los ojos. Todo era culpa suya. Si no le hubiera revelado la verdad él no estaría ahora allí. Debería haber mantenido en secreto el ataúd. Debería haber seguido escondiendo que cuando Eric falleció no tuvo el valor necesario para tirarlo por la borda. Si, cegada por la rabia, no le hubiera explicado que a los pocos días su aerobarco se topó con un transporte mercante y que al abordarlo sus hombres encontraron toda clase de tecnología de éter, entre ella un ataúd capaz de mantener congelado cualquier cuerpo que se confinara en su interior, puede que ahora la aparición no pretendiera destruir a toda costa la única prueba capaz de desmontar su falsa identidad.

Pero, ¿y sí la Dama Sanguinaria se equivocaba y era él de verdad? ¿Qué pasaba si al llegar a la isla el cuerpo había desaparecido del ataúd y renacido en su lugar junto a la ciudad subterránea? Tal vez la oscuridad había querido desde el principio que dudara del muchacho, que creyera que se trataba de una ilusión para que lo matara con sus propias manos. No podía haber nada más retorcido que concederle su deseo y que ella misma lo hiciera añicos cegada por la desconfianza.

«No puede ser». Se llevó la contraria nada más abrir los ojos y darse cuenta de que había pasado algo fundamental por alto: el contenedor estaba helado. La parte superior, de cristal, y por tanto la que Eric se disponía a reventar, estaba obstruida por una capa de hielo que impedía revelar su contenido. La oscuridad seguía gobernando el ataúd y las cercanías. La llama mágica no lo había alcanzado todavía, ni a él ni a... Eric.

¿Entonces cómo es que el chico no estaba congelado? ¿Por qué los peligros de la isla le ignoraban mientras daban cuenta de los demás?

Para Arlette solo hubo una respuesta posible.

«Son lo mismo». Y disparó.

La presión del gatillo liberó una explosión que ensordeció la explanada al mismo tiempo que un rayo de éter atravesaba el pecho de Eric.

—¿C-Cómo...? —Murmuró sorprendido—. ¿Cómo has podido? —La traviesa resbaló de sus dedos—. Me has disp...

No pudo terminar, la pirata empezó a caminar hacia él disparando una y otra, y otra vez hasta que el seguro automático del arma impidió que siguiera haciéndolo por culpa del recalentamiento.

Si el hecho de que la oscuridad no le afectara no era prueba suficiente de su verdadero origen, lo fue el que aun, tras recibir tantos disparos, el éter no lo hubiera desintegrado.

—Arlette... —El torso le empezó a sangrar exactamente igual que cuando el contramaestre Johan asesinó al verdadero—. Eres... Eres una asesina... —Lo que fuera que le hubiera dado la vida se estaba asegurando de hacer sentir a Arlette culpable, reproduciendo fielmente los últimos momentos del chico, pero convirtiendo sus palabras en puro veneno—. Todo lo que me pasó es culpa tuya. Tú me robaste mi futuro... —La sangre tocó la nieve y empezó a teñirla de muerte—. No eres la que eras... Has... Has cambiado. Jamás podría querer a alguien así. Jamás hubiera querido a alguien como tú.

—Cállate ya. —La chica llegó a su posición con el calor como tarjeta de presentación—. Desaparece de una vez. —Plantó el candil junto al féretro y

levantó su espada dispuesta a cortarle la cabeza—. No puedes engañarme. — Y miró hacia el cristal del ataúd, que viéndose liberado de la capa de hielo reveló al verdadero Eric dentro—. Como ya dije: él siempre ha estado conmigo.

* * *

Los hombres de Harvar cruzaron la sala de su diosa al trote y con una sola idea en la cabeza. Mientras, su jefe tuvo que retrasarse y soportar a la insistente Isbel.

—Ya le he dado una respuesta, señorita. —El anciano era torpe a la hora de caminar, sin embargo, por más tropezones que se diera, nunca llegaba a caerse.

—¡Pero...!

—¡Pero nada! Si su amiga ha robado la llama mágica por una buena o mala razón me trae sin cuidado. El caso es que lo ha hecho, y punto. —Miró a la Diosa Cosmos y se santiguó—: Ella se encargará de juzgar sus actos.

—¿Y qué hay de Rolo?! ¡No puedo creer que vaya a abandonarlo así sin más...! —Buscó la manera de ablandar su corazón de piedra—. Con lo cercanos que parecían...

—Rolo es un buen hombre, pero eso no me hará olvidar su falta. Nuestra amada Diosa lo ha castigado, esta es la señal más clara de que su destino es perecer en la oscuridad. ¿Por qué cree que se ha estrellado usted en este lugar, jovencita? ¿Por casualidad? No. Nuestra amada Diosa lo ha querido así: ha tejido el destino de tal modo que usted sobreviviera al accidente para que pudiera indicarle a sus fieles que una nave pasaría cerca de la isla. Ella, a través de usted, nos liberará recompensando nuestra fe y encomendándonos la importante tarea de repartir su palabra por el mundo. ¡Y veo perfectamente como duda de mi fe! No crea que no me doy cuenta, pero no hay más certeza que el destino. Si para cuando llegue el misterioso transporte, Rolo y el resto de sus amigos no han regresado, significará que no son dignos de ser salvados.

—¡Al menos envíe un par de hombres a buscarlos! ¡Deles una oportunidad!

—Ni yo ni los míos iremos jamás en contra de la voluntad de nuestra diosa. Si tantas ganas tiene de ayudarles... ¿Por qué no los busca usted misma?

Dejó con un palmo de narices a la joven en cuanto prosiguió la marcha para ayudar a sus hombres a avivar la hoguera del faro de Alejandría y, así, facilitar a quien quiera que sobrevalorara las inmediaciones su localización.

Incluso habían tomado la mayoría de las luces de la ciudad subterráneas, exceptuando las indispensables, para otorgar al fuego un tamaño jamás visto con anterioridad.

Isbel apoyó su espalda en la pared y se deslizó lentamente hacia el suelo hasta quedar sentada y abatida. No podía comprender la actitud de aquellas personas. Si hubiera sabido que reaccionarían así ante la imagen de una aeronave acercándose le habría pedido a Patrick que lo mantuviera en secreto una hora más.

—Muy bien... —Agarró la brújula enfurruñada—. Los buscaré.

Y eso mismo hizo.

El artefacto se puso en funcionamiento y ella cerró los ojos zambulléndose de nuevo en la oscuridad. Recordó los consejos de Patrick, se centró en el latir de su corazón y aguardó que el cosquilleo de sus dedos se volviera cada vez más fuerte. Mientras lo hacía algo comenzó a cambiar. No tenía los párpados abiertos, pero sentía que la imagen se enredaba delante suya. No la veía, pero sí la percibía. Sintió los troncos estirándose y acercándose, el río gélido en una esquina, la nieve cayendo sobre montañas blancas y las hojas congeladas imitando espinas. Por un instante Isbel creyó salir del cuarto y estar volando por todo ese lugar lleno de peligros a una velocidad endiablada, tanto que incluso podía atravesar los obstáculos sin que estos la dañaran.

De pronto, una imagen saltó sobre ella igual que lo haría una idea: el lago gélido apareció brillante, con los colores reflectados en su superficie translúcida... y allí, en medio, una mujer con el cabello más rojo que jamás había visto.

—Te encontré.

* * *

Al llegar al claro, lo único que quedaba del disparo era su autora. La Dama Sanguinaria aguardaba cercada por la oscuridad y alumbrada únicamente por el querido candil de Rolo.

Benjamín fue el primero en llegar hasta ella. Había estado corriendo, sus pulmones no podían más, por lo que la voz brotó derrotada y llena de molestas pausas:

—¿Es-Estás... bien?!

Ella apenas se molestó en dedicarle una mirada por el rabillo del ojo. Estaba ocupada custodiando el ataúd, segura de que la maldad volvería a

intentar engañarla para así arrebatarle su contenido. El plan de la pirata era sencillo: aguardaría junto a Eric hasta el amanecer.

—¿Ni siquiera vas a dedicarle dos segundos al tirillas? No sé qué le das pero estaba *mu preocupao* por ti. —El contramaestre se sacó de la ecuación con maestría, aunque hubiera estado compartiendo temores con el chico minutos antes.

—Nunca pedí que lo hiciera. —Y miró tanto al pirata como a Rolo—. Ni que vinierais a por mí. —Sus cabellos rojos se deslizaron por delante de la frente, destacando lo agotada que de verdad estaba.

Benjamín no fue capaz de imaginarse lo que había pasado, pero poco importó cuando vislumbró el rostro de Eric dentro del ostentoso ataúd.

—¿L-Lo has matado...?! —Pegó un bote y se echó varios pasos atrás con la antorcha como única compañera.

—No digas tontunas, delgaducho. ¿Qué te crees? ¿Qué lo ha *matao* y luego le ha construido un bonito ataúd mientras llegábamos? —Parecía que el contramaestre había adoptado la costumbre de Arlette de llamarle así. Se cruzó de brazos y conversó con la Dama Sanguinaria como si estuvieran ante una chimenea, comida abundante y unas paredes robustas—. Así que al final entraste en razón y te cargaste a la cosa... Por un momento creí que te había *engañao*.

Ella no respondió, fue Benjamín quién tomó el testigo y buscó palabras donde no hacían falta.

—¿De qué narices estáis hablando? No estoy entendiendo nada.

Rolo buscó atención recordando que debían volver. Sus palabras tuvieron la misma repercusión que si no hubiera dicho nada.

—¿Eres tan lento, mequetrefe? —Nuevo apelativo por parte de la montaña.

El chico se paró a pensar dos segundos, olvidándose incluso del tenebroso ambiente que los observaba, y buscó las piezas que daban sentido a lo que tenía delante. Le costó un poco, pero tras ver el comportamiento de su compañero, de la propia Arlette y el modo en que ambos actuaban ante lo que llamaban «cosa», llegó hasta la verdad.

—¡¡¿Desde el principio lo has llevado contigo?!!

—¿Te parece mal? —Lo fulminó con la mirada, que ardía furiosa; no realmente contra él sino hacia el mal que intentaba dañarla con tanto ahínco; y que probablemente ya estaba preparando una nueva trampa contra ella.

—N-No es... No. Pero... —Tragó saliva—. ¿No te parece excesivo y...? ¿Inquietante? ¿Para qué quieres llevarlo contigo de allá para acá? —Intentó

parecer tranquilo, pero no podía estar más en desacuerdo. Le horrorizaba. El modo de proceder de la pirata le resultaba enfermizo, y eso le confundía.

—¿Sabes acaso si la Vendedora de Deseos necesita el cuerpo para poder revivirlo? ¿Y si al devolver la vida lo hace llevando su alma de regreso a sus restos? ¿Qué haría entonces? No. No pienso arriesgarme. No estoy destrozando mi vida y la de todo el que se interpone en mi camino para que, llegado el momento, no sirva de nada por culpa de un estúpido tecnicismo. Me niego.

Él no dijo nada más, aunque las palabras intentaban escapársele de la boca y gritar lo que pensaba.

—Se lo ruego, señorita, por piedad; no deseamos contradecirla. —Rolo ya no sabía qué hacer para coger su candil y volver de una vez al refugio—. Solo acompáñenos, el exterior es peligroso. No despreciemos el regalo de la Diosa Cosmos y regresemos por el camino que nos ha marcado a casa antes de que cambie de parecer y decida convertir nuestra travesía en una tragedia. —Rolo temblaba, incluso aunque la temperatura brindada por el fuego lo convirtiera en algo antinatural. Pero es que si lo hacía no era por frío, sino por la tensión que lo consumía desde el instante en que le despojaron de su candil. Realmente le aterraba todo lo concerniente a la oscuridad y al papel de su amada diosa; era irónico, pues amaba a una deidad a la que temía profundamente—. Vamos. Entrégueme mi candil y volvamos sin demora antes de que amanezca —pidió con su ya acostumbrada educación.

Sin embargo, antes de que Arlette pudiera siquiera replicarle, Rolo se esfumó para siempre. Lo hizo igual que un castillo de arena al enfrentarse a la marea; deshaciéndose como nieve y esparciéndose por las inmediaciones en completo silencio.

Tal vez por eso mismo Benjamín fue incapaz de reaccionar cuando las antorchas y la llama mágica imitaron al pobre explorador. Como lo hicieron el frío, la nieve que lo cubría todo, el viento susurrante y los sonidos lejanos que reían en la oscuridad. Todos se marcharon de allí como si jamás hubieran estado.

De repente la isla empezó a contar con luz natural, vistiéndose de colores vivos, con pedazos del *Fiora* flotando en un lago descongelado y una temperatura primaveral bajo el inicio de la mañana.

—¡Por las tetas de mi prima! —El pirata oteó nerviosamente en todas direcciones y no comprendió nada.

Y como si fuera la más perfecta presentación a lo que venía después, las

nubes del firmamento se removieron levantando una nueva brisa, mucho menos temible y sin mensajes entre sus bamboleos.

El chico miró al cielo, el contraestre también. Incluso la pirata, absorta hasta entonces en sí misma, salió de su cárcel mental y clavó las pupilas en las lejanas nubes.

Enseguida los colores de estas se retorcieron y por ellas cruzó una inesperada aeronave de tamaño discreto, aunque con unos motivos inconfundibles adornando su fuselaje.

—¡La Armada!

El pirata supuso que no hacía falta decir nada más. Solo correr y esconderse cuanto antes. No podía imaginarse qué le había pasado a Rolo ni por qué, pero eso ya no importaba: los habían encontrado, y eso era lo primordial ahora.

Arlette debería haberse lanzado a la carrera también, sin embargo se quedó junto al cofre sin la menor intención de abandonarlo. Estaba segura de que si se alejaba de él, la oscuridad aprovecharía la oportunidad y terminaría el trabajo; puede que incluso lo que estaba pasando fuera uno de sus engaños. ¿Quién le aseguraba que la desintegración de Rolo, la aeronave y la transformación de la isla no eran parte de otra ilusión? Prefería morir antes que volver a alejarse de Eric.

—¡Arlette! —Benjamín gritó completamente pálido al adivinar sus locas intenciones.

Por más que insistió, ella no se movió.

El contraestre ya había adelantado al chico y empezó a ocultarse entre los árboles.

—¡Vamos! —El delgaducho corrió hacia ella—. ¡¿Qué narices haces?!

La aeronave llegó hasta el claro y descendió verticalmente ayudándose de unos motores omnidireccionales que posaron el transporte a pocos metros de la pirata; alumbrándola con una brillante luz cegadora y amenazándola con una *rail-gun* que colgaba de la parte inferior de la cabina.

—¡Manos arriba! —Se escuchó de un portentoso altavoz.

Ella ni se inmutó, o eso pareció; a pesar de mantener el rostro clavado en Eric, una de sus manos se deslizó con disimulo hacia el fusil de éter, rozándolo con cuidado para lanzarse en cualquier momento a tiro limpio contra la aeronave.

—¡Estás loca! —Benjamín se abalanzó encima de ella y alejó el arma, consciente de que la Armada hubiera reaccionado a cualquier hostilidad repartiendo muerte.

Forcejearon durante unos segundos bajo el foco de luz y sobre las flores. Al principio rodaron un poco, pero una vez Arlette fue plenamente consciente de lo que Benjamín había hecho, lo golpeó con la cabeza en la barbilla y lo venció en un santiamén.

Eso sí, de poco sirvió cuando descubrió que algunos de los soldados de la Armada ya habían salido de la aeronave y que sus rifles los apuntaban con descorazonadora precisión.

—¡Quietos! —Sus armas de fuego zumbaron, y de la punta de sus cañones se percibió el brillo del éter deseando salir a matar.

—Mira que eres imbécil —le dijo entonces la pirata al chico a la vez que levantaba las manos en señal de rendición.

Uno de los marines, el que se encontraba más atrás de todos ellos y que apenas mantenía el arma mirando a la pirata y al pobre Benjamín, empezó a dar órdenes. Enseguida dos de los suyos salieron corriendo tras el contramaestre y desaparecieron entre la vegetación, ahora mucho más dócil y verde.

Un trato es un trato

El capitán Harold resopló mientras se recolocaba en su asiento hecho un manojo de nervios. Por primera vez, su camarote le resultaba tan asfixiante que incluso empezaban a temblarle las piernas.

Había conseguido capturar a la Dama Sanguinaria con vida, pero a pesar de ello no se sentía mejor. Aguardaba una felicitación del Capitán General y que una ejecución pública acabara con el dolor que la pirata le había causado de una vez por todas... Sin embargo, lo que realmente quería era matarla personalmente; y ese era un pensamiento peligroso e inapropiado en él. No resultaba honorable, y le asqueaba reconocer que cada vez le importaba menos que así fuera.

Uno de sus hombres llamó de repente a la puerta redonda y reforzada produciendo un eco metálico. La sangre se le heló al escuchar cómo le solicitaba el paso desde el otro lado. Dio su consentimiento sabiendo que junto al soldado aparecería la odiada pirata.

Inesperadamente, el monstruo que surgió a través del hueco no pareció tan temible como había esperado. Sí, podía ver en sus ojos odio y maldad, incluso arrastraba un aura oscura, pero su belleza juvenil aplastaba todo lo que había supuesto de ella. En cierto modo fue decepcionante.

Se fijó en los grilletes que rodeaban sus muñecas y luego dio orden de que su hombre la posicionara en el centro de la estancia.

Durante el proceso ella no abrió la boca. Estaba absorta en la decoración del lugar, sin apenas medallas, ni trofeos de índole alguna. Solo las tuberías que recorrían toda la nave surgiendo de entre las paredes de metal e incontables remaches y tornillos allí y allá. El transporte era una amalgama de túneles de acero y ojos de buey que apenas medían el diámetro de una cabeza humana. Para Arlette resultaba claustrofóbico; ni siquiera los muebles podían moverse, estaban fuertemente atornillados al suelo.

—Por fin nos conocemos —dijo él notando que el pecho le iba a explotar.

El soldado se alejó hasta quedar cerca de la salida mientras la respuesta de la pirata se hacía de rogar.

Harold llegó a pensar que era muda, o que simplemente estaba demasiado asustada como para responder, sin embargo, cuando fue a repetir su saludo,

ella lo sorprendió con una amenaza inesperada.

—Si me soltáis ahora no os mataré. —Sacudió la cabeza quedándole los cabellos por delante del rostro—. Tampoco derribaré este trasto horroroso, ni me encargaré de descubrir dónde viven los familiares de la tripulación. No les visitaré una vez escape y, por tanto, esquivarán una muerte horrible. —Sonrió levemente—. Si me soltáis y me devolvéis mi cofre, claro.

Si no fuera por quién era ella y lo que representaba para el capitán Harold, este se habría echado a reír al momento. Pero no podía, de hecho tuvo que levantarse de su silla para aplacar la tentación de agarrar el estilete que siempre guardaba en un cajón, y así no hundírsele en la garganta.

—V-Vaya entrada... —respondió expulsando su rabia disimuladamente—. Digna de su leyenda, no hay duda. —Adoptó un porte regio y se mostró altivo, con las manos entrelazadas tras la espalda.

—No bromeo.

—¿Sabe? —La ignoró y empezó a hablarle dando vueltas a su alrededor—. He oído muchas historias para no dormir sobre usted. Algunas claramente exageradas, estoy seguro. —Esperó a que ella lo siguiera con la mirada, pero no lo hizo. Estaba empezando a buscar alguna vía de escape. A él no le importó, aquel lugar era inexpugnable; un laberinto de hierro volador—. Pero ninguna tan absurda como coleccionar cuerpos congelados. La realidad suele superar a la ficción, como se suele decir.

Arlette no dijo nada. Siguió buscando una abertura, un objeto que pudiera usar como arma en algún lugar del camarote, un instante en el que el soldado que la vigilaba con fusil en mano se relajara... Algo.

—No se moleste, no va a ir a ninguna parte. El Capitán General desea conocerla. Su destino quedó sellado cuando su padre se atrevió a enfrentarse a nuestro querido líder.

—Si tan claro está, ¿qué hago aquí soportando tus gilipolleces? Dudo que pretendas ofrecerme una copa o una visita guiada por las tripas de esta cosa. —No había nada que pudiera utilizar, tampoco un ventanal por el que saltar. Empezó a concentrarse en el guardia del fondo, era su única posibilidad.

—No, es cierto. Antes de que el Capitán General decida qué hacer con usted, o más bien, cuando hacerlo... —Acercó el rostro hacia la pirata y le susurró—. Hay algo que necesito saber.

El silencio volvió a ser la respuesta de la Dama Sanguinaria.

Harold tragó saliva y preguntó:

—¿Por qué? —La calma se tambaleó dentro de él. Al recordar el rostro de

su mujer, y lo que esa chica de pelo rojizo le había hecho, sintió el deseo de arrancarle los ojos—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué destruyó Skiros?

La frente de Arlette se arrugó:

—¿La isla de Skiros? Nunca he estado allí.

—¡MIENTES! —Si hubieran podido, sus palabras la habrían apuñalado.

—No tengo ni idea de qué me hablas. He hecho muchas cosas, pero destruir islas flotantes no está entre ellas. ¿Amenazar con hacerlo? Sí, a menudo, casi cada día. ¿Pero llevarlo a cabo? Nunca. —Chistó—. No hasta ahora, claro. —Soltó una risita forzada para mantenerse dentro de su estudiado papel—. No digas nunca de este agua no beberé.

—¡Te vieron! ¡Me informé! Sé que fuiste tú, no pudo ser nadie más. Leí reportes de tus viajes por la zona en el momento del ataque. ¡Confiesa! —La agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás dejando su garganta tan al descubierto, que si el capitán hubiera estado aún más furioso, tal vez le habría abierto la garganta de un mordisco—. ¡¡Tú la mataste!!

Sorprendentemente, Arlette mantuvo la calma:

—Soy una asesina, lo reconozco, aunque no por ello una mentirosa. —Lo miró a los ojos firmemente sin ofrecer resistencia— Repito: no sé de qué me hablas.

Los dedos del capitán Harold aplastaron sus cabellos con más fuerza un instante antes de liberarlos.

—Ya... —Se dio media vuelta y miró la pared de metal cerrando los ojos y respirando profundamente—. Ya veo. —El hombre relajado y honorable regresó—. Bien. —Hizo un gesto para que su subordinado se la llevara.

Arlette decidió posponer su huida. Aunque no quisiera reconocerlo, el capitán Harold había conseguido asustarla. Tenía claro que ese hombre estaba a un paso de perder la razón. Si se la jugaba y le quitaba al soldado el arma, ese hombre no dudaría un segundo en asesinarla aunque tuviera que disparar a través de él.

«No es el momento. Paciencia».

—Arrodíllese. —El capitán la sorprendió cuando estaba a punto de salir con su vigilante.

—¿Qué? —La pirata torció la cabeza confundida.

Harold repitió la orden a pleno pulmón y su subordinado se aseguró de que ella lo hiciera golpeándole la espalda con la culata del arma.

Cuando la Dama Sanguinaria cayó sobre sus rodillas, a un paso de besar el suelo con la cabeza, el capitán le preguntó:

—¿Con qué mano empuñas la espada?

Ella no respondió, aunque la sangre se le heló en las venas.

—He oído que usted es una espadachina formidable. No por nada ha sobrevivido a varios motines, uno de ellos sin nadie de su lado, por lo que he oído. Impresionante. —Le mostró ambas manos—. Yo uso un florete, pero no lo llevo conmigo. Una lástima, me hubiera gustado enseñárselo para intercambiar impresiones. Soy un entusiasta de la materia, ¿sabe? Es raro encontrar a alguien del bando contrario capaz de hacerse un nombre en tan delicado arte. Por regla general... —Flexionó las rodillas para ponerse a su altura— los piratas soléis ser rudos y torpes. —Cambió el modo en el que se dirigía a ella de golpe, consiguiendo con ello infundirle una agobiante sensación de peligro—. No sabéis más que dar espadazos aleatorios como simples carniceros. Así que, responde a mi curiosidad. Con algo de suerte, aprenderé algo de ti. —Su rostro estaba relajado, pero sus ojos daban mucho miedo—. ¿Con qué mano coges la espada? Yo con la derecha. Es bastante más fácil para mí. Hago mejor el juego de muñeca y mi posición se ve... Oh, disculpa. Me alejaba de lo importante. Responde, ¿con qué mano coges la espada?

Arlette tragó saliva y apretó los dientes. Sentía una profunda angustia y ganas de llorar. Se imaginaba lo que iba a suceder y eso la aterraba pero no pensaba permitir que el bastardo se diera cuenta.

—¡Te he hecho una pregunta! —Volvió a cogerle del pelo—. ¡¡Responde de una vez!! ¡¡O te arrancaré la lengua para que así tengas una buena razón para no hablar!! —Y tiró violentamente, sin aflojar la tensión en ningún momento.

—Con la derecha —respondió con aplomo, sabiendo lo que vendría después.

El capitán Harold sonrió de manera extraña:

—Bien. —Y le hizo un gesto al guardia—. La derecha entonces.

* * *

Ya no quedaba nada. Los ladrillos, la hoguera... el refugio. Todo convertido en un enorme montículo de arena donde una vez hubo una enigmática torre.

Patrick se situó junto al fenómeno sin dar crédito a lo vivido: minutos antes los supervivientes habían salido con antorchas al exterior y, enfrentándose a la oscuridad rugiendo entre ramas y troncos, alzaron las llamas y las removieron apuntando a las nubes con la esperanza de crear un brillo suficientemente

grande e intenso como para que la aeronave que sobrevolaba el firmamento los avistara. Sonreían y cantaban versos de la Diosa Cosmos seguros de que ella había tejido los hilos de sus destinos para que las cosas terminaran así. Habían sido fieles, habían esperado y, por lo tanto, habían obtenido su recompensa; o así es como lo veían ellos. Sin embargo, Isbel y Patrick fueron partícipes de lo que en realidad obtuvieron: en cuanto el primer signo del amanecer alcanzó el suelo y se posó sobre la primera baldosa, todo se desvaneció. La brisa de la mañana arrastró la nieve, y con su llegada todo dejó de ser como era. Harvar se convirtió en arena el primero, después los demás. Cada uno de ellos, a excepción de nuestros protagonistas, dejaron de ser; incluso las antorchas se desintegraron. La torre cayó como si estuviera hecha de naipes y reventó en una nube de tierra. La llama que no se apagaría nunca lo había hecho a pesar de todo y, si no fuera porque Isbel y Patrick habían experimentado las mismas cosas, jurarían que habían estado durmiendo hasta ese entonces.

—Eso es... —susurró el Alto cojeando y mirando a su compañera con una expresión perpleja—. Nada de esto... ¿Fue real?

Ella ni siquiera respondió, solo parpadeó con la boca abierta y con el frío del viento internándose por los agujeros de su vestido. Ya no quedaba llama que la protegiera del tiempo; aunque tampoco frío que amenazara con arrebatarse la vida otra vez. En alguna parte del bosque todos los sueños habían dejado de existir.

—Las pesadillas duermen al amanecer. —Dirigió su atención a uno de los montones con intención de tocar los granos esparcidos por el suelo, aunque en el último momento decidió que no era buena idea—. Y ellos han desaparecido junto a los peligros. No eran... reales.

—T-Tenemos que encontrarles —alcanzó a responder ella.

—¿Encontrarles?

—¡A los demás! —Se le acercó—. ¡Están en peligro!

—No, no. Ha salido el sol, no hay nada de qué preocuparse.

—¡Claro que lo están! ¿Y si les sucedió algo antes de que todo se desvaneciera? ¿Es que no te has dado cuenta de que estamos vivos por casualidad?

Patrick enmudeció. ¿Qué quería decir?

—La ciudad. Ha tenido que desaparecer junto a su gente. ¿No te das cuenta? Si no hubiéramos salido al exterior habríamos sido sepultados bajo toneladas de tierra. La cueva se habría hundido con nosotros dentro.

Ella tenía razón. En aquella isla todos los sueños nacían retorcidos, a simple vista mostraban algo bueno, pero al final siempre surgía su verdadera cara. Sucedió con la nieve y pasó con todo lo demás. Alguien, probablemente, otro náufrago de algún momento anterior, debió añorar la compañía de gente, o puede que un lugar donde protegerse del clima. Fuera como fuese, su deseo se cumplió entregándole gente que se preocupara por él y un lugar donde no temer... hasta que la llegada del amanecer convirtiera su refugio en una tumba.

Él lo comprendió y tragó saliva al imaginarse a sí mismo ahogándose bajo toneladas de arena:

—Da igual ya... Tenemos que pensar un plan B.

—¿Un qué?

—Un plan. Algo para salir de esta isla: tú y yo.

—¿No! Tenemos que encontrar a la pirata y sus chicos. Ellos nos ayudarán.

—¿De verdad vas a preocuparte por esa gente ahora? Solo estamos tú y yo. Como siempre. A ellos no les importamos una mierda, nos usan como los usamos nosotros. Y ahora ir en su búsqueda, estando como está mi pierna, solo nos hará perder un tiempo precioso que podríamos ocupar en buscar una forma de subirnos a esa nave que viste en tu brújula. Probablemente sea la misma Armada que los perseguía. ¿De verdad quieres que te etiqueten con los piratas y acabar entre rejas?

—¿Quieres irte sin ellos?! ¿Dejarlos aquí a su suerte?

—No quiero irme sin nadie ni con nadie. Lo que quiero es no estar en esta isla cuando la noche regrese. ¡Maldita sea, Isabel! ¡Párate a pensar en ello un segundo! Tarde o temprano la oscuridad volverá, los sueños regresarán y acabaremos congelad...

—¡Ahí estáis! —se escuchó a pleno pulmón.

Isbel y Patrick se dieron la vuelta y vieron llegar a toda prisa al contramaestre, que no tardó en resbalar y tener que hacer grandes esfuerzos para no comerse la hierba.

El gigante al estar más cerca gritó histérico:

—¡Viene la Armada! ¡Están aquí! ¡Los hijos de su madre nos han seguido!

—Miró a todas partes—. ¿Qué hacéis fuera? ¿Dónde vientos está el refugio?

—Lo buscó sobre las copas de los árboles convencido de que se había desorientado—. ¡Tenemos que escondernos!

Y tan pronto había llegado el pirata, también lo hicieron los dos soldados que lo habían acechado desde su huida en el lago. Aparecieron entre los matorrales, con un salto experto.

—¡Manos arriba! —Sus voces se refirieron a todos, pero sus rifles tan solo apuntaron al gigantón—. ¡Moved un músculo y dispararemos!

Uno de ellos zarandeó suavemente su rifle hacia abajo:

—¡Al suelo! ¡Ahora!

Isbel fue la primera en llevarse las manos a la cabeza y hacer un ademán de arrodillarse sobrepasada por la confusión, incluso miró a Patrick esperando algún tipo de indicación. Por como él la imitó quedó claro que estaba tan perdido como ella.

—¡He dicho al suelo! —repitió uno de ellos al ver que el pirata continuaba de pie y sin ninguna intención de someterse.

El contramaestre no se achantó, en su lugar agarró a Isbel por detrás y la levantó usándola de escudo para encarar a los soldados. Ni siquiera habían visto el trabuco que llevaba hasta que este clavó su cañón en la sien de la chica.

—¡De rodillas! —insistieron—. ¡Al suelo!

Él solo se rió.

—¡He dicho de ro...!

—¡Y un cojón! ¡De rodillas vosotros! —Mascó algo entre sonrisas—. O le reviento los sesos.

—¿Crees que nos importa una pirata? Menos trabajo para nosotros.

—¡¿Pirata?! ¿Es que no habéis visto una pirata en vuestra asquerosa vida? —Empujó el trabuco lentamente contra su cráneo—. *Mirarla bien*. Solo hay que observarla un poco para ver que ha *estao* entre algodones toda su vida.

Hay que ver lo que da de sí un buen vestido.

—¡T-Tiene razón! —Patrick aprovechó el instante para apartarla a ella, y a sí mismo, del grupo de piratas—. ¡No somos piratas! La malvada Dama Sanguinaria nos tomó como prisioneros y nos tuvo confinados en su terrorífico navío hasta ahora. —Sobreactuó un poco, pero para los soldados sonó convincente.

El contramaestre se hinchó de valentía al notar cómo los brazos de los soldados temblaban y como los dedos dudaban sobre los gatillos, así que pegó a la chica contra sí y acercó amenazante su rostro contra el de ella.

—¡*Disparar*, cerdos! ¡Atreveos si *queréi* ve su sangre esparcida por la hierba! Porque os juro una cosa, antes de que podáis atraparame, me la llevaré conmigo al siguiente mundo si es que existe. —rió—. ¡*Probarme* si tenéis bolas!

Todo iba viento en popa, parecía que el plan de Patrick iba a permitirle al

contraamaestre salir de esta, porque los hombres ya empezaban a cuchichear entre ellos.

Sin embargo...

—¡Cuidado! ¡A tu derecha! —Patrick señaló hacia los árboles con el rostro desencajado, y en cuanto este se giró aterrado por lo que pudiera haber allí... — ¡Ahora! ¡Disparen! —Lo traicionó.

Con su orden no solo permitió un disparo claro y limpio a los soldados, sino que para colmo el contraamaestre se bloqueó al no saber muy bien qué acababa de pasar. El zumbido de éter surfeó el aire y pronto dos dolorosos balazos atravesaron su carne rozando la cabeza de la muchacha, que se tiró al suelo en cuanto vio peligrar su vida.

El pirata cayó entre gritos y maldiciones, derrotado sobre la misma hierba que había prometido manchar de sangre; aunque pretendiera que no fuera la suya.

—¡Me cago en todo! —rugió al concebir un tremebundo ardor como nunca antes en su hombro ensangrentado.

—¡Gracias a...! —Patrick recordó la jerga del Imperio del Aire—. ¡Gracias a Nut que nos han salvado! ¡¿Q-Quién sabe qué nos habría hecho sino llegan a aparecer?! —replicó buscando la lágrima fácil mientras espiaba al gigantón de reajo; este continuaba tumbado, pero por cómo maldecía sus heridas no eran graves.

Al tiempo que los soldados maniataban al contraamaestre, y este miraba con ganas de destripar al astuto Alto, Isabel se quedó ahí plantada sin saber qué hacer o decir.

Al final fue el susurro de su compañero el que rompió el silencio entre ambos:

—Ya tenemos plan B.

* * *

Benjamín se vio de nuevo en una celda; aunque esta contaba con dos cadenas y una plancha de acero ancladas en la pared haciendo de cama, que ya era bastante más de lo que disfrutó en la Torre Solitaria. Tal vez por eso mismo se sentía relajado, o puede que hubiera pasado tantísimo tiempo encerrado que le resultara hasta reconfortante.

Se negó a seguir pensando en ello y, en su lugar, deambuló por los tres metros cuadrados de los que disponía buscando un modo de salir. En el fondo

sabía que estaba perdiendo el tiempo, no era ningún experto escapista y tampoco iba a conseguir dar dos pasos fuera de la sala sin ser visto por los guardias que rondaban cada dos por tres a través del pasillo colindante. Pero aun así necesitaba hacer algo para no sentir que estaba fallándole a Arlette.

«¿Estará bien?» dudó mientras pegaba la cara contra los barrotes, que se encontraban tan juntos entre sí que apenas permitían discernir figuras al otro lado.

Una vez se cansó de entornar los ojos y adivinar formas, dirigió la vista al techo percatándose de que la luz, de éter indudablemente, llegaba titilando hasta una bombilla rajada y hexagonal; su viveza variaba constantemente, como si el monstruo volador la consumiera con furia y dejara que solo los restos llegaran a través de su ruidoso armazón hasta allí. El efecto le resultó a Benjamín desconcertante, pues le trasportaba constantemente de la celda a una oscuridad total.

¿Y si llamaba a un guardia y le empujaba cuando este abriera la puerta? A lo sumo daría un par de pasos antes de que le hicieran un enorme agujero en el estómago.

«Mejor no».

¿Una audiencia con el capitán? Como mínimo iba a recibir un puñetazo en plena cara y una risa burlona después. No, por más que lo deseara no tenía el poder de conceder milagros. A fin de cuentas por ello estaba en aquella situación... Tendría que pensar en alguna otra cosa.

El portón crujió cuando la cerradura se desbloqueó electrónicamente por sorpresa. Después los pasadores del otro lado se deslizaron y, finalmente, la estable y portentosa iluminación del pasillo confirmó la abertura de la celda.

A Benjamín casi le dio un vuelco al corazón cuando Arlette entró en silencio. Por un instante creyó que había vuelto a encontrar el modo de sacarle de una prisión. Lamentablemente, el guardia que la escoltaba apareció tras ella y de un empujón la abandonó dentro reactivando el cierre justo después y destruyendo, por tanto, cualquier posible esperanza de libertad.

—Me alegra que est... —De pronto vio que su compañera tenía media manga empapada de rojo—. ¡Por el amor de Nut! —Se abalanzó al brazo derecho y lo encontró cercenado a la altura de la muñeca, y oculto bajo una desgarrada tela carmesí; o tal vez fuera blanca con anterioridad, era imposible saberlo—. ¡¿Qué te han hecho?! ¡¿P-Por qué?!

La pirata no respondió. Ni siquiera mostraba señales de dolor, aunque no hacía falta. Había un cerco enrojecido alrededor de sus ojos, y si no hablaba

era porque le ardía la garganta casi tanto como la horrible herida que ahora ocupaba el espacio en el que debía estar su muñeca.

—¡T-Tenemos que curarte esto y...! —No se atrevió a mirar lo que se escondía debajo de la sangre. Solo el tono, aún sin secar del todo, ya era suficientemente horrible.

—Da igual. —Soltó ella por sorpresa—. Me han cauterizado—. Apretó los dientes. Aquella gente sabía lo que hacía. La habían quemado con una plancha a rojo vivo para que el corte se cerrara y la sangre se detuviera.

«No dejaré que mueras tan fácilmente», le había dicho el capitán en ese momento.

—¡Pero...! ¡T-Tiene que verte un médico! ¡¿Qué pasará si está infectada?! E-Este no es el modo de tratar una...

—Da igual. —Repitió como un mantra y luego se sentó sobre la cama, con el rostro cansado y la cabeza abatida—. Ya no importa.

—No digas eso... —Benjamín no supo si acercarse o no—. Claro que importa.

—Nunca saldremos de aquí, ¿no lo ves? A mí me enviarán a las Islas Centrales para morir, y a ti te llevarán de nuevo a la Torre Solitaria. —Apretó los dientes e hizo un amago para tocarse la mano fantasma—. Lo siento mucho. —Bajó la cara más todavía, casi podía besar con sus labios las rodillas.

Aquella fue la primera vez que Benjamín escuchó a Arlette disculparse por algo.

—T-Tranquila. —Finalmente se sentó a su lado y sonrió, aunque ella no podía verle. Mejor, porque su boca parecía feliz, pero sus ojos describían tristeza—. Seguro que hay una manera... S-Solo... Solo debes de descansar y recuperarte. Eso es. Pediré un médico. Ya verás cómo...

—Estoy tan cansada... —Suspiró—. Solo quiero que esto termine. No quiero seguir. Siempre es igual: matar o sufrir. Hacer daño o que me lo hagan a mí... —La piel se le había vuelto pálida por la pérdida de sangre, y difícilmente conseguía mantenerse sentada; parecía como si de un momento a otro fuera a caer muerta al suelo. Su voz era aséptica, como si estuviera muy lejos de sí misma—. Hice pedazos mi vida creyendo que lo hacía por algo bueno... pero mientras intento enmendar mis errores voy cometiendo otros nuevos y hago daño a la gente que me rodea. —Por un instante le miró—. Lamento crear este ambiente. Seguro que lo que quieres ahora es que sea la pirata loca que necesitas y con la que tanto te gusta pelearte. Pero ya es suficiente para mí, estoy harta de este papel que me inventé. Debería haber

enterrado a Eric y no llevarlo de un lado para otro persiguiendo un estúpido cuento para viejas.

—¿Un... cuento para viejas? —Ni él mismo podía creer lo que acababa de decir. ¿La Dama Sanguinaria renegando de la Vendedora de Deseos?—. ¿De verdad piensas lo que estás diciendo? ¿Tras tantos años buscándola ahora vas a hacer como si hubiera sido un burdo chisme? ¿Acaso no hemos visto ya que todo es posible?

—Qué más da. Ya da igu...

—¡No digas que da igual otra vez! ¡Deja de decirlo! ¡¿Sabes lo que he sufrido yo por ese «cuento para viejas»?! ¡¿Y mi familia?! ¡¿Acaso has olvidado lo que les pasó?! Has perdido a tu padre, al chico que amas y una... mano. —Bajó un instante el volumen de la voz—. Es horrible, y lo siento mucho. No soy capaz de imaginarme lo difícil que debe de ser para ti. —Y volvió al tono duro que tan raro quedaba en él—. Pero yo he perdido a mis padres, a mi hermana de nueve años y mi libertad. ¿Sabes? ¡He estado años encerrado sin hablar con nadie y luchando para no volverme loco! ¿Crees que fue fácil? ¡¿Crees que solo tú has sufrido?!

—¡Ya lo sé! ¡¿Quién demonios crees que te sacó de allí?! —La Dama Sanguinaria surgió durante un parpadeo, antes de esfumarse una vez más.

—¡Pues hazlo otra vez y deja de compadecerte! —Benjamín prosiguió su lucha por ser la voz cantante—. ¡Espabila de una vez y ponte a pegar tiros!

Ella se quedó pensando, mirando la ausencia de dedos en su querido brazo, luego bajó la vista a los pies y de ellos al frío metal.

—Maldita sea, esto no es propio de mí. —Se acarició la frente con la mano que le quedaba—. Debería estar golpeando esa puerta ahora mismo.

—Concretamente eso no: ya lo intenté hace cinco minutos. Está muy bien anclada... —Sonrió como buenamente pudo.

—Y yo me lo perdí.

El ambiente no había mejorado mucho a pesar de que ambos lo intentaron, pero al menos la pirata parecía que había conseguido subir un escalón y escapar de ese fondo tan oscuro en el que se había perdido.

—Soy horrible —reconoció ella entonces.

—¿Por qué dices eso?

—He pretendido todos estos años hacer cosas horribles por amor. Durante el tiempo que secuestré, quemé aerobarcos, robé a mercaderes y asusté a niños y mayores me he repetido siempre que era por Eric; que él merecía vivir y todo estaba justificado. Un chico tan bueno, con el único deseo de formar una

familia y vivir en un lugar tan tranquilo... muerto por culpa de la hija de un viejo pirata. —Apretó los labios y terminó—: No es justo.

—Oí lo que sucedió, y no tuviste la culpa. La tuvo el instigador del motín.

—Ese hombre solo apretó el gatillo. Si Eric se encontraba en el *Fiora* ese día era porque estaba enamorado de mí. Se habría marchado hace meses si desde el principio le hubiera dejado bien claro que jamás abandonaría la vida de pirata por él. Pero no lo hice porque soy una egoísta... Y porque en realidad nunca lo he amado, no como debería.

—¡Claro que lo quieres! —Notó un regusto de envidia según hablaba—. Has hecho lo impensable por él.

—Eso mismo me he dicho siempre, pero en el lago helado, disparando a una copia exacta de él, me di cuenta de que no tenía miedo de hacerlo; solo pretendía que así era. Me daba igual equivocarme. La pesadilla, o lo que fuera que controlara ese lugar al anochecer, lo sabía. Ahora estoy segura. He removido el cielo, sí, pero no por él, sino por mí misma. Porque no siento amor, siento algo que es incluso más fuerte y poderoso que eso.

El chico no intervino. No tenía la menor idea de a qué podía estar refiriéndose. En lugar de hablar, solo la miró con intensidad; sorprendido por estar escuchando de ella que no amaba a alguien por el que había removido el cielo entero. ¿Si eso no era amor, qué era?

—Culpa, Benjamín. La culpa. —Extrañamente, su cuerpo se relajó como si un peso inmenso hubiera caído de sus hombros para siempre—. Solamente quiero revivirle para poder mirarme al espejo sin sentir que soy un monstruo. Aunque... a estas alturas tendría que pedir mil deseos para solucionar todos los errores que he cometido después. Soy verdaderamente horrible, no dejo de elegir la opción equivocada una y otra vez.

—No lo eres. —Tomó su mano—. En realidad eres una persona maravillosa, solamente has hecho lo que tenías que hacer para sobrevivir. No le deseas mal a nadie, yo lo sé. Solo haces lo necesario, intentas arreglar las cosas como buenamente sabes. —Le sonrió de nuevo, esta vez de verdad—. Me diste una razón para vivir aun cuando no estabas obligada a ello. Podrías haberme abandonado junto a los restos de mi casa, con los recuerdos de mi familia hechos pedazos y no lo hiciste. Eres buena, Arlette. Lo eres. —Sus ojos la miraron de tal modo que era imposible no darse cuenta de lo que Benjamín sentía por ella.

—No puedo corresponderte. —Iban a morir, para qué seguir pretendiendo no haberse dado cuenta—. Si no estuviera marchita por dentro, tal vez otra

Arlette podría sentir algo... Pero lo cierto es que tengo demasiado odio y culpabilidad dentro. No hay espacio para el amor: ni para Eric ni para... — liberando su mano de él, le acarició el rostro— alguien tan bueno como tú. Tal vez si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias... —Volvió a ensombrecer la mirada y tomar distancias—. Pero no ha sido así. No debí ofrecerte venir conmigo. Lo mejor hubiera sido abandonarte junto a tu casa y que lo superaras.

La voz de Benjamín pareció partirse en una inesperada risotada sarcástica. Era como si en el fondo siempre lo hubiera sabido. Sin duda se sentía un completo idiota. Torció el rostro hacía un lugar donde ella no pudiera verlo y ahogó una respuesta lastimera y a medio masticar. En su lugar respiró hondo y dijo:

—¿Vas a volver a culparte de todo otra vez?

—Es la verdad. Quién sabe si ahora estarías libre en cualquier otra parte.

—Si me hubieras dejado allí solo, hace semanas que estaría muerto. — Reconoció tajante—. Tú me diste una oportunidad de volver a ver a mi familia, Arlette.

Lo miró con culpabilidad y apretó los labios, consciente de que había algo sobre los deseos que él desconocía, y que ni siquiera entonces ella fue capaz de confesarle.

* * *

El capitán Harold estaba inmerso en la oscuridad. Con los ojos cerrados y las manos tapando su avergonzada cara. Intentó mantener la mente vacía, pero cada vez que se esforzaba, una rendija se abría más y más en alguna parte, dejando entrar los gritos rabiosos de la pirata en tropel. Lo que más le preocupaba no era lo que había hecho, sino que volviera a repetirse. Porque quería hacerlo, claro que quería. Deseaba volver a traerla allí y cercenarle la otra mano; o quién sabe si otra cosa: una pierna, por ejemplo.

En sus entrañas hervía el odio y rencor más absoluto. Como si algo le susurrara al oído que debía dejarse llevar.

«Abandónate a la sangre» escuchaba, tan nítidamente que temblaba.

Terminó por frotarse los ojos esperando aclarar las ideas. ¿Se estaría volviendo loco? ¿O es que su mujer de algún modo estaba clamando venganza?

De pronto algo lo salvó de aquellos susurros ilusorios. La compuerta al

camarote se deslizó y su segunda al mando entró con el habitual saludo que intercambiaban prácticamente a cada hora.

—Siento interrumpirle, mi capitán —añadió a modo de acostumbrada coletilla.

—No hay problema, Bartolomé. —Suspiró de alivio al verla aparecer—. ¿Qué es lo que sucede?. —Su rostro recuperó la cordura con una sencilla sonrisa.

Su segundo oficial mostró un pequeño papel lleno de agujeros y se lo entregó: era un mensaje en morse del Imperio del Aire.

Harold comenzó a leerlo mientras, a su vez, la propia soldado se lo traducía en voz alta para ahorrarle las molestias:

—Órdenes del alto mando: Su Excelencia desea que traiga a la Dama Sanguinaria con vida hasta las Islas Centrales.

Él oyó una risita fantasmal en algún lugar de su mente cuando comprendió lo que aquello significaba: la pirata era intocable.

—Entregaré su cabeza en una bandeja. Eso fue lo que prometí. —Sus manos empezaron a temblar como si le ardieran—. Nunca hablé de llevar el resto, y menos aún en perfecto estado.

—Pedí una nueva confirmación dadas... sus circunstancias, capitán. —La mujer sin duda tenía en alta estima a Harold, y sabía de su necesidad particular de venganza. Lo respetaba. Tal vez prefiriera un final más limpio y menos proclive a la tortura para la pirata, eso sí—. Siento hacerle saber que el Capitán General respondió personalmente para ratificar el primer comunicado: desea fervientemente hablar con la pirata en persona. Planea exhibirla en un juicio y colgarla en la plaza central dentro de tres meses.

El capitán Harold se levantó de golpe, pegó un puñetazo a la mesa y maldijo:

—¿Mantenerla con vida tres meses?! ¿Qué broma es esta?!

Bartolomé parpadeó, recta como un tronco e incapaz de realizar gesto alguno. Solo alcanzó a balbucear letras sueltas; a fin de cuentas, lo único que podía era repetir las órdenes... y eso solo lo enfadaría más.

Tuvo que respirar hondo para no empeorar la escena que acababa de montar y pensar en algo agradable. Necesitaba cobijarse de nuevo en la tranquilidad que le brindaba una mente en blanco.

—Si eso es todo, retírese.

—Solo una cosa más, capitán. —Tragó saliva—. El celador ha insistido en que su estado es precario. Necesito su visto bueno para ordenar que un

sanitario atiende las heridas de la joven.

Poco a poco, tan lento que pareció haberse desintegrado el orden natural del tiempo, el rostro de su superior se fue posicionando sobre ella, mostrando al principio indiferencia, pero total locura y rabia al final.

—¿La joven, ha dicho?

—L-La pirata, capitán.

—Pirata... —Los susurros de su difunta mujer parecieron apuñalarle la sien—. La asesina, dirá. —Se levantó del asiento—. ¿Por qué solo yo la llamo de esa manera? —susurró—. ¿Acaso no ha demostrado merecer la peor de las muertes? —El volumen fue creciendo—. ¿Cómo es posible que vaya a vivir por más tiempo cuando debería morir agónicamente en una celda mientras su propio cuerpo se pudre poco a poco?

La soldado no vio al hombre que admiraba. Algo se lo había llevado.

—Dejaré que descanse, mi capitán. —Estaba muy incómoda—. Volveré en otro momento para escuchar su decisión y...

Justo cuando fue a irse, otro soldado apareció teniendo que hacer un gran esfuerzo por no terminar chocándose con ella bajo el agujero de la puerta.

—Discúlpenme. —Saludó a la mujer—. Segunda oficial Bartolomé. —Y luego a su superior—. Capitán Harold. Tengo un aviso urgente del Equipo Bravo en tierra. Han capturado más supervivientes del *Fiora*: una mujer y dos hombres, presumiblemente al menos uno es pirata; los datos son confusos todavía. La aeronave se está preparando para atracar en el hangar en estos momentos.

—Bien hecho, soldado. —La voz de Harold sonó abatida, le daba exactamente igual—. Puede marcharse.

La segundo oficial fue a irse también, pero su capitán la detuvo con un simple:

—Aguarde.

—¿S-Sí, capitán?

Él se puso a pensar, ladeó la cabeza como si escuchara una extraña brisa rozándole el oído y murmuró algo.

—¿Capitán?

Harold reaccionó a su voz:

—Lleve a «la joven» al hangar para recibir a sus compinches. Ah, ¿se ha confirmado la identidad del chico que la acompañaba?

—Así es, capitán. Se trata del ladrón que sacó de la Torre Solitaria hace unas semanas.

—¿Cómo reaccionó cuando devolvieron a la pirata a la celda?

—Preocupado, capitán.

—Entonces llévelo también. —Se alejó del escritorio y dio una última orden—: Y que alguien me traiga mi espada.

* * *

Cuando tres miembros de la Armada aparecieron en la celda y los encañonaron, Arlette se dejó llevar. Ni siquiera dijo nada durante todo el recorrido, no le quedaban fuerzas para revolverse. Solo caminó todo lo rápido que sus fuerzas se lo permitieron y mantuvo su mano tapando con el mugriento trapo la herida de la otra. En ese momento no podía pensar en nada más que esconder su castigada herida: ni memorizar recorridos, ni buscar una huida entre los tubos, el suelo de rejilla o los silbidos de vapor. Prefirió dejar que Benjamín cargara con toda la valentía por ambos y, simplemente, anduvo con la cabeza gacha.

—¿A dónde vamos? —preguntó él un par de veces.

En ninguna ocasión le respondieron. Lo único que recibió de ellos fueron empujones y pequeños pinchazos protagonizados por sus rifles. Durante un instante se creyó cruzando el tenebroso pasillo de la Torre Solitaria a modo de *deja vú*.

Ojalá lo hubiera sido...

La Dama Sanguinaria se notó mareada cuando ya casi habían llegado a su destino. Al bajar las últimas escalinatas del intrincado laberinto de la fragata su piel parecía cubierta de ceniza. Sin duda tenía fiebre, le ardía la cabeza. Padecía anemia, pues le pesaba el cuerpo. Y por cómo le costaba respirar, quién sabe qué otro mal se ocultaba dentro de ella. Lo que era seguro es que caería redonda al suelo si no recibía cuidados intensivos urgentemente. ¿Pero acaso a alguien le importaba?

Solo a Benjamín.

—A la izquierda —espetó uno de los guardias ante el último cruce de pasajes.

En cuanto nuestros dos protagonistas obedecieron, se toparon con el hueco de un portón y, tras él, un enorme hangar de veinte metros de altura y quien sabe cuánto más de ancho y largo. A sus lados permanecían aparcadas varias aeronaves idénticas a la que los había atrapado en la isla de los sueños, y una fila de pequeñas bombillas parpadeantes recorrían, como una ristra de hormigas, toda la largura de la sala hasta alcanzar el final; que se convertía en

un umbral abierto por el que se asomaba el colorido cielo infinito.

Justamente allí, junto al final del hangar, había una hilera de soldados esperando a los prisioneros; y en el centro, como no podía ser de otra manera, el capitán Harold.

Cuando los vio llegar esbozó media sonrisa: descubrir a la pirata caminando entre temblores e incapaz de mantener la cabeza erguida le reconfortó.

—Perdone, señor. ¿Qué hacemos...? —Empezó a decir Benjamín en cuanto llegaron hasta el capitán. Sin embargo, fuera lo que fuera que iba a decir, se desintegró en cuanto él contestó desenvainando su espada. No hizo nada más, solo eso; y fue suficiente. Para cuando el roce del acero desapareció, las palabras ya habían muerto.

—No tienes buen aspecto —dijo el capitán a Arlette con rostro indiferente; Benjamín era invisible.

Ella no respondió, se limitó a aguantar su propio peso sin trastabillarse, sufriendo las miradas incisivas de la tripulación. No podía oírles hablar, pero sentía como se reían de ella en silencio.

Una espada recta cayó al suelo por sorpresa a sus pies.

—Sé que preferirías una hoja más delgada y curva, pero en un arrebato tiré tu juguete al vacío. —Ahí estaba la media sonrisa de nuevo—. En cualquier caso no cambiará mucho el resultado dadas las circunstancias. —Y miró la mano cercenada—. Venga. —Le hizo un gesto con la cabeza para que la cogiera.

La Dama Sanguinaria cerró los ojos dos segundos y luego los abrió, nada más. Parecía que iba a caer redonda de un momento a otro. Incluso empezaba a oír un pitido amenazándole los oídos.

El capitán Harold hizo un nuevo gesto. Esta vez fue uno de sus hombres el que cogió el arma, luego se la colocó a la pirata en la mano. En un par de ocasiones pareció que la espada se le iba a resbalar de los dedos, por lo que el soldado tuvo que insistir para que estos la atraparan apropiadamente.

—Bien —dijo el capitán cuando Arlette consiguió mantenerse con el arma sin caerse—. Veamos qué tan buena eres. —Y soltó una estocada sencilla que lanzó directamente a la espada de su adversaria con el objetivo de medir su destreza.

El metal puntiagudo cayó irremediablemente al suelo y dio un par de tronadas antes de quedar inmóvil sobre la plataforma del hangar.

Se rieron, toda la Armada presente estalló en carcajadas. Ni siquiera lo

había visto venir.

—¿Eso es todo? —Volvió a pedirle a un subordinado que le colocara el arma en la mano.

Para entonces, incluso Benjamín se había percatado de que el capitán Harold lo estaba haciendo a propósito. Solo quería pisotear lo que quedaba de ella aún más. No le bastaba con torturarla y llevarla hasta una muerte segura, también necesitaba que su imagen quedara aplastada en todos los sentidos.

—¿Qué está pasando aquí?! —rugió desde la distancia la segunda oficial Bartolomé, que había aparecido trotando y con un más que evidente enfado consigo.

El gentío se abrió al instante, enmudeciendo por el tono de sus palabras, pero ninguno dejó de sonreír.

Arlette continuaba ahí de pie, estática, aun con la espada pendida entre sus dedos pero a un paso de volver a escurrírsele en cualquier momento. Su compañero la miraba con horror, pues estaba seguro que la pirata apenas se mantenía consciente.

—Baje la voz, Bartolomé. —El capitán Harold suspiró sin perder de vista a la Dama Sanguinaria—. Estamos en mitad de un duelo.

—¿Duelo?! ¿Usted ha montado este vergonzoso espectáculo? —Atravesó el círculo y se colocó junto a su superior.

Él la fulminó momentáneamente con la mirada y le ordenó al hombre que espabilara a Arlette, la cual claramente había empezado a balancearse peligrosamente de lado a lado.

—¿Así no es como actúa la Armada! ¿Qué diría el Capitán General si viera semejante barbarie?!

—¡Cállese ahora mismo! —explotó. Ya no había vuelta atrás—. ¡Estoy harto de sus impertinencias! ¡Si no le gusta cómo dirijo mi nave y a mis hombres envíe una queja formal, pero no interrumpa mis mandos! ¿Ha quedado claro?!

—Capitán. —Por un momento la mujer se relajó intentando que entrara en razón con un aire más conciliador—. ¿Es que no se da cuenta de que esto no está bien? ¿De verdad cree que... —observó a la pirata— que esto le devolverá a su esposa? Recapacite, se lo ruego.

El capitán hubiera respondido, lo habría hecho y tal vez habrían sido buenas palabras, porque sus ojos se volvieron algo más amables. Pero todo aquello fue solo un parpadeo, un instante. Porque justo antes de que su voz pudiera siquiera expresar lo que sentía, Arlette sacó las fuerzas necesarias para dejar

algo bien claro:

—Yo... —rascó las palabras para poder terminar—. No la m... —Aspiró—. Maté.

Y entonces poco importó lo que quedara de bondad en el pobre capitán. Las voces que le atosigaban la mente se vieron propulsadas gracias a Arlette y este enloqueció definitivamente.

—Te sacaré la verdad a espada, maldita zorra. —Y se volvió a poner en guardia.

—¡Pero capitán! ¡Las órdenes! ¡Debemos mantenerla con vida!

—Alejad a la segunda oficial Bartolomé de mi vista. —Ni siquiera la miró—. Está agotando mi paciencia. Si es preciso, encerradla en un calabozo hasta que esto haya terminado.

Y las manos llegaron casi al momento, como si los soldados estuvieran deseosos de que el espectáculo continuara. La atraparon enseguida, empujándola y alejándola del improvisado redil sin dejar que esta replicara y consiguiera convencer a su superior de que lo que estaba haciendo era una locura.

—¿Estás lista?

La Dama Sanguinaria seguía agotada, pero los gritos inteligibles y cada vez más lejanos de Bartolomé la mantenían atada en la realidad.

—Bien. —Sonrió él—. Entonces sigamos.

—No. —Y dejó que el arma cayera—. Mátame.

El capitán se sorprendió.

—Prefiero morir ya. —Le sudaba la cara y, por como jadeaba, la fiebre era ya insoportable pero su mirada seguía siendo orgullosa—. Solo acábalo ya.

—Vas a luchar.

—No. Yo escogí como vivir, ahora voy a escoger cómo morir. Si es preciso diré que maté a tu mujer, si eso te hace feliz. La insultaré, te provocaré hasta que no respondas de tus actos. Haré lo que sea, pero acabarás con esto. —Cayó de rodillas y tuvo que apoyarse en el suelo con la mano que le quedaba para no golpearse con el suelo—. Estoy tan cansada...

* * *

La aeronave retumbaba mientras terminaba de ganar velocidad. Isabel se había agarrado a las asas verticales de su asiento y no los soltaba por nada del mundo.

—Aquí Bravo a *Odiseo*, llegada estimada en un minuto —comunicó el piloto mientras aparecía la *Odiseo* en su campo de visión; al fondo, entre las nubes.

Desde la cabina se veía preciosa. Deslizándose lentamente entre colores y con los reflejos del firmamento rebotando en su lisa y cromada superficie.

—¡Te partiré el cuello como una *jodía* ramita, viejales! —vociferaba el gigantón desde su propio asiento, al cual lo habían atado con unos extraños cinturones hechos de metal que habían surgido por sorpresa en cuanto le obligaron a sentarse; y cuanto más se removía más le dolía la herida, y cuanto más le dolía... bueno, más se enfada.

Pero poco parecía importarle a Patrick, él estaba muy tranquilo. Habían conseguido salir de esa horrible isla e iban de camino a un lugar seguro con la Armada. Sabía que no le costaría mucho convencerles de que habían sido secuestrados, porque hasta cierto punto era verdad.

Un par de días recuperando fuerzas, un poco de reposo para su pierna e Isbel y él podrían proseguir. Ni siquiera necesitarían el mapa de Benjamín, ya había conseguido traducir la parte importante del mapa. Solo quedaba saber por donde navegaba la constelación de Sagitario.

Echó un vistazo a Isbel desde su plaza y sonrió:

«Juntos llegaremos, tenemos todo lo que necesitamos».

Por su parte, la joven Baja no dejaba de mirar a todas partes como si temiera que fuera a caerse todo en mil pedazos. Había una enorme tubería cruzando la estructura hacia la cabina y unas lucecitas que no dejaban de encenderse y apagarse en varios paneles repartidos por la pared. Para colmo, el sonido del viento partiéndose al chocar con la nave no ayudaba nada y la iluminación que cubría aquel armatoste apenas podía considerarse luz.

—Aquí Bravo solicitando permiso de aterrizaje, cambio —se escuchó desde la cabina del transporte, a pocos metros de ellos y más allá del hueco sin compuerta que daba a los mandos.

—Aquí *Odiseo*. Permiso denegado, Bravo. Queden a la espera de nuevas órdenes —sonó a través del altavoz.

Los dos soldados no pudieron evitar la sorpresa, se miraron y luego el piloto volvió a insistir:

—¿Ocurre algo, *Odiseo*? Confirme orden, cambio.

—Repito: aquí *Odiseo*. Permiso denegado, Bravo. El capitán está en plataforma. No es accesible temporalmente. Repito, queden a la espera de nuevas órdenes.

—Entendido, *Odiseo*. Corto.

—¿Qué cojones...? —murmuró su compañero—. Acércate un poco a ver qué mierda pasa.

Y así sucedió. La aeronave viró lentamente gracias a sus motores omnidireccionales y se acercó al acceso para visualizar el interior del hangar desde las alturas y comprobar cuál era el problema.

—¿Has visto eso? —entornó la vista y señaló al grupo de gente que se había congregado justo en medio de su destino.

Y de repente: el silencio.

Todo se paralizó por sorpresa, haciendo que el aire dejara de golpear la nave, los motores detuvieran el retumbar que recorría toda la nave e, incluso, que el contramaestre se convirtiera en una estatua sin voz.

—Has cumplido tu parte del trato, Patrick. —Una voz, muy familiar, habló a su lado. Era inconfundible, pues dicha voz femenina, con cierto toque distorsionado y tenebroso, se había pasado martirizándole la mayor parte de su vida.

El falso Alto notó que el tiempo se había parado, pues no podía moverse, incluso percibió como los pulmones no se contraían. Pero aun así la vida no se le escapaba, y no le extrañó. Pues en realidad no era la primera vez que lo experimentaba.

La dueña de la horrible voz surgió justo en frente. Nadaba en el aire, removiéndose por la cabina como una cansada serpiente de agua y deslizándose un cuerpo desnudo hecho de algo parecido al alquitrán. Su piel se arrastraba constantemente sobre sí misma como las olas en el mar, y sus pupilas eran blancas como la espuma.

—Cosmos —dijo él.

Apenas sintió su voz saliendo de la garganta, parecía estar hablando con los pensamientos.

El aspecto de la diosa se parecía sorprendentemente a la de la estatua de la isla, solo que la representación se había olvidado de incluir los cuernos deformados que nacían de la cabeza de esta en lugar de pelo; y que subían puntiagudos como agujas.

—Te ha costado, pero al final lo hiciste —aseguró ella, parándose delante de él con la mayor parte del cuerpo elevándose hacia el techo; casi parecía estar colgada de una soga por la cintura. Pequeñas gotas de su negruzca piel se desprendían de ella y se desintegraban al alejarse lo suficiente.

El arrugó la frente, o más bien creyó hacerlo.

—Aún no, pero no fallaré así que no te entrometas. Ya has hecho suficiente complicándonos el viaje a cada paso.

—Oh, si no interviniera de vez en cuando, ¿qué tendría de divertido? Además, a pesar de tantas décadas buscando, no flaqueaste nunca y superaste cada una de mis pruebas. Admirable.

—¿Así lo llamas ahora a ponernos en constante peligro una y otra vez?

—¿Tanto te molesta? Ya sabes que no tienes nada que temer: tu destino quedó escrito incluso antes de que nos conociéramos. —Le acarició la cara con sus dedos, que terminaban en punta y parecían arder como agujas al rojo vivo—. Y ella no puede morir mientras así lo quiera, como ya te mostré. —Apuntó con sus inquietantes ojos lechosos a Isabel—. Igualmente, ya no tienes que preocuparte más. He venido a por ella.

—¿Qué? —Patrick se sorprendió—. Se suponía que este viaje era precisamente porque no podías hacerlo por tu propia cuenta.

—Y así era, mientras estabais tan lejos de mi influencia. Pero mira y maravíllate, ahora no solo oyes mi voz, sino que puedes verme de nuevo. Os habéis acercado lo suficiente. Puedo influir incluso en vuestro tiempo: mi poder ya es total. Solo debes relajarte, los hilos del destino continuarán uniéndose para cerrar esta historia como debe ser. Todo volverá a ordenarse.

—¿Eso quiere decir que yo...?

—Tienes miedo de morir. No lo hagas, fallecerás en donde comenzó nuestra unión. No aquí. El final de tus días no te alcanzará mientras no te vuelvas a acercar a nosotras. Algún día el universo te llevará hasta a mí irremediabilmente, no cabe duda, está escrito... pero podrás retrasarlo mientras tu conciencia no te obligue a ello. —Sonrió—. Así que alégrate, yo me llevaré lo que vine a buscar y tú obtendrás tu ansiado premio.

* * *

Los restos de la aeronave apenas conseguían mantenerse unidos entre sí. La dirección a la que se dirigían variaba constantemente y un joven y mucho menos experimentado Patrick no dejaba de intentar controlar los mandos mientras los motores llegaban a ponerse al rojo vivo.

Ni siquiera el cielo seguía siendo como era antes. Estaba lleno de pedazos de roca cayendo por todas partes. Algunos incluso a velocidades casi imposibles de percibir y muy cerca de lo que quedaba del transporte de Patrick, y otros tan lentamente que llegaban a detenerse y quedarse flotando como si siempre hubieran estado allí.

—¿Por qué está pasando esto? —Entró en pánico consciente de que todo era culpa suya.

El mundo se estaba partiendo en mil pedazos, con cascadas de océanos cayendo como torrenciales asesinos, montañas que se partían girando y girando sin parar entre bancos de arena del desierto y restos de ciudades.

Y los gritos, los gritos de la gente, aún a varias leguas de allí podían oírse a la perfección. Era el miedo de millones de personas cayendo al vacío infinito. Un vacío que acababa de nacer en ese mismo entonces.

Y tras aquello...

Alguien rió muy cerca de Patrick.

—Has sido un chico muy malo —pudo oírse con alegría.

El joven Patrick se estremeció al reconocer la voz. Era la de aquella «existencia» que lo había estado engatusando para provocar todo aquel desastre.

Se volteó desde los mandos y no vio nada más que lo que quedaba de su aeronave y el mundo cayendo alrededor.

Tuvo que darse prisa, centrarse en lo que había delante y sortear un bosque, que caía justo en frente como un muro de madera y vida. Los pájaros salían de las copas, pero pocos conseguían elevar el vuelo, muchos se vieron atrapados por decenas de pedazos de roca que caían de más arriba. Llovían toda clase de cosas, y por desgracia no siempre inanimadas.

Patrick puso la mente en blanco para no pensar en ello. Ignoró los coches, ignoró las casas, ignoró el lago y los barcos, ignoró las montañas de nieve, los icebergs, las playas... e ignoró el universo que pronto fue lo único que había delante suyo. Solo siguió hacia el frente. Y una vez el estruendo del fin del mundo terminó, desaceleró.

—Estoy... vivo.

—Estás vivo. —Ahí estaba ella otra vez.

Se giró de nuevo, pero a pesar de sentir el susurro de unos labios en su oreja, no había nadie.

—No te esfuerces, no podrás verme.

—¿Qué demonios eres?!

—Oh, por favor, Patrick. Ya tuvimos esta discusión en el templo cuando decidiste acabar con el mundo.

—¿Qué? Y-Yo... ¡Yo no hice tal cosa! ¡¿Cómo iba a querer esto?!

—Claro que sí. Lo hiciste, y con razón. Ella no quiso concederte tu deseo, no quiso devolverte a tu mujer. Con lo que has pasado... Las noches en vela,

los viajes, el dinero invertido. Lo sacrificaste para llegar hasta ella, cosa que nunca antes nadie había conseguido. ¿Y qué hizo al verte? Escupirte en la cara negándote lo que era justo. Que la mataras era inevitable. —Rió—. Ojo por ojo. Es así como se dice, ¿no?

—¡Tú me engañaste! Hic-Hiciste algo. Me susurrabas, me... Te metiste en mi cabeza y... y apretaste el gatillo a través de mí. ¡Me hiciste algo con tus palabras!

—Por favor, no te quites el mérito; no todos los días un mortal mata a un dios. Yo solo puedo influir para que la gente haga lo que en el fondo desea. Dirijo vuestros pasos para que cumpláis vuestros destinos. Si acabaste con ella fue porque lo anhelabas. Yo solo te ayudé un poco.

Él se levantó de su asiento y se apoyó en el respaldo con una mano para no caerse de bruces; todo se removía erráticamente a causa de los daños.

—¡MENTIRA! ¡Yo no quería matarla! ¡Yo...! —Y se acordó del momento en que todo se hizo pedazos. Rememoró el enorme agujero tragándose el templo y luego todo lo demás—. ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡No quería esto! Todo es culpa mía. Tanta gente...

—¡Fue divertido! ¿Recuerdas la cara que puso cuando se dio cuenta de lo que habías hecho? Mereció la pena. Una diosa muriendo. Qué maravillosa paradoja.

—¿Es que no te importa nada lo que has hecho?! ¡El mundo se ha desintegrado! ¡Ya no hay nada! ¡Hemos destruido el Cielo! ¡El Paraíso! ¡¿A dónde van a ir las almas de la gente que muera ahora?!

—No se ha acabado nada. ¿Para qué quiero yo un mundo sin mortales? ¿Qué iba a hacer una diosa sin almas que administrar? No digas tonterías. Solo he cortado algunos hilos para adquirir algo de energía. Ya sabes, reconstruir de cero un mundo es difícil, se necesita mucho esfuerzo y recursos. Las almas de algunos muertos me ayudarán a organizar mi nuevo reino, nada más.

Entonces él lo comprendió.

—¿Me has utilizado para quitarle el puesto a esa mujer? ¿Todo este tiempo me has estado susurrando y sugestionando para que la encontrara y la asesinara? ¿Para ser ella?

Se hizo un breve silencio antes de que la voz de la criatura volviera a pronunciarse, pero lo hizo mucho más seria que hasta ahora.

—Mis razones no son de tu incumbencia, mortal. Deberías estarme agradecido por haberte escogido. Muchas civilizaciones han matado en mi nombre esperando un poco de mi atención.

—Eres una...

—Cuida mucho lo que estás a punto de decir. Soy una diosa que ha matado a otra y destruido su mundo sin siquiera usar sus manos. Imagina lo que puedo hacerte a ti. —Al ver que Patrick no prosiguió y se quedó mudo, ella rió de nuevo—. Me caes bien, eres capaz, y sabes cuándo dar un paso atrás. Me siento generosa, ¿sabes? Creo que voy a hacerte un favor.

Él frunció el ceño confundido pero no dijo nada.

—Haz algo por mí... y yo haré algo por ti. Considéralo un deseo, si gustas. A diferencia de mi difunta hermana, yo sí cumplo mis promesas.

—Me quedó claro que mi esposa jamás volverá. No tengo ningún deseo que pedirte.

La risa fantasmagórica regresó:

—¿Estás seguro de ello? Creo que estás olvidándote de algo muy importante...

Como debe ser

—No vas a abandonar. —El capitán Harold soltó un gruñido de ira y ordenó a algunos de sus hombres que se echaran a un lado.

Esto provocó que el círculo se rompiera, dejando ver una grúa motorizada soportando con sus palas el ataúd de Eric.

La pirata se espabiló de golpe, como si le hubieran tirado un cubo de agua helada.

—No vas a rendirte, a no ser que prefieras que arroje esto por la borda. Y te aseguro que lo haré. —El grupo de soldados hizo una fila ante el tesoro de la Dama Sanguinaria y este desapareció de su vista—. Pero si luchas, prometo darle un entierro digno. Conozco la historia. Si no está exagerada, él no era un pirata y...

—¡No lo era! —gritó Arlette—. Él era inocente.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Pero te lo advierto, si noto que te dejas ganar, no solo nunca podrá descansar en paz. Sino que además le pegaré un tiro a ese imbécil de ahí.

Benjamín tragó saliva y se mantuvo como hasta entonces, en silencio. No se atrevía a decir nada por miedo a las consecuencias. Solo ver la mano amputada de su compañera le daba escalofríos. Pero de alguna manera, sentía que lo que iba a suceder no estaba bien.

—Él es un criminal, no esperes que le guarde compasión. —Se acercó a ella y se cercioró de que le miraba a la cara—. Y ni se te ocurra pensar que lo mejor que puede pasarle es morir aquí en lugar de volver a prisión, porque me aseguraré de que su muerte sea lenta y dolorosa. ¿Ha quedado claro?

—Sí —respondió ella sin bajar la cabeza.

—¿Entonces qué va a ser? ¿Te rendirás o lucharas?

Arlette lo miró con los ojos entrecerrados, pensando a toda velocidad. Sus palabras se partieron, y con ellas el curso natural del tiempo.

—No le respondas todavía —se oyó muy cerca del capitán Harold. La Diosa Cosmos se materializó de golpe junto a él. Lo estaba abrazando desde la espalda, con sus labios junto a su oído—. No he podido evitar interrumpir. —El mundo se pausó—. Este momento me resulta tan gratificante que me arrepentiría toda la eternidad si no tuviera la oportunidad de hablarte antes de

que termine. —Y el sonido fue lo único con permiso para desplazarse, rebotando en los cuerpos inanimados de los soldados, en el suelo metálico de remaches y en el rostro descompuesto de la pirata.

Ella no podía responder, sus labios ni siquiera podían temblar o sus ojos abrirse para mostrar terror. Parecía formar parte de una fotografía, algo que la pirata jamás había visto antes y no hubiera entendido lo que era si se lo hubieran explicado.

—Has resistido mucho tiempo, Arlette. —Se deslizó vaporosa por el cuerpo del capitán y avanzó hasta la Dama Sanguinaria—. Tengo que reconocerlo, eres persistente. Una superviviente. —Sonrió, si es que unos dientes como cuchillas y unos ojos sin pupilas ni cejas podían expresar aquel gesto—. ¿Eres consciente de cuántas veces he planeado tu muerte? Y hasta ahora, has escapado. Pero la muerte siempre os alcanza a todos. Nadie puede engañarme eternamente. Ni siquiera una rareza como tú.

«¿Q-Qué está pasando? ¿Estoy alucinando? —se preguntó Arlette confundida—. ¿O es un sueño? ¿Es eso?».

No podía comprender lo que veía ante sí. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de que la criatura fuera real. ¿Cómo iba a pensarlo? El mundo era extraño, indomable y tremendamente misterioso, pero aquello sobrepasaba los límites.

—No. No lo es. Pero tranquila... —Cosmos se elevó en el aire y luego regresó hasta el capitán—. He venido para asegurarme de que tu suerte termina. Me has esquivado hábilmente. Pero no importa. Con el tiempo, la red del destino se hace más fuerte, más exacta. Los huecos por los que te colabas y zafabas de mí se han vuelto más pequeños. Era cuestión de tiempo que terminarás encontrándote con un muro perfecto del cual ni el azar podrá salvarte.

«¿Otra ilusión? ¿Seguimos en los límites de la isla? ¿Es eso? Sigue atormentándome...».

La criatura surgió de golpe ante su cara:

—¿Yo, una mentira?! —Los oídos de Arlette pitaron ante el grito, pero las palabras de la diosa siguieron sonando dentro de su cabeza—. Llevo desde el principio de la nada gobernando el infinito. Soy quien os mira al nacer y quien decide vuestro tiempo en este mundo. Soy quien dice quién es feliz y quién desgraciado. La que derroca gobiernos y quien les otorga favores. Yo tejo el destino de las personas y las influencio para que hagan lo que debe de hacerse. Soy la arquitecta de la propia existencia. —A pesar de lo poco detallado de su

rostro, casi sin arrugas o pómulos, podía sentirse cómo la diosa odiaba lo que tenía ante sus inmortales ojos—. Soy quien decidió que Giles tenía que morir en aquel motín, quien susurró al contraamaestre de tu padre para que le metiera una bala entre ceja y ceja aquella mañana, quien obligó en sueños a que tu amado Eric se mantuviera a tu lado aunque supiera del peligro. —Su voz retumbaba sobre la propia existencia, haciendo parecer como si esta fuera a resquebrajarse—. Soy quien provocó que tu barco se estrellara en esa isla. La misma que habló en nombre de la vecina de tu huesudo amigo para que le revelara el desdichado final de su familia y así se marchara contigo. Soy, y siempre seré, la responsable de todo lo malo que te pase. Porque tú eres un error, el único nudo de un lienzo perfecto. No me creas un sueño, soy una pesadilla. Soy la titiritera de todos aquellos que han intentado matarte. Yo soy la muerte y el destino. Y deseo que desaparezcas para siempre. Quiero que lo sepas, sin algún atisbo de duda antes de que fallezcas. Todo lo que te ha rodeado, tus vivencias, por completo, están escritas minuciosamente con mi odio.

Arlette solo miró. ¿Qué otra cosa podía hacer ante todo aquello? Ni siquiera podía asimilar semejante afirmación. La presencia de la criatura le estaba revelando algo que no podía creer, y ya no solo por lo que aquello podía significar para la pirata, sino por el cariz sobrenatural e increíble en sí mismo.

—¿No me crees? —Desapareció, y en su lugar solo quedó su horripilante voz, que sonó de nuevo, divertida, casi juguetona—. Entonces deja que te lo enseñe.

Cuando el tiempo volvió a moverse, la pirata sintió como si una fuerza invisible le hubiera pegado un bofetón en la espalda.

El capitán Harold golpeó con cuidado su florete en el suelo de metal provocando un sonido molesto y sordo.

—¿Te has decidido ya? ¿O prefieres que lo haga por ti y tire a tu amado como si fuera basura?

Ella dudó, aún con las palabras tenebrosas del monstruo revoloteando, pero finalmente se levantó a duras penas incapaz de darle sentido a la visión anterior.

—¡No le des el gusto! —se escuchó por sorpresa.

Todo el mundo miró entonces a Benjamín, que finalmente había encontrado el valor necesario para enfrentarse al miedo.

Nadie lo oyó, excepto la pirata, pero alguien se estaba riendo entre las

sombras, invisible, infinita: era Cosmos, influyendo en el pobre muchacho.

—¡Solo quiere desquitarse! ¡Nos matará de todas formas! —soltó tembloroso. En realidad no quería hablar, pero algo dentro de su ser le obligaba a gritar sus pensamientos. Sentía que si no lo hacía se le partiría el alma, como una picadura que uno no puede evitar rascarse—. ¿Crees que prefiero vivir en la Torre Solitaria?! ¿Que elegiría no volver a ver el día ni tocar las estrellas antes que morir aquí y ahora? —Las lágrimas se le escaparon consciente de lo que sus palabras significaban, pero por más que pretendiera detenerse le resultaba imposible; tan imposible como echar a volar—. ¡PREFIERO MORIR! ¡Prefiero eso antes que perder de nuevo mi libertad! ¡Muerto al menos volveré con mi familia! —Dejó de luchar y se abandonó al destino escrito por Cosmos—. No te rindas, Arlette. ¡No dejes que te doblegue! —La diosa dejó que Arlette la viera, enroscada en el chico, sonriente y susurrando las palabras que él decía al unísono—. ¡No mueras a su manera! ¡Hazlo a tu modo! ¡Lucha por tu libertad! ¡Eres una pirata! ¡¿no?! ¡Una que surca el aire como si fuera suyo!

—¡Cierra la puta boca! —Le recriminó uno de los hombres del capitán Harold.

Se le acercó y estuvo a punto de atraparlo y cerrarle la boca a puñetazos, pero Benjamín se zafó y avanzó hacia Arlette, quien podía ver a Cosmos dirigiendo sus movimientos: lo tenía atado por las extremidades en unos extraños y rojizos hilos que llegaban hasta sus dedos. Lo hizo correr con todas sus energías gritando.

Los hilos de su destino se cortaron entonces. O más bien, ella lo hizo.

Un estruendo cubrió el hangar y el haz de luz de un disparo de éter salió del arma del capitán Harold y atravesó el estómago del chico. Y mientras este caía, Arlette se estremeció. La historia se repetía de nuevo.

Durante un parpadeo Benjamín se asemejó horriblemente a Eric, la aeronave al *Fiora* y el capitán Harold al contramaestre que había destrozado su vida.

Y luego, simplemente, el ruido de los huesos de su amigo golpeando el suelo y el silencio de la Armada.

—Se me ha agotado la paciencia. —A Harold le ardían los ojos de rabia. Tras guardar la pistola, aun humeando muerte en la boca del cañón, volvió a apuntarla con su espada—. ¿Vas a luchar o vas a coger el camino fácil? Responde, porque no te daré más tiempo.

Arlette observó a su enemigo. Fijó la vista en la espada brillante que la

señalaba, y después dejó que sus ojos se posaran sobre el cuerpo agónico de Benjamín.

Al hacerlo sintió una desolación terrible, tan colosal que olvidó el olor a éter y a piel quemada, ignoró las risas fantasmagóricas arrebatándole espacio al viento y, por encima de todo, renegó de la voz de su enemigo ordenándola luchar.

La Dama Sanguinaria no quería seguir, solo que terminara ya. Estaba harta. Aquel momento se había vuelto una macabra copia del peor día de su vida. ¿Es que estaba destinada a ver morir a las personas que le importaban frente a sus narices una y otra vez?

Cerró los parpados y abandonó cualquier resistencia, ni siquiera mantuvo el arma en posición defensiva, dejó que rozara la superficie a modo de respuesta.

—Decepcionante —afirmó el capitán—. Tanto tiempo persiguiéndote, preparándome para nuestro duelo, y al final... ¿Ni siquiera piensas combatirme? ¡Qué vergüenza! —Y se dirigió hacia ella con el estoque en vertical, preparado para atravesar cabello rojizo y carne en cuanto hiciera un juego de muñeca—. Oí que tu padre fue un admirable espadachín, sin duda se sentiría decepcionado si te viera ahora. —La criatura negruzca continuó envenenando su mente con susurros—. Todos tus esfuerzos no han servido para nada. —La voz era de él, su boca también, pero no sus palabras. Quien se dirigía a Arlette no era el capitán, sino la diosa.

«Mi padre».

Su padre no podía verla. Estaba muerto, y aun así notó como se le acongojaba el alma. Si estuviera allí, si la diosa no se lo hubiera llevado, tal vez ahora estaría gritándole que así no era como moría un pirata. Tal vez le hubiera recriminado tantos años de entrenamiento para nada, o incluso el haber confiado en ella para perpetuar su legado. O a lo mejor...

El capitán apuntó a su corazón con el estoque desde la distancia y se preparó para asestarle el golpe de gracia.

—¡Qué interesante! ¡Nunca había sentido algo así! —rugió Cosmos, que había mostrado su verdadera forma. No es que hubiera cambiado su aspecto, sino que había dejado que la pirata viera que estaba en todas partes. Un sinfín de hilos atrapaban a todos los soldados allí presentes, y en cada uno de ellos estaba la diosa, susurrando y riendo. Incluso entre los objetos podía verse una enorme telaraña de hilo rojizo deslizándose por todos lados, etéreo pero tan fuerte que nada podía despegarse de él. La única cosa que no estaba a merced de este, era la propia Arlette—. Dime. ¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Vas a

dejarte matar? ¿Te tirarás al vacío? ¿Te suicidarás?! ¡El no saber cómo responderás me tiene inquieta! Qué gran sensación es no saber algo. Nunca había sentido algo así... —Luego se enfadó—. Y a la vez, lo odio. ¡Por tu culpa! ¡Por ti estoy en esta situación! ¡Yo tengo que saberlo todo!

La dama sanguinaria apenas podía agarrar el mango de su espada con todos los dedos, parecía que se le resbalaría de entre ellos en cualquier instante.

«Acaba con ella ya. Mátala. Hazlo. Hazlo. Mátala», insistía Cosmos mientras lo agasajaba enroscándosele en la espalda.

Se vio fácilmente influenciado por sus susurros:

—Reza lo que sepas. —Y se abalanzó contra Arlette en un grito seco y cargado con toda la furia reprimida durante tantos años.

La Dama Sanguinaria estrujó el arma con todas sus fuerzas de improviso y esquivó la acometida como un inesperado rayo, atravesando el pecho del capitán en un parpadeo.

Todos enmudecieron mientras un sonido sordo y húmedo se alzaba. Los segundos pasaron, con Arlette abrazando al capitán y aplastando el mango de su espada.

—Soy ambidiestra —le confesó al oído, con una voz tan fría como el hielo.

Él apenas pudo soltar un quejido, la sangre le obstruyó la garganta como si las palabras fueran lo que le hubiera apuñalado.

Arlette sonrió al comprobar cómo la Diosa Cosmos abría su boca sorprendida. La encargada del destino, la que todo lo veía y todo lo sabía, sobresaltada. Por alguna razón, aquel monstruo no era infalible.

—Te destruiré —rugió desde la distancia—. ¿Crees que puedes reírte de mí? ¡Morirás aquí! ¡Así lo prepararé y así será! ¡No puedes cambiar lo que ya está escrito! ¡Desaparecerás! ¡Lo haréis todos!

Y como una tormenta, todos los hilos comenzaron a removerse para reformular el destino y adaptarlo a la incontrolable furia de la mismísima muerte.

* * *

En la aeronave que transportaba a Isabel y a los demás, se escuchó una orden apremiante en cuanto el piloto fue testigo de cómo la Dama Sanguinaria atravesaba al capitán Harold sin contemplación:

—¡Abre la puerta! —espetó su compañero atrapando su rifle y volviendo hacia donde estaba el grupo.

A pesar de que la Diosa Cosmos prometía tempestades contra la pirata, sus

susurros sonaban divertidos frente a Patrick. El tiempo discurría diferente para la criatura, y aunque su tapiz de hilos del destino se hubiera vuelto a enredar por el instinto de supervivencia de Arlette, ante Patrick era perfecto.

Él parecía ensimismado, con todos sus sentidos concentrados en la voz inmortal. Le dio igual que el soldado se golpeará con su pierna herida y que la puerta del transporte tragara viento en cuanto esta se deslizó.

—Tengo que confesarte algo gracioso —profirió el monstruo entre risas—. En realidad ya cumplí mi parte del trato hace tiempo. —Esperó a que Patrick saliera de su perplejidad y, entonces, disfrutando de su rostro descompuesto añadió—: Tu recompensa aguarda delante de tus narices.

Palideció y torció la cara incrédulo.

—No... —Extendió las manos con intención de agarrar a la criatura, pero sus dedos solo tocaron aire—. Me estás mintiendo.

A menudo se cree que la diosa es pura, amable, que está ahí para protegernos. Nut, la salvadora. Nut, la que da la vida, la que vigila, la que protege. Pero allí, en los confines de lo conocido, en el Cielo Infinito, entre los colores fantasía y los sueños perdidos de una isla escalofriante, solo había un ser inmortal que disfrutaba con el sufrimiento de un hombre que había dedicado su segunda vida a una sola cosa. Y ella se había encargado de aprovechar hasta la última gota. Cosmos se desintegró entonces, como vapor, como un chispazo o el crepitar de una hoguera a punto de apagarse. Lo hizo mientras sonreía, asegurándose de que dicha expresión fuera lo último que se marchara pronunciando la verdad muy bajito. Tanto que apenas resonó en la mente del antiguo alto, pero que aun así, redefinió toda su existencia.

El soldado apuntó con su arma directamente a la plataforma de aterrizaje y marcó como objetivo la espalda de la Dama Sanguinaria.

Patrick no tuvo más remedio, no había tiempo para pensar en ningún plan, solo se dejó llevar: se levantó con un grito desesperado y arrolló al hombre.

Este cayó fuera de la aeronave y se precipitó en un alarido hacia la mismísima nada.

Ni Isbel ni el conamaestre fueron capaces de reaccionar. Hacía tan solo un momento estaba tranquilo, y de repente ahora parecía fuera de sí. Ni siquiera se paró a explicarse o intercambiar alguna clase de mirada. Patrick atravesó rápidamente el pasillo de metal ignorando su rodilla y fue directo hacia el piloto.

—¿Qué ha sido eso?! —gritó tras pegar un bote en su asiento.

Patrick apareció ante él, enloquecido, como única respuesta. No dudó ni un

segundo en aplastarle la garganta con sus antebrazos mientras lo amenazaba con una furia injustificada:

—¡Pon el piloto automático y detén la nave! —Apretó su garganta con intenciones homicidas—. ¡Ya!

—¡Para! ¡¿Te has vuelto loco?! —gritó Isbel desde el fondo.

Pero él no podía oírla, no podía oír a nadie, solo a sus propios pensamientos instándole a darse prisa y a recordarle lo que estaba en juego.

Su víctima intentó zafarse, pero pronto descubrió que los pataleos y zarandeos eran inútiles ante la desventajosa posición que le brindaba el asiento. Enseguida cedió y pulsó un botón que bloqueó la dirección y los motores del aparato.

—Bien... A-Ahora... —jadeó tembloroso— si quieres salir de aquí con vida, libera al pirata.

El piloto no se inmutó, se quedó en silencio sin intención de hacer nada. Pero Patrick no podía esperar más tiempo, estaba viendo lo que ocurría al otro lado del ventanal. Las cosas se estaban poniendo realmente complicadas en el hangar, por lo que comenzó a asfixiarlo de nuevo. Mientras lo hacía este suplicó con golpes que parara. Intentó agarrarle de la boca. De las orejas. Aplastarle los ojos. Pero Patrick esquivó cada arremetida, y cuando el piloto ya estaba a un paso del desmayo, él le regaló aire.

—La próxima vez no me detendré: libera los cierres de su asiento.

La chica volvió a intentar calmar la situación, pero nuevamente fue ignorada.

—No tengo más tiempo para tonterías —insistió él con los ojos fijos en el piloto—. Tienes tres segundos para pulsar el botón correcto.

El dedo del soldado voló al teclado de mandos y de pronto el contramaestre se vio libre. En segundos Patrick lo sacó de su asiento y lo empujó vencido fuera de la cabina directo a las garras del contramaestre, que pegó un quejido por culpa de su herida. Con sus enormes manos lo lanzó más allá de la aeronave como venganza por haberle disparado. Luego fulminó con la mirada a Patrick. No parecía contento.

—Antes de que hagas una tontería... —Cojeó hacia un lado y dejó que viera lo que estaba pasando más allá del cristal—. Solucionemos esto, ¿de acuerdo?

—Está bien. —respondió con ganas de romper huesos—. Pero créeme que hablaremos.

Patrick se sentó de un salto frente a los controles, apretó botones de todas partes y atrapó los mandos frente a su pecho.

Fue entonces cuando se escuchó la explosión.

* * *

La Diosa Cosmos amenazó a Arlette poniendo a todos los soldados en su contra. A pesar de que utilizó su influencia para conseguirlo, no es que hubiera hecho realmente falta. Arlette acababa de atravesar a su capitán por sorpresa y lo estaba usando para que ninguno de los hombres allí presentes pudiera reventarla a balazos. Sin embargo, sí que tendría que esforzarse para conseguir que alguno decidiera lanzar una lluvia de éter contra su superior sin dudarle. A pesar de que la herida era claramente mortal, pues la espada de la pirata había atravesado casi por completo al hombre, este aún se mantenía en pie y movía los brazos para intentar alejarse de ella. Incluso probó suerte colocando sus manos sobre el cuello de su asesina; pero cualquiera que hubiera prestado atención al relato sobre la Dama Sanguinaria sabría que eso no iba a servirle de nada. Arlette lo miró a los ojos sumida en la rabia y sonrió desagradable, luego, simplemente, prestó atención a cada uno de los hombres para asegurarse de que ninguno conseguiría un tiro limpio.

«¡Destruídla! ¡Hacedlo! ¡Disparad!».

Sus órdenes surcaban el aire como olas de energía sobre los hilos. Sin embargo, estos hilos estaban agarrotados y eran incapaces de alcanzar los dedos que descansaban sobre los gatillos de los rifles.

Cosmos supo a qué se debía. A pesar de su poder, no podía conseguir que la gente hiciera algo excesivamente ilógico o fuera de su convicción, podía luchar para quebrantarla, susurrarles y poco a poco cambiar sus pensamientos con engaños. Pero aquello era demasiado repentino, no podía hacer que mataran a su superior con tal de dar también a la pirata. Le profesaban demasiado respeto y sabían que cuando él estuviera muerto ella sería la siguiente.

Pero la diosa no pensaba esperar, había planeado minuciosamente todo aquello, por lo que optó por utilizar su último as en la manga.

Tiró del hilo más lejano, uno que salía por la puerta del fondo y subía un sinfín de escaleras. Un destino que se enroscaba entre las tuberías, atravesaba un agujero corroído en una de las paredes y subía varios pisos por encima de allí, hasta la sala de máquinas. Allí había un hombre encargándose de la presión de los motores del *Odiseo*. Llevaba varias semanas sin prácticamente descansar, como la diosa había preparado. Su salud nunca había sido buena,

como la diosa había decidido. La preocupación y la presión de la lejanía de su familia durante tanto tiempo le habían agotado, como la diosa había previsto. Y, finalmente, como la diosa había sentenciado, su corazón fallaría aquel día; y así sucedió, en cuanto ella arrancó de cuajo el cordel que le unía a la eternidad.

Un dolor en el brazo, un quejido suave, de pronto una sensación incómoda en el pecho, los dedos apretándolo con fuerza, mareos, las piernas tambaleándose y, de pronto, y sin que sus compañeros de sala lo escucharan por culpa del estruendo de las máquinas, cayó sobre las palancas de presión que había estado controlando y las hizo subir al máximo.

La diosa sonrió a Arlette:

—Adiós.

En cuestión de unos segundos, los remaches de la sala de máquinas saltaron, los motores colapsaron y la presión provocó un estallido que se extendió por las tuberías hasta terminar en una impresionante explosión.

Y con ello, la *Odiseo* se partió en dos enormes y pesados pedazos inútiles sesgados por una increíble onda expansiva.

El hangar tembló y de pronto empezó a virar lentamente, curvándose y provocando que las aeronaves estacionadas, junto a la gente del lugar, se deslizaran sin control por el suelo directamente hacia el exterior.

Arlette fue una de esas personas. Empezó a rodar por la estructura y por más que luchó por agarrarse a todo lo que encontró, nada de lo que alcanzó resultó suficiente, por lo que tuvo que utilizar una solución desesperada: una alargada y gruesa baranda de metal amarillo que delimitaba tímidamente el final del hangar en tan solo los extremos. Le costó, pero empezó a rodar hacia el lado correcto para cambiar su destino. ¿El problema? Que también ganó velocidad.

Varios miembros de la Armada sin tanta sangre fría salieron irremediablemente despedidos por el hueco del hangar, algunas aeronaves rompieron columnas de metal en su descontrolado viaje antes de desaparecer en el cielo infinito. Todo estaba lleno de fragmentos virando y retumbando por doquier.

Pero ese no iba a ser el destino de nuestra pirata. Ella ya había conseguido ir directa al lugar al que deseaba ir, pero tan rápido que ya había adivinado que aquello iba a doler. Cerró los ojos.

El golpe contra la barandilla fue tremendo. Sonó seco y Arlette profirió un alarido horrible al sentir alguna de sus costillas astillarse. Sin embargo, aún

con todo, tenía que estar agradecida: aquella insignificante medida de seguridad la había salvado del abismo. Mientras seguía volando maquinaria al exterior, con gente buscando hendiduras a la que agarrarse y objetos sueltos golpeando a los pocos que lo conseguían, ella había encontrado un lugar donde poder ganar algo de tiempo; aunque ni siquiera estaba segura de cuánto, pues el hangar cada vez se giraba más, y llegado el momento, la baranda se convertiría en un socorrido suelo y, finalmente, en techo. Y en cuanto eso sucediera... Bueno, era mejor no estar allí para entonces.

Como si Patrick le hubiera leído la mente, retorció los controles de la aeronave y sin perderla de vista desde la cabina, corrigió la dirección para colocarse cerca de la Dama Sanguinaria.

—¿Es que quieres que la palmemos?! —le gritó el contramaestre al escuchar cómo decenas de objetos, e incluso personas, se estrellaban en el almacén de la aeronave. Se había colocado directamente al lado de la pirata, pero su tamaño era mucho más largo que esta, y por tanto resultaba imposible no convertirse en una diana para toda clase de pedazos sueltos.

—¡Cállate! —respondió muy pendiente de la velocidad a la que el enorme fragmento del *Odiseo* estaba descendiendo hacia la nada. Resultaba en un efecto extraño, pues al no haber nada más allá de las nubes, parecía estático; como si flotara en la nada. Sin embargo, la velocidad a la que se elevaban las formaciones coloreadas y cómo soplaban el viento contra la aeronave y todo lo demás, estaba claro que aquello cada vez iba a descender con mayor velocidad; y entonces, ni la Dama Sanguinaria ni la propia aeronave, podrían soportarlo.

Tiró de una palanca colocada junto a uno de sus muslos y de pronto los motores quemaron éter a mayor velocidad. La cabina retumbaba como si fuera víctima de un huracán pero gracias a ello, Patrick consiguió igualar el descenso entre el hangar y el transporte.

Fue en ese preciso momento cuando nuestro sorprendente piloto vio con horror lo que estaba a punto de pasar:

—¡Cuidado! —soltó por el intercomunicador para avisar a la pirata.

El ataúd de Eric surgió entre maderos y hierros, deslizándose como un tren directo a la barrera en la que ella estaba.

Arlette apenas tuvo tiempo de esquivar la embestida y salvarse. El golpetazo machacó el metal a escasos centímetros de su cabeza y deformó la barandilla de tal modo que ella se vio a punto de caer al vacío.

Solo sus reflejos la salvaron: se abrazó como pudo a la estructura y con los

pies en el aire empezó a balancearse sobrepasada por el pánico.

Para colmo, el ataúd había quedado encajonado allí, y su peso estaba forzando los límites de lo único que separaba a Arlette del fin. Como una broma macabra, tal vez orquestada por la propia Diosa Cosmos, vio que algo cayó sobre el ataúd también. No fue suficiente para terminar con su suerte, pero sí bastante para impedir que siguiera pensando: el cuerpo de Benjamin acababa de caerle encima, sin una expresión en su rostro, con la mirada perdida y la sangre aún húmeda bañándole el torso.

—¡Capitana! —El contramaestre había conseguido agarrarse a un asa del marco superior de la compuerta y desde ahí, con Isbel protegiéndose tras su espalda de los porrazos furiosos del viento, estiraba la mano buscando que Arlette la cogiera—. ¡Dame la mano! ¡Venga!

En circunstancias normales, la pirata se hubiera balanceado grácil, cogiendo impulso como una malabarista, y no hubiera dudado en soltarse para salir triunfal de aquel infierno.

Pero aquella no era una situación normal. Le faltaba una mano, la anemia le drenaba a cada segundo las energías y, para colmo, una duda había germinado en ella por culpa de la diosa.

Mientras veía los hilos rubí aún conectados a todas partes, transparentes pero vivos como el fuego, no pudo evitar observar el cuerpo de Eric y luego el de Benjamín. Ambos juntos, colocados ahí a propósito como un macabro trofeo de lo que sus decisiones habían provocado.

Y entonces, lo oyó:

—Arl... —Una palabra se partió cerca de ella.

Benjamín movió entonces los ojos, solo un milímetro, apenas medio pestañeo. Pero lo suficiente para que ella se percatara. Aún seguía vivo.

Ante el horror, ella decidió estirar la mano. Pero no hacia el contramaestre, sino hacia su lado.

—¡¿Qué vientos haces?! —le gritó el pirata.

«¡Aún está vivo! ¡Lléváoslo, salvadle a él! Dejadme a mí» quiso gritar, pero ni siquiera lo susurró; estaba al límite.

Los altavoces de la aeronave volvieron a retumbar:

—¡Coge su mano! ¡No aguantará mucho tiempo! —Patrick estaba al borde del infarto.

Y aun así, Arlette no se inmutó. Siguió estirando su única mano hacia el cuerpo de Benjamín, con la vista clavada en su rostro y buscando un nuevo gesto.

La barrera chirrió entonces, se quejó redoblándose con un tirón y se vio hacia una caída libre que solo resultó en un susto gracias a que uno de sus extremos aguantó estoicamente atornillado al hangar.

—¡Maldita mujer! —Aquello no resistiría—. ¡Por el amor de Nut! ¡No puedo alcanzarte desde aquí si no me ayudas! —le suplicó el contraataque estirándose todo lo posible—. ¡Coge mi jodida mano, loca del demonio! — Incluso Isbel intentó ayudar haciendo de contrapeso tirando de él hacia atrás para que no se viera absorbido por el exterior; incluso aunque su fuerza resultara insignificante.

Pero la pirata siguió empeñada en el chico. No podía dejarle ahí. Recordó todo lo que le dijo junto a la lumbre en la isla de los sueños y cómo la miraba. Vio todo lo bueno que tenía y se percató de que nuevamente un hombre puro había sido castigado por el simple hecho de mantenerse a su lado.

Con la conciencia resquebrajada, la pirata insistió. Buscó incluso balancearse, pero cada vez le resultaba más complicado e inútil. El codo se le había entumecido y sentía cómo a la altura del hombro algo empezaba a rasgarse.

—Vas a caer. —De improviso una mancha negra flotó cubriendo su campo de visión. De ella surgió Cosmos con su característica sorna y luego flotó a un lado—. Aunque... Él primero—. Y tiró del hilo que mantenía la estructura de metal completa.

De este modo Benjamín desapareció vencido por la gravedad, y con él, el ataúd de Eric.

—¡No! —consiguió gritar Arlette por primera vez, la voz desgarrada por la furia, antes de intentar asir al muchacho como acto reflejo y, por lo tanto, caer también.

El contraataque se quedó perplejo, con el brazo aún fuera de la nave y la mirada incrustada en lo que quedaba del barrote; ahora vacío. Isbel, por el contrario, se había echado atrás horrorizada y se había tapado la cara con sus manos.

«No puede ser», pensó Patrick. Recordó todo aquello por lo que había pasado hasta ese momento. Cuántos cielos recorrió y peligros salvó, todo para llegar a aquel instante. ¿Y resultaba que había sido para nada?

Una sensación horrible empezó a empantanarse por su mente, se deslizó a través de su garganta y llegó ardiendo a su corazón. Y entonces reaccionó.

—¡Agarraos fuerte! —avisó mientras empujaba con fiereza la palanca de velocidad de la aeronave.

El transporte volvió a ganar potencia, dejando atrás los temblores para directamente empezar a chirriar en cada parte que lo mantenía unido. El giro que dio fue tan inesperado, que el contramaestre quedó superado por la fuerza y cayó dentro hasta golpearse con los asientos de metal.

En un segundo, la aeronave había adelantado en descenso a lo que quedaba del *Odisseo* y caía en picado hacia la nada.

El gigantón rodó hacia la cabina pero finalmente se quedó atrapado en una pared, que en ese instante era el suelo sobre el que descansaba su ancha espalda:

—¿Se puede saber qué estás haciendo, viejo senil de mierda?!

—¡Puedo salvarla! —bramó Patrick desde sus asientos.

Las nubes iban golpeando la cabina, chocando con el cristal mientras sus ojos buscaban desesperados la figura de la pirata entre los pedazos que habían caído antes y después. Al ver que no aparecía, aceleró todavía más, con los indicadores de temperatura al máximo y refulgiendo luz por todo el cuadro de mandos.

—¡Patrick! —suplicó Isbel agarrada torpemente a uno de los asientos. Aquellos avisos sonoros que empezaron a inundarlo todo la tenían aterrada—. ¡Para! ¡Vas a matarnos!

Pero él no iba a detenerse. Si se rendía ahora todos aquellos años no iban a servir de nada. Prosiguió seguro de sí mismo, de que su experiencia en el pilotaje le serviría. Aquel trasto no era muy diferente a otros que había pilotado. Solo él había surcado el Cielo Sin Fin más allá de lo que cualquiera había soñado. Sobrevivió a tempestades eléctricas, a tornados de hielo, superó islas de fuego y escapó de monstruos alados. Si pudo con eso podría con...

—¡Ahí! —gritó al distinguirla entre las nubes, cayendo inconsciente mientras su cabello embravecía más rojo que la sangre.

—¿En serio?! —El contramaestre dejó de maldecirle.

—¡Escuchadme bien! —Tragó saliva, era consciente de lo que iba a decir era una locura—. Voy a acercarme y en cuanto iguale la velocidad voy a intentar virar para enderezar la aeronave y volver a nuestra posición anterior. Cuando esto suceda recibiremos una sacudida bastante seria, pero ella quedará a vuestro alcance. —Se guardó para sí mismo la posibilidad de que alguno de los motores reventara o que parte del fuselaje fuera arrancado por la fuerza del viento—. ¿Podréis recogerla?!

El pirata refunfuñó:

—¿Acaso nos vas a dar otra opción?

—Lo tomaré como un sí... —Ya estaban casi a su altura. Podía verla a unos cuantos metros delante del cristal. Su cuerpo caía dando ligeras vueltas, si no se daban prisa su cuerpo se haría pedazos; las velocidades a las que estaban eran ya de por sí suficientes como para partir sus huesos si hacía un mal gesto—. ¡Atención!

Isbel cerró los ojos y apretó las manos contra el respaldo.

—Tres... —Patrick apretó los pulgares en la punta de los mandos mientras respiraba nervioso—. ¡Dos! —Memorizó el movimiento que debía hacer para que Arlette quedara justo en frente del hueco abierto de la aeronave—. ¡Uno!

Los motores omnidireccionales se retorcieron cuando inició la finta. El verde del éter dibujó una circunferencia en cuanto empezó a girar y de pronto parte del armazón se rasgó. Por suerte, la sacudida fue aplacada por las formas aerodinámicas de la aeronave, y esta de pronto se vio de nuevo en posición horizontal. El contraмаestre se descubrió de pie sin saber muy bien cómo y, tras un segundo de perplejidad, comenzó a correr de nuevo al marco por el que volvía a entrar viento a raudales.

—¡Más cerca! —gritó al ver que la pirata estaba demasiado lejos para agarrarla.

Patrick corrigió siguiendo sus órdenes y estuvo obligado a también bajar un poco la velocidad, pues empezaban a dejarla atrás en el descenso.

—¡Un poco más!

La aeronave ya apenas estaba separada de la pirata.

—¿Puedes atraparla?! —preguntó Patrick mirando por el rabillo del ojo hacia lo poco que podía ver de ella en su asiento.

Lo intentó, pero había algo que andaba mal. Por más que se esforzara por salir, la virulencia a la que le sometía el exterior le imposibilitaba estirar los brazos.

—¡Putá mierda! —Soltó tras entrar en la aeronave sin la pirata—. ¡No puedo! ¡El jodido viento me impide mantener el brazo estirado! ¡Vamos demasiado deprisa! ¡Y si no me hubieran disparado por tu puta culpa sería más fácil!

El silencio cubrió entonces todo el lugar. No sabían que hacer. La tenían a escasos metros pero aun así no podían salvarla. Arlette continuaba cayendo inconsciente, o tal vez algo peor, sin control y ellos eran incapaces de remediarlo.

Hasta que Patrick tomó una decisión aún más desesperada.

—¡Vuelve ahí e indícame!

—¿Qué parte de «no puedo» no has entendido?!

—¡Hazme caso! —La velocidad del aparato volvió a subir y de pronto la Dama Sanguinaria quedó por encima de ellos—. ¡Voy a utilizar el techo! ¡Vamos a colocarnos debajo de ella y a reducir la velocidad lentamente para igualarla y a partir de ahí detener su caída y la nuestra progresivamente!

—¡Eres un puto loco!

—¿Se te ocurre algo mejor?!

—Vira a la izquierda...

Y así hizo.

—Mantente así un segundo más y luego clávate. —Siguió dándole indicaciones unos segundos más, con algunos errores por los nervios y los temblores que soportaban, pero finalmente, la pirata quedó justo encima de ellos—. ¡Muy bien, viejales! ¡El resto es cosa tuya! ¡Más te vale hacerlo bien o se convertirá en mierda!

—No hace falta que lo digas... —murmuró Patrick sudando a chorros.

Poco a poco, el ruido de la gravedad chocando contra el metal fue descendiendo, y mientras esto sucedía también lo hizo la distancia que separaba a Arlette de sus compañeros. Las nubes se partían mientras seguía el descenso, y con este los nervios de Isabel iban aumentando. Temía que de un momento a otro fuera a oír un golpe sordo que certificará un triste final para la pirata.

Sin embargo, parecía que realmente Patrick sabía lo que se hacía. No tenía prisa, iba bajando la palanca de velocidad poco a poco, con leves toques cada varios segundos que iba contando en voz baja para sí a la vez que vigilaba las vistas para no chocar con cualquier pedazo o cuerpo extraño que pudiera surgir de golpe; a fin de cuentas, Arlette no era lo único que estaba descendiendo a gran velocidad.

Algo golpeó ligeramente el techo, fue más un roce. La pirata estaba a escasos milímetros de su salvación, pero aun así había que tener paciencia y no parar en seco. Si giraban o descendían la velocidad, conquistados por la impaciencia, su cuerpo sufriría las consecuencias.

Tal vez la Diosa Cosmos sabía muy bien eso, o puede que solo fuera casualidad. Es posible que sea algo que nunca descubramos. El caso es que un nuevo problema se presentó cuando casi la habían salvado. En el horizonte, a cientos de metros por debajo, empezó a surgir algo de entre la nada. Era una superficie azulada enorme, gigantesca, y abarcada cientos de kilómetros por

todas partes.

—¿Una isla flotante?! ¿Ahora?! —Patrick tembló y a un paso estuvo de tirar de la palanca de golpe. Tuvo que respirar muy hondo para no hacerlo.

Mientras la superficie se hacía cada vez más grande, las nubes dejaron de golpear la nave. Patrick seguía contando. La mano le temblaba, pero prosiguió su estudiada desaceleración con perfección.

—¡Ya está! —Isbel pegó un salto al notar justo encima suya algo sonar seco pero suave.

—¡Viejo senil, baja la velocidad!

—¡Tengo que hacerlo progresivamente! Si no tengo cuidado, su cuerpo irá más rápido que nosotros y sufrirá las consecuencias. Además, podría escurrirse de la nave. —Dio otro pasito más para descender la velocidad.

El transporte ya no temblaba, la velocidad a la que iban era excesiva, pero la integridad de la maquinaria ya no corría ningún peligro. Por desgracia, el cuerpo extraño gigante que aguardaba abajo seguía acercándose, o más bien lo hacían ellos.

Patrick no quiso decir nada al respecto, si no se habían dado cuenta no sería él quien cargara más tensión a la situación. Pero quedaban tan pocos metros, ya ni siquiera cien.

—Tienes que estar de broma... —se le escapó al darse cuenta de lo que aguardaba abajo realmente.

Además, no le daría tiempo a frenar del todo antes de impactar. Tenía que parar ahora o nunca.

—¡Agarraos! ¡Voy a detener la nave de golpe!

—¿En qué quedamos?!

—¡Qué os agarréis! —Y al verse a un paso de estamparse clavó la palanca en la posición del cero.

Los motores giraron tras la orden y empezaron a detenerlo todo. Pero no fue suficiente, el grupo sintió como la aeronave se golpeaba con algo y temblaba súbitamente.

Patrick suspiró al comprobar que lo habían conseguido aún con el choque.

—¿Con qué hemos choc...? —Isbel se trabó a media frase cuando se percató de cómo el cuerpo de Arlette trastabillaba al otro lado de la puerta—. ¡Se cae!

El contramaestre saltó al marco e intentó agarrarla, pero no pudo.

Isbel gritó horrorizada y, entonces, el contramaestre se quedó pálido al darse cuenta de dónde estaban.

—Por todas la mierda del firmamento... —balbuceó.

Ella estaba bien, solamente flotaba sobre agua, una inmensa cantidad de ella y tan profunda que no podía verse el fondo.

Patrick surgió entonces, saltando sin pensárselo al exterior para atrapar a la chica y llevarla hasta la seguridad del interior de la aeronave, que se había convertido en una especie de barco a merced de una sorprendente marea.

—¿Qué es este lugar? —inquirió Isbel impresionada.

Era normal, pues nunca lo había visto con sus propios ojos antes. En realidad ninguno lo había hecho, ninguno a excepción de Patrick.

En cuanto Arlette estuvo en el suelo y Patrick subió también, este último respondió:

—Es el océano.

La joven soñadora quedó prendada. Ni siquiera se preguntó cómo era posible que hubiera agua allí. Solamente admiró el modo en que esta acunaba con timidez la aeronave, deslizándose al unísono y dibujando una estampa cristalina preciosa. Incluso las nubes, ahora muy por encima de ellos, reflectaban sobre el océano engrandeciendo las vistas todavía más.

—¿Pero cómo es posible? Creí que solo eran chaladuras... —comentó el contramaestre sin dar un solo paso.

A Patrick le importaba más bien poco. Su atención estaba enfocada en la pirata, que se mantenía empapada e inmóvil en el suelo del transporte.

—Le han cortado una mano... —Chasqueó los labios con desaprobación—. ¡Malditos salvajes! ¿Qué te han hecho?

Su extraña afabilidad hacia la Dama Sanguinaria no pasó inadvertida para el gigantón.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? Hasta hace unos minutos eras un completo gilipollas, y ahora parece que cagues arcoíris.

Él iba a contestarle, pero un susurro cruzó todo el lugar y se dirigió hacia la risueña joven que contemplaba el océano, maravillada. Durante un segundo, Patrick pudo ver a Cosmos abrazarla.

—Es precioso... —murmuró Isbel.

Y luego desapareció, como si nunca hubiera existido.

Cuando despertó, lo primero que identificó fueron los tablones que conformaban el techo de la habitación. Luego sintió los huesos doloridos y la cabeza punzante; parecía como si sus sentidos estuvieran activándose poco a poco. En el ambiente se percibía cierto regusto húmedo. Ni un solo murmullo, pero dadas las circunstancias, quién sabe si producto de su estado más que del lugar.

Arlette parpadeó muy lentamente antes de conseguir reordenar todos sus pensamientos: la explosión del *Odiseo*, el lago congelado, Benjamín cayendo... la criatura riendo, riendo sin parar. Todo se le presentó amontonado y hasta que no consiguió darle sentido no pudo reaccionar.

—¡Benjamín! —exhaló con un sobresalto al conseguirlo.

Pero unas manos invisibles en forma de dolor intenso impidieron que se incorporara. Sus músculos se quejaron y su boca lo expresó con un lamento sordo.

—¡Cálmate! —Una voz familiar brotó a su encuentro—. No te muevas demasiado: aún no te has recuperado del todo. —La cara de Patrick surgió ante sus ojos con cuidado y acompañado de una inesperada felicidad.

Ella no supo muy bien cómo sentirse al respecto, no es que hubiera hablado demasiado con él, pero al menos era alguien al que conocía.

—¿D-Dónde? ¿D-Do...Dónde...? —Buscó terminar la frase pero la voz se le deshacía en su reseca garganta.

—¿Dónde estamos, dices? —completó por ella—. En Primrose, es un lugar muy distante del que nunca habrás oído hablar. Está lejos, realmente lejos del Imperio del Aire y me atrevería a decir que también de todo lo demás. Es un tanto... peculiar.

La pirata removió la cabeza disgustada: no era eso lo que quería decir. Luchó como si tirara de unas enormes pesas para hacer trabajar sus cuerdas vocales y dijo:

—¿Dónde está? —Tragó saliva—. Benjamín.

El hombre ensombreció de repente. Había pasado de una alegría inusitada a una incómoda expresión silenciosa.

No hizo falta que respondiera.

La Dama Sanguinaria apretó los dientes. Comprendía a la perfección lo sucedido. Después, exhaló el aire con fuerza, casi en un resuello. Su expresión crispada mostraba unos ojos brillantes bajo el ceño fruncido, ardiendo de rabia. Y de pronto, un velo húmedo los cubrió. En silencio, apartándose las lágrimas casi a golpes, lloró. Por fuera solo parecieron un par de gotas, ardientes de ira. Por dentro, su corazón aullaba.

Patrick no tenía muy claro cómo consolarla. Se había pasado mucho tiempo a su lado, durmiendo en una silla desgastada colocada muy cerca del cabecero de la cama. Había pasado ahí casi el mismo tiempo que Arlette había estado inconsciente, cuidándola con dedicación y apenas sin dormir. Se encargó de que a su cuerpo no se le formaran llagas por culpa de la inactividad. Le había doblado y estirado las rodillas, los codos... Incluso mojó con toallas sus labios y la alimentó como buenamente fue posible. Pero ahora que estaba despierta se sentía completamente perdido.

Decidió que lo mejor que podía hacer era tranquilizarla con una caricia en el pelo y unas palabras reconfortantes... Solo que nunca llegaron.

Ella se incorporó con cuidado, esforzándose para que su espalda no se partiera como el tallo de una flor. No se dio cuenta, pero él se encargó de recolocar la almohada para que pudiera permanecer apoyada en el cabecero.

Fue en ese momento cuando la chica cayó en la cuenta. Elevó rápidamente sus manos y se sobresaltó al ver eso mismo: dos manos.

—¿Pero qué...?! —La voz empezó a regresar, sonaba ronca, pero ya podía percibirse su temperamento en cada letra.

El miembro, que debería haberse terminado a la altura de su antebrazo, exhibía ahora algo muy parecido al resto de su extremidad; incluso reaccionaba sin error alguno a todos sus estímulos. Un guante ocultaba los detalles de lo que fuera que hubiese allí, pero parte del mismo escapaba por el reborde de la tela y subía hasta el lugar donde el original había sido cercenado. Allí se atisbaban los restos de una compleja operación rematada por conexiones metálicas visualmente menos complejas y más agradables de lo que cabría esperar, pues podía presuponerse que estas acababan unidas a los nervios y músculos de la paciente. Sin lugar a dudas era una prótesis: una bastante extraordinaria.

El antiguo Alto le resolvió el misterio:

—Fue idea de la dueña de este lugar. Tuvimos mucha suerte, resultó ser una verdadera genio y una excelente cirujana.

—¿Y se puede saber quién vientos le dijo que podía jugar conmigo? —

Sus ojos miraron furibundos a su acompañante.

—Fui yo. —Y antes de que ella tuviera la idea de partirle la cara se apresuró a explicarse—. Tras salvarte, estuvimos días perdidos. No teníamos comida, no teníamos medicamentos... y tu aspecto no hacía más que empeorar. Ardías tanto... Cuando llegamos a este lugar estábamos desesperados. Hubieras muerto si no llega a ser por esa mujer. Nos acogió en su hogar, limpió tu herida, la cual te puedo asegurar que tenía peor aspecto del que te puedas imaginar, y una vez controló la infección te proporcionó una prótesis apiadándose de nuestra situación.

Mientras hablaba, Arlette había estado estudiando el extraño artilugio. No se había atrevido a mirar más allá del guante, pero podía escuchar los pistones deslizándose por debajo del cuero negro. Un suave sonido, como de contrapesos o quién sabe qué, ayudaban a doblar las falanges y por cómo sentía su peso en la extremidad, el material era realmente robusto. Sin embargo, le repugnaba imaginarse los nervios de su brazo fusionados a aquella cosa.

—Sé que no debería haber tomado esta decisión por ti... Pero no quise que lo primero que vieras al despertar fuera tu brazo destrozado. —Se lo pensó, pero al final lo dijo—. Suficientes malas noticias has tenido ya, quería darte algo bueno... y la dama se ofreció, encantada con la idea. —Luego se levantó, al hacerlo algo chirrió a la altura de sus piernas—. Además, también hizo algo por mí. —Con su puño golpeó unos hierros que subían de la planta de su pierna mala hasta el muslo, un engranaje descansaba junto a su rodilla, muy cerca de unos cuantos cinturones de cuero que recorrían la extremidad fuertemente—. Tuvo que recolocarme la rodilla cuando llegamos. Me aseguró que era mejor así. Y créeme, dolió una barbaridad. Pero bueno... Cuando me quite esta cosa podré volver a caminar; aunque probablemente me hará falta un bastón.

Una vez terminó, la chica se dio cuenta que en el fondo él había obrado bien. Odiaba reconocerlo, y de hecho no se lo expresó de ninguna de las maneras, pero volver a tener una mano, aunque fuera de aquel modo, era mejor en cualquiera de las circunstancias.

—Has dicho... «estuvimos días perdidos». ¿Eso nos incluye solo a nosotros dos o...?

—No... También está tu contramaestre.

—¿Solo él? ¿Y la chica?

Vergüenza. Escapaba por el reflejo de sus iris marrones:

—No... Ella... Ella no. Solo los tres.

Arlette quería saber más. El modo en que su mirada huía de la de ella le estaba diciendo que evitaba algo importante, pero decidió, por cómo lo dijo, que era mejor no ahondar por el momento en ello; ya habría tiempo de sobra para los detalles.

Llegados a este punto era el momento perfecto para que alguien entrara en escena. Un poco de movimiento, de desarrollo, nuevos acontecimientos e información, lo que fuera. Sin embargo, solo el silencio acudió al cuarto.

Sinceramente, a la pirata lo que menos le apetecía era hablar. Él se la había quedado mirando de pie, con esa extraña actitud de cercanía y esa expresión mezclada de alivio e incomodidad sacándola de quicio. Así que hizo lo que en circunstancias normales hubiera hecho: analizar el entorno.

Torció el rostro, no sin antes recibir un pequeño tirón, y luego oteó toda la habitación.

Aquel lugar le transmitía una sensación muy extraña. Las paredes estaban levantadas a base de adoquines pedregosos, algunos vestían musgo en sus bordes y otros se mostraban oscurecidos por exceso de humedad. Aquel lugar carecía de ventanas y la única luz provenía de una triste lámpara que colgaba en el centro del cuarto ahorcada por una corta cadena de eslabones gruesos y deformados.

«Este sitio parece una maldita mazmorra. O peor, una prisión».

Por lo demás, nada que fuera tranquilizador, una mesa de trabajo a rebosar de piezas desmontadas y herramientas voluminosas, un tablero colgado con toda clase de papeles clavados de mala manera y llenos de garabatos, una puerta deformada pero robusta... y al fondo una espeluznante mesa camilla de hierro.

«Vale, no... Esto parece más bien una sala de torturas».

—¿Dónde decías que estábamos? —La preocupación había empezado a acrecentarse en ella.

—Primrose, lo llaman.

La puerta se abrió de un porrazo y el gigantón surgió a través de ella.

Arlette pegó tal bote que maldijo a los mil vientos cuando sintió el dolor recorrerle la columna.

—¡Pero si la loca del demonio ha despertado! —Llevaba consigo un cuenco de hierro con unas cuantas manzanas. Atrapó una entre sus dientes y la partió por la mitad de un solo bocado—. *Mhe... alefro. Emfzaba a aburibme.* — Ahí llegó otro nuevo mordisco; parecía un tiburón.

La Dama Sanguinaria se limitó a saludarle con un leve contoneo de cabeza, pero aun así él se percató de que se alegraba de verle.

—Ni un *efesti*... —Tragó lo que quedaba contento—. Ni un ejército ha podido contigo. Parece que la diosa Nut te sonrío.

Y entonces, la pirata recordó a Cosmos; a ella y a su horrible carcajeo.

Sobresaltada, fue testigo de cómo ante sus ojos los hilos rojos del destino reaparecían como si en realidad hubieran estado allí desde el principio y hubieran sido ignorados por ella para hacerse el despertar menos terrible. Pero ahora, con el recuerdo del monstruo golpeando sus sentidos, Arlette no pudo obviarlos por más tiempo. Al igual que en la anterior ocasión, estos estaban conectados a sus dos compañeros y a todo lo que alcanzaba la vista; a excepción, una vez más, de ella.

—¿Qué sucede? —quiso saber Patrick al fijarse en que su piel palideció—. ¿Te sientes mal?

La chica de cabello sangriento hizo un ademán para contestar, pero se arrepintió al momento. No quería que la consideraran una lunática, ni ella misma tenía claro si todo había sido real. ¿Y si lo que veía en ese momento era una consecuencia de su traumática experiencia? Pero... ¿Cómo podía serlo? Había pasado por cosas terribles con anterioridad, aquello no podía haberla trastornado tanto.

—¿Capitana? —El gigante también se preocupó, se puso junto al cojo y observó a la pirata con interés.

—Y-Yo... —Las palabras crujían por su garganta y se amontonaban—. En la fragata... Vi algo.

—¿Algo?

—Sí... Algo raro.

—No entiendo ni jota. —El contramaestre se rascó la calva con fuerza.

Patrick presintió que era importante por su mirada, su expresión, el cómo le temblaba el habla.

—Dilo. —Incluso su tono cambió. Recordaba mucho más al hombre serio y distante que conoció en aquel extinto camarote que tanto echaba de menos—. ¿Qué es lo que viste?

El ambiente parecía opresivo, menos afable. Arlette sentía que si pronunciaba las palabras aquella cosa se presentaría ante ella y se la llevaría al infierno. Sentía escalofríos en la piel y se esforzó en controlar el temblor, que no estaba causado por la fiebre ni por el dolor, solo por el simple y llano temor a lo desconocido. Se sintió aquella niña que tenía pesadillas por las

noches y a la que su padre, el capitán Giles, tranquilizaba diciendo que si aparecía algo él se encargaría de hacerlo caminar más allá de la tabla. Pero aquella criatura, aquella mujer etérea de piel pegajosa, resultaba ser quien hacía a los demás caminar por la tabla hacia el abismo al que les empujaba.

«Fui yo quién susurró durante semanas para provocar el motín que acabó con tu padre aquel día».

La pirata cerró los ojos y apretó los puños. El ruido del metal chocando consigo mismo hizo de aquel gesto algo más importante.

—¿Viste a la oscuridad? —Patrick terminó por dar el primer paso.

Y la Dama Sanguinaria resurgió clavando su atención en el hombre que ahora la observaba con ojos impregnados en rabia.

—Viste... ¿Al destino? —Buscó mejor definición—. ¿A la muerte?

—La conoces.

—También la he visto. —Los dientes le rechinaban—. Era Cosmos, la misma que veneraban aquellos hombres en la isla. Exactamente ella, la que dirige nuestras vidas, controlándolas como si solo fuéramos parte de un cuento. Escribe cada uno de nuestros pasos, influye en nuestra forma de pensar, en nuestros sentimientos y palabras. Con sus tejemanejes nos prepara para que su historia sin final discurra por donde debe. Para ella no somos más que letras o...

—Hilos... —susurró Arlette observando el que se enredaba en Patrick.

Él asintió con calma:

—Así es, hilos.

* * *

Sucedió en un instante. Estaba disfrutando de las vistas que le proporcionaba el mar brillante y de pronto delante suya ya no había nada. La aeronave se esfumó junto a sus compañeros y en su lugar emergió un desierto color perla tan rápido que no tuvo tiempo siquiera de respirar. Fue como si un sueño, o más bien una pesadilla, la hubiera agarrado de la muñeca y alejado de la realidad hasta hundirla en la fantasía más retorcida y profunda que pudo encontrar. Un lugar con horizontes infinitos y tan claros como la nieve. Las dunas se desdibujaban por todas partes, enterradas en laderas que se deshacían con el susurro del viento y que se formaban nuevamente como si el lugar tuviera vida propia. Si se prestaba la suficiente atención, los granos de arena parecían vibrar, como parte de un gran organismo que palpitaba tan lentamente que recordaba al oleaje en un día de primavera. No nos

confundamos, a pesar de mi descripción, por más que lo pareciera, aquel lugar no tenía nada de agradable. Isabel solo tuvo que levantar la vista para descubrir un tenebroso cielo negro, tan oscuro que por él no podía pasar el más mínimo resquicio de luz y que unido al desierto brillante provocaba un extraño contraste cromático.

Ella, siendo lo único con colores vivos y variados, volteó agitada y enmudeció al contemplar en la distancia un enorme árbol reseco y retorcido sobre sí mismo. Lo peor llegó después, cuando identifico a un sombrío ser reposando en el interior de una deformada y ancha llaga nacida en el torso de madera; parecía dormida, recostada y protegida por el tronco como si este fuera su cascarón.

La joven de cabellos claros no se atrevió a apartar la mirada. Mientras temblaba, temerosa de que tal vez si bajaba la guardia la criatura inanimada surgiría inesperadamente y se la comería, oteó lo que pudo inmóvil. Se fijó en cómo las raíces del enorme árbol desaparecían entre la arena y a ambos lados, a modo de tenebrosa alfombra, cientos de hojas aguardaban desperdigadas y podridas rodeando desde la distancia a las ramas huesudas que una vez abrigaron. Finalmente, alentada por el abrumador silencio y la quietud más absoluta, Isabel dio un paso atrás muy lentamente. Al hacerlo sintió cómo la duna sobre la que estaba se deformaba con suavidad. Sin embargo, el ruido que produjo fue como el de un alud.

De golpe, la entidad abrió los parpados con una amplia y juguetona sonrisa. Sus pupilas lechosas crearon en la joven una sensación de peligro sofocante, tan intenso que casi podía notar a su corazón romperse.

Pensó en echarse a correr, pero antes de que sus piernas reaccionaran, la misteriosa criatura habló:

—*Elver Tas'a obor.* —Debió intuir el desconcierto de Isabel, pues tradujo sus palabras—. No hay adónde huir. —Cosmos surgió de su insólito trono—. ¿Y por qué ibas a querer hacerlo? —Caminó hacia la falsa princesa con tranquilidad, casi patinando sobre los granos pálidos y prestando especial atención en que sus movimientos no supusieran ninguna clase de amenaza para la Baja—. ¿Acaso no te fuiste de La ciudadela para encontrar tu hogar? —Su voz distorsionada cosquilleó el aire hasta ella—. Pues lo conseguiste.

Isabel torció el rostro un momento y se quedó bloqueada. ¿Qué era lo que acababa de decir?

—No me mires así y habla. Estoy segura de que este es el idioma correcto. —Ya estaba a su lado—. Nunca antes te habías guardado tus pensamientos,

desha. Solías decir lo que pensabas. —Su rostro mostró, de alguna forma, cierta nostalgia—. Echo de menos esos días en los que podíamos hablar de cualquier cosa. Supongo que en parte por ello te hice regresar. Es muy tedioso gobernar sin compañía. —Sonrió—. Si soy franca, me cansé de ello en cuanto empecé. Tenías razón desde el principio. Igual que siempre.

—¿Perdón? —Sonó clara, aunque su perfil describía una sobrepasada confusión.

Cosmos se mostró decepcionada y señaló el árbol con un grácil gesto de la cabeza:

—Anhelaba que volvieras en ti cuando lo vieras. Pero supongo que no es suficiente. —La ojeó de lado a lado, desintegrándose y volviendo según rodaba alrededor de la chica—. Apenas puedo reconocerte con ese *farä*. —Sopló y los cabellos rubios de Isbel se revolviéron como si una ventisca hubiera aparecido para morir en el mismo instante—. O esos ojos y esa carcasa de piel... No te pegan.

Isbel intentó seguirle el ritmo mientras la diosa hablaba entremezclando el susurro con su compendio de voces. Aquel esfuerzo por comprenderla la tenía al borde de la extenuación.

—¿Tú también me temes? —Rió con una carcajada juguetona—. No negaré que me satisface. No puedes entenderlo ahora pero es irónico que tú me temas a mí. La diosa de la vida a la que todos veneran, Nut, asustada de su *desha* pequeña: la defenestrada y casi olvidada Cosmos. —Surgió en un estertor ante la cara de Isbel para saborear su reacción cuando comprendiera sus palabras.

—¿Y-Yo?! —Pegó un traspié suplicando que solo fuera un sueño. ¿Pero entonces por qué tenía frío? ¿Por qué notaba la presión sobre los dedos de sus pies y las caricias de su falda rasgada en los muslos de una forma tan vívida? Aquello era tan perfecto y lleno de detalles que no pudo pensar en ilusiones—. T-Te ríes de mí —respondió al decidir que no estaba dormida.

—Es muy fácil saberlo. —Apuntó al trono reseco con sus dedos afilados—. Solo debes sentarte. Si lo haces y miento, nada acontecerá... pero si digo la verdad, tus recuerdos, tu verdadera existencia, retornarán. ¿Te apetece probar? Podríamos apostar algo también. —En un parpadeo estaba de nuevo dentro del tronco—. Si estás en lo cierto te llevaré a donde quieras y no volverás a verme. Me ocuparé de tu trabajo por la eternidad. —Y de nuevo ante ella—. Pero si yo tengo razón, intercambiaremos nuestros papeles. Tú serás la diosa de la muerte, a la que todos odian y reniegan, a la que culpan de sus lágrimas y su sufrimiento, y yo seré la amada diosa a la que cuentan sus anhelos y adornan

con ofrendas en iglesias levantadas para ella... ¿Te parece bien?

Isbel quedó desconcertada, por lo que balbuceó superada por la situación. Cosmos volvió a reír.

—¡Tranquila! Estaba bromeando, no deseo hacer apuestas. Ni loca me arriesgaría a quedarme con tu trabajo por más tiempo, es demasiado aburrido. Prefiero que nos ocupemos cada una de lo que es nuestro. Ya sabes, tú traes la vida, mantienes el mundo unido, te encargas de la casualidad y esas cosas que tanto amas y yo me centro en el destino, en el final de todas las cosas. En lo importante. —Hizo una pausa antes de seguir—. Solo tienes que ocupar tu lugar para que todo vuelva a equilibrarse otra vez. —Fijó su atención en el hueco—. Deja atrás esa existencia tan débil... ese... —Hizo un gesto de repulsión—. Ese disfraz horrible colmado de recuerdos inútiles y recupera tu verdadera esencia.

Pero Isbel hizo lo contrario, se alejó lentamente hacia atrás.

—¿Nut? —Predijo sus movimientos—. No. Sé lo que piensas, *desha*, y... No.

Allí estaba: otro paso.

—Mi vida es eterna, a diferencia de mi paciencia. —Su mirada se tornó molesta—. Para y obedece.

E Isbel huyó.

* * *

En aquella consulta de paredes níveas y cuadros tan impersonales como el mobiliario, se estaba fraguando algo que definiría el destino de la pareja. Y tal vez por eso mismo él estaba de los nervios. Vigilaba los gestos del doctor, inmerso en la lectura del informe que hundiría o encumbraría la vida de ambos en cuanto se dignara a revelar el resultado.

—No te preocupes, cariño —le había dicho Patrick a su mujer cuando aún estaban en la sala de espera.

Allí se sentía más fuerte, más seguro y esperanzado. Necesitaba serlo para que ella se sirviera de su entereza y seguir adelante. Sin embargo, ahora, allí, en aquella incómoda silla creada por un detractor del buen gusto, no dejaba de temblar. Se esforzaba en trasladar sus nervios a los pies, los cuales repiqueteaban en el suelo de cerámica gris con cuidado, pero no era suficiente. El resto borboteaba hasta las yemas de sus manos, y ahí su esposa podía notarlo.

Patrick advirtió cómo sus dedos se fundieron con los de Bríd mientras le

sonreía. Al final resultó que ella era la fuerte.

—Tengo que reconocerlo. Es complicado. —El especialista habló tras un suspiro, abandonando la pantalla de su ordenador y dirigiéndoles, esta vez sí, toda su atención—. El útero está muy envejecido, lo ha hecho a una velocidad bastante preocupante desde la última prueba y acrecienta las dificultades de que el óvulo se adhiera al endometrio. Me temo que es el principal causante de los abortos anteriores y va a complicar aún más la gestación.

«Cuénteme algo que no sepamos». Patrick rabió para sí. De algún modo sentía que el doctor estaba culpándola. Como si fuera defectuosa, y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir por mucho más tiempo.

De pronto, la expresión del obstetra se relajó, incluso las gafas de pasta se deslizaron hacia la punta de su nariz:

—Pero los últimos resultados son más que satisfactorios. El cigoto ha ganado suficiente tamaño y ya no hay peligro de aborto por desprendimiento. La operación que se realizó en el útero fue efectiva por lo que la patología ya no será un problema. El resto del proceso debería ser el de un embarazo normal. —Sonrió revelando arrugas que describían una edad mayor de la que se sugería a simple vista.

La pareja parpadeó al unísono, como si los dedos que les unían hicieran también que sus mentes estuvieran conectadas.

—¿Quiere decir esto...? —Bríd se estiró en el asiento mientras apretaba con fuerza la mano de su esposo. Estaba aturdida, no estaba segura de cómo reaccionar ante la noticia.

—Quiere decir que van a ser padres.

Y entonces sucedió. La mujer sonrió como llevaba tiempo sin hacer. Luego se abalanzó desde la silla hacia Patrick, al cual abrazó como si este fuera a salir volando de un momento a otro y lo besó en la mejilla con tanta fuerza que dolió.

Pero el dolor era dulce, tanto que a él le hizo pensar en la primera vez que se besaron, hace ya tanto tiempo que no podría especificar cuándo fue. Solo sabía que todos aquellos años de peleas, de tristeza y disculpas, de esperanzas y sueños, al final habían germinado en una gran y esperada noticia. Una que a punto había estado de costarles el matrimonio, pero que finalmente los había terminado por unir del todo. Lo supo en cuanto los labios de su esposa se separaron de él y lo miró transmitiéndole con sus ojos océano que por fin lo habían conseguido.

Para él aquello era un alivio, pues la presión de sí mismos, y más aún de la

propia sociedad, había traído muchos problemas. Era como si la marea del Atlántico atrajera susurros desagradables de gente que no sabía lo que era no poder tener hijos, casi como si el hecho de no conseguirlo o desearlo fuera causa de vergüenza.

«¿Cuándo pensáis dar el paso? ¿Es que no os gustan? ¿Y qué vais a hacer cuando seáis mayores si no los tenéis? ¿Quién os cuidará?».

La amalgama de reproches por fin desaparecería, y aunque para Patrick ninguno de ellos hubiera realmente importado nunca, para Bríd sí que dolían, sí que dañaban. Ella era la mujer, era la que estaba... «defectuosa». En realidad, no para quién importaba, pero sí para quienes susurraban maldades desde la distancia y odiaban por puro placer. Amigos lejanos, vecinos, familiares, personas insignificantes... Separados no eran más que granos de arena, pero uno tras otro, tras otro y poco a poco, actuaban como una fuerza arrolladora que les decía cómo debían sentirse. Como debían de actuar. Qué querer.

No eran la Diosa Cosmos, pero hacían casi tanto daño como ella. El poder de prejuizar hería igual que los hilos del destino que mucho tiempo después Patrick conocería perfectamente.

Lo realmente importante era que ella lo quería, y no poder conseguirlo la estaba destrozando. Ser madre era lo que Bríd realmente ansiaba y por fin lo había conseguido.

—Cariño... Vamos a tener un bebé. —Y casi se rompió igual que un dique a punto de estallar.

Unos cuantos agradecimientos, detalles de las pautas que ahora debía seguir para que todo continuara viento en popa y alguna que otra firma para cerrar los últimos flecos burocráticos de la clínica privada y la pareja pudo irse.

El camino al coche no fue tan emocionante ni emotivo. Una vez libres de la tensión y de la sorpresa, caminaron hacia su coche con tranquilidad, disfrutando del cambio. Ni siquiera se dijeron nada, no hacía falta. Porque ya no eran ellos dos volviendo a casa, sino ellos tres. Y eso era todo lo que contaba.

La gris Compostela les dio la bienvenida al llegar a la calle. Le invadía un aire deprimente e invadido por una lluvia torrencial, pero aquello nunca les había supuesto un problema. Ambos amaban aquello. A ella le recordaba a su querida Escocia y a él le transmitía cierta calma. Como cuando pasas una mala noche pero el golpeteo de la lluvia en el cristal de la ventana parece acariciarte para ayudarte a descansar.

—Está diluviando. Espera aquí, acercaré el coche —dijo Patrick buscándolo por el parking con la mirada.

—¿Vas a tratarme como si fuera de cristal tan pronto? —le preguntó con sorna. Sus cabellos rojizos y largos estaban atrapados en un débil moño, pero por alguna razón a su marido ahora le parecían más brillantes y perfectos. Como si su mujer de repente hubiera rejuvenecido de golpe.

—N-No... Es solo que... —No lo dijo, pero temía que cualquier cosa saliera mal. Ya estaba acostumbrado a esperarse lo peor, y no deseaba que su sonrisa se deshiciera como un castillo de arena. Sucedió demasiado a menudo y sabía que aquella era su última oportunidad. El útero no podría con un nuevo embarazo. Aquel bebé sería el primero y también el último.

Bríd se rió dándole un empujón divertido. Seguía soportando aquellas horribles ojeras causadas por el insomnio y la depresión, pero parecían secuelas de una persona diferente. Nadie podría decir en ese momento que había pasado por tanto.

—Te recuerdo que en las Highlands hace bastante más frío que aquí. —Y le cogió de la mano—. Además, hemos recorrido un largo viaje juntos. Sería una pena separarnos ahora que rozamos la meta, ¿no te parece?

—Por Dios, Bríd, solo es hasta el coche.

—Qué poco romántico eres. —Puso los ojos en blanco—. Como a nuestra hija le aconsejes así sobre amores le vas a partir el corazón. —No pudo evitar sonrojarse al decirlo.

—¿Niña? ¿Ni siquiera tiene género y ya tengo que preocuparme de esas cosas? —Pareció seco, pero dentro de él le hizo ilusión. Era una sensación divertida, y a su vez bastante tierna.

—Es un palpito: será niña. Estoy segura. Anda, vamos.

Bríd corrió al Skoda rojo dejando atrás a Patrick. Él la persiguió maldiciendo y preguntando qué pasaba con lo de ir juntos hasta la meta.

En cuanto entraron dentro y se vieron el uno al otro chorreando agua como si les hubieran tirado un cubo de agua encima rieron cómplices. Luego un momento de reflexión, de realidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó su esposa preparándose para besarle.

—Yo conduzco y tú... llamas a tu madre. Con suerte en cuanto se entere dejará de quemar la batería a perdidas.

—Repito, qué poco romántico eres. —E hizo un puchero. Era muy de esa clase de cosas, le encantaba hacerse la niña malcriada. Tal vez en el fondo lo fuera, él la consentía demasiado y ella a él. Eran dos malditos locos

malcriados a punto de embarcarse en el viaje más complicado de sus vidas.

El motor del coche rugió y ella jugueteó con la pantalla táctil de su smartphone.

Diecisiete llamadas perdidas en una hora; era un nuevo récord.

La lluvia caía sobre la luna como una sábana líquida. Patrick se echó el cabello hacia atrás y puso en marcha la calefacción del coche con un escalofrío de placer. Después encendió los limpiaparabrisas, que comenzaron una cruenta batalla con el temporal, y miró burlón a su esposa. Había comenzado una lucha de lloros emocionados con su madre mientras le decía en gaélico lo feliz que estaba, lo cual exageraba aún más su pronunciación describiendo una estampa que a él le resultaba entrañable y alegre al mismo tiempo.

Tras disfrutar del instante un momento, puso primera y se encaminaron hacia la salida del parking exterior.

Las luces brillaban, pero costaba ver. La densidad del agua era cada vez mayor, el cristal se empañaba por la diferencia de temperatura con el exterior y la voz de su mujer le distraía al mismo tiempo. Para colmo no podía dejar de imaginarse cómo sería su futura hija, si Bríd tenía razón. Se vio a sí mismo imaginando el color de su pelo, si heredaría su sonrisa o tal vez el carácter de él, o incluso ambas cosas. Pensó en que podría inculcarle amor por la historia, consolarla cuando se diera un traspiés protegiéndola con sus brazos. Lo imaginó todo mientras aceleraba y abandonaba el recinto para incorporarse cuidadosamente a la travesía y...

—¡Cuidado! —gritó su mujer de pronto.

El camión surgió por la ventanilla de conductor, aplastando el chasis y deformándolo todo en un estruendo de hierro y sangre... del que solo quedó oscuridad.

* * *

Patrick recuperó la consciencia de pronto, justo cuando un río de sangre empapó sus labios. El contraestre estaba a varios metros de él, agarrando y levantando a Arlette en el aire, que pataleaba intentado escapar de las musculosas cadenas en las que se habían convertido los brazos del pirata.

—¡Suéltame! ¡Lo voy a matar! —berreó, llevando tan solo el batín y no revelando sus vergüenzas por puro azar.

El falso Alto se tocó la nariz y notó una punzada horrible: se la había partido. ¿Pero cómo?

—Me... ¿M-Me has pegado? —Su mente se fue aclarando según iba situándose poco a poco en el contexto: momentos antes, les acababa de revelar como si tal cosa que desde el principio había hecho un trato con la Diosa Cosmos, que engañó a Isabel para que marchara con él y que lo sucedido hasta entonces era por gracia del monstruo. Y de pronto estaba ahí, sentado en el suelo y con la espalda besando pared.

—¡Traidor! —escupió—. ¡Es culpa tuya!

El contramaestre seguía insistiéndole que se calmara, pero por más alto que lo dijera o más apretará y la zarandeara, ella no desistió.

—¡Él está muerto! ¡Por ti! ¡Por tus malditas mentiras!

El Alto se levantó con gran dificultad y se puso la mano en la cara cuando olió el metal de la sangre inundando su barba.

—Pero... —Sus ojos describían espanto. Era incapaz de comprender el porqué de su violenta reacción. Él solo veía sacrificio y esfuerzo en sus acciones. A fin de cuentas, todo lo había hecho por una buena causa—. Yo solo... —Recordó a Bríd y luego, al ver a Arlette mirarle así, entristeció.

El gigante suplicó a Patrick que se callara, sus excusas solo estaban empeorándolo. La Dama Sanguinaria consideraba a Patrick artífice no solo de la muerte de Benjamín, también de la pérdida del cuerpo de Eric y de la caída en desgracia del *Fiora* y su tripulación. Había hecho añicos todo por lo que había luchado durante ese tiempo y no pensaba permitir que se fuera de rositas.

—¡Aguarda un momento! ¡No la mentí ni os traicioné! —gritó al final—. No le dije todo lo que sabía, es verdad. Pero cumplí mi promesa de llevarla a casa. Nunca pretendí otra cosa. Si le hubiera explicado los detalles sobre sí misma hubiera creído que estaba loco. Pero está donde debe estar. —Puntualizó—. Está donde quiere estar, incluso aunque ahora no lo recuerde.

—Viejales... —El contramaestre tuvo la tentación de dejar libre a la bestia—. Cierra la boca o la soltaré. Le salvaste la vida y nos sacaste de ese infierno, vaya si lo hiciste. Pero mi deuda termina ahí. Ahora no haces más que decir estupideces. No me agradan los majaras, así que deja de comportarte como uno.

La Dama Sanguinaria clavó sus pupilas en Patrick mientras se relajaba y jadeaba agotada:

—¿Y mi tripulación? ¿Están donde deben estar? ¿Congelados en una isla de pesadilla? ¿Qué me dices de Benjamín? ¡¿Eh?! ¿Él también? —Le dieron ganas de estrangularle—. ¿Sabes la de veces que arriesgó su seguridad para

impedir que hiciera daño a cualquier prisionero que tuviéramos, a ti incluido? No atesoraba maldad alguna, el muy idiota fue la persona más buena que he conocido nunca. ¿Me vas a decir que también está donde debe?!

No tenía claro cómo tenía que responder, pues estaba seguro de que la respuesta podría precipitar el final abrupto de su largo viaje. Sin embargo, recordaba la promesa de la Diosa Cosmos: si moría no sería allí, sino donde todo empezó. Así que decidió despojarse de sus secretos. Era el momento de decir la verdad y nada más que la verdad.

—Aunque te duela escucharlo, así es. —Y cuando el rostro de la pirata enfureció, añadió—: Es injusto, pero Cosmos decide estas cosas. Ella eligió que así debía de ser antes siquiera de que nos conociéramos, incluso antes de que el chico y los demás existieran. Nada de lo que hiciéramos habría podido cambiarlo.

La pirata lo negó con la cabeza:

—¡No digas chorradas! Esa cosa se equivocó. La vi sorprenderse cuando sobreviví a sus... —No supo cómo describir sus poderes, o tal vez no quiso darles un nombre para hacerlos menos reales—. Enfureció y perdió el control cuando las cosas no salieron como quería. Hizo que todo se convirtiera en fuego y se fue.

Pero Patrick no podía creerla. Llevaba demasiado tiempo soportando los hilos de la diosa y era consciente de la de veces que ella así se lo había demostrado. Así que prefirió obviarlo.

—Se marchó porque ya tenía lo que quería: a Isbel.

—¿Y por qué vientos querría una diosa de la muerte a una princesita?

Era el momento.

—Isbel no es una chica normal. O mejor dicho, no es una persona. Es... —Apretó los labios sintiendo el regusto amargo de sangre como si fuera un preludio de lo que le esperaba—. Su hermana, o lo que nosotros podríamos entender como tal. Aunque ella misma no lo recuerde.

—¿En serio vas a seguir oyendo sus tonterías? —preguntó Arlette a su captor.

—Mirad, es complicado. —Chistó buscando reordenar sus ideas—. Ambas rigen, o más bien, regían el Cielo con un equilibrio perfecto. Cada una en contraposición de la otra. Ya sabéis. Vida y muerte. Caos y orden. Esas cosas. Si el Cielo Infinito está como está, es precisamente porque ese equilibrio, esa perfección, desapareció cuando Isbel se... fue. —El tono que utilizó para cerrar la frase dejó claro que no era la expresión adecuada.

Antes de que alguno de los dos pudiera contradecirle o llamarle loco, soltó toda la bomba sin permitir más interrupciones: les explicó que la Diosa Cosmos necesitaba que ella volviera, pero que no podía trasladarse por su propia cuenta y traerla de vuelta. Amagó explicaciones sobre que residía en otra clase de realidad, en un lugar en el que el tiempo se percibía diferente, pero cuando fruncieron el ceño obvió esa parte y lo simplificó todo: a cambio de localizarla y traerla de vuelta sana y salva ella iba a concederle un deseo.

—El resto: el destino que le preparó a tu barco, a tu gente y a ese pobre chico, no tiene nada que ver conmigo. No lo sabía, y puedo prometer que si me lo hubiera contado no habría estado de acuerdo.

Aquello pareció convencerles, al menos un poco, porque ella se contuvo y el gigante la soltó con delicadeza sobre el suelo.

Sin embargo, las cosas no podían ser tan fáciles:

—Echa el ancla. —Por una vez, el contramaestre hizo gala de su perspicacia—. ¿Has dicho concederte un deseo?

Lo que Patrick temía. Se acercaba a la peor parte y cuando se supiera no iba a haber vuelta atrás.

—Dime que no estás insinuando que esa cosa que intentó matarme es la Vendedora de Deseos —añadió ella.

—No... No del todo. Es más complicado que decir sí o no. —Tragó saliva.

—He matado a mucha gente. —Su semblante volvía a ser indiferente, frío. La pirata del firmamento de la que se hablaba en las leyendas había regresado—. Ambos lo hemos hecho. Y tú, por más que te niegues a creerlo, eres responsable también de unas cuantas. —Caminó firmemente hacia Patrick y se detuvo al llegar ante él, amenazadora—. Me trae sin cuidado lo complicado que te sea hacerte entender. Si es incomprendible, haz que deje de serlo. —Apuntó a la silla junto al cabecero—. Como no salga satisfecha de este cuarto, te mataré. Y no valdrán medias verdades, ni tu palabrería barata. Yo no soy como esa chica a la que has engañado sin ton ni son y que has terminado abandonando como a un perro. —Apretó el puño de metal y este pareció crujir—. A mí puedes engañarme una vez. —Y lanzó un puñetazo que erosionó las piedras contiguas al rostro del Alto mientras lo miraba con odio profundo—. A la segunda te parto en dos.

* * *

Cuando Isbel había recorrido ya buena parte del desierto fantasmal, entendió que nunca escaparía de la criatura. Huyera hacia donde huyera, esta

surgía siempre delante, como si formara parte de aquel mar de arena, deformándolo hasta ennegrecer su esencia blanquecina y unirla a sí igual que un virus.

La recolectora no desistió. Hizo acopio de todas sus fuerzas y buscó el modo de zafarse. A veces en dirección contraria, otras precipitando el paso y escapando por los pelos de sus etéreos intentos de aprisionarla. Lastimosamente, no aguantaría mucho más tiempo. Sus piernas le temblaban, más pesadas y torpes, y sus pulmones ya suplicaban un descanso.

En mitad de otra de sus carreras, escalando las dunas incoloras, abandonando tras de sí las huellas de sus propios pies desnudos, Isbel descubrió a la diosa esperándola en la cima. Del susto se resbaló y sus dedos se vieron enterrados en la arena un momento antes de dar media vuelta y rodar torpemente hasta su orilla.

No sirvió de nada que se levantara apremiante. En cuanto lo hizo allí aguardaba de nuevo, y a todos los lugares a donde mirara. Pues Cosmos resultó estar en cualquier punto al que sus ojos señalaron.

La aparición se esfumaba de un lugar y surgía en el otro en cuestión de un suspiro, como movida por la brisa, como transportada a través del tiempo. Y cada vez que esto sucedía, Cosmos se acercaba un poco más, dentro de una mezcla entre pasividad y amenaza que terminó por superar a la falsa princesa.

—¡No te me acerques! —suplicó, tan desesperada que incluso hincó las rodillas en el desierto.

Cosmos se detuvo en la distancia, nadando impasible en la gravedad. Su piel de petróleo seguía navegando por su ser como una marea, cubriéndolo todo y solo alejándose de sus pupilas blancas y su sonrisa salvaje. Las gotas de su epidermis caían pegajosas sobre el terreno, igual que una vela derritiéndose al anochecer, antes de que esta desapareciera por arte de magia.

Isbel respingó antes de realizar un ademán para escabullirse de nuevo, pero se encontró de bruces con Cosmos, que se había materializado allí más rápido que de costumbre.

—¡*Salv erün!* —La detuvo rugiendo tan fuerte que la arena colindante se revolvió como si fuera agua y la diosa una piedra.

El cuerpo de la criatura empezó a crecer, su boca a agrandarse y sus dientes a afilarse. De pronto era un gigante tenebroso, con los brazos altos como gruesas columnas negras, clavadas en la arena y hundiéndose hasta el fin del mundo. Su rostro se había fundido con el firmamento vacío, y sus ojos ahora eran igual a dos inmensos faros o estrellas; pálidas y vigilantes ante una

superada y asustada Isbel.

Aquella transformación surtió efecto, pues la Baja no se movió ante tal inmensa muestra de poder.

Cosmos la miró rabiosa, incluso molesta. Como si el hecho de que Isbel se comportara así resultara una vergüenza. La veía temblar, con lagrimones escapando de su cara, huyendo a través del viento. Observó el ruido que producían sus dedos temblorosos sobre el desierto, sus piernas maltratadas, su corazón extenuado. Y odió todo aquello.

—Eras tú la que quería regresar a casa, *desha* —aclaró, casi como si buscara que la chica se hiciera responsable.

—¡Esta no es mi casa! —exclamó Isbel, sollozando con desesperación.

—Está muy cambiada desde que te fuiste, lo reconozco. —Sonrió desde las alturas plasmando algo parecido a una media luna tendida—. Me desagradaba tanta complejidad inútil, exigía demasiada atención. —Su voz se confundía con el retumbar de un trueno. Viajaba por todo el paisaje, chocando con las dunas y trasladando sus copas muy lejos, más allá de lo que nadie podría llegar a recorrer en mil vidas—. Me resultó más cómodo borrarlo todo y simplificarlo. Los detalles inútiles siempre han sido tu debilidad. —Acercó el cielo, que era su rostro, como si el desierto fuera lo que se elevara hasta él—. Nunca entendí cómo podías entretenerte creando paisajes durante décadas sin aburrirte. Sigo sin hacerlo. —Y entonces tuvo una idea—. Pero sí comprendo lo importante que eres, una pieza esencial que antes no valoraba. Así que déjame ayudarte, piensa en ello como mi manera de disculparme. Estoy segura que terminarás por agradecérmelo.

Me resulta demasiado difícil describirlo y en el fondo es probable que mis palabras no sean las más acertadas. Sin embargo no se me ocurre otra manera de narrar lo que hizo: sus brazos subieron al cielo, levantando verdaderas nubes de arena en el proceso, y sus dedos hirieron la nada, rasgándola, despedazándola. Y mientras estos se hundían más y más en el cielo, bajo sus dos enormes ojos, Cosmos fue tirando de él haciendo que se abriera alguna clase de llaga inmensa. Fue como cuando alguien rasga salvajemente un lienzo y puede verse lo que se esconde detrás de él, solo que en lugar de tablas e hilos desgarrados lo que aguardaba más allá formaba parte de otro lugar o, más acertadamente, de otro tiempo.

Cuando la abertura errática y deformada fue lo suficientemente ancha, la Diosa Cosmos dio un último tirón con mayor violencia y la liberó de sus garras. Aquel movimiento desveló un paisaje llano, de cortos pastos,

mariposas bailando y flores a medio brotar. Y sobre él un cielo azul, con nubes blancas y una esfera brillante a lo lejos, tan intensa que su brillo alcanzaba los sueños más lejanos. Un azul muy poco destacable, ni siquiera interesante, pero que a Isbel le atrapó pues, en realidad, solo Renacidos como Patrick lo habían visto alguna vez... En un mundo que ya no era el suyo.

La imagen se movía e Isbel la observaba aún arrodillada en el desierto. Tenía que esforzarse para verla bien, pues parecía pintada tan lejos que ni un Aerobarco hubiera podido llegar con facilidad. Desde allí abajo se sintió como una extraña espectadora y pensó que si aquello no era un sueño y la Diosa Cosmos de verdad dirigía el destino de la gente desde allí, probablemente los observaba a todos de esa manera.

«Rasgando el mundo».

Pero por otra parte, lo verdaderamente interesante no estaba en el cómo lo hacía sino en lo que se ocultaba bajo el cielo azulado: un árbol. El mismo del que había salido la criatura, pero distinto. No muerto, sino vivo. Saludable. Joven. Con ramas vestidas de arcoíris. Y dormitando a sus pies en lugar de ocupando su esencia por completo, una mujer.

La extraña brillaba. Su pelo flotaba como si estuviera dentro del agua y sus cabellos eran aún más claros que su radiante piel. No se parecía a Cosmos en absoluto, y en realidad era normal que así fuera. Pues no era Cosmos.

—Ahí estás. —Reveló desde el cielo—. Antes de marcharte.

Isbel no reaccionó, la imagen en todo su conjunto la tenía hipnotizada.

—He arañado el tiempo para que puedas ver otra capa a pesar de tu condición. Los humanos solo pueden adivinar una a la vez, la más cercana y lenta: el presente. Pero el tiempo está compuesto de muchas. De parpadeos muy lejanos que sucedieron hace mucho o no hace tanto. De otros que suceden ahora o que lo han hecho hace un instante. De momentos que sucederán pero que en realidad acaban de pasar mientras hablamos. El tiempo avanza, corre. Y lo hace tan rápido, con tanta furia, que con tus actuales limitaciones es como si pretendieras descubrir cuál es su color. —Su sonrisa surgió bajo la herida temporal—. Pues más que años o días. El tiempo son colores. El negro es el del presente. —Su mirada se extendió y agrandó aún más—. Los Antiguos los vemos todos: juntos y separados. Y este color que he pintado para ti... Es especialmente bello. Así que agradéceme que por un instante te quite la venda de los ojos y veas más que negro.

* * *

Patrick acababa de explicarles cómo había muerto. Pero a la pirata le dio igual, ya fuera porque no le creyera del todo o porque en el fondo no podía sentir pena a causa del rencor envenenándola.

Sentado en la cama, con sentimientos entremezclados de abatimiento y culpa, prosiguió con su relato, no sin antes mostrarse apesadumbrado:

—Os ahorraré los meses de depresión e incredulidad, dudo que seáis capaces de haceros una idea de lo que implica para alguien descubrir que el más allá no es como se le ha inculcado. El choque es demasiado fuerte, y si lo unimos con un final tan repentino y dramático... —Se miró las manos—. Es como si te partieras los huesos del alma: no estás muerto y en cambio así es precisamente como te sientes.

—Ve al grano —decidió Arlette adornándolo con un cruce de brazos y un tamborileo con los dedos. Si pensaba despertarle su lado tierno se equivocaba. Ella sabía muy bien lo que era sentir el alma partirse. No hacía falta vivir más de una vida para experimentarlo, él no era especial. Nadie lo era. Todos en ese vasto mundo fragmentado y loco vivían sus propias tragedias.

El Alto recurrió a su espíritu de Buscador de Leyendas y relató cómo decidió salir en busca de su mujer en cuanto ordenó sus ideas. Había llegado a la conclusión de que si tenía un tiempo infinito para vivir, lo gustaría buscándola, tardara lo que tardara. Le dio vergüenza reconocer que tomar esa decisión le costó más de lo que cabría esperar. Le resultaba más fácil ahogar sus recuerdos en alcohol.

—Fue muy difícil dar con ella. Viajé mucho, a tantos lugares que es imposible contarlos. Pero lo conseguí.

La encontró casi por casualidad. Patrick se había pasado meses enseñándole a todo con el que se topaba un boceto que un ilustrador le hizo en una de sus muchas paradas. Ni siquiera era exactamente como debía ser, sino más bien como la recordaba, incluso idealizaba: la nariz era más perfecta, los ojos más grandes y brillantes, pero su esencia estaba intacta.

Se había dirigido a un local en un pequeño pueblo de las montañas. Pronunció el nombre de la localidad, pero ninguno de los piratas se paró a mantenerlo en su memoria ni cinco segundos. De hecho, gran parte de las imágenes que se formaban en sus mentes a partir de su relato se fueron desintegrando según dejaban paso a las siguientes.

—Viejales, ¿podrías resumir? —suspiró el contramaestre desde el otro lado de la habitación.

Nuestro cuentacuentos en ciernes se disculpó, pero aun así explicó cómo era su mujer. Precisamente formaba parte del servicio del local al que había ido a preguntar. Patrick no se molestó en explicar lo feliz que estaba de verla ni cómo fueron los días que precedieron al encuentro. Simplemente dijo que era una mujer especial: con carácter, cierta propensión al egoísmo e incluso a amontonar manías incomprensibles. Aunque lo arreglaba con una sonrisa que rara vez desaparecía de sus labios y un aura realmente revitalizadora cuando estaba de buen humor.

En cuando terminó de describirla su voz perdió calidez. Ya no hablaba con ganas, ni siquiera detalladamente. Se saltó los días y las semanas y simplemente dijo que un buen día todo cambió.

Sorprendió ver cómo de uno de los bolsillos del pantalón sacó una fotografía. Ninguno de ambos había visto antes una cosa igual, pues en la Brisas no era una tecnología que se estilara, pero sí que habían oído hablar de ella.

En la imagen degradada y arrugada aparecía una mujer junto a un lago. Se la ofreció a Arlette pero ella se negó a cogerla.

—¿Esto que tiene que ver con Cosmos?

—Todo —sentenció—. Cogela.

Esperó a que la pirata le siguiera el juego. No hubo suerte. Tal vez la mujer de la que Patrick hablaba fuera terca, pero estaba claro que Arlette no se quedaba atrás. Aquel artificio de sentimentalismo no estaba ablandando lo más mínimo su corazón.

El relato continuó entonces. Les contó cómo la personalidad de su amada empezó a marchitarse igual que una flor. Al principio eran pequeños detalles sin importancia, cosas que Patrick achacó a un mal día. Pero los malos días formaron semanas, y finalmente su amada Bríd dejó de brillar.

—Estaba embarazada —reveló—. O más bien, seguía estándolo.

Cuando ambos murieron, renacieron en ese lado con el aspecto físico con el que fueron más felices. Y ese era el problema, no fueron más felices que en los momentos antes de morir, ninguno de los dos. Eso había provocado no solo que Bríd siguiera embarazada, sino que su bebé estuviera unido a ella. Todo aquello podría ser algo bueno, una segunda oportunidad después de perderla en un trágico accidente. El problema era que nunca daría a luz. Aún el mundo no estaba despedazado, las leyes que lo regían no eran diferentes según el lugar, sino que estaban vinculadas a todas partes. Por lo que nadie envejecería jamás. Nadie.

—¿Os imagináis lo que puede ser para una mujer que se ha pasado años sufriendo por no poder tener hijos, sentir a su bebé eternamente en su vientre? Imaginadlo por un momento. Notar las patadas cada día y saber que jamás podrás verlo... Tú eres su cárcel. Está contigo, pero a la vez nunca podrás abrazarlo ni verle. —Apretó los labios y los puños los imitaron—. Fue demasiado para ella.

Contó que amaba a ese bebé. Probó a hablarle cada día, a que escuchara música desde el vientre, le leía cuentos... Buscó el modo de adaptarse hasta que dejó de ser suficiente. Empezó a sentir que era culpable de que su hijo no pudiera experimentar lo que era la vida. Estaba muerto y vivo al mismo tiempo. Por lo que un día llegó a una trágica conclusión: ¿Había otro más allá después de este? ¿Allí su hijo sería libre y podría crecer?

—Se suicidó.

Patrick no se molestó en entrar en detalles, y nadie podría reprochárselo. Pero lo que sí dijo fue que aquel suceso fue la razón de todo lo demás.

—Pensé en quitarme la vida también, tal vez Bríd tuviera razón. A lo mejor me estaban esperando en otro lugar. ¿Por qué no podía existir? Quiero decir, existe este. ¿Por qué no más? Sin embargo, cada vez que me planteaba seriamente hacerlo había algo que me lo impedía: alguien venía a casa por sorpresa, de pronto perdía el valor o incluso unas repentinas ganas de luchar surgían diciéndome que debía superarlo y vivir por ellos. Era como si algo antinatural me impidiera hacer lo que quería hacer. Se me introducía entre los huesos, me susurraba pensamientos felices, positivos... Entonces no lo sabía, pero fue cosa de Cosmos. Me hizo sufrir durante meses. Me preparó para que el día que supiera de la Vendedora de Deseos me obsesionara, y os puedo asegurar que ese día no tardó en llegar. Ya incluso entonces existían leyendas al respecto. No dudo de quien las extendió...

La pirata se acercó a la silla que descansaba junto a la cama y la puso delante de Patrick, luego se sentó y lo miró fijamente. Por cómo brillaban sus ojos estaba claro que aquello le resultaba mucho más interesante. Por fin había llegado a la parte en la que aparecía el monstruo. Necesitaba saber todo lo que pudiera sobre él.

—Viajé durante años. Seguí las migas de pan que me había estado poniendo delante de las narices. Me dirigió igual que lo ha hecho con vosotros hasta ahora. Puso a gente en medio de mi camino, dirigiendo sus destinos con sus malditos hilos única y exclusivamente para que yo pudiera cumplir con mi objetivo: encontrar a la Vendedora. Bueno, a quien yo creía que lo era. —

Recitó un extracto de las leyendas—. «Piel de estrella, cabello de hilo dorado. Rostro de mujer, cuerpo delgado». —Hizo una mueca irónica—. ¿Sabéis que incluso se encargó de inventar un romance para extender el rumor con mayor facilidad? Esa desgraciada me engañó muy bien, y yo... —Miró a Arlette suplicando perdón—. Destruí el firmamento.

* * *

En la ilusión que desgarraba los cielos, Patrick caminaba a través de aquel paisaje idílico, dejando que sus pantorrillas se vieran acariciadas por las flores y el césped. Su semblante era decaído, agotado, consumido... Buena cuenta de ello describían sus cabellos, tan largos que rozaban los hombros, y su barba, igual de poblada que siempre aunque bastante más descuidada y salvaje. Tal vez fuera por la distancia, o puede que por todo lo que transmitía en conjunto, pero a Isbel no le parecía el hombre que conocía: se movía errático, dubitativo, caminaba desbaratado y llevaba una raída mochila a la espalda. Su ropa estaba recosida varias veces y su piel contaba con manchas de suciedad por doquier. Desde luego era la antítesis de su actual identidad.

Anduvo con lentitud hacia la mujer dorada. Sin bajar la guardia ante cualquier cosa que pudiera suponer un peligro. Llevaba con dicha actitud desde que se adentró en el reino de los Antiguos, como él lo habría bautizado de tener oportunidad. Sin embargo, allí, tras cruzar los túneles de oscuridad, sortear toda clase de barreras e impedimentos, no había nada que supusiera un riesgo mayor que él mismo.

La llanura que simulaba un prado primaveral no lo era en realidad, pues vivía en el interior de un lugar muy profundo e inhóspito, aunque Isbel no pudiera saberlo. De hecho, se encontraba a cientos de kilómetros de cualquier reducto humano. Patrick era el primero en pisar el reino y si no antecediera una tragedia, aquello hubiera constituido un hito sin igual.

—¿Eres ella? —Inquirió cuando decidió que era seguro.

La criatura, más mujer que espectro, sonrió con esa mirada indefinible bañada en blanco que caracterizaba a su igual, Cosmos. Luego ladeó el cuello y pareció divertida, casi como si resultara evidente la respuesta, o esta fuera demasiado vaga para ser respondida.

Patrick insistió con mayor precisión:

—¿Eres la Vendedora de Deseos?

Esta vez Nut se incorporó. Apoyó sus palmas en el tronco dando al hombre

la espalda durante un momento y luego lo observó muy atenta. En cualquier otra situación aquello hubiera supuesto turbador, pues estaba desnuda. Sin embargo, no es como si de verdad lo estuviera. Si bien compartía fisonomía de mujer, en realidad no era humana. Quedaba claro cuando se descubría una clara ausencia de detalles recorriendo su cuerpo brillante. Estaba construida de luz y solo las curvas de sus límites le daban forma, pues en su piel cabalgaban rayos amarillentos, tan salvajes que parecían partirse entre sí con espasmódicos enfrentamientos en su pecho, vientre, rodillas y manos. Solo podía distinguirse un hilo de humanidad en su mirada atenta y su sonrisa dulcificada.

—Puede —respondió la criatura con una voz parecida a la de la diosa de la muerte, solo que en lugar de tronar en ecos discordantes se engrandecía con armonioso equilibrio antes de desmenuzarse y evaporarse—. He tenido muchos nombres. Lamentablemente, como he tenido demasiados, no los recuerdo todos... pero ese podría ser uno más —terminó divertida.

Él no supo muy bien qué responder, pero se le hacía impensable no considerarla como la persona, Antiguo en realidad, que había estado buscando durante décadas. A fin de cuentas, en apariencia era la idónea candidata para contar con el poder de un dios.

—He... He venido a pedirte un favor... —Ágilmente se corrigió—. Un deseo, en realidad.

Nut lo miró menos interesada que antes.

Nuestro falso Alto se percató de su pérdida de curiosidad y se acercó un poco, guardando la suficiente distancia para mantenerse a salvo y a la vez no suponer una amenaza ante el ser.

—He viajado mucho. —Cogió aire—. Gasté grandes cantidades de dinero y tiempo en encontrarte. Recopilé leyendas que hablaran sobre tu existencia y... Y estudié vuestras runas, vuestras costumbres. Aprendí mucho sobre los Antiguos y el cómo encontrarte. Traduje vuestros mensajes para...

—Tu esfuerzo ha sido en balde —le reveló entonces—. No soy quien crees, nadie lo es. Esa... —sonrió sin pretenderlo, pues el nombre le hacía gracia— Vendedora de Deseos no existe más que en tus sueños.

El joven Patrick sintió una punzada. No podía creerla, tenía que ser verdad. Todas las historias acababan coincidiendo en lo más importante: un monstruo a veces, una mujer otras, capaz de conceder cualquier deseo que se le pidiera. La única condición residía en viajar más allá de los confines del mundo y demostrar ser digno encontrándolo.

En frío sonaba igual que un burdo cuento de niños, pero el patrón se repetía demasiado a lo largo y ancho de una exagerada cantidad y variedad de lugares sin correlación entre sí como para no contar con una pizca de verdad. ¿Si no quién podría extender una mentira tan concreta a territorios tan distantes?

Pues Cosmos, quién si no.

Ella había elegido a Patrick tiempo atrás para llevar a cabo la parte más importante de su plan, uno que Nut desconocía pero que había estado hilando desde hacía más tiempo del que podemos llegar a imaginar, alimentado por un rencor profundo y antiguo del que la mujer de luz no era aún consciente.

—Pídeselo. —Oyó él muy débilmente al principio—. Pídeselo, rápido. —Muy claro después—. Vamos. Pídeselo, pídeselo. Pídele tú deseo. —La orden se entremezcló con sus sentimientos adquiriendo forma de necesidad, de anhelo.

De pronto, la supuesta Vendedora de Deseos se tensó y endureció su expresión.

—Vete. —Exigió—. Este no es lugar para ti.

Patrick se vio superado por la influencia de Cosmos. Los recuerdos de su mujer, de sus lágrimas y de sus sueños cayeron como una marea sobre su razón y la ahogaron hasta que solo quedó rabia.

—¡Devuélvemelos! —Tiró su mochila contra el suelo. Ya no era Patrick, solo una marioneta.

Nut ni se inmutó. ¿Cómo podría? No sabía lo que era la muerte, no conocía la sensación de estar en peligro. Para ella él era insignificamente inofensivo. No había nada que pudiera dañarla. Sus palabras no eran más que ruido. Desgraciadamente, sí podía percibir su dolor, su sufrimiento. Ella era la amante de las estaciones, la amiga de la luz, del amanecer... Ella había pintado los lagos y las flores. Se había encargado de transportar las nubes y de planificar el cómo caían las nevadas sobre los árboles. Se encargó de que los humanos que renacieran allí pudieran vivir el resto de su existencia rodeados de belleza.

Puede que por eso, porque en realidad quería a los humanos, decidiera darle un consuelo. Uno que no era suficiente para sanar su alma pero que esperaba pudiera darle una buena razón para vivir. La mujer de luz deseaba que con ello volviera a disfrutar de las mañanas y de las caricias del viento. Sin embargo, se estaba metiendo en terreno pantanoso. Aquello suponía una extralimitación de sus funciones, una ofensa, en realidad.

—Sé cuánto la querías, puedo sentirlo. —Negó con la cabeza antes de

revelarle la verdad—. No puedo devolverte a tu mujer. Ella decidió irse, era su deseo. Su alma hace mucho que dejó de estar a nuestro alcance. Pero puedo darte algo a cambio. Un pago por tu tristeza, por el esfuerzo y tesón que has demostrado en tu largo viaje. —Se volteó y extendió las manos hacia una de las hojas del árbol—. Guardas mucho amor, pero no tienes a quién dárselo. El amor que no se da se convierte en veneno. Necesitas un antídoto. —Añadió mientras una hoja caía cómodamente sobre los dedos de la Antigua—. Así que espero que esto sea suficiente. —Y se volteó para descubrirle a Patrick su verdadero e inconsciente deseo: su bebé.

La delicada criatura a punto estuvo de recibir el balazo que le atravesó el pecho a la diosa. Sonó ensordecedor y terminó aprisionado entre las vetas del tronco.

Nut hizo un gesto de extrañeza. Mientras había estado hablándole, Cosmos se había encargado de emponzoñar aún más a Patrick e incluso había atado uno de sus hilos en la mano que ahora sostenía un arma de fuego. Él, superado por la circunstancias, soltó la pistola y expresó un doloroso arrepentimiento tras distinguir a su bebé.

La mujer de luz había osado concederle al bebé la oportunidad que nunca había tenido. Podríamos llamarlo justicia divina, pues al no haber nacido, su alma sí podía regresar y decidir por sí mismo su existencia. Pero a pesar de ello, no estaba predestinado a suceder y suponía un complejo y paradójico caos en el tapiz de hilos del destino de Cosmos.

Nadie podría asegurar a ciencia cierta si todo el plan de Cosmos se debía a que sabía que Nut tarde o temprano se inmiscuiría en lo que por derecho propio era su cometido, o si más bien fue una sorpresa inesperada que acabó por convencer a su hermana de que la chica de luz merecía un castigo. Fuera como fuese, en ese momento la diosa de la muerte lo vio todo claro. Iba a deshacerse de ella. Dado que decidía quién moría y quien vivía, se encargó de que la herida abierta de Nut empezara a sangrar. Puede que ambas fueran eternas, sin embargo podía obligarla a morir en cierta manera. No de la manera que nosotros entendemos, pues los Antiguos estaban por encima de esos conceptos mortales, pero sí que podía exiliarla obligándola a renacer y, por tanto, a olvidar.

De pronto todo empezó a temblar en cuanto Nut sintió cómo la vida se le escurría de los dedos. El árbol a su espalda empezó a marchitarse, a rasgarse desde el lugar donde descansaba la bala aplastada hasta crear una enorme herida abierta en la madera. La tierra tembló y el cielo se fragmentó erigiendo

vendavales que sonaban como alaridos moribundos.

Aunque Patrick intentó socorrer al bebé, aún protegido por la mujer de luz, no pudo hacer nada más que ver a ambos siendo engullidos por una especie de vórtice descolorido e imperfecto que comenzó a tragarse toda existencia.

Y así fue como Isbel no solo acababa de ser testigo de su propio asesinato, sino del origen del mundo de islas flotantes que ahora tanto añoraba.

* * *

—He estado desde entonces buscando... —afirmó Patrick—. Intentando arreglar lo que hice, devolviendo a Isbel a donde debía estar...

Recordó entonces la propuesta de la Diosa Cosmos cuando huyó del infierno que él mismo había desatado:

«Haz algo por mí... —Sonaba tan nítidamente entre sus recuerdos que casi creyó que estaba con ellos en el cuarto—. y yo haré algo por ti. Considéralo un deseo si gustas. A diferencia de mi difunta *desha*, yo si cumpliré tu deseo».

Se escuchó a sí mismo responderle:

«Me quedó claro que mi esposa jamás volverá. No tengo ningún otro deseo que pedirte».

Y entonces, cuando el monstruo de su mente respondió:

«¿Estás seguro de ello? Creo que estás olvidándote de algo muy importante...».

Él reveló la verdad en un estallido:

—Todo fue para encontrarte, hija.

Arlette removió la cabeza a la vez que pestañeaba pensando que había oído mal. Pero por cómo la miró el contramaestre, ceñudo y confundido, supo que no era el caso.

—Es cierto. —Insistió—. Cosmos me lo dijo justo antes de salvarte.

—Viejales, ¿te has *quedao* senil?

—Si cumplía mi parte ella me reuniría con mi hija de nuevo, y así ha sido.

—Cierra la boca —masculló decepcionada. Lo que decía era un disparate.

—¡No estoy bromeando! Piénsalo un momento. —Buscó algo que reforzara su teoría—. Eres... ¡Eres adoptada! ¿No? ¿Acaso...?

—¡Que te calles! —Arlette tiró la silla al suelo de una patada—. No tiene ni pizca de gracia.

—¡Mira la foto! —El retrato volvía a estar en su mano, y esta vez procuró que ella lo cogiera aunque fuera agarrándola de la muñeca—. Fíjate en su cabello, en... en su color. Es idéntico. —Señaló con el dedo índice la

fotografía—. Es pelirroja, ¿ves? ¡Incluso os parecéis! —Una débil risotada escapó entre sus nerviosos desvaríos y abandonó el papel en la palma de la chica—. No me había dado cuenta antes, estaba demasiado obcecado en mi cometido, pero...

La pirata se enfureció, arrugó la supuesta imagen de su madre entre sus dedos y se acercó a la puerta para no seguir escuchándole.

—¡Myriam! —le suplicó él de golpe.

Y los tres se quedaron congelados donde estaban. Como un sortilegio, o como un tabú demasiado horrible como para ser pronunciado sin helar de miedo a cualquiera que lo oyera.

—¿Qué acabas de llamarme? —Soltó Arlette al poco de forma lenta y amenazadora, con su rostro oculto por la puerta metálica.

—Es tu nombre... —Patrick se quebró—. Bríd siempre dijo que si eras niña, te...

Un puñetazo tronó contra la hoja, reventando el resto de la frase. Después Arlette simplemente terminó con sus anhelos con una risotada engreida.

—Eres patético —comenzó—. Nos cuentas este rollo y esperas que después... ¡¿Qué?! ¿Qué te creamos sin más? ¿Que corra hacia a ti y te acepte y comamos perdices? Tal vez compartamos la misma sangre, o no. Ni siquiera quiero saberlo. Sé... ¿Me oyes? Sé quién fue mi familia, y tú y esa mujer no lo sois. No conocí a mi madre y nunca la necesité porque tuve al mejor padre que podía soñar. Se llamaba Giles, era un grandioso pirata y gracias a sus consejos he sobrevivido todo este tiempo. Y eso no lo vais a cambiar, ni tú ni la bastarda desgraciada que llamas diosa. Soy Arlette, la Dama Sanguinaria, hija del gran pirata Giles. Heredera del *Fiora*, el mejor navío de los piratas del firmamento. —Se dio la vuelta, atravesándole con una mirada fría como una daga—. Buscada en todo el Imperio del Aire, capaz de superar la seguridad de la Torre Solitaria y de escapar con vida del interior de una fragata de la Armada. Todos esos son mis nombres... —Dejó caer la foto maltrecha sobre las baldosas—. Y ni uno solo más.

Primrose

La reina Naunet, de apenas nueve años, salió de la piscina real con parsimonia. El baño de umanita había renovado sus sentidos. La sensación le produjo una indescriptible euforia.

Las cadenas de fino oro que trenzaban el azabache de su largo cabello, tanto que acariciaba el suelo de reluciente granito rosa, refulgieron bajo la iluminación natural que se proyectaba hacia la sala, entre los barrotes planos que agujereaban el techo.

Sus sirvientas, dos mujeres de rapada cabellera y engalanadas con polvo de harina y togas de seda, no tardaron en ocultar a su reina bajo una larga toalla que discurría por la estancia igual que una alfombra gigante, no para secarla sino porque nadie tenía derecho a observar su cuerpo desnudo. Ningún alma era digna de presenciar su belleza, su eterna juventud. La reina Naunet era joven, sí, aunque solo por fuera, pues su existencia superaba ampliamente los mil años.

—Mi señora —inició la más joven de ambas, con gesto servil y mirada esquiva—. La maquilladora ha llegado. —Una leve reverencia indicó la doble puerta de marfil pálido que daba al exterior de la sala, alta como un gigante y tatuada de jeroglíficos color oro disgregados por su superficie—. ¿Desea que se le haga pasar o prefiere almorzar antes?

La otra sirvienta, una década mayor que su compañera, razón por la que no podía hablar ante Naunet, mostró con gentileza y sumisión una redonda bandeja de plata rebosante de dátiles, manzanas, unas cuantas uvas y una jarra junto a un vaso de oro.

La reina despreció la enorme toalla con un golpetazo y volvió a quedarse desnuda. Sus sirvientas esquivaron su mirada y se arrodillaron con los ojos enterrados en el granito. Estos resaltaban, pues los contornos tenebrosos, delineados con kohl, destacaban sobre el blanco puro que estaban obligadas a vestir por toda su piel.

—Hacedla pasar de inmediato, quiero estar perfecta para nuestra Diosa. —Evaneció su porte—. El placer puede esperar, el deber no.

Las puertas se abrieron gracias a un complejo sistema mecánico, oculto en las paredes colindantes, con un movimiento pesado y tosco. Al otro lado,

pequeña en comparación, aguardaba la maquilladora, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas en señal de respeto y obediencia.

La mujer no era tal, por su aspecto apenas rozaba el final de la adolescencia; diecinueve años tal vez. Su cutis menos moreno que el de la reina, pues ninguno debía equipararse al suyo, estaba desprovisto de maquillaje de ninguna de las clases, marcándola por tanto jerárquicamente muy por debajo de ella. Tenía vetado vestir como los Eternos, en su lugar llevaba un traje azul oscuro de estilo victoriano de falda ancha; moda y cultura a la que los de su clase estaban tristemente ligados por implícitas connotaciones burdas y corruptas. Tampoco podía llevar anillos ni colgantes ante la presencia de su reina, por lo que solo conservaba una cinta de hierro abrazando su oscuro cabello; que no descendería nunca de los hombros, pues dada su condición de Mortal hubiera supuesto un escándalo.

—Camina —ordenó Naunet cuando decidió que era lo suficientemente joven como para ser digna de su presencia.

Ningún hombre o mujer podía presentarse ante ella si no ostentaba el don de la juventud, era una prueba de poder, riqueza y respeto. Existían excepciones, claro está, pero por regla general eran singulares y despreciables. Simples herramientas sin trato de favor y con pocas posibilidades de regresar a palacio hasta rejuvenecer lo suficiente como para volverse dignos.

En cuanto la maquilladora llegó ante ella, siempre siguiendo con su mirada una línea imaginaria frente a sus pies, se arrodilló y agachándose lentamente y manteniendo el cuerpo lo más recto posible, besó uno de los pies desnudos de su monarca con delicadeza, apenas rozando los labios contra su piel, pues no era merecedora de más. Haberse sobrepasado hubiera dado como resultado doce viales de umanita a modo de castigo.

Naunet se dirigió a sus dos sirvientas y les ordenó que trajeran las pinturas reales, pues jamás se habría prestado a manchar su cuerpo con un material que ella misma no hubiera elegido y bendecido. Hasta que este llegara, la maquilladora sin nombre debería permanecer doblada y con el rostro pegado al suelo.

La reina, mientras tanto, se acercó a una silla situada a varios metros de la piscina de umanita y que destacaba especialmente en la sala debido a que no había nada más.

Una vez descansada, con su melena resbalando tras el respaldo, sintió curiosidad:

—Dime —su voz resonó contundente en la alta estancia a pesar de la

agudeza de su timbre, como si los bordes inocentes de su edad física se hubieran desecho hacía mucho tiempo—. ¿Cuál es tu edad original? — Implícitamente le estaba preguntando: «¿Cuán importante eres?».

—Cuarenta y dos años, once meses y tres días, mi señora.

—Apenas un bebé... ¿Por qué crees que eres digna de mí, niña?

—Nadie es digna de usted, mi señora. —Le temblaban los labios, aunque Naunet no pudo percibirlo desde allí.

Soltó una risita infantil, aunque goteara una suficiencia envenenada.

—Veo que te han enseñado bien. —Enarcó, pegadas, ambas rodillas a un lado, rozando con la punta de sus dedos la superficie fría, y cerró los ojos—. Si demuestras ser digna te bendeciré con diez viales de umanita. —Cambió de parecer y aumentó la recompensa, la euforia de su baño la alborozaba—. No, media umanita completa. —Señaló distraídamente su piscina—. Demuestra ser más merecedora de mi confianza que la anterior... y provendrá de mí.

La maquilladora pegó un respingo y a un paso estuvo del desastre cuando se vio a punto de mirar a su señora para agradecerle su desmesurada bondad. Por suerte, como bien esta señaló con anterioridad, la habían enseñado bien. Así que continuó esperando en completo silencio. Angustiada y enfrentándose a los temblores que asomaban en sus manos y pies, sí, pero en silencio. Sabía que contar con umanita de su reina no solo le alargaría la vida exponencialmente, sino que también le abriría muchas puertas y le permitiría subir en el escalafón social; tal vez incluso podría aumentar dos centímetros el largo de su pelo y llevar un anillo en público.

—Pero recuerda... —añadió sombría—. Si no termino satisfecha, ordenaré a mis guardias que drenen sesenta viales de umanita de ti, y entonces tu cuerpo se secará y reflejará tu auténtica edad para que todo el reino vea tu fracaso tiñendo tu piel —sentenció Naunet, reina de Primrose.

* * *

Por lo poco que había observado de la casa, la Dama Sanguinaria dedujo que la isla estaba bastante más avanzada de lo que parecía a simple vista. Si bien el sótano donde había convalecido recordaba a una época bastante atrasada, al subir a la planta baja descubrió que el resto ostentaba un aire victoriano que le recordaba a su hogar: el Imperio del Aire.

Las paredes forradas de madera, los muebles barnizados con exquisitos cortes y motivos en bordes y pies, los cuadros, la alfombra aterciopelada...

Incluso la cubertería y los platos, a pesar de estar hechos con latón, mantenían una artesanía cuidada y adelantada que alejaba el lugar de tiempos más simples y burdos. A Arlette aquello le resultó reconfortante. Solo le era extraño el iterativo y ruidoso tremolar que se apreciaba recorriendo las tripas de la casa. Se asemejaba a una especie de marea, una que se deslizaba por el interior de venosas tuberías abarcándolo todo y que, de algún modo que no supo explicar, dotaba de energía a la lámpara del salón, a la cocina, alojada al fondo de la planta, e incluso al timbre de la entrada y a los faroles anclados a la fachada exterior. Le hubiera gustado comprender los pormenores de aquella tecnología que, sin lugar a dudas, debía gobernar la totalidad de Primrose, pero estaba demasiado agotada mentalmente para más relatos extraños; había oído demasiados en las últimas horas. Por lo que se contentó con disfrutar del jugoso filetón de ternera con el que su anfitriona los recibió.

Esta resultó ser una mujer de mediana edad, de cabello muy corto tono tierra llamada Eshima. Su rostro no llamaba especialmente la atención, aunque la sonrisa, con perfil agradable e intenso, junto a sus afilados ojos le conferían cierta aura exótica que la hacía destacar.

Habían estado comiendo los cuatro juntos, hablando de cómo llegaron a Primrose y de la situación que había precedido la terrible pérdida del antebrazo de Arlette. Por supuesto el relato fue pura invención. Desconocían cómo podría reaccionar y no tenían pensado igualmente ir revelando a bombo y platillo que eran unos fugitivos. Puede que en aquella isla las cosas fueran diferentes al Imperio del Aire, sin embargo no tenían la intención de arriesgarse a que les echaran a punta pies de un refugio con tan buen servicio.

Así que la historia fue bastante diferente: viajaban a la ciudad desde muy lejos, sin indicar procedencia, en su aeronave cuando una tormenta de hielo les sorprendió.

—Sucedió demasiado rápido. De pronto todo comenzó a moverse, las luces de la cabina a parpadear y... —Patrick demostró sus dotes embaucadoras adornando su exposición con una pequeña lágrima—. Cuando nos dimos cuenta nos precipitamos hasta las aguas. Después vimos que mi hija había perdido un brazo durante el choque. —Mientras Arlette había estado dormida, él se había encargado de contarle a Eshima que eran familia, por lo que la pirata, aun sintiendo sus entrañas revolverse cada vez que lo oía, no podía desdecirlo—. ¡Terrible! ¡Creí que no lo contaríamos! Mi pobre niña...

Su anfitriona se lo creyó a pies juntillas, por lo que ni siquiera tuvieron que repetir el relato desde entonces, y por suerte ella había considerado que

recordarle la situación a Arlette sería desconsiderado, incluso grosero, por lo que se limitó a expresar amabilidad y todas las atenciones que pudiera precisar.

—No poseo la suficiente umanita como para ganarme el derecho a algo de cerveza, espero que el agua sea de su agrado y sepan perdonarme. —E hizo un gesto cortés.

Nuestra Dama Sanguinaria no tenía la menor idea de a qué se refería con «umanita» por lo que parpadeó impertérrita.

Después de la comida, y cuando parecía que el contramaestre iba a explotar, pues se había tenido que echar hacia el respaldo de la silla en busca de una posición más agradecida, Eshima se acercó al lado de la mesa de Arlette y desperdigó entre platos y cubiertos toda clase de toscos utensilios de trabajo.

Con un ademán solicitó su brazo y cuando se percató de que ella dudaba, la anfitriona vistió su pedido con promesas de mejoría.

—Venga... Ya ves que como enfermera me defiendo bien y como ingeniera soy muchísimo mejor, me gano la vida montando toda clase de trastos. —Elevó las cejas un momento—. Y como has podido comprobar durante la comida, no me va mal en el negocio.

La pirata se sometió a regañadientes.

—¿Has notado alguna clase de molestia o inflamación en la unión? —Ojeó la cicatriz del antebrazo tras colocarse un monóculo de cristal ampliador.

Arlette negó sin decir ni mu. Le ponía muy nerviosa cualquier cosa que tuviera que ver con la medicina, y el hecho de tener a alguien hurgando dentro de su mano no hizo más que empeorarlo.

—¿Y qué me dices del peso? ¿Te resulta incómodo?

Encogió los hombros y Eshima volvió a sepultar la cara ante los segmentos descubiertos. Entornó el ojo a pesar del aumento que le proporcionaba la lente y clavó su atención en algunos pistones diminutos. Apenas necesitó encorvarse, era tan bajita que rozaba los estándares.

—¿Podrías mover los dedos uno por uno, por favor?

Así hizo.

—Un pelín más lento... Eso es. —Ajustó algo en alguna parte del dorso de la palma sin perder en ningún momento la diversión pintando sus mejillas—. Tu dedo índice reaccionará ahora un par de milisegundos antes a los estímulos.

La pirata hizo un gesto de conformidad y pensó:

«¿Tanta tontería para eso?»

La extremidad protésica de la pirata, ahí, sin el cuero protegiéndola, recordaba a alguna clase de guantelete delicado. Si no fuera por la carcasa levantada que dejaba al descubierto los músculos de metal y los huesos de hierro desde el antebrazo hasta la punta de los dedos, podría pasar gracias a sus elegantes líneas por un largo guante de seda refulgente; al menos hasta que se veía de cerca.

—Deberías realizar ejercicios: prueba a coger un vaso y varía la presión que ejercen tus dedos sobre él sin llegar a deformarlo. —Realizó el gesto en el aire para que Arlette lo entendiera—. Observa la velocidad y movilidad de tus articulaciones al doblarse y reaccionar a lo que esperas de ellas. De ese modo podré hacer los ajustes que necesites, ¿vale? —Eshima sonrió.

—Muchas gracias. —A Patrick le faltó poco para lanzarse a sus brazos—. Estás haciendo más de lo que merecemos.

Sin duda alguna era un adulator, incluso con el horrible aspecto que le daba la nariz hinchada.

—¡No diga tonterías! Si no hubieran aparecido aquella noche ahora no estaría viva. Les debo todo, por lo que aprovechen mi hospitalidad hasta que dejen de necesitarla. —Empezó a cerrar la tapa al quedar conforme con la prótesis—. Eso sí. —Le habló a Arlette con mucha seriedad por primera vez—. Debes tener claro que requerirá un mantenimiento continuado. Mientras estés en Primrose puedes contar con mi ayuda para realizar cualquier arreglo que precisas, pero una vez te marches tendrás que aprender a ejecutar una serie de rutinas muy importantes. —La sonrisa regresó con un leve bufido gracioso—. ¡No son gran cosa, ¿eh?! A veces me pongo muy concienzuda pero en realidad es cuestión de un poco de aceite allí y allá. Limpieza rutinaria, ya sabes: como si te lavarás los dientes, y cosas así. Ya te enseñaré, es mucho más fácil de lo que suena. —Pegó un golpecito en el dorso de la mano—. Listo.

Por primera vez, Arlette le contestó:

—Sería de mucha ayuda.

Le costó, incluso le temblaron los labios de lo extraña que se sintió. Estaba tan acostumbrada a los malos modos y al peligro que se sentía incomoda ante gente con tan buenos gestos.

—Buenoooo... Su brazo ha sanado del todo pero me da en la nariz que tiene algo de anemia. No puedo asegurarlo, pero con una dieta variada en macronutrientes debería estar como nueva en un par de días. —Miró al contramaestre con una afabilidad que le sacó los colores—. Voy a recoger los

platos. ¿Le importaría ayudarme? Seguro que entre los dos terminamos en un momentín.

El gigante, si hubiera tenido sombrero se lo habría quitado y realizado una reverencia. Aquella mujer tan pequeña, tan alegre y desinteresada le tenía embelesado. Ni siquiera se atrevía a mirarla fijamente, se limitó a remover turbado la cabeza.

En cuanto Eshima se alejó con parte de los platos hacia la cocina y sus pasos se perdieron en la lejanía, Arlette miró a Patrick con aires desencantados.

—¿Podrías pedirle algo de ropa de calle?

—¿Eh? —Él se había quedado cavilando para sus adentros, con los brazos cruzados y la atención perdida en el leve traqueteo que se escuchaba entre las paredes—. ¿Por qué no se lo pides directamente? —Sonó ofendido.

Realmente era simple curiosidad.

—¿Sueles responder una pregunta con otra?

—¿Y tú? —Soltó un bufido divertido antes de notar un latigazo recorriéndole el tabique nasal. Luego aceptó con una mueca entremezclada de dolor y sonrisa—. Voy...

Arrastró la silla y lo acompañó el crujir del refuerzo metálico de su pierna.

—Cuando me haya vestido saldremos a dar un paseo —le informó Arlette con aire distraído, ella también estaba dándole vueltas a la cabeza.

—¿Necesitas algo de aire? —preguntó con esmero paternal.

No le sirvió de nada, porque ella se limitó a negarlo agarrando una de las copas de latón y a marear su contenido como si en lugar de agua hubiera vino.

—Necesito saber cómo salir de aquí. —De pronto reaccionó y proyectó su atención sobre Patrick—. Y seguir jugando a la familia feliz no va a ayudar.

* * *

El tranvía inició la marcha con un suave traqueteo. El contramaestre se había parapetado en uno de los últimos bancos del transporte, con un enorme saco de arpillera a cuestas, y desde allí se había centrado en vigilar a todo el mundo. Era una costumbre que su capitana le había inculcado no sin muchas discusiones. Nuestro querido gigante siempre fue una persona bastante despistada, despreocupada gracias a la ventaja biológica que le había otorgado su tamaño. Sin embargo, tras un plan mal elaborado que tenía que ver con puñales en plena oscuridad y sangrar como un cerdo, había cambiado

drásticamente. Y allí estaba él, fijándose en el más mínimo detalle. Observaba al pasaje, lo juzgaba de reojo o con efímeros disimulos y estiramientos mal actuados; tantos que hizo parecer que llevaba días sin dormir. Se fijó en cómo se retorció un mechón la mujer que tenía sentada en el banco de delante. No podía verle el rostro pero por como removía los dedos estaba claro que tenía prisa. Lo mismo sucedía con el hombre que estaba de pie al final del pasillo, junto a la cabina del maquinista: su pie derecho tamborileaba en la madera una y otra vez con una velocidad exagerada, y si no fuera porque el rumor del transporte era generoso seguramente el golpeteo se hubiera hecho evidente para todo el mundo.

El pirata decidió poco después que no había nada de qué preocuparse. A fin de cuentas, estaban demasiado lejos del Imperio del Aire y era imposible que la Armada diera con ellos tras lo sucedido.

Después de recordar cómo la fragata estallaba soltó un resoplido consonante y relajó los hombros en el respaldo de cuero desgastado. En el fondo le gustaba tener que salir a hacer recados, le daba la oportunidad de ir por libre y disfrutar del aire fresco.

«El mismísimo destino tocándonos las narices, ¿Eh?» repasó con aire desconfiado. Por más que se lo dijeran le sonaba absurdo. Probablemente si no viera a Arlette y a Patrick hablando de ello con tanta seriedad no se hubiera tragado ni pizca del asunto, pero después de enfrentarse a una noche de sueños vivientes y horrores hambrientos... ¿Cómo no hacerlo?

Al fijar su atención al otro lado de su ventana vio a Primrose respirar: la ciudad estaba a rebosar de gente yendo de un lado para otro. La muchedumbre no vestía distinta a la del Imperio del Aire, o al menos a la que vivía en la zona más agradecida de las Brisas. Nunca había estado en la Isla central, donde residía el Capitán General Eolo I. Allí sabía que los edificios se elevaban con paredes de cristal e imágenes vivientes. Por suerte, Primrose era una fotocopia de su hogar, lo cual le dotaba de cierto ambiente familiar. Lo agradeció con una sonrisa y empezó a alegrarse la vista con las mujeres que paseaban por la acera de ladrillo rojizo. Había una junto a una farola de forja oscura, que marcada por toda clase de motivos artísticos, se elevaba como una alargada vela hasta casi los tres metros; aquella era una particularidad de la ciudad: su arquitectura era sobrecargada, chorreaba detalles y motivos por todos lados. Pero volvamos con la joven... Estaba esperando a alguien con una maletita muy pequeña en una mano y una preciosa pámela blanca colgada a un lado de su cabello color arena. El vestido le pareció especialmente bonito,

con encaje en los bordes y flores en la tela lamiendo su falda.

Se entristeció un poco al saber que jamás hablaría con ella, pues ya había desaparecido de su vista para siempre. Por un momento el tranvía pareció menos agradable, quería salir de allí, olvidar lo que tenía que hacer y perderse entre el gentío en busca de un poco de amor. Bueno, lo que un hombre como él entendía como tal.

Saltó del vagón poco después, justo cuando subía un hombre con mono de trabajo y una boina aplastada y descolorida. El pirata lo empujó a un lado cuando este intentó subir a la vez que él bajaba. Salió disparado y por poco no se estampó con el escaparate de una tienda de muebles que aguardaba justo detrás, junto a un restaurante y una tienda cerrada con el cartel de «se vende» excesivamente lleno de dibujos floreados.

—¿Serás hijo de...?! —escupió furioso, enzarzado en una patética batalla de equilibrio.

El gigante le atravesó con la mirada y el transeúnte desapareció en la marea de viajeros con premura y temor. Seguramente en su vida había subido tan rápido a un tranvía.

Era imposible que nuestro pirata estuviera más contento, aquella expresión de horror le había levantado el ánimo y ya no se sentía tan triste al recordar a la muchacha de la falda de flores. También tenía que ver el hecho de que las fuerzas del orden no existieran en todo Primrose. Había una cierta jerarquía y también unos códigos morales y cívicos, pero las disputas se resolvían entre los implicados. El paraíso para todo pirata, o la fuente de todos sus problemas, según como jugara sus cartas. Por lo que había comprobado en días anteriores, allí la gente no solía meterse con el resto, aunque sí que había algún enfrentamiento. Los tratos se resolvían con lo acordado o se terminaban a guantazos, si no se metía en la ecuación un puñal o un poco de plomo. Por lo que había visto, la gente solía procurar andarse con cuidado, así que el pirata estaba comprobando con sorprendente toque el límite al que podía llegar. Para desgracia de los residentes de Primrose, ese límite parecía aún muy lejano.

—Tú —escupió al primero que se le cruzó en la acera, junto a la tienda de muebles.

Un anciano con mirada distraída y nariz ancha parpadeó deteniendo el paso abruptamente. Apretó enérgico y molesto los labios y entornó los ojos, fijos en el gigante; del cual solo distinguió una enorme figura borrosa.

—¿Dónde está el cambista...? —El pirata escudriñó entre sus recuerdos y se echó el saco arrugado al hombro—. Cambista... Marcus Coe. —gruñó al

confirmarse a sí mismo que era el nombre correcto.

El anciano sacó unas diminutas gafas del bolsillo del pecho de su chaqueta y tras escrutarlo un segundo señaló el cruce del fondo indicando que solo tenía que girar a la derecha y caminar unos cien metros.

—Es el de la puerta roja y el letrero negro. —Al hablar daba la sensación de que le faltaba aire, como si el expulsar palabras supusiera demasiado esfuerzo—. Lo verá enseguida.

Y sin tiempo para agradecerle, o más bien sin ninguna intención, el gigante se alejó como si nunca hubieran hablado.

Sus pasos sonaban como pequeños martillazos sobre el ladrillo y se confundían en ocasiones con el repiqueteo que producían los cascos de los caballos, tirando de carruajes en todas direcciones por la travesía. La gente se apartaba al paso del pirata, algunos con miedo, otros con prisas al no verle llegar, el resto simplemente charlando, ignorando el peligro que habían esquivado.

El contraamaestre paseó durante un rato. Arlette no le había dado una hora límite y solo tenía que asegurarse de vender el material que llevaba en la bolsa por lo máximo que pudiera. No era bueno regateando, pero ambos esperaban que su porte ayudara a que la cantidad subiera exponencialmente, y si no era el caso siempre podía utilizar los puños.

Para desgracia del grupo, cuando llegaron a Primrose días antes, la aeronave ya había dejado de ser funcional. No tendrían más remedio que buscar un transporte alternativo o conseguir que Eshima la reparara, lo cual no iba a ser fácil, ni barato, por culpa de las críticas infiltraciones de agua salada que anegaban el motor gravitacional. Por más de la Armada que fuera y tecnología de éter que poseyera, no estaba preparada para el agua. ¿Pero quién iba a imaginar que existía una isla flotante rodeada de kilómetros de agua?

No tardó en encontrar la tienda del cambista: había una enorme cola de personas esperando. Salía de dentro y se alargaba hasta gran parte de la acera, lo que no solo dificultaba el tránsito sino que apenas permitía ver los artículos expuestos en los dos escaparates que sobresalían hacia la calle en contraposición a la hundida, y abarrotada puerta principal; que era tan roja como el anciano aseguró. La gente se agolpaba sobre los cristales buscando escudriñar algo interesante del interior y parecían ansiosos, descoordinados.

El último de la fila lo observó de reojo al sentirle llegar.

—¿Eres el último? —preguntó el contraamaestre sin mirarlo directamente, que desde su punto de vista parecía muy pequeño.

Mientras aguardaba la respuesta pudo ver, más allá de las pequeñas cabezas que formaban la cola, la puerta abierta que daba a un enorme vestíbulo. No advirtió con detalle el interior, pero sí a los guardias que vigilaban con parsimonia y aburrimiento. Unas escopetas destacaban en sus manos y llevaban chalecos de vestir hechos con metal que les aportaba un corte amenazador y autoritario sobre los demás.

—¿Es que estás ciego, Frankenstein? ¿Tú qué crees? —le refunfuñó el canijo.

Olía mal y su ropa estaba arrugada. Entre sus manos llevaba un bolso de diseño complejo y materiales caros, lo cual no encajaba con sus modales, y ni hay que decir que tampoco con su género.

El contramaestre se agachó a su altura, le chistó y cuando se giró le partió la crisma de un cabezazo. El extraño se trastrabilló como un muñeco de trapo y se quedó tendido en la acera. Eso sí, antes el bolso cambió de manos.

«Un poquito más de plata nunca viene mal», decidió mientras el resto de la cola lo miraba fugazmente antes de olvidarse de él.

Superó el cuerpo inconsciente del ladrón y se puso en su lugar tras introducir el bolso en el interior del saco. Luego puso sonrisa de tiburón, había decidido que Primrose le gustaba.

Al entrar el ambiente se enrareció un poco. Dentro de la tienda olía a cerrado y a humedad. Podía percibirse cierta dejadez en los muros, pues el recubrimiento de madera estaba combado, incluso hinchado en algunos casos, con pequeños hilos llorosos de agua cayendo hacia el suelo y mezclándose con el polvo hasta formar costras de suciedad en esquinas y rodapiés. Era un antro, pero un antro que daba bastante dinero viendo cuánto llevaba esperando su turno. La gente avanzaba paciente, sin levantar la voz ni la mirada. Para el contramaestre aquello se estaba demorando demasiado y no tardó en plantearse partir alguna que otra cabeza más; el zumbido de las tuberías tampoco ayudaba a relajarlo.

Buscó calmar su impaciencia ojeando desde la fila las vitrinas individuales que ascendían unas sobre otras igual que débiles pilares. El vidrio estaba sucio, incluso lleno de huellas y arañazos en algunos casos. Por el contrario, los objetos de su interior solían tener mejor aspecto.

«Trece viales con dos gotas de umanita» leyó del pedazo de cartón que colgaba de un hilo anudado al cuello de un busto de costura de cuerpo entero.

Allí había toda clase de cosas: cuadros, una caja de acuarelas hecha a mano a partir de bronce y estaño... Incluso un peluche de un osito cosido con mucho

esmero y adornado con dos enormes botones bañados en hierro. Recuerdos de toda clase de personas que en algún momento de su existencia habían necesitado deshacerse de aquel pedazo de vida para sobrevivir, o puede que simplemente para olvidar. ¿Pero a quién le importaba? Él estaba allí para hacer dinero, no pensaba comprar ni pedir fiado nada.

Bajó la vista a la moqueta rojiza, que nacía en la entrada e iba en línea recta hacia el fondo salvaguardada por «recuerdos», y suspiró.

—¿Solo un cuarto de vial? —Alguien voceó más adelante, donde moría la moqueta y un hombre de mirada perezosa atendía a cada cliente dentro de un cubil de madera y unos gruesos barrotes redoblados con retazos oxidados—. ¡Vale por lo menos uno entero!

El pirata podía ver sin problemas cómo el cliente que discutía con, supuso, el cambista exigía más por un violín al que le faltaba una cuerda y que había estado guardado mucho tiempo en un lugar demasiado húmedo. No es que nuestro querido contramaestre supiera de esa clase de cosas, él solo estaba interesado en cómo sonaba un hueso al partirse, sin embargo para cualquiera con dos dedos de frente hubiera sido evidente dada la enorme mancha que emponzoñaba la madera en plena tapa delantera; y eso sin contar la raja que deformaba una de las clavijas.

El cambista resopló. Sus canas, tan claras que los pocos cabellos que aún se mantenían en su cráneo simulaban hilos de plata, brillaban bajo un foco de luz amarilla titilante. La iluminación no solo le ensombrecía la expresión, sino que le otorgaba un aire tirano.

—El desperfecto de la clavija es importante —señaló con un dedo arrugado y puntiagudo. Su voz sonó como una cuerda desafinada—. Tendremos que cambiarla.

—¡Pero funciona!

—¿Y cómo lo sabes si no has traído el arco? ¡Y mira el estado de la madera! Parece como si te hubieras dedicado a bañarlo. ¿Quién me garantiza a mí que en tres meses no dejará de sonar correctamente? ¡Ni siquiera tiene todas las condenadas cuerdas!

—P-Peró... —El porte del músico se desinfló mientras el cambista hablaba.

—Si hubieras venido con la maleta tal vez hubieras conseguido cuarto de vial con treinta gotas. Treinta y cuatro si la tela interior fuera buena y otras cinco más si conservara un acabado decente.

—¡Pero ya lo empeñé hace dos meses! ¡Y me diste por él solo diez gotas!

—Hace dos meses era hace dos meses. Hoy es hoy. Los precios varían, deberías haber esperado.

Los guardias vigilaban al cliente con exasperación y el volumen del cambista cada vez se volvía más enérgico. A pesar de su indiferencia inicial, ahora parecía especialmente dedicado a romper las esperanzas del cliente. Más que un experto agasajador empeñado en timar a todo el que se le pusiera por delante, parecía un usurero, un cobrador, un ladrón... Buscaba que el hombre perdiera la paciencia, ya fuera abandonando toda esperanza o explotando en una vorágine de insultos y golpes. Cualquiera de las dos le valía. La primera resultaría más sencilla, pero la segunda le daría la excusa perfecta para quedarse con sus cosas gratis.

El pirata pudo notarlo al comprobar cómo las manos de los guardias apretaban con más fuerza sus armas, de cómo sus piernas se tensaban y las miradas se afilaban. Parecían expectantes, como a la espera de que una escena ya vista anteriormente acabara para entrar en acción.

—Pero... —repitió—. Necesito medio vial. —Suplicó con un hilo de voz—. Sabes que al menos vale tres cuartos. Dame al menos eso... o... —Tembló—. Dame medio vial, ¿de acuerdo? Lo suficiente para pagar la deuda.

—Un cuarto. —Volvió a señalar los desperfectos, esta vez sin acompañar el gesto con explicaciones.

El cliente fue a darse media vuelta en ese mismo instante y chocó con uno de los guardias.

—¿A dónde vas? —inquirió el cambista desde la seguridad de su guarida enrejada—. No hemos terminado con la negociación.

—No... No tengo nada más que ofrecer, ya te lo he dicho.

—Tienes una deuda de medio vial de umanita con nosotros que se te entregó hace mes y medio. Te comprometiste a pagarla antes de que venciera el plazo. Si no se te cobrarían unos intereses cuarenta veces por encima de la cantidad adeudada. —Al bajar levemente la cabeza, las sombras de luz se estiraron produciendo un efecto tenebroso—. Extraedle veinte viales completos.

Los chillidos llegaron de pronto. El pobre desgraciado buscó zafarse de los hombres del cambista, y solo consiguió que la culata de una de las escopetas le partiera los dientes. En cuanto cayó al suelo confuso y dolorido, las duras manos de estos lo agarraron de los hombros y lo obligaron a arrodillarse, con el rostro apuntando a la moqueta y de espaldas al cambista; la fila lo tenía justo delante, casi como si aquello fuera más con el resto de clientes que con el propio establecimiento.

—Te voy a repetir la pregunta. —Miraba a un punto indeterminado de la aglomeración, estudiando la reacción de todo el que estuviera allí—. ¿Dispones de algo que pueda *cancelar*...? —preguntó, pero en realidad estaba diciendo: «Esto es lo que os pasará si no me pagáis.»

—¡Mi ropa! T-Te vendo mi ropa —escupió.

—No vale ni media gota. —Se echó a reír—. ¿Es que no te has mirado en un espejo?

—¡¿Y mi pelo?! —Insistió con sonrisa hueca y nerviosa. Un hilillo de sangre resbalaba desde el labio inferior y se fundía en la moqueta con cada diminuto goteo—. ¡Puedes hacer una peluca con él! ¡Añade los dientes! —Ofreció en cuanto descubrió dos incisivos cerca de sus rodillas.

—Como mucho sacaría dos gotas de tu pelo. Y ambos sabemos que hasta un cuarto de vial aún te quedarían más de cuarenta gotas. —Examinó al hombre—. No nos interesan tus dientes y... No parece que tengas algo de valor a la vista. Vacíadle los bolsillos —ordenó.

Nada, absolutamente nada.

El resto de clientes no aguantó más, la fila empezó a echarse hacia atrás dentro de un incómodo silencio. Todos excepto el pirata, que, inamovible, chocó con el de delante. La marea de gente quería alejarse lo más posible de ese hombre, que ahora lloraba desconsolado y pedía un poco más de tiempo.

—¡Dadme un día! ¡Solo uno! ¡Puedo tocar para vosotros durante un mes! ¡Dejadme hacerlo!

La voz del cambista se elevó sobre sus sollozos como un mensaje para el resto:

—El violín: un cuarto de vial. La ropa: cuarto y medio de gota. El pelo: gota y tres cuartos. Dado que la deuda no ha sido saldada a tiempo, y conscientes de que nuestro acuerdo nos prohíbe cobrar por nuestra parte nada que no puedas llevar contigo en el momento de la tasación, te descontaremos un cuarto de vial con cuatro gotas y media a cambio de lo antes enumerado, quedando por tanto la deuda contraída en cuarto de vial con sesenta y una gotas y media. —Alegó con un leve giro a sus hombres—. Y con los testigos presentes en el establecimiento, dejando bien claro que en el pacto contraído por nuestra parte no ha sido roto, pasamos a cobrarnos dicha cantidad restante multiplicada por cuarenta. Es decir: seis viales con veinticuatro gotas y seis lágrimas de umanita. Deuda que vence... —removió el rostro a modo de orden— en este preciso instante.

El músico gritó enajenado, removiéndose y buscando escabullirse de los

brazos que lo aprisionaban sin dificultad.

—¡No! ¡No tengo tanto! ¡No lo hagáis! ¡Piedad! —Miró a la gente—. ¡Qué alguien me preste umanita! ¡Por caridad!

Y entonces, el contraamaestre lo vio: uno de los guardias había sacado una especie de aguja de su cinturón. En un principio la había confundido con un arma, pues había estado dentro de una cartuchera de cuero. Sin embargo, una vez en su mano, podía verse que era una cápsula de metal reforzado, con unos cuantos tornillos pulidos y detalles recorriendo la carcasa con colores vivos y ocupando el ancho de medio palmo. La aguja sobresalía gruesa al inicio hasta terminar en poco más de un corto alfiler.

El contraamaestre murmuró algo, pero las palabras se partieron ante lo que aconteció en aquel lugar.

Entre los recuerdos, entre las miradas asqueadas... y sobre todas esas cosas, entre los gritos.

* * *

El Salto de Puerto estaba en la esquina de la avenida Rouson con Hemer Clark. Se decía de ella que contaba con la mejor bebida de todo Primrose y a medio día, tras las comidas, las partidas más emocionantes de SoHumad. Ni a Patrick ni a Arlette le interesaban lo más mínimo el prestigio del local o la clase de juego que fuera ese, fueron allí porque era el bar más cercano a la casa de Eshima y estaba convenientemente al lado de una parada de tranvía.

La pirata había decidido reunirse allí con su contraamaestre una vez este volviera con el dinero. En cuanto supieran con qué cantidad contaban estudiarían cuales eran sus prioridades y armarían un plan. Si bien era cierto que ella era la capitana, también sabía que ya no tenía ni barco ni tripulación. Solo estaban los tres y se vería obligada a contar con su beneplácito si quería que las cosas salieran bien; incluso aunque deseara sacar de la ecuación a Patrick este era el único que podía pilotar la aeronave. Reconocer este hecho y renunciar a su orgullo le costó más de lo que estaría nunca dispuesta a reconocer.

Mientras las copas tintineaban en la barra, los clientes reían y conversaban y las luces claras acentuaban la sorprendente pulcritud, la pareja se deslizó entre la gente en busca de anonimato y tranquilidad. Patrick se había asegurado de hacerle creer a Eshima que provenían de una tierra lejana concordante al reino de Primrose por lo que ante cualquier malentendido cultural tenían una excusa preparada: se había servido de la ingente cantidad de islas que

poblaban la nación para adoptar un trasfondo simplón que rozaba la autoexclusión. Siendo claros, el desconocimiento en la mayor parte de la cultura general sobre Primrose y sus costumbres quedaba explicado una vez se identificaban como Everios, habitantes de Evers, una isla agrícola al borde del reino y que prácticamente nadie recordaba donde estaba situada de lo pequeña e insignificante que era; incluso estaba referida por un tímido punto abandonado en el mapa. Patrick lo había descubierto la primera noche. Con la excusa de no querer apartarse de Arlette, le había pedido algún libro de historia o geografía a su anfitriona pues «siempre había sentido curiosidad por esa clase de cosas».

Incluso la Dama Sanguinaria tuvo que reconocer su astucia, sabía lo que se hacía. Gracias a eso no solo había descubierto que Primrose era la capital de un reino, sino que además este contaba con otras veintidós islas, muy variadas en múltiples sentidos. Llamaba poderosamente la atención que los límites del país estuvieran regidos por la distancia abarcada por el Océano Único, la enorme masa de agua con la que estuvieron a punto de estrellarse tiempo atrás. Superaba las cuatro mil leguas y en torno a dicha distancia se convertía en una sinuosa catarata que caía sin explicación hacia el vacío, que seguía tan infinito como siempre y al que ni siquiera le habían puesto nombre. Tal vez por eso el reino había decidido aprovechar las mareas para crear energía. Las tuberías que siseaban por todas partes, ocultas en la calle pero presentes entre las paredes de algunos establecimientos, elevándose sobre fachadas anticuadas y escondidas en las casas más recientes, no eran otra cosa que grandes y artificiales corrientes marítimas que golpeaban palas a su paso para dotar de potencia a los acumuladores hidroeléctricos repartidos a modo de subestaciones entre los barrios, e incluso en algunos casos entre cada casa.

A Patrick le sorprendió positivamente descubrir que Arlette se mostró muy interesada en todo aquello. Aseguraba que se debía a que una buena capitana se informaba sobre el enemigo a conciencia, asegurándose de que ningún fleco del lugar en el que estaba quedara sin analizar, sin embargo él sabía la verdad, o quería creer saberlo. Había salido a él, por más que otra persona la hubiera criado, por más que su carácter, sus acciones, su pasado fueran distintos, tanto en su cara como su pelo rubí y ojos de mar estaba Bríd... y en un lugar muy oculto, uno que escondía tras un escudo de cínica animadversión hacia los demás, quedaba la misma curiosidad y sed de conocimiento de él.

«Sí que es ella» —se consoló siguiéndola en silencio, con el rechinar del armazón como compañero.

Subieron unas tímidas escaleras de caracol ancladas a una columna apartada y llegaron a la segunda planta, mucho menos abarrotada y con buenas vistas a la calle.

Contaba con la misma y recargada decoración del nivel inferior, empeñado en traer el mar al edificio con restos de barcazas fusionadas al techo y redes color ceniza colgando como enredaderas en esquinas y huecos vacíos. La obsesión por el detalle, incluyendo ornamentos en los bordes verticales de la mesa y la cubertería de hierro viejo, además de entalladuras de caballitos de mar en las patas de las sillas, perduraba con insistencia. Incluso las lámparas, de araña y con esqueleto de forja, se veían superadas por una recargada tormenta de cristales que caían alrededor como racimos, y que ocultaban la bombilla refulgiendo luz limpia.

—Aquel es un buen sitio —convino ella al decantarse por la mesa más apartada: desde allí podría ver fácilmente la calle pues una ventana hecha de recortes cristalinos multicolor servía como puesto vigía.

Mientras Arlette lo adelantaba y se desentendía de Patrick, él observó la cicatriz de su mejilla. Ya la había visto antes, pero nunca le había importado. Para nuestro falso Alto siempre fue una mujer extraña, incluso desagradable. Sentía que esa cicatriz era el resultado de su mala vida. Sin embargo, ahora, sabiendo quién era realmente, la mujer sanguinaria con la que había compartido viaje resultaba menos sanguinaria y menos culpable. La hendidura en su rostro ya no era un castigo, sino una injusticia. Se preguntaba cómo sucedió. ¿La habían hecho daño o fue un accidente? Se percató de que no la conocía en absoluto, de que había sido una locura contarle la verdad y esperar que la aceptara sin más. Y aun así, no se arrepentía. Pasara lo que pasara, ella siempre sabría que lo intentó, que su padre, por más que lo odiara, había estado buscándola. Para él era lo más importante, que no muriera sin saber que no la habían abandonado. Se había pasado décadas con ese temor, preguntándose si estaría viva, si lo querría... Cuando aún estaba con Isbel se había descubierto a sí mismo preguntándose si su hija también desearía con tanto ahínco reunirse con él.

Un fognazo en su mente. El cabello dorado de Isbel. Las promesas rotas, la marcha forzada de la joven a través de una abertura en la nada, atrapada por una garra oleosa y tan oscura como la muerte.

Patrick no quería reconocer que la echaba de menos. Que pensaba constantemente en ella, guardando toda su frustración y culpa muy en el fondo de sí mismo.

Puede que Arlette fuera también así. No era idiota, tal vez la pirata no le hubiera importado hasta ahora, pero sí se había percatado de cómo era la Dama Sanguinaria: guardaba sus sentimientos, su forma de ser. Escondía sus debilidades en un lugar muy profundo de sí misma. Eso también lo había heredado de él. Ambos habían estado actuando la mayor parte del tiempo, como invitados de un baile de máscaras que parecía durar toda una vida.

Caminó cojeando y perdido en recuerdos que no habían sucedido nunca. Se imaginó que en realidad estaban celebrando algo. Pensó en que realmente seguían en Oviedo y que ella había ido el fin de semana a verle a él y a Bríd para darle alguna nueva: que la habían aceptado en la universidad, que acababa de conocer a alguien... Tal vez un nuevo trabajo... Fantasizó con ello hasta que sus ojos chocaron con los suyos.

—Es para hoy.

Y entonces sus anhelos poco importaron, porque esa mirada describía su verdadera y atormentada existencia. Solo el atuendo que llevaba, más como un castigo que recompensa, la ataba con dificultad a un papel que debería haber vivido y que jamás llegó a experimentar: el de una chica normal.

Era un vestido liso y de tono café, con una abertura ovalada de encaje color marfil bordeando su pecho. Las mangas cortas, únicamente estaban acompañadas por más labores pálidas rozando la piel. Sin embargo, a pesar de su sencillez, para él el conjunto era precioso: la falda caía con naturalidad abrazando delicadamente su cintura hasta morir con un efecto de doble capa poco antes de las espinillas; la primera orilla sucumbía varios centímetros por encima de la posterior, que simulaba brotar en la frontera con más marfil. De algún modo conseguía dulcificarla, arañar ese escudo infranqueable y mostrar un destello de su verdadera edad. Borraba parte de esa madurez impuesta por las dificultades, y eso le encantaba.

A ella no tanto.

—¡Condenada falda! —berreó voleándola con su mano buena tras haberse visto enredada en ella al sentarse, incluso tuvo que pegar pequeños saltitos mientras tiraba de la tela—. ¡Juro que lo primero que haré con el dinero será comprar unos buenos pantalones!

Él cayó sobre la silla sintiéndose muy viejo y cansado. Caminar con tanto peso en la pierna le hacía torpe y débil.

—Estás gritando... —le indicó con calma. En realidad quería decirle que estaba preciosa.

Lo miró con desdén:

—¡Esta porquería me hace sentir desnuda y a la vez atrapada! Nunca he entendido cómo pueden ir con esto por la calle: sentarse es un incordio, correr casi imposible y ya escalar... —protestó—. Es irremediable engancharse de cualquier saliente con estas... cosas horribles —finalizó, mostrándole parte del encaje.

—Las mujeres normalmente no escalan...

—Porque llevan falda. —Terminó de destrozar su aparente elegancia curvando la espalda sobre el respaldo y cruzando ambas manos—. Seguro que la inventó un hombre. —Enarcó una ceja con ironía—. No querría que su mujer saliera huyendo a la primera de cambió y se le ocurrió esta tortura. —Y adornó su exposición con teatrales movimientos con ambas manos. Se había acostumbrado muy rápido a su nuevo brazo. El mérito era enteramente de Eshima, por supuesto.

Patrick hizo una mueca justo antes de que llegara el camarero.

—Buenas tardes. —Por su cara no lo parecían tanto—. ¿Sabéis que hay mesas libres en la planta baja? —Su voz áspera casi perdió el único hilo de cordialidad que poseía.

La ceja de Arlette otra vez.

Patrick sonrió haciendo acopio de su experimentado don embaucador.

—Es usted muy amable por preocuparse de mi pierna. —Hizo un débil gesto de dolor—. Sin duda hubiera sido más sensato aguardar cerca de la barra, pero lo cierto es que nos agrada más la tranquilidad que podemos disfrutar aquí, junto a estas excepcionales vistas. Muchas gracias.

—¿Qué os pongo? —suspiró acentuando su largo y moreno rostro.

Ella enarcó una pícara sonrisa:

—Una botella de vino. —Sus ojos refulgieron de placer.

—¿Vino? —Se tensó de tal modo que parecía que acababan de reconocer un crimen.

La pirata lo repitió, menos alegre.

—No estoy para bromas, niña.

Ninguno de los dos sabía qué diantres sucedía, sin embargo Patrick había dejado claro con anterioridad que era experto en adaptarse a entornos de los que desconocía su folclore. Volvió a demostrarlo allí.

—Discúlpela. Mi hija no ha salido nunca de nuestra isla y había oído hablar sobre un brebaje revitalizante que se servía en Primrose. Ya le he dicho cientos de veces que se equivoca pero ya ve usted cómo son los jóvenes. —Y firmó su gran mentira—. Venimos de Evers.

El camarero se desinfló de golpe esbozando una sonrisa.

—Pues deberías hacer más caso a los mayores, niña. —Cada vez que decía «niña», Arlette subía un poco más su ceja rubí—. El vino de toda la vida ha sido para los Eternos. Eres joven y es normal que te creas más lista que los mayores, pero no es excusa para comportarse como una ignorante. —Hizo memoria—. Me queda cerveza de malta, té negro y rojo, creo que queda algo de vuestro té everio también... ¡Ah! Y agua por supuesto, purificada en una desalanizadora del norte, muy cerca de Jonsu. —Apuntilló que aquel era el distrito Eterno, indicando que no había una mejor.

Arlette chistó desconsolada, desbaratando las manos sobre la tabla de la mesa y provocando un horrible ruido por culpa del metal de su prótesis. Si había ido hasta allí en lugar de esperar al contraamaestre en casa de Eshima era precisamente porque necesitaba un poco de alcohol.

El hombre no pudo evitar fijarse en el antebrazo mecánico, olvidando de sopetón la falsa identidad que Patrick había garabateado. Empezó a pensar que no parecían simples turistas. Al fin y al cabo, ¿quién demonios no podía saber que el vino era para Eternos? Era así en todo el Océano Único y cualquiera con la capacidad de discernir lo sabría. Ahora veía realmente al hombre: con una educación exquisita, aunque describiendo un aspecto deplorable por culpa de la nariz inflamada y la pierna destrozada. La cicatriz de la muchacha tampoco ayudaba, le daba un aire intimidante, como sus horribles maneras y su pelo revuelto. De repente ambos le parecieron fuera de lugar. Sospechosos.

—Agua estaría bien, me gustaría comprobar cuán distinta es a la nuestra. Traiga también la carta, si es tan amable. —Patrick apuñaló sus cábalas proporcionándole una succulenta distracción—. Sé que es un poco tarde para pedir a cocina, pero el viaje ha sido extenuante y nos morimos de hambre, le prometo una buena propina por las molestias. —Le faltó ponerle un lazo.

No tardó ni un segundo en dejar dos cartones en la mesa y tiempo a solas para que meditaran. Las sospechas se evaporaron según se alejaba.

—Te esfuerzas demasiado, ni que fueras un Buscador de Leyendas. No hay por qué inventarse excusas ni procurar pasar desapercibidos. La Armada del Imperio del Aire jamás nos volverá a encontrar —dijo molesta y altiva. Luego agarró el menú sin querer reconocer que había sido hábil, e incluso que en el fondo los cuentacuentos la maravillaban—. Solo gastas energía alardeando como un idiota. Y por cierto, yo prefería cerveza... Muchas gracias por preguntar.

—No sería la primera vez que me detienen sin razón solo por ser incapaz de

explicar quién soy. —Él también ojeó la carta—. A efectos administrativos no existimos: ni residencia, ni papeles que acrediten nuestra identidad. Si las fuerzas de la ley lo descubrieran nos encerrarían por precaución, creerían que somos criminales.

—Buenooooo... —Sonrió entrecerrando los ojos y hundiéndose entre las letras—. Es que lo somos.

—No si os comportáis.

—¡Oh! Aprecio tu preocupación, aunque sea inútil: ni siquiera hay policía por la que inquietarse. —Y tiró el menú con exasperación—. ¡Necesito algo que embote mis sentidos, no comer!

—Que no la haya no quiere decir nada: si hay restricciones es porque alguien gobierna y controla. Es la segunda vez que oigo esa palabra: Eternos. Y no me gusta nada, parece haber ciertas diferencias sociales y por mi experiencia suelen acompañarlas graves inconvenientes cuando estás en el lado desfavorecido de la balanza. El cual, por cierto, parece nuestro caso. —Situó el cartón con cuidado sobre el otro y añadió—: Creo que comeré pescado, hace años que no lo pruebo. Deberías pedir algo sustancial, ya oíste a Eshima. Necesitas recuperar fuerzas.

—En menos de una semana nos habremos marchado, le das demasiadas vueltas al asunto. Aunque a mí me trae sin cuidado, cómete la cabeza si quieres, simplemente no esperes que juegue a esta tontería. Ir con la verdad por delante siempre me ha resultado eficaz.

—Ya no estás en tu país. Aquí nadie sabe quién eres. Decirles: «Hola, soy una pirata, ya sabes, de esas que hacen cosas malas» no va a traernos nada bueno.

La chica bufó divertida.

—Dudo siquiera que sepan lo que la palabra significa. —Y añadió a modo de nota personal—: Además, yo diría que vengo a arrancarte el corazón o a quemar tu casa mientras tu mujer e hijos chillan dentro. Ser específico asusta más. —Aguantó las ganas de reír al verle la cara de perplejidad—. Deberías intentarlo alguna vez, es un truquito muy efectivo.

—Se me olvidaba que eras la terrible Dama Sanguinaria. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena para alguien que no ha oído hablar de ti?

Arlette le dedicó una fugaz mirada de reproche por encima del menú, parecía que lo hubiera apuñalado mentalmente, pero no dijo nada.

—Solamente intento facilitarnos las cosas —siguió, mordaz—. Deberías intentarlo alguna vez. —Relajó la expresión—. Descubrirías que sin muertos

todo es más sencillo.

—Y lento. Necesitamos arreglar la aeronave cuanto antes, o comprar algo que se le parezca, antes de que esa bruja inmortal nos encuentre. Podría estar moviendo sus repugnantes hilos en este instante como hizo en la fragata. Caer una vez... vale, lo entiendo. Pero dos... No soy estúpida. ¿Tú eres estúpido?

—Sigo diciendo que no creo que ella...

—Ya veo que sí que lo eres. —Imitó un suspiro condescendiente y lo observó como si solo fuera un niño que aún creía en los cuentos infantiles—. Menos mal que solo necesito que me digas el camino hasta ella. Después podrás irte al mundo de la piruleta si quieres.

Fue entonces cuando Patrick se dio cuenta de que hablaba en serio cuando decía que quería seguir adelante con su viaje. Aunque hubiera perdido a toda su tripulación y asistido a lo imposible, ella no se había rendido. Su deseo seguía cosquilleando en sus entrañas, como una molestia que jamás desaparecería hasta cumplir su propósito.

No lo podía permitir, no ahora.

—Myriam...

El labio de la pirata se tensó con una expresión horrible.

—Olvídate de la Vendedora de Deseos. No es real.

—Error: dejaste bien claro que sí, soy de hecho la prueba de su existencia.

—Lo que te he dicho es que no cumple deseos.

—Técnicamente te concedió el tuyo... Aunque si no quiere, puedo obligarla.

Él golpeó la mesa enfurecido.

—¿Es que eres imbécil?! ¡Es un dios!

—Tú lo que quieres es que te parta la cara otra vez, ¿verdad?

Ignoró la amenaza aunque no habló y tornó a un aire desangelado y preocupado.

—Si no te gusta mi plan puedes marcharte.

—Eso no es un plan. Es una... —Se detuvo al sentir el peligro.

Arlette también debió darse cuenta, porque sonrió angelical y apoyada en la mesa con las manos sobre sus mejillas.

—¿Es una...?

—Por favor, reconsidéralo. Es una temeridad... Vas a conseguir que te maten.

La chica resopló recolocándose en su asiento.

—No voy a abandonar. Ni siquiera es una opción. Puedes creerme o no, eso

no va a cambiar las cosas. Sé... —recalcó con certeza y presionando el dedo contra la tabla vacía— que Cosmos no descansará hasta acabar conmigo. Soy un nudo en su tapiz, sea lo que sea que signifique eso. Fueron sus palabras exactas y no parecían muy amables. —Dejó que Patrick reflexionara y siguió al ver que su seguridad se debilitaba—. Sé lo de la constelación de Sagitario al igual que sé que resolviste qué era el Carro Mayor. Por lo que déjate de chorradas y ponme al día.

—Es la Osa Mayor —admitió frustrado.

—¿El qué?

—La Osa Mayor, una constelación. Una vez allí solo hay que buscar el destino más brillante.

Ella no lo entendía.

—Da lo mismo, es complicado y está lleno de referencias al otro lado. El Carro Mayor se refiere a la Osa Mayor. La constelación está cerca de Sagitario, concretamente en uno de sus extremos. Es allí.

—Bien. Me alegra ver que nos entendemos, cuando nos vayamos de aquí trazarás una ruta y podrás desembarcar en la primera isla que te convenga y te permita salir adelante. ¿Te parece buen trato?

—¿Irme?! ¡Llevo décadas buscándote! ¿Cómo qué irme?

—¡Brisas malditas, dadme paciencia! ¡¿Otra vez estás con eso?! ¡No soy tu hija, ¿estamos?! Da igual lo que creas o lo que sea. No me importa si la sangre nos une como tampoco me convencerás de abandonar. Me ha costado mucho llegar hasta aquí. Encontraré a Isbel o como vientos se llame de verdad y conseguiré que reviva a...

«Espera».

La cara de Benjamín le vino a la cabeza.

—¿A quién? —Él aprovechó su desconcierto—. En el hipotético caso de que Isbel pudiera darte lo que quieres, porque te voy adelantando que de Cosmos te puedes ir olvidando, ¿a quién revivirá? No me tomes por idiota. ¿Crees que no sé qué tendrás que elegir?

«Lo sabe».

—Te recuerdo que seguí los mismos relatos sobre la Vendedora antes de que existieras. Sé lo del pago. ¿Por qué crees que siempre la llamaron Vendedora? Tú deseo exigirá un pago, un intercambio igual de valioso más bien. Si de verdad existen los milagros y acaba concediéndote lo que pides, ¿qué le darás? Porque a cambio de revivir a ese chico solo se me ocurre...

—Le daré mi vida —dijo como si nada—. Eso ya lo había decidido desde

el principio. Solo necesito seguir adelante hasta que ya no haga falta.

—No. No. —Revolvió la cabeza, sus cabellos negaron con él—. No pienso permitirlo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Amenazarme con darme una patada con ese trasto? No soy de tu propiedad, tomo mis propias decisiones y la verdad es que tiendo a matar a quien se interpone en mi camino.

La amenaza llegó estudiada, con la posición correcta y dirigiendo la mirada y el tono con perfecta sincronización. Era una técnica que utilizaba habitualmente.

El problema era que no funcionaría en un hombre que no tenía ninguna otra razón para vivir.

—Me da igual. Estoy aquí por fin. Si tú te has sacrificado yo lo he hecho más, me gané tu libertad a costa de mi tiempo y volvería a hacerlo solo para estar a tu lado y asegurarme de que estás bien. No pienso dejar que tires tu vida por la borda. ¡Tienes una segunda oportunidad! Puedes... Puedes ir a cualquier parte y ser cualquier persona. Ni una pirata ni una mártir, solo tú. ¡Rehaz tu vida, maldita sea! ¡Vive!

—Ni lo merezco ni lo quiero, eso es lo que no comprendes. Me has conocido hace apenas unas semanas, de las que no hemos empezado realmente a hablar hasta... ¿Cuándo? ¿Un día? Te importo por lo que represento no por lo que soy. Si de verdad fueras quien dices ser me apoyarías y me ayudarías si te dijera que no quiero vivir más. No con la carga que llevo a cuestas. Hace mucho que estoy muy, muy cansada. —Se quitó la máscara y dejó que la viera de verdad.

—Estás en shock, no eres tú misma. Has... pasado por cosas muy difíciles en muy poco tiempo. Todos lo hemos hecho. Si yo me hubiera rendido cuando os perdí a tu madre y a ti... ahora no estaría hablando contigo.

—Si te hubieras rendido, el mundo nunca se habría roto, ni yo habría provocado tanto dolor. —Su voz sonaba tranquila, sosegada. Incluso su mirada se había dulcificado. Se volvió un parpadeo de la niña que disfrutaba con historias a escondidas, pero solo uno; pequeño, inconsistente—. ¿Crees que podría levantarme cada mañana y soportar el haber hecho lo que he hecho para que al final fuera para nada? Sigo adelante porque rendirme ahora sería aún peor. Me lo debo a mí, se lo debo a Eric... pero sobre todo se lo debo a quienes cayeron por mi culpa. Sin distinción.

Él la miró compungido, se sentía responsable de su caótica vida.

—No sé si mi instinto está en lo cierto y eres una mala persona... Pero

aunque así fuera no soy la más indicada para sermonearte... y de lo que sí estoy segura es de que si acierto... será porque eres un mal hombre con buenas intenciones. Por eso te lo voy a pedir por última vez: ayúdame, no me hagas hacer algo que no quiero, porque ya lo he hecho antes y no voy a dudar a estas alturas del cuento.

—¿Ayudarte a qué? —Su semblante describía una profunda tristeza, sus ojos vidriosos—. ¿A morir? —Su alma rota.

—A cumplir mi última voluntad, Patrick. —Le llamó por primera vez por su nombre, hablando con el corazón y dejando que viera más allá de sus ojos.

Patrick vio a su esposa a través de los iris esmeralda y no supo que responder.

De pronto, unas campanas tañeron a lo lejos. Su sonido grave y seco describió un escalofrío.

Fuera, la calle adoptó un turbador murmullo bronco. La gente se miraba, atraídos por los tañidos remotos. El efecto del ruido debía indicar algo realmente importante, pues incluso en el bar las copas dejaron de chocar y las sillas del piso inferior roncaron como granizo cuando sus dueños fueron levantándose.

Una voz se alzó entre el barullo:

—¡Me he quedado con todas vuestras caras! —Era el camarero—. ¡Quien no regrese a pagar la cuenta se puede ir preparando! ¡¿Estamos?!

Se oyeron las puertas abrirse. El local enmudeció enseguida.

Patrick se puso nervioso, miró más allá de la ventana y comprobó cómo el gentío se congregaba y se saludaba, derechos al este, descoordinados, revueltos aunque como una única marea tranquila e imbatible.

—Arlette... —Se levantó e indicó con la barbilla la escena.

El camarero tardó unos segundos en subir. Su expresión declaraba prisa y nervios a partes iguales. Les instó de inmediato.

—¿A qué estáis esperando? Venga, no quiero llegar tarde a la deshumanización. —Y se quedó a un lado con la esperanza de que no tardaran demasiado en empezar a moverse.

Arlette volvió a colocarse la careta, bailando siempre, y rezongona lo miró de hito en hito.

—Por supuesto —indicó su acompañante.

En el piso inferior, como era de esperar, ya no quedaban clientes, solo otro trabajador. Ya había recogido las mesas y limpiaba profusamente la barra con un trapo. El desagradable camarero adelantó al dúo y corrió de un lado a otro,

guardando las pocas copas que habían quedado sin servir y las cartas desamparadas en algunas mesas.

En la avenida Rousen el ambiente se había vuelto ensordecedor. Los pasos de cientos de personas resultaban abrumadores y estaban acompañados por una melodía de voces, con el tañido llamándolos, atrayéndolos. Algunos avanzaban prudentes, otros alegres e incluso festivos, los que menos indiferentes y molestos. Había mujeres abrazadas a los brazos de sus maridos y familiares. Incluso obreros, caminando con manchas de polvo auestas, como si hubieran olvidado de repente qué es lo que estaban haciendo; alguno llevaba en las manos trapos que terminaban a medio esconder en bolsillos traseros.

Arlette salió observando cómo un padre aupaba a su hijo sobre sus hombros y brincaba para hacerle reír. El niño no estaba acostumbrado, vigilaba las cabezas de su alrededor, entre parasoles y sombreros, entre ornamentos y farolas.

Daba la sensación de que algo los hubiera enloquecido, solo que no era así. Estaban perfectamente cuerdos.

Los adelantó el camarero. Acababa de cerrar con llave y bajar una horrible verja vieja. Después corrió como si llegara tarde a algo importante.

Patrick no dijo nada, se quedó reflexionando en busca de una explicación. Tenía miedo de preguntar algo tan evidente como el respirar. Sí era tan sumamente evidente y esencial en el reino aquel desconocimiento podía marcarlos para siempre.

—Oye. —La pirata cortó por lo sano llamando la atención del primer transeúnte que se le cruzó. Tuvo que acompañarlo de un silbido para que la mirara—. ¿A qué se debe este jaleo?

Un adolescente bajito, delgado como una rama y de caminar torpe marchó más lento. Probablemente no llegaba a los dieciséis y vestía cómodo, sin grandes alardes y con unos tirantes recorriendo su camiseta.

—¿Señora? —El chico empequeñeció ante ella, tal vez por eso no se había atrevido a pararse del todo.

—Las campanas. ¿A dónde os dirigís?

—A la plaza. —Parpadeó pasmado—. ¿A dónde si no?

La pirata lo despachó al advertir cómo más transeúntes la miraban al pasar:

—Puedes irte.

Y así hizo, caminó confundido, alejándose sin apartar la vista de ella y curioso y extrañado.

Arlette se mordió indecisa el labio.

—Sígueme. —Y la engulló la corriente.

Patrick casi se tropezó, suficiente tuvo con no perderla de vista entre la gente.

Mientras avanzaban en el tumulto, más personas salían de sus casas y se unían a la comitiva. En los edificios las ventanas se cerraban, los tranvías se abandonaban, detenidos en medio de la calle, igual que los carruajes y caballos. El efecto de aquello en nuestros protagonistas fue angustioso, espeluznante de hecho. Primrose se había transfigurado al servicio de las campanas, y continuaría así varios minutos más. Hasta que la marea dejara de aumentar, hasta que cada uno de los habitantes se hubiera concentrado en la plaza para asistir a algo.

¿Pero a qué?

Llegaron a su destino no mucho después. Separados por algunas personas, pero disgregados en la misma área. Con un simple vistazo podían cruzar miradas, expresando inconscientemente una nerviosa incertidumbre. No sabían por qué, pero sentían que algo malo iba a pasar.

El recinto era enorme, podía asumir perfectamente a más de tres mil personas si estas ponían empeño en ello. Los edificios que lo rodeaban eran blancos y altos, con columnas a los lados y escaleras de mármol; sobre los tejados se erigían las campanas, doradas, tatuadas con vestigios ornamentales negruzcos.

En el centro de la plaza, un obelisco puntiagudo se elevaba rosado y brillante por encima de las casas, con símbolos hendidos describiendo pájaros, ojos y otra clase de emblemas y figuras que no se asemejaban en absoluto al resto de los que recorrían la ciudad. Patrick lo había visto con anterioridad desde el Océano Único; surgía entre la selva enladrillada de Primrose, solo que en aquel entonces apenas había parecido una sombra escuálida y emborronada.

Había un gran estrado liso y rectangular que soportaba al propio obelisco, y sobre él tres hombres de aspecto singular. Un surco de pintura oscura recorría los bordes de sus párpados endureciendo sus jóvenes y perfectos rostros y su piel enharinada recordaba a la ceniza. Llevaban el cráneo rasurado y se cubrían con túnicas negras carentes de estampados ni mangas, pero llenas de metales preciosos adornando sus hombros, muñecas e, incluso, sus tobillos descubiertos; hasta sus sandalias brillaban. Definitivamente no encajaban en la ciudad.

Tres minutos después, las campanas cesaron su llamada.

—¡Mortales de Primrose! —dijo el más alto y joven desde el escenario—. Una vez más, nos vemos reunidos ante el Pilar de Dyed a causa de una transgresión. —Mientras hablaba, alzaba ambos brazos en busca de atención. Las manos abiertas, sus ojos como manchas blancas rodeadas de nubes negras—. La deshonra es flagrante y aunque el castigo es terrible, las costumbres deben ser respetadas. Nuestra amada Cosmos así lo exige.

Arlette percibió una presión invisible. Los hilos del destino, pálidos y prácticamente inocuos a los que ya se había acostumbrado brillaron de golpe. Solo era parte de su preocupación, de su pérdida de control. Siempre habían estado ahí, agarrando cuello, manos y piernas de cada uno de los habitantes que la rodeaban, y más allá. Sin embargo, ahora refulgían, más rojos que nunca. Su enemiga, la causante de su dolor, seguía entorpeciendo sus pasos. Estaba rodeada de adoradores de Cosmos, de los verdaderos fanáticos de la diosa de la muerte. Los sueños de la isla helada solo habían sido un esbozo, aquel lugar era el resultado final.

La pirata torció la mirada con cuidado, intentando que no se la percibiera inquieta, diferente. Miró a la mujer que con una pámela sonreía a pesar de las palabras del orador. Luego ojeó al padre que seguía llevando a su hijo sobre sus hombros, y a los muchos que desde la lejanía también lo hacían. Algunos niños no comprendían, aunque otros reían y saludaban al portavoz con sus manos con inútiles resultados.

Esa gente tan normal, tan tranquila, resultaba adorar la muerte o al menos a quien la controlaba. Imaginó a una masa asesina alzándose contra ella de pronto, con cientos de brazos dispuestos a partirle el cuello y arrancarle la piel a tiras. Si la diosa la descubría entre sus fieles no tardarían en tirar de sus hilos y obligarlos a matarla, y ni siquiera eso. Porque creían ciegamente en ella. Lo harían gustosamente.

—Una de vosotros ha cometido el terrible pecado de dañar a nuestra reina.

La población cuchicheó severa.

—Por lo tanto, ante tan imperdonable agravio, su castigo por atentar ante nuestra heraldo en la tierra... —Su voz se volvió teatral, altiva—. ¡Es la deshumanización!

Los vítores llegaron de repente, no en todo caso, no en todas partes, pero lo hicieron más fuerte que lo habían hecho las propias campanas. En aquel momento podían oírse los gritos de júbilo desde el Océano Único, tal vez incluso desde una isla cercana.

Desde allí nuestro grupo no pudo verlo. Una joven estaba siendo escoltada hacia la plataforma. Más hombres sin cabello, ataviados esta vez con grebas y guanteletes, plateados y lisos, sin adornos, limpios y austeros, la seguían partiendo el gentío hasta el obelisco. Lo hicieron mientras empujaban a la Mortal, aprisionada por un aro grueso y retorcido a la altura de su cuello. El hierro estaba engarzado en dos alargadas barras de idéntico metal que los soldados empuñaban, tan largas que no solo impedían a la mujer torcer la cabeza, sino también el resistirse.

Cuando subió los primeros escalones hasta el centro de la plaza fue cuando Arlette pudo verla por primera vez. Desnuda, golpeada y herida, con sangre seca surcando brazos y vientre, moradas manchas en pómulos y caderas. Los cortes no eran profundos, pero anchos, irregulares. La propia pirata se asqueó al darse cuenta de que no la afectó.

—Dios mío... —susurró Patrick al llegar ante su hija—. Esto es horrible.

Ella no lo miró, su vista estaba anclada al horror. Tal vez buscaba sentir algo, sentir que seguía siendo una persona.

La mujer se vio forzada a arrodillarse justo ante la columna rosada, cerca de los hombres de túnicas tenebrosas.

—¡Aquí la tenéis! —la señaló acusador. Sus dientes, apretados de ira brillaban ante el tono gris de su piel—. ¡Esta niña se aprovechó de la bondad de nuestra reina Naunet y agravio su divino rostro! ¡Habla, pecadora! ¡Reconoce tu falta! ¡Limpia tu humanidad para que Cosmos sea benevolente con los tuyos! —le ordenó.

La chica solo lloraba. Ni siquiera intentó responder. Únicamente cuando los soldados tiraron de los metales atendió con tartamudos y lagrimones que se mezclaban con la sangre y caían rosados hacia el suelo.

—¡Dinos tu pecado, Mortal! —insistió junto a uno de sus oídos.

Disfrutaba, vaya si lo hacía.

—Y-Yo... —Tragó saliva—. Yo debía maquillar... —Cogió aire de sus pulmones doloridos, una de sus costillas le aprisionaba y le ardía a la altura del codo—. La miré a los ojos y... y le hice daño. Mi mano... —Su rostro se retorció lleno de pánico—. ¡Fue sin querer! Le metí una hebra en el ojo. ¡Pero fue solo un instante! ¡Ella está bien! —Se removía buscando alguien amable entre el público—. ¡Estaba nerviosa! Era mi primera vez.

La gente rugió furiosa enarbolando odio.

—¡Mamá! —Gritó la maquilladora—. ¡Ayúdame, mamá! —Lloraba tanto.

Patrick torció el cuello:

—Salvajes. —Y cerró los parpados en un gesto de desagrado.

—No apartes la mirada. —La Dama Sanguinaria la observaba estoica—. Está a punto de morir, si tiene suerte. No quieres ver para poder olvidar. Si lo haces, la desterrarás a un lugar insignificante de tus recuerdos, uno donde pueda desaparecer para siempre. ¿No te parece que eso es peor que jalearse su sufrimiento?

Él se la quedó mirando confundido. Le sorprendía aquel punto de vista y cómo la pirata seguía fijando su atención en la pobre muchacha. De pronto, notó que la mano mala de Arlette se convertía en un puño chirriante. Ella también estaba horrorizada.

—¡Que Cosmos perdona a los tuyos, porque nosotros no te perdonaremos a ti! —Hizo un gesto con la cabeza y los otros dos hombres que habían esperado a su lado se acercaron a ella.

Uno se arrodilló a su lado, rozó con sus palmas las mejillas de la joven y empezó a susurrar algo con la vista en el suelo. Ni siquiera la tocaba realmente, no eran iguales, no quería corromperse. El otro se deslizó lentamente tras su nuca, con un puñal, o tal vez una aguja, en la mano. La gente enmudeció en cuanto su mano descendió furiosa y se clavó a la altura de los omóplatos.

De pronto un sonido silbante y mecánico se alzó. Fuera lo que fuera aquel artilugio empezó a brillar, a absorber. La mujer gritaba, suplicaba con los ojos sumidos en un escenario desenfocado. Sus oídos apenas podían oír nada más que el gorgoteo que le robaba años a través de su espalda. Pronto la piel empezó a estirarse y a pegarse a los músculos. Y estos se reblandecían, se empequeñecían como una planta seca bajo un calor abrasador. Sus ojos perdieron color lentamente y su cabello palideció poco a poco. Surgieron arrugas en su rostro, las encías se embebieron y su voz se oscureció mientras gritaba.

Ya no la sujetaban, solo la miraban en silencio. Sus pechos flácidos, su cuerpo esquelético y viejo. Unos segundos más y la piel se apagó hasta adoptar un tono grotesco y corrupto. Manchas podridas surgían aquí y allá, y de pronto sus huesos chasquearon, partiéndose las rodillas y los nudillos deformados.

Ya no había mujer ante el obelisco, sino un cadáver. Solo que el cuerpo seguía moviéndose con torpes aspavientos. Sus dedos largos y trémulos buscaban entre el silencio. Su voz inconclusa y destartalada se enredaba en una lengua muerta e inútil.

La criatura que antes fue la maquilladora se arrastraba torpe y aleatoriamente bajo una alfombra de cabello desgastado que se desmenuzaba por el mármol, y sus labios retraídos mostraban las encías sin siquiera abrir la boca. De pronto chilló tenebrosamente, aspirando aire y buscando arañar al primero de los verdugos. Sus sentidos se habían corrompido y sus prioridades simplificado. Buscó algo que asir, lo que fuera, mientras sus huesos rechinaban.

Entonces, ambos soldados torcieron al unísono sus barras y el cuello de la criatura chasqueó.

Silencio. Ya no volvió a moverse.

El hombre que la había apuñalado recuperó el tétrico artefacto brillando de un intenso color verdoso. Lo elevó sobre sí para que todo el mundo lo viera.

—¡La deshumanización ha concluido!

Gritos de júbilo y aplausos resonaron por toda la plaza.

Y Arlette susurró, con su máscara destrozada y sintiendo su alma aterrorizada:

—¿A qué horrible lugar hemos venido?

Un paso atrás antes del salto

En lo alto del risco podía oírse el canto del viento nocturno, solo que no parecía de noche. Gracias al ambiente claroscuro y el imposible color del cielo, sus ojos se habían acostumbrado enseguida, incluso antes de que comprendiera que estaba sola. Entre sus dedos asomaban hierbajos finos, que brotaban de la propia roca de un modo que le pareció antinatural. Aunque no es que ella supiera mucho sobre plantas, o sobre cualquier otra cosa. Solo conocía la vida de palacio y lo que le contaba su madre sobre el exterior.

Aún encogida, se giró inquieta y la buscó: halló más colinas picudas a la distancia y muy abajo, precediendo una capa negra e infranqueable incluso para la luz, un enorme hoyo tan profundo que parecía una gigantesca boca hendida y agrietada. Una bruma discurría por la ladera, descendiendo, pintando el lugar de frío y humedad. También vio la soledad y el silencio. Los encontró al mirar cada roca, cada curva, al pretender socavar a la negrura y también al perderse en los colores morados y naranjas que nadaban por encima de todo aquello. Pero nunca halló a su madre.

—¿Mami? —La llamó levantándose y haciendo y deshaciendo los pequeños pasos que se atrevió a dar.

Entonces supo lo que era el verdadero eco, uno intenso al que el de palacio no podía combatir. Este sonaba enérgico, duradero. Chocaba entre los picos según se alejaba igual que risas dentro de una caverna recóndita. La pequeña, de tan solo ocho años, se asustó de su propia voz, pero, como he dicho, solo conocía la vida de palacio.

Notó una incómoda sensación en su pecho. Se trataba del miedo, un sentimiento que siempre había arreciado cuando oía a su padre gritar a su escriba en los jardines. A veces los espiaba desde su balcón, pero a su madre no le gustaba así que solía llevársela de nuevo al interior de su cuarto en cuanto los sonidos se elevaban lo suficiente para volverse palabras; y las palabras se tornaban en señales que la hija de un faraón no debía ver.

Las cosas no eran así antes. Aun siendo uno de los hombres más poderosos del mundo, y por tanto de los más ocupados, encontraba el modo de pasar largas horas con su esposa y su hija. Solían pasear y comer en los jardines, dedicando largas horas a cualquier conversación trivial que hiciera al faraón

sentir que todo su esfuerzo merecía la pena. A veces hablaban sobre las flores, dedicando especial atención a las que otorgaban remedios, pues él era un entusiasta de la botánica medicinal. El culpable de que aquellos momentos se hubieran perdido como agua en el desierto fue el hermano del faraón, cuando la edad le otorgó ambición e influencia para conseguir lo que no era suyo por derecho. Las disputas en la sala del trono se volvieron habituales entre ambos desde entonces, discutían sobre cómo proceder ante los problemas del reino, y de repente, casi sin percibirlo, los soldados eran quienes entraban cada noche al cuarto de la niña buscando monstruos debajo de la cama en lugar de su padre. También eran ellos quienes la acompañaban en sus cortos paseos por los alrededores del palacio, nunca por fuera de sus altas murallas y siempre en la más estricta vigilancia; tres soldados cinco metros por delante, cuatro a seis por detrás...

En las pocas ocasiones que su padre estaba con su esposa y su hija, la pequeña le había visto mirarla con inquietud, o puede que con tristeza, era muy pequeña para diferenciarlo, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que algo malo estaba gestándose.

La niña hizo memoria para entender su situación. Lo último que recordaba era haber estado en su habitación mirando las estrellas desde el balcón, con su madre susurrándole historias de cuando conoció a su padre y lo feliz que se había puesto al saber que estaba embarazada. Le contó que el faraón pareció asustado cuando se enteró y que por un instante ella había pensado que el propio Osiris había ido a llevárselo. Nunca fueron ambos más felices que aquel día, le prometió.

Bajo el cielo oscuro se veían las casas de la plebe y al final el río Nilo brillando como un espejo de la luna. También se atisbaban antorchas, danzando furiosas por los jardines, y deteniéndose súbitamente ante los choques de metales y bramidos en la penumbra. Su madre le había dicho que no eran nada.

—Cosas de mayores.

Se lo dijo mientras temblaba, observando las lejanas columnas de un humo tan gris que destacaban sobre el fondo negro de la madrugada.

—Te quiero, mi libélula —le susurró dándole un fuerte abrazo.

Sus palabras surgieron rotas, pero la pequeña pensó que se debía a los golpes que se escuchaban al otro lado de la puerta de la habitación, en el pasillo principal de la tercera planta. La mezcla de los trompazos con la voz de su madre provocaba un efecto raro, peleándose ambos sonidos por ser el

que más alto sonaba.

—¿Los guardias de papá están enfadados?

La mujer no contestó, solo sonrió y le acarició la mejilla mientras la hoja de la entrada retumbaba contra el armario que ella se había asegurado de tirar nada más entrar para impedir el paso.

—Todo lo que alcanza a la vista te pertenece. ¿Ves las colinas del fondo? Son tuyas. ¿Y los barcos que cabecean en el río? También son tuyos. —Cada vez que decía un lugar, lo señalaba, con una sonrisa perpetua, dulce, ocultando la tristeza bajo la resignación de aquellos que ya no tienen nada que perder—. El mundo entero es un regalo que te pertenece por derecho.

Su hija bostezó, tenía sueño. Era tarde. Si su padre se enteraba de que seguía levantada se enfadaría, al día siguiente tenía clase de matemáticas con el nuevo tutor; últimamente cambiaba demasiado de profesor, renunciaban a su labor antes del séptimo día. Ella creía que se cansaban de ella porque no entendía muy bien de geografía ni literatura, pero su madre decía que no eran dignos de la confianza del faraón.

De un largo empujón, el mueble se deslizó y perdió su función. La puerta se abrió a trompicones.

—¡Cierra los ojos, mi libélula! —le ordenó su madre cogiéndola en brazos y subiéndose con ella a la balaustrada de la terraza. El firmamento brillaba bañado de diamantes. El faldón de su túnica vaporosa refulgió bajo las estrellas.

Aquella noche, la mujer del faraón deseó que Aset las protegiera y le diera el poder para volar y esconder a su hija entre las nubes.

Pero ningún dios estaba mirando.

Los soldados asomaron sus lanzas al interior de la habitación con rostros sombríos y sonrisas sangrientas. Sus ropajes eran claros, pero las manchas de muerte discurrían por pecho y brazos, tintándolos y también describiendo qué pretendían hacer.

Los ojos de la niña eludieron los dedos de la mujer y la expresión de sus caras la hizo estremecerse: sonreían como animales salvajes.

Gritó con todas sus fuerzas.

Y entonces, una extraña sensación acompañada de un último «te quiero».

La niña advirtió que flotaba. Sus brazos se volvieron ligeros, sus piernas también. Volvió a abrir los parpados a tiempo de ver cómo el césped del jardín se acercaba violentamente hacia ellas y...

Oscuridad. Silencio. La presión del corazón se esfumó como si los

recuerdos anteriores se hubieran borrado, solo que en realidad seguían allí. Simplemente sus sentidos se habían desintegrado, como llevados por el Nilo.

La pequeña quería volver a sentir los brazos de su madre. Ya no la atrapaban, ya no la protegían. Estaba en un vacío distante. Notó que empezaba a olvidar las caras de sus padres, los recuerdos que habían compartido. Pensó en que quería seguir oyendo a su madre contarle historias, a ver a su padre enseñarle flores agarrándola de la mano... Y de pronto notó la tierra raspándole la mejilla derecha. Había llegado en un estruendo, como si esta hubiera avanzado a partir de su posición y alejado mientras se formaba como una imagen borrosa que iba definiéndose a cada segundo.

Ya no estaba en casa, estaba en otra parte.

En el risco.

—¿Mami?

—Aquí no la encontrarás.

Un retumbo describió palabras, pero no era una voz. Provenían del fondo de la grieta profunda y terminaba por envolverlo todo con repiqueteos y arañazos.

La niña se agachó sirviéndose del saliente que yacía sobre el agujero para ocultarse.

—Esconderte no te sirvió cuando vivías, y tampoco lo hará aquí.

El viento se había detenido y el tono del cielo palidecido.

—¿Oh, Ast, Gran Maga! —La hija del faraón recordó los rezos que su madre le había enseñado y que recitaban juntas cada noche antes de dormir—. Libérame, desátame de toda cosa maligna y roja causada por un dios, por una diosa, un muerto, una muerta, un hombre o una mujer que venga en mi contra.

—No hay necesidad de llamamientos, ya estoy ante ti.

La niña tuvo un escalofrío. ¿Ast le hablaba? ¿A ella? Le costaba aceptarlo, al igual que entender la situación en la que se encontraba. Sin embargo, para una niña como ella no era difícil creer en los dioses e, incluso, en los *ujedu*, criaturas malignas que buscaban engañar a los humanos para sus oscuros fines.

¿Eso es lo que eran las voces? ¿Demonios?

—Sé lo que piensas. ¿Insultas a la protectora de Horus el Niño con tus reservas? ¿Buscas la ira de la creadora? ¿Yo que bendecí a tu padre convirtiéndole en faraón para que me representara en el reino mortal?

Al final, la pequeña se atrevió y contestó:

—¿De verdad eres Ast?

—Lo soy, como también Ptah y Ra. O Geb, Osiris y Thot. Y antes que eso Cosmos, y mucho más incluso antes del nacimiento de los nombres. Soy, he

sido y seré todas esas cosas. Pues soy el destino, la muerte y el propio tiempo. Regocíjate, hija de faraón, porque mi voluntad es que seas mi instrumento en el nuevo mundo que ha nacido contigo.

—¿Yo?

—Tu familia ha servido a los dioses durante siglos. Como recompensa, la Hija que no Pudo Gobernar regirá mi reinado en la Duat. —Hizo una pausa que provocó el desprendimiento de algunas rocas, convertidas de pronto en ríos y bosques—. Todo lo que ves es tuyo. —Casi pareció que lo decía con la voz de la reina—. Y más que está aún por llegar. Eres la primera criatura con vida en este nuevo universo mío, y como tal, mereces regentarlo bajo mi mandato. Las colinas se volverán pronto familiares, muros de tus dominios. No enfermarás, y levantarás efigies en mi honor como tributo. Construirás un reino alrededor de esta fuente de oscuridad y pronto nacerán ejércitos a tu alrededor que expandirán la verdad por toda la Duat.

Cosmos estaba tejiendo su hilo del destino, describiendo en su planificado tapiz de almas lo que iba a suceder. Pero la niña solo pensaba en que no sobreviviría ni un solo día.

—No sufras. Yo creé el destino de todas las cosas y las almas se postrarán ante ti para servirte. Ellos cazarán, ellos construirán y ellos te protegerán. Lo harán si quieren ser y no lo harán si quieren dejar de serlo. Quienes te sigan vivirán más de lo que un mortal merecería y los que no desaparecerán para que sus almas sean moldeadas y utilizadas como fuente de energía para mis intereses. Solo debes de hacer una cosa para gobernar.

La hija del faraón elevó el rostro, las voces parecían sobrevolarla muy de cerca.

—Adorarme a mí, y solo a mí, el resto de la eternidad. Así que... Responde: ¿cuál es tu decisión, Naunet?

* * *

La noche en Primrose era extrañamente clara. Los colores del firmamento se habían apagado menos de lo normal y dejaban un aura brillante al ambiente, aunque lleno de sombras densas.

Arlette estaba sentada junto a una pequeña mesa que daba a una ventana. Se había servido un vaso y bebía distraída con la mirada perdida en las puntas oscuras que se marcaban en el horizonte. Los tejados desde allí le recordaron a uñas monstruosas. Sabía que aquella apreciación era absurda, que se debía a

lo que había experimentado en la plaza horas antes, pero no pudo evitarlo. No veía aquel lugar como un lugar seguro, ni siquiera como uno peligroso. Para ella la ciudad era una enorme trampa mortal llena de gente a punto de ser utilizada por Cosmos en su contra. No podría decir por qué, sin embargo sabía que si la Diosa tiraba de alguno de sus hilos la persona objetivo no se molestaría en resistirse, simplemente lo haría conducida por su fe; fuera lo que fuera.

La puerta del cuarto de invitados que Eshima les había ofrecido se abrió mostrando al contramestre bajo el umbral. Allí su figura parecía abatida por culpa de las luces pálidas que lamian el pasillo.

El pirata entró en silencio, solo un gesto como saludo. Llegó hasta el respaldo de la Dama Sanguinaria y se puso a mirar al exterior.

Ella habló primero:

—Vamos a tener que armarnos bien y buscar un modo de irnos cuantos antes. —Dio un sorbo—. No estaría mal marcharnos a un lugar apartado hasta tener un plan. Cualquiera de Primrose podría volverse en nuestra contra en cualquier momento.

El hombre continuó oteando más allá de la ventana, sus ojos insondables.

Arlette prosiguió:

—Patrick ha hablado con Eshima. Existe una armería en el barrio, a dos calles de aquí.

—Me voy.

El silencio llegó como una puñalada en el estómago, inesperado y doloroso. El vaso golpeó la tabla y ella se volteó en su asiento.

—¿Estás bromeando?

—Capitana, no quiero estar aquí.

—¿Es que no escuchas? Mañana nos iremos a otra parte.

—Eres tú quién no escucha, mujer. No quiero estar cerca de ti.

—¿Pero por qué?!

—Soy un cobarde, ese es el por qué. Cuando te dije que nos llevarías a la muerte estaba pensando en otra cosa, no en que un dios vengativo reescribiría nuestros destinos hasta conseguir matarnos. Si sigo tus pasos, su ira me aplastará.

—¡Venga ya! ¡Aún no nos ha vencido! Lo que significa que podemos ganar. Su presencia cada vez es más evidente a simple vista. Estamos muy cerca, estoy segura.

—Me da igual...

Ella rebuscó una respuesta que pudiera retenerlo. Del *Fiora* solo quedaba él, no quería perderle.

—Si te vas, ¿cómo esperas volver a casa? Estamos muy lejos del Imperio y ni siquiera sabemos qué tipo de transportes utilizan aquí. Patrick ha visto mucho mundo y tal vez pueda pilotar cualquier cosa, pero seamos sinceros, ninguno de nosotros tenemos nada que hacer si no nos ponen un aerobarco delante.

—No pretendo irme, solo alejarme de vosotros. Siento que con eso bastará. Creo que es el momento de cambiar mi vida, empezar de nuevo de cero. Tal vez si dejo atrás la vida de pirata... Ella...

—¿Te das cuenta de que posiblemente haya escrito eso? —Decidió que era el camino adecuado para hacerle desistir, podía ver las dudas reflejadas en sus ojos—. Puede que esté susurrándote maldades en este instante. ¡Lucha contra ese miedo! Quiere separarnos. ¿No lo ves?

—Dices que puedes ver sus acciones... ¿Las ves actuar ahora?

Arlette fue a decir algo, pero las palabras no le salieron. No había ninguna razón para pensar que la Diosa estuviera susurrándole, no en ese instante. Ni siquiera el hilo que se enroscaba en él se estaba moviendo. Sus pensamientos parecían suyos, solo suyos.

Un suspiro, una mirada triste.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, pero la entiendo.

El contramaestre se quedó pasmado.

—¿De verdad?

—Hace semanas que querías abandonar el *Fiora*. —Le dio un golpecito en la mano, que caía como una flor enferma al lado de su silla—. Me has protegido a pesar de nuestras diferencias y en lugar de marcharte en medio de la noche has preferido venir a despedirte. Eso lo respeto, eres mejor hombre de lo que parece. —Volvió a mirar a la ventana—. Gracias por todo. Ten cuidado.

El gigante se alejó con paso firme y lento. Dudaba. Aun así no se detuvo. Volvió al pasillo y se apoyó en el marco de la puerta con los dedos.

—Capitana... Sé que no es asunto mío, pero permítame un último consejo.

Ella no se dio la vuelta, solo asintió.

—No dude de ese hombre... Su padre, o quien vientos sea. Estos días ha estado a su lado en todo momento, si no llegara a ser por su tenacidad usted estaría muerta hace mucho. Soy simple, pero reconozco cuándo es el momento de perdonar.

—Adiós —respondió la pirata con la voz rota. No quiso que le viera la cara, así que solo hizo un ademán con su mano buena.

Y así, el contraamaestre se fue para no volver.

Ahora el silencio no le gustaba tanto. La tenebrosa vista más allá de la ventana no solo le recordaba que estaba en territorio enemigo, sino que además estaba sola. Ella y el contraamaestre nunca habían sido cercanos, pero de algún modo se respetaban. Él ansiaba su puesto y ella impedir que lo consiguiera. Con ese extraño juego solían sacar el lado más tenaz de sí mismos y eso había ayudado a que hubieran conseguido grandes hazañas. Ahora aquello se había terminado.

Patrick golpeó la puerta abierta con los nudillos.

—¿Qué quieres? —Otro sorbo.

—Ver cómo estás.

La pirata hizo mutis. Ojala se diera media vuelta y la dejara en paz. Sus ojos vidriosos, la bebida casi extinta en el fondo del vaso. Un vasto paraje que ocultaba peligros en cada sombra.

Al principio parecía que se había ido, un golpe seco así lo hizo parecer, pero era tan solo el roce del armazón que envolvía su pierna. Cojeó hasta situarse a su lado y se sentó en una silla abandonada en el otro extremo de la mesa. Luego la imitó. Ahora eran los dos quienes se perdían más allá del cristal.

La pirata cerró los ojos y pensó en lo que el último de su tripulación había dicho. Miró a Patrick y lo vio triste. No la estaba observando, sino que él también pensaba. A él también lo atormentaban sus propios recuerdos, sus propias decisiones. En ese momento empezó a darse cuenta de que eran iguales. Él había hecho cosas terribles por amor y culpabilidad. Tal vez por eso le provocaba tanta animadversión, porque se parecían.

Puso los ojos en blanco y se acomodó en el asiento. La bebida volvió a su mano buena y brilló bajo el reflejo exterior.

—Se ha marchado.

Él apretó los labios y suspiró:

—Lo sé, os oí desde el pasillo. Lo ocurrido en la plaza asustaría a cualquiera.

—¿Tú también te irás?

Patrick se sorprendió.

—¡Claro que no! —Se había girado a mirarla, descubrió que ella también lo hacía.

Sus miradas chocaron. La del falso Alto describía pura dedicación, obediencia. No iba a irse jamás, hasta el día que muriera se quedaría a su lado. La mirada de Arlette en cambio transmitía determinación.

—Tienes que tener muy claro que no he cambiado de opinión. Dedicaré toda mi energía a pedir mi deseo. ¿Lo entiendes?

Él escondió su tristeza, le mantuvo la mirada y respondió:

—Sí. Tal vez dude, puede que no crea que sea posible, pero también sé que un padre lo que quiere es que su hija sea feliz. Si esto es lo que le da sentido a tu vida y lo que acabe trayéndote la felicidad... Estoy dispuesto, siempre que aceptes que seguiré intentando convencerte mientras tanto. No eres la única terca aquí.

Era consciente de que seguirla solo los llevaría a la muerte, que en el hipotético caso de que cumpliera su deseo tendría que sacrificar su vida para recuperar otra. Pero permanecería a su lado, eso lo tenía claro.

La Dama Sanguinaria le dedicó una sonrisa solemne:

—Me parece justo. —Y le entregó el vaso—. Bebe. Por nuestro acuerdo.

Patrick dio un trago y luego le devolvió una mirada llena de confusión.

—Es agua.

—Es lo único que tenía a mano. —Se encogió de hombros—. Va a ser duro, tal vez estemos meses aquí... Los piratas siempre brindamos ante un acuerdo para atraer la buena suerte. Vamos a necesitar toda la que podamos, sobre todo cuando nuestro enemigo es el mismísimo destino.

* * *

Isbel llevaba un buen rato arrodillada junto a la falda de una duna. Observaba cómo los granos daban vueltas a merced del viento e intentaba ignorar los chasquidos que producían las hebras de los hilos del destino, tensos sobre ella, surcando el cielo sin colores desde las ramas del árbol muerto hasta perderse en la espesa e infinita nada que subía y subía sin fin.

La Diosa Cosmos se había internado en el tronco, poseyéndolo como un parásito y aparentemente dormitando. La joven Baja supuso que así era como le resultaba a la criatura más sencillo dominar el Más Allá. Se la imaginaba conectada desde el hueco a cientos de destinos, flotando invisible alrededor del final de cada hilo, percibiendo cualquier enredo o el más mínimo intento de que su plan cambiara desde las ramas. Puede que simplemente estuviera deslizándose por cada uno en busca de sus amigos.

Negó con la cabeza, no eran sus amigos, ni siquiera sus compañeros. Patrick

la había engañado, incluso la había matado anteriormente por más extraño que sonara. El pensamiento la hizo sentirse estúpida. Terminó por golpear con una mano el denso y pálido terreno. Lo percibió caliente, agradable, pero por alguna razón el tacto de la tierra desmembrada entre sus dedos, cayendo de su palma como ceniza, la hizo sentirse muy triste. Aquella sensación provenía de su otra vida. Lo sabía. Era un palpito.

Y esa parte de sí le decía que Patrick no tenía la culpa. Llevaba un buen rato obligándose a ignorarla, quería estar enfadada con él. La había engañado demasiadas veces, también la había llevado hasta casa, como le prometió, pero aquello no era lo que esperaba. Hubiera querido viajar eternamente. Saber lo que era ver un pájaro, tocar el pelaje de un animal, oler las flores y nadar en el mar. Ahora no podría hacer nada de eso, estaría allí encerrada para siempre hasta que decidiera inmolarsé y renacer.

—No quiero morir —murmuró enterrando ambas manos en la arena.

Para ella volver a recuperar los recuerdos anteriores era como la muerte, estaba segura de que la unión de las experiencias de toda una eternidad con su corta vivencia no iban a ser compatibles. Igual que el aceite y el agua, una se superpondría sobre la otra. Y si la personalidad de Isbel resultaba ser el agua, ¿que sería sino morir? Enterrada bajo una inmensa fuerza divina, oculta para siempre, convertida en recuerdos lejanos, en un sueño demasiado largo para molestarse en retenerlo cerca.

De pronto sintió algo denso tocando las yemas de una de sus manos. Era ovalado y vibraba. Al principio alejó los dedos asustada por lo que pudiera ocultarse bajo el desierto. Tal vez habría criaturas allí, almas deformadas o puede que fantasmas maléficos. Cambió de opinión en cuanto percibió un leve brillo conocido intentando huir del subsuelo. Apenas un par de retazos, como cuando la luz de la mañana busca atravesar una cortina.

Isbel abrió muy rápido los ojos y zambulló ambas manos con prisa. Empezó a desenterrar, empezó a tener esperanza.

—Dios de mi vida —espetó al descubrir entre sus manos su medallón—. ¿Cómo es...?

Pensaba que lo había perdido para siempre, pero allí estaba. Vibrando ante su tacto, revelando su representación esférica y describiendo una superficie deformada de un desierto, tan inmensa que no había nada más. Apenas un punto con rayas para referenciar el viejo árbol, y por tanto a ella, muy cerca de este, tras uno de los pliegues de arena.

Fue en ese momento cuando una idea pasó por su mente. Una que guardaba

una oportunidad. De pronto ya no pensaba en si Patrick tenía la culpa. Ahora también recordaba a los piratas. Ellos no se rendirían, sabía que seguirían buscando a la Vendedora de Deseos, estaba segura.

Vio a Cosmos aún dentro del ensueño.

«No lo sabe», comprendió.

Escondió el medallón entre las palmas y cerró los parpados con fuerza. Antes de concentrarse y recordar cómo Patrick la había enseñado a expandir la visión de su artefacto, un plan se fraguó en su mente: iba a buscarlos y encontrar la manera de desbaratar los planes de Cosmos. No sabía cómo, pero algo le decía que podría conseguirlo con práctica. A fin de cuentas, ahora sabía que no era una persona, sino un dios. Y los dioses pueden hacer cosas increíbles.

Umanita

▲ Devmani y Klaus no les gustaba la idea de vigilar el barrio en una noche tan densa. A simple vista era difícil identificar a cualquiera que paseara por los aledaños y los faroles de sus cinturas los hacían visibles a casi un kilómetro de distancia. Se suponía que esa era precisamente la idea: su sola presencia debía de servir como disuasión. Dos Eternos dentro del territorio de los Mortales, de noche, con armas. Cualquiera que llevara en Primrose dos semanas sabría que era mejor no acercarse.

«De todas maneras ¿quién iba a asomarse por aquí con un Inhumano suelto?» pensó Devmani tiritando de frío. Si había algo que odiaba más que trabajar de noche era tener que hacerlo en el lado Mortal.

En la Primrose que él conocía las noches eran claras y transparentes, con una brillante oscuridad que formaba sombras semitranslúcidas. Por otro lado, la Primrose Mortal carecía de la bendición de la Diosa Cosmos, por lo que sus noches arreciaban escoltadas por mantos neblinosos que entorpecían la vigilancia.

Klaus se quejó una vez a Devmani de que la culpa la tenían los uniformes.

—Nuestros shentis son inútiles en tierra de Mortales. ¿De qué nos sirve una tela de lino envolviéndonos la cintura para protegernos de estas heladas? ¡Es ridículo! Deberíamos llevar esos abrigos que viste esta gente.

Si alguien más que Devmani hubiera oído lo que su compañero le había dicho habría terminado con una reprimenda, como poco. Los Eternos habían sido bendecidos por la reina Naunet y por tanto no tenían que vivir en Primrose ni tampoco rebajarse a portar telas indignas. Ellos eran parte de los elegidos para servir a su reina, la voz de la Diosa Cosmos en la Duat. Vestían como los soldados del Mundo Viviente como premio a su entrega. Las cortas faldas que llevaban los señalaban como herramientas del orden. El escudo rectangular, con el Árbol de Almas pintado sobre él, les aseguraba un lugar en el paraíso de Cosmos, y los gorros de paño acolchado que ocultaba sus cabezas rapadas recordaban a todos los Mortales que ellos eran la ley.

—No tenemos permitido llevar nada más que cobre —le murmuró por aquel entonces—. Si te pesa la lanza imagínate unos brazales y un peto. Los

soldados iban a pecho descubierto en el Mundo Viviente por una buena razón.

Su rostro se había vuelto duro mientras lo recordaba. No entendía cómo Klaus formaba parte de los Eternos. Probablemente era gracias a su familia. No imaginaba a ese hombre favorecido por los hilos del destino sin que otro Eterno hubiera intercedido por él. Simplemente era imposible.

Devmani se quitó el gorro, moteado de agua condensada por culpa de la neblina, y deslizó la palma sobre la cabeza rapada, pues no tenía derecho a dejar que le creciera el pelo, para quitar las gotas que se habían filtrado hacia la piel a través del paño. Luego, una vez seca, volvió a ponérselo antes de suspirar y raspar el suelo empedrado con el final de su lanza.

—¿Crees que tardarán mucho en venir, Devmani? —Su amigo lo miraba fijamente desde la otra acera. Ambos formaban un cordón infranqueable en una calle tan delgada que solo un carruaje podía cruzarla a la vez.

Edificios cuadrados, ostentosos, con marcos decorados, tejados en rampa, chimeneas humeando... Las casas los escoltaban en dos hileras, y se partían al final, al unirse a otra calle de arquitectura propia del mundo Mortal. Ambos la odiaban, estaban acostumbrados a la sencillez Eterna, a las pirámides y la belleza impuesta por la Tejedora de Destinos.

—Espero que no, no quiero encontrarme con el Inhumano. Son lentos, pero con esta asquerosa niebla a saber lo que puede pasar.

Algún idiota había decidido que era buena idea robarle toda la umanita a un vagabundo. Como era de esperar, en cuanto la umanita de su cuerpo se agotó, el alma del tipo no pudo soportarlo más y empezó a corromperse. Y ahora un triste e inofensivo vagabundo se había vuelto un monstruo adicto a la umanita que reptaba, probablemente, por alguna parte esperando que alguien demasiado absorto cayera en sus redes. Quien había dado la voz de alarma no se había visto atrapado por la criatura por muy poco.

A Devmani la situación más que miedo lo que le provocaba era molestia. Un Inhumano no es que fuera una verdadera amenaza, al menos no al principio. Durante los primeros minutos eran lentos y torpes. Solo había que recordar a la mujer deshumanizada tres meses antes por los Hombres de Ceniza. No hubo problema alguno, y era lógico. Aquellos hombres eran unos profesionales y la criatura no había tenido tiempo de comprender ni sus sentidos ni tampoco su nueva existencia. Sin embargo, cuanto más tardaran en encontrar al Inhumano de aquella noche, más probable era que aprendiera a caminar y a agarrar cosas. En el momento en el que comprendiera que podía saltar o morder sería cuando tendrían que preocuparse de verdad. Devmani daba gracias de ser un

simple vigilante y no un Hombre de Ceniza. No le agradaba la idea de buscar por aquellas intrincadas callejuelas un cadáver deformado roba esencias.

Un golpe seco.

Los dos guardias agarraron sus lanzas con firmeza y apuntaron al origen como les habían enseñado en la escuela militar.

Otro golpe seco.

—¿Quién anda ahí?! —gruñeron casi al unísono, aunque solo Devmani lo hizo sin temblar.

No es que Klaus fuera un cobarde, pero Devmani llevaba ventaja. Puede que tuvieran la misma edad física, sin embargo además de Eterno, Devmani había vivido en el Mundo Viviente, pues había renacido en la Duat tras perecer en plena guerra sino-india. Una mala experiencia que le había dotado de mucha templanza.

El golpe volvió a producirse, solo que en esta ocasión vino acompañado por una figura encogida y renqueante que se acercaba con la ayuda de un bastón.

Klaus se relajó. Solo se trataba de una anciana. Estaba protegida por una capucha recosida y gastada en sus bordes. Llevaba también una gruesa capa de tres botones que la resguardaba del frío. Sus manos estaban enfundadas en unos oscuros guantes de tela.

Eludió la tentación de incautar la capa y, levantando la voz para que pudiera oírle antes de llegar, le ordenó:

—Media vuelta. Prohibido el paso.

La anciana continuó, inmersa en sus pensamientos. Probablemente sorda. En cuanto estuvo a su lado elevó la mirada muy lentamente. En sus arrugas podían verse años de penurias, y en sus ojos una mirada hueca carente de sentimientos. Cabellos blancos serpenteaban por su frente y mejillas, cayendo como ramas muertas.

—Lo siento, pero no puede pasar. —Devmani sabía que la mejor manera de tratar a los mayores era con educación. La intimidación solo complicaba las cosas—. Hay un Inhumano suelto por estas calles. Vuelva a casa.

La señora abrió los ojos de par en par con una lentitud pasmosa, como si su cerebro estuviera intentando procesar muy lentamente lo que él le había dicho. Luego levantó una de sus manos y señaló al fondo:

—Pero vivo allí...

Klaus chistó e hizo una mueca:

—¿Y qué haces aún por la calle a estas horas?! —Él era un Eterno y como

tal consideraba a los Mortales de clase inferior. Ni siquiera era posible estar seguro de que aquella mujer fuera realmente una anciana. Podía haber sido una adolescente con muy mala suerte que hubiera perdido gran parte de su umanita en apuestas y su cuerpo hubiera envejecido como resultado; o que hubiera gastado mucha umanita para subsistir.

Klaus no era como Devmani. No comprendía lo que la gente a veces tenía que hacer para ganarse el pan. Lo había visto en el Mundo Viviente, en la India que lo vio nacer por primera vez. Gente luchando por un trozo de pan seco, o padres robando a sus vecinos para darles a sus hijos algo que llevarse a la boca. Primrose se le parecía de cierta manera. Puede que el aspecto de la ciudad pareciera idílico y sus gentes alegres, pero él sabía que la ponzoña se ocultaba en los detalles engalanados: los callejones estaban hasta arriba de corrupción, en sus canales el agua estaba oscurecida, los barcos que las cruzaban golpeaban cuerpos de Inhumanos demasiado cansados para nadar y las ratas brincaban por los tejados al amanecer. La vida allí en comparación a la India que conoció no era mejor, no en realidad. Aquella anciana podía ser un alma atormentada más. A fin de cuentas, nadie que hubiera envejecido tenía buena suerte, si la tuviera hacía tiempo que habría conseguido umanita de otra persona y rejuvenecido de nuevo. Era muy probable que incluso le hubieran robado su juventud no hacía mucho. Todo allí era posible. Lo único cierto era el hecho de que si envejecías era porque algo malo te había sucedido. Sin excepción.

—Buena señora, ¿está muy lejos el lugar del que viene? —le preguntó con un gesto serio, aunque mucho más educado que el de su compañero.

La anciana lo miró un instante. Le costaba pensar.

—¿Dónde qué? —Los labios le temblaron, secos y arrugados.

—¿De dónde viene? Haría bien en regresar allí hasta que los Hombres de Ceniza den con la criatura. Podrá volver a su casa entonces.

—¿No puedo ir? —Volvió a señalar un edificio entre la niebla, se elevaba al fondo, junto al cruce pintarrajeado a cien metros, en los albores de la negrura más densa—. Está ahí mismo.

—Lo siento, buena mujer, Cosmos nos protege mientras sigamos su senda. La reina Naunet prohíbe internarse en lugares corrompidos por Inhumanos, y lo que dice nuestra señora es a su vez el mandato de la Diosa. Si continuara adelante estaría luchando contra su destino y podría sufrir una terrible maldición. Es preciso que los Hombres de Ceniza purifiquen el lugar antes.

—¿Eh?

Klaus se le acercó:

—¿Es que estás sorda?! Sigue caminando y la Diosa hará que el Inhumano te sorba hasta el tuétano como castigo, vieja. —Y la empujó.

Aún sonreía cuando recibió un bastonazo en plena mejilla. La anciana de pronto había ganado agilidad y utilizado el bastón como una maza.

Devmani abrió los ojos al tiempo que pegaba un salto atrás con la lanza en posición de combate. El metal del filo brilló con la luz del farolillo. La anciana lo miró en silencio. Klaus yacía inconsciente junto a sus viejos pies.

—¿Quién...? —Empezó a decir antes de oír los pasos a su derecha.

Un hombre había aparecido entre la niebla y corría hacia él con otro bastón agarrado a modo de cachiporra. Devmani fue a apartarse, pero no lo suficientemente rápido. Le dio de pleno.

El guardia cayó al suelo con un quejido sordo y la niebla se lo tragó.

—Has estado a punto de fastidiarla —comentó la anciana dando golpecitos con su bastón al soldado más cercano.

—¿Qué esperabas? No tengo experiencia en asaltar gente, ni maltratarla.

Ella aspiró el aire fresco como respuesta. Aunque la humedad impregnaba las baldosas del suelo y subía por los ladrillos de piedra desgastada de las casas cercanas, el oxígeno lo percibió puro. Le gustaba salir de noche y no solo porque la niebla fuera una aliada excepcional; le encantaba el silencio, le recordaba a su aerobarco.

Sacó de un bolsillo un objeto parecido a una jeringuilla y se pinchó con él en un brazo.

El ardor siempre era desagradable, pero venía acompañado de una indescriptible euforia que recorría las venas y los poros de la piel como un relámpago. Sus rodillas se doblaron nerviosas y la espalda se venció. Si no hubiera sido por su compañero se habría caído sobre el asfalto.

—¿Estás bien?

—Sí. —Su voz transmutó tras la primera letra—. Solo dame un segundo. —La mano que había apoyado en él se suavizó. Las arrugas se estiraron hasta desintegrarse y el color de la carne se aclaró hasta adoptar un saludable y suave moreno. El cabello se había enrojecido y ahora brillaba sobre los candiles de los inconscientes soldados como hilos de rubí.

—No sé hasta qué punto es bueno que hagas eso, Arlette. —Patrick estaba claramente preocupado.

La pirata se estiró agradeciendo la recuperada juventud.

—A mí me parece que ha funcionado muy bien.

—Me refiero a tu salud.

—Esta gente comercia con su energía vital a diario, si fuera peligroso estarían todos muertos.

—Energía vital no: umanita.

La Dama Sanguinaria bufó mientras se agachaba a recoger uno de los faroles, le vendría bien:

—No empieces a hacerte el entendido, es lo mismo.

Primrose había resultado ser un lugar muy singular. No solo era el epicentro del reinado de la Diosa Cosmos, sino que este se erigía sobre una economía basada en las almas; o como Patrick insistía, humanidad. La sociedad no utilizaba el dinero como método de trueque ni recompensa, sino que ganaba esperanza de vida mediante su trabajo y la perdía al comprar alimentos y objetos. La cantidad de umanita no solo definía tu poder adquisitivo sino que definía tu calidad de vida e incluso tu estatus social. Tener cierta cantidad de esta energía te daba acceso a la utilización de ciertos materiales, permisos estéticos e incluso lugares de residencia. Los Mortales eran gentes con una esperanza de vida natural, no superior a los cien años de media, y los Eternos la habían superado de alguna manera, ya fuera contando con umanita apilada en frascos almacenados en su hogar, o directamente dentro de su cuerpo. También había Renacidos, como Patrick, aunque más allá de la calidad de su umanita, superior para los más puristas, no poseían distinciones sobre el resto de habitantes de la Duat.

Al principio, descubrir aquello había trastornado a ambos. No es fácil hacerte a la idea de que tu alma puede fragmentarse y venderse como si fuera un trozo de metal. Para Arlette y Patrick había sido muy difícil aceptar que su propia existencia pudiera tener precio, e incluso niveles de calidad. Sin embargo, para sobrevivir habían tenido que entrar por el aro, y la pirata era experta en aprovechar las desventajas para convertirlas en oportunidades. Resultaba que deshacerse de casi toda la umanita del cuerpo envejecía convenientemente, como también podía optar por, en lugar de almacenarla, gastarla para realizar algunas proezas fuera de toda lógica, como saltar un poco más alto o sentidos más afinados. No es que fuera una gran ventaja: cada vez que forzaba su cuerpo y «rompía» umanita, como había decidido llamar a esta acción, esta se perdía para siempre, lo que significaba que cada salto imposible o visión mejorada costaba dinero a la vez que tiempo. Y necesitaban mucho en la actualidad.

—Ya te puedes ir. Muchas gracias por la ayuda. —La pirata le sonrió

desenfadada.

Su carácter se había endulzado durante los tres meses que llevaban allí, solos; o al menos lo intentaba. No había olvidado las palabras del contraamaestre.

—¿Seguro que estarás bien?

—Si te aburres puedes venir a cazarlo conmigo. —La pirata pegó un golpe seco al aire con el bastón, y este crujió revelando los afilados bordes de una hoja de metal sobresaliendo de él. La empuñadora de repente era el mango de una espada—. ¿Te animas? Será divertido. —Justo después le sonrió con una ceja levantada, le encantaba ese trasto. Si había algo grandioso en Primrose eran sus artesanos y herreros, sin lugar a dudas. Aunque no poseyeran aerobarcos.

—No, no. Todo para ti. Pero... ¿No necesitas descansar?

Lo cierto es que la transfusión de umanita la solía dejar algo mareada durante unos minutos. Los sentidos se avivaban como una llamarada dentro de ella y le hacían perder un poco la orientación. Incluso el equilibrio se veía afectado los primeros instantes. Los sonidos se oían más agudos, más cercanos y la visión avivaba los colores con un resplandor. Aunque siempre era mejor que seguir en su versión de anciana. Cuando su cuerpo apenas tenía umanita sentía el ruido embotado y todo le ponía triste. Era como vivir en un mundo sin colores y sin sabores. Nada le provocaba dicha y el más leve movimiento le costaba un gran esfuerzo, a veces tenía que esforzarse en recordarse qué era lo que tenía que hacer, pues la ausencia de umanita le susurraba pensamientos negativos y la hacía olvidar con facilidad. No quería imaginarse cómo sería vivir más de un par de horas así; y había gente que no tenía más remedio que hacerlo.

—Estaré bien. Vuelve antes de que alguien te vea.

—Muy bien, ten cuidado.

—Haz algo de cena, estaré hambrienta al volver.

Patrick puso los ojos en blanco, pero sonrió antes de separarse.

* * *

El silencio no era mudo. Resultaba bastante insólito, pero no lo era. Arlette lo había descubierto la primera vez que rompió umanita y agudizó sus sentidos. El torrente de vida que se fragmentó le había permitido atisbar más allá del horizonte y además escuchar la ausencia de ruido. Era ínfimo y constante; como el aleteo de una mosca, solo que latiendo y arrollando todo lo

que se encontraba. Una marea de nada que se convertía en algo al avanzar, chocar y rebotar con existencias menos sutiles.

La pirata volvió a captarlo aquella noche. Nada más dejar atrás a los guardias había partido un mes de vida esperando encontrar al Inhumano. Nada. Pero no nada en cuanto a que solo percibía el zumbido del silencio, sino nada en el sentido en el que el lagrimeo de las tuberías cercanas, el chisporroteo de bombillas mal ajustadas y el roce de su calzado sobre el ladrillo gastado ahogaban el otro tipo de silencio. No era mala señal, había oído antes a un Inhumano. Su corazón latía, con un compás corto y adormilado, con una separación insultante que lo acercaba más a la muerte que a la vida, como era natural dada su naturaleza, y eso siempre era difícil de percibir si no se estaba lo suficientemente cerca. Lo único que significaba todo aquello era que la criatura aún estaba lejos. Una parte de ella se molestó, iba a costarle más umanita de la que deseaba utilizar, aunque por otra parte la gente de la zona estaría a salvo. No era un pensamiento muy habitual en ella. Era algo que había empezado a crecer no hacía mucho casi sin darse cuenta, igual que hierba en medio de tierra baldía.

Arlette caminó, cruzó el resto de la calle, cerca de las sombras, partiendo umanita con un goteo constante, aunque menos feroz. Había aprendido de algún modo a romper su esencia de maneras diferentes. Con presteza solía llevarse años, con calma meses y sin prisa, dejando que primero se doblara, resquebrajara y más adelante separara, si pretendía eliminar tan solo unos días u horas.

El gastar tan solo horas de vida le permitió reservar lo máximo posible para situaciones más peliagudas, aunque a cambio tendría que soportar el desagradable pulso azotando su cuerpo y haciéndola ganar y perder capacidad auditiva, visual y física constantemente. Era molesto, y cada dos segundos estaba completamente indefensa, pero confiaba que fuera suficiente. Además, partir umanita mientras se movía solía atraer a los Inhumanos. De algún modo que no comprendía, las criaturas lo percibían. Y un Inhumano no podía resistirse a la llamada. La deseaban, la necesitaban. Sus primitivas mentes solo aprendían a caminar, agarrar y matar para adquirir la umanita que se les había arrebatado, o más bien cualquiera que se les pusiera por delante. Su única idea era volver a ser algo que ya ni siquiera recordaban que habían sido.

Era triste en realidad, pues una vez sus almas se corrompían jamás podrían regresar a su estado anterior. El alma simplemente no podía recuperarse por más umanita que absorbiera. Sin embargo, sus cuerpos eran unos estupendos

almacenes para la deseada esencia; si es que vivían lo suficiente como para convertirse en una amenaza, que no solía darse el caso.

La pirata, si es que en realidad podemos seguir considerándola tal cosa, lo sabía, y por eso había dedicado tres largos meses a cazar a todas las que podía. De este modo adquiriría grandes cantidades de umanita sin tener que matar a nadie. Al menos, no a nadie que no lo deseara. Porque seamos sinceros, aunque Arlette seguía pensando que el fin justificaba los medios, algo había cambiado en ella tras la pérdida de Benjamín y el descubrimiento de su verdadero pasado. Cazar Inhumanos le permitía dormir mejor, sentir que hacía algo bueno de verdad. Lo supo la primera vez que venció a una de aquellas criaturas, al observar la expresión de su mirada antes de desintegrarse vacía de umanita: un parpadeo de agradecimiento, un atisbo de felicidad, de paz...

Descendió por una escalinata que flanqueaba un envejecido edificio retorcido uniéndose a la calle Rosbert y desde allí prosiguió hacia uno de los muelles centrales. Había percibido un enorme y corto latido.

«Es grande».

Eso nunca era bueno. No cuando el ser ya llevaba tres horas, según sus cuentas, reptando a sus anchas por la zona. Era muy probable que ya hubiera aprendido a caminar, pronto utilizaría sus brazos y si no se daba prisa las piernas comenzarían a permitirle saltar y correr.

Apretó con más fuerza el mango de su bastón-espada y persiguió el lento latido. Estaba lejos, más allá de los tejados que rascaban el cielo de colores al fondo, entre una panadería y un local de sombreros y gabanes. Adelantó los locales y se introdujo en un callejón. Conocía la zona, había tenido tiempo de aprendérsela durante aquellos meses. De hecho una vez mató a un Inhumano en el lugar en el que se encontraba ahora. Había sido fácil y apenas había conseguido un año de umanita, pero al menos nadie lo había descubierto. Resultaba realmente increíble lo habitual que era un Inhumano en Primrose Mortal. Se suponía que había un control férreo para impedir aquellas situaciones. Las criaturas debían limitarse a castigos públicos que controlaran al resto de la población. A veces incluso la reina Naunet se aseguraba de que no los mataran, lanzándolos en su lugar a los Efluvios Nefastos, para que sirvieran de recordatorio sobre qué traía la traición a la corona.

«No hay leyes. ¡Ja! No las hay, hasta que esa ausencia choca con los intereses de la reina».

Sonrió al pensar en que si el plan salía como debía, pronto estaría dentro de

su palacio.

Un grupo de ratas huyó a lo lejos. No pudo verlas, pero sus patas resonaron en sus oídos amplificadas. Sintió como correteaban por un nivel inferior, en aquella misma calle. Algo las había asustado en las alcantarillas.

Oteó una verja separando un canal del resto de la callejuela.

«No puede ser» pensó al encontrarse con un cartel de los Efluvios Nefastos colgando de los hierros retorcidos. «¿El Inhumano ha atravesado la verja? ¿Cómo?».

Eso significaba dos cosas: la primera, que era fuerte, la mayoría de ellos eran incapaces de atravesar los límites, y dos, si se dirigía a los Efluvios Nefastos, que se suponía que era el lugar en donde se les contenía, significaba que estaba dispuesto a robarle a sus iguales toda la umanita que contuvieran. En definitiva, era grande y muy, muy agresivo. Tal vez el más agresivo al que se había enfrentado hasta ahora. ¿Y tan solo con tres horas corrompido?

—Maravilloso... —murmuró mezclando preocupación con una extraña sonrisa. En cierto modo era embriagador perseguir a una criatura de aquella manera, sentir que era una heroína de algún retorcido modo en lugar de una Dama Sanguinaria.

Rompió cuatro meses de vida y su cuerpo se tornó más ágil y ligero. De un salto ya estaba al otro lado del enrejado, dentro de los Efluvios. Si la descubrían allí tendría grandes problemas, se suponía que aquel lado estaba maldito de perpetuidad y Cosmos descargaría toda su ira sobre quien se atreviera a pisarlo sin su permiso.

Era imposible no ver el lado irónico de todo aquello.

Una vez llegó al canal se percató de que iba a ser mucho más difícil encontrar al Inhumano. Al menos, al correcto. Tras romper umanita había percibido cientos de latidos. Se alzaron como el retumbar de tambores, graves y cansados. Los Efluvios Nefastos eran la cárcel de aquellas criaturas. ¿Qué esperaba?

Arlette maldijo para sí y se preguntó si el Inhumano tal vez había acudido allí sabedor de que lo protegería de los Hombres de Ceniza, e indirectamente de ella. Se quitó la idea de la cabeza en cuanto razonó que una criatura como aquella no pensaba, no de una manera lógica o lo suficientemente elaborada como para formar estrategias. Se dejaban llevar por el instinto, por la atracción salvaje de umanita. Ahora debía estar destrozando a sus iguales,

absorbiendo la poca umanita que pudiera quedarles. Pero seguía preguntándose como un ser tan joven podía haberse vuelto tan salvaje.

Caminó con cuidado por la plataforma de madera mojada que lamía el borde del canal, sobre las aguas más negras que había visto nunca. De día aquel lugar era recorrido por barcos llenos de mercancías y gente. Y aun así, estaban separados de las criaturas por miembros de la tripulación provistos de palos alargados, que utilizaban para alejar cualquier cuerpo que flotara por las inmediaciones. Los Inhumanos no sabían nadar, ni siquiera aunque pasaran meses en los Efluvios. Por eso muchas veces los lanzaban por los puentes allí, para que aún vivos, o lo que se le pareciera, no supusieran un peligro con el paso del tiempo. A nuestra cazadora de monstruos seguía sin entrarle en la cabeza el porqué de tan complicada situación. La creación de Inhumanos y su negativa a acabar con ellos en toda ocasión, provocaba más problemas que beneficios. Más gastos, más peligros, peor salubridad. Los Hombres de Ceniza solo aparecían en Primrose Mortal cuando las cosas se descarriaban, y ni siquiera lo hacían siempre. ¿Por qué no simplemente prohibir la deshumanización y castigar los robos de umanita?

Recorrió el pasillo de madera junto al alargado canal, pasando por debajo de un enorme puente que llevaba a la plaza central. Fue entonces cuando lo vio: una enorme tubería, de varios metros de diámetro, encajada en un muro de ladrillo descolorido. Los barrotes grises estaban deformados hacia el agua, y cortados a media altura. Parecía como si algo enorme se hubiera estrellado contra ellos.

«Esto no me gusta».

¿Seguro que habían pasado solo tres horas?

Un alarido a varios metros por delante, en el laberinto de canales abiertos que daban forma a los Efluvios Nefastos. Había sonado deformado, aunque humano en cualquier caso; la voz de un Inhumano era incapaz de formular vocales, apenas solía sonar como un crujido húmedo.

Arlette rompió un año de umanita y una onda de sentidos avanzó quinientos metros. Los sonidos del roce de su piel con su ropa pronto se vieron tapados por el lamento del río, luego de las gotas explotando en la enorme tubería de su derecha y, finalmente, unos latidos rápidos, constantes, ensordecieron al resto. Bombeaban deprisa, con un descontrol que Arlette había aprendido a identificar: un corazón humano, uno que se esforzaba por mantener vivo a su dueño.

Corrió, sabedora de que alguien estaba desangrándose, o algo peor. Agarró

su bastón-espada con la mano buena y encorvó el espinazo hacia delante. Luego partió con saña dos años enteros. Sus piernas se endurecieron, su cuerpo se tensó. La velocidad se incrementó tanto que la capucha se resbaló por su cabello de sangre, dejando que su nueva melena, más larga de lo que había estado en mucho tiempo, ondeara hacia atrás, libre.

En cuanto se internó en el pasillo de cemento del que provenía el grito, descubrió una sombra alejándose de un borrón abandonado en el suelo. La masa estaba inerte, coloreada de un líquido rojizo sobre ella, y acompañada por un objeto brillante a un lado. La luz que desprendía era verde y débil.

«Demasiado tarde» comprendió al identificar el latido del corazón humano en la figura que la oscuridad impedía terminar de identificar. El sonido se había vuelto casi imperceptible. Se moría.

El primer pensamiento de Arlette solía ser el inyectar a la víctima umanita en cantidades industriales. Se tenía que recordar que la esencia de vida no curaba heridas. Rejuvenecía, sí. Pero sin que las heridas sanaran. La esperanza de vida se alargaba, pero si esta ya pendía de un hilo solo se podía hacer una cosa. Rezar. La cuestión era... ¿A quién?

Cuando se acercó más y el candil iluminó el cuerpo, vio los restos maltratados de un Hombre de Ceniza. Su piel empapada en el polvo gris se estaba mezclando con su sangre. Los ojos del hombre apuntaban al cielo y su rostro se había quedado con una expresión sorpresiva y cansada. Su corazón ya no latía, era imposible que lo hiciera con un agujero tan grande recorriendo la cintura hasta la mitad del pecho.

Arlette se agachó junto al objeto brillante y descubrió que era un *ankh*. El *ankh* tenía forma de estilete, con un mango excesivamente ovalado y una hoja que recordaba a una aguja; ancha y gruesa en su inicio pero tremendamente fina al final. La guarda de los *ankh* siempre era robusta, aunque sencilla y breve. Centrada en que la mano nunca se deslizara al lado equivocado del *ankh* y conservando una esencia austera y rectangular.

Pero el arma no era solo un singular estilete. Su mango deformado escondía mucho más: la pieza podía desenroscarse, pues cuando un *ankh* se utilizaba para apuñalar a alguien este absorbía umanita con la intención de que receptara dentro del mango, descubriéndose así su condición de recipiente. Por ello los *ankh* disponían de un sinfín de mangos largos, cortos, anchos y delgados que se adaptaban no solo al tamaño de la mano, sino también a la cantidad de umanita que debían salvaguardar... o sustraer. Los había de cristal para los que deseaban mostrar su poder al resto, o de simple metal para los

que precisaban protegerlos de cualquier accidente o acto malintencionado. Incluso había personas que querían destacar: estos utilizaban una ostentosa mezcla de metales preciosos y ornamentos complicados. Era un arma, sí, pero también una parte intrínseca de la persona que la poseía, por lo que no era extraño que se le dedicara un mimo especial a su manufactura. En su mayoría contaban con los nombres de sus dueños inscritos en mango y, para los más apasionados, también hendidos en la propia aguja. Este era el *ankh* de un Hombre de Ceniza, y por lo tanto carecía de cualquier detalle.

Sin duda había intentado arrebatárle la umanita a la criatura para cansarla, o incluso hacerla desintegrarse. Pobre iluso. Una criatura de tal tamaño y fiereza era imposible de detener a base de pinchazos. Arlette decidió que debería herirla gravemente antes de cosechar su esencia. Solía hacer que la umanita empezara a disolverse más rápidamente, o incluso a perder parte de su calidad, pero a la cazadora de monstruos le importaba bien poco. Prefería no acabar partida en dos que lamentarse por tirar parte de una vida que nunca le había pertenecido. Y por eso mismo el Hombre de Ceniza estaba muerto y ella no.

Por ahora. Un chasquido la puso de nuevo en alerta. Ni siquiera se molestó en romper umanita, solamente saltó hacia atrás con fuerza mientras percibía unas garras cortando aire, y finalmente el cuerpo maltratado.

«¡Está aquí!».

Un manto de sangre salpicó hacia uno de los altos muros del canal. Arlette vio a la enorme criatura trastabillarse, torpe, y golpearse contra la misma pared.

Era rápida, muy rápida. Sin embargo, su cuerpo deformado y descompensado le jugaba malas pasadas. Incluso en la noche podía verse como sus piernas eran mucho menos fuertes que el resto de su cuerpo, agrandado de manera aleatoria, con un brazo más largo que el otro y también más grueso. Su cuello estaba retraído y su cabello, gris plateado caía como una manta deshilachada sobre el rostro. Apenas podía adivinarse una mandíbula ensanchada entre los cabellos, el resto estaba oculto bajo el velo de pelo, con dos brillantes ojos ensangrentados brillando a través de los mismos.

Arlette dio varios pasos hacia atrás mientras elevaba la mirada. Los muros del canal superaban los seis metros de altura y aun así la criatura con un pequeño salto hubiera podido llegar a superarlos. El Inhumano debía rozar casi los tres metros. Nunca antes había visto un monstruo de tamaño semejante.

El bastón-espada dio un giro en la muñeca y la pirata rompió un mes. Su

visión se agudizó con un fognazo. Los huecos oscuros se volvieron débiles sombras traslucidas, el cabello plateado de su enemigo en un blanco tan pálido como la piel del cadáver desmembrado y los ojos rojizos parecieron llamas. En un momento el Inhumano se había iluminado, como todo lo demás, haciéndole imposible pillar por sorpresa a nuestra protagonista. Si en algún momento había tenido una oportunidad de terminar aquello con un único zarpazo, lo había perdido para siempre.

La pirata apretó los dientes, flexionó las piernas y rompió dos años más muy rápido para que estos provocaran una explosión de energía portentosa, aunque corta. Saltó, saltó tanto que llegó a la altura del rostro de la criatura, y descargó un rápido tajo mientras la pasaba por encima dando una rápida pirueta. Antes de descender tuvo que volver a partir umanita; una semana esta vez, en el instante en que sus tobillos tocaron suelo para no partirse en mil pedazos.

El Inhumano no profirió ningún sonido. Solo el gorgoteo característico. Ni un espasmo ni tampoco un intento por defenderse. Aquellas criaturas no sabían nada del dolor ni tampoco de la muerte. Solo tenían una cosa en la cabeza: ansia de umanita. Si necesitaban horas para recordar cómo se caminaba, como se cogían cosas e incluso como se comía, aún necesitaban mucho más para recordar lo que era el sufrimiento y el miedo a la muerte.

La montaña de carne se giró con cuidado, procurando coordinar sus débiles y deformadas piernas mientras guardaba el equilibrio sirviéndose del murete agrietado. Las nubes ocultas en el cielo tenebroso empezaron a llorar. Al principio pequeñas gotas, después unidas como una enorme riada. La lluvia describió el cuerpo deforme con fuertes chisporroteos creando una capa de sangre bajo sus pies.

Arlette dudó. ¿Cómo no dudar? El sonido del agua cayendo sonaba como un ejército de truenos golpeándole los tímpanos y las lentas pisadas del Inhumano como el crujido de huesos astillados; tal vez incluso, en el fondo, algo se estuviera partiendo dentro de él.

Ella tuvo que pensar rápido. Si volvía a romper umanita sentiría una carga de energía para dar otro salto, pero cabía la posibilidad de que la criatura hubiera aprendido a no caer dos veces ante la misma táctica; además, el aguacero se intensificaría dentro de su cabeza y la haría perder la concentración. Miró al suelo, a su punto débil: a las piernas. Una de ellas tenía el tobillo vencido en una posición extraña. Aquellos pies no podían soportar el enorme peso que el torso...

Se abalanzó contra Arlette casi dejándose caer. Sus garras retorcidas surcaron el aire, sus brazos se doblaron de forma extraña y su torso se arqueó como si su esencia estuviera sujeta por unos pocos tendones deshilachados. La pirata rodó hacia la pared contraria y lo esquivó por muy poco. No era fácil adelantarse a los bandazos de una criatura así, actuaban por instinto, no por estrategia o siquiera un sentimiento de supervivencia; no al menos de la manera que cualquier ser vivo comprendiera.

Sin esperar a comprobar qué hubiera hecho la criatura si se hubiera quedado ahí, partió rápidamente un poco de umanita y saltó hacia el muro tras su espalda. Las piernas se flexionaron sobre los ladrillos, con tanta fuerza que estos se quebraron y se aplastaron contra el cemento. Luego volvió a partir mientras estiraba las extremidades y saltaba muy alto. Mientras se elevaba vio los girones de pelo gris revolviéndose alrededor del torso deformado del Inhumano y oyó el gorgoteo cansado. Sus aspavientos eran desesperados, dirigidos por el ansia de umanita. No había coordinación real, solo una necesidad loca de poseer más esencia. La pirata se agarró al final del muro con su brazo de metal y observó en silencio a la criatura. Renqueaba entre crujidos y buscaba a nuestra protagonista por la superficie entre golpetazos y zarpazos. Tal vez fuera de los Inhumanos más fieros que había visto nunca, pero continuaba dejándose llevar demasiado. No pensaba, no planeaba. Se limitaba a reaccionar al entorno, y eso era algo que la pirata había aprendido a usar a su favor para cazar.

Arlette partió un solo día, uno solo. Lo hizo con fuerza, como quien rompe algo que odia con toda su alma. Fue tal el modo en el que lo hizo que la criatura lo percibió claramente, igual que un trueno en medio de un desierto. Hubiera podido oírlo incluso en mitad de un recital o un aguacero. Sin embargo, cuando el monstruo miró hacia donde ella debía estar no había nada. La pirata había saltado justo al partir la umanita para colocarse en el muro de enfrente, quedando así la espalda del Inhumano a su alcance y desprotegida. Solo tuvo que lanzarse en picado y cercenar a la altura del codo la espina dorsal que sobresalía tímidamente entre la carne.

El cuerpo golpeó el terreno con un sonido sordo y no se movió de allí. Arlette sacó su *ankh* con tranquilidad. Sabía que había ganado. Nada, ni siquiera un Inhumano, podía sobreponerse a una espalda partida. A diferencia del otro *ankh* que había encontrado, el suyo no brillaba, estaba totalmente vacío.

No por mucho tiempo. En cuanto apuñaló la masa de carne corrompida

empezó a recibir una gran cantidad de umanita del color jade más brillante de lo que nunca había visto. Tal vez hubiera sido un triste vagabundo, pero la calidad de su alma era excepcional y, aunque no oyó sonido alguno ni vio su rostro mientras se desintegraba, Arlette estuvo segura de que durante esos últimos segundos, aquella alma tan excepcional recordó lo que era el agradecimiento antes de dejar de ser.

«Listo».

Miró su *ankh*, refulgiendo en rededor.

La esencia partida dentro de sí misma se desintegró y de pronto se notó embotada y cansada. La umanita que se revolvía dentro de la cápsula de su *ankh* pareció menos colorida. La lluvia la percibió lejana y apenas perceptible a simple vista. Su visión había empeorado igual que todos sus sentidos, y aunque era normal tras haber dejado de amplificarlos, sabía que aquel cambio era excesivo.

Elevó el antebrazo sano y observó su piel arrugada y moteada de manchas: volvía a ser anciana.

* * *

Hagium estaba conforme con el botín. Para él hubiera sido bastante sencillo abandonar las oscuras calles de Primrose y, simplemente, regresar a la guarida a repantigarse en el sofá y quemar unos cuantos cuadros en la chimenea. Para su desgracia, Aramis no tenía la menor intención de permitirlo.

—Lo huelo, Hag. —Caminaba ansioso por el callejón, arrastrando con su sonrisa a su cómplice. No vio a nadie a la vista, la calle que conectaba con el desconchado pasillo que los ocultaba estaba desierta y en completo silencio —. Te lo digo yo, la noche no ha hecho nada más que empezar. La Diosa nos ha bendecido por fin.

El otro, alto, de expresión aburrída y piel pálida lo observó desganado. Arrastró la mirada a los pies y le dio una patada a una representación invisible de su amigo; aún no había descartado hacer lo mismo con el de verdad.

—La vi cruzando la boca de esta calle justo cuando entramos en el callejón. —Añadió el primero.

—Sí, sí...

Su cabeza desnuda reflejaba tímidamente un reguero de luz que terminaba pintarrajeándole su camisa de puntadas torpes. A simple vista podía verse que no eran más que un par de rateros. Se esforzaban por enderezar la espalda y

mantener una mirada decente, pero en el brillo de sus ojos se describía la verdad. No eran más que unos desgraciados que vivían a costa de rapiñar lo que se les pusiera por delante. A veces... incluso umanita.

Aramis avanzó casi de puntillas, con piernas veloces y expertas, sin producir sonido alguno sobre los adoquines. La pareja rápidamente pasó de un lado de la calle al otro y desde allí se introdujeron en un manto de espesa oscuridad que les regalaba un balcón.

—¿Ves? —susurró señalando a su víctima.

La figura avanzaba torpe desde la distancia, apenas perceptible gracias a un pequeño farolillo que colgaba de su cintura.

Hagium entornó la vista y se desinfló decepcionado.

—Es solo una vieja. ¿Cuánta umanita esperas que le saquemos?

—¿Y qué más da? Es una víctima fácil. Acuérdate de la última, parecía que no tenía nada... —Se desabrochó un poco la chaqueta—. ¡Y mira! Montones de viales de alta calidad. —Los fragmentos de almas brillaron sobre la tela y rebotaron sobre la rendija del abrigo como si fuera el hueco de un cofre lleno de tesoros.

—¡Escóndete! Nos vas a descubrir...

—¿Vamos a hacerlo o no?

Al final su socio tuvo que dejar de lado su falsa ética. Sonrió con codicia y asintió.

Se deslizaron por el empedrado sin decir nada más, ocultos bajo la ausencia de luz. Caminaban lentamente entre tenebrosos mantones junto a los edificios, cada vez más cerca de la mujer. Solo corrían, expertos, silenciosos, bajo la luz que se proyectaba en algunos pedazos descoordinados y apenas suficientes.

La mujer había elegido un recorrido demasiado tranquilo y alejado de las vías principales. Y aunque Primrose siempre estaba despejada y despoblada a aquellas horas, la zona del barrio elegida era peligrosa para cualquier mortal. Incluso para una anciana sin casi umanita.

Ya la tenían a unos diez pasos. Se posicionaron a cada lado, para abordarla a la altura de cada brazo y así impedir que corriera en cualquier dirección. Solo faltaba la señal y...

La cansada Arlette raspó su bastón sobre el suelo mientras lo hacía girar verticalmente hacia la cara de Aramis. El chasquido de su nariz partiéndose sonó tan fuerte como el crujir de una rama en medio de un bosque dormido. Mientras la sangre brotaba y él caía, Arlette viró la muñeca y aprovechó la inercia del movimiento para golpear el cráneo de su compañero.

Hagium cayó torpe y semiinconsciente. Algo en su cráneo se había partido superficialmente, y aunque claramente el chorro de sangre que se deslizó por su sien no auguraba nada bueno, la anciana sabía que no pasaría de un simple dolor de cabeza.

—¡Serás...! —Aramis se sujetó la nariz mientras volvía a incorporarse empapado en umanita.

Algunos de los viales que llevaba ocultos en la chaqueta se habían roto con la caída y ahora drenaba alma por los bordes del abrigo, chorreando en surcos por sus pantalones. La luz verdosa lo iluminó como una luciérnaga, una muy enfadada.

—¿Sabes lo que nos costó conseguirla, vieja?! ¡Es umanita de alta calidad! Nunca encontraremos una niña tan joven otra vez. ¡Demonios! —Buscó en uno de sus bolsillos y sacó su *ankh*—. ¡Te voy a dejar más seca de lo que ya estás!

Otro golpe. Esta vez tras una finta cansada de la anciana, aunque aun así lo suficientemente rápida y experta como para esquivar a su agresor y propinarle una acometida en pleno cogote.

En cuanto cayó al suelo derrotado e inconsciente, Arlette caviló con la vista clavada en la umanita que seguía drenándose.

¿Nunca encontrarán una niña tan joven?

Su mente, aún gris y agotada, empezó a trabajar y ordenar los sentidos ocultos de aquella afirmación: eran unos asaltadores de umanita, se dedicaban a robar a los transeúntes por la noche. No era raro, había muchos como ellos. ¿Pero por qué estos dos estaban en zona maldita cuando los Eternos ya la habían precintado? Ella había conseguido vencerles en un enfrentamiento directo con una sencilla finta siendo una anciana. No se los imaginaba sorteando los controles de ningún Eterno.

Solo podía haber una explicación. Ya estaban dentro antes de que la declararan maldita. Tenían que ser los que habían deshumanizado al vagabundo.

«Nunca encontraremos a una niña tan joven otra vez».

Ellos...

La mirada de la anciana Arlette se apagó aún más, si es que eso era posible. Comprendió que sí que habían asaltado a un vagabundo, pero no al vagabundo que uno se imaginaba al escuchar aquella palabra.

—Una niña... —raspó su voz quejumbrosa.

Ahora comprendía por qué el Inhumano era tan fuerte e inteligente en tan poco tiempo. Observó el reguero de alma que se alejaba disgregándose entre

los ladrillos del suelo y se enfureció al ver toda una vida inocente malgastada.

* * *

Patrick estaba terminando de preparar la mesa cuando su hija entró en casa. Se habían hecho con una casa de dos plantas de Primrose Mortal lejos de la plaza, en la zona menos agradecida y más solitaria que pudieron encontrar. Arlette así lo había solicitado y aunque en un principio él no estuvo nada de acuerdo, demasiado acostumbrado a la vida en La Ciudadela, terminó por ceder al comprender que para ocultarse ella era la experta.

—Te has tomado tu tiempo —saludó tras verla fresca como una rosa.

Ella respondió con una ceja levantada y una sonrisa triunfal:

—Me entretuve por el camino.

Los viales rodaron por la mesa, resplandecientes de brillo verde.

—¡Vaya! —Patrick se sentó sorprendido y las detuvo delicadamente con los dedos—. ¿Tanta umanita poseía? Aquí... ¡Aquí hay cinco umanitas enteras! ¡Por lo menos! —El reflejo de la esencia hizo que sus ojos parecieran faros.

Arlette pensó un momento en los ladrones de umanita y sonrió con aire tenebroso.

—Hubo suerte. No era el único *inhumano* esta noche.

Tal vez no hubiera dejado de ser la Dama Sanguinaria después de todo.

Inhumano

Una vez en la enorme barcaza, Arlette se sorprendió al sentir lo mismo que en el *Fiora*. Mientras el transporte se balanceaba sobre las aguas sucias, cruzando el canal rodeado de cuerpos de Inhumanos inmóviles y con edificios asomando a cada lado, la pirata recordó a Benjamin. Pensó en la conversación que tuvieron, en lo que tal vez podría haber sido; y luego desterró aquella idea.

Se fijó en el motor que arrastraba el transporte, el cual contaba con una manguera enorme que buceaba en el canal y absorbía ingentes litros de agua para que estos, al chocar con las aspas del propio motor, dotaran de energía a todo lo demás. Era un sistema perfecto, pues la misma agua que entraba regresaba a la masa líquida expulsado por el extremo contrario. Era una lástima que aquella sociedad estuviera obcecada en el uso de la umanita para casi todo, porque a ella la tecnología hidráulica le parecía más conveniente.

Patrick cavilaba más adelante, cerca de un viejo contenedor que a su vez apilaba otros tantos más pequeños sobre él. El padre de Arlette observaba el contraste del paisaje. Cuerpos adornando el camino como advertencias silenciosas de que aquel reino se erigía gracias a la vida de cientos de sacrificios. También se fijaba en cómo se oscurecían los colores del paisaje cuanto estos más se acercaban al río. Los adoquines parecían más cuidados en las calles de Primrose Mortal hasta que rozaban los Efluvios Nefastos o los canales. Allí nadie limpiaba, nadie se preocupaba. Era donde se tiraba la basura, las almas corruptas, las preocupaciones... Resultaba irónico que a su vez fuera el modo en el que se podía llegar a Primrose Eterno. Este se observaba a la distancia, como un espejismo en un desierto. Una extraña formación parecía delinearse al horizonte antes de la lejana ciudad, pálida como un destello entre tanta oscuridad. Una bengala en la noche. Una esperanza lejos de tanto dolor.

—El palacio —murmuró sabedor de que ese era su destino.

El lado Eterno se había construido a la espalda de ese palacio, anclado alrededor de un enorme agujero. Un foso sin fondo que había existido incluso antes que la propia reina Naunet y al que no solo acompañaba el palacio y la ciudad, sino también el agua que caía como una cascada hacia su infinita

oscuridad.

Ambos habían leído mucho al respecto desde que decidieron asociarse por segunda vez. De ese modo era como habían encontrado una salida y a su vez un plan para alcanzarla.

Resultaba que las barcazas solían llevar suministros hasta Primrose Eterno cruzando un canal que atravesaba el palacio por un túnel inferior que servía a su vez como límite fronterizo. Toda esa umanita recolectada durante aquellos meses no había sido más que para sobornar al barquero y a sus hombres, además de ostentar un estatus Eterno que les facilitara el paso en caso de contratiempo. Durante la inspección se escabullirían y accederían al edificio. Una vez hecho, se las arreglarían para llegar a la azotea, donde aguardaba su premio. No lo habían visto todavía, pero habían oído rumores sobre una máquina voladora. Incluso en los periódicos aparecían extractos sobre la nueva tecnología que la reina Naunet había descubierto no hacía mucho. Aquella máquina era un prototipo, una prueba del poder del reino y por tanto, un tesoro nacional que coronaría el palacio por siempre. Hasta que llegaran Patrick y Arlette para llevárselo, por supuesto.

Finalmente, Patrick decidió recorrer la ancha barcaza y se acercó a su compañera mientras veía a los tripulantes usar palos largos para empujar a los Inhumanos lejos de los límites. Sabía que aquellas criaturas dejaban de moverse en cuanto estaban bajo el agua, pero aun así no podía evitar temerse lo peor. ¿Cómo podía esa gente ser tan descuidada y permitir que aquel problema creciera tanto día tras día?

—¿Ya es la hora?

Patrick negó con la cabeza:

—Aún queda un buen trecho.

—Saldrá bien, así que sonrío un poco.

—No estoy nervioso. Esta es mi cara.

—Pues deberías estarlo —dijo ella.

—¿Tú lo estás?

—Claro que lo estoy. —Hizo una mueca divertida—. Siempre lo estoy. Los nervios te mantienen alerta. Te vuelven precavido y te hacen buscar posibles vías de escape.

—Pues escondidos dentro de uno de estos contenedores no vamos a tener muchas vías de escape disponibles...

Arlette emitió un suspiro exasperado.

—Hemos pagado el doble de lo razonable al barquero y a los suyos.

Además, tenemos a parte de la guardia fronteriza comprada. No nos va a pasar nada. Relájate, si dentro del castillo te encuentras con alguien intenta no mirarle por encima del hombro ni hablarle como si fuera estiércol.

—¡Mira quién lo dice! Cuando nos conocimos eras una impertinente a la que daban ganas de partírla la cara.

En otra época, en otro momento, ella le hubiera roto la suya. Pero ya no. Se limitó a ponerle la mano en el hombro y dedicarle una mirada confiada.

—Hoy nos marcharemos de aquí. No tengo duda.

De algún modo él también lo creyó.

* * *

La imagen del lago helado apareció sin oponer resistencia ante Isabel en cuanto esta lo deseó. Su representación azulada, descrita por la brújula, fue igual de exacta que la vez anterior. De algún modo, ella sintió que podía hacer más cosas que antes, como si el hecho de saber la verdad sobre sí misma hubiera despertado en su interior algo dormido. Aun así, seguía costándole alejarse de aquel lugar.

Para ayudarse había decidido cerrar los ojos y concentrarse en Arlette, en la representación que había encontrado cuando la estuvo buscando aquella vez que huyó al bosque.

Pensar en ello le hizo sentir que había pasado una eternidad a pesar de que apenas llevaba un día encerrada con la Diosa Cosmos en ese desierto onírico. ¿O era más tiempo? Le costaba razonar cuanto llevaba allí. No tenía sed, no tenía hambre, pero de alguna manera, algo le decía que llevaba allí mucho más tiempo del que creía.

«Vamos, concéntrate. Recuerda lo que te dijo Patrick. Aléjate, como si la imagen fuera lo que ven tus ojos».

Buscó el modo de creer que ella volaba, que estaba de verdad sobre ese lago. Y luego pensó en alejarse, en subir a las nubes, a los brillos de millones de faros lejanos y colores infinitos. Al desearlo, de algún modo inexplicable, lo consiguió. Lentamente el lago se convirtió en el bosque y poco a poco en la isla de los sueños, más diminuta cada vez.

Entonces recordó la explosión. La fragata partiéndose en un destello de muerte y fuego, partiéndose en pedazos que destrozaban a todo el que tocaban y lanzando vidas al vacío. Y sintió que caía con ellos, que descendía cada vez más rápido. La imagen que dibujaba constantemente la brújula descendió y llegó hasta el final. Hasta aquella maravilla que Isabel había descubierto justo

antes de ser atrapada por Cosmos. El mar.

Abrió los ojos satisfecha, más segura de saber controlar aquella habilidad. Observó un momento la representación y sonrió imaginándose a sí misma tocando el agua. Algo le decía que muy pronto sería capaz de localizarlos, y entonces hallaría la manera de que la sacaran de allí.

* * *

No se veía nada dentro del contenedor. A pesar de que las rendijas quedaban perfiladas entre la oscuridad, proyectando un hilo de luz diurna al interior, esta moría pocos centímetros después.

—Creo que he oído algo —susurró Patrick hecho un manojito de nervios.

—No has oído nada porque no ha sonado nada. Cierra la boca, no debe quedar mucho.

Arlette no quiso reconocerlo, pero hacía tiempo que el motor de la barcaza estaba apagado. No podía calcular cuánto tiempo podían tardar en pasar el control y eso la estaba poniendo muy nerviosa. ¿Llevaban esperando un cuarto de hora? ¿Tal vez más?

Sus dedos aplastaron el mango del bastón-espada. Se alegró de que su compañero no pudiera verla, porque no habría podido simular tranquilidad por nada del mundo.

Se acordó de sus elocuentes palabras sobre eso de estar nervioso y deseó patearse a sí misma el trasero.

«Una vez reanudemos la marcha, el barquero esperará unos minutos antes de aminorar y hacernos la señal. Saldremos y saltaremos con tranquilidad a las aguas, ya libres de Inhumanos, y nadaremos de vuelta al palacio». Ni repasando el plan consiguió tranquilizarse. Había empezado a oír pasos, demasiados pasos.

Sonaban rápidos pero con una repetición armoniosa. Igual que...

«Un destacamento militar».

Las puertas del contenedor se abrieron con un fognazo luminoso que los cegó.

—¡Arriba las manos!

No podía verlos, aunque escuchó el siseo de espadas y lanzas sobre el aire.

—¡Arlette!

—¡Tranquilo! —le ordenó posicionándose delante suya, con las manos elevadas y sosteniendo aún su bastón-espada.

Sus ojos se acostumbraron al cambio de iluminación mientras los gritos continuaban. Una marabunta de voceríos los atosigaban desde el exterior del contenedor.

«Diez», lamentó ella.

Aquello no era normal. Sabía de buena tinta que en un control habitual habría como mucho cuatro, dos para comprobar la barcaza y otros dos para vigilar el perímetro que daba entrada al palacio y abría las puertas hacia Primrose Eterno. Aquellos soldados no eran los habituales del puesto, sino Hombres de Ceniza. Llevaban espadas de media luna y lanzas de oro. Sus atuendos seguían siendo austeros, aunque con generosas protecciones en extremidades y puntos vitales.

«Alguien tiene que haberles prevenido, es la única explicación posible».

El más adelantado del destacamento les hizo una orden con un leve deje de la lanza. Esta tenía tres puntas en el filo, todas con púas a su vez; que destrozaría la carne de cualquiera.

—Haz lo que yo haga —le susurró a Patrick con tranquilidad.

—¿Cómo que lo que tú hagas?! No irás a liarte a tortas ahora, ¿verdad?

Salieron lentamente, con las manos muy visibles para que ninguno de los soldados se sintiera amenazado.

Fuera pudo ver cómo la tripulación había sido reducida. El barquero estaba arrodillado de espaldas a ellos, con el rostro vencido y tembloroso, sus manos sobre la cabeza y el alma a los pies, pues era consciente de lo que le esperaba. Si ella fuera él se lanzaría al agua o se llevaría por delante a todos los que pudiera antes de morir.

Entonces se dio cuenta. Su situación no era muy distinta a la del barquero, probablemente peor. No sabía cómo pero de algún modo la reina Naunet había sido prevenida. ¿Algún miembro de la tripulación los había vendido? Tampoco es que importara ya.

Miró hacia arriba y vio el palacio. Sus paredes salían del oleaje desgastadas y cuanto más se alejaban del agua más brillantes eran. Después miró en rededor y encontró las dos plataformas que se conectaban a la barcaza por cada lado, y que a su vez iban a parar a un puente de ladrillo junto a un enorme portón fronterizo. También había otro camino hacia una de las paredes del palacio, la cual daba a una puerta de metal tan grueso como el del portón.

«Esa es la entrada».

Estaba segura de que usando algo de umanita podría echarla abajo. Tenía suficiente como para gastar cuatro vidas completas, con dos estaba segura de

ser capaz de agujerearla o arrancarla de sus goznes. El problema era que si lo hacía empezaría una batalla, y no estaba sola.

—Suelta el bastón. —El hombre de la lanza la amenazó con ella—. Lentamente, sin trucos.

Era ahora o nunca. Si rompía umanita sería capaz no solo de arrebatarse el arma y clavársela por sorpresa al primero que se abalanzara contra ella, sino que aún tendría el bastón para seguir luchando. El factor sorpresa la permitiría matar a dos o tres de ellos sin esfuerzo y aún tendría suficiente energía para acabar con alguno más y huir hacia el interior del palacio.

«¿Y Patrick...?».

Tenía que elegir. O se dejaba atrapar o lo abandonaba. Sabía que no iba a poder seguirle el paso. Por más que hubiera intentado enseñarle, su pierna no estaba bien. No lo estaría nunca y aunque así fuera no era bueno luchando. Nunca lo sería, simplemente no valía para eso. Su compañero era ahora una carga, una que podría costarle el plan y la propia libertad. ¿Qué iba a hacer si se dejaba atrapar? ¿Qué sería de ella y de su deseo? ¿Y si Cosmos la encontraba encerrada en una celda? No tendría posibilidad de defenderse.

«Tengo que hacer algo». Apretó los dientes y comenzó a estirar umanita, dispuesta a sacrificar a Patrick y...

La lanza rozó su garganta.

—Obedece o muere.

El bastón cayó, la umanita dejó de resquebrajarse. Había tardado demasiado tiempo en decidirse. La probabilidad de escapar se esfumó junto a la determinación que siempre la había caracterizado. El viaje en busca de la Vendedora de Deseos, Benjamin, el regreso de Eric, Isabel... La sangre, las pérdidas, aquellos tres meses con Patrick, todo cuanto había vivido había terminado por cambiarla. Se había ablandado. Los sentimientos y esa otra manera más amable de ver la vida, más inocente la había deslumbrado y ahora le impedía percibir las cosas como realmente eran. La Arlette de ahora dudaba, pensaba en los demás, la de antes jamás hubiera vacilado. Se habría lanzado en una danza de sangre hasta terminar con un mar de cadáveres y el camino despejado. Y para su desgracia, la pirata estaba empezando a comprender que el nuevo camino que intentaba recorrer no iba a traerle menos dolor que el anterior... sino posiblemente un aciago final.

El interior del palacio sorprendió a la pareja en cuanto vislumbraron la pulcritud de sus pasillos. El marfil brillaba tanto en suelo como paredes y

estos contaban con pequeños bordes en esquinas y marcos vestidos de metales ambarinos.

No tardaron en empezar a ver a las sirvientes. Algunas arrodilladas, puliendo el suelo que reflectaba sus propios rostros igual que un espejo perfecto, otras esperando una orden junto a puertas o plantas de interior y la mayoría ocupadas en toda clase de tareas que parecían de suma importancia, pues corrían como si la vida les valiera en ello; y puede que así fuera, pues Patrick le había contado a Arlette en una ocasión que los vasallos de la reina dedicaban el resto de su existencia a ella a cambio de que cada día su familia recibiera una cantidad indeterminada de umanita, siempre equivalente al esfuerzo demostrado.

Una mujer cubierta tan solo con una túnica de hilo muy fino, y pálido como su propia piel, tanto que era difícil identificar dónde acababa la tela y dónde la carne, se presentó ante el destacamento e hizo un gesto de respeto. Después los Hombres de Ceniza escoltaron a Arlette y a Patrick hacia donde la extraña les indicó: la antesala principal.

Los dos lo sabían porque habían estado estudiando unos planos semanas antes. Aquella parte del edificio soportaba todos los niveles superiores gracias a unas inmensas columnas ovaladas de colores claros. Los jeroglíficos lo dominaban todo, no solo los pilares, sino también los muros que escalaban hasta alcanzar las antorchas que crepitaban día y noche junto al techado.

—Subid —mandó con brusquedad uno de los vigilantes.

Una escalinata renqueaba hacia un corto pasillo escaso de iluminación. Ni a Arlette ni a Patrick le gustó la idea de entrar... ¿pero qué otra cosa podían hacer?

El lugar al que accedieron no tardó en convertirse en un habitáculo con forma cuadrada que podía albergar más de veinte personas. Estaba forrado por placas de hierro a donde quiera que se mirara y con un corto vistazo Patrick se percató de que el techo era imperceptible, se perdía muchos metros sobre ellos, en una capa de penumbra silenciosa.

A la pirata, por el contrario, lo que le preocupaba era el hecho de que aquel cuarto careciera de salida. Solo podían dar media vuelta, pero era evidente, por cómo vigilaban los Hombres de Ceniza, que esa no era una opción. ¿Es que iban a matarlos allí mismo? ¿Aquel cuarto oscuro y carente de detalle o mobiliario de alguna clase no era más que el lugar donde asesinaban a los intrusos?

Se oyó un chasquido y dos torrentes de agua empezaron a desbordarse a

cada lado por unas aberturas cilíndricas situadas a un par de plantas por encima de ellos.

Gracias a que el agua cayó al suelo, filtrándose por disimuladas aberturas que delimitaban el área todo quedó más claro. Solo había que haber prestado atención al uso que le daban al agua en aquel reino, y al hecho de que el suelo hubiera empezado a elevarse con tranquilidad, para darse cuenta de lo que aquel sitio era.

«¡Un ascensor!».

Ascendieron vigilados por la guardia, acompañados por el chapoteo del agua al partirse contra la acumulación oculta bajo la plataforma, hasta que vieron el enorme portón.

Otro chasquido puso fin al torrente de agua. Arlette y Patrick fueron empujados hacia la gigantesca doble puerta. Quién aguardaba al otro lado solo podía ser una persona.

—Naunet... —murmuró la pirata al descubrir a la niña al otro lado, justo después de que las hojas se separaran fatigosamente.

La reina estaba sentada en una silla construida a base de un poco de madera y un respaldo de tela. Llevaba puesta una bata enorme, y su cabello se entremezclaba hasta desparramarse por el suelo pálido.

Un empujón de la guardia y ambos accedieron a la cámara, provista de una alargada piscina de umanita a varios metros tras la niña. Si era cierto que no envejecía y que en realidad tenía más de trescientos años era un misterio. Tampoco les importaba. Solo querían saber qué hacían allí, ante ella.

La reina torció la mirada hacia ambos e hizo un gesto con el que las puertas se cerraron con un retumbar profético. El ambiente, por más vacía e inmensa que fuera la sala, se percibía recargado. La sala brillaba con esmero y aun así algo hizo que Arlette se estremeciera. No era ni la ausencia de mobiliario, ni las columnas acanaladas que regaban hasta el techo de la sala. Era algo indescriptible, algo a lo que no se podía dar forma con palabras. Tampoco ayudaba el hecho de que muy al fondo aguardara una jaula con algo inapreciable dentro.

«Un... ¿Inhumano?», oteó Arlette con dificultad, apenas podía percibirse el gorgoteo característico, pero allí estaba. Susurrando. Agotado.

—Por fin —dijo la niña con suficiencia. Una mirada rápida, un gesto de desprecio evidente—. No eres como esperaba.

—¿Como esperabas?

Un palazo de una lanza le cruzó a Arlette la espalda y la hizo doblarse de

dolor. El Hombre de Ceniza se agachó y le tiró del pelo. No hicieron falta palabras.

La sirviente se hizo notar de repente, avanzando sin producir sonido gracias a sus pies descalzos. Entrelazó los dedos de las manos y mirando hacia el suelo le informó:

—Ningún común tiene permiso para hablar ante la reina. Las palabras son de su propiedad y ninguna voz debe llegar a sus oídos sin su consentimiento. —Volvió a alejarse hasta regresar a su puesto y añadió—: Aguarda, atiende y responde solo cuando ella te lo ordene.

—No soy común. —Tosió—. Tengo un montón de vuestras estúpidas botellitas. Si me dejáis quitarme el gabán puedo mostráros las y...

Los soldados desenvainaron y solo una mano alzada de la reina impidió que la pirata terminara su viaje para siempre.

—Ella dijo que eras insolente. —Parecía divertida—. Como siempre... Nuestra querida Diosa siempre tiene razón. —Los hilos del destino comenzaron a ser evidentes en ella—. Aunque no indicó cuán necia eras. —Siguieron apareciendo más y más, enroscándose como raíces por torso, pies y manos. La densidad carmesí se hizo tan fuerte que pronto apenas pudo percibirse a una persona debajo.

Arlette enmudeció horrorizada. La reina Naunet era propiedad de Cosmos en todos los sentidos posibles. No creía que hubiera una persona en todo el mundo que estuviera más controlada e influenciada por su poder que ella.

—Bien, eso está mejor. —Se levantó mientras los hilos crujían y se tensaban—. No tengo demasiado interés en mantener una charla contigo. No cumples los requisitos para que te conceda un honor semejante. La verdad es que he aguardado con impaciencia tu llegada. Cosmos me aseguró que vendrías, que intentarías robarme y que era mi deber detenerte y castigarte como es debido por ello. —En alguna parte de ese enjambre de hilos sonreía una niña con aire sádico—. Tardaste bastante más de lo que esperaba, aunque fue divertido imaginar cuál sería la mejor manera de demostrar a la Diosa la devoción que mi pueblo la procesa. Una deshumanización no era suficiente y matarte era demasiado benevolente. Por lo que tuve una deliciosa idea. Me llegó una noche, cuando desperté de una de mis visiones ¿sabes? Fue una revelación, susurrada por el destino. —Miró a sus hombres—. Proceded.

Una pareja de soldados adelantó a nuestros protagonistas y superaron a la reina, asegurándose de que sus ojos no se elevaban del suelo hasta haberla perdido de vista. Una vez lo hicieron continuaron hasta la jaula.

—Soltad a la enemiga de la Diosa. Mantened vigilado a su acólito.

La pirata no entendió nada. Miró a Patrick, que no pudo hacer otra cosa que encoger los hombros, confundido.

Naunet se levantó de su asiento e hizo un gesto a Arlette para que la acompañara.

Ella no tenía muy claro cómo sentirse mientras veía avanzar a la figura hecha a partir de hilos. Buscó con su mirada el bastón-espada pero no estaba con ella. Al torcer la vista hacia la reina descubrió que uno de los Hombres de Ceniza que había avanzado hasta la jaula lo llevaba consigo. ¿Podría romper un poco de umanita y correr hacia él antes de que reaccionara? Tal vez si lo hiciera podría escapar.

La idea se desintegró al fijarse en las telarañas de hilos que recorrían las esquinas y columnas de la sala. Todo el lugar, al completo, estaba provisto de hilos ocultos muy delgados. La influencia de Cosmos era total.

Una trampa. Eso era aquello. Cosmos era quien había avisado a la reina. Desde el principio había sabido donde estuvieron esos meses. No los perdió tras sobrevivir al *Odiseo*, simplemente había decidido tejer una trampa mejor.

«Esto será siempre así, ¿eh?».

—Vamos, me disgusta dar la misma orden dos veces.

La pirata avanzó pensando con mucho cuidado. Si decidía ponerse violenta tenía que hacerlo de la manera menos esperable posible. Cosmos no podía leer sus movimientos. No podía influirla directamente, pero si todo lo que la rodeaba y a todos. ¿Qué era lo único que no podía esperar un dios que lo sabe todo?

Sus ojos color mar se abrieron, aterrados. Había avanzado centrada en sus pensamientos, pero ahora veía el verdadero horror que Cosmos había estado urdiendo.

Efectivamente, había un Inhumano ahí dentro. Era enorme, con los brazos descompensados, el cuello deformado en curva y la cabeza alargada. Sus piernas eran gruesas y fuertes, y el torso estaba hinchado en su parte alta. Dos largas cadenas de metal muy grueso lo mantenían inmóvil, estirando dolorosamente sus dos extremidades superiores. Los hierros llegaban hasta el mármol donde conectaban con dos anclajes clavados al suelo.

Era el contramaestre.

—No...

—Me impresiona que puedas reconocerle. —La niña se había situado junto a la jaula.

—¿Cómo...?

La reina levantó con desgana una mano y sus hombres empezaron a trabajar en las piezas que agarraban las cadenas.

—No esperarías que Cosmos dejara que tu amiguito saliera de esta sin sufrir un castigo, ¿verdad? —Se la acercó, envuelta en hilos, envuelta en Cosmos—. Todos acabaréis suplicando la muerte.

Los Hombres de Ceniza instaron a la reina a alejarse en cuanto las cadenas se destensaron y la criatura empezó a removerse dentro de la jaula. Naunet los ignoró por completo.

—Aunque bueno, tal vez tú no tengas tiempo de arrepentirte. —Solicitó el bastón de Arlette, y una vez lo tuvo entre sus manos lo examinó. Luego miró a la pirata y se lo mostró antes de lanzarlo hacia sus pies—. Lo vas a necesitar.

Los barrotes que daban forma a la celda se deformaron hacia fuera y comenzaron a partirse con las embestidas del Inhumano. El gorgoteo era apremiante, nervioso. Sentía un sinfín de umanita por todas partes. No solo en la reina Naunet, también en la piscina, en los soldados... en Arlette.

Un estallido y fragmentos de hierro volando en todas direcciones. Algunos cayeron y rebotaron hasta terminar de deslizarse por el mármol. Otros se clavaron como espinas contras las columnas. La criatura ahora estaba libre, y la niña reía bajo el enjambre de tela rojiza que se extendía hacia el infinito.

Arlette se tensó y aunque sabía que en una circunstancia normal la criatura se habría lanzado hacia Naunet o la piscina antes que sobre ella, veía perfectamente cómo hilos desgarrados tiraban de él en su dirección.

—¡No! —Arlette estiró la mano libre—. ¡Soy yo! ¡Para!

Un rugido. Una pisada tronadora. El crujir del mármol cediendo.

—¡Mírame! ¡Soy Arlette!

El contraamaestre continuó. Avanzaba con los ojos clavados sobre ella. Con los hilos del destino abrazándole por todas partes, deshilachados, apenas conectados a un cuerpo corrupto y desecho. Su cabeza torcida, con apenas unos cuantos cabellos en la barba, ahora pálida por la pérdida de gran parte de su alma. Uno de sus brazos se elevó mientras el cielo de colores se asomaba por la cristalera del techo.

—¡Escucha mi voz! —Dio un paso atrás.

Las cadenas anudadas a sus antebrazos arañaban el suelo como serpientes de metal.

Arlette miró a Patrick, que continuaba arrodillado junto a la entrada, vigilado por la guardia, que estaba más pendiente de la propia criatura que de

su prisionero.

La reina Naunet sonreía a un lado del salón. La amalgama de hilos del destino que la poseían era aún más tremebunda a cada segundo.

Otro paso más y él estaría demasiado cerca. Sus movimientos eran lentos, pero ninguno hacía parecer que dudara sobre lo que tenía que hacer. El ansia de umanita debía estar consumiéndolo y Arlette era extremadamente apetitosa gracias a todos los viales que portaba.

—¡Te ordeno que te detengas! —gritó desesperada—. ¡Obedece a tu capitana! ¡Maldito cabeza hueca!

No sonó para nada convincente, y aunque así hubiera sido, Arlette sabía que no la escucharía. Si quedaba algo de él, estaba enterrado bajo toneladas de corrupción.

La respuesta del Inhumano fue abalanzarse sobre ella.

Arlette partió un par de años rápidamente y saltó para sobrepasarlo. Tuvo que corregir el vuelo y lanzarse contra un lado, pues las cadenas siguieron los movimientos del monstruo como si formaran parte de él. Estás se elevaban erráticas, igual que inmensos látigos brillantes, sin embargo, pudo notar cómo un par de hilos del destino, ocultos, se habían enganchado también allí.

«Cosmos está interviniendo». Incluso reescribía la forma en que reaccionaban los eslabones.

La seguridad de la pirata empezó a flaquear. ¿Cómo vencer cuando un dios es capaz de decidir cómo llueve, como se mueven los objetos o cómo funciona el mundo entero?

Nada más caer rodó a una de las columnas del fondo, cerca de la piscina de umanita, e intentó aclarar la mente. Los nervios le estaban gritando y no permitían que utilizara todo lo aprendido de manera lógica.

«Necesito adelantarme». Y partió umanita para amplificar el tacto, los sonidos, la vista...

Oyó el corazón de Patrick latiendo como una locomotora. También percibió los temblores de placer de la reina Naunet y el tañir de las cadenas chocando entre sí mientras creaban horribles llagas en la piel desgastada de lo que una vez fue su amigo. Sí, su amigo. Porque ahora, luchando a muerte contra él, consciente de que había acabado de esa manera por su culpa, sabía que si había llegado tan lejos en su viaje había sido gracias a la tripulación del *Fiora* y por consiguiente, a él mismo.

«Capitana, permítame un último consejo...», recordó su última conversación.

Arlette temía que todo terminara allí, que la partiera en mil pedazos en una de sus acometidas, pero lo que más le aterraba ahora era no poder impedir que el contramaestre siguiera sufriendo por toda la eternidad. No dejaba de imaginarse lo terrible que debía ser estar dentro de aquel cuerpo y ver lo que hacía sin poder ponerle fin. Estaba segura de que en alguna parte su alma gritaba, gritaba tanto que se desgarraba a sí misma para intentar no hacer daño a su capitana. Él se estaba esforzando, de algún modo seguro que lo hacía. Ella no pensaba ser menos.

Un silbido la alertó a tiempo para agacharse. Una de las cadenas había volado hacia la columna acanalada que la protegía y se había enredado en ella con un voraz estruendo. Lascas de mármol saltaron por encima de la pirata y cayeron sobre la umanita con chapoteos secos y profundos.

«Está aprendiendo a usar las cadenas como armas».

La pirata, con eso muy en mente, escapó de su escondite a toda velocidad con un plan en mente: corrió a la pared contigua en donde estaba la reina y la escaló como si pudiera flotar. La criatura lanzó la cadena que le quedaba contra el muro sin pensárselo dos veces y a punto estuvo de partir a Naunet en dos... Pero de algún modo, no lo hizo. El metal pasó a escasos centímetros de las mejillas de la reina y se estrelló sin que esta perdiera una pizca de sonrisa.

«Vientos...».

En cuanto volvió a tocar el suelo, bien lejos del contramaestre, Arlette apretó el bastón-espada con fuerza y se hizo a la idea de que tendría que usarlo. Cuanto más tardara más difícil sería derrotarle.

—Y luego acabaré contigo. —Apretó los dientes mientras sus ojos se clavaban en la niña inmortal.

La columna a la que aún se amarraba la otra de las cadenas de la criatura estalló en pedazos de un tirón. El gorgoteo del Inhumano se intensificó acompañado de un nuevo terremoto de pasos. Esta vez Arlette no se dejó amedrentar. Se agachó, dobló una rodilla y liberó el filo de su bastón-espada. Con el chasquido de la hoja mostrándose, rompió umanita y voló hacia los tobillos del Inhumano mientras su cuerpo flotaba a escasos centímetros del suelo. Pareció como si la gravedad hubiera dejado de tener sentido para ella. La pirata pasó entre las piernas del monstruo como una bala y, tras atacar, terminó rodando unos cuantos metros, con una carga completa de umanita gastada.

Una vida entera. Ese había sido el precio para conseguir dañar al contramaestre. Un crujido inesperado le obligó a arrodillarse sin remedio.

Apoyó uno de sus puños contra el suelo y una enorme herida abierta perfiló su tobillo derecho. Por cómo se veía jamás podría volver a utilizarlo. Sin embargo, la fiereza que había caracterizado siempre a su antiguo yo parecía intacta, pues aún en esa posición torció el torso y se lanzó hacia Arlette con cadenas y puños en alto.

Pero Arlette ya lo había previsto. Se apuñaló una pierna con su *ankh* y recargó su reserva de umanita al tiempo que esquivaba la primera cadena con una explosión de velocidad. En otro segundo dio fuerza a sus rodillas, con tal cantidad de umanita que saltó desestabilizada, dando vueltas sobre sí misma hacia el techo. Un puño del contraamaestre la rozó, pero ella lo usó para asirse usando su mano mecánica y abalanzarse hacía su cara. Mientras la cadena del otro brazo se retorció en el aire, la pirata gritó dotando de dos vidas enteras de umanita a su brazo sano. El bastón-espada relampagueó contra el contraamaestre con tanta fuerza que estalló al partir al Inhumano en dos pedazos desagradables.

Ambos cayeron, juntos, al lado de la brillante piscina de almas. Una lluvia de carne y metal se entremezcló sobre ellos. Arlette miró el deformado rostro del gigante y a punto estuvo de darle otra acometida, esta vez con su brazo mecánico. Pero entonces lo vio. Se detuvo al descubrir un destello en los ojos del monstruo. Un brillo de existencia, de vida. A pesar de que uno de los enormes brazos del Inhumano se había acercado a ella, Arlette no se inmutó. Podía leerle la mirada.

Sus dedos deformes se apoyaron sobre la espalda de la pirata con cuidado y un gorgoteo corto que pretendía ser una palabra salió de sus labios resecos.

Ella sacó el *ankh* y apuntó a lo que quedaba del pecho de su amigo.

—Hasta siempre... —Su mirada se entristeció— Diego —dijo su nombre al fin, junto a una puñalada.

De alguna manera imposible, él le respondió con algo que parecía una sonrisa, y un gracias; uno perfecto y claro.

El *ankh* terminó con su sufrimiento más rápido de lo que habría cabido esperar. Y una vez sucedió, la pirata agarró el artefacto, desenroscó la capsula con la umanita de su amigo, y, con la mirada clavada en Naunet, estrelló el recipiente contra el suelo alejándose del cuerpo.

Los fragmentos del cristal saltaron en mil pedazos, el alma fragmentada desparramada por el suelo, evaporándose lentamente para siempre.

—¡Detenedla! —chilló la reina.

Aquella orden no hizo otra cosa que enfurecer a la pirata, que se lanzó

contra ella a gran velocidad, sin controlar la cantidad de umanita que gastaba.

No podía ver bien su rostro. Para Arlette, lo que tenía delante era una figura llena de hilos por todas partes que se movían igual que gusanos furiosos. Agarró lo que parecía su cuello y lo empujó contra la pared.

Podía escuchar la carrera de la guardia hacia ella a la vez que los hilos del destino se resquebrajaban separándose de la reina Naunet. De alguna manera el plan de Cosmos volvía a venirse abajo, revelando más allá de la maraña rojiza a una niña aterrorizada.

Puede que fuera por eso por lo que no supo cómo reaccionar. Se había quedado congelada, con su mano apretándole la garganta. Sabía quién era realmente, pero no podía evitar sentir que estaba a punto de matar a un niño; la única línea que jamás había querido cruzar. Recordó la rabia que sintió cuando ajustició a los ladrones de umanita la noche anterior y volvió a dudar.

Después ya fue demasiado tarde... el primero de los Hombres de Ceniza ya estaba sobre ella.

Al final del pasillo

El desierto de Cosmos se había quedado inanimado. La atención de la diosa estaba tan alejada de allí que las reglas físicas habían dejado de funcionar. A pesar de que Isbel ahora era consciente de que el tiempo no funcionaba igual y de que no necesitaba comer ni beber, se sorprendió al comprobar cómo los granos de la duna no se desprendían del resto. Había pasado sin más, de repente.

Colocó una de las manos sobre la arena y la notó dura y áspera, como una película de pintura robusta y secada hacía mucho tiempo.

Luego siguió concentrada en la reproducción del mundo. Continuaba siendo una simple llanura de agua cristalina. Por más que se había deslizado a través de ella, surcando como un pájaro su extensión, había sido imposible encontrar tierra firme.

«¿Se habrán ido ya de allí con la nave?», se planteó, menos segura a cada segundo de sus capacidades. Había supuesto que el tiempo, aún roto, no había avanzado tanto como para perderles de vista. Se equivocaba.

Aun así no quiso abandonar. Los hilos del destino danzaban sobre ella, alejándose con crujidos enormes. Sabía, de algún modo, que era a causa de sus compañeros. Aunque Cosmos no expresaba nada dentro de su trono reseco, un palpito le decía que estaba tejiendo el destino, intentando acabar con ellos. Sin duda.

«Probemos otra cosa».

Alejó la imagen, empujándola en realidad, todo lo que pudo hasta que la masa de agua al completo quedó reflejada sobre su medallón. Parecía una mancha de aceite brillante. Unos pequeños destellos etéreos se desprendían de su cara hacia arriba mientras se desintegraban.

Isbel acercó el medallón hacia los ojos y entrecerró los parpados en busca de algo.

A simple vista todo pareció igual de desértico que siempre. Ni islas, ni transportes, solo el agua... pero sí que había otra cosa.

—¿Qué es esto? —susurró para sí.

Una línea mal marcada parpadeó en el medallón. Solo era visible desde un ángulo concreto, de lo contrario pasaba totalmente desapercibido. Era tan

delgada que su representación era inconsistente.

Isbel acercó la imagen sin planteárselo. Ya lo hacía de forma natural, sin pensar, sin pretender. La masa de agua volvió a agrandarse y desbordarse de la ilusión hasta que de pronto la línea desconocida se convirtió en una alargada telaraña de hilos.

—¡No fastidies!

Sabía perfectamente lo que era.

El destino sobrevolaba el agua y se dirigía directo hacia alguna parte. Lo persiguió a una velocidad increíble, y aun así estuvo mucho tiempo hasta que encontró el lugar en el que terminaba su rumbo.

—¡Eso es! —Las islas de Primrose surgieron repentinamente, demasiado pequeñas en una imagen tan general como la anterior, pero evidentes en la actual.

Los hilos se concentraban en una de ellas, como rayos en un pequeño temporal. Caían casi verticalmente, lanzados para enmarañarlo todo.

Nuestra viajera de pronto estaba flotando en la Primrose Mortal, con los transeúntes hablando y paseando en silencio. Los sonidos no se reproducían, aunque sus imágenes fueran perfectas.

Y entonces vio un gran edificio alargado a lo lejos, en medio del mar, con una lluvia de hilos vibrando y clavándose sobre él.

Isbel miró a Cosmos. Luego entró flotando a través de las paredes...

Y los encontró.

* * *

La sensación era extraña. Si es que en realidad era una sensación. Ni siquiera podía decidirse al respecto. La mente le funcionaba tan lentamente que la leve llama que alumbraba el túnel contiguo a la celda bailoteaba a cámara lenta. O puede que en realidad estuviera perdiéndose fragmentos del presente, como si su cerebro fuera incapaz de darles sentido y decidiera borrarlos sin más.

Patrick agitó la cabeza con cuidado, temiendo que se le fueran a caer los recuerdos al suelo en un descuido. Tampoco supo decidir por qué eso tenía sentido para él. Los colores se habían disipado, tan grises y entristecidos como un bosquejo hecho con desgana. Los latidos de su corazón tañían con eco, igual que si el resto de su alma estuviera hueca y no hubiera nada más allí adentro que el recordatorio de que seguía, a pesar de todo, con vida.

Al mirarse las manos no se las reconoció, escuálidas y estropeadas. Algo le decía que eso no era normal, que no estaba bien.

Buscó más allá de un fondo lejano, negro, denso como el alquitrán, al que no llegaba la luz. Allí debía haber una pared rasposa que terminaba de formar a partir de adoquines el pequeño cubículo de cuatro por cuatro que conformaba la celda en la que estaba con Arlette.

Sus cabellos se dejaban ver a veces a través de la oscuridad. Eran lo único que parecía conservar algo de color. Un tono grana, aunque más mortecino de lo que recordaba.

¿De lo que recordaba? ¿Es que en realidad recordaba algo? Ni siquiera recordaba el sonido. ¿Era por eso por lo que no oía nada?

«Me han robado casi toda la umanita».

Una de las ideas que aún se mantenían a flote le devolvió la imagen de los Hombres de Ceniza y de la reina Naunet. La pirata no había podido matar a una niña. ¿Quién lo diría? Puede que aún hubiera salvación para su alma... Un momento. ¿Pirata? ¿Dónde?

Los labios le escocieron. Estaban reseco y agrietados. Se sentía como si llevara toda una vida sin beber, y en realidad tampoco podría asegurar lo contrario, pues ni siquiera recordaba si había estado encarcelado allí un día o una década.

—No te preocupes —dijo una voz desgastada aunque calmada.

«Sí que puedo oír. Porque... eso es un sonido, ¿verdad? ¿Los sonidos son así?».

Arlette. Era ella. No estaba seguro de por qué, pero la reconoció. ¿Ya había oído esa voz envejecida antes? ¿Cuándo? Pensar era demasiado difícil. ¿Cómo podía ella volverse anciana y soportarlo? Un momento... ¿Es que lo había hecho antes? ¿Por qué? ¿Cuándo?

Le vinieron a la mente dos soldados y un manto de niebla. Unos bastones, una noche silenciosa. Patrick no pudo reordenar todas las ideas. Habían llegado en tropel e intentaban entrar por una puerta imaginaria demasiado estrecha, todas a la vez. Podía ver algunos detalles, pero jamás podría atisbar el conjunto al completo.

—S... Socorro. —La voz le sonó ajena. Incluso había buscado al dueño antes de recordar que era suya.

—Tranquilo. —Arlette continuaba oculta en la oscuridad, tan envejecida como él—. Me ocuparé de todo, resiste. —Ya estaba acostumbrada, podía soportarlo. Podía sacarles de allí.

—No sé... No sé si puedo... Me siento morir, me siento... —¿Siento? ¿De verdad sentía la muerte? ¿De verdad sentía algo? No, no lo sentía. En realidad ni siquiera le importaba. ¿O se debía a ese mismo segundo? ¿Tal vez había sentido algo hasta entonces? ¿Tal vez el poco sentir de las cosas que le quedaba acababa de esfumarse por completo? ¿Esto era realmente morir en vida? ¿Pero qué era morir? ¿Siquiera lo sabía?

Las preguntas se le amontonaron y los brazos dejaron de reaccionar. Tampoco le importó. Solo eran brazos. En medio de esa oscura y húmeda celda no le hacían falta para nada. Tampoco las piernas. Tal vez debería dejar de estar sentado sobre aquel suelo tan duro. ¿Y si se tumbaba?

Se dejó caer de lado. No le dolió. No recordaba lo que era. Si se hubiera roto un hueso no le habría importado, pues tampoco recordaría lo que significa un hueso... o el romperse.

—No te rindas.

Silencio.

—¿Me oyes? Dime algo.

¿Cómo se hablaba? A Patrick le costaba ordenar las ideas, se le escapaban. Caían de su cabeza a la superficie sucia.

—Isbel —soltó la pirata de repente.

Una cara. Cabellos dorados, largos como cadenas de oro. La sonrisa de asombro más dulce que había visto nunca. De repente gritos, reproches. Odio. Traición.

—¿Por qué dices su nombre?

El habla había vuelto. De pronto le resultaba instintivo, incluso aunque segundos atrás hubiera olvidado su uso. Sus recuerdos, la parte más esencial de sí mismo parecía parpadear, brillar con estímulos que Arlette estaba claro que conocía bien.

Su hija era como una linterna en un mundo oscuro que lo engulliría para siempre en cuanto la luz se extinguiera.

—¿La echas de menos?

—Está donde... donde debe. —¿Por qué le dolía decir eso? Dolor, lo recordaba.

Los colores parecieron menos grises a su alrededor. La cabeza empezó a molestarle. Las piedras del suelo se le clavaban en el cráneo.

—¿Pero la echas de menos?

Él volvió a sentarse. Pensó en la joven. En las cosas que habían pasado juntos, en cómo se marchó, envuelta en un parpadeo.

—No quiero hablar de ella.

—Entonces debemos hacerlo. La ausencia de umanita está consumiéndote poco a poco. Solo el esfuerzo de los sentimientos más intensos, como un intenso dolor físico o el... emocional, te mantendrán siendo tú. Lo sé bien. Cada vez que me vuelvo una anciana me centro en mi padre, en Eric... —La última parte sonó menos estoica—. En Benjamín. Me arde todo el cuerpo cuando pienso que jamás los volveré a ver. Y eso hace que siga concentrada en lo que me ataba a la vida.

Patrick perdió una parte de sus recuerdos mientras sus manos se acercaban a sus ojos. ¿Quiénes eran esas personas de las que hablaba? Los dedos estaban enjugando las lágrimas que discurrían por su cara, pero no sabía por qué habían llegado allí. ¿Se había perdido en un suspiro varios minutos de lamentos? En parte lo sintió como una bendición.

—Ahora que te has desahogado, ¿estás mejor? —le preguntó.

Pero él no recordaba haberle dicho nada. Se aferró a esa tranquilidad que le otorgaba la pérdida. Y otro segundo se esfumó, y después otro más.

Los colores volvieron a apagarse. No le importó. Siempre habían sido así, ¿verdad?

—Esto no está funcionando... No pienso perderte a ti también. Nos vamos ahora mismo.

Escuchó como si alguien se pusiera de pie muy cerca de él. ¿Es que no estaba solo allí? ¿Quién estaba en la celda con él?

—¡Te mataré! —gritó Arlette.

Un fogonazo en el alma de Patrick. Un atisbo de vida, un recordatorio. Por un momento tembló. No por el significado de sus palabras. Sino por la sorpresa. ¿Sorpresa? ¿Eso era una sorpresa? ¿Ese sobresalto? ¿Ese repentino latir tan apasionado? El vello erizado, la voz entrecortada. Esos sentimientos tan apagados bullían hacia él tan rápido como intentaban alejarse.

—¿Me oyes?! —Arlette rugió—. ¡Acabaré contigo! ¡Me da igual lo infinita que seas! ¡Te mataré!

—¡Cierra la boca! —se escuchó muy a lo lejos.

Un alguacil, seguramente.

—¡Lo haré! ¡Te arrancaré el corazón si es que tienes! ¡Buscaré la manera de matar a un dios y lo haré!

De pronto sonaron unos pasos. Al trote, pisando con fuerza y acompañados con un gruñido y un suspiro.

—¿Es que estás sorda, mujer?!

Las paredes más allá de la celda empezaron a dibujarse con la llegada de la luz. Un hombre se estaba acercando con un candil basto. Patrick no pudo evitar acordarse del fuego mágico de la isla de los sueños, pues en un lugar tan negro, la repentina aparición de detalles alrededor del objeto hizo que adquiriera un efecto mágico y dador de vida.

Una sonrisa. Recordaba. Patrick aún recordaba. Aún quedaba algo en él. ¡Incluso sabía sonreír! Sentía esperanza, sí que sentía. Estímulos, estímulos que se apagaban como cerillas bajo un vendaval. Pero sensaciones que lo mantenían vivo, lo mantenían siendo él.

El alguacil se pegó a los barrotes.

—Di otra palabra más y te...

Los brazos envejecidos de la pirata surgieron de la oscuridad y atravesaron los hierros hasta agarrar al guardia con fuerza.

El guardia fue a aplastarle la mano buena con su fornida juventud, pero se encontró con que, a pesar de estar a las puertas de la muerte, Arlette se atrevió a usar umanita para contrarrestarle y partirle el suyo.

Mientras gritaba, Arlette empezó a quedarse calva como pago. Lo empujó hacia sí, y con un gesto profesional encontró el *ankh* del guardia. Después se lo clavó en el pecho y empezó a extraer umanita sin dejar de gastar la suya propia en ningún momento para aferrarlo a ella.

Patrick no se inmutó. Estaba viendo cómo los brazos de la joven se achicaban, o más bien se embebían. La piel se oscureció tanto que empezó a mezclarse con la nada y si hubiera sido capaz de verle el rostro habría comprobado cómo Arlette empezaba a quedarse ciega. Y aun así, él no se movió. ¿Por qué hacerlo? Eso no era asunto suyo. ¿O sí? ¿Debía preocuparse por ella? ¿Era importante? Recordaba su nombre, pero... ¿Quién era? Algo le decía que era importante para él. ¿O se equivocaba?

Todo parecía indicar que Arlette moriría allí, pero entonces extrajo el *ankh* del guardia y lo usó para cortarle el cuello. Luego solo tuvo que clavárselo en la poca carne que le quedaba para rejuvenecer.

La voz de la pirata se transformó de un monstruoso grave lastimero a un agudo tono ahogado en júbilo. Su cabello regresó como una capa recién estirada y su piel brilló como una luciérnaga en mitad de la noche.

Después, tras respirar bien hondo durante un momento, se dio la vuelta y miró a Patrick.

Un sentimiento explotó en él. Recordaba la felicidad, la tranquilidad. Se sentía aliviado. ¿Por qué? ¿Por qué ese color tan rojizo que ostentaba y que se

sobreponía ante el blanco y negro de todo lo demás le hacía sentir melancólico? ¿Por qué le vino el nombre de Bríd a la mente?

Dolor. Un inmenso dolor que pareció que iba a arrancarle la vida. Un fuego recorrió todas sus venas mientras estas se rejuvenecían y hacían lo propio con el resto de sus órganos. De pronto, sus sentidos se avivaron y aceleraron tan rápido que incluso pudo comprobar cómo la llama del túnel ganaba velocidad. Una marabunta de estímulos sensoriales destrozó la puerta imaginaria que hasta entonces habían sido incapaces de cruzar.

La lucidez llegó al instante. Fue como despertar durante una caída libre. Se revolvió, se tensó y...

Su hija le había dado algo de umanita.

—¿Con esto bastará? ¿Te sientes más *tú*?

Patrick parpadeó.

—Sí... Gracias. ¡Demonios! Ha sido la peor experiencia de toda mi vida.

La pirata se incorporó y regresó al cuerpo del guardia, que se había quedado apoyado lastimosamente contra la puerta; aún sangraba.

—Esa maldita cosa ha intentado repetirlo de nuevo... —Sus palabras estaban cargadas de odio contenido—. Nos ha encerrado, como cuando la Armada nos atrapó a Benjamín y a mí. No va a parar hasta que su plan funcione. Y lo de Diego... Oblígame a... ¡¿Quiere que mate?! —Rebuscó en el cinto la llave de la celda, pero no la encontró. Optó por empujarle y arrancar las barras de cuajo con sus brazos reforzados—. Veremos si le hace tanta gracia cuando rompa su juguete. —Y salió de la celda.

—¿De qué estás hablando?

Patrick encontró a Arlette armándose con el cinto y la espada del alguacil.

—Cosmos no hace más que intentar repetir el mismo plan una y otra vez. Espera que termine cediendo, que me rinda ante tanta insistencia. Quiere que me someta al destino y lo acepte. —Sonrió decidida—. Lo que parece que no entiende la muy idiota es que si no ha funcionado dos veces no va a funcionar una tercera.

* * *

Rara vez se dejaba ver. Por regla general solo escuchaba su susurro distante. Sin embargo, aquella vez se presentó en todo su esplendor ante Naunet.

La reina se hincó de rodillas ante su diosa, sorprendiendo a los dos guardias reales y a las sirvientas que la acompañaban por uno de los pasillos

del palacio.

—¡Oh! ¡Tejedora de Destinos! ¡Diosa del Todo! ¡Me honras!

Al escuchar sus palabras, los súbditos supieron lo que tenían que hacer. Rápidamente imitaron a su gobernante y tocaron con su frente el suelo brillante. Las estatuas los miraban impasibles, las antorchas fulguraban con un color más intenso, reflejando su fuerza por las paredes de piedra rosada.

—Permito que me veas como premio a tu lealtad, mi heraldo. Levanta el rostro y maravíllate con la imagen del mismísimo destino. Pues pocos han tenido tal honor antes.

Nadie más podía oírla aparte de Naunet, eso lo sabía. Jamás había consentido que su voz fuera escuchada por nadie más. La reina de Primrose era su emisario ante los vivos, ante el mundo que Cosmos había construido por capricho.

Para la diosa se trataba únicamente de un juego. Criaturas que utilizaba en su tejedor para comprobar cómo de poderosa podía llegar a ser con una influencia directa ante los demás. Quería levantar un culto, un reino, un mundo entero que alabara a la muerte y la reconociera por encima de Nut. Es cierto que había dejado abandonado al resto del Cielo Infinito, resquebrajado y alejado de todas partes. Odiaba reconocerlo, pero no podía ocuparse del destino y del mundo a la vez, ahora entendía cuán importante había sido siempre su hermana. Sin embargo, aquellas islas rodeadas de mar eran su tesoro, y las cuidaba como una madre amorosa.

—Gracias. —Naunet temblaba, feliz.

Cualquiera hubiera esperado el terror en sus ojos. La criatura que se había presentado parecía una sombra líquida, con fauces pálidas como huesos y cuernos retorcidos. Pero ese ser la había puesto donde estaba y había podido comprobar de primera mano que realmente dirigía el mismo destino. Lo que decía sucedía. No había mayor prueba de que era Ra; y todos los demás nombres. ¿Cómo temer a la creación misma cuando era su herramienta más preciada?

El rostro de Cosmos cambió. Era difícil describir hacia qué sentimiento. Había que aguardar a la entonación de su hueste de voces, que hablaban a la vez con tonos deformados.

—Quiero que sufra una muerte lenta.

—Así se hará, diosa.

—Una deshumanización no. ¿Entendido? No quiero que apenas recuerde lo que es ser ella. Deseo que cuando se le escape la vida pueda lamentar todas

sus elecciones pasadas y añorar a cada una de las personas que perdió. Me da igual el método que utilices, pero que hiera su orgullo además de su cuerpo. —Cambió de parecer—. Obliga a la población a luchar contra ella uno a uno, como en un combate a muerte. Haz que se enfrente a gente débil, gente a la que pueda vencer con facilidad. Deseo que se arrepienta de empuñar un arma, que termine por suplicarme morir. Que la sangre inocente de cientos de Mortales la envuelvan.

—Sí, diosa.

—Empieza por ancianos que no tengan nada que perder. Ofréceles tu bendición... —Se detuvo y disfrutó con su nueva idea—. ¡No! Ofréceles *mi* bendición. Cien años de buena suerte y umanita suficiente para aprovecharla. Por supuesto, quiero que sean candidatos sin formación alguna. Y cuando empiecen a temer, obliga a los niños a participar. Cualquiera capaz de levantar un arma corta servirá. —Sonrió mientras se le ocurrían cosas e imaginaba la escena—. Que sean niñas. Prosigue uno tras otro hasta que ella misma intente quitarse la vida. En ese punto surgiré y la obligaré a suplicarme que se la conceda.

Normalmente era capaz de ver la escena que imaginaba con total certeza, pues se adelantaba en el tiempo y la visibilizaba con todo lujo de detalles. Sin embargo Arlette le había robado esa capacidad. Había una especie de burbuja alrededor de aquella maldita pelirroja. Y afectaba a todo aquel con el que interactuaba. La pirata podía influir en el destino de los demás, igual que Cosmos, aunque solo mientras formara parte de sus vidas. Por suerte, la diosa de la muerte seguía encontrando modos de superar aquellas trabas y que acabara sucediendo lo que debía ser, aunque este hecho sufriera ligeros cambios y retrasos.

—Empezaré con los preparativos cuanto antes, diosa.

Ya quedaba poco para que el tapiz del destino volviera a la normalidad. Los nudos desaparecerían, la neblina que la impedía estar en todas partes y en todos los tiempos se extinguiría y, finalmente, cuando Arlette estuviera muerta Nut, terminaría por aceptar que era el fin y renacería. Solo era cuestión de unas pocas horas, solo unas pocas.

De pronto un hilo se partió. Provenía de Edmund Hasbard, nacido hacía ya setenta años. Edad física de treinta y dos. Tenía dos hijos: el primero, de cuatro años, moriría el próximo año al precipitarse por una ventana persiguiendo una mariposa. El segundo alcanzaría los sesenta y moriría por una herida infectada tras una instrucción con otro soldado; hombre que durante

aquel enfrentamiento estaría pensando en su amada Irina, mujer que nunca estaría con él y que se casaría con un Eterno más adelante. Hombre al que Cosmos planeaba matar dos años más tarde.

«Edmund Hasbard no debería morir todavía...». Se suponía que iba a vivir lo suficiente como para enterrar a ambos hijos, era necesario para acrecentar su futura depresión y que así terminara enloqueciendo. Lo precisaba para que provocara una masacre en el barrio Mortal dentro de setenta años. Con ese acto iba a conseguir un montón de almas para algunas correcciones de su tapiz.

Escarbó en el hilo partido y llegó hasta el cuerpo del soldado. Herida abierta en el cuello y hombro. Una celda a su lado. Los barrotes estaban retorcidos hacia los lados, con un enorme hueco en el centro.

Todos los hilos se tensaron de golpe. A pesar de que solo Naunet escuchó como briznaban, tanto ella como sus súbditos temblaron. Algo en el ambiente se enrareció.

—¡Ha escapado! —rugieron sus miles de almas, temblando y agonizando a través de su piel.

—¿Q-Qué?

—¡Se escapa! ¡No permitas que huya! —En realidad ya estaba influyendo en todos los soldados del palacio para que se pusieran en alerta, para que creyeran haber oído algo a su alrededor y desconfiaran de su entorno. Los recorrió a todos para observar el lugar donde estaban.

Buscó, rápida como un fogonazo, de un lugar a otro, flotando en la nada, deslizándose por el tiempo. Y de pronto vio un alargado pasillo de paredes rosadas y esculturas silenciosas. Un guardia yacía muerto cerca del cruce a otro pasillo similar, con su hilo haciéndose mil pedazos en ese preciso momento.

Los ojos lechosos de Cosmos expresaron sorpresa. Odiaba esa sensación, ese sentimiento que no debería haber conocido jamás. Ese sentimiento que Arlette le había enseñado una y otra vez.

—Está aquí —declaró.

A modo de misiva, un eco constante de pasos acercándose fue aumentando de volumen, describiendo con su repique un mensaje muy concreto: venganza.

* * *

Nuestros protagonistas surgieron del cruce portando las espadas que habían arrebatado a guardias cercanos. Puede que Patrick no supiera hacer gran cosa

con una, sin embargo Arlette no hubiera permitido que se quedara indefenso por más que ahora la venganza dirigiera sus pasos. No dejaría en el azar la seguridad de nadie más. Pensaba atacar esta vez, no defenderse, pero siempre mirando atrás, a lo único que le quedaba: su padre. No al que quería, ni el que la había criado, simplemente, el que tenía a su lado.

La pirata distinguió a Cosmos y a la reina. Los soldados aún no se habían levantado del todo cuando Arlette sonrió:

—Por vuestras caras, me hacíais de camino a la azotea. ¿Me equivoco?

—¿Por qué...? —Cosmos se revolvió, incapaz de atisbar una respuesta clara.

Ir directa hacia ellas era un suicidio, una estupidez. Podría haber escapado en la nave de nuevo a los cielos, y sin embargo allí estaba, de camino a los aposentos de Naunet.

—Oh. Tranquila, tranquila. —La pirata había levantado su máscara de nuevo. Estaba interpretando el papel que había mantenido toda su vida, o puede que esta vez no fuera un papel. Puede que finalmente se hubiera olvidado de pretender nada y esta vez de verdad estuviera disfrutando. A lo mejor finalmente había comprendido que la Dama Sanguinaria no era una máscara, sino una parte de ella que había crecido de forma natural—. Pienso marcharme en ese trasto vuestro. —La espada apuntó a la reina, rodeada de nuevo de hilos—. Pero antes voy a acabar con tu juguete.

Cosmos gritó en las mentes de los soldados. Les infundió un odio irracional que abrazaron con gusto, y sus lanzas al frente fueron su réplica.

La Dama Sanguinaria avanzó tranquila, aún con el cuerpo tenso y la mirada rebosando pasión.

—Matadla. —Naunet ni siquiera estaba preocupada. Contaba con la omnipotencia y poder del destino. Con la Diosa junto a ella estaba segura de no tener nada que temer.

Arlette se lanzó hacia ellos para acrecentar la distancia entre Patrick y la refriega, esquivando los ataques de las lanzas con una facilidad insultante, sin atacar, solo dirigiéndolos en un disimulado baile hacia el otro extremo del pasillo.

—Me he dado cuenta de que tenéis en Primrose un grave problema.

Prosiguió la danza, deteniendo alguna acometida inspirada con su espada mientras sorteaba la otra lanza con fintas expertas. Su cuerpo fluía instintivamente mientras hablaba.

—Consideráis la umanita importante. Un tesoro.

Patrick no dijo nada mientras observaba, le había prometido hacer las cosas a su manera. Ya intentaron ir por las buenas, ahora era hora de la Dama Sanguinaria. Era momento de pensar en ellos y en nadie más.

«Es lo justo».

El viento silbaba con cada acometida, las lanzas buscaban carne pero ella las esquivaba con saltos imposibles. Por difícil que fuera creerlo, Arlette en ningún momento parecía estar en peligro. Escapaba de las puntas de hierro con tranquilidad, jugando. Se burlaba en silencio, con gestos, con golpes, sin ejercer realmente fuerza. Apenas gastaba umanita, ni siquiera le hacía falta realmente.

Las armas de los Hombres de Ceniza rasparon la piedra. Allí sus armas estaban en una clara desventaja, pues chocaban fácilmente con los lados del pasillo y eran demasiado cortos para alcanzar a la pirata cuando esta se elevaba hacia el techo y rebotaba con un goteo insignificante de umanita allí y allá. Parecía haber destrozado la gravedad. Pisaba el techo, corría por él y giraba al caer en un torbellino de rojo y metal que difícilmente conseguían esquivar.

—Es curioso. Porque veneráis a... —Los guerreros se impacientaron y se volvieron más agresivos. Arlette tuvo que alejar a uno con varios espadaos a modo de aviso—. Porque veneráis a la muerte. Pero hacéis todo lo posible por alejar su abrazo hasta extremos antinaturales. —Rodó por sorpresa y golpeó con el puño mecánico al hombre más cercano—. Y eso hace que temáis usar en exceso una característica de la umanita... —Afiló la mirada y atacó con furia.

Su espada cruzó el aire como un rayo. Media infancia de alguien se desintegró dentro Arlette, potenciando su brazo sano. La hoja atravesó el pecho de uno de sus enemigos tan rápido que murió incluso antes de poder soltar un quejido.

—Que sin duda... —Y con un tajo continuado partió desde dentro el torso del muerto, directo hacia el cuello del que se acercaba a ella por detrás. En cuanto la cabeza del segundo salió despedida, la pirata terminó su exposición —...os hubiera venido muy bien contra mí.

El ambiente quedó en completo silencio. Parecía como si también hubiera asesinado al propio sonido. La sangre de uno de ellos había manchado gran parte de su cara, ocultando su cicatriz y mezclándose con el cabello carmesí.

Una risa. La reina estaba riendo.

—¿Has terminado tu actuación? No puedes hacerme ningún daño. El destino

está en tu contra, hereje.

Sin embargo Cosmos no reía, no lo hacía en absoluto. Podía controlar cualquier persona, material o ley del universo en mayor medida; menos a Arlette. A ella no podía hacerle nada en absoluto, nada directamente. Incluso Patrick, ahora consciente de sus hilos, era más resistente bajo la influencia de la pirata.

La Dama Sanguinaria se burló de las palabras de Naunet:

—Vaya novedad. —Agarró con más entereza el arma y empezó a caminar hacia la reina, decidida.

Al principio, la niña se mantuvo estoica, serena, estirada y muy segura de que algo sucedería antes de que la pirata la alcanzara. Sin embargo, la seguridad fue resquebrajándose con cada pisada, con cada metro superado. Miró a su Diosa y esta, una vez tejida una pequeña historia sencilla, que creó otros nudos que debería desatar más tarde, lanzó una orden.

Una de las sirvientas se adelantó, infundida por una evidente devoción. Estirando los brazos advirtió a la pirata:

—¡Detente hereje! ¡No eres bienve...!

Una puñalada cruel y certera en el estómago.

—Aparta. —Retorció la espada antes de extraerla.

La túnica de lino se volvió granate y chorreó hacia la falda mientras caía arrodillada envuelta en dolor y lágrimas. La pirata siguió avanzando, dejando que agonizara. No se detendría, no a estas alturas, ya no. Los gorgoteos de Diego transformado, las suplicas de Benjamín y los lamentos de un Eric ya muy lejano la instaban a seguir, a terminar el trabajo que había empezado muchos años antes. Y si era incapaz de cumplir su deseo, al menos podía montar un gran escándalo a modo de despedida. Podía destruir lo que más le importaba a Cosmos. Romper lo que más le importaba.

«Ojo por ojo».

—¡Morirás tarde o temprano, mortal! ¡Tengo toda tu vida para conseguirlo! Jamás cumplirás tu anhelo. Haré que supliques tu muerte. Dedicaré cada segundo de tu existencia a matarte. ¡No podrás fiarte de nada ni de nadie! Los transportes se romperán a tu paso, la gente que te ayude sufrirá crueles destinos. Cualquiera que te sonría tendrá mala suerte, cualquiera que te encuentre te traicionará, te venderá a los agentes que enviaré a cualquier isla a la que huyas.

Ya estaba frente a la reina. La otra sirvienta se apartó, haciendo caso omiso de los susurros que la instaban a sacrificarse por Naunet. Huyó entre gritos

pavorosos.

El rostro de Arlette observó a Cosmos y alzó el arma contra la reina, lista para un tajo que pensaba saborear. Estiró uno tras otro los dedos mientras los recolocaba para posicionarlos con entereza en el mango, aspiró con fuerza, fortaleció sus sentidos para oír bien cuando el hierro se clavara en el cráneo.

Cosmos desapareció en un vendaval de lamentos agudos. A la vez, los hilos que envolvían a la reina se destrozaron con otro plan quebrado. Naunet percibió de algún modo cómo su diosa la abandonaba. Gritó, gritó aterrorizada y cayó de rodillas en el suelo. Y entonces Arlette... Arlette no pudo hacerlo.

La niña volvía a estar allí. Indefensa.

¿De verdad podía partir la cabeza de esa pequeña y no lamentarlo? ¿Tan insensible podía llegar a ser? No. Era imposible, era incapaz. Por más que se forzara, al final los brazos se resistían. Era como si algo la sujetara, como si el destino lo impidiera. Pero no era el destino, era ella. Solo ella.

—Lo... ¡Lo sabía! —La reina se envalentonó dando por sentado cosas que no debería—. ¡El destino está de mi lado! ¡No lo permitiré!

La espada bajó lentamente. Arlette no dejó de observarla en ningún momento.

—Soy incapaz... Matar a un niño, es demasiado. Incluso aunque tenga cientos de años...

Sacó el *ankh* de su cintura y se lo clavó a Naunet en el hombro sin mediar más palabra.

La pequeña chilló de nuevo. El artefacto brilló rápidamente, llenándose por completo. Arlette lo extrajo.

Naunet rió entre gimoteos.

—¿Vas a robarme umanita? ¡Qué decepcionante! No eres más... No eres más que una ratera. Adelante. ¡Llévatela! —Su risa se elevó en un desagradable eco—. ¡Tengo más de lo que ningún otro cuerpo pueda almacenar! Suficiente para una eternidad. Por más que consigas nunca será suficiente para ocultarte de su ira. ¡Ni una tonelada de umanita te servirá contra el destino! —Se incorporó, más digna—. Te encontrará.

La pirata no se inmutó. Tiró el *ankh* y reveló otro que ocultaba en un bolsillo. De camino a la sala había estado recolectando cada uno de los *ankhs* de los guardias con los que se había enfrentado.

Se lo clavó donde el anterior, y después de ese sacó otro más. Y otro, y otro. Cuando no quedó ninguno más en su poder, volvió a posicionarse con su

espada y esperó.

La niña reía entre sollozos. La umanita bullía hacia los *ankh*, que envolvían su espalda y torso de forma macabra, con la sangre goteando hacia el suelo de mármol.

—¡Soy eterna! Tengo el favor del destino.

Una cana. Una expresión más adulta. Una arruga en alguna parte del rostro solo perceptible al hablar. Las líneas debajo de su mirada se volvieron menos infantiles, menos inocentes. La niña dejó de parecer una niña.

Incluso Naunet se sorprendió. Pudo verse reflejada en la espada brillante de la pirata. El cabello se le alargaba, perdiendo ese toque tan negruzco que siempre había tenido. De pronto tenía veinte años. Veintidós... Veintiséis.

Arlette la miró directamente a los ojos y sonrió:

—Mejor.

Y le atravesó la garganta con su espada.

* * *

Estuvo a punto de dar un grito. Sin embargo, Isbel apretó los labios y apartó la mirada cuando descubrió a la pirata matando a alguien. En un primer instante sintió un terrible rechazo hacia aquello, pero cuando encontró a Patrick acercándose a Arlette con aquel gesto cercano decidió que había sido algo necesario. No tenía todas las piezas de la historia, y tampoco las necesitaba. Sabía que aquel hombre jamás hubiera estado de acuerdo con algo así en caso de poder evitarse. Tal vez fuera un embaucador, pero no un sádico.

El hecho de que el holograma poseyera un tono azulado ayudó enormemente a que la sangre esparcida por paredes y suelo no resultara tan terrible como seguramente era.

Isbel acercó la imagen hacia ellos y se preguntó cómo podía comunicarse. ¿Siquiera era posible? Era la diosa del caos, encargada de la creación del propio mundo y de sus reglas. No tenía poder sobre el destino de su gente, pero sí sobre el lugar en el que estas vivían y morían. ¿No debería poder cambiar alguna regla? ¿Un modo de hacer que su voz traspasara la representación de su medallón y se reprodujera en el otro lado?

«¡Un portal!».

Sí, podría abrir un camino hacia ellos. Podría atravesarlo para huir de allí.

El árbol crujió. Cosmos había empezado a salir de la cicatriz envuelta en una rabia intensa. Sus dedos arañaban la madera con fuerza y algunas astillas secas se desprendieron dolorosamente hacia la arena blanquecina mientras los

lamentos de su piel gritaban.

—¡La destruiré!

Vociferaba mientras todo cuanto la rodeaba se envolvía en oscuridad. Su voz distorsionada se fue elevando, retorciendo, cuanto más repetía aquella frase. Incluso su cuerpo se había transformado, deformándose en una pesadilla de lamentos y odio intenso. Isbel podía sentirlo, ahogando el aire, estropeándolo. De algún modo notó sobre sus hombros un peso inexplicable que le robó el aliento y si no fuera gracias al medallón, estaría segura que aquella extraña fuerza negativa la habría aplastado.

—¿Qué es eso? —Cosmos la miró directamente.

El brillo que provocaba el medallón se había superpuesto sobre la oscuridad que había empezado a estropearlo todo. Los sentimientos de la diosa de la muerte chocaban con aquella luz y rebotaban doloridas, incapaces de atravesarla.

La mirada de la criatura adquirió una extraña expresión de sorpresa, otra vez. De nuevo sentía aquello que tantas veces le había hecho experimentar Arlette, y lo odiaba.

—¿Dónde has encontrado tu Forjamundos?! —Los bordes semilíquidos de su piel empezaron a desprenderse contra la arena cuando reconoció la imagen que observaba—. ¿Qué estás haciendo?!

Cruzó el tiempo hasta Isbel, pero la luz provocó que una barrera espontánea la golpeará y detuviera su avance.

La chica dio un respingo y a punto estuvo de perder el medallón.

—¿Forjamundos? —Miró su medallón y algo en su corazón le hizo sentir que siempre había estado con ella. Que era alguna clase de herramienta con la que creaba y dirigía la existencia. Igual que los hilos del destino eran la de Cosmos.

—No te atrevas a intervenir, *desha*. Suelta el Forjamundos, deja que termine lo que nunca debió empezar.

Isbel dudó. Miró su preciado medallón y se perdió un instante en Arlette y Patrick, y entonces recordó lo que le pasaría si no salía de allí cuanto antes. Movi6 el brazo y...

—¡Quieta! Sea lo que sea que planees hacer, te mataré si es necesario. Si tengo que volver a encontrarte una vez que renazcas, lo haré. El tiempo no es un problema para mí, solo me interesa vengarme de esa anomalía que ha destrozado mi tapiz. Así que piensa bien lo que estás haciendo.

La chica tembló. Sus cabellos rubios brillaban con la imagen flotante

mientras sus ojos se humedecían por el temor a desaparecer. Recordó todas las experiencias por las que había pasado, por toda la gente que había conocido y las cientos de cosas que deseaba ver: las plantas, los animales, la lluvia sobre ella... el mar, el inmenso y brillante mar. Si se quedaba allí y entraba en el árbol nunca podría experimentar todo aquello...

Tomó su decisión.

De algún modo algo empezó a funcionar en su mente, igual que una canción olvidada que volvía a sonar dentro de su cabeza. De pronto una luz surgió por encima del medallón, extendiéndose sobre el aire para abrir un camino, una puerta.

—¡No!

La arena bajo Isbel se elevó en forma de columna, arrastrando hacia los cielos a la muchacha y al medallón con ella. Mientras subía rápidamente varios metros, el Forjamundos se le escurrió de los dedos y quedó tendido a su lado. Por desgracia, ella perdió el equilibrio y se resbaló por uno de los bordes. Solo la casualidad impidió que cayera al vacío, agarrada con todas sus fuerzas al borde de la arena, ahora solidificada y convertida en una columna deformada.

Sus dedos comenzaron a perder apoyo. Las yemas le ardían. Intentó asirse, agarrar el medallón que empezaba a perder su brillo a escasos centímetros. Perdió otro centímetro. Sentía a la gravedad arrastrándola hacia abajo. Estiró un brazo y atrapó el cordón por muy poco. En ese instante, la columna se volatilizó. Cosmos iba a matarla. ¡Era cierto! ¡La prefería muerta!

Isbel empezó a caer a gran velocidad, ni siquiera miró a cuántos metros estaba del cielo. Solo pensó en reencontrarse con la pirata y ese estúpido falso Alto. Cerró los ojos, abrazó el medallón y una explosión de luz la envolvió mientras extendía de nuevo el agujero de luz en el cielo.

El cuerpo de nuestra antigua Baja chocó contra el desierto y aunque sintió su espalda partirse, no sucedió. Al abrir los ojos encontró a Cosmos a su lado, con una expresión derrotada pero extrañamente compasiva.

—Nunca me haces caso, *desha*. —Y miró al frente, transformando su expresión en odio—. Aprendí la lección hace tiempo. Nunca dejaría que volvieras a morir.

Un agujero hacia un lugar distante se había abierto, y frente a él un pasillo asomaba al otro lado, con la sangre pintando paredes y suelo. Y de pie, en medio de aquella horrible escena, Arlette y Patrick los miraban directamente a los ojos.

—Pero ellos... Con ellos no voy a tener compasión.

¿Qué sería de la vida sin deseos?

Arlette cruzó sin pensárselo dos veces. No le buscó la explicación y tampoco le importaba, solo sabía que Isbel estaba al otro lado y eso solo podía significar una cosa. Patrick la persiguió, intentando impedir que continuara, pero fue demasiado tarde. Ambos pasaron al otro lado.

La pirata no pudo evitar caer de rodillas, algo la había removido, como trasladado de un lugar a otro en un parpadeo. Curiosamente, Patrick sobrellevó mejor el viaje.

—No... —gimió—. No, aquí no.

El árbol reseco estaba al fondo, con líneas carmesí dibujadas hacia la distancia.

Cosmos ensanchó sus ojos sin pupilas describiendo una hostilidad sorprendente.

—¡Corre! —Le ordenó él a su hija al tiempo que la abertura por la que habían cruzado se desmenuzaba.

Ella ni siquiera se movió. Aún estaba desorientada, con la arena rodando alrededor.

La criatura de pronto flotó a trompicones por el desierto. Desapareciendo en estertores y avanzando en el tiempo poco a poco, como en pulsos nerviosos que la acercaban más y más hacia su tan ansiada presa.

De pronto surgió otra figura. Una falda deshilachada azul oscuro, un cabello rubio suelto. Un medallón de luz aferrado a su puño.

—¡Quieta! —chilló Isbel a modo de sortilegio.

Parecía como si fuera a surgir algo entre los granos de marfil. La palabra sonó alta, tanto como la explosión de un trueno, e incluso el viento se desplazó lejos de la chica, que había brotado como una heroína.

Nada impidió que la criatura la sobrepasara.

—¡Teníamos un trato! —Esta vez fue Patrick quien se interpuso.

Cosmos brotó ante su rostro. Sus parpados se clavaron en él, arqueados y describiendo una advertencia.

«Cuida tu tono, mortal. Ya tejí tu destino: morirás en este lugar. Donde todo comenzó».

La certeza del fin brotó en Patrick, consciente de que los hilos del destino

que no podía ver se le enroscaban al corazón. Empezó a temblar, gesto inequívoco de sumisión.

Arlette se levantó entonces, dispuesta a enfrentarse a la causante de todas sus desgracias. Una humana contra la diosa de la muerte, a espada. Sonó absurdo incluso para ella, pero no se achantó.

Cosmos ya estaba a su lado, pero por alguna extraña razón no hizo más que rodearla desde la distancia. Nadando sobre el aire. Sin acercarse más.

«¿Qué vientos pasa?».

Y entonces la pirata lo comprendió. Lo hizo al ver que los hilos del destino se removían alrededor, sin tocarla. Arlette estaba fuera de su alcance, por supuesto. Lo había estado siempre, de ahí que hubiera estado influyendo en la vida de otros para matarla. Cosmos necesitaba a un tercero para acabar con ella. Si hubiera podido hacerlo con sus propias manos lo habría hecho en el *Odiseo*, probablemente incluso antes.

—Parece que tienes un pequeño problema —se atrevió a decir, aunque no pudo ocultar el miedo.

La criatura no respondió.

—¡Vaya diosa estás hecha! Debe ser un fastidio ser incapaz de ponerme una sola mano encima cuando se supone que puedes hacerlo todo.

Luchaba por mantener el control. Adoptar un aire desenfadado y socarrón siempre había funcionado. Esta vez no iba a ser así.

El ser al final respondió, y sonreía:

—Has sido una puntada muy molesta. Me has hecho sentir cosas que un dios no tendría que experimentar. Aunque poco importa ya. Estás aquí. Y yo le tengo a él.

De su mano nació un brillo verdoso semejante al etér, y no solo a él, sino también a la umanita. Una extraña energía flotaba sobre su garra de lamentos. La arrojó sin mediar palabra delante suya, incrustándola contra la arena y haciendo que esta se adhiriera a la energía en un diminuto torbellino que fue ganando altura según iba absorbiendo granos pálidos. En cuestión de segundos el remolino había ensanchado y crecido, y el color verdoso se había ido oscureciendo y fundiendo con el material sólido que ahora recubría toda su existencia. De pronto, todos los pedazos de aquella cosa se unieron y una imagen descorazonadora y terrible germinó en su lugar.

Allí estaba. La mayor pesadilla a la que Arlette podría enfrentarse nunca: el contramaestre Johan Asbin; el asesino de Eric y de su otro padre.

—He estado conservando su alma por si podía serme útil. Lo cierto es que

tenía planeado gastar su esencia en crear un terreno al que extender mis dominios, pero me alegra no haberlo hecho. Será divertido ver como mi plan original termina como debería haberlo hecho desde el principio.

El hombre, tan desagradable como aquel día, torció el cuello y observó en rededor. La oscuridad intensa y el desierto blanquecino no le inquietaron. Solo arrugó el ceño, preguntándose qué había sucedido y luego se tocó el pecho, recordando una herida que no estaba allí, pero que ardía como si le hubieran lanzado a las brasas.

Otra versión de Cosmos surgió a su lado, abrazándolo y enroscándose en él mientras tejía hábilmente hilos del destino. Le susurró que estaba a las puertas del paraíso, el lugar a donde van los guerreros más valerosos. Cualquier mentira que pudiera convencerle y hacerle más lógico ese extraño lugar. A pesar de que las palabras salían de la diosa, él solo escuchaba su propio pensamiento, o lo que él creía que era. La influencia del destino lo atravesaba sin esfuerzo, haciendo que las cadenas que lo ataban a ella se arraigaran en su piel tan fácilmente como un cuchillo atraviesa la mantequilla.

Fue entonces cuando vio a Arlette.

—¿La florecilla? ¿Aquí?

Hacía mucho tiempo que Arlette no escuchaba ese sobrenombre. Le provocó un escalofrío, una grieta en su determinación. La mano empezó a temblarle y no le fue fácil ignorarlo.

—Está aquí igual que tú. Ha sido traída para que puedas vengarte. Es el premio que la diosa ha dispuesto para ti. Solo debes acabar con ella para pasar al otro lado. —Y dirigió su atención hacia la pirata—. Hoy morirás al fin. El destino proseguirá su curso natural cuando seas destruida por quien debió matarte aquel día.

Johan comenzó a caminar. Su atención estaba clavada en la hija del capitán Giles. De pronto ella se sintió como en aquella cubierta: tan pequeña como entonces, tan frágil e inexperta. Un susurro entre el desierto. Granos de arena elevándose hacia la mano del pirata. Una espada surgiendo de pronto entre sus dedos.

Cosmos sonreía.

—¡Myriam! —Patrick gritó sacándola del ensimismamiento.

La pirata buscó umanita dentro de sí y entonces se dio cuenta.

«¡No está!».

La diosa del destino debió adivinarlo, pues viajó cerca de ella en un instante y rió.

—Oh, pobre. Ya no estás en Primrose. Sus reglas no tienen valor aquí.

A través de Cosmos surgió un espadazo que a punto estuvo de rajarle a Arlette el rostro. El contramaestre apareció después, atravesando a la diosa como si fuera una cascada.

Johan caminaba lento al principio, saboreando el instante, aunque cada vez marchaba más rápido. Su mirada era tan terrible como entonces, y sus espadazos aterradores. La Dama Sanguinaria no se molestó en intentar detenerlos. Estaba segura de que la espada no soportaría tal violencia. Se limitaba a esquivar, torpe a causa del terreno. Ya no había ningún baile, ni sonrisas. No por su parte. Su ser estaba demasiado pendiente en continuar con vida. ¡Brisas lejanas! ¡Estaba tan cerca de su deseo!

—¿Por qué me haces esto, criatura de las narices?! ¿Por qué me quieres muerta? ¿Tanto te molesta que respire? ¡No te he hecho nada!

Cosmos voló cerca de los piratas:

—Parlamentar tras asesinar a mi heraldo es fútil. Ahora es tiempo de morir.

Mientras la batalla se sucedía, Patrick sufría en la distancia. Era consciente de que su mayor temor estaba a punto de producirse. Se había enfrentado a la mismísima muerte, buscado a una Vendedora de Deseos que no existía y sacrificado no solo su tiempo en el Cielo, sino que había destruido muchas vidas en el proceso. ¿Y todo para qué? ¿Para asistir a la ejecución de su hija?

Miró a un lado y encontró a Isbel alterada. Estudiaba atenta su medallón y murmuraba algo que él era incapaz de deducir.

—¡Haz algo! ¡Abre otra puerta! —imploró.

—¡L-Lo intento! ¡A ver si te crees que este trasto es fácil de usar! ¡No sé ni cómo os he traído hasta aquí!

Ella no esperaba que su reencuentro fuera a ser así. Habría deseado una disculpa por todo lo sucedido. La había engañado, ocultado toda clase de cosas... ¿Y al final simplemente iba a darle órdenes a gritos, como siempre?

—¡Ya me darás un puñetazo luego! ¡Abre una puerta! —Señaló a Arlette—. Necesitamos una salida antes de que sea tarde. ¡Hay que alejarla de este lugar!

—¿Te quieres callar, demonios?! ¡Me ponen nerviosa tus horribles gritos!

Patrick se agachó a su lado y cambió el tono.

—Mira... —Su voz sonaba calmada, apesadumbrada incluso—. De verdad. Lamento lo que sucedió. Ojala te hubiera dicho la verdad desde el principio. Pero no dejes que mis errores la castiguen a ella.

Arlette siguió huyendo a zancadas del contramaestre. Él avanzaba a pasos grandes, lanzando sablazos a cada metro que ganaba. No la dejaba respirar, y

apenas podía seguirle el ritmo. Por cada tres pasos que ella daba él realizaba el mismo recorrido en uno. Era como una enorme apisonadora.

—Es tan víctima de mis acciones como tú, Isabel. Ayúdala, por favor.

La antigua recolectora de piezas le lanzó una bofetada por sorpresa y sin mirarle volvió a concentrarse en su medallón. Una frase salió de sus labios.

—Con esto me vale por el momento. Ahora cierra la boca.

Johan, entretanto, disfrutaba del reencuentro. La espada nacida de la arena del pirata se clavó en una pequeña duna, que Arlette usó para rodar a un lado. Mientras lo hacía él pudo oír los jadeos de la pelirroja.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra *riña*? Parece como si hubieras aprendido a defenderte. —Escupió a un lado y estiró los brazos. Se sentía bien, como si no hubiera estado muerto ni un segundo. Aun así recordaba cómo le había atravesado el corazón con esa mirada terrible—. Aunque sigues siendo solo una criaja. Huyes de un lado para otro. ¡¿Dónde está esa mirada, eh?! ¡Enfréntame, niña! ¡Muéstrame ese odio que hiela la sangre!

La Dama Sanguinaria se posicionó al otro lado de la duna que la separaba del pirata y agarró su arma con ambas manos. Aprovechó esos segundos para recuperar el aire, notando cómo los pulmones se le hinchaban, doloridos, y preguntándose qué demonios debía hacer.

Mientras todo esto sucedía, Cosmos aparecía a cada lado. Se movía constantemente, buscando el mejor ángulo para observar su muerte. Incluso surgía a veces de la arena. Quería recrearse, recordarlo todo para repetirlo una y otra vez cuando hubiera terminado. Sentía emoción, una sensación que nunca había percibido antes. El lado bueno de unas expectativas que podían cumplirse o no, pero que parecían tan inevitables como el hecho de que el contramaestre era más grande que su contrincante.

—Está bien... —El hombre se encorvó—. ¡Si no vienes tú, iré yo! —Y saltó, llevándose parte de la duna en el proceso.

Arlette vio el momento. La arena se elevaba en el aire desde su pierna derecha. Aquel instante le daba una oportunidad. La certeza de que ninguno de los dos vería al otro llegar. Podía optar por alejarse más, escapar de él hasta que se cansara. Pero sabía que eso no iba a suceder. En cambio, si se acercaba tenía la posibilidad de pillarle por sorpresa y vencerle. Era experta en precisamente eso. Sus combates solían decidirse por lo inesperado, por movimientos precisos. ¡Ahora o nunca!

Se apoyó en su rodilla y se impulsó hacia él. Consciente de la ausencia de umanita tuvo que esforzarse al máximo para ganar la suficiente velocidad para

alcanzarlo antes de que tocara suelo.

Su espada atravesó por completo el estómago del gigante, envolviendo su brazo en arena y haciendo que todo su esfuerzo hubiera sido en vano. No era humano, granos en lugar de sangre. Inmortalidad en donde debía haber dolor.

Apenas tuvo un instante para reaccionar. Un espadazo de Johan casi le arranca la cabeza. Solo su brazo de metal pudo impedir que la lucha acabara en un parpadeo. El arma de Johan se clavó en el antebrazo, atrapado entre engranajes.

—¡Vaya! Resulta que estás hecha una pirata de verdad. Te falta el parche en el ojo, florecilla. ¿Quieres que te ayude? Me pregunto cómo te verías tuerta.

Arlette apretó los dientes mientras hacía fuerza con su mano libre. Empujó contra su otro brazo, buscando la manera de desencajar el arma de su enemigo y así poder recuperar la espada que seguía alojada en él. La arena caía por su estómago como ríos de sangre, solo que no auguraban una victoria en absoluto.

Johan Asbin estaba hecho de arena, de eternidad. Cosmos no iba a permitir que muriera, no hasta que acabara con Arlette. A fin de cuentas era la diosa de la muerte, ella decía cuando una batalla estaba perdida.

«Haga lo que haga, no puedo vencer».

Finalmente la hoja salió con un sonido seco y zumbante. Al segundo, la Dama Sanguinaria atrapó el arma y rodó lejos de él.

Otra lluvia de espadazos la atosigaron, alcanzándola el primero en uno de sus hombros con un beso afilado.

A lo lejos, Patrick se estremeció. Miró al árbol que tenían muy cerca y le instó a Isabel a que hiciera algo.

—¡Ese árbol! La otra vez... Me pareció que de algún modo formaba parte de ti. Cuando moriste, él también lo hizo. No quiero sonar sabelotodo pero...

—Si lo toco moriré.

—¿Cómo?

—De esa manera volveré a recordar, a ser ella.

—¡Eso no es morir! ¡Isbel, eso es lo que necesitamos! ¡Podrás detener todo esto!

—¿Y si olvido quién soy ahora?! ¿Y-Y si resulta que se superpone mi otro yo? ¿Me puedes asegurar que eso no sería morir? ¡Porque suena mucho a palmarla!

—¡Quien sí morirá si no lo haces será ella! Si fuera la mía la que estuviera en juego entendería que no te arriesgaras, pero ella no tiene la culpa. Solo ha venido a...

—¡A pedir un estúpido deseo! ¡Lo sé! Es lo único que os importa. Revolvéis todo y a todos solo por vuestro condenado interés. ¿Qué hay de lo que yo quiero? ¡¿Qué hay de mi vida?! Aún no sé cómo huele una rosa. No me he bañado en un lago ni visto a un perro. El piar de los pájaros, quiero oírlo... quiero saber cómo es...

—Isbel... Lo que tú querías era volver a casa. A veces lo que uno desea resulta ser muy diferente a lo que esperaba. Pero lo cierto es que este lugar y esa persona que temes ser es precisamente lo que realmente te define. No sé lo que pasará cuando toques el árbol, pero tarde o temprano, si morimos aquí, tendrás que dar el paso. ¿No sería mejor hacerlo por propia voluntad, para salvar a una persona, que hacerlo tras cometer un error terrible? Créeme, sé mucho sobre cometer errores terribles.

Isbel lo analizó y soltó un suspiro agotado.

—Cómo te odio.

Arlette se tropezó y apenas pudo detener un mandoble. El rugido del pirata transmitía todo el peso que ejercía en cada acometida. El brazo de metal, con sus tripas a la vista, funcionaba bien, aunque con chirridos preocupantes. Soportó cada golpe con esmero, pero no tanto así el codo y el hombro que lo precedían. Estos dolían, ardían con cada movimiento de Johan.

Arlette no podía más. El tiempo se acababa. El arma de la pirata había detenido el último golpe, pero su muñeca se había doblado de mala manera y no regresaría con la fuerza suficiente para soportar el siguiente movimiento.

El falso Alto adivinó lo que iba a pasar:

—No puedo seguir quieto. Adiós, Isbel. ¡Haz lo que debas! —Corrió hacia su hija al ya oler la sangre.

—Esto va a ser grandioso. —El contramaestre mostró sus colmillos fieros mientras hacía descender el metal contra ella.

Se interpuso Patrick, apareciendo ante la mirada horrorizada de la pirata como una espalda. Una sombra salvadora, un recuerdo terrible.

El trueno de un arma de fuego no surgió entonces, sino que simplemente cruzó los recuerdos de la pirata. Y sobre este, la carne al abrirse, la sangre al brotar y el grito ahogado de quien siente cómo su alma se parte en dos. Patrick cayó de rodillas mientras su consciencia se agarraba a un hilo del destino, mientras Cosmos lo miraba en silencio con un rostro que describía a la perfección lo que ya sabía que iba a suceder de un modo u otro: que moriría allí.

Una vez más, el destino había repetido la tragedia. Primero Benjamín en el

Odiseo, ahora Patrick al final del viaje. La muerte estaba empeñada en que todo fuera como debía ser, y no pararía hasta que finalmente Arlette lo aceptara. El falso Alto besó el suelo sin energías y se hundió en una vorágine de recuerdos y dolores intensos. La mente se le nubló mientras luchaba por respirar, con la sangre floreciendo desde su torso hasta el estomago.

La Dama Sanguinaria no esperó ni un solo segundo. Se aproximó a Johan hecha una furia y volvió a apuñalarlo repetidas veces, levantando nubes de arena. Él respondió con la tranquilidad que a ella la había caracterizado cuando lo asesinó en el Fiora.

Los dedos gruesos de una de sus manos la asieron del cuello y la elevaron en el aire. Apuntó con la otra el torso de la pirata.

—¿Recuerdas cómo me atravesaste el corazón aquella vez? Voy a hacerte algo parecido. Atravesaré tus entrañas mientras observo tus ojos. Quiero que sientas cómo la vida se te escapa lentamente y veas cómo lo saboreo.

Su filo avanzó y Arlette reaccionó entonces. Había estado esperando aquello. No poseía umanita, pero si un brazo mecánico con más fuerza de la que una persona normal podía ejercer. Mientras el arma enemiga se cernía sobre su estómago, acercó su mano en busca de la hoja. Iba a partirla en dos y usar una esquirra para cortarle el cuello con ella. Tal vez al hacerlo la arena no pudiera soportarlo y, al perder la cabeza, toda se vendría abajo.

Con su mano buena clavó la espada en el pecho de Johan para despistarle a la vez que con la metálica impedía que...

La prótesis se detuvo en seco. La espada de Johan prosiguió y el abdomen de Arlette se vió atravesado sin remedio.

—¿Q-Qué?

Su mirada descendió a la herida, aún sin entender qué había sucedido. Hasta que descubrió los hilos brillando anudados a su brazo falso. Ríos de sangre, cayendo por las caderas, por sus pies suspendidos. Gotas en la arena, muerte enfriando su cuerpo.

«¡No!».

Se dio cuenta demasiado tarde: la extremidad no formaba parte de Arlette, nunca lo había hecho. Su existencia siempre formó parte del mundo de Cosmos y si la pirata no hubiera aparecido, lo habría usado cualquier otra persona. ¿Era por eso por lo que la diosa podía influir en la extremidad? ¿Lo había sabido desde el principio? ¿Por eso alguien había acudido en su ayuda y se había ofrecido a instalárselo? ¿Es que Cosmos había aguardado aquello?

La muerte rugió feliz mientras la Dama Sanguinaria caía libre sobre una

duna. Un monzón de dolor intenso y una mancha de sangre cada vez más extensa la superaron.

Isbel sintió un terrible escalofrío al ver a ambos agonizando, con Cosmos sobre ellos, cada vez más grande y monstruosa. Se había olvidado de ella y se recreaba en el hecho de que su tapiz se estuviera desenredando poco a poco.

Nuestra Vendedora de Deseos sabía que ya nunca jamás podría salir de allí. Adiós a los viajes por el Cielo Sin Fin y a los paseos en barca por un mar azul. Finalmente lo había comprendido. No tenía elección, nunca la había tenido.

—Te dije que el destino te alcanzaría. —Cosmos hablaba feliz, arañando la existencia de la pirata con su gozo.

A su vez, otra versión idéntica de sí misma lo hacía con Patrick.

—Debiste aceptar mi regalo. Hubieras vivido eternamente hasta que regresaras a este lugar. Nada te hubiera podido dañar. Estúpido, estúpido.

—¿Y de qué me sirve la eternidad sin ella? —Patrick torció el rostro y miró a Arlette, que agonizante había clavado sus ojos en los de él. Le sonrió, era lo único que podía hacer. Demostrarle que había cumplido su promesa. Siempre a su lado, siempre hasta el final.

La Cosmos que se mofaba de Arlette hizo un gesto y Johan reaccionó.

—Acaba con ella.

El metal refulgió bajo el cielo negro, la punta directa sobre el corazón de Arlette. El beso de la muerte a la distancia de un lamento.

Y de pronto algo se apagó. Pero no fueron ni Arlette ni Patrick. Sino otra cosa.

El roce de unas yemas sobre la madera muerta. La luz del Forjamundos extendiéndose como una tormenta por los granos de arena y desgarrando la oscuridad hasta volverla tan blanca como la cera. De pronto un viento inimaginable desterró el desierto convirtiéndolo en campos de hierba mientras avanzaba como una ola de energía. Flores de todos los colores surgieron instantáneamente. Las dunas convertidas en colinas, en ríos y en bellas nubes lejanas y muy altas. El cielo más azul que se había visto jamás.

La existencia de Johan explotó en una montaña de arena y su espada cayó junto a Arlette, convertida en polvo.

Cosmos dirigió su atención hacia el origen de aquel extraño efecto. Nut estaba allí. La Isbel que todos conocían se había transformado en un ser brillante, con su palma apoyada en la madera de un árbol que ya no estaba muerto ni doblado. El enorme tronco subía como una columna, lleno de hojas

de colores, fuerte y vibrante, y los hilos del destino caían inertes alrededor de sus fuertes y rejuvenecidas raíces.

Patrick suspiró, cansado. La hierba le hacía cosquillas y apenas le permitía seguir viendo a su hija. Quería morir viéndola, recordando cada detalle de su duro rostro. Intentó decirle que la quería, alargar la mano y tocar la suya. No pudo hacer ninguna de esas cosas, solo tenía fuerzas para seguir mirando. Se agarró a la vida en ese pequeño hilo aún anudado a su corazón y se mantuvo así, observando los ojos que Arlette había heredado de Bríd.

«Al final Isbel lo ha hecho, gracias al cielo».

La diosa del destino casi lloró de alegría.

—¡*Desha!* ¡Has regresado! ¡Te he echado tanto de menos!

Nut no respondió. Su cuerpo de luz desnuda avanzó hacia los cuerpos de nuestros protagonistas y se agachó para observarlos. Desde ahí podían adivinarse rasgos conocidos en su cara, partes de Isbel conservadas que siempre habían estado ahí pero que Patrick no habría encontrado si no hubiera compartido tanto con la recolectora de piezas. Su medallón flotaba y latía ahora dentro de un pecho de pura energía.

—Me has decepcionado. —No se lo decía a él. Hablaba con Cosmos.

Sus cabellos flotaban como la luz, sobre su rostro, sobre la gravedad y todas las cosas, alejándose ondulantes como arcos voltaicos de pura energía.

Su hermana inmortal enmudeció. Pareció menos divina y más humana.

—Me mataste. Viví una vida triste y desgraciada. Conocí gente buena a la que condenaste a horribles enfermedades, y dejaste que lo viera, que lo sufriera y sintiera el dolor de una pérdida que no debía corresponderme.

—¡Tú empezaste esto! —De pronto, toda la grandeza y majestad de Cosmos desapareció, estallando en una explosión de reproches—. ¡No tuviste suficiente con acaparar el amor de los mortales, que incluso construyeron templos para ti y te suplicaban antes de dormir mientras a mí me despreciaban! ¡No, además osaste revivir a uno por simple capricho! ¡Ese era mi deber! ¡No el tuyo! ¡Me insultaste! ¡Mi tapiz fue un desastre por ti! ¡¿Eres consciente de lo mucho que trabajé en él?!

—No me tomes por necia. —Su voz sonaba armoniosa, cálida—. Ambas sabemos que embaucaste a este hombre con tus engaños para que me asesinara. Y eso jamás hubiera sido posible si tú no lo hubieras llevado hasta a mí. Accedí a su deseo porque así lo preparaste. Te aburrías, solo eso. Querías probar el amor de los mortales y decidiste buscar una excusa. Lo triste es que hiciera falta tanto sufrimiento para hacerte consciente de lo poco

que realmente te importan.

—Tienes razón, *desha*. No me excusaré, me aburre sobremanera esta situación. ¡Pero he aprendido! Acepto mi error y perdono también el tuyo. Sé que eres necesaria. Regresemos a nuestros trabajos, a nuestra existencia tranquila. Me he cansado de estar sola. Es demasiado aburrido.

La diosa de la vida observó a Patrick y lo miró durante un segundo, como si algo dentro de ella hubiera parpadeado por un instante. Él creyó ver a Isabel sonriendo.

—¿Y ya está? ¿Piensas que olvidaré esto tan fácilmente? ¿Un par de palabritas y dejas que te los cargues sin más? —Aquello no era propio de una diosa, sino de una Baja—. Acabaste con el mundo que construí en un momento. Cientos de pedazos de mi preciado trabajo destruidos y alejados entre sí. Las reglas del universo hechas un estropicio. —La expresión de su cara se tornó grave—. Te mereces un buen castigo.

Cuatro enormes muros surgieron alrededor de Cosmos, y terminaron aplastándola hasta encerrarla en una pequeña celda que, de algún modo incomprensible, hizo imposible que esta pudiera sobrepasar.

—¿Qué estás haciendo?!

—¿No es obvio? Te encerraré para impedir que intervengas: voy a cumplir el deseo de esta mujer. Ese será tu castigo.

Arlette se revolvió sorprendida, mezclada en la agonía de sentir sus entrañas arder y el hecho de haber oído algo que creyó que jamás llegaría. Lloró. Por primera vez lloró abiertamente, a las puertas de la muerte lo hizo. Y no solo por la felicidad, sino por sentir cómo toda la carga caía a un lado, en el césped y las flores rosas que la rodeaban a un costado.

—Dime... —Nut se arrodilló y por alguna razón el dolor de la pirata se desvaneció aun sabiendo que moriría pronto—. Antes de que la vida se aleje de ti, antes del olvido eterno. ¿Cuál es tu deseo?

Las garras de Cosmos atravesaron con dificultad el muro.

—¿No lo permitiré!

—Ya es tarde... —La palma de energía de Nut se posó sobre la frente de Arlette—. Ya está hecho.

...una historia que merece ser contada

Se fue sin más. El dolor. La sangre.

El sonido.

Todo se alejó en un chasquido de dedos. Ya no había nada que temer ni que añorar.

Allí, en aquel espacio ajeno de colores y de nada a la vez, solo podía percibir a Nut. O a Isbel. Le costaba saber cuál de ambas estaba a su lado. Puede que un poco de cada.

—¿Qué es este lugar? —Arlette no estaba nerviosa.

Allí no había miedo, ni alegría, ni ninguna otra cosa. Solo ellas dos.

La pirata no podía verse las manos, y tampoco la ropa. De hecho era incapaz verse en absoluto. Flotaba en la nada como energía y a la vez como una persona que caminaba para moverse.

—Es el *Inter Mundos*.

—¿El qué?

—El lugar entre todas las cosas. Donde los caminos se encuentran y nada se queda. Aquí podemos hablar sin que el tiempo nos afecte y mi hermana intervenga de nuevo.

Sus párpados soltaban volutas de luz. No podía verlas, ni sentirlas, y aun así sabía que estaban allí. Chispeaban con un calor tan brillante como la melena dorada que una vez tuvo Isbel. Porque ya no quedaba nada de ella, no allí.

—Eres... ¿Sigues siendo ella?

Nut ladeó la cabeza, confundida. O esa idea le vino a la pirata. No sabía muy bien por qué. Simplemente la imagen se le presentó espontáneamente aun sin ver. Si hubiera podido sentir algo, cualquier cosa, la habría abrumado. Pero no podía, y no importaba. No era como la ausencia de umanita. Era paz. El fin de los pesares, de las cargas. Solo lo esencial formándola, y también formando el mundo a su alrededor.

—¿Ella, dices?

—Isbel. —La pirata apenas había pronunciado alguna vez su nombre—. ¿Sigues siendo ella? ¿O...?

—¿Cómo dejar de ser lo que siempre he sido? ¿Acaso no eres la misma muchacha que amó a Eric?

—No, ya no lo soy. Dejé de existir en cuanto lo perdí y... derramé la primera gota de sangre. Los muertos la han enterrado con ellos.

—Si no existe, ¿por qué has sacrificado tu vida entera para devolverlo a la vida? ¿Por qué has seguido adelante si no eres la chica que una vez lo amó? ¿Por qué dar tu vida a cambio de la suya?

—Por culpabilidad.

—La culpabilidad siempre fue parte de ti. Ya formaba parte de ti cuando tu padre te suplicó que siguieras su legado en el Fiora. Accediste por amor, pero también por culpabilidad. No querías decepcionarle, no deseabas que muriera sabiendo que no seguirías con su sueño de dominar las Brisas. Puede que la culpabilidad te hiciera tomar decisiones erróneas, es innegable. Y aun con ello, sigues siendo la misma chiquilla asustada. Has aprendido y has sufrido. Sí. Pero eso no te vuelve alguien distinto. Aprender no es dejar de ser, solo cambiar un poco. Y yo... He aprendido a recordar el color de los árboles. Sé la manera de hacer que las plantas crezcan, de que las nubes creen lluvias que ayuden en los campos. —Una sonrisa—. El canto de los pájaros... el olor del césped mojado. Lo recuerdo todo, pues yo lo hice posible. Y... —Cambió un momento el tono de su voz, volviéndolo desenfadado y cercano—, sigo pensando que Patrick es un idiota mentiroso.

En alguna parte de la existencia, Arlette notó a Isabel.

—¿Y...? ¿Es esto la verdadera muerte? ¿El final es este? ¿Morir en el Cielo Infinito te lleva hasta aquí?

—¡No! Por supuesto que no. Esto es temporal.

—¿Y entonces qué hay después? ¿Qué es lo que me aguarda?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

La pirata no supo cómo reaccionar.

—¿Si no lo sabes tú, quién lo sabe? ¡Eres un dios!

—Ese siempre ha sido nuestro problema, considerarnos dioses. Tal vez sí que lo parezcamos, pero no quiere decir que sea verdad. Lo cierto es que no sabemos nada de nuestra propia existencia. Solo un palpito, una certeza de que nuestro cometido es el que es, nada más. Sabemos que alguien nos puso aquí, que nos enseñó cosas cuando nos creó pero... No podemos responder lo que no sabemos. Y créeme, lo que hay después de la muerte nos es tan desconocido como a ti.

No podía ser verdad. ¿Le estaba diciendo que en realidad no eran las

creadoras del universo? ¿No eran dioses? ¿No de verdad? ¿Había alguien por encima de ellas? ¿Alguien con más poder? ¿Alguien responsable del medallón de Isbel o los hilos del destino de Cosmos? ¿Quién?

—Nunca antes había hablado sobre mi propia existencia. Es raro y gratificante a la vez... Si te soy sincera, sí que podrías considerarme tu dios. Puedo controlar la existencia de las cosas, las leyes que rigen tu día a día. Mi hermana es dueña de tu destino... tu destino final. Al menos en parte. Además, se ha esforzado mucho en extender esta idea por el mundo... Pero somos piezas puestas aquí para mantener un orden. Nada más. ¿De verdad podemos considerarnos dioses cuando hay alguien por encima que nos hizo? En fin, ahora, si tus dudas se han disipado aunque sea un poco... Me gustaría que fuéramos directas a la razón de este encuentro.

—¿Que es...?

—¡Tu deseo! ¡Demonios, Arlette! —Isbel surgió de alguna parte—. ¡Eres la pirata más tonta que he conocido nunca! Aunque eres la primera. A lo mejor sois todos así.

—¿Vas a concedérmelo?!

—¡Por supuesto! ¿Después del estropicio que cometí? Tus padres sufrieron por mi culpa. No preveí lo que la eternidad provocaría en ciertas circunstancias. Mi hermana fue muy injusta con ellos, se aprovechó de mi error y los utilizó. Incluso se ensañó contigo. Y es algo que no puedo permitir. Pero tengo que advertirte... Por más que me duela admitirlo, tu deseo exige un pago acorde al pedido. No porque una estúpida leyenda lo diga, sino porque es así como funciona el orden. El equilibrio de las cosas lo exige, si no la propia existencia sería un desastre... Como estoy segura que ya sabes bien.

—L-Lo entiendo... Estoy dispuesta a pagar el precio que haga falta. Pero... ¿Por qué me ayudas? Sé lo que has dicho pero... Apenas hablábamos cuando eras... humana. Ni siquiera me importó tu final, tu marcha no era más que una piedra más en mi camino. ¿Qué razón hay para concederme un deseo que no merezco? La Vendedora de Deseos ni siquiera es real. No tienes por qué contentarme e interpretar un papel.

—¿Has llegado hasta aquí para acabar intentando que me arrepienta o algo así? —soltó un bufido muy *isbelesco*.

—¡No! Claro que no...

—¡Entonces déjate de chorradas! ¿Cuál es tu deseo?

—Mi deseo...

Hasta ese entonces lo había tenido muy claro. Deseaba revivir a Eric. Pero

ahora sabía que no podía, no de la manera que siempre había pensado. Había más personas que merecían vivir. Benjamín. El propio contramaestre, Diego. Sus víctimas, todas ellas. ¿Cómo ser justa y pagar el precio merecido a la culpabilidad que siempre la había atormentado? Siempre esperó que la decisión fuera fácil. Eric, solo él. Nadie más. Eric. Pero ya no. La decisión ya no era tan simple.

—¿Y bien?

—No es fácil.

—Nada lo es. Tómate tu tiempo. No hay prisa.

Reflexionó durante un buen rato. Rememoró sus pasos desde que el Fiora se convirtió en una trampa mortal hacia adelante y llegó a la conclusión más simple y terrible de todas. Todo había sido un error. Cada decisión, cada palabra. No había dejado de tropezarse y empeorar las cosas desde el día en que tomó la decisión de revivir a Eric. El motín lo había empezado todo.

Cuando al fin su deseo se formó en su mente, Nut habló:

—Lo que me pides exige un pago tremebundo y mucho mayor de lo que crees. Más que tu vida.

Arlette se desinfló, desesperada al comprender que no iba a ganar. No tenía suficiente para realizar un trueque.

—Pero estás de suerte. Dispongo de algo más que tu vida como pago. Así que hay una forma. Aunque...

—¡Hazlo!

Un parpadeo de luz en la nada. Energía confundida. Sorpresa.

—¡Ni siquiera te he contado cuál es! ¡Maldita sea! ¡Está claro que eres hija de ese idiota liante! Los dos me sacáis de quicio. —El reflejo de su existencia se extendió como una llamarada, más gruñona que destructiva—. Lo que podría hacer por ti no sería ningún favor, Arlette. Ni siquiera te garantizaría que se cumpliera. El pago total solo te da una posibilidad. Una. Y pasara lo que pasara, el coste se cobraría en cualquier caso. ¿Lo entiendes?

—Lo comprendo. ¿Cuáles son los detalles?

—Siendo claros: la verdad es que no hay forma de borrar tus decisiones. Lo que llamas Cielo Infinito se creó como una última oportunidad para vivir y aprender de los errores cometidos en el pasado. Debemos aprender a vivir con nuestras decisiones y no arrepentirnos jamás... Tampoco puedo traer de vuelta a tus seres queridos. Cosmos se encargó de ello y aunque pudiera traerles de vuelta estoy segura de que no accedería. En cualquier caso, eso está fuera de nuestras capacidades. Hay tres leyes inquebrantables en todo

universo... y el no poder revivir lo que ya ha muerto es una de ellas.

La pirata se oscureció. Su existencia se tornó opaca y débil, como si buscara el desintegrarse. No sentía, no sufría, y aun así...

—Pero puedes salvar a otro Eric.

Arlette no pudo disimular su sorpresa.

—¿Perdón?

—Es difícil de entender, así que presta atención y deja que me explique: el universo es mucho más que dos mundos conectados por la muerte. De hecho esta es solo una rareza propia de este universo. —Nut eligió con cuidado las siguientes palabras—. Pero en otros es diferente.

—¿Otros? No entiendo nada.

Nut debió acercarse a la energía que formaba a la pirata, pues sintió sus palabras acariciando su débil brillo.

—La existencia está formada a partir de varios universos distintos. Una constelación de versiones diferentes y a la vez iguales conectadas de algún modo entre sí. Existe un lugar parecido al tuyo, uno en el que apenas hay cambios que puedan diferenciarlos entre sí. Podríamos llamarlos *multiversos*, si gustas. O mundos paralelos. Incluso realidades alternativas. Las mismas personas, con diferente aspecto a veces, distintas vidas, otras decisiones, pero en el fondo idéntica esencia... Existen universos que no se parecen en nada al tuyo, con torres de metal en donde se ocultan personas alérgicas al sol y otra versiones de la realidad en las que la Magia es una ciencia conocida por todos y responsable de mucho dolor. También mundos que parecen reflejos a este: con una Arlette idéntica a ti pero sin la determinación suficiente como para sobrevivir al motín del cual tú sí saliste victoriosa. Puedo llevarte a ese en concreto. Trasladarte temporalmente a él y darte la oportunidad de cambiar lo que aún no ha sucedido. Ocuparías el puesto de una versión tuya casi exacta. Solo así podré concederte tu deseo.

¿Viajar a una realidad similar a la suya? ¿Salvar la vida a versiones parecidas? ¿Era eso realmente lo que quería? ¿Se conformaba con eso?

—Pero... ¿De qué serviría? No son... No son ellos. Mi familia. Mi Eric y... Benjamín seguiría muerto. Todos.

—Arlette... Te lo dije. No puedes cambiar lo que ha pasado. Tú fuiste una excepción porque no habías muerto ni vivido en realidad. No había una razón que impidiera tu nacimiento. Pero el resto tuvieron su oportunidad. Ellos decidieron quedarse a tu lado. Eric decidió interponerse al disparo. Benjamín te siguió aún sabiendo lo que podría suceder. Son responsables de sus

decisiones, como tú lo fuiste de las tuyas. Sin embargo... —No estaba segura de decirle aquello. Ni siquiera era una certeza, sino un deseo del cómo le gustaría pensar que funcionaban las cosas que una existencia superior sin lugar a dudas había creado. Se arriesgó—. ¿Qué somos sino nuestras propias experiencias? Si hay un Eric que ha tomado las mismas decisiones que el que amaste, ¿no significaría que son la misma persona? ¿Y qué hay de Benjamín y los demás? ¿De verdad podríamos decir que al salvar una versión exacta de sí mismo, aunque forme parte de otra realidad, no sería la misma alma al fin y al cabo? Si los universos están conectados entre sí, ¿quién nos dice que las almas de todas nuestras versiones no lo están también y en realidad son gotas de una misma esencia?

La Dama Sanguinaria revoloteó en la idea. Retorciendo su débil luz en el *Inter Mundos*. Titubeando.

—¿Qué sería de la yo a la que sustituiría si acepto?

—He ahí el pago. Este lugar, el *Inter Mundos*, es el punto en donde confluyen y chocan todas las realidades. Sus posibilidades las van uniendo y alejando, creando y separando mundos con cada decisión y eliminándolos una vez dos se vuelven idénticos, aunque solo sea durante un instante. Si te llevo a través del *Inter Mundos* a otro universo ajeno al tuyo... Ocuparás la consciencia de tu otra versión. —Lo siguiente lo dijo muy despacio, asegurándose de que lo entendiera bien—. Temporalmente. No puedo asegurarte cuánto tiempo tendrás, pero habrá una posibilidad de que cambies las cosas allí. Serías libre de limpiar tu conciencia.

—Suena bastante bien.

—Solo porque no te he aclarado qué pasará después. La realidad es que puedo llevarte hasta allí, pero el propio *Inter Mundos* te considerará una intrusa y te buscará. Te encontrará y te expulsará del cuerpo que ocupes, pero no te arrastrará de nuevo al tuyo. Estás a punto de morir, Arlette. Tu cuerpo agoniza junto al de Patrick y la única realidad es que te verás abocada a vagar eternamente por las distintas conciencias de tus otros yos. Te volverás una naufraga de la propia existencia. Ocuparás aleatoriamente otra versión y volverás a alejarte de ella una vez el *Inter Mundos* vuelva a encontrarte. Saltarás eternamente de un universo a otro hasta que tu mente se rompa del todo. Jamás podrás morir, solo convertirte en un cascarón vacío. El tiempo que esto tarde en suceder dependerá de tu entereza, pero llegará tarde o temprano. Ese será el pago y también la consecuencia. No pertenecerás a ninguna parte, no arraigarás en ningún lado. Jamás.

Esperó unos segundos para que Arlette pudiera reflexionar y terminó:

—Tus otras versiones, por supuesto, no recordarán nada. El tiempo que pases dentro de ellas será como un borrón, pero volverán en sí una vez te marches. Siempre que no mueran antes por tu culpa, claro.

—Entonces me parece bien.

—Arlette, ¿estás segura? Sé consciente de que te condenas a...

—Estoy muriéndome. Tú lo has dicho. No lo entiendo bien, pero mientras hablamos estoy a segundos de desaparecer y experimentar algo que tú misma desconoces. Podría ser el fin del todo. Tal vez mis recuerdos desaparezcan para siempre y me vuelva en nada. He acabado comprendiendo que mientras los recuerde a todos ellos... Seguirán vivos dentro de mí. Convertirme en una viajera de la eternidad y salvar a otras versiones de sí mismos para siempre no suena tan mal. Puede que termine siendo un cascarón vacío... Pero si no lo hago, nada me asegura que no vaya a terminar igual de todas maneras.

—Hay una posibilidad bastante grande de que no puedas conseguir lo que te propones. ¿Eres consciente de ello? Una vez te envíe a través del *Inter Mundos*... Tu existencia se mezclará con cientos de recuerdos ajenos. Fluirán a través de ti e intentarán destruirte. Si no eres lo suficientemente fuerte no alcanzarás tu destino...

—Sigue siendo suficiente para mí. El riesgo habrá merecido la pena.

—¿No hay ninguna posibilidad de que lo reconsideres? Tal vez te aguarde otro lugar más allá. Puede que de donde proviene mi creador. Nadie puede asegurar que la felicidad esté tras este final. Si decides continuar, la nada te llegará con toda certeza. Tarde, temprano, nunca lo sabremos. Pero allí estará. Seguro.

—Ahora eres tú quién pretende que me eche atrás.

—Solo quiero que tomes la decisión correcta.

—Creo que ya lo he hecho.

La diosa chistó con una diminuta risotada y no insistió más. Estaba decidido.

—Si a pesar de los riesgos quieres continuar...

—Quiero.

—Bien... Tienes razón, no hablamos mucho cuando era Isabel, pero me alegra haberte conocido. Te deseo mucha suerte. Ahora... Responde bien alto a esta pregunta ¿Cuál es tu deseo?

La pirata no dudó:

—Regresar al peor día de mi vida.

* * *

Arlette volvió en sí de un sobresalto. Parecía haber estado durmiendo una eternidad y que algo muy fuerte la despertaba lanzándola muy lejos.

—Seguro que tú si serías un buen capitán, ¿eh, Johan? —El capitán Giles apretó los dientes amarillentos y mostró los colmillos como haría una bestia—. ¡¡¿Crees que voy a permitir que enmascares un motín con supuesta justicia?!! —Agarró la empuñadura de su sable y sacó el arma a toda velocidad produciendo un siseo—. ¡A mí los justos! ¡A mí mis hombres!

Y así fue. Quienes sentían que el viejo pirata era como un padre, como un hombre al que había que respetar y que les había dotado de un propósito en este mundo, desenvainaron sus armas dispuestos a dar la vida por él.

En un parpadeo, la cubierta del *Fiora* se había separado en dos bandos. Uno liderado por su legítimo dueño, y al otro, los despiadados compinches de un traidor.

La pirata estaba desorientada y sorprendida. Estaba de nuevo en el día que lo cambió todo, el día en que la Dama Sanguinaria había nacido. Miró en todas direcciones y no notó nada diferente. Su padre seguía siendo tal cual lo recordaba. ¿De verdad era una versión distinta? Ahora que estaba allí no podía creerlo.

—Atrás, mi vida. —El padre de Arlette la arrastró a un lado con la mano, dedicándole una sonrisa tranquilizadora antes de que...

Antes de que ella agarrara el trabuco que colgaba del cinturón de su padre, disparara a toda velocidad a Johan y la bola de acero le estallara a este en plena frente, acabando con su vida en un nubarrón de pólvora.

Cuando el enorme cuerpo del amotinado cayó al suelo fue consciente de que había cambiado las cosas. No había gritos por ninguna parte, ni sangre, no más allá de la que se desprendía por la cara de su eterno enemigo. Su padre la miraba estupefacto, horrorizado en parte, pero más sorprendido que otra cosa.

El resto de la tripulación observó el cadáver y luego dirigieron sus ojos a ella.

Finalmente, Arlette habló:

—Johan era un traidor. —Tragó saliva—. Algunos lo sabéis muy bien, pues estabais dispuestos a uniros a él en una batalla sangrienta contra vuestros propios hermanos.

Los rostros no se relajaron. Las manos acariciaban las armas, dispuestos a vengar al contramaestre en cuanto las palabras no fueran suficientes para aplacar su odio.

—Pero tranquilos. No voy a ocupar el puesto de mi padre.

El capitán Giles no respondió, estaba demasiado ocupado intentando asimilar lo que acababa de pasar. ¿Desde cuándo su hija era tan rápida? Es más, ¿desde cuándo era capaz de matar? ¿Acaso había utilizado un trabuco antes?

—Mi padre cree que es el momento de abandonar el barco, y yo pienso hacerlo también. Espero que entre todos decidáis quién es el más indicado para dirigiros a partir de ahora—. Y señaló al muerto—. Pero elegid a alguien que no esté dispuesto a enfrentaros unos con otros. La Armada ya es suficiente peligrosa como para añadir a la propia familia en la lista. Hagáis lo que hagáis, hacedlo juntos. —Y después abrazó a su padre mientras el trabuco se resbalaba de sus dedos.

A él le costó responder a aquel gesto, pero cuando lo hizo la agarró muy, muy fuerte.

Una marabunta de vítores los cubrió. La tripulación al completo había decidido deponer las armas.

—¿Estás segura de que no quieres continuar mi legado? ¿No deseas tener fama y nombre como una auténtica pirata? Creí que era lo que querías. Siempre amaste la idea de forjar tu propia leyenda.

—No, padre. Créeme, he tenido tiempo de pensar en ello... —Se concentró en sentir su calor. En oler ese horrible mejunje que utilizaba como colonia pero que había añorado tantos años. Esbozó una tierna sonrisa al terminar—. Ese era tu sueño. Yo... Me he cansado de leyendas. Esto es lo que quiero. Esta es la decisión correcta, créeme. Lo sé.

Al separarse, él le hizo un mohín y le revolvió el cabello. Luego se alejó, alguien más esperaba para hablar con ella.

—E-Eric...

Allí estaba. El de verdad. El que recordaba, el que siempre había estado a su lado. Aunque... Su mirada parecía turbada, su cuerpo temblaba. No parecía cómodo, todo lo contrario. Su piel había palidecido. ¿Estaba enfermo?

Ella iba a decirle algo. Que lo había echado de menos y que sentía haber ignorado lo que sabía desde el principio. Deseaba decirle que le gustaría aceptar su plan de marcharse y vivir una vida tranquila juntos. Quería abrirse a él y sincerarse.

No tuvo la oportunidad.

—Me marchó —la informó. Conciso y serio.

Pudo percibir en su cara cómo aquel tono pretendía transmitirle que lo haría

solo.

Alargó una mano para agarrársela, pero Eric se alejó rápidamente, asustado. Arlette comprendió entonces que hiciera lo que hiciera, no estaba destinada de ninguna de las maneras a estar con él. A fin de cuentas, por más que pasara el tiempo, ella jamás dejaría de ser quien era. Él estaba enamorado de su juventud, de su tiempo juntos. No era más que un amor adolescente, solo eso. Por más que su cuerpo volviera a ser más joven, sin cicatriz pintando su mejilla, la persona que se escondía dentro había destruido incontables vidas. Él debió haberlo sentido cuando asesinó a Johan sin siquiera parpadear. Eric no podía entender todo aquello por lo que había pasado, pero Arlette comprendía que en el momento en el que la vio matar, la venda de sus ojos cayó para siempre.

Observó cómo se alejaba entre la tripulación, vivo.

Vivo.

Sonrió, cerró los ojos y dejó que el viento le acariciara la cara. Y lloró de felicidad.

«Supongo que con esto basta...».

De pronto una punzada le cruzó la sien. Un dolor atroz que nacía de lo más profundo de su mente fue extendiéndose. Desgarrándola tan fuerte que ni siquiera pudo gritar. Una ola de recuerdos ajenos comenzó a disgregarse por todas partes. Vivencias de Benjamín, de Isabel, de Patrick e incluso de muchos otros a los que apenas había conocido; e incluso de más, cientos más. La consecuencia de su deseo comenzó a corromperla, a afectarla de tal manera que sabía que si no lo soportaba, desaparecería para siempre.

Las vivencias de miles de almas taladraron su cabeza, arraigándose en ella, ocupando espacios en su mente a fuego... y no pudo hacer nada por impedirlo.

* * *

Pronto amanecería. Los colores del cielo empezaban a aclararse sobre las nubes. Era el momento perfecto para entrar en la mansión del noble y robar su reliquia. A esa hora los guardias apenas estaban despiertos y la proximidad de la luz diurna los haría sentirse confiados. ¿Quién iba a robar a primera hora de la mañana?

Pues él, desde luego. No es que fuera precisamente un experto, pero había pensado suficiente en ello como para saber cuál era la mejor manera de actuar. Le asustaba un poco darse cuenta de lo bien que se le había dado planearlo.

Escaló el murete que daba a la parcela y bajó al jardín que rodeaba la

mansión. Fue un alivio percatarse de que las fuentes cercanas ensordecían sus pasos. Por alguna razón sentía que su respiración y el roce de su ropa sonaban como cristales partiéndose en mil pedazos. Tal vez se le diera bien planificar, pero ni por asomo estaba hecho para la parte práctica. Le temblaba todo el cuerpo y no dejaba de respirar como si le faltara el aire.

—Te has tomado tu tiempo.

Una voz misteriosa se elevó tras él. Volvió el rostro pálido como el papel y vio a una mujer apoyada contra el mismo murete que acababa de saltar. La cubría la sombra proyectada gracias a la pared. Estaba ahí, de pie como si nada, y sin embargo era casi imposible verla a simple vista.

—Hazme un favor y no salgas corriendo. No voy a delatarte. —Luego sonrió de una manera extraña. Aliviada, tal vez.

—¿Quién eres tú?

Ella estaba oculta bajo una capa con capucha, aunque los cabellos rojizos escapaban por los bordes.

—Alguien que desea prevenirte de la estupidez que estás a punto de cometer, Benjamín.

—¿C-Cómo sabes mi nombre?

—Sé cómo te llamas, y también que has venido a robar el mapa astral que indica la ubicación de la Vendedora de Deseos.

Benjamín abrió ampliamente los ojos. ¡¿Cómo lo sabía?! ¡¿Es que iba a amenazarle y arrebatarle el botín una vez se hiciera con él?! ¿Era eso?

—No vengo a quitarte nada. Ya te lo he dicho, delgaducho. Estoy aquí para impedir que cometas una estupidez.

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga?

—Sé que lo haces por Ivy.

—¿También sabes...? ¡Imposible!

—Sí, y créeme cuando te digo que te comprendo. Pero va a salir muy mal. Ni te imaginas cuánto.

—¿Cómo puedes saber todo eso? ¡No se lo he dicho a nadie!

Arlette le mostró una daga que había estado escondiendo tras su antebrazo.

—Responderé a todas tus preguntas y una vez las haya resuelto podrás tomar libremente tu decisión y hacerte responsable de las consecuencias. Pero primero vamos a marcharnos de aquí antes de que el ruido que estás montando alerte a alguien. No lo he arriesgado todo para que ahora te pillen como a un idiota. Así que vamos.

—No pienso irme con las manos vacías. Necesito...

—Pues vas a tener que hacerlo. —Hizo una pirueta con la daga, removiéndola hábilmente sobre su palma desnuda—. Porque si hay algo de lo que estoy segura, es que no vas a entrar en esa mansión sin hablar conmigo primero. Estoy dispuesta a quitarte esa idea de la cabeza aunque tenga que molerte a palos.

* * *

El camarero posó las dos cervezas con cuidado, sin perder de vista a la joven.

—Deja la botella.

La terraza del establecimiento apenas estaba ocupada. Aún era demasiado pronto para que cualquier cliente regular se acercara. Estar bebiendo incluso antes que los borrachos habituales no era precisamente como para estar orgulloso, pero aun así ella sonreía.

Benjamín no se parecía demasiado al que ella conocía. No tenía el rostro demacrado, ni tampoco la piel grisácea. Sin embargo, sí que reconocía al muchacho en sus ojos, en los gestos que describían su perplejidad. Estaba segura de que si hubiera conocido a Benjamín antes de la Torre Solitaria lo habría visto con ese mismo aspecto.

—No me gusta la cerveza —murmuró enfadado.

—Pues no bebas. Te necesito sobrio. Has venido a escuchar, no a beber.

—¿Entonces para qué narices me invitas?

—Costumbre, ya me bebo yo las dos. —La pirata se estiró en su silla haciendo crujir el respaldo y dejó que los primeros colores claros del Cielo la tocaran.

—¿Vas a empezar de una vez? Tengo prisa.

—Que te quede muy claro, vamos a estar aquí hasta muy tarde. Además, podría denunciarte ahora mismo por entrar en la propiedad privada de un noble, así que estate más agradecido por el hecho de que no te esté llevando a patadas hasta esa gente y cobrar un buen botín gracias a tu estupidez.

El chico la analizó, consciente de que hablaba muy en serio. Era extraño, pues no alcanzaba a comprenderla. Sabía tanto sobre él... Era imposible que así fuera, pero era cierto. Lo sabía todo, cosas que nunca había expresado con palabras y que había guardado entre sus pensamientos. Era como... como si se hubiera metido en su cabeza de alguna manera.

—Te escucho.

—Más te vale, porque es importante. Si lo prefieres puedes pedir algo para

desayunar. No te preocupes, yo te invito. Ya ves lo amable que soy. Si es que cuando se me conoce soy un encanto...

Con desgana, el joven llamó al camarero de vuelta. Pidió un poco de pan, queso y leche fría. Después volvió a prestar toda su atención a la joven.

Arlette buscó el mejor modo en el que proceder. Había tenido un par de meses para pensarlo bien. Desde que abandonó la vida de pirata había estado viajando de un lado para otro hasta llegar a la Isla de Euro, en donde Benjamín cometería el mayor error de su vida. Ahora tenía la oportunidad de cambiar también su futuro. Solo se le ocurrió una manera de conseguirlo: ser sincera.

¿Pero dónde y cómo comenzar? ¿En qué punto debe relatarse una historia tan larga? ¿Contarle sus días con Eric en el Fiora? ¿O mejor avanzar más? Lo pensó un buen rato y llegó a una fácil conclusión. Había que comenzar en el instante en el que oyó hablar de él.

—Esta historia empieza, paradójicamente, de igual manera que mi situación actual: con alguien a punto de contarle una historia a otra persona. Pero no te confundas, a parte de ese detalle, él y yo no tenemos nada que ver. Mientras que yo narro por capricho, él lo hace por ser un Buscador de Leyendas: alguien que se...

—Sé perfectamente lo que es un Buscador de Leyendas. ¿Es que vas a contarme un maldito cuento? ¿Eres una aprendiz de Buscadora frustrada o qué?

La pirata clavó su daga en la mesa.

—Vamos a hacer un trato. Puedes preguntarme cada vez que tengas una duda. Pero no volverás a interrumpirme para reírte ni quejarte. Si en algún momento vuelves a repetir lo que acabas de hacer...

—Qué. —Vio el desafío en sus ojos.

—Te abro la garganta.

—¿Y si me niego a quedarme y me marcho?

—También te abro la garganta.

Benjamín estaba seguro de que lo haría. Algo en cómo lo dijo lo atestiguaba. Puede que fuera una experta mentirosa, o a lo mejor una actriz buenísima. No podía saberlo. Sin embargo, no estaba dispuesto a comprobar si solo era un farol. Tragó saliva a modo de respuesta.

—Bien, veo que estás dispuesto a escuchar. Prosigamos. —Tosió—. Mientras que yo narro por capricho, él lo hace por ser un Buscador de Leyendas: alguien que se encarga de dar o quitar veracidad a las historias que navegan, sin ningún tipo de control, por las islas flotantes.

Arlette cuenta toda la historia. Deteniéndose en ocasiones para beber. Aguardando a que Benjamín acepte lo que está escuchando, incrédulo por los detalles personales sobre su familia que sin lugar a dudas no debería saber.

El día avanza con aquella historia. La luz se va ocultando según la alcanza la noche. Otros clientes llegan y se marchan. El dependiente lleva la comida, después trae bebida. Y cuando está cerca de alcanzar el final de la jornada, ellos siguen hablando. Arlette le paga generosamente al dueño para que les permita estar un poco más y traiga una cena copiosa. Durante toda la narración, Benjamín intenta no creerse ni una sola palabra y busca en la cara de la cuentacuentos algo que la delate y le haga estar seguro de que no son más que embustes. El problema es que, aun siendo totalmente ridículo, los detalles le hacen dudar. Sabe lo que planeaba, conoce cada detalle sobre la Vendedora de Deseos y también sobre su hermana. En todo momento expresa detalladamente cómo él se dirigiría a ella dentro de la historia. Las expresiones que utiliza son certeras, idénticas a las que habría utilizado en esa misma situación. No falla ni una sola de las veces. Incluso acierta al narrar que se enamoraría de ella, pues termina descubriéndose perdido en sus ojos de mar.

Mucho después acaba el relato. El silencio lo cubre todo, con la calle de nuevo a oscuras. Solo la luz del establecimiento los mantiene protegidos. Arlette hace un gesto al camarero y le entrega una generosa recompensa por su paciencia. Luego se levanta tranquilamente. Estira la espalda y suspira aliviada. Parece que se ha quitado un peso enorme de encima.

—Si lo que dices es cierto...

—Lo es.

—Si lo es... ¿Por qué me lo has contado todo y no simplemente lo que me concierne exclusivamente a mí? ¿De qué te sirve que sepa todo esto? Vas a desaparecer, ¿no?

—Yo sí. —Sonríe con dulzura. Benjamín entiende qué vió su otro yo en aquella mujer para entregarle de forma tan ingenua su corazón—. Pero mi recuerdo se quedará contigo. Y eso me mantendrá con vida. Además... No se me ocurría otra manera de convencerte. Bueno, mentira. Podría haberte partido las piernas. —Hace un gesto burlón—. Pero tal vez te habrías obcecado más aún en salvarla. Tal vez incluso harías una tontería mayor. —Coloca la silla en su sitio y mira al chico, que aún sigue sentado y superado por las circunstancias—. Me ha costado entenderlo, pero a veces ir con la verdad por

delante es mejor. Te dará tiempo a pensar. A comprender que el tiempo que te queda con tu hermana es mucho más valioso que la posibilidad de salvarla. Y créeme, esa posibilidad no es tal como crees.

—Yo...

—Quieres intentarlo. Yo me sentiría igual. Pero... Ahora que sé todo lo que sé, y tú sabes todo lo que sabes... Deberías priorizar el construir bellos recuerdos para ella: hazle coronas con las flores del jardín trasero y llévala a la fiesta del solsticio.

Él la mira, a punto de echarse a llorar. Si está allí es precisamente para proteger aquellos momentos. Quiere que se salve, que pueda crecer y formar una familia algún día. Si no lo intenta, jamás sucederá. Siente que la habrá fallado, que morirá por su culpa.

—Atesora el ahora, Benjamín. No lo sacrifiques buscando un futuro que no va a llegar. Perseguir una mentira esperando que mágicamente salve a tu hermana no hará más que alimentar tu propio egoísmo. Te has alejado de ella para salvarla, pero al hacerlo la estás abandonando. ¿Te has preguntado alguna vez cómo se debe sentir al tenerte lejos? Esa enfermedad puede que se la lleve en un año. Puede que en dos. Ni siquiera sabes si vivirá diez o veinte años. Nunca podrás saberlo. Pero si te quedas con ella, estoy seguro de que sean los que sean los atesorará como si hubieran sido cien, y sonreirá en cada uno de ellos. Sin duda.

Arlette termina por alejarse, no sin antes colocar su mano en el hombro del chico y desearle suerte.

—No es una decisión fácil. Pero espero que decidas sabiamente. Yo he hecho todo lo que he podido.

Se aleja. Lo deja solo con sus dudas y sus pensamientos.

—¡Espera! —Benjamín se ha levantado de su asiento. Algo dentro de él le dice que no la deje marchar, que se quede con ella. Como si una fuerza de algún lugar muy lejano le estuviera suplicando—. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—¿Yo? Aún tengo que encontrar una estúpida isla flotante que llaman La Ciudadela y decirle a un Alto presuntuoso que su plan es un asco. —Hace un gesto de respeto con la cabeza—. Hasta siempre, Benjamín. Me alegro de haberte conocido... Otra vez. De verdad. Ojalá... —No se lo dice, se lo guarda para sí. No podrá volver, ella no—. Ojalá seas muy feliz y tomes la decisión correcta.

Luego continúa. Avanza a la oscuridad hasta desaparecer en ella. Benjamin no se mueve. Mira la mansión que de algún modo se deja adivinar en la

dirección contraria. Es de noche, puede entrar. Puede conseguir salvar a su hermana. Está muy cerca. Solo debe olvidarse de la historia que ha oído. Solo eso.

* * *

Ivy camina con cuidado. Hace muchos meses que no podía y se siente algo torpe. Su semblante se antoja más saludable. Es posible que tan solo sea lo que precede a una recaída. Benjamín lo sabe muy bien. El médico ha dejado bien claro que se han dado casos de una recuperación milagrosa, tan solo para caer de golpe en el abismo de la enfermedad. Al final la familia ha decidido no preocuparse. La niña está contenta de poder asomarse unos minutos al jardín y jugar allí con las muñecas. Eso es lo que importa ahora.

Su hermano mira hacia arriba y vuelve a quedarse ensimismado con el cielo azul que ahora lo adorna todo. Sucedió poco después de que la cuentacuentos le contara su historia y desapareciera para siempre.

Por alguna razón, cuando lo observa se siente en paz. Las islas se han acercado tanto que ya prácticamente forman penínsulas, y de alguna manera que nadie es capaz de entender, las lluvias han traído masas de agua gigantescas que han tapiado los huecos del mismísimo vacío.

El mundo se ha transformado, y aunque aún le cuesta comprenderlo, cree que finalmente Arlette encontró La Ciudadela y llevó personalmente a Isabel a casa. Puede que consiguiera estrechar lazos con su padre en el viaje. A lo mejor Patrick y ella tuvieron tiempo de hablar largo y tendido. De perdonarse, incluso, aunque en realidad ninguno fuera realmente familia del otro, sino versiones parecidas de universos diferentes. Le suena absurdo cuando lo piensa, pero sigue costando no creer en ello. No ahora, al menos.

—¿Vas a venir a jugar o qué? —Su hermana aprieta los labios. Lo está observando con un brazo estirado, esperando que acepte la muñeca que él siempre utiliza cuando juegan.

—Claro, bichito. —Hinca las rodillas sobre la hierba y sujeta a Daisy con cuidado. Por un lado le asoma un poco de relleno, tendrá que pedirle a su madre que le dé algunas puntadas.

No puede evitar acordarse de cómo sería su vida si hubiera entrado finalmente en la mansión. ¿De verdad estarían ahora todos muertos? ¿Incluso él? Nunca podrá saberlo. Es consciente de que, pase lo que pase, su hermana tendrá que luchar por sí misma contra la enfermedad. Eligió quedarse a su lado, apoyarla en los momentos duros y cuidarla cuando lo necesite. Fue su

decisión. Correcta o incorrecta, pero suya. Arlette le había dado la posibilidad de saber qué habría pasado si hubiera decidido enfrentarse al destino.

Sabe que a lo mejor se equivocaba. A fin de cuentas, aquel no es realmente el universo de la pirata, quién sabe qué más cosas son diferentes. ¿Pero acaso importa ya?

—Buenos días, Daisy. —La niña pone una voz ridículamente divertida, lleva su vestido verde chillón preferido—. ¿Quieres casarte conmigo?

Sujeta su otra muñeca con esmero, moviéndole los brazos exageradamente. Se supone que en realidad es un valiente príncipe renegado. Si es que eso es posible. Un príncipe renegado que ha robado el tesoro de su propia familia para comprarse un aerobarco y surcar el Cielo Infinito.

«Esta niña siempre pensando en disparates».

De pronto, alguien pasa cerca de la valla de un metro que delimita la parcelita. Un rojo intenso. Unos ojos del color del cielo.

Benjamín se levanta de golpe. Daisy cae al suelo. Su hermana Ivy se enfada. Dice algo sobre que el terrible príncipe castigará a Daisy por romper el protocolo.

—Ivy, espera aquí. ¿Vale?

—¿Te vas?! Me prometiste que jugarías conmigo toda la mañana...

—Lo haremos. Solo... Solo dame... —La chica que cree haber visto ya no está—. ¡Te lo compensaré! —Salta la valla hacia la calle.

Mira a los lados y no hay nadie que se le parezca. Al frente. Allí percibe una figura girando en el primer cruce.

Se descubre a sí mismo echando a correr tras ella.

—¿Arlette?! —grita incluso antes de alcanzar la otra calle.

Un rostro interrogante se asoma por ella.

Lo es. Es la pirata. Su mirada parece confusa. Extrañada de oír su nombre en un lugar tan distante. Por alguna razón camina diferente. Menos segura. Tampoco viste la capa de la otra vez. En su lugar lleva un vestido sencillo y unas botas de montaña altas, perfectas para los viajes escarpados. También porta una gran mochila por la que asoman toda clase de papeles.

—¿Hola? —Tuerce el gesto—. ¿Nos conocemos? —El caso es que algo le dice que sí.

Él no sabe cómo contestar. Se ha dado cuenta. Es ella, sí que lo es, pero a la vez no lo es en absoluto. Es la Arlette de su universo. La original, y a la vez no lo es. No la que le contó la verdad.

—Perdona, es que...

La chica pelirroja no responde. Se lo queda mirando, intentando descubrir dónde lo ha visto antes. Le suena.

Él intenta pensar lo más rápido que puede para no parecer un loco. No puede contarle la verdad, no sin asustarla. Incluso a él le cuesta encontrarle el sentido.

—Creo que te confundí con otra persona... —Se rinde.

Pero ella no lo hace:

—Si me has confundido, ¿cómo es que sabes mi nombre?

—Bueno... Verás...

—Me conoces. ¿No es cierto?

—Yo...

—¿Eres Benjamín?

No puede creerlo. ¿Cómo lo sabe?

Arlette busca entre sus cosas y saca un papel muy arrugado.

—No quiero parecer una chiflada pero... —Pone cara de circunstancias—. No me mires raro por lo que te voy a decir, ¿vale?

—No, no.

Ella se relaja y le muestra lo que hay escrito.

—Perdí parte de mi memoria hace unos meses y... Todo lo que sé es que había escrito esto.

Él lee. Lo hace varias veces. Y luego se lleva una mano a la cara. Sonríe mientras intenta no llorar. No sabe por qué, pero una lágrima se escapa por alguna razón. El mensaje despierta algo en él que le llega hasta lo más profundo de su alma y le hace sentir una inconmensurable felicidad. Una que no debía ser suya, pero que de algún modo lo es.

«Isla de Cecias. Busca a Benjamín, quédate a su lado y dile que te gustaría conocer a esa niña que adora tanto a los piratas».

* * *

La personificación del destino está furiosa. Se revuelve a través del muro y lo atraviesa haciéndolo mil pedazos al tiempo que exige una explicación.

Patrick apenas se mantiene despierto. La muerte tira de él, pero sigue

agarrado a la vida al perderse en las mejillas de Arlette; que acaba de cerrar los ojos.

La diosa de la vida se levanta del cuerpo de su hija y le asiente con una sonrisa.

—¿Qué es lo que has hecho?! —Su hermana ruge tan fuerte que por un instante el cielo pierde su color.

Sin embargo no sirve de nada. Nut está ahí. Todo vuelve a estar en orden. El cielo recupera su azul irisado. La islas flotantes, muy a lo lejos, empiezan a dejar de alejarse. En su lugar regresan atrás, navegando tranquilas hacia el lugar del que nunca debieron de marcharse. Patrick no lo sabe, pero todas las leyes del Cielo Sin Fin empiezan a reordenarse, a funcionar de nuevo como deberían.

—He arreglado tu desastre. —Nut eleva la barbilla como signo de superioridad. Un deje a Isbel se entrevé en el gesto—. He cumplido su deseo.

El cuerpo de Arlette no se mueve. Su pecho no respira. Patrick sabe que ha muerto, pero no puede sentirse triste. Porque sabe lo que realmente ha pasado.

—¡Imposible! Su deseo era demasiado grande. ¡Con su alma no era suficiente!

—Por eso... —Mira a Patrick, que ríe entre burbujas sanguinolentas al instante—. Él se ofreció a cumplir el resto del pago.

—¿Qué?!

—Sea a donde sea que vaya a parar aquella chica, no te entrometerás. La dejarás navegar por sí misma, libre de tus hilos, de tu influencia. Su destino será solo suyo y terminará cuando la casualidad, es decir, yo, considere que ha sido suficiente. Y créeme... me gusta dejar que las cosas concluyan por sí solas.

—¡Esto no pienso perdonártelo!

—¿Perdonármelo?! ¿Crees que eres la única que puede planear en contra de un igual? ¿No has aprendido nada con lo que acabo de hacerte? Dame más tiempo y crearé una cárcel de la que no puedas escapar, una que contenga unas reglas muy concretas que inhabiliten todo tu poder. ¡Hablas con la Forjadora de Mundos! —Su medallón surge a la altura del corazón, vibrando orgánicamente—. Ponme a prueba.

El silencio se apodera de su hermana, solo se atreve a mirar a Patrick por el rabillo del ojo.

Él debería estar aterrorizado. Cuando pierda la consciencia, Cosmos reclamará su alma, como Nut había acordado con él a modo de pago. Podrá

hacer lo que quiera: utilizarlo para crear hilos del destino e incluso enterrar su esencia en la oscuridad más profunda. Sin embargo no puede dejar de sonreír. Porque ha ganado, porque sabe que es un pago justo por la felicidad de Arlette.

«Mi deseo es que mi hija cumpla el suyo».

Y verlo cumplido merece el mayor de los sacrificios.

Epílogo

La reina Naunet, de apenas trece años, salió de la piscina real con parsimonia. El baño de umanita había renovado sus sentidos. La sensación le produjo una indescriptible euforia.

La puntiaguda corona de oro rojo que navegaba sobre el mar ceniciento de su largo cabello, tanto que acariciaba su espalda como una bella capa de destellos grises, refulgía bajo la iluminación natural que llovía hacia la sala desde el techo.

Sus sirvientas, dos mujeres de rapada cabellera y engalanadas por polvo de harina y togas de seda, no tardaron en ocultarla bajo una larga toalla que discurría por la estancia igual que una alfombra gigante, no para secarla sino porque nadie tenía derecho a observar su cuerpo desnudo. Ningún alma era digna de presenciar su belleza, su eterna juventud. La reina era joven, sí, aunque solo por fuera, pues su existencia superaba ampliamente los mil años.

—Mi señora —inició la más joven de ambas, con gesto servil y mirada esquiva—. La maquilladora ha llegado. —Una leve reverencia indicó la magnánima doble puerta de carbón que daba al exterior de la estancia, alta como una torre y tatuada con los salmos de su reinado disgregados en color sangre por el centro de su superficie—. ¿Desea que se le haga pasar o prefiere almorzar antes?

La otra sirvienta, una década mayor que su compañera, razón por la que no podía hablar ante Naunet, mostró con gentileza y sumisión una redonda bandeja de platino rebosante de fresas, melocotones, unas cuantas ciruelas y un cuenco de frutos secos junto a un vaso vestido con piedras preciosas.

La reina despreció la enorme toalla con un golpetazo y volvió a quedarse desnuda. Sus sirvientas esquivaron su mirada y se arrodillaron con los ojos enterrados en el granito. Estos resaltaban, pues los contornos tenebrosos, delineados con kohl, destacaban sobre el blanco puro que estaban obligadas a vestir por toda su piel.

—Hacedla pasar de inmediato, quiero estar perfecta para la ceremonia. —Envaneció su porte—. El placer puede esperar, el deber no.

Y las puertas se abrieron gracias a un complejo sistema mecánico, oculto en las paredes colindantes, con un movimiento pesado y tosco. Al otro lado, pequeña en comparación, aguardaba un rostro conocido, con la cabeza alta y

las manos abandonadas en señal de indiferencia y rebeldía.

La mujer rozaba el final de la veintena. Su cutis, menos moreno que el de la emperatriz, pues ninguno debía equipararse al suyo, estaba desprovisto de maquillaje de ninguna de las clases, aunque manteniendo un cabello negruzco lo suficientemente largo como para acariciar el final de su nuca; marcándola por tanto jerárquicamente por debajo de Naunet, aunque por encima de la gran mayoría de los habitantes del reino.

—Oh, capitana, eres tú. ¿Dónde está la maquilladora? No esperaba verte hoy. ¿Traes nuevas del frente?

A simple vista podía verse que se trataba de un soldado, y no de uno cualquiera. Su uniforme, tan oscuro como su cabello, estaba adornado por medallas y distinciones a un lado de su pechera. Los hombros soportaban detalles de oro reservados exclusivamente a los rangos más altos y por tanto de mayor fidelidad a la corona, y un cinturón en la cadera caía por su cintura con un *ankh* descansando a un lado y un bello estoque-bastón al otro.

La emperatriz adelantó levemente el torso al no recibir respuesta. Aquella actitud, la mirada extraña de sus ojos, no coincidía con la temible capitana de la Legión Espina que recordaba.

—¿Y bien? Habla.

Un salto. La sensación de que una vida entera se había desintegrado al partirse umanita. La soldado voló por la sala rozando la alfombra que surgía de la puerta hacia la reina y la piscina, y desbloqueó el bastón para sacar de su escondite el estoque que la había hecho famosa tiempo atrás.

El metal brilló como una estrella fugaz en medio de aquel lúgubre lugar y terminó clavándose en el estómago de Naunet sin que el mismísimo destino pudiera impedirlo.

Los ojos desorbitados de la temible soberana se abrieron sorprendidos y se centraron en los de la traidora. No eran como siempre, tenían algo desconocido. Una manera de parpadear, de mirar, diferente. El color era el mismo, la forma también. Pero no parecían los de la capitana, sino los de alguien bien distinto.

—¿Q...Qué estás...? —Sentía la sangre queriendo salir a través de su garganta—. ¿Mi más fiel sirviente, traicionándome? ¡¿Tú?!

—No pongas esa cara. —Incluso su voz se expresaba diferente—. Esto iba a terminar así tarde o temprano. A fin de cuentas, esto ya ha pasado antes. Puede que no siempre así, puede que con otros rostros, otros nombres... pero la esencia sigue siendo la misma. Solo que... —Extrajo rápidamente el

estoque preparándose para una acometida mortal—. Esta vez he decidido ahorrarnos un poco de tiempo.

FIN

Agradecimientos

Es el momento de marcharnos. De viajar hacia un nuevo mundo, uno que podría parecer similar a este, o tal vez claramente distinto.

Sin embargo, antes de que nuestros caminos se alejen, con la esperanza de volver a encontrarnos, tengo que darte las gracias. Si no fuera por ti, quien lee, no escribiría. Mi principal deseo a la hora de crear estas historias es entretener, divertir, hacer llorar y sorprender. Es lo que me mueve, lo que me da energías. Por lo que sí, escribo por ti. Y el hecho de que hayas apostado por esta novela es la mejor de las recompensas. Gracias por hacer que mi esfuerzo haya merecido la pena.

Gracias también a Violeta, mi correctora y editora, que realizó un trabajo titánico al confiar en La Vendedora de Deseos. En ayudarme a que el mensaje de todo lo que tenía en la cabeza llegara, y tuviera la paciencia de aguantarme en el proceso.

No me olvido tampoco de mi tío Fernando, que año tras año preguntó cuanto quedaba para terminar la novela sin perder la paciencia.

A mis padres, en especial a mi padre, sus conocimientos sobre la navegación me ayudaron muchísimo.

A Myriam, por sus consejos y sabiduría extrema ante ese caos que es la plataforma de Amazon.

Tampoco dejaré atrás a Moisés, Alberto y Cristina. Grandes amigos que me dieron energía cuando más la necesitaba.

O a Fátima, la primera persona que leyó el inicio de esta historia incluso antes de que se llamara así.

Y a Laura. Mi vida, mi día a día. Mi fuerza. Porque me hace sonreír. Porque es ella.

COLECCIÓN INTER MUNDOS



YA DISPONIBLE



EN OTOÑO 2019

Mantente informado sobre futuras novelas y ofertas pertenecientes a la colección en:

INSTAGRAM: [@Andrewhesber](#)
Facebook.com/andrewhesberEscritor

Table of Contents

LA VENDEDORA DE DESEOS

NOTA DEL AUTOR

0. Una historia que merece ser contada

1. Familia, amor... y muerte

2. Humo, metal... y sueños

3. Caminos inconexos

4. ¿Qué podría salir mal?

5. Se le acabó la suerte

6. Ya nada volverá a ser igual

7. Por mera casualidad

8. Unidos por el destino

9. Sangre fría

10. Cuidado con lo que sueñas

11. Pinceladas de historia

12. En el ataúd

13. Un trato es un trato

14. Como debe ser

15. Hilos

16. Primrose

17. Un paso atrás antes del salto

18. Umanita

19. Inhumano

20. Al final del pasillo

21. ¿Qué sería de la vida sin deseos?

22. ...una historia que merece ser contada

Epílogo